
3 1761 09546474 9

LA PATRIA Y SUS HÉROES

Ó

LA ARROGANCIA ESPAÑOLA

NOVELA HISTÓRICA

POR

DON FLORENCIO LUIS PARREÑO





LA PATRIA Y SUS HÉROES

ó

LA ARROGANCIA ESPAÑOLA

NOVELA HISTÓRICA

POR

DON FLORENCIO LUIS PARREÑO



MADRID
ADMINISTRACIÓN: CALLE DE RODRÍGUEZ SAN PEDRO, NUM. 9.
Teléfono número 1880

CAPILULO PRIMERO

Lo que era España en el primer tercio del siglo XVII.—Breve reseña de los principales personajes que figuran en nuestra novela histórica.—Una maravilla de la Naturaleza.—La cacería.—Sorpresa.—Un héroe en medio de los antropófagos.—El combate más desigual que puede presenciarse.—Pequeño refuerzo.—El primer triunfo, que parece un milagro.

Vamos á retroceder, amable lector, á uno de los primeros años del siglo XVII. Se sienta bajo el solio español Felipe III, rey débil, caprichoso, taciturno, más devoto que guerrero y más piadoso que enérgico. Heredó de su padre, el terrible Felipe II, casi todas sus aficiones religiosas y muy pocas de las condiciones de carácter que tantos elogios y censuras merecieron antes y después de morir el tétrico soberano. Tuvo la desgracia de cargar con todos los enemigos de su padre y con los propios, lo que convirtió su corto reinado en un cuadro salpicado de conflictos.

Con un monarca de tan escaso entendimiento y tan acosada España por la envidia y la ambición extranjeras, era nuestra indomable patria un hermoso

cóndor sitiado por muchas y muy feroces aves de rapiña. Francia, Inglaterra, Holanda, Turquía y África nos combatían sin tregua ni descanso, ora mandando flotas que nos robasen el oro y plata que llegaban de América y Filipinas, ora copando nuestros buques mercantes para robar y sumergir en la ruina á nuestro comercio. No eran barcos de guerra ni mercantes los que nuestras flotas hallaban en los mares, lo eran de piratas y corsarios, que no atreviéndose á declararnos la guerra, se convertían en fieros bandidos.

Esto en lo relativo al mar: en tierra teníamos guerra con los holandeses, y allí iban ejércitos franceses, ingleses y alemanes, para engrosar las filas contrarias y ayudar á nuestros enemigos á matar españoles.

Esa era la situación de nuestra indomable patria en los momentos en que da principio esta historia.

Siempre España tuvo algo extraordinario, por eso se elevó tanto y por eso sufrió todos los reveses de la fortuna con entereza inquebrantable. Ahora que se ve sitiada por tantos y tan poderosos enemigos, cuenta con un héroe, que empezó venciendo moralmente á Felipe III; más tarde fué á Méjico, lo reconquistó, hizo nacer toda la civilización y cultura de la nación más ilustrada, y dejó sepultados en el fondo del Océano los navíos ingleses que se aliaron con los revolucionarios enemigos de nuestra patria.

La noticia de los hechos casi fabulosos de aquel

incomparable genio, corrió por América, por Europa, por el mundo entero, puso en guardia á todos los rivales de España, y asustados ante aquel prodigio enviado á la tierra por la Providencia, se confabularon, se unieron, juntaron sus tesoros, sus guerreros, sus cañones, sus navíos, cuanto podía servir para la guerra, y conceptuándose muy superiores á cuanto se había visto hasta entonces, corrieron en busca del héroe español. No contaban los barcos, las armas de fuego ni los hombres que allí podían hacerles frente: ¿qué suponía todo eso contra lo que ellos llevaban? Nada. Sus formidables aprestos se dirigían todos, y no les faltaba razón, contra el héroe castellano, á ese únicamente temían, contra ese sólo iban, porque comprendieron que inutilizado aquel genio de la guerra, quedaba su patria á merced de las primeras escuadras y de los primeros ejércitos del mundo, formados y reunidos por los franceses, ingleses y holandeses para dar fin del héroe, y luego fácilmente convertir en girones la nación española y repartírsela por derecho de conquista.

Todos contra él, sus navíos, sus escuadras, sus ejércitos, sus tesoros, sus talentos, cuanto tenían contra un solo hombre. ¿Valdría este privilegiado sér? Los que le conocían exclamaban: Vence con la mirada y mata con el aliento.

En su frente parecía brillar, más que el fulgor de la victoria, el soplo divino que recibió su elevado y portentoso cerebro.

Ya habrán comprendido nuestros lectores que nos referimos al insigne Flaviano de Osorio, hijo y heredero del duque del Imperio, el cual había rechazado hasta el título de príncipe y el tratamiento de alteza que ganó con exceso y le concedió el rey, quedando á secas Flaviano de Osorio. Era poco un principado para él, valía más que todos los príncipes del mundo.

¿Qué hizo el héroe cuando supo por el rey y por otros conductos que media Europa corría contra él? ¿Encerrarse en Méjico preparando la retirada antes que el ataque? Todo lo contrario, salió de aquel poderoso imperio y se situó con pocos hombres y poquísimos navíos en una isla dónde no tenía más remedio que vencer ó morir con todos los que le seguían, si la caridad de sus infinitos contrarios no alcanzaba á ninguno.

¿Pero qué era esta isla para aguardar en ella tranquilo á tantos ejércitos, á tantos navíos y á tantos cañones?

Trasladémonos á ella y poco á poco la iremos reconociendo; más vale eso que una descripción extensa y monótona.

La isla de Líbana, pues así se llama, es un conjunto de escollos, de rocas, de peñascos batidos por los mares más rugientes, y en cuyo centro se extiende una planicie en la cual brota vegetación tropical, fantástica, ideal, maravillosa. Entremos por la única parte accesible que presentan el sinnúmero de pro montorios, rocas, montañas, volcanes y escollos que

la rodean sobre los montes que se abren para formar la entrada, hay dirigiendo y trabajando más de cuatro mil hombres. Unos abren túneles, otros forman explanadas, aquéllos suben cañones, éstos los colocan y ninguno teme, ninguno se impacienta, ni murmura. Hay zapadores, artilleros, peones y soldados; la mayoría son españoles con algunos indígenas. Y directores, jefes, soldados y peones; unos dan órdenes, otros vigilan, cantan muchos, rien algunos y el conjunto nos ofrece un laboreo nuevo, extraño y hasta podemos decir perfecto, brotado del cerebro del héroe, que es el autor de la mágica obra que están ejecutando.

¿Pero qué obra es esa? Ya lo sabremos después; continuemos.

Entre el monte y la isla hay una extensa bahía; la cruzaremos para llegar á la planicie de la isla; pero está anocheciendo y no podemos admirar la sublime vegetación que allí nace, crece y se desarrolla.

A los dos kilómetros y medio del interior hay una población, la única de la isla. Tiene cien casas y en el centro del grupo que éstas forman se alza un palacio extenso y bien construido. En su parte superior flota la bandera española con sus leones y castillos bordados de oro.

Esta isla encierra ya la vida de España: de ella debe salir la muerte ó una existencia próspera y larga para la patria querida, y aquella bandera que juguetea arrogante á impulsos del aire, representa la

honra de nuestro país. Si el enemigo la arranca del madero que la sostiene, ¡ay de España!, ¡ay de su honor y de su existencia!

La defiende un héroe, es verdad, ¡pero vienen tan poderosos enemigos de fuera contra él y contra ella y hay otros dentro, escasos en número, pero fieros y traidores, que todo puede temerse de ellos!

Entremos en el palacio y fijémonos bien en las damas y caballeros que rodean una espléndida mesa.

En primer término se halla el anciano príncipe de Italia, jefe que fué de los tan conocidos invencibles. Eran seis con él, hicieron prodigios de valor y talento defendiendo á su patria, y el príncipe que es tío de Felipe III, casó con una dama de la corte: cuando enviudó se hizo religioso trinitario, de cuya Orden era general. Le quedó un hijo de su matrimonio, hermano adoptivo y compañero inseparable del héroe al que seguía en talento y sabiduría. Ambos se querían como hermanos. Este era el príncipe Julio de Silva, que se hallaba sentado á la izquierda de su padre. A la derecha se sentaba el héroe, joven como su hermano adoptivo Julio, de 29 años de edad, y tan varoniles ambos como bellos. Parecía imposible que aquellas cabezas tan hermosas y aristocráticas encerrasen su valor y despego á la vida que los igualaba al más audaz guerrero. De ambos nos iremos ocupando más extensamente.

Al lado del héroe se hallaba la incomparable Alice, prometida de Flaviano de Osorio, y la joven más

bella de cuantas existían en los dominios de España. Seguía á ésta la duquesa de Tabasco, que debía contraer matrimonio con el general Mendoza, marqués de Abella. Era una especie de jigante con más fuerza y valor aún que estatura, y su prometida una mejicana deliciosa.

A la izquierda del príncipe Julio de Silva se hallaban la bellísima india Líbana, junto á su futuro esposo el maestre de campo don Ricardo Zalla, que era, á pesar de sus 26 años, una de las primeras espadas del ejército. Seguía el cacique y dueño de aquella isla Keisko, hermano de Líbana y tan entendido y valiente como el mejor europeo.

Enfrente del príncipe de Italia cenaba el duque del Imperio, segundo invencible, padre del héroe, y á su derecha tenía á la exreina Tulopalca, duquesa de los Andes, casada en secreto con el duque del Imperio.

En el centro había algunos otros personajes de menor importancia y de los que nos ocuparemos á medida que los acontecimientos lo requieran.

Al terminar la cena, quedaron disponiendo una cacería mayor, en la que se proponían exterminar algunas fieras, que á veces se aproximaban á las casas y ya habían devorado á dos soldados y á tres indios. Pensaban emplear en esta operación el día y la noche siguientes, para después, y dirigiéndose por el lado opuesto, dar fin de los antropófagos que aún quedaban en la isla. Eran dos cacerías, una de animales

feroces y otras de hombres fieras que se presentaban en el estado primitivo.

Flaviano de Osorio y su ayudante de órdenes, el valeroso y entendido maestre de campo don Ricardo Zalla, se quedaban con todas las damas y una parte exigua de la servidumbre; los cazadores, se llevaban hasta los jefes y soldados de la guardia del palacio.

Todos durmieron aquella noche hasta el amanecer que las tropas llamaron, y un poco antes de la salida del sol partieron los cazadores, seguidos de su extenso acompañamiento; más que cazadores parecían guerreros que iban al combate.

Las damas seguían en cama; el héroe se sentaba en su despacho para seguir dibujando nuevas obras para los montes que rodeaban la bahía, y Zalla, que le ayudaba, concluía de vestirse.

En este mismo instante se presentó al héroe un anciano religioso, el padre Anselmo, apóstol é inspirado de Jesús y con ademán descompuesto, mirada incierta y voz velada le dijo:

—Señor, ocurre una desgracia.

Flaviano se puso en pie, y mirándole con interés le preguntó con viveza desusada en él:

—¿Qué sucede? Hablad pronto.

—Señor, el príncipe de Italia, que es un santo, quiere á todo trance evitar que vuestro padre el señor duque del Imperio lleve á cabo la cacería de esos infelices salvajes que vagan por el monte de la isla.

—Comprendo, ¿qué ha hecho el príncipe?

—Quiere hablarles, convertirlos, civilizarlos...

—¡Maldición! se lo van á comer.

—Positivamente. Salió hace más de una hora, y según me ha dicho un indio iba tan ligero que no demostraba la edad que tiene.

—El sitio en que deben hallarse los antropófagos dista de aquí tres leguas, puede que yo llegue á tiempo de evitar la más grande desgracia que podía aburrirnos.

—Llevad alguna gente, señor, que los salvajes son más de 500.

—Retiraos, padre Anselmo. Id á vuestra celda.

El religioso inclinó la cabeza y salió sin murmurar.

Flaviano llamó á sus criados, ordenándoles:

—Pérez, un traje de lana al momento, que se ciña á mis carnes, la cota de malla más espesa que tengo, media coraza y casco; un gabán, la lanza y pistolas con cargas de repuesto. Tú,—dijo á otro sirviente,—ensilla mi caballo de guerra, mantilla de malla. Abreviad por Cristo.

Dos minutos después vestían al héroe en la forma que hemos dicho, y montó á caballo, saliendo como un relámpago en dirección del Norte.

Zalla lo vió salir, se enteró de lo que ocurría, se armó como Osorio y le siguió, yendo á cuatro kilómetros de Pérez, que también seguía á su amo por voluntad propia.

Al partir Zalla salía de la celda ó habitación del

padre Anselmo, la joven y hermosa duquesa de Tabasco. Desde una ventana se fijó en el camino que llevaban los tres exclamando:

—¡El héroe, Pérez, Zalla, solo tres, y van á caer en medio de quinientos salvajes tan valientes como fieros! ¡Oh, si yo pudiera seguirlos! ¡Pero no soy ya el valiente paje del héroe! ¡Aquel sér privilegiado se convirtió en una débil mujer! ¡No; débil no, que otro enemigo nos acecha, puede asaltar este palacio y entonces!... ¡Ah! Si ese caso llega, yo puedo aún defenderlo; yo lo defenderé.

Y mandó cerrar todas las puertas, armó á los pocos criados que quedaban; pidió dos pares de pistolas cargadas, y después de prohibir que entrase ni saliese nadie en el edificio, se reunió con la condesa de los Andes, con Alice, con Líbana y con todas las camareras que ignoraban lo que ocurría.

Sigamos al héroe.

Continuaba el valeroso y fuerte potro de Flaviano su vertiginosa carrera, por un sendero estrecho, abierto por los indios en dirección del Norte. No había otro camino, y éste era poco transitado.

El brioso animal, con la nariz abierta, echadas atrás las orejas y cubierto de espuma, parecía comprender la prisa y el esfuerzo que su amo le pedía, y por aquella superficie sinuosa á veces, llana otras, subiendo y bajando pendientes sin tregua ni descanso, y tan fuerte y veloz en esta ocasión, que iba acreditando la buena sangre y la mejor raza que poseía. Enseñado por

Osorio llegó á comprenderlo, bastándole una sola voz, un signo, para realizar el deseo de su jinete.

Los potros de Pérez y de Zalla le seguian sin adelantarle, pero también sin perder terreno.

El segundo iba á dos kilómetros escasos del primero y el tercero á cuatro próximamente del penúltimo.

El héroe, siempre sereno y frío, se había convertido en su antítesis. Ahora iba impaciente, desasosegado, nervioso, y él, que desafiaba todos los peligros cuando se trataba de combatir, se sentía en estos momentos temeroso. El príncipe de Italia fué siempre para él un tierno y cariñoso padre, fué en su tiempo el hombre más entendido y valeroso del ejército español, conduciéndole á combates hasta cubrirlo de gloria; y ahora era un santo, con una nobleza de alma, con una caridad, con una abnegación, que no tenían rivales en el mundo. No sentía Osorio perder la vida por salvar la de su padre adoptivo, su temor era no poder librar á aquel santo de las uñas de los antropófagos, es decir, llegar tarde.

Cuando su caballo concluía de subir lo más empinado de una cuesta dirigía su mirada buscando con avidez los hábitos del religioso, pero sólo veía en lontananza árboles, plantas y más lejos aún cordilleras que se corrían del Este á Oeste.

Su rostro iba encendido, su mirada parecía de fuego, llevaba los ojos inyectados de sangre, ocultando, en suma, en estos instantes, al héroe frío, sereno,

impávido, ganoso del triunfo que presagiaba el genio que se traslucía en su hermosa frente. Era sólo en esta crítica ocasión de su vida gloriosa, un temerario que se dirigía al combate con más audacia y valor que entendimiento y prudencia.

Es indecible, no se puede expresar lo que nuestro héroe sufría en esta excepcional ocasión.

Por fin oyó los lejanos gritos de los salvajes. Corría por una hondonada, no podía distinguirlos, pero castigó al corcel con el oro de sus espuelas, dió éste un salto terrible, aceleró su indescriptible carrera, llegando en segundos á la cima de una cuesta. Desde ella pudo contemplar en una explanada en que sólo habia hierba, y pocos árboles, á muchos antropófagos formando varios grupos. Pero su vista perspicaz no distinguía aquel hábito blanco, aquella capa negra, aquella cruz encarnada, aquel rostro venerable, aquel conjunto tan amado, tan digno de respeto y consideración del religioso.

—¡No lo veo! —exclamó.—¿Habré llegado tarde? Le habrán asesinado ya? Si es así, juro por Dios Santo, matar cuantos pueda hasta que haya exhalado el último suspiro. A los restantes mi padre y mi hermano Julio se encargarán de mandarlos al otro mundo.

Sin dejar de correr levantó un poco la celada de su casco de oro para coger las bridas con los dientes, sugetó con la mano izquierda una de las cuatro pistolas de dos cañones que un criado le puso al cinto y empuñando con brío su formidable lanza cayó como

un relámpago sobre el primer corro de salvajes. Estos le vieron cuando ya estaba encima y su primera impresión fué de terror, de espanto porque la lanza del héroe formó un remolino tan hábil y ligero que la afilada moharra mataba antropófagos con increible velocidad.

De aquel grupo ó corro solo escaparon diez ó doce que huían sembrando el aturdimiento y el espanto entre sus compañeros.

Del primer corro saltó el potro de Flaviano al segundo; allí derribó al cacique que quiso huir, pero la bala de una pistola del héroe le alcanzó, rodando al suelo con el cráneo hecho pedazos.

Sin dejar de matar indios con la misma velocidad que anteriormente, recibió Osorio una descarga de ballesta, cuyas saetas rebotaron en la armadura, casco y cota de su traje de guerra.

También el héroe deshizo el segundo grupo de antropófagos.

Todos los salvajes chillaban, unos huyendo de aquel fantasma incomprensible para ellos, otros estimulando al combate, y, algunos tendidos en tierra, murmurando el quejido de muerte.

En este momento dió un grito Flaviano, disparó el otro cañón de su pistola, y se precipitó en el tercer corro, más compacto y extenso que los restantes. ¿Qué había visto el héroe, qué le ocurrió, para atronar el espacio con una exclamación tan tremenda y vibrante?

En estos momentos jugaba su lanza con más energía y rapidez que nunca. Sepamos la causa.

Por entre dos salvajes habia visto al príncipe, el cual completamente desnudo, arrodillado y con las manos y vista dirigidas al cielo oraba. Creyó que lo mataban y pedía á Dios que perdonase á sus asesinos y lo recibiera á él en su paraíso.

Ni oyó los dos tiros ni los botes de lanza que daba su hijo adoptivo. Se hallaba en una contemplación que lo abstraía por completo.

Al ver los del corro que Flaviano iba sobre ellos levantó uno la lanza para matar al Santo, pero antes de herirlo cayó al suelo deshecho su cráneo por la bala que concluía de disparar el héroe.

Y el que no murió de los de aquel grupo, tuvo que huir aceleradamente.

Flaviano no pudo contener un grito de alegría, de satisfacción al distinguir vivo al príncipe Desde este momento comenzó á ser el héroe de siempre; pero continuó abrasando con su mirada é imponiendo hasta con sus menores movimientos.

Aprovechó el instante que pudo y cambió su pistola vacía por otra cargada.

Pronto una idea luminosa llegó á su mente y dijo al príncipe:

—Padre mío, arrastrándoos y con la rapidez posible ocultaos en ese matorral que teneis á la espalda. Tendeos en el suelo para que no puedan haceros puntería. Los dardos de esos cafres están envenenados.

—Pero hijo...

—Obedeced, yo os lo mando. Corred, más deprisa aún. Así.

Mientras tenía lugar ese corto diálogo, Flaviano había disparado dos tiros sobre los grupos más próximos y ya se disponía á lancear á los que tenía más cerca cuando vió que los salvajes, cada vez más espantados se replegaban hacia el Sur.

Tendió su mirada de águila y viendo que el príncipe estaba perfectamente oculto, sonrió exclamando:

—Os retirais para caer sobre mí unidos. Muy bien, os recibiré dignamente.

Y aprovechó aquella corta tregua para cargar sus dos pistolas vacías.

Luego se fué al centro de una llanura que tenía cerca y allí aguardó la nueva acometida de los salvajes.

Todavía esperó algunos segundos que empleó en reconocer la orilla de un río caudaloso que tenía al Este y como á 300 metros de distancia.

Buscaba ya la retirada, de lo cual deduciremos que tenia grandes esperanzas de salvarse en unión del príncipe.

Luego miró en torno, viendo con sentimiento que llevaba tendidos más de veinte hombres.

Todos estaban sin otra ropa que un pequeño taparrabo en tanto que él iba forrado de metales y los compadeció.

Los heridos continuaban dando grandes alaridos.

Tambien contempló algunos pedazos de los hábitos y traje del príncipe. Al desnudarlo, los hicieron tiras y los echaron á la suerte para llevarse con ellas los apreciados nuevos taparrabos.

Los antropófagos no lo perdían de vista y por algunas frases que les oyó y por las veces que miraban hácia el Sur comprendió Osorio que esperaban refuerzo.

En efecto, eran dos hileras con más de trescientos hombres y aguardaban la tercera para que les ayudasen.

A la ausencia de su tercera tribu debía Osorio haber llegado á tiempo de ver al príncipe con vida. Según convenio de los salvajes tenían las dos tribus dueñas del prisionero que esperar á la tercera para celebrar entre todos el festín ó sea la manducación de un sér humano.

Cogido el príncipe, mandaron un emisario y esperando estaban la llegada de los otros antropófagos para comerse á su prisionero.

CAPITULO II

Segunda batalla.—Vacila el héroe.—Un refuerzo llegado á tiempo. —El príncipe de Italia.—El río.—Una piragua.—Embarque.—Por el pronto se salvaron.

De improviso se oyó una tremenda gritería y luego la carrera de los salvajes que anhelaban atacar á su contrario.

No los esperó Flaviano, eso hubieran querido ellos, pero comprendiendo el héroe que era imposible resistir el empuje de 300 hombres, picó á su caballo, le hizo dar un formidable salto y cayó entre las filas enemigas disparando dos tiros y comenzando á lancear en la forma de remolino que anteriormente.

Su caballo coceaba, mordía y estaba siendo ahora un excelente auxiliar de su amo.

El plan de los salvajes lo anuló el héroe y en este instante corría su potro, saltaba, se revolvía, pisaba de un lado para otro sin dejar de matar el amo y derribar hombres el caballo con sus coces y mordiscos

hasta que Flaviano halló el estorbo de los muchos cadáveres que habia tendidos en tierra.

Amo y bestia estaban ya fatigados y no fué eso lo peor sino que de entre los antropófagos se oyó una voz que dijo:

—Tirar las armas y hacer uso de piedras.

Flaviano comprendió que si realizaban aquella idea estaba perdido porque de las saetas y botes de lanza que eran muy débiles por ser palos con moharra de espina de pez lo libran fácilmente el metal que lo cubría, no así de las piedras cuando les era fácil mandarle cincuenta ó cien de una vez, arrojadas por manos vigorosas.

Vaciló el héroe; es más, creyó que estaba perdido é iba á hacer uso de sus pistolas para morir después por los golpes de una pedrea verdaderamente salvaje, cuando oyó dos tiros á su izquierda, viendo con placer á su criado Pérez que se ponía á su lado diciendo:

—Aquí estoy, señor; Santiago y á ellos.

—A ellos,—le contestó Osorio añadiendo,—coge las bridas con la boca, en la izquierda una pistola y en la derecha la lanza. Tú por la izquierda, yo por la derecha, en ala. Eso es, hagamos el último esfuerzo y nos hemos salvado.

La inesperada presencia de Pérez descompuso á los salvajes y acabaron de perturbarlos las balas y lanzadas con que eran acosados.

A los unos se les cayeron las piedras de las manos, comenzaron á perder terreno, Flaviano y Pérez cor-

rrian matando hasta acabar con los ocho tiros que llevaba cada uno y luego cogiendo con la izquierda las bridas manejaban los caballos y las lanzas con tal destreza y furia que al fin lograron aterrorizar á sus contrarios, poniéndolos en precipitada fuga.

Medio kilómetro los fueron persiguiendo y causándoles víctimas.

Osorio gritó á Pérez:

—Vuelve grupa y sígueme.

—Donde vos querais.

Y corrieron en dirección del parage donde estaba oculto el príncipe.

Ambos regresaban sudando y tan rendidos que sostenían con trabajo el peso de la lanza.

Ya en el sitio á que querían llegar, gritó Osorio:

—Padre mío, salid...

No tuvo necesidad de continuar; el príncipe corrió hacia él.

—A la orilla del río, señor, avanzad lo más deprisa que podaís,—dijo Osorio al religioso y en cinco minutos llegaron donde deseaban.

Osorio se tiró del caballo y dió las bridas á su criado diciéndole:

—Pérez, quita á los potros cuanto llevan encima y escóndelo todo en ese matorral de la derecha. Abrevia que el enemigo está cerca y no tardará en volver

El leal criado le obedeció, sin comprender el pensamiento de su amo.

En tanto que él ejecutaba el mandato de Flaviano, éste se quitó su gabán y se lo puso al príncipe diciéndole:

—Os cubriré de este modo lo que es posible; esos salvajes os dejaron como entró Adan en este desdichado valle de amargura.

—¿Y tú?

—Yo, señor, voy demasiado cubierto. Sin tanto metal ya hace tiempo que estaria en el otro mundo.

—Que fatigado estás, hijo.

—Teneis razón, por primera vez de mi vida sentí agotadas mis fuerzas.

—Como te has valido, no ví nada igual; que lanza, que puntería, que ginete y que caballo.

—Los de un regular soldado y nada más.

—Los de un héroe que no tuvo rival en el mundo.

—Callad, por Dios.

—No puedo, Flaviano, yo no adulé á nadie jamás; en tu frente brilla el soplo divino.

—En ese caso no soy yo, es Dios quien lo hace todo y siendo su Divina majestad, podeis decir todo lo que os agrade.

—Como sudas todavía, qué esfuerzos has hecho.

—Creo que ya acabó todo.

—¿Estás seguro?

—Creo que sí.

—Vas siempre delante de las demás y por eso es dificil comprenderte.

—Acabó mi criado y vamos á realizar lo que falta.

—Señor,—le dijo Pérez llegando,—escondidos todos los arreos de los potros y esos animalitos esperan desnudos las órdenes de V. E.

—Cuando acabe haz con el tuyo lo que yo voy y hacer con el mío.

Faviano cogió por la crin á su potro, le hizo unas cuantas caricias, lo colocó en el sendero que acababan de cruzar y golpeándole en el cuarto trasero, le empujó gritándole:

—León, á la cuadra; á galope.

El animal escapó siguiéndole su compañero con el cual hizo lo mismo Pérez, diciéndole:

—Sigue á León; á la cuadra.

Bien pronto desaparecieron ambos en la dirección que deseaban sus amos.

—¿Qué hacemos señor, sin jacos y á merced del enemigo?

—¿Qué opinas tú?

—Que cuando mandais á la cuadra á los caballos nos hemos salvado, pero no sé como, ni discurro nada.

—En uno de esos árboles que bañan las aguas del río hay sujeta una piragua; mete en ella las lanzas, coge un remo y ya te seguimos.

—Pues es verdad, señor, aquí está la piragua.

—No tardes que ya deben venir los salvajes.

—Y no hay más que una.

—Así conviene.

—Ya lo creo. Meto las lanzas y cojo un remo. Señor; ¡qué palos y qué piragua!

—De salvajes.

—No hay duda; este barquito es el tronco de un árbol hueco.

—Un poco más, pero no mucho.

—Y los remos son palos casi al natural.

—Sí. Entrad, padre mío. Boguemos Pérez, tu á la izquierda, yo á la derecha; lo importante es cortar la corriente.

—Ya lo voy haciendo.

—Vamos bien.

—Tiempo era ya, señor.

—¿Por qué?

—¿No oís á los antropófagos?

—Sí, pero cuando lleguen á esa orilla ya estaremos nosotres en la otra.

—Qué talento tienes, Flaviano.

—Señor, hemos convenido en que es Dios quien lo hace todo.

—Amo mío, Dios en la parte de acá, á nuestro lado; el diablo en la de allá, con los salvajes y con todos los hombres malos del mundo.

—Eso es.

—Ya estamos en mitad del río, positivamente llegamos á la otra orilla.

—Sujeta bien, que aquí tiene mucha fuerza la corriente.

—Pues si nos fuéramos río abajo, positivamente se estrellaba nuestro poderoso navío en tanto peñasco como hay al entrar en la mar.

—No sería tanto Pérez, pero sujeta bien; ahora no nos conviene ir á la barra.

—¿Luego sí?

—Acaso.

—Señor príncipe,—añadió el criado,—repare vuestra alteza en las ideas que adelanta mi señor, son como los juicios de Dios, incomprensibles.

—Verdad es, Pérez.

—Ya pasamos lo peor.

—Si.

—¡Qué bien llevais ese remo, señor! Es fuerte cosa que todo lo ha de hacer V. E á la perfección.

—No seas hablador, Pérez.

—Déjalo, Flaviano, dice la verdad.

—Dadle alas y me llamará héroe y todos los disparates que se le ocurran.

—No tanto, señor, como disparates; todos dicen lo mismo, amo mío.

—Ya acaba lo fuerza de la corriente.

—Y no tardaremos en llegar á la orilla que deseamos.

—¿Qué hay en esta parte, señor?

—Arboles, montes y fieras.

—¿También fieras?

—Sí, terribles.

—¿Leones acaso?

—No, jaguares.

—¿Vamos á cambiar de fieras?

—Las de este lado solo cruzan por las noches en

estos sitios y no todas. Necesitan estar muy hambrientos para bajar de día.

—Esas son las peores, las hambrientas.

—Llegamos.

—¿Dónde atraco, señor?

—Lo más cerca posible. En ese árbol de la derecha. ¿Llegará la cuerda?

—Sí, señor.

—Pues ahí.

El príncipe y Osorio saltaron á tierra y era el momento que esperaba el religioso para coger la mano de su hijo adoptivo y decirle:

—Flaviano mío, perdóname el haberte obligado á que expusieras tu vida por mi causa y á que hayas hecho los esfuerzos más heróicos que he visto desde que nací.

—Callad por Dios, padre mío. No hice otra cosa que cumplir con un deber.

—Tu padre salvó la vida del mío una sola vez y lo aplaudió el mundo, tú has salvado la mía tres veces; ¿qué debemos hacer contigo?

—Amarme, padre mío,—dijo Flaviano,—como yo á vos; sólo eso.

—¿Con tan poco te conformas?

—Es el supremo bien á que aspiro.

—En ese caso y puesto que lo conseguiste desde tu infancia me vas á permitir que, puesto que te amo, te reprenda.

—Cuanto querais, señor; vuestras reprensiones las

escucharé como las frases de un santo; como lo que sois, padre mío.

—Sin santidad ó con ella óyeme.

—Ya lo hago.

—Tú sabes mejor que yo que vendrán á esta isla más de cien navíos.

—Muchos más.

—Con dos mil cañones.

—Lo menos.

—Y más de cien mil combatientes.

—Sí, señor.

—Y que aquí, en tus manos poderosas está la honra y la suerte de España.

—¿Qué quereis decirme?

—Que si hoy hubieras perecido mañana sucumbiría España, y pobre, débil, vencida y deshonrada se convertiría en pasto vil de los grajos que la sitian.

—No veo la razón; quedan mi hermano Julio, mi padre, vos si quisierais y algunos otros que valen más que yo. Pero en esta ocasión acepto por una sola vez vuestra idea. Demos por hecho que si yo hubiera muerto todo se perdería y el nombre español llegaría á servir de ludibrio y de escarnio á nuestros muchos enemigos. Y en este caso ¿quién hubiera tenido la culpa? Vos que me habeis arrastrado hasta los salvajes.

—Yo no merecía ese sacrificio tuyo.

—¿No sois el hijo y heredero de Alberto de Silva, primer príncipe de Italia? ¿Y no merece eso y más el

heredero de un ser que imprime en mi espíritu todo lo que hago?

—Si te cubres con la efigie de mi padre me vencerás facilmente.

—¿He dicho algún disparate?

—No; pero quisiera que en la ocasión presente no recordases á mi padre.

—¿Le olvido en algúu instante de mi vida?

—Los dos héroes de España,—exclamó el religioso hablando consigo mismo,—los dos espíritus más elevados que vinieron á la tierra, los inspirados por Dios, Flaviano que recibe esa intención divina por el glorioso espíritu de mi padre Alberto... ¡Ah, son los dos muy superiores á mí! Me inclino ante ellos.

Y dirigiéndose á Osorio le dijo:

—Nada tengo que reprenderte, hijo mío; soy yo el torpe, el insensato, el que expuso tu vida que acaba de salvar la Providencia de un modo claro y terminante. Hé aquí la prueba. Di, Flaviano, ¿te has batido alguna vez con lanza?

—¿No acabais de verlo, señor?

—¿Y antes?

—Jamás.

—¿Quién te enseñó ese remolino y ese juego que no ví hasta ahora?

—El arte que poseo, la esgrima en toda su extensión y en todas sus partes.

—¿Cuando aprendiste á manejar la lanza?

—Siendo más joven.

—No, hijo mío, lo que has hecho hoy ni lo aprendiste de nadie ni pudiste adivinarlo hasta que llegaste aquí.

—La necesidad hace milagros, señor.

—La necesidad estimula pero no enseña. Hasta ayer ví en tí el heroismo, hoy he contemplado el genio de la guerra dominando los hombres, las masas y todos los accidentes del combate más desigual que pudo presenciarse. Tu inspiración, Flaviano, no puede ser la de un sér humano, es infinitamente más elevada.

—Señor,—dijo Pérez llegando é interrumpiéndolos—queda la piragua atracada, cargué mis cuatro pistolas y ahora, con vuestro permiso voy con la de V. E. ¿No ois ya la algarabía de los salvajes?

—Sí, vuelven á buscarnos.

—Qué chasco se van á llevar. ¿Es de ellos esa grosera piragua?

—De ellos, les sirve para la pesca únicamente.

—Cuando la busquen para venir á darnos caza bramarán de rabia.

—Carga bien, no te distraigas.

—Van perfectamente, señor: ¡Cómo gritan!

—Nos buscan, pero solo ven heridos y cadáveres. Sus exclamaciones son hijas del asombro que les causa la mortandad que hemos hecho.

—Muchos hay, mi general, pasan de ciento. Vuestra lanza es otra cosa distinta de lo que parece.

—Qué es, Pérez.

—Una guadaña más potente que la de una epidemia.

—Aprendiste á manejar la tuya.

—Sí, señor; pero aquel remolino no sabré hacerlo nunca.

—Como yo lo hago puedes tú hacerlo.

—¡Como V. E.! Imposible, lo que vos haceis, señor, no lo hace nadie.

—¿Acabas?

—Ya están, y las cuatro van en vuestro cinto.

—¿Cuántas cargas traemos?

—A vos os puse en la escarcela treinta, yo traigo el doble.

—Son bastantes.

—Ya nos han visto los-salvajes, amo mío. Podrán venir á nado.

—Imposible, se los llevaría esa corriente.

—Parece que han cubierto las bajas.

—Sí, se les ha incorporado la tercera tríbu y por eso han vuelto.

—Todos están á la orilla del río.

—Sí, todos; nos llaman, nos desafían.

—Que esperen sentados.

—Lo harán de pié, pero de poco les servirá.

—Parece que aullan..

—De rabia porque no pueden cruzar el río.

—Que gana tienen de morir.

—No, de matarnos.

—Pues no lo lograrán.

—Quien sabe, Pérez.

—A vos no hay quien os mate, como no sea estando dormido.

—Otros salvajes como estos me llevaron á las puertas del sepulcro.

—Cierto, cerca de la gruta mejicana; pero de aquellos dió fin vuestro expaje y de los que quedan, de estos se encargará el señor duque del Imperio.

—No lo creas, Pérez, me parece que tenemos que acabar con ellos ó morir.

—¿En qué os fundais señor?

—Mira hácia la colina que hay bastante detrás de esos indios, ¿qué ves?

—Es verdad; un bulto que viene hácia aquí.

—No puede ser otro que el maestre Zalla. Sí, él es, no me cabe duda. Suelta la piragua y corramos en su ayuda.

—¿Qué vas á hacer, hijo,—le preguntó el príncipe?

—Padre mío, Ricardo Zalla viene también á salvaros, sacrifica su vida por vos, por mí y me es imposible dejar de defenderlo.

—Puede que no viéndonos retroceda.

—No le conoceis, señor, ese no sabe retroceder ante enemigo alguno. Orad, padre mío, mientras nosotros buscamos la muerte.

Y sin esperar contestación saltó á la piragua y comenzó á guiarla con su remo y con cuanta fuerza y velocidad podía.

Al verlos regresar los antropófagos blandían sus armas y daban feroces gritos de alegría salvaje.

Sin cuidarse para nada de eso seguían Flaviano y su criado dirigiendo su esquife á la orilla opuesta.

Más prisa llevaba ahora Osorio por llegar á la otra orilla del río que tuvo antes para ganar la otra orilla.

El sacrificio de su vida que hacía Zalla por él le obligaba más que el salvar su propia existencia.

El esquife volaba ahora, no obstante la corriente y todos los inconvenientes que un río difícil de atravesar le ofrecía.

CAPÍTULO III

Principio de una nueva batalla.—Segunda horrible mortandad.—La rabia y el salvajismo.—Zalla no es un héroe, pero lo imita bien.—Fin de la sangrienta historia de la mañana.

Iba la canoa por el centro del río cuando los salvajes dieron un grito espantoso, se volvieron hácia el lado contrario y quedaron por el pronto sin saber que hacer.

Zalla habia llegado, descargó los dos cañones de una de sus pistolas y comenzó á lancearlos por la espalda.

Llevaba nuestro valiente joven idéntico aparato guerrero que Flaviano y Pérez, manejaba bien la lanza, como las restantes armas, en equitación era ya un maestro y como discípulo distinguido del héroe imitaba á éste de un modo admirable.

Los antropófagos juzgaron que iban á encontrarse entre dos fuegos, vacilaron, concluyendo por correr hácia el maestre de campo separados y casi en dispersión.

Zalla no veía al héroe ni á su criado, creyó que los habían muerto despues de tender ellos en tierra el sinnúmero de cadáveres que veía en el suelo, y era tan grande su ira y desesperación que mataba á cuantos podía, por delante, por la espalda y como le era dable. Quería dar fin de todos y morir él antes ó después de acabar con ellos.

Llevaba ocho minutos derribando salvajes cuando se extremeció.

Había oido la voz de su maestro que le dijo:

—Ricardo, sujeta con los dientes las bridas y mata con la lanza y con las pistolas manejadas con la izquierda. Demos fin de estas fieras.

—¡Viva el héroe!—exclamó Ricardo y desde aquel instante mataba por diez y su caballo coceaba por cuatro.

Flaviano y Pérez tardaron poco más de diez minutos en atravesar el río, luego escondió el último la piragua entre unos árboles que metían sus ramas en el agua, cogieron sus lanzas y el uno á la izquierda y el otro á la derecha corrieron en busca del enemigo que les había vuelto la espalda para defenderse de Zalla.

—Pelea separado de mí,—dijo Osorio al sirviente,—pero no mucho y evita en lo posible que te rodeen muchos; contra los grupos haces uso de las pistolas que es lo que más los descompone.

Y corrieron, lanceando al enemígo.

Flaviano se acercó á Zalla lo bastante para darle

las voces que hemos oido y á pie y con su brío de héroe iba matando tantos ó más que á caballo.

Buscaba las alturas para no perder de vista á Zalla y Pérez y correr en ayuda de ambos si de él necesitaban.

Comprendiendo admirablemente su situación no paraba un instante para evitar que lo rodeasen.

Su mortífera lanza, que convertía en aspas de molino de viento, mataba con la moharra y con el r gatón que acababa en punta y era de acero.

Las pistolas las reservaba para casos extremos.

No tardó en llegar uno de estos.

No lejos de él vió á un indio fornido, que demostraba tener fuerzas hercúleas, tomar carrera, dió un terrible salto yendo á caer sobre las ancas del caballo de Zalla.

Nuestro joven se hallaba perdido; preso por la espalda y sujeto por los brazos, fué obra de un instante é iba arrojarlo al suelo el feroz salvaje para machacarle casco y cabeza, cuando Flaviano le dirigió una bala rompiéndole con ella el cráneo.

A la vez gritó á Zalla.

—No estés quieto un momento y evitarás esos saltos.

—Gracias, mi general, me habeis vuelto á salvar la vida

Y picó á su potro, le hizo dar el salto del carnero, atropelló á cuantos indios le rodeaban sin dejar de matar con su lanza y comenzó á correr de un lado

para otro haciendo á los antropófagos tanto daño con las pezuñas de su caballo como con la lanza y pistolas.

Desde aquel momento se dedicó á deshacer todas las agrupaciones que veía.

Su caballo le estaba ayudando de una manera formidable.

Debió gustar á otro indio lo del salto, pues concluido de ver el de su compañero siguió á Pérez y en cuanto aquél se detuvo un poco saltó, cayendo sobre los hombros del valeroso sirviente. Enseguida se abalanzó sobre su cuello para intentar una estrangulación.

Pérez fué á coger una pistola, pero su amo no le dió tiempo. Soltó otra bala al salvaje y le hizo rodar por el suelo.

—No te detengas,—gritó también á éste.—Adelante que empiezan á perder terreno.

—Gracias, señor; tomaré el consejo.

Desde este instante principió á declararse la victoria en favor de nuestros españoles.

Los indios blasfemaban, veían la tierra cubierta de cadáveres y de heridos que maldecían su suerte y comenzaban á creer que no eran hombres los tres que estaban dando fin de todos ellos, sino demonios á los que no se les veía la carne y en cuyos cuerpos se rompían las espinas de peces que servían de moharras á sus picos y hacían rebotar sus saetas.

Empezó á cundir el temor y aun cuando no huían

del campo esquivaban en lo posible acercarse á sus contrarios.

Flaviano observaba todo esto y no perdiendo de vista á los salvajes hubo de notar que se habían reunido cinco jefes de tríbu y al parecer deliberaban sobre lo que debían hacer. Sin perder tiempo se aproximó á Zalla gritándole:

—Ricardo, derribamos á los cinco que forman aquel grupo de la izquierda.

De dos tiros de Osorio cayeron dos, Zalla derribó á otros dos con otra de sus pistolas, corrió cuanto su caballo pudo y alcanzando al quinto lo mató de un bote de lanza.

Eran los únicos cinco jefes que les quedaban á los salvajes.

Al verlos caer dieron un espantoso grito y se presentaron en completa dispersión.

—Sigámoslos,—exclamó Osorio:—primero con las lanzas y cuando se nos adelanten con las pistolas, mientras tengamos alguna carga. No pases de la falda del monte, Ricardo.

Así lo hicieron, pero poco daño les pudieron hacer Flaviano y Pérez con las moharras; los antropófagos se convirtieron en gamos.

Viendo que las balas y la lanza de Zalla los alcanzaban, se dirigieron al monte y unos se despeñaban cayendo á los precipicios y otros saltando como el lobo, desaparecieron de aquel sitio de muerte y desolación.

Cuando Flaviano tiró su último tiro vió una piedra cerca de sí y se sentó sobre ella.

Pérez que le seguía, hizo lo mismo en el suelo, junto á su amo, pero no se estuvo quieto, comenzó á cargar sus pistolas y las de Osorio.

Ambos demostraban cansancio y fatiga.

El héroe dijo á su sirviente.

—No te ocupes de nada, descansa.

—Ya lo hago, señor; pero bueno es preparar las armas por si vuelven esos salvajes.

—No los esperes.

—Quiera el cielo que no os equivoqueis; no creí matar nunca tantos hombres ni fatigarme tanto.

—¿Estás muy cansado?

—Más de lo que puedo expresar. Todo el cuerpo me duele, y más que todo el brazo derecho. Y vos, señor, ¿cómo os hallais?

—Bien, estoy cansado y nada más.

—Pronto nos hallaremos en disposición de batirnos otra vez.

—Mientras nos alumbre este sol no tendremos con quien pelear.

—En ese caso podemos regresar por tierra.

—¿Tres leguas quieres que ande mi padre adoptivo descalzo y medio desnudo?

—Puede ir en el caballo del maestre.

—¿Enseñando las carnes y con un solo gaban?

—Es verdad, señor. Nos iremos por el río si por él podemos llegar al mar.

—Creo que llegaremos.

—Ya están cargadas las ocho pistolas.

—Descansa, Pérez, que bien lo necesitas.

—Ya lo hago señor.

Y quedaron en silencio hasta que Zalla se incorporó con ellos.

Iba desmontado, llevando la lanza en la mano.

—¿Qué le ha pasado á tu caballo, maestres?—le preguntó el héroe.

—No seguí vuestro consejo, subimos al monte persiguiendo á esos salvajes, dió un salto, le faltaron las fuerzas y se cayó á una abertura profunda del monte. Allí quedó muerto.

—¿Y tú?

—Yo pude cogerme á una mata gruesa y resistente y no recibí daño alguno.

—Me alegro y siento la pérdida de un animal tan valiente y poderoso.

—Os cogeré otro parecido y no tardará en valer tanto como el muerto.

—Nos hemos separado una milla del punto de embarque, partamos, que el príncipe estará ocon cuidado.

—¡El príncipe! ¡No lo han muerto como suponía! ¡Qué felicidad! ¿Pero donde lo teneis escondido, señor?

—En ningun sitio, bien á la vista se halla á la parte opuesta del río.

—Cuanto milagro os conozco ya, mi general.

—¡Milagros! hechos naturales y hasta fáciles,

—Para vos.

—Escucha lo ocurrido antes de llegar tú y comprenderás que no hay en todo ello nada que deba extrañarte.

Y según andaban le fué refiriendo lo que acababa de ofrecerle.

Todo el camino que seguían se hallaba cubierto de cadáveres y de heridos, pero al llegar á la explanada, junto al improvisado embarcadero, se vió obligado á exclamar Zalla:

—¡Jesús qué mortandad! Hay batallas señor en que no cayó tanta gente.

—Sí, la de hoy fué sangrienta. Esos salvajes son temerarios.

—Y cuanto herido, nos piden algunos que les acabemos de matar.

—Entiendes bien el idioma azteca.

—Perfectamente; lo hablo con Líbana todos los días.

El ruido de una precipitada carrera de caballo le hizo volver la vista al héroe, reconociendo á su criado Moreno que llegaba en su busca. Osorio le salió al encuentro preguntándole:

—¿Quién to envía?

—Las cuatro señoras.

—Muy bien, les dices que hemos vencido á los salvajes sin que nos hayan tocado á nosotros; que llegué á tiempo y nada pudieron hacer al príncipe de Italia. Añade, que nos vamos por el río á la escuadra y que no regresaremos hasta muy tarde, pero que no estén



Lit.-Felipe González Rojas.-Editor.

—¿Quién le envía?

—Las cuatro señoras.

con cuidado. Cuando acabes mandas á la galera Numancia un traje completo de religioso para el príncipe, que no falte nada, ni zapatos, ni camisa, lo desnudaron del todo y nada tiene. Hecho este encargo vas á la cacería donde está el duque, le cuentas todo lo que ha ocurrido y le dices que si tiene prisa por verme me hallará cenando en la galera Numancia. ¿Llegaron mi caballo y el de Pérez?

—Los hallé cerca del palacio en dirección de las cuadras. Pero van en pelo. La vista de esos animales me hizo temblar.

—Lo comprendo, creías que me habían muerto; lo mismo pensarán las señoras. Parte á escape y sácalas del cuidado en que estarán.

El criado obedeció, desapareciendo de allí á escape.

Flaviano contó á Zalla lo que habló con Moreno, añadiendo:

—Me han conmovido los ayes de esos desgraciados heridos, pero ahora nada podemos hacer en favor de ellos, cuando lleguemos al palacio les mandaré socorros y muchos curarán de sus heridas, Pérez trae la piragua y embarquémonos.

—Señor, ¿me puede ayudar el señor maestre?

—Sí, acompáñalo, Ricardo.

Mientras ellos traían la piragua, Flaviano gritó al príncipe:

—Padre mío, todo acabó y pronto os acompañaremos.

El religioso demostró dar las gracias al cielo.

Poco después los tres iban llevando la piragua á la otra orilla del río.

El príncipe sentado sobre una piedra los miraba con interés.

Llegaron y Zalla se adelantó, besándole la mano con respeto Después le dijo:

—Ante el sacerdote ilustre y santo me postro y humillo; en cuanto al hombre ya es otra cosa; al hombre le doy las gracias por la señalada honra que le hemos merecido, designándonos para que fuéramos nosotros tres y no el señor duque del Imperio, los encargados de esa cacería de salvajes que hemos terminado por hoy. No ha sido completa, señor, como no nos mandásteis con tiempo el aviso solo fuimos los tres que veis y no pudimos dar fin de todas las fieras; quedaron la mitad para otro día.

—¡Santo cielo, la mitad!

—Bien sabe Dios que no pudimos con más.

—¡Doscientas cincuenta víctimas!

—Entre muertos, heridos y despeñados serán esos poco más ó menos.

—¿Es verdad lo que dice este temerario, Flaviano?

—Sí, señor.

—¡Qué crueldad!

—¿Prefería el señer príncipe, que se lo hubieran almorzado esta mañana los antropófagos?

—Sí.

—Pero ocurre, que sólo V. A., mi amado generalísimo, y los salvajes esos tenían esa opinión. Los cristianos todos pensábamos lo contrario y por eso obramos de la manera que habeis visto.

—Flaviano, las frases de tu ayudante de órdenes merecen un correctivo.

—Señor, pensaba en este momento en que Zalla ha debido morir hoy por vos y consiguiente á esto en la recompensa á que se había hecho acreedor.

—No deseo ninguna, mi general en jefe, prefiero la corrección que os pide el príncipe para mí.

—Padre mío,—replicó Osorio,—habeis dicho más de una vez que Ricardo era un hombre de cuidado, ¿lo recordais?

—Sí.

—Pues no debatais con él, que es peligroso.

—Ricardo,—le dijo el religioso con dulzura,—tienes valor y mucho entendimiento, deshecha de tí la inhumanidad y fiereza y te elevarás mucho más.

—Señor, me eduqué oyendo á mi padre referir todo lo que él, sus hermanos y los seis varoniles invencibles hicieron en Francia con los hugonotes, en Cambray con los iconoclastas, en Malta con los turcos, en el Perú con los españoles rebeldes y con los indígenas y en Venecia con los italianos. Hasta ahora tuve idéntica humanidad de la que ellos demostraron, ¿creeis que es posible tener más?

—Sí. imita á mi hijo Flaviano que vale más que los seis invencibles.

—Hoy no pude, señor, mató él más salvajes que Pérez y yo juntos, muchos más.

Comprendiendo el héroe que la exagerada caridad del príncipe lo estaba colocando en un mal terreno frente á Zalla, cortó el debate diciéndole.

—Te voy á pedir un favor, Ricardo.

—Todo lo que vos querais, mi general en jefe, inclusa mi vida. Hablad, señor.

—¿Tienes descargadas las pistolas?

—Sí, señor, cuatro, ahora iba á cargarlas.

—¿Pérez?

—¿Señor?

—En la orilla del río he visto chinas de todos tamaños, tráeme una docena de las más pequeñas.

—Comprendo; ¿como cañamones?

—Eso es.

—Vuelvo al momento.

—Zalla, quita á un cartucho la bala y carga una pistola con esas chinitas.

—¿Qué pájaro deseais que mate, señor?

—Son pequeños todos los que se ven por este lado. ¿Ves aquella arboleda que se distingue desde aquí á la orilla del río?

—Sí, señor.

—Allí he visto patos, mata el de mayor tamaño que puedas. Va á ser nuestra comida de hoy.

—Me parece bien.

—Aquí están las chinas,—dijo Pérez.

—Dáselas á Ricardo; coje una lanza, le acompañas

y si el ave que va á matar cae algo distante de la orilla la detienes para que no se la lleve la corriente y la traes hacia tí hasta que puedas cogerla con la mano.

Los dos se dirigieron al punto indicado por Flaviano, quedando solos el príncipe y el héroe; es decír las dos primeras capacidades de España.

Los salvajes habían huido lejos de allí, pues á ninguno se oia ni escuchaba.

Osorio buscó un paraje umbroso y en él se instaló con el Santo.

CAPITULO IV

—

La comida.—Embarque.—Los escollos.—Un canal.—
El mar y la escuadra.

No tardaron en regresar Ricardo y Pérez. El primero traía la lanza que llevó el segundo y éste venía arrancando las plumas blancas á un enorme pato que mató Zalla.

—¿Lo aso, señor?—preguntó el sirviente á su amo.

—Sí.

—¿En un hoyo?

—Sí.

—¿Con la tripa sustanciosa?

—Claro es.

—Me falta sal.

—Toma, esa piedrecita es de sal. La mueles entre dos piedras.

El criado asó el ave como los cazadores suelen hacerlo, lavó cuatro piedras planas que cogió á la orilla del río para que le sirvieran de plato. Pérez dió su

daga al príncipe pues él llevaba navaja, los otros dos también tenían daga y de ese modo comieron la mayor parte del pato que estaba bien asado y era sabroso.

Ni pan, ni vino, ni ningún otro manjar, pudieron comer.

Pérez quiso buscar frutas silvestres, pero no lo dejó Osorio por temor de que fuese sorprendido por alguna fiera, cerca de donde se hallaban las había feroces. Por eso los antropófagos jamás entraban en aquella parte de la isla ni cruzaban el río.

No tardaron en realizarse los temores de Flaviano. Poco después de comer se puso en pie el héroe, exclamando:

—Un enorme jaguar.

—Verdad es.

—El hambre lo trae á nosotros.

—¿Qué hacemos, señor?—le preguntó Zalla.

—Quietos, yo lo mataré.

—No, os acompaño; detrás voy con la lanza.

Flaviano salió al encuentro de la fiera. Ella al verlo llegar se paró.

Ya á quince pasos se detuvo también el héroe.

El jaguar abrió dos veces su terrible boca, enseñando los blancos y agudos colmillos.

Ninguno de los dos avanzaba. Cambiaban la mirada; el animal parecía vacilar. Osorio le contemplaba con curiosidad, teniendo en la mano y montada una pistola de dos cañones.

Por fin el jaguar anduvo. El héroe se corrió un poco á la izquierda.

Cinco pasos dió la fiera, deteniéndose á diez del sitio donde estaba Flaviano. Osorio hizo puntería, el animal fué á correr para atacar á Flaviano, en cuyo instante le disparó este los dos tiros de su pistola. Una bala le tocó en el corazón, la otra se metió en su cabeza.

Cayó al suelo el jaguar exánime.

No necesitó para morir de la lanza de Zalla.

Las dos heridas que recibió eran mortales.

—Este ya cayó,—dijo Pérez llegando,—¿vendrán otros señor?

—No lo sé. Cárgame esa pistola.

Los tres le contemplaron, retirándose después al paraje donde se hallaba el príncipe.

Sentados sobre piedras, á la sombra que los árboles y sin dejar el héroe de mirar por si aparecía otra fiera preguntó el príncipe.

—¿Hasta qué hora vamos á estar aquí, Flaviano?

—Todo el día, señor.

—¿Por qué causa?

—Porque no quiero que os vea nadie casi desnudo como estais.

Y continuaron hablando hasta una hora antes de anochecer.

Se reembarcaron los cuatro diciéndoles Flaviano:

—Es preciso que os senteis los cuatro en el centro del fondo de la piragua. Yo solo la guiaré. Os advier-

to que no tiene quilla, forma un medio óbalo y como es tan estrecha nada más fácil que se tuerza y nos mande al agua. Cojeos con las manos á uno y otro lado de la borda y no torzais el cuerpo ocurra lo que quiera. Tiene muchos inconvenientes para cualquier navegación este mal esquife, en cambio es con el único que podemos trasladarnos á la bahía por lo estrecho y ningún calado que tiene. Si haceis lo que os he dicho respondo de llevaros con toda facilidad.

—Ved, señor, ¿vamos así bien?

—Sí, no inclinaos á ningún lado, que el centro de vuestro cuerpo gravite sobre el centro de la piragua.

—Comprendido; nada temais por nosotros, mi general.

—Pues adelante.

Los tres iban como les mandó Osorio; este con un remo en la mano, de pie y atento al curso de su esquife, lo dirigía empujado por la corriente é inclinándolo á la orilla opuesta.

Se había situado en la proa y el remo le iba sirviendo de timon

Tan perfectamente lo dirigía que iba como una flecha sin movimiento alguno de un lado á otro.

Los que le acompañaban seguían sin darle motivo á la más leve reprensión.

De este modo llegaron á los escollos.

Habian cruzado dos leguas de rio en veinte minutos. La corriente los precipitó río abajo con velocidad prodigiosa.

—Hemos volado, señor,—le decía Zalla.

—Sí; tiene mucha fuerza la corriente en el sitio que hemos atravesado.

—Y no se ha torcido una línea nuestro grosero y diminutivo bajel.

—Fué muy bien, como yo quería.

—No puede ocurrirnos nada, señor.

—¿En qué te fundas?

—En que dirige la piragua el primer marino del mundo.

—Ese fué el general Roch.

—Que murió y queda su discípulo que vale más que el maestro.

—Esa es una torpe adulación.

—El príncipe conoció al uno y conoce bien al otro, que lo diga él.

—Tienes razón, Zalla.

—Lo oís, ¿mi general en jefe?

—No, me disgustan esas frases.

—Como trabajais, señor.

—Estamos en lo más peligroso, solo hay escollos debajo y á los lados.

—Ya lo veo, que vista tan deliciosa forma el agua al extenderse por entre todos esos picos presentando cascadas, saltos, balsas y corrientes espumosas, blancas como la nieve y atronadoras como la tormenta.

—Preciosa vista, Ricardo, pero muy difícil de atravesar por estos sitios.

—Vais sudando señor, ¿no puedo ayudaros?

—No.

—No creí que entrase la piragua por algunos sitios de los que ya dejamos atrás.

—Nuestro esquife se compone de medio tronco de árbol hueco, muy estrecho y tan fuerte como el hierro.

—Lo voy notando, señor; parece hecho para atravesar estos imposibles.

—Pues es la primera vez que entra en ellos. Los salvajes lo aplicaban únicamente á la pesca por la orilla del río y en verdad que no se alejarían mucho.

—En cambio vos sois capaz de cruzar el Océano con este medio árbol hueco, como vos le llamais.

—Ojalá y estuviéramos en la mar, Ricardo, esto es bastante peor.

—¿No os ayuda ya la corriente, señor?

—Si la dejara á ella ya nos hubiera estrellado. Lo peor de todo es que tengo que librarme de su fuerza para huir de los escollos.

—¿Vais á continuar mucho tiempo así?

—Cinco minutos; no sería posible más; empiezan á faltarme las fuerzas.

—¿Qué día, señor, que día?

—Si la noche no es peor.

—¿Temeis algo en ella?

—Sí.

—¿Puedo saber?

—Tengo el presentimiento de que en ella vamos á estar peor.

—Y yo también—dijo el príncipe tomando parte en el diálogo.

—¿Oyes Zalla? Por experiencia sabes que los presentimientos de ese santo son anuncios infalibles.

—Estando reunido á vos nada temo, mi general en jefe.

—Ni yo; esa frase no está en nuestro idioma.

—¿Qué es eso, señor?

—Nada, que fatigado, tiro el remo y me siento como lo estais vosotros. Ya era tiempo, he luchado con el agua y los escollos tanto como con los salvajes.

—¿Nos estrellaremos?

—Ricardo, vamos por un estrechísimo canal en el cual solo coge mi diminuta piragua que nos llevará sin peligro al mar.

—¿Lo habeis adivinado, señor?

—No, conozco estos parages porque los he estudiado.

—Parece que roza la piragua en los escollos de la izquierda.

—Sí, pero es fuerte y resistirá bien esos roces.

—¡Qué talento teneis, mi general en jefe! En la mar valeis más, mucho más que el gran marino Roch y en tierra os sobreponeis con exceso al gran príncipe de Italia. ¿Es cierto, mi amado y generalísimo de ayer, santo hoy?

—Ciertísimo, Ricardo. Tu maestro Flaviano fué discípulo de Roch y mio pero ha llegado á ser el maestro de todos.

—El empezó imitándoos, ¿pero quién lo imita á él?

—¡Ah, tiene la ciencia de los hombres que aprendió á fuerza de estudio y la de una inspiración que parece divina. ¡Acaso sea divina!

—¡Cuanto delirió—exclamó el héroe—hasta mi padre adoptivo, el gran príncipe de Italia, el santo! Pobre humanidad y qué poco vale y qué poco valemos todos.

—Comparados con la divina Providencia nada, comparados unos hombres con otros mucho, algunos poco, otros menos, tú más que todos.

—Gracias, padre mío, pero no lo creo, no quiero creerlo.

—Lo último, sí, lo primero, no.

—Arriba Ricardo y Pérez, cojed los palos y remad que vamos á entrar en la bahía.

—¡Pues es verdad!

—Ya acabaron los escollos y el canalito; ahora vamos por un lago.

—Eso parece en lo sereno y tranquilo.

Flaviano había hecho atravesar su pequeño esquife por sitios en que necesitó de todo su talento y adivinación para no haber dejado la piragua en medio de las rocas.

Ya en la bahía se concretó á dar rumbo al bajelito, dejando á Pérez y Zalla que le dieran impulso.

Empezaba la noche y llegaron á la galera Numancia que era la primera de la escuadra la que hallaban al apagarse el último crepúsculo vespertino.

—¡Ah de la Numancia!—gritó Ricardo.

—Qué deseais—le dijo un centinela.

—La escala real.

—¿Quién la pide?

—Yo, el maestre Zalla.

—Mi alférez—exclamó el soldado—el ayudante de órdenes de nuestro general en jefe pide la escala real.

—Echadla,—gritó el oficial, saliendo á recibir al renombrado maestre.

Pero fué sorprendido con la presencia de los cuatro. Flaviano le dijo:

—No quiero honores ni oir voces; ¿lo oís?

—Sí, señor, mí general en jefe.

—¿Trajeron el traje para el señor príncipe?

—Sí, señor.

—Pérez, viste á mi padre adoptivo y que nos sirvan la comida en la cámara.

Un cuarto de hora después los tres se sentaban á cenar.

Pérez lo hacía también en otro departamento.

A las nueve de la noche se levantaron de la mesa.

Ricardo preguntó á Flaviano:

—Señor, ¿qué hacemos?

—Esperaremos á mi padre y á mi hermano Julio que no tardarán en llegar. Deben saber todo lo acontecido por el criado de Mendoza, les mandé á decir que cenábamos en esta galera y vendrán por nosotros.

—Parece que tardan mucho.

—Se hallarían muy distantes cuando los halló el sirviente de Mendoza y á eso obedece sin duda la tar-

danza. Pero es lo probable que vengan sin tocar en el palacio y pronto los veremos.

—¿No sería mejor salirles al encuentro?

—No; descansemos que buena falta nos hace.

—En ese caso subo á la cubierta; en esta cámara hace calor.

—Haz lo que quieras; por ahora no necesito de tí.

Y quedaron el príncipe y el general en jefe, sentados en un divan hablando de los acontecimientos del día.

La noche se presentaba oscura y un viento del Este rizaba la superficie del agua.

Reinaba en la bahía un completo silencio.

CAPITULO V

Las sospechas.—Un alerta.—Flaviano comprende todo lo que ocurre. —Lo que pasa en el navío Juan Bautista.—Nueva pelea de distinto género.—Continúa imperando la fatalidad.

Zalla subió á la cubierta de la hermosa galera, hallando al alférez de guardia en el extremo de la proa observando atentamente.

—¿Qué haceis aquí medio oculto y como espiando á ese navío?—dijo al oficial.

Este se incorporó contestándole:

—Señor maestre, me hallaba en efecto observando lo que pasa en el navío San Juan.

—¿Ocurre algo extraño?

—Creo que sí.

—Hablad.

—Desde poco después que la noche suspendió las obras del monte, en las cuales trabajan, como sabeis, casi todos los jefes de la escuadra y en su mayoría las tripulaciones y soldados, estoy viendo llegar al

navío gentes de otros barcos y ninguno de los que vienen me gusta.

—¿Quiénes son?

—Oficiales y soldados que infunden sospechas.

—¿Son muchos?

—Más de ciento.

—¿Y qué hacen?

—Esperan á alguno ó algunos.

—¿Sabeis algo más?

—No, señor, pero dejaron tendida la escala real y esperaba ver á quien aguardan.

—Es buena idea, observemos.

Y comenzaron á espiar lo que pasaba en la cubierta del navío.

No tardó en llegar un bote y de él saltaron tres, que subieron aceleradamente.

—El exmaestre de campo Ontoria y dos excapitanes compañeros suyos,—exclamó Ricardo.—Esto es grave, alférez.

—¿En qué os fundais?

—En que son tres malvados y deben serlo también los que ahí les esperan. ¿Quién manda ahora el navío?

—Un primo de Ontoria, el comandante y capitán con otros oficiales se hallan en las obras.

—Parece esto providencial. Alférez, continúa observando mientras aviso á nuestro general en jefe.

—Es lo mejor.

—Desde la puerta de la cámara hizo seña Ricar-

do á Osorio, este se incorporó con él preguntándole:

—¿Qué ocurre?

—Mucho, subamos y en la cubierta os enteraré.

Ya en aquella le refirió lo que habían visto en la cubierta del navío añadiendo:

—¿Qué os parece, señor?

—Que mi presentimiento se cumple. Esos traidores conspiran y piensan dar esta noche el golpe que meditan. El día va á ser completo.

—¿Qué hacemos, señor?

—Observar y oir si se puede.

—Los dos se trasladaron al extremo de la proa y desde allí vieron y Flaviano algo oyó.

—De pronto se retiró el héroe seguido de Zalla.

Al llegar á la escotilla le preguntó Ricardo:

—¿Visteis mucho, señor?

—Demasiado, con lo que escuché y lo que adivino he podido comprender todo lo que han hecho esos malvados y lo que ahora intentan.

—Decidme algo por Dios; creo, señor, que peligra la honra de mi futura y estoy en ascuas.

—Ya no; escucha. Esos malvados esperaron á que todos estuviéramos ausentes y entre las sombras de la noche quisieron asaltar el palacio y robar á Líbana, á Alice y á la duquesa de Tabasco.

—¿Lo habrán conseguido?

—Imposible; lo prueba el que han venido solos.

—¿Las habrán deshonrado?

—No, mí expaje que tiene más valor que todos

ellos, estaba prevenido por mí desde hace días y lo habrá evitado.

—¿Estais seguro, mi general?

—Sí, les he oido que no pudieron entrar en el palacio por el fuego que les hicieron la duquesa de Tabasco y varios criados. Esto nos prueba que hallaron las puertas cerradas y á todos dispuestos á recibirlos. Dicen que han muerto cuatro compañeros de Ontoria y varios indios.

—Delicioso paje, señor. Yo creí que desde que dejó de ser paje...

—Era débil; no seas torpe, su corazón continúa tan fuerte y poderoso como antes. Le confié además la honra de Alice, de Líbana y la suya propia y ya sabes como mi expaje cumple mis encargos.

—Se dejará matar antes que faltaros en lo más ténue.

—Eso es.

—¿Y ahora que piensan hacer?

—Sublevar la gente del navío y huir, llevándose los tesoros que tiene ahí mi padre.

—Maldición. Son peores que Lucifer.

—Ontoria, que es el director obra de ese modo por maldad y porque supone que es hermano mío, lo cual cree también mi padre.

—¡Qué fatalidad!

—Muy grande, Zalla.

—¿Qué hacemos, señor?

—Es una deshonra para la patria y para nosotros

que los traidores roben el navío y se hagan piratas. Evitémoslo.

—¿A tiros?

—O á estocadas, como se pueda.

Y los dos bajaron á la cámara donde dejaron sus pistolas, las colocaron en el cinto, cogieron dos espadas y fueron á salir seguidos de Pérez.

El príncipe les preguntó:

—¿Flaviano, qué ocurre?

—Otra traición padre mío; pero pronto quedará deshecha. Esperad que no tardaremos.

Y subieren á cubierta.

La traición que estaban realizando Ontoria y sus cómplices en los momentos en que se hallaban esperando al enemigo para salvar la honra y la existencia de la patria, era lo más inícuo y funesto que podía intentarse. Ontoria que era el director de la nefanda trama creía ser hijo natural del duque del Imperio por habérselo oido decir á su madre, odiaba, por la envidia que le tenía, al que juzgaba su hermano, á Flaviano de Osorio, estaba además enamorado de Líbana, futura esposa del valiente Zalla y obraba de esa manera impulsado por varias pasiones bastardas que lo tenían fuera de sí.

Cogido la primera vez *infraganti*, acobardado por Zalla, deshonrado ante el mundo y habiendo descendido de maestre de campo y jefe de la escolta del duque del Imperio á ente el más despreciable de la tierra, sin riqueza ni poder alguno, le amargaba la vida

y quería perecer ó elevarse por cualquier medio que fuera á rico y poderoso.

También anhelaba deshonrar á Líbana, único medio, á su juicio, de poderla poseer.

Con lo expuesto debe bastar para comprender bien las importantes escenas que siguen. No es momento este de dar más explicaciones.

Los tres ó sean Flaviano, Zalla y Pérez se trasladaron en la piragua que aun estaba al pie de la escala real al San Juan Bautista.

Por el camino dijo Osorio á Pérez.

—En cuanto subamos te sitúas al pie de la escotilla y no dejas entrar ni salir á nadie. ¿Traes las pistolas?

—Las cuatro.

—Monta dos y las tienes en las manos. Tú, Zalla, obra como te aconsejen las circunstancias.

—Muy bien, señor.

Sin hacer ruido alguno llegaron nuestros amigos á diez pasos de los conjurados sin que estos se apercibieran.

Delante iba Flaviano, cubriendo con su gaban las armas que llevaba al cinto.

Lo mismo le sucedía á Zalla, pero llevaba una pistola en cada bolsillo y las manos sujetándolas.

Pérez se situó en donde le mandó su amo, este quedó parado á diez pasos de distancia de los conjurados y Zalla á cuatro ó cinco de su querido general en jefe.

El grupo de los conjurados se componía de Ontoria. sus dos compañeros excapitanes y de dos tenientes y un alférez del navío en que estaban.

En el momento de detenerse el héroe decía Ontoria á los del navío:

—Os he mandado 102 hombres decididos, pero no basta con ellos, son necesarios toda la gente de mar y los hombres de armas que teneis aquí. Bajad, habladles y ganadlos. Me consta que en este barco hay una cantidad de oro que puede hacernos ricos á todos; y con ella y lo que valga este navío y cuanto hay en él seremos poderosos. ¿Qué nos importa España, su rey ni Osorio? Inglaterra y Francia nos aguardan y si os parecen estrechos esos reinos toda la India y todos los mares. ¿Quién podría con nosotros? ¡Viva la independencia!

—Y mueran España y el ridículo héroe que aplaude,—añadió un excapitán.

—Con los tesoros que hay aquí podemos ser omnipotentes en el mundo,—dijo el otro excapitán.

—¡Muera España!

—¡Muera Flaviano de Osorio!...

El héroe no pudo contenerse por más tiempo, al oir las últimas frases se acercó al corro, preguntando el que acababa de hablar:

—¿Y quién me va á matar?

—Yo,—le contestó el mismo y tiró una puñalada á Flaviano que le hubiera atravesado el pecho si una bala que le mandó Zalla no rompiera su cráneo.

No le bastó á Ricardo esa víctima, de otro balazo derribó al otro excapitán dejándolo muerto; y separándose mncho descargó otra sobre Ontoria derribándolo también.

Acababa de salir la última bala, cuando espada en mano se precipitaron en la cubierta, el duque del Imperio, el príncipe Julio, el general Mendoza, dos maestres de campo que acababan de llegar y un momento después el religioso trinitario, que al oir los tiros se pasó de un barco á otro.

El duque iba delante, vió tres hombres tendidos en tierra y los fué reconociendo. Quedó fijo en Ontoria, al cual juzgó cadáver, exhaló un suspiro y se volvió furioso y fuera de sí.

Detrás se hallaba su hijo Flaviano y creyendo que este era el matador de Ontoria se fijó en él y con ira le dijo alzando los puños:

—Insensato, ¿sabes á quién has muerto?

El príncipe de Italia se le interpuso contestándole:

—Duque del Imperio ¿quién es el insensato, el que mata en defensa propia ó el que deshonró á la madre de esa víctima que besa el suelo?

Esta pregunta hecha por persona tan respetable, obligó á bajar la cabeza al duque. Y como si esto fuera poco, se le acercó Zalla diciéndole:

—No es insensato mi general en jefe don Flaviano. Esos tres que están en tierra le iban á dar de puñaladas sin que él se defendiera ni pensara en atacar, fuí

yo el que viendo que lo asesinaban descargué tres cañones de mis pistolas un instante antes de que vuestro hijo fuese acribillado á puñaladas. Con dos tiros maté á esos dos excapitanes, con el otro, separándome mucho de la víctima le hice á Ontoria una contusión en la cabeza que le habrá producido una conmoción, solo una contusión por respeto á vos; desde el sitio en que le tiré no mata ninguna bala de pistola. No, mi general, no es el insensato, lo fuí yo que por consideración á vos no maté á ese miserable Ontoria, á ese traidor que acababa de gritar muera España. Y contar, señor duque, que me debeis estar doblemente agradecido porque sois el único hombre que alzó los puños contra mi general y no lo he muerto.

—Zalla, ¿te atreverías conmigo?—preguntó el duque asombrado.

—Por él con todo el mundo, hasta con mi padre.

—Y yo, y yo.

—Gritaron Mendoza y los maestres.

Julio de Silva que hasta entonces permaneció mudo, quedó frente á frente del duque, diciéndole:

—Señor, porque siempre os amé, porque os amo, debo deciros en esta solemne ocasión, que Ontoria no es hijo vuestro, y el error en que estais os lleva, á vos tan justiciero, noble y caballero á la defensa de un canalla que merece el patíbulo más afrentoso.

—¿Tú, Julio, sabes?...

—Yo sé, señor duque, que ese hombre en todos sus hechos y hasta en su figura es un retrato del marido

de su madre, muerto por traidor. Yo se que solo una visita hicisteis á esa señora. Yo se que el matrimonio vivió en buena armonía. Y me consta, por último, que muerto el verdadero padre de Ontoria, la afligida madre inventó una falsedad para que protegiérais á su hijo, según venis haciendo, más por efecto de un exceso de nobleza y generosidad que de convencimiento. Sobre lo de insensato y lo más grave aun, lo de alzar los puños contra el general en jefe don Flaviano de Osorio, solo os diré que si hubiérais descargado el golpe, en el mismo instante hubiérais dejado de existir.

—¿Me hubiérais muerto?

—Sí, si,—contestaron todos.

—¿Ignorais por ventura,—añadió Julio,—que la honra y la existencia de la patria penden hoy del génio que brilla en la frente de vuestro hijo? Porque si vos lo ignorais entended que desde el rey hasta el último de sus súbditos todos lo sabemos.

—Buen día esperaste, duque, para realizar un hecho como el que acabas de practicar,—añadió el príncipe de Italia,—tu hijo, por salvar mi vida que nada supone ni vale, cayó esta mañana en medio de quinientos salvajes, se batió solo contra todos y aun cuando después fué ayudado por su criado y por Zalla mató él más de cien, salvando las vidas de sus dos compañeros que sin tener cerca á Osorio hubieran perecido.

Todos quedaron asombrados al oir aquel corto re-

lato de lo que el héroe había hecho; tanto mas extraño para ellos, cuanto qne sabían que en las batallas ni aun desnudaba la espada el héroe, siendo á la vez el general más humano y caritativo de la tierra. Lo cual venía á demostrar que en todos sus actos era un génio, un héroe.

Avergonzado el duque y sin tener nada que oponer en contra, les contestó:

—Todos teneis razón, señores, me equivoqué, es verdad, pero bien cara me habeis hecho pagar mi torpeza. Yo os ruego me perdoneis; en cuanto á mí adorado hijo Flaviano vais á ver... ¿Pero dónde está, qué ha sido de él? Flaviano, ¿hijo mío?

El héroe que estaba en el extremo de la proa del navío, corrió hacia ellos gritando:

—Zalla, Pérez, seguidme.

—Hijo, llega á los brazos de tu padre...

—Me llama la patria afligida, señor; ella es antes que todos nosotros.

Y se precipitó por la escala real seguido de Zalla y Pérez.

Los tres saltaron al bote que había llevado el duque, diciendo Osorio á los remeros.

—Al muelle, marineros; volad si podeis.

—Es el bergantín crucero que corre en busca de mi hermano Flaviano y este le sale al encuentro. Algo grave ocurre,—dijo Julio de Silva mirando el mar.—Los que le oyeron contestaron:

—Sí, alguna noticia grave le trae. Sigásmole.

—¿Pero qué podrá ser?—preguntó el duque.

—Es posible,—añadió Silva,—que lleguen los ingleses.

—¿Eso crees, Julio?—le preguntó su padre.

—Sí, señor.

—¿Tan pronto?

—Encerrados en esta isla todo lo ignoramos; pero Flaviano todo lo sabe aun cuando lo calle.

—No perdamos el tiempo, sigámosle.

—Al bote.

—Al bote.

Y desaparecieron.

CAPÍTULO VI

Ontoria.—Continúa la conspiración.—Bergantin crucero.—Noticias importantes.—Aprestos para el combate.

El duque del Imperio, el príncipe Julio y los maestres que les acompañaban se despidieron del religioso, mandaron echar un bote al agua y partieron en busca de Flaviano.

Quedó solo el príncipe de Italia. Se acercó á Ontoria para prestarle auxilio, en los momentos en que el contuso volvía á la vida y se ponía en pie.

Zalla tenía razón en lo que dijo; el exmaestre solo recibió en la cabeza una leve contusión sin consecuencia alguna.

El teniente, primo de Ontoria, enteró á este de todo lo que había ocurrido mientras estuvo sin conocimiento; hablaron luego sin testigos y poco después invitaron á bajar á la cámara al príncipe de Italia, este les siguió hallándose al poco tiempo encerrado

en un camarote y sin poderse comunicar con nadie.

Desde aquel momento procuraron los traidores una rebelión que podía tener funestas consecuencias.

Ellos metieron en el navío 102 hombres entre oficiales y soldados, los que unidos á los cincuenta que componían la dotación que había quedado para el servicio del San Juan Bautista, formaban un total de 152, número suficiente para poder trasladarse á Europa y hasta para defenderse en el caso de ser perseguidos.

El navío se hallaba bien armado, tenía veinte cañones, era buen barco y en sus bodegas encerraba un tesoro suficiente á hacer la fortuna de cuantos estaban ahora embarcados en él.

Desde el momento en que los rebeldes hubieron asegurado al príncipe de Italia creyeron seguro su triunfo, toda vez que por la vida de aquel santo que tanto amaban todos, suponían con razón que los dejarían cruzar la bahía, salir de las aguas de la isla y huir donde tuvieran por conveniente.

—O nos dejan cruzar ó lo matamos,—decía Ontoria,—y el duque, Julio, su hijo y el que llaman héroe se apresuraron á abrirnos paso por conservar la vida de ese fraile.

—Sí,—le contestaban,—la suerte lo puso en nuestras manos y su vida salva las nuestras.

Ontoria, su primo, comandante accidental del navío y todos los que llegaron después arrastraron á la pequeña dotación del San Juan Bautista y la conspi-

ración tramada por los primeros concluyó por una nefanda rebelión, tanto más criminal por realizarse estando próximos á la isla los enemigos de España y ser todos ellos españoles.

A Ontoria le llevó á ella la venganza y á él y á todos los restantes la ambición, el robo y la maldad que abrigaban sus almas.

Convenidos todos y hasta juramentados, cenaron, bebieron mucho y casi embriagados se dispusieron á proclamar la rebelión y á huir de aquellos lugares con su navío y el gran tesoro que guardaban en él.

Entre ganar á los que componían la dotación del San Juan, entre planes para asegurar la huida y entre cena y libaciones emplearon cinco horas.

Eran las dos de la madrugada cuando dieron la orden de levar anclas.

Cargaron los cañones y los arcabuces, encerraron en el camarote del príncipe al médico y al capellan que les estorbaban, desplegaron velas y el navío comenzó á moverse.

Todo lo que estaba pasando lo comprendía bien el venerable religioso y sabía ya que si por la mañana fué víctima de los antropófagos por la noche lo estaba siendo de unos traidores y piratas peores que aquellos.

Su excesiva caridad lo llevó entre salvajes y ella estaba siendo causa de todo lo demás.

Lo que más sentía el infortunado anciano era la

suerte que iba á correr su patria con la sublevación que estaba teniendo lugar aquella noche.

—Cuando mis hijos y hermano me han dejado aquí y no han vuelto, debe estar el enemigo encima y la revolución de estos hombres los va á llevar, Dios sabe donde. ¡Qué fatalidad, qué incomprensibles son los juicios de Dios!

Y pedía y rogaba á la Providencia surcando por sus mejillas ardientes lágrimas.

¡Cuán desgraciado era en aquellos instantes! Sufría más que había sufrido en toda su vida anterior.

Sepamos ahora la causa que motivaba el abandono en que el héroe, tan previsor, y amante del príncipe, su hijo Julio y el duque del Imperio habían dejado al infeliz religioso, al Santo, pues como tal lo veneraban.

Dijimos que Flaviano, Zalla y Pérez salieron al encuentro del bergantin crucero que acababa de llegar, se dirigía al muelle y que momentos después les siguieron el duque del Imperio, el príncipe Julio, el general Mendoza y dos maestres de campo.

Flaviano llegó al muelle en su bote en el mismo instante en que desembarcaba el comandante del bergantin.

Lo llamó el héroe, aquel se detuvo y ambos dieron principio á un diálogo que debemos oir.

Flaviano preguntó al capitán, comandante del crucero:

—¿De dónde venis?

—De Jamaica donde vos me mandásteis.

—¿Por qué abandonásteis aquel punto?

—Por serme indispensable enteraros de lo que ocurre.

—¿Ibais á buscarme?

—Sí, señor, y no es poca dicha hallaros antes de lo que yo creía, mi almirante.

—Hablad.

—Estuve en Jamáica once días.

—¿Con bandera Italiana?

—Sí, señor, hablo ese idioma tan bien como el inglés.

—Continuad.

—Ví llegar hasta quince navíos ingleses con el almirante que ha de mandar en jefe todas las escuadras.

—¿Sólo quince navíos manda la poderosa Albión?

—No, señor, esperan treinta más con las escuadras francesa y holandesa.

—Seguid.

—Me hice amigo de varios jefes ingleses, bebí con ellos y he podido saber cuanto nos convenía.

—Muy bien.

—Indagando continuaba, cuando supe ayer que venían á reconocer esta isla un poderoso navío con cuarenta cañones y un crucero con seis. El primero es un castillo flotante que no tiene rival en los mares y el segundo un bergantin poco mayor que el mio, ligero, fuerte y bien dotado. Ambos los mandan dos jóvenes de la aristocracia inglesa, valientes y audaces.

—¿Qué piensan hacer?

—Pude averiguarlo. El navío reconocerá esta noche ó por la madrugada esta bahía y el muelle con todo lo demás que pueda. En el caso de que fuese atacado, trae orden de batirse en retirada protegido por el crucero. Si le conviniera quedarse para completar su estudio, puede hacerlo rehuyendo en lo posible el ataque. Vendrá delante el navío quedando á una milla el crucero.

—¿Cuánto les habeis adelantado?

—Sobre cuatro horas poco más ó menos.

—Bastan.

—Conviene que esos barcos no vuelvan, mi almirante.

—Haremos lo posible. Decid, ¿qué noticias tienen los ingleses de esta isla, de la bahía y de su entrada?

—Muy equivocados en parte. Conocen casi todos los escollos, pero creen que el cortado da entrada á la bahía para toda clase de buques y es lo probable que ese navío se estrelle en él. Cambió el aire, el viento del Este que ha empezado á reinar aviva su fuerza y teniendo en cuenta la mucha distancia que hay desde el cortado al muelle, es casi seguro que intentará atravesarlo para acercarse más y reconocer toda la bahía y los buques que en ella tenemos. Suponen que ignorais su llegada y, que van á encontrar dormidos á todos los defensores de España.

—Me juzgan un héroe y á la vez un ignorante, ¡qué aberración!

—Puede costarles muy cara.

—¿Tiene mucho calado ese navío?

—Le sobra más de una bara para estrellarse.

—¿Conoceis lo crítico de nuestra situación?

—Perfectamente, mi almirante.

—¿Me seguireis con gusto esta noche?

—Y todas é iré con vos al fin del mundo. Es una dicha obedeceros.

—No hablemos más de eso. Meted en vuestro bergantin doscientos arcabuceros sobre los que ya tiene, en traje completo de guerra y diez marineros más con dos prácticos para que manejen el timon.

—Con ese aumento de peso, creo que mi crucero no puede atravesar el cortado.

—Estoy en eso. Cumplida mi orden me esperais al pie del boquete. ¿De este no tendrán noticia los ingleses?

—De ese, mí almirante, solo tenemos noticia algunos pocos españoles.

—Mandais que suelten las cadenas.

—Lo estarán para cuando vos llegueis.

—Partid, que ya os seguirá el maestre Almeida, el cual os dará la fuerza que os he pedido.

—Flaviano se dirigió á un corro que tenía á pocos pasos, en el cual estaban el duque del Imperio, el príncipe Julio, el general Mendoza, Zalla, dos maestres y detrás Pérez. A uno de los últimos le dijo:

—Almeida, seguid al comandante del crucero y dadle la fuerza que os pida. Abreviad ambos.

Los dos marcharon.

—¿Que acontece, hijo?—le preguntó el duque del Imperio.

—Creo, padre mío, que empieza esta noche la pelea.

—¿Vienen los ingleses, franceses, y holandeses tan pronto?

—No tanto, llegarán esta noche un navio con cuarenta cañones y un crucero con seis.

—¿Y detrás?

—Muy detrás más de cien buques de guerra.

—¿Qué hacemos, hijo?

—Oidme: vos, señor, tú Julio, tú Mendoza y vos maestre Fajardo os trasladais ahora mismo á la batería primera, que está terminada. Mandais cargar y esperais. Más tarde llegará el navío inglés, dejadlo que pase; posible es que no se vaya á pique en el Cortado. Si esto sucede me esperais en ese mismo sitio, pero si no cruza por el Cortado ó solo recibe averías de más ó menos censideracion, pero que le permiten retirarse, en el acto lo echais á pique con los cañones de esa batería. Haced bien la puntería; nos interesa mucho que ese poderoso barco no salga de aquí.

—Lo echaremos al fondo del mar, si antes no se estrella, Flaviano.

—Eso nos pide la patria, Julio dirige tú la puntería como yo en Méjico.

—Sí, á flor de agua.

—Eso es.

—Maestre Fajardo, á vos os voy á dar otro encargo importante.

—Hablad, señor, que anhelo obedeceros.

—Haced que aumenten las luces del muelle y después que se hayan cargado los cañones de la primera batería que no quede una sola en el monte; estrellado ó echado á pique el buque inglés que las enciendan todas. Nada más, partid á excepción de Zalla y de Pérez que me quedo con ellos.

—¿Qué vas á hacer tú, hijo?

—Yo, señor, voy á la mar; os cedo los trabajos de tierra, para mí los del golfo. Os vuelvo á recomendar la conveniencia de que ese navío, que esperamos, se estrelle y si no tuviéramos esa suerte haced lo posible por echarlo á pique. Durante esa escena me hallaré cerca de vosotros.

El duque se aproximó á Flaviano, preguntándole:

—¿Hijo, me has perdonado?

—No, padre mío, porque nada tenía que perdonaros; sois el autor de mis días, lo cual es para mí una dicha y una honra, os pertenezco y nada de cuanto hagais conmigo es censurable.

—Deja que bese tu hermosa frente.

—Haced lo que querais.

—Esto si que es una felicidad, poder estrecharte, besar tu frente y llamarte hijo.

—No es poco besar vuestra mano como lo hago y deciros: sois el padre más querido de su hijo de cuantos existen en la tierra.

—Gracias, Flaviano; te advierto que tu hermano Julio me ha convencido de que Ontoria no tiene parentesco alguno con nosotros.

—Bueno es saberlo,—se dijo Zalla.

Osorio contestó al duque.

—Yo lo sabía hace tiempo, señor, pero todo lo que vos haceis lo aplaudo yo.

—En adelante...

—Padre, respecto de ese hombre nada puedo ni debo hacer. Señores, la noche avanza, el viento del Este arrecia y no debe tardar en presentarse ese navío; partid.

Se despidieron quedando en el muelle Flaviano, Zalla y Pérez.

El primero se acercó al segundo diciéndole:

—Nosotros no tenemos prisa.

—Señor,—le dijo el maestre,—¿habeis meditado en la situación en que dejamos al príncipe de Italia?

—¿Qué situación?

—Entre traidores y malvados en el navío San Juan.

—Ricardo, cuando la patria me llama no oigo otra voz que la suya.

—Puesto que nosotros no tenemos prisa...

—Deja al príncipe, maestre. á ese santo le salvará la Providencia ó nos facilitará los medios de que nosotros lo salvemos como sucedió esta mañana.

—¿Qué hacemos, señor?

—Pérez que se acerque un bote con doce remeros.

—Al momento, señor.

—Zalla, ¿llevas cargadas tus pistolas?

—Las cuatro, mi general en jefe.

—¿Cogiste buena espada?

—Toledana, señor.

—Arrecia el aire y no hemos de tardar en ver el navío.

Y continuaron hablando hasta que Pérez les gritó.

—Dispuesto el bote, amo mío.

—Vamos, Zalla.

Los tres se embarcaron en él.

Flaviano exclamó:

—Marineros, llevadnos debajo de la batería del monte; dejad el bote en disposición de que podamos ver lo que venga por el mar sin separarnos mucho de la batería que acabo de citar.

—Muy bien, mi almirante. Y comenzaron á remar, perdiéndose entre las rizadas ondas de aquella extensa bahía el bote y cuantos iban en él.

Eran las once de la noche y esta continuaba oscura, fresco el aire y silencioso cuanto rodeaba á Flaviano.

Solo había agitación en el San Juan Bautista, pero este distaba mucho del héroe y nada podía oirse por donde iba Flaviano.

CAPITULO VII

El navío inglés.—Terrible golpe.—La sierra fatal.—Todo acabó para mil desgraciados.—Consideraciones.—El crucero.—Sorpresa y triunfo.

El bote en que iban Flaviano, Zalla y Pérez movido por doce vigorosos remeros cruzaba como una saeta por la blanda superficie de la bahía de Líbana.

Ninguno hablaba ni se oía otra cosa que el acompasado choque de los palos remadores con el agua en que se apoyaban.

Así continuaron media hora en la que habían cruzado cuatro millas.

Continuaron de aquel modo hasta que Flaviano exclamó:

—¡El navío inglés!

Todos miraron hacia el cortado, distinguiendo en lontananza las luces que brillaban en un barco que se aproximaba rápidamente.

El cabo de marineros dijo al héroe:

—Señor, ese navío vuela y si continúa así é ignora lo que es ese Cortado se va á estrellar.

—Sí, el viento es muy fuerte y acaso suceda eso.

—Podía evitarse.

—¿De qué modo?

—Disparando cohetes.

—¿Dónde están?

—Lejos de aquí, es cierto.

—Y es lo peor que ese barco viene como tú has dicho, muy depris .

—Van á perecer todos, señor.

—Ya lo veo.

—¿No hay nada en la elevada cabeza del héroe que pueda salvar á esos infelices?

—Que pueda salvarlos, no, que los hunda en el abismo, sí.

—Si son enemigos de España, bien hecho está.

—Lo son y de los más fieros.

—Aun cuando no fueran enemigos de España,—dijo Pérez al cabo,—mandándolo nuestro general en jefe bien hecho está.

—Cierto,—contestaron los doce.

Todos continuaron mirando algún tiempo, pero sin desplegar los labios ninguno.

Ya estaba el bote á cincuenta baras del Cortado, cuando exclamó Flaviano:

—Alto, pero no soltad los remos.

Y se fué al extremo de la proa.

Llegó el navío inglés al Cortado y fué tan grande

el choque de la madera y la roca que se oyó á mucha distancia.

Luego escucharon el ruido parecido al de una sierra que corta la madera y varios golpes seguidos y nada más se oyó.

El navío inclinó la proa, se fué lentamente levantando la popa y desapareció como por encanto. Se había estrellado contra la roca, y barco, cañones, hombres y cuanto había en él fueron al fondo de mar.

Flaviano gritó:

—Adelante marineros.

Llegó el bote al Cortado, el héroe cogió el farolito que llevaba su bajel y dirigió la luz al sitio donde estuvo el navío.

Nada había sobre la superficie del agua.

—Ni un sólo náufrago.

Flaviano añadió:

—A la batería primera.

Estaba muy cerca y llegaron hasta rozar el bote con el monte.

El héroe gritó:

—¿Julio?

Una voz le contestó:

—¿Qué quieres, Flaviano?

—Dí á mi padre, que vaya al palacio con Mendoza donde tambien han ocurrido esta noche acontecimientos graves.

—Iremos al momento, hijo mío,—le contestó el duque.

—Y tú, Julio, busca al santo; lo dejamos en el navío San Juan.

—Tienes razon, voy prontamente. ¿Tardarás mucho?

—No.

—¿Es peligrosa la idea qae llevas?

—Todo lo contrario.

—Dios nuestro señor te proteja.

—Y á tí. El maestre que se retire.

El bote en que iban Osorio, Zalla y Pérez partió como una flecha en dirección del Boquete.

Ya les esperaba allí el bergantín crucero

Subieron á él, preguntando Flaviano al capitan que hacía de comandante:

—¿Está toda la gente que os mandé embarcar?

—Sí, señor.

—¿Os la eligió Almeida?

—Soldado por soldado.

—Y la marinería y los timoneles.

—De esos respondo.

—Muy bien. ¿Están las cadenas quitadas?

—Sí, señor.

—Salgamos del Boquete quedando vos junto al timonel. Ya en la mar os separais lo necesario para que el crucero inglés no nos oiga ni nos vea. Vais dando la vuelta para sorprender á los de ese barco, hacerlos prisioneros y que no se derrame hoy más sangre. Tened dispuestas las amarras, todos los arcabuceros, quedándoos vos en este bergantín. Zalla y yo,

sorprenderemos al crucero inglés al frente de todos los soldados. Y añadió:

—¿Habeis comprendido bien mi pensamiento?

—Perfectamente.

—En cuanto salgamos del Boquete mandais apagar las luces.

—Buena idea.

—Mandad en mi nombre á los de las cadenas que las echen al cruzar el bergantín y que no las quiten como yo personalmente no lo mande. Pena de la vida al que me desobedezca. Dirigid el barco.

Ambos se separaron.

Flaviano observaba atentamente las maniobras que mandaba el comandante y la forma en que las ejecutaban.

Zalla iba á su lado y detrás Pérez.

Cuando empezaron á remontarse enteró Flaviano á Ricardo en todo lo que debía hacer durante la sorpresa y toma del crucero inglés.

El comandante del bergantín no fiando bastante en el timonel cogió él la caña é iba dando dirección al barco.

Cerca de media milla se separó del sitio en que estaba al pairo el barco inglés y viró en redondo para volver y juntarse con el otro, echar las amarras y seguir en un todo las instrucciones de Osorio.

El veía perfectamennte el barco inglés que tenía encendidas todas las luces; á él no podían verlo por llevarlas todas apagadas, hasta las del interior del bergantín.

Algo antes de llegar, subió toda la gente de armas; doscientos llevaban los arcabuces preparados y cincuenta se presentaban armados de hacha y espada.

La marinería iba en las cofas y al pie de los palos esperando recibir órdenes para obedecerlas.

Ninguno hablaba ni se movía.

Reinaba un silencio que parecía precursor de la muerte.

Continuaba soplando viento del Este, vivo y constante.

Flaviano iba al lado de uno de los que llevaban las amarras y Zalla junto al otro.

Pérez pegado á su señor con una pistola en cada mano.

Zalla las llevaba en los bolsillos de su gabán.

Flaviano en el cinto sin cuidarse de ellas para nada.

El comandante del bergantin español enfiló tan admirablemente el barco inglés que se juntó su buque con el otro sin rozarse.

De pronto echaron las amarras, las aseguraron bien á la vez en tanto que Osorio saltó de un buque á otro y en pos de él Zalla, Pérez, varios oficiales y 250 soldados.

Ni gritaron ni dieron voz alguna, unos quedaron sobre cubierta, otros bajaron por las escotillas y según las instrucciones de Flaviano corrieron á las cámaras llegando hasta la bodega apuntando todos, pero sin disparar arma alguna.

Verdad es que la sorpresa fué tan hábil, tan rápida que ninguno intentó defenderse.

Todos los del crucero inglés iban siendo desarmados y luego los encerraban en habitaciones que guardaban relación con la categoría de cada uno.

Flaviano, seguido de Pérez, de un oficial y de cuatro soldados, llegó á la cámara encontrando en ella á cuatro oficiales que estaban de pie é iban á salir al escuchar las carreras que sintieron en la cubierta.

Con ellos estaba el comandante y antes de levantarse hablaban y bebían en torno de una mesa.

Pérez los desarmó, diciéndoles Osorio en buen inglés:

—No sorprendeos, señores, que en este barco no se mata á nadie sino da motivo.

—¿Quereis decirme, quién sois?—le preguntó el comandante.

—Sí, Flaviano de Osorio.

—¡Ah! el que llaman héroe.

—Por equivocación; soy un hombre como todos los demás. Pero sentaos, yo también lo haré. A mi lado, comandante, vosotros señores oficiales donde gusteis.

—¿Qué vais á hacer con nosotros?—le preguntó el jefe inglés.

—Por ahora,—le contestó Osorio,—sois prisioneros del rey de España; si os conformais con vuestro cautiverio y no haceis armas contra los españoles, ni abusais de la noble hospitalidad que pienso concede-

ros, pronto os hallareis en libertad y en posesión de vuestro barco desarmado.

—¿Todos?

—Todos.

—¿Sabeis dónde fué á parar el navío que vino con mí crucero?

—Sí, al fondo del mar.

—No escuché un sólo tiro.

—Cierto, no lo hubo.

—¿Entonces cómo ha podido hundirse?

—Desconociendo los escollos de esta isla y estrellándose.

—¿Cuántos se salvaron?

—Ninguno.

—¡Ninguno! ¿cómo fué eso?

—Abriéndose el navío por la proa de pronto y tragándose la mar al buque y á cuantos iban en él.

—¿Lo visteis vos?

—Sí.

—¿Nos esperábais?

—Claro es.

—¿Quién os dijo que veníamos?

—Esos son secretos que nunca se dicen cuando se está en guerra.

—Perdonad. ¿Pero están en guerra Inglaterra y España?

—Sí.

—No conozco la declaración.

—Sin ella lo estamos, bien lo sabeis.

—Podreis no ser héroe, pero hay en vos algo extraordinario.

—Os lo figurais y por tan amable presunción os doy las gracias.

—¿Sabeis cuántos somos en Jamaica?

—Sí.

—¿Y los que llegaremos á ser?

—También.

—Buenos agentes teneis.

—No son malos.

—No os asusta lo que viene contra vos.

—No conozco la frase. En mi raza no hay tímidos ni asustadizos.

—Ya sé que sois hijo de un general que llamaron invencible.

—Todavía se lo llaman.

—Está con vos.

—Sí.

—Tendría gusto en conocerlo.

—Os será muy fácil.

—¿Qué habeis hecho de mis soldados y marinería?

—Desarmarlos, relevándolo de todo servicio.

—¿En qué clase de buque habeis venido?

—En un bergantín más chico que este crucero.

—No sois cobarde.

—Ya os dije que es don de raza.

—¿Qué cañones traeis?

—Seis.

—¿Y fuerza?

—Doscientos cincuenta hombres.

—¿Con eso nos habeis hecho prisioneros?

—Ya lo veis.

—¡Qué vergüenza!

—Al contrario.

—¿Cómo al contrario?

—¿No supongo yo nada?

—Es verdad.

—¿Hablais el español?

—Mal, pero me hago entender y todo lo comprendo.

—Me alegro; en esa isla pocos comprenden el inglés.

En este momento llegó Zalla diciendo á Osorio:

—Mi general en jefe, todas vuestras órdenes están cumplidas.

—¿Las armas?

—Todas se han trasladado al bergantín.

—¿Resistió alguno?

—No, señor; la mayor parte dormían.

—¿Había algun oficial sobre cubierta?

—No, señor; solo hay los presentes en este barco.

—¿Habeis dado la orden para que ande el bergantín remolcando al crucero?

—Sí señor, ya empieza á moverse.

—Es verdad. ¿Teneis algo que denunciarme?

—No, señor.

—¿Quereis hablarme en particular?

—Tampoco.

—Muy bien. Quédate en mi lugar.

Flaviano hizo la presentación y subió á cubierta seguido de Pérez.

Despues que cruzó algunas frases con el comandante del bergantín hizo un reconocimiento minucioso de todo el barco inglés, de los hombres de guerra, de la actitud de su gente, dejó bien encerrados á los prisioneros y se volvió á la cubierta del bergantín.

Este iba remolcando en parte al crucero inglés; y decimos en parte porque se hizo cargo de él là marinería sobrante que hizo embarcar Flaviano y por orden suya lo llevaban á media vela para que ayudase en aquella corta navegación.

El héroe iba sátisfecho del éxito de la sorpresa y apresamiento del crucero enemigo sin haber derramado sangre ni haber sufrido contratiempo alguno; como así mismo del fin trágico que tuvo el navío al intentar su paso por el Cortado.

Mucho sentia la pérdida de tan hermoso buque y más que eso aun la gente que había perecido sin que nadie pudiera prestarles auxilio; pero se resignaba ante la idea de que el éxito de su colosal empresa dependía de la ignorancia en que estaban los enemigos de España de lo que era la isla Líbana y de las obras que se estaban haciendo en ella.

No era posible triunfar de tanto enemigo y salvar á España, conociendo los generales extranjeros todos los medios dé ataque y defensa conque contaba el héroe encerrado entre aquellas rocas.

Eran más de cien mil, venían en fuertísimos cas-

tillos flotantes, sus cañones se contaban por miles y todos estos poderosos ejércitos iban á ser recibidos por cuatro ó cinco mil valientes, fuerza insignificante y con la que hubieran acabado en dos horas sino estuviera al frente de ella un héroe y el enemigo conociese los medios de ataque y defensa que su genio había encerrado en Libana.

Estas reflexiones tranquilizaron su conciencia y lo hubieran dejado completamente satisfecho sino tuviera en su mente un presentimienío que le atormentaba sin descanso.

Desde que triunfó de los dos barcos ingleses y ya nada debía temer de ellos en el presente, se apoderó de él la idea de que en el navío San Juan Bautista dejó más de cien traidores y al príncipe de Italia entre ellos.

—Pueden matarlo,—se decía,—ó tenerlo en rehenes y huir con él abriéndose paso entre los enemigos de mi patria descubriéndoles todos los secretos de la isla. En ambos casos el conflicto no puede ser mayor. Se han precipitado hoy los acontecimientos de un modo tan cruel que había necesariamente de quedar algún cabo suelto Y como sucede siempre, quedó el más importante. ¿Qué hago si han muerto al príncipe, que es lo menos probable? Dar fin de todos haciendo volar al navío en que se hallan. Con lo cual nada habré ganado y si pérdido al venerable anciano que tanto debemos y tanto amamos. ¿Y sí, y esto es lo más probable, se han sublevado y amenazándonos

con dar muerte al santo sino les impedimos salir, se nos imponen y huyen de la isla, llevándoselo y robando á mi padre sus tesoros que son inmensos? Convertidos en piratas se pasarán á nuestros enemigos que, conociendo por ellos nuestras escasas fuerzas y el boquete por donde únicamente pueden atacarnos, lo forzarán, cogerán á nuestros artilleros por la espalda y todos pereceremos. ¿Cómo defenderse entonces de cien mil hombres, más de cien navíos y de tantos millares de cañones y de arcabuces? Eso nunca. Antes que ellos puedan hacer eso daré fin de todos, aun cuando perezcan el santo, su noble hijo, mi padre y yo. Antes que todos nosotros es la patria querida, España que ha puesto su suerte y su honra en nuestras manos y por Cristo mí Señor que no he de burlar sus esperanzas. Muramos todos con tal de sacar incólume su honor y su preponderancia.

Nuestros lectores comprenderán lo que hacían sufrir al héroe esas ideas y lo que estaban amargando su existencia.

Su genio le presentaba las cosas como habían de ocurrir; llegando de este modo casi á la adivinación.

Pero no se presentaba agitado ní nervioso. Frío y sereno desafiaba los acontecimientos y se iba á ellos con la frente erguida y el corazón tranquilo.

CAPITULO VIII

Los lamentos de un hijo.—Se convierten en realidad los temores del héroe.—Juramento.—Lo que precede al último combate del día más funesto.—Pelea y triunfo,

Cuando Flaviano concluía sus tristes reflexiones levantó la cabeza, viendo una luz á cincuenta metros del bergantín. La llevaba en la proa un bote que parecía dirigirse al crucero español.

De pronto miró en redondo y se colocó de manera que la fuerza del bergantín pudiera empujarla hácia adelante.

La operación fué hecha con arte y valentía.

El crucero pudo haber pasado por ojo al bote.

Flaviano oyó las siguientes frases expresados con dolor y amargura:

—Hermano Osorio, ¿me oyes?

—Sí,—le contestó el héroe asomándose á la banda de estribor.

Era el príncipe Julio el que iba en el bote y le llamaba de aquel modo.

—Flaviano—añadió el afligido joven—se han sublevado los del navío San Juan, se llevan á mi padre y solo tú puedes salvarlo.

—¡Si será cierto que yo adivino!—dijo para sí el héroe, añadiendo fuerte:

—Marineros una cuerda fuerte.

—Aquí la teneis, mi general en jefe. ¿Bastará de larga?

—Toma, Julio, tú eres un buen gimnasta, sube que yo te ayudo. Las del bote vayan al puerto.

Silva se cogió al extremo y comenzó á trepar llegando fácilmente á la cubierta.

Osorio le cogió del brazo y lo llevó á un lado en el que estaban solos.

—Abrevia, Julio, que nos vá á faltar tiempo.

—Flaviano, hermano mío, los rebeldes deben estar ya cerca del Boquete y se llevan á mi padre.

—¿Qué deseas?

—Que lo salves; tú haces milagros.

—Con tanto gusto como tú lo haré, pero necesito imponerte una condición.

—Lo que quieras.

—Para salvar yo á tu padre, que lo es también mío y lo amo tanto como tú, es indispensable que jures obedecerme esta noche en todo.

—Te lo juro por el alma de mi madre. Pero no comprendo...

—Estás nervioso, descompuesto, casi aturdido...

—¿No hay causa bastante?

—No; si yo esta mañana hubiera estado como tú ahora tu padre estaría en los estómagos de los antropófagos.

—Tú eres un héroe.

—No necesito que me adules para dar hasta mi vida por la de ese Santo

—Bueno, sálvalo aun cuando llames adulación á la verdad que acabo de expresar.

—Oyeme bien, he apresado el crucero inglés que traemos á remolque, con toda su dotación sin tirar un tiro. Es preciso que vigiles á los prisioneros y oigas lo que oigas que no te muevas de tu sitio ni consientas que lo haga ningun inglés. ¿Has comprendido?

—Sí.

—Pues demos principio.

Y Flaviano gritó:

—A mí cincuenta arcabuceros y otros tantos con hachas.

—Aquí estamos excelencia.

—Seguidme, tú á mi lado, Julio.

Y el héroe, fué doblando la fuerza que custodiaba las prisiones de los ingleses hasta colocar los cien hombres que le habían seguido.

Después entró en la cámara, presentó al príncipe el comandante del crucero y lo dejó allí diciéndole:

—Oigas lo que oigas quieto, inmóvil y al que te desobedezca lo matas. Adios, hermano.

—Dios, nuestro Señor te acompañe.

Salió con Zalla y Pérez, cerrando la cámara y luego las escotillas para dejar cerrado el paso á la cubierta.

Luego se trasladaron los tres al bergantin español, exclamando:

—Arcabuceros á mí.

—Aquí estamos, señor.

—¿Cuántos quedais?

—Sobre ciento cincuenta.

—¿Teneis las armas cargadas?

—Todas.

—¿Quereis vencer ó morir á mi lado en lucha con los traidores que hay en la bahía.

—Sí, señor.

—¿No vacilais?

—Todo á vuestro lado lo queremos.

—Vamos á prestar un gran servicio á la patria; pronto lo vereis.

—¡Viva el héroe!

—Callad, que se halla cerca el enemigo. La primera voz de combate yo os la daré, después obedeceis á Zalla, él os llevará á la victoria.

—Muy bien.

—Ahora sentaos en la cubierta teniendo el arcabuz tendido en el suelo, y las espadas dispuestas.

Cuando le hubieron obedecido preguntó al comandante marino:

—¿Cuánto tardaremos en llegar al boquete?

—Cinco minutos.

—Que apaguen todas las luces exteriores é interiores del bergantin.

—Al momento.

—Comandante acercaos. En el navío San Juan Bautista se han embarcado todos los malvados que hay en esta isla y en completa rebelión, teniendo como salvaguardia, la venerable persona del príncipe de Italia pretenden huir, llevándose los tesoros de mi padre que, como sabeis, se hallan en ese navío.

—Que maldad, señor; eso es lo más inícuo que he oido en toda mi vida.

—Sí.

—¡Qué miserables! ¿Pero dónde están, señor?

—Forzando la entrada del boquete por la parte de la bahía.

—Con la orden que disteis no quitarán las cadenas.

—De eso estoy seguro.

—¿Qué hacemos, señor? Mi vida pertenece á mí patria, mí vida os pertenece ahora.

—Vos os cuidais solo del bergantin y del crucero inglés para evitar un choque funesto. Procurad que la proa de vuestro barco entre lo bastante junto á la proa del navío para que podamos pasar de un barco á otro todas las fuerzas que están sobre cubierta.

—Comprendo, señor.

—No os cuideis para nada de la pelea, suceda lo que quiera; al frente de los hombres de mar haced lo

que os he dicho. Dad principio á la maniobra. ¿Zalla, Pérez?

—Señor.

—Después que los arcabuceros hayan hecho la primer descarga, que os sigan con las espadas desnudas y acuchillad á cuantos queden vivos en la cubierta del navío. Vosotros dos empezais haciendo uso de las ocho pistolas que llevais entre los dos. Como casi todos ellos estarán en la cubierta, iré solo á salvar al principe de Italia que lo tienen abajo prisionero. ¿Habeis comprendido bien mi pensamiento?

—Sí, señor.

—Os aprovechais del aturdimiento que ha de producirlos ver á un enemigo que no esperaban y recibir un saludo de ciento cincuenta balas de arcabuz.

—¿No damos cuartel?

—En la mar no hay cuarteles, Ricardo, esos están en tierra.

—¿Pero á nadie?

—A los que tú quieras nada más.

—Con eso tengo bastante.

—Haz que los soldados desenvainen las espadas en el momento de descargar.

—Iran con las espadas desnudas.

—Caes sobre ellos como un rayo.

—Asolador; lo haré.

—Ya estamos en el Boquete; voy á dar la orden para que suelten la primera cadena.

Flaviano se dirigió á la proa y desde el extremo de esta llamó:

—Alférez Benitez, ab jo la primera cadena.

—Al momento—le contestaron—que os he conocido en la voz.

Cinco minutos despues cruzaron los dos buques sin inconveniente alguno.

Era esta la parte más estrecha del Boquete. Luego ensanchaba y no volvía á estrechar hasta la aproximación á la bahía.

Esa era la razón de haber dos cadenas.

Tocando con la primera y sin haber podido pasar de allí estaba el navío San Juan Bautista, con todos los rebelados, dando voces imperativamente y amenazando con la muerte á los que no obedecían lo que ellos mandaban.

Flaviano se acercaba por momentos y en estos instantes les oía vocear lo siguiente:

—Fuera esa cadena, os lo manda el comandante del navío San Juan Bautista.

Pero nadie les contestaba, á nadie veían.

—Teniente Cantero, vais á morir sino quitais esa cadena.

—Que muera, sí.

—Un bote al agua y matadlo

—Y á todos los que estén con él.

—Mueran, mueran.

—Acabemos con esa canalla.

Seguían sin contestarle nadie.

—Con esto no habíamos contado—decía otro de los traidores.

—Nada temais—le contestó Ontoria.—Tenemos al fraile y cuando vean que estamos decididos á matarlo bajarán las cadenas.

—Aprobado.

—Es lo mejor.

—Bajad dos y subirlo.

—¿Dónde está?

—En el camarote azul con el médico y el capellán que pretendían escaparse y los hemos entrado para que le hagan compañía.

—Vamos nosotros dos.

—Vamos.

Se oyó un golpe que extremeció á los rebeldes.

Era que se habían juntado los extremos de la proa del bergantin de Osorio con la del navío.

—El primero empujaba la cadena y de este modo la punta de su proa entraba más de tres metros en el costado babor del San Juan Bautista.

Casi á la voz que el ruido del golpe que dió el bergantin al navío se oyó la hermosa voz de tenor de Flaviano que gritó:

—¡Arriba, soldados del rey, apunten, fuego!

Aquel acento tan conocido de todos ellos los hizo temblar.

Y con razón, porque un instante después sonó el estampido de una descarga de 150 arcabuces que derribó más de sesenta rebeldes.

—Seguidme,—volvió á gritar la hermosa voz de tenor.—Obedeced luego á Zalla.

Y Osorio soltó de un buque á otro, derribó con una pistola á dos que le estorbaban el paso, rompiéndoles el cráneo, y se precipitó por la escotilla.

Al pie de ésta halló á un marinero y poniéndole una pistola cerca de la frente le dijo con imperio:

—Llévame al camarote azul donde está el príncipe de Italia.

—No me tire V. E.,—le contestó,—yo lo llevaré.

—Vivo.

—Seguidme, pero no me apunteis

—Más deprisa.

—Aquí está, señor, aquí; ese es el camarote.

Osorio lo abrió cerrándolo por dentro.

—Nada temais que yo os salvaré.

—Yo no temo nada, hijo mío, al oir la descarga dijo ese infeliz capellan:

—Señor, una legión de demonios cayó sobre la cubierta.

—No,—le contesté,—es la Providencia que viene con mi hijo Flaviano. Ya ves que no me equivoqué.

Desde allí se oía el ruido de las pisadas, las carreras, el choque de las armas, los ayes de los heridos y algunos tiros que soltaban las pistolas de Zalla y de Pérez.

—Parecía que la cubierta se venía abajo.

El capellan temblaba, el médico estaba descolo-

rido y el príncipe, con la mayor naturalidad decía al héroe.

—Que sereno estás, hijo amado, que frío, casi indiferente.

—Como vos, señor.

—Estarán arriba tu padre, Mendoza, mi hijo...

—No prosigais, á mi padre y á Rogelio los mandé al palacio, Julio está preso en la cámara de un crucero inglés que he apresado esta noche y lo viene remolcando este bergantín.

—¿Por qué han preso á mi hijo?

—Porque lo halló trémulo, descompuesto y no quise que lo mataran.

—Entonces ¿quiénes están arriba?

—Zalla, Pérez y 150 soldados del rey.

—¡Los tres de la mañana!

—¿No teneis bastantes?

—¡Ah, sí, cuánto les debo!

—Señor general, que vienen.

—No temais, padre capellan.

—Los oigo.

—Doctor,—dijo el héroe al médico;—cargad esta pistola de dos cañones; ¿sabeis?

—Sí, señor.

—Aquí teneis cargas. Cerrad la puerta por dentro.

Y Osorio salió, llevando una pistola en cada mano.

Tenía razón el capellán, varios rebeldes habían abandonado la cubierta del navío, y se dirigían al camarote del príncipe gritando:

—Estamos perdidos; compañeros, venguémonos matando al fraile.

—Muera, sí, muera. Y con las espadas desnudas iban á entrar, cuando apareció el héroe; de cuatro tiros derribó otros tantos, descargó otra pistola, única que le quedaba cargada y tirando de la espada acometió á cuatro que aun estaban de pie, de los diez que formaban el grupo.

En muy poco tiempo mató con su acero tres de los cuatro, el otro desapareció de allí como una centella.

Flaviano fué á volverse para retirarse al camarote del religioso, encontrándose de frente al doctor que le alargaba la pistola diciéndole:

—Tomad, señor, ya está cargada.

—¿Pero por qué temblais, amigo mío?

—Cuanto muerto, señor.

—Nueve nada más, doctor.

—Nueve que habeis despachado mientras yo cargué una pistola.

—Consiste en que vos sois lento y yo muy vivo.

Los dos volvieron á entrar en el camarote.

Flaviano había envainado la espada é iba cargando las tres pistolas.

Cerraron otra vez la puerta.

El médico dijo á Osorio:

—Dejadme, señor, yo os las cargaré.

—Gracias, doctor, os dí la otra para que defendiérais, si preciso era, al príncipe, pero lo abandonásteis y no resultó lo que yo quería.

—El capellán tuvo la culpa; me obligó á que os la llevara.

—¿Callad, qué es eso...? Comprendo... ¡Quieren volar la Santa Bárbara! Qué malvados son. Tomad, doctor, esa pistola, cerrad la puerta del camarote y si hay necesidad y os es posible defended la vida del príncipe.

—Que idea tan horrible.

—Hija de la desesperación; pero creo que llegaré antes que ellos.

Y salió, corriendo cuanto podía en dirección de la puerta de la Santa Bárbara.

Ocho segundos después vió venir á un grupo de rebeldes, espada en mano, con una llave y una hacha encendida para volar el navío con cuantos estaban dentro.

Flaviano se les puso de frente tumbando al que lleva la llave y al que tenía el hacha.

Los del grupo retrocedieron.

Osorio derribó otros dos y se replegaron más; él avanzó, quitando la llave al muerto y apoyando el hacha con los piés

Uno de los rebeldes exclamó:

—Compañeros á él.

—Sí, lo mismo hemos de morir matando que huyendo de ese hombre,—dijo un tercero.

—Veamos si es ó no invencible como su padre, ese que llaman los necios héroe.

—No me importa morir, siempre que lo matemos.

—Pues á él que aun somos nueve.

—A él, á él.

Flaviano con la única pistola que le quedaba cargada en la mano izquierda y la espada en la derecha, quedó de espaldas á una pared para que no pudieran atacarle por aquel lado.

Iba, como sabemos, forrado de metal pero se hallaba cansado del terrible día, el más fatal de su vida.

Tres espadas tenía delante, pero un maestro de maestros en la esgrima hizo retroceder á dos y mató al tercero.

Otros tres vió delante, mató á uno de una cuchillada, á dos con la única pistola que le quedaba cargada y no siendo ya más que cinco, dejó la pared, cayó enmedio de ellos matando á otro.

Quedó batiéndose con los cuatro, que eran los que tiraban mejor.

Mas de diez minutos empleó en herir á tres y en tocar en el corazón al cuarto.

Al caer el último, se dejó él también caer sobre un sitial que tenía cerca.

Estaba fatigado, rendido.

—No perdamos tiempo,—dijo,—que los momentos son críticos.

Y haciendo un esfuerzo supremo, cargó en dos minutos las tres pistolas, conservando dos en las manos y otra en el cinto.

Un cuarto de hora permaneció en el sitial.

Por fin se puso en pie y observó.



Lit.-Felipe González Rojas.-Editor.

Mató á uno de una cuchillada...

—Maldición,—gritó,—están forzando la puerta del camarote del príncipe.

Y corrió, viendo á varios con hachas, intentando echar abajo la puerta.

Descargó una pistola ya cerca de ellos; al reconocerlo los sirvientes huyeron, dejando á dos tendidos en tierra.

Flaviano se volvió á la puerta de la Santa Bárbara, é hizo muy bien.

Cuando acababa de cargar la pistola, que dejó vacía, los criados que espantó con dos tiros unidos á varios marineros, venían con hachas dispuestos á derribar la puerta y volar la Santa Bárbara.

Estos eran trece ó catorce, y ninguno llevaba espada.

Osorio les salió al encuentro, matando seis con sus pistolas, pero aunque retrocedieron, pronto le hicieron frente; eran siete, mas Osorio apenas podía sostenerse derecho.

—¿Me matarán siete criados?—se preguntó y tiró de la espada dudando que pudiera con ellos.

Estaba descolorido y tan falto de fuerzas como lastimado, fué á tirar una estocada y resbaló, pero en el mismo instante oyó una voz que le dijo:

—Dejádmelos, señor, no merece esta canalla que vuestra espada los toque.

Era Zalla que de siete tiros derribó á los que quedaban de pie:

Flaviano se sentó en el taburete, Ricardo le preguntó:

—¿Estais herido, señor?

—No, rendido.

—Como yo.

Y se tiró al suelo apoyando la espalda en el asiento de Osorio.

Arriba había concluído todo; por el interior del buque iba Pérez con los soldados leales buscando á los que se habían escondido.

Flaviano y Zalla seguían sentados en el taburete y en el suelo; llegó á faltarles hasta la respiración; les sobraba espíritu, pero hubo un momento en que los abandonó la materia.

Cinco minutos más de pelea y hubieran perecido á manos de sus contrarios.

CAPÍTULO IX

El relato de Zalla.—Consecuencias del combate.—El padre y los dos hijos.—La fiebre del héroe.—Descanso indispensable.—Todo ha concluído.

Preguntó Flaviano al maestre qué había ocurrido en la cubierta, y éste le contestó:

—Después de la tremenda descarga y derriba por ella un tercio de los rebeldes, caímos sobre ellos como furias sedientos de exterminio. Los hallamos aturdidos, confusos y hasta acobardados. Los ayes de los heridos, los gritos de muerte de nuestros soldados, ciento cincuenta espadas acosándolos y dieciseis cañones de pistolas rompiendo cráneos los llevaron del terror á la desesperación. Convencidos de que no tenían otro remedio que matar ó morir, unos tiraron de las espadas y otros cogieron arcabuces, dando principio un combate tan sangriento como bien sostenido. Cuando hube descargado mis pistolas, me batí con

Ontoria y lo degollé de un tajo, lo mismo hice con el teniente y cuatro oficiales. Los miserables se ocultaban detrás de los soldados para animarlos y defender sus vidas, pero no les valió su miedo, llegué hasta ellos y uno por uno tuvieron que batirse conmigo y á todos los vencí y los maté. Pérez, que se ha portado admirablemente, descargó sus pistolas en los que habían cogido arcabuz, y luego cuando los tiros se le acabaron, como va forrado de acero siguió matándolos, sin perdonar á uno solo de los que cogieron armas de fuego. En cuanto á los soldados y oficiales, no he visto más entusiasmo y arrojo. A las voces de Viva España, viva nuestro héroe, buscaban á los rebeldes que corrían por la cubierta y no cesaron, ayudados por Pérez y por mí hasta que todos quedaron en tierra.

Sin perder tiempo cargamos Pérez y yo las pistolas y bajamos, él se fué con los soldados á buscar á los escondidos y yo á vos, al que hallé felizmente entre cadáveres y heridos, pero gracias á Dios sin una contusión.

—Tú traes bolladuras en el casco y en la coraza.

—Llevé muchos golpes y me alcanzaron dos balas; estoy magullado, pero nada más. El cansancio que vos teneis y los muchos muertos y heridos que he visto en esta parte del navío me prueban que también trabajásteis bastante.

—Más que nunca, Ricardo.

—Buen día, señor.

—Veinticuatro horas, Zalla, pues ya creo que está amaneciendo, que no las tuve peores en mi vida.

—Así es la verdad.

—¿Qué heridos tenemos?

—Ocho.

—¿Qué muertos?

—Ninguno.

—Ya hemos descansado un poco, Ricardo, acabemos.

Ambos entraron en el camarote donde estaba el príncipe con el médico y el capellán.

—Todo acabó, padre mío.

—Tomad vuestra pistola, señor.

—¿La habeis descargado?

—No tuve ocasión...

—Estoy seguro que no la buscásteis, doctor, ocasiones habeis tenido muchas.

—No es valiente, señor general en jefe,—le dijo el capellán.

—¿Por qué no le dísteis vos un poco de vuestro valor?

—Yo, señor general, ni lo tengo ni lo conozco. Mi misión es distinta en la tierra.

—Y la suya también. Esperad un poco, padre mío, que pronto volveré por vos.

Y subió con Zalla.

El bergantin y el crucero continuaban inmóviles. El comandante del primero esperaba en la proa las órdenes de Osorio Al verlo se acercó.

Flaviano le dijo:

—Llegad aquí, comandante.

Cuando aquél estuvo á su lado le preguntó:

—¿Ha ocurrido algo en el crucero?

—Nada, señor.

—¿Y en el bergantín?

—Tampoco.

—¿Vísteis al príncipe Julio?

—No creo que se haya movido de la cámara del crucero.

—Eso debió hacer.

—Es necesario que hagais virar hacia el Este el navío, luego sacais del Boquete esos dos barcos juntando el costado estribor con el de babor del bergantín para que pueda pasar á él el príncipe de Italia. Hecho esto seguís las instrucciones que os dará mi hermano Julio, á cuyas órdenes quedais.

—Señor, será necesario que bajen la cadena.

—Ahora mismo.

Y gritó:

—Abajo esa cadena, teniente Cantero.

—Al momento, mi general en jefe.

Flaviano y Zalla pasaron al bergantin, de este al crucero y bajaron á la cámara donde hallaron á los ingleses hablando con Julio, al oficial sentado y á los soldados apoyando el cuerpo en un tabique y las manos en los arcabuces.

Al ver á Oscrio todos se pusieron en pie: Silva le preguntó con viveza y ansiedad:

—¿Y mi padre, hermano?

—Bueno y sano, graciàs á Dios.

—Gracias, gracias, Flaviano.

Después dijo el héroe á los ingleses:

—Sentaos, señores, y perdonadme si me ví obligado á abandonaros.

—¿Os habeis batido, señor?—le preguntó el comante inglés.

—Sí.

—¿Sofocásteis la rebelión de que nos ha hablado el señor príncipe?

—Sí.

—Completamente.

—Sí.

—Pronto habeis concluido.

—Aun me ha sobrado tiempo.

—Perdonad tanta pregunta.

—Hacedme las que querais.

—¿Se sometieron los rebeldes?

—Nada dijeron ni me tomé la molestia de preguntarles nada.

—Entonces dísteis fin de todos.

—Una cosa parecida. Pero sentaos, señores, mientras yo hablo con mi hermano.

Y se salió con Julio, quedando á la puerta de la cámara.

—Hermano,—le dijo,—vas á quedar ocupando mi puesto; me hallo rendido y no puedo permanecer más tiempo de pie.

Silva se fijó mucho en él, diciéndole:

—No, Flaviano, tu tienes más. ¿Estás herido?

—¿Qué espada ni bala atraviesa el metal que me cubre? Llevé algunos golpes y nada más.

—Tu rostro está encendido, por lo menos tienes fiebre.

—Sí, el cansancio y los golpes; esta fiebre la cura el descanso.

—Acuéstate, hermano, y duerme.

—Lo voy á hacer, pero antes oye:

Te voy á mandar un maestre de campo y seis oficiales. Ya aquí haz relevar á todos los soldados que se han batido esta noche y que descansen. Que quemen todos los cadáveres que hay en el San Juan Bautista y curen los heridos. Lo mismo mandas hacer con los heridos y muertos del paraje donde llevaron á tu padre los antropófagos. En cuanto á los prisioneros que tenemos aquí, los llevas al pueblo y los hospedas con arreglo á su clase. Pueden sacar todo lo que quieran de su barco. Solo les embargamos los cañones y las armas. Yo me quedo en el bergantín con tu padre, Zalla y Pérez.

—Parte, hermano, que me causa pena verte de pie.

Se despidieron, trasladándose al bergantín.

Flaviano dijo á los que cuidaban de la cadena:

—Haced venir á un maestro de campo y á seis oficiales; decidles de mi parte que se pongan á las órdenes del príncipe Julio.

—¿Qué maestre, señor?

—El que esté más cerca.

Cuando estuvieron juntos el bergantín y el navío hizo subir Flaviano al príncipe de Italia y á Pérez. Con el último pasó otra vez á la cámara del crucero, llamó á Julio y parado cerca de la cámara le dijo:

—Hermano, ahí tienes á tu padre.

Silva lo estrechó, pero el príncipe le dijo:

—Julio, todo se lo debemos á Flaviano.

—Ya lo se, padre mío; ven hermano, y participa del abrazo más tierno y cariñoso que recibió hombre,

El grupo que formaron los tres era más amoroso que cuanto pudiéramos expresar nosotros.

Silva se separó bien pronto, diciendo á su padre:

—Señor, lleváos á mi hermano; tiene fiebre y no puede tenerse en pie. Hacedle acostar en el bergantín.

Los dos subieron, exclamando Flaviano:

—¿Piloto?

—¿Qué manda V. E.?—le contestó aquél.

—Hacedme el favor de mandarme tres marineros para que nos desarmen. En la cámara esperamos.

El piloto desarmó y desnudó á Osorio, no quiso que lo hiciera otro y el héroe se acostó, haciendo lo mismo Zalla y Pérez.

El príncipe de Italia en vez de imitarlos se fué al interior, pidió un medicamento y lo llevó en un vaso de agua á la cama de Flaviano.

—Toma, hijo mío,—dijo al héroe.

—¿No os habeis acostado. señor?

—No, ya es de día y no me acuesto hoy.

—Señor...

—Si tengo sueño, sentado en este sillón y apoyada la cabeza en la almohada dormiré.

Flaviano bebió lo que el príncipe le daba y cinco minutos después se hallaba profundamente dormido.

El religioso en el trascurso de dos horas pulsó seis veces al héroe.

La última vez que lo hizo exclamó:

—Cede la fiebre. Gracias, Dios mío, no lo abandoneis jamás. Y vos, Alberto de Silva, que tanto lo amais, desde el cielo defended su vida.

Apoyó la cabeza en un extremo de las almohadas de Flaviano y también se quedó dormido.

En el bergantín después de anclado convenientemente nadie se movía ni se escuchaba ruido alguno, por orden expresa de Julio.

Todos los soldados que se habían batido durante la noche fueron relevados y ya descansaban también.

El navío San Juan Bautista ancló en el sitio que anteriormente, quedando de hospital para los heridos que resultaron, con dos cirujanos y cuatro practicantes que velaban por ellos. Pérez metió en calabozos á catorce prisioneros que halló escondidos.

Tuvieron que cambiar toda la dotación, pues de la que tuvo no quedó ni un grumete, pero ya la tenía completa.

El bergantín y el crucero anclaron cerca del

muelle, y tan juntos, que pasaban de uno á otro con la mayor facilidad.

En el puesto de Julio quedó el maestre Almeida, en tanto que el príncipe daba órdenes, y todo lo disponía hasta reemplazar dignamente á su hermano.

Flaviano, Zalla y Pérez se quedaron dormidos á las cinco de la mañana.

En el monte continuaban trabajando como si nada hubiera ocurrido.

Ya había terminado el príncipe Julio todos sus quehaceres y se retiró al bergantín para ver á su padre y hermano, cuando fué sorprendido con una visita que no esperaba

Pidieron la escala real y pudo ver en un bote grande á la duquesa de los Andes, á la de Tabasco, á Alice y á Líbana, acompañadas del duque del Imperio y del general Rogelio Mendoza, marqués de Abella.

Subieron los seis preguntando todos á la vez.

—¿Y el héroe?

—Bien, gracias á Dios, pero se acostó ya siendo de día con fiebre y tan cansado, que lo debo dejar dormir todo lo que pueda.

—Quiero verle,—exclamó la duquesa de los Andes y todos en coro añadieron:

—Y yo, y yo.

—Con una condición.

—Habla.

—Que no habeis de hablar ni promover ruido alguno.

—Concedido.

Todos bajaron á la cámara, se agruparon á la puerta del camarote donde dormían Flaviano y el príncipe de Italia, Julio abrió un poco la cortinas y todos los vieron.

Ambos dormían aún con sueño al parecer tranquilo.

Julio dejó caer las cortinas y los seis se fueron sentando en el diván que rodeaba la cámara.

Pero ninguno hablaba ni se movía.

Así permanecieron hasta que Julio, que estaba á la puerta del camarote, oyó la voz de Osorio que decía:

—Padre mío, dormís.

El príncipe le contestó.

—No, hace un cuarto de hora que velaba. Ya se que desapareció tu fiebre.

—¿Sí, señor, qué hora es?

—Las doce.

—Un sueño reparador de siete horas seguidas me curó.

—¿No te duele el cuerpo?

—Algo, pero no me molesta como esta madrugada.

—¿Quíeres dormir más?

—No, señor.

En el mismo instante Julio descorrió las cortinas y los seis se precipitaron en la alcoba exclamando:

—Dios te bendiga, Flaviano.

—¿Por qué os habeis molestado?

—Porque anhelábamos verte,—le contestó la duquesa de los Andes.

—Porque no podemos vivir sin tí.

—Porque eres el encanto de la Isla.

Y así á este tenor, las cuatro damas y los caballeros le fueron contestando.

—Gracias, vuestras frases,—replicó él,—y vuestros halagos matan con su honroso y profundo cariño, Cómo te fué ayer Luisa,—le preguntó á la duquesa de Tabasco.

—Muy bien, señor, nuestros enemigos eran tan cobardes que pronto abandonaron el campo dejando cuatro muertos.

—¿Eran muchos?

—Siete españoles y diez indios.

—¿Indios dices?

—Sí señor, casi salvajes.

—¿Quién los mató?

—Vuestro expaje.

—¿Los cuatro?

—Sí.

—¿No te ayudaron los sirvientes? Quedó uno mío que es valiente.

—Sí, pero á ninguno le dió tiempo el que fué vuestro paje. Tiraron los malvados una puerta y subían ya por la escalera cuando les soltó el expaje cuatro tiros y huyeron acobardados; la escena de la escalera duró dos minutos nada más.

Entró Zalla y todos lo fueron estrechando. Flaviano lo llamó diciéndole:

—¿Cómo te sientes, Ricardo?

—Muy bien, señor, ¿y vos?

—Algo dolorido nada más.

—Como yo.

Julio mandó tocar dos veces la campana del bergantín.

A los cinco minutos se oyó el estallido de un cohete, y momentos después comenzaron á oirse disparos de artillería.

Flaviano se sentó en la cámara y todos se alarmaron. Osorio preguntó á Silva:

—¿Qué es eso, Julio?

—No alarmaros ninguno. Son nuestros oficiales y soldados que celebran con salvas los triunfos de su héroe.

—¿Ah?

A la una entró Pérez diciéndoles:

—Señores, la comida.

—Aquí,—contestó Julio,—todo está dispuesto para que comais conmigo.

—¿No come Flaviano?

—Sí, señora,—contestó Pérez,—pero tengo que darle un baño para que se le quiten los dolores que siente, después tomará una taza de caldo y una copa de Meréz, y á la hora comerá con el maestre de campo don Ricardo Zalla.

Todos aprobaron la idea de Pérez y se dirigieron

al comedor, quedando solos Flaviano, Zalla y el valiente y leal criado.

La artillería continuaba haciendo descargas, los soldados victoreando al hérce y los oficiales brindando por la víctoria conseguida y por las que esperaban conseguir. En la isla sólo suspiraban los ingleses, los presos y los antropófagos.

Habían transcurrido las veinticuatro horas más crueles que tuvo el héroe en lo que llevaba de vida. Sólo la grandeza de su espíritu pudo soportarlas sin flaquear un momento, sin doblegarse ante tanta contrariedad y emooiones

---

CAPITULO X

Después de la comida.—Desembarco.—Regreso á la isla.—Historias.—El héroe y el leopardo.—Los dos hermanos.

A las tres se sentaban á la mesa Flaviano y Zalla con buen apetito y mejor voluntad.

Los dos se sentían débiles por la poca alimentación y mucho trabajo del día anterior.

Los restantes quedaron sobre la cubierta del bergantin mirando la bahía y el mar.

Pérez de pie, frente á su amo no perdía ninguno de sus movimientos.

Flaviano y Zalla no hablaban, la comida era excelente y solo tenían ganas de comer.

Poco antes de las cuatro concluyeron y en el acto se dispuso el desembarco y partida al palacio.

Flaviano mandó llamar al comandante del bergantin diciéndole:

—Desarmais el crucero inglés, dejándolo á dispo-

sición de los prisioneres, pero que no quede arma alguna. Los seis cañones esos los mandais á la tercera batería para que les den aplicación. Son culebrinas de mucho alcance y de buen calible. Cuando hayais terminado me vais á ver para recibir órdenes y embarcaros de nuevo.

—Muy bien, mi almirante.

—Cuando querais comer conmigo vais al palacio.

—Lo haré, señor.

—Si el príncipe Julio no ha dispuesto dar recompensas á los que esta noche nos siguieron y se han batido después en el San Juan Bautista, hacedlo vos, poniéndoos de acuerdo con los dos oficiales que los mandaban.

—Muy bien.

Se despidieron desembarcando Osorio.

Luego lo hicieron todos los restantes.

Las damas tenían allí la carretela de seis asientos que usaron en Méjico y en ella subieron las cuatro, el príncipe de Italia y por aclamación Flaviano.

Los restantes iban á pie, pero el camino era excelente y solo tenían que andar tres kilómetros escasos que distaban del muelle el pueblo y palacio.

Cuando hubieron llegado, el comandante inglés pidió una audiencia al héroe y concedida que le fué entró en el despacho de aquel diciéndole:

—Señor general en jefe, deseo tengais la bondad de decirme á qué preceptos debemos sujetar vuestra conducta todos nuestros prisioneros.

—Lo primero sentaos.

—Gracias.

—Y ahora os contestaré lo siguiente: Sois prisioneros de guerra, pero teneis por carcel toda la isla.

—¿Toda?

—Absolutamente toda, exceptuando la bahía y los montes que la rodean.

—En ese caso podremos andar por todas partes.

—Por donde querais, mas os advierto que no os conviene alejaros de estos alrededores. No muy lejos de aquí hay fieras y antropófagos.

—Me dijo el señer príncipe don Julio que ayer mañana matásteis más de cien y que hubo momentos en que os batisteis solo contra casi todos ellos.

—¿Qué queréis decir?

—¿No podría yo hacer lo mismo?

—Cualquiera puede hacer lo que yo hago; pero es expuesto; á mí han debido matarme ayer.

—Pues no os mataron.

—Por un milagro de Dios.

—Yo no creo en esos milagros.

—Está bien, id por donde os acomode,—le dijo Flaviano con desdén.

—¿La vegetación que he visto, es toda espontánea ó plantada.

—La hay propia de la isla y nacida de simientes europeas.

—¿Los cereales?

—Son de simientes.

—¿Las frutas europeas?

—Lo mismo.

—¿Las verduras?

—Europeas.

—Las flores.

—Las hay de América y de Europa.

—¿Las plantadas son obra vuestra?

—Sí.

—Si formarais de esta isla una plaza fuerte ó un castillo no se os podría bloquear.

—Cierto, aquí tenemos de todo cogido en este fértil suelo.

—Menos vinos y licores.

—Os equívocais, tenemos ya un viñedo y es cosa fácil producir el vino.

—¡Ah! He visto desde la cubierta del crucero lo que estais haciendo en los montes que forman la bahía.

—Buena vista teneis.

—Hay mucha distancia; pero como tenía anteojo...

—Ahora lo comprendo.

—He visto túneles, baterías, plaza de armas abierta entre las rocas y tantas obras y tan bien dirigidas que vuestra bahía se transformara en castillo inespugnable.

—A eso aspiro.

—¿Cuántos cañones teneis?

—Bastantes.

—¿No los habeis contado?

—Tengo los suficientes.

—¿Número alto?

—O bajo como vos querais.

—¿Os molesto?

—Mientras me pregunteis lo que pueda deciros, no; cuando paseis ese límite, sí. Y os advierto que no tengo obligacion de deciros nada; la urbanidad tiene su límite como todas las cosas de este mundo.

—¿Todas?

—Menos el universo.

—¿Qué fuerzas reunís en esta isla?

—Siento mucho no poder continuar mereciendo la honra de escucharos; el cumplimiento de mi deber me lleva con pena mía.

Flaviano se había puesto en pie, hizo una reverencia al comandante y desapareció diciendo para sí.

—Mucho has descubierto, leopardo inglés, es posible que contra mi voluntad hayas conquistado tu la sentencia de muerte.

El extranjero quedó reflexionando lo siguiente:

—Es posible que ese español sea un héroe. La forma con que me sorprendió ayer, la manera de vencer y de ahogar una poderosa rebelión, lo que antes hizo con los salvajes, su irresístible mirada y su frente en la que parece brillar el genio lo confirman. Pero también se vencen á los héroes, sino de este modo, del otro, ó de aquel... Es capaz con lo que está haciendo de echar á pique todas las escuadras que intenten tomar esta isla. No será, un buen inglés como lo soy yo, perece antes que consentir que su patria se

humille ante un solo hombre y que éste sea extranjero y enemigo de ella. Estudiaré los medios. El vale más que juntos todos los que le obedecen. Muerto él.. Por ahí debo empezar.

Y quedó meditando en ideas análogas á las que acabamos de expresar.

Sigamos al héroe.

Este buscó á Silva y llevándolo á una habitación retirada se encerró con él diciéndole:

—Sentémonos, hermano, que tenemos que hablar de cosas importantes.

—¿Se prepara alguna nueva traición?

—Puede que hayas acertado.

—¡Será posible!

—Julio, esa es la vida; muere un malvado y aparecen diez.

—Es decir, que vivimos en una sociedad corrompida.

—Sí, compuesta de ignorantes que no obstante morir á cientos no aprenden, no se enmiendan, no obran con rectitud y cada día ofrecen á los verdugos de la humanidad nuevas víctimas.

—¿Qué presientes, hermano? Porque tú empiezas por eso para acabar por no equivocarte nunca.

—Acércate más, pon tu sillón junto al mío. Así.

—Habla que te escucho con impaciencia.

—¿Hablaste mucho esta madrugada con el inglés?

—Bastante.

—¿Que juicio has formado de él?

—Al principio me pareció muy hablador, preguntón en demasía; después hallé al hombre frío, sereno, intencionado, sagaz y astuto.

—Eso es, lo juzgo hombre de cuidado.

—¿De mucho cuidado?

—Sí, de mucho.

—¿Es temible?

—Nosotros dos nada tememos, pero es indispensable vivir precabidos con él.

—Dame tu opinión sobre él.

—Noté en su mirada, en sus preguntas, en todo lo que leí en su alma una gran predisposición á no resignarse con su suerte.

—¿Qué puede hacer?

—Mucho.

—No te comprendo.

—Figúrate, que halla una ocasión y entre él y sus soldados asesinan á los habitantes de este palacio.

—Eso sería horrible y entonces el triunfo de sus compañeros era seguro; ¿mas pueden ellos llevar á cabo un pensamiento tan difícil y criminal?

—Tú lo has dicho, tan difícil, no tan imposible, lo difícil se consigne, lo imposible no.

—Flaviano, tus frases son exactas; mandémolos al fondo del mar con sus compañeros del golfo de Méjico y con los del navío que estrecbó anoche.

—Eso no podemos hacerlo ni mandarlo tú ni yo.

—¿Por qué?

—Hasta ahora nada hicieron.

—Pero sospechamos...

—El que mata por solo sospechas comete un asesinato; pero me alegro hallarte tan bien predispuesto contra esos leopardos ingleses.

—Sí, lo estoy, ¿qué hacemos?

—Por el pronto vivir alerta, luego vigilarlos, oir sus conversaciones y cuando tengamos pruebas de su criminalidad sentenciarlos.

—Muy bien, ¿qué papel voy á representar en esa tragedia?

—El más importante. ¿Te hallas dispuesto?

—Sí, pidiéndomelo tú; con sobra, necesitándolo nuestra afligida patria.

—A esos hombres habrá que empezar á espiarlos y á oír sus combinaciones para conocer sus intentos muy pronto.

—Dispuesto me hallo á todo, que tú no te equivocas nunca y ya les echastes el fallo.

—Solo Dios vino infalible al mundo.

—Y su inspirado hijo Flaviano.

—Julio...

—Ya está dicho; déjame en esa creencia y no debatamos por eso.

—Bueno. Te advierto que el jefe del crucero es ateo.

—Me lo había figurado; en su país son casi todos herejes.

—Y los ateos suelen carecer de conciencia.

—Preciso será no tenerla con ellos.

—¿Tú has visto lo bien que mi padre y yo nos

hemos disfrazado cuando la necesidad nos obligó?

—Sí, muy bien.

—Y tú, que tanto talento tienes, mi querido Julio, ¿podrás hacer lo que nosotros?

—Me disfrazaré cuantas veces sea necesario.

—Es muy fácil imitar ese color cetrino de los indios.

—Tienes aquí lo necesario.

—Todo, mañana te daré una cajita que contendrá lo suficiente.

—La usaré.

—Tambien es fácil imitar la ignorancia de ellos, sus modales, sus posturas y su torpeza.

—Seré un indio completo.

—Que no habla otro idioma que el azteca, con raras excepciones.

—Se entiende.

—¿No te he dicho lo bastante?

—No, añade algo más.

—¿Qué deseas?

—Lo que á tí te se ocurra.

—Acompáñalos, si puedes y sino los sigues; ¿cómo desconfiar de un semisalvaje?

—Es verdad, que no entiende ni comprende...

—Unas veces tendido en el suelo, otra subido á la copa de los árboles. Al trepar ayer por el cable para subir al bergantin, ví con satisfacción que sigues siendo el hábil gimnasta de siempre.

—Con más fuerzas que nunca.

—Puedes hasta venderles armas.

—Hermano, ¿para que las esgriman contra tí ó contra mí?

—No, para saber qué intenciones tienen. Nadie les ofende aquí, les está prohibido que las usen y si las compran, claro es que no llevan buen fin.

—Me has convencido.

—Cuanto más caras las paguen, mayor es su mala intención.

—Se las venderé.

—Aun cuando azteca é ignorante, bueno es que sepas algunas palabras en español para esas ocasiones.

—Si, pronunciadas como los indios cuando empiezan.

—Nada más se me ocurre decirte.

—Pero á mí si preguntarte.

—No tengo prisa y á tu lado me hallo perfectamente. Habla.

—¿Cuándo doy principio?

—Piensa hoy en lo que estamos hablando, trazaste un plan y síguelo, que no será malo.

—¿Sin perjuicio de preguntarte cada vez que tenga necesidad?

—Y de enterarme de lo que tú quieras.

—Por mí hemos concluido.

—Y por mí también.

—¿Dónde vas?

—Sal tú primero y reúnete con nuestros padres y las damas. Luego iré yo.

Así lo hizo Julio.

Flaviano quedó ensimismado quince minutos. Al cabo de ese tiempo se fué lentamente al estrado donde halló á todos los suyos y con ellos al inglés. Julio lo h·bía presentado á ruego suyo á las damas, al duque del Imperio y al general Mendoza.

Hablaba con ellas y con Rogelio en español, pero lo hacía tan mal que en algunas ocasiones contra la voluntad de sus oyentes promovía en estos la hilaridad.

Llegó Flaviano sentándose en un sofá entre su padre y la duquesa de los Andes, de la que era hijo político y le quería tanto como si hubiera sido su madre.

—Ven aquí, hijo mío,—le dijo la duquesa,—no te separes de mi lado.

Y bajando la voz para que solo la oyera el duque y Flaviano añadió:

—Si ayer un antiguo libertino, como osó levantarte los puños llega á tocarte con ellos, me vuelvo á Méjico y me quedo para siempre en el convento de monjas que yo he fundado en San Juan Bautista de Tabasco.

—¿Qué motivo os dí yo madre mía, para que me abandonáseis de ese modo?

—Tú ninguno; pero no pudiendo vivir contigo sin estar al lado de ese tirano, positivamente profeso.

—Es que yo no os hubiera dejado. Ya sabeis que allí soy el rey.

—Y donde quiera que estés; el rey del talento, de la sabiduría, del heroismo. Pues entiende que sino me hubieras dejado en aquel aislamiento regreso á mi país y me escondo en los Andes, donde reiné algunos años.

—Nada menos que al interior del Perú.

—Allí.

—Ya hubierais accedído á mi ruego.

—No lo creas.

—Mi padre, madre mía, tuvo anoche un vértigo, único que le conozco y el que no le repetirá. Un pecado, si es que lo fué, se perdona á cualquiera, con más razón á un tan cumplido caballero, á un hombre que tanto vale.

—Esos son los que deben estar más lejos de los vértigos.

—Pero si él no quiso tenerlo.

—Pero si lo tuvo. ¿Qué fué de Ontoria, Flaviano:

—Murió batiéndose hoy con Zalla.

—¿Qué dices á eso duque?

—Que no merecía esa muerte, para los caballeros la espada, para los malvados es el verdugo.

—Bien dicho; ahora te vuelvo á querer, duque.

—No, madre mia, vos no habeis dejado de quererlo por lo mucho que el vale, porque es mi padre y porque yo lo amo.

—¡Conque talento me seduces, Flaviano!

—No os seduzco, tengo hace mucho tiempo ganado vuestro corazón con lo mucho que os amo.

—Y con tu pureza y tus frases de sabio y tu envidiable genio.

Así continuaron hablando, formando dos corros, uno las damas con el inglés, Zalla Julio y Mendoza y otro los duques y Flaviano, hasta que los llamoron á cenar y todos se sentaron á la mesa.

El extranjero se compuso de modo que logró quedar al lado de la bellísima Alice.

CAPITULO XI

Después de la cena.—Lo que hace el héroe.—Julio de Silva imitando á Osorio.—El supuesto salvaje.—La conferencia.

Concluida la cena se fueron todos á un saloncito que tenía vistas al jardín del palacio por cuyas ventanas entraba un ambiente fresco y perfumado con el aroma de las flores.

Alice se adelantó con Zalla y Líbana sentándose en medio de los dos.

Los demás formaron un círculo, menos el inglés y el príncipe que á ruego del primero se fueron á una ventana, disculpando aquel el hecho con las siguientes frases.

—Qué fresco tan apacible entra por esta ventana. ¿No os parece lo mismo, señor príncipe?

—Sí,—le contestó Julio,—bien estamos aquí.

—Me alegro que tengais mi misma opinión.

Los dos deseaban comunicarse y el extranjero em-

pezaba hablándole de la vejetación para concluir por preguntarle lo que á él interesaba más.

En cuanto á Julio, que era cuando quería más sagaz y astuto que el comandante y contaba con más talento y sabiduría que él, se propuso conocer sus intenciones y algo debía lograr. Escuchémoslos; su diálogo será interesante.

—Lo que he visto de este país,—dijo el inglés,—es importante. Cuanta flor, que árboles tan frondosos, seculares y bellos, que lozanía y que poder de naturaleza. ¿No os parece lo mismo?

—Sí.

—¿Es muy grande esta isla?

—No, pequeña.

—Dicen que está rodeada de escollos.

—Y de volcanes.

—¿Son frecuentes sus erupciones?

—No.

—¿Hay ahora alguna?

—No, pero no tardará en haberla.

—La veremos.

—Sí, la veremos.

—¿Todas vuestras fuerzas están ocupadas en los trabajos de los montes que rodean la bahía?

—Casi todos.

—¿Cuándo acabarán?

—Pronto; pero de eso solo entiende mi hermano Flaviano.

—¡Ah! Sois primo del rey de España, es cierto?

—Cierto es.

—¿Y cómo no sois el primero?

—Por que Felipe III ha dispuesto otra cosa.

—No estareis conforme con esa disposición.

—Con todo lo que manda el rey de España me hallo conforme.

—Yo creí que no.

—Señor comandante, yo no puedo abrir mi corazón á un extranjero.

—Lo comprendo.

—Entonces no hablemos más de eso.

—Aqui no soy mas que un prisionero reservado y prudente. Ya sabeis que he nacido, vizconde de Witerste; en mi familia no hay traidores.

El inglés deseaba herir el amor propio de Silva, excitar su envidia y éste lo dejaba venir.

—No lo dudo,—le contestó,—pero más vale hablar de cosa distinta.

—Lo adiviné; no podía ser otra cosa. Con lo que vos valeis...

—Si lo habeis comprendido yo os ruego no me hableis de eso.

—También aquí como en mi país hay injusticias.

—¿Dónde no las hay?

—Es verdad. Decidme, señor, ¿quién es esa dama que ha cenado sentada á mi derecha?

—Fué hija de un militar que murió en Nápoles al servicio de España.

—¿Huérfana?

—De padre y madre.

—¿Pobre?

—No, le dejó su padre un regular patrimonio y es ahijada del duque del Imperio.

—¿Vive con él en Madrid?

—Desde que murió su padre habita en su palacio y está bajo su tutela.

—Es la mujer más hermosa que he visto.

—Las cuatro damas que están ahí son bellas.

—Cierto, hasta la duquesa de los Andes, que no es ni con mucho joven, es aun hermosa; pero ninguna como Alice.

—Sí.

—Es un encanto, una divinidad, no ví belleza igual.

—Me alegro que os guste tanto.

—¿Cómo no, si es una divinidad?

—Vuestros elogios la honran.

—Son muy merecidos. Todo lo que se diga de ella es poco. Superan sus encantos á todo elogio y exageración.

—Veo que os gusta demasiado.

—Tanto, señor príncipe, que siento haberla hallado en el camino de mi vida.

—¿Por qué vizconde?

—Porque me ha enagenado su voz; su acento dulce y vibrante conmueve mi corazón, y su ardiente mirada me domina.

—¿En tan poco tiempo?

—¿Qué queréis? basta fijarse en ella para que se sienta uno seducido y subyugado.

—Pues á mí no me sucede nada de eso.

—Porque estareis enamorado de otra.

—Lo habeis acertado.

—De lo contrario os hubiera sucedido lo que á mí.

—¿No habeis amado nunca?

—No he tenido ocasión. Muy joven me embarcaron y desde entonces hasta ahora pasé la mayor parte de mi vida en los mares. Verdad es que además distan mucho las bellezas con quien hablé de parecerse á Alice. Eran bonitas, esta es incomparable.

—Si ella os oyera tenía motivo para envanecerse.

—La juzgo modestísima, y lo prueba el poco caso que hizo de las galanterías que le dirigí cuando cenábamos.

—Sí, es muy modesta, pero en su fuero interno se alegraría escucharos. No hay mujer á la que no gusten los elogios.

Y continuaron hablando media hora más queriendo averiguar el uno y averiguando el otro.

A las diez y media se levantaron los duques y el héroe y todos les imitaron, retirándose á sus respectivos dormitorios.

Flaviano y Julio tuvieron la costumbre de dormir siempre que podía, en una misma alcoba, como sucedía ahora.

La habitación era grande, pero las camas no estaban muy separadas.

De este modo hablaban sin temor de ser oidos.

En la presente noche los dos se dejaron desnudar, buscando luego el descanso á las fatigas del día.

—¿Tienes sueño?—preguntó Julio á Osorio.

—No, ya sabes que he dormido hasta la una de la tarde.

—¿Continúan los dolores?

—No, ya es poco lo que me molestan.

—Me alegro. He hablado cerca de una hora con el inglés.

—Ya os he visto.

—Y algo he descubierto.

—También lo sé.

—No es posible que nos hayas oído.

—Lo habré adivinado.

—Eso es posible.

—¿Qué supones?

—Que está enamorado de Alice.

—Es verdad. Y que probablemente habrá intentado excitar tu envidia conmigo.

—Exacto. Eso es adivinar, Flaviano.

—No, Julio, lo uno lo leí en sus miradas y lo otro me lo enseñó la lógica.

—Las cosas que tu ves no las vemos los demás.

—Porque os fijais menos.

—O por otra causa.

—¿Con que no me equivoqué?

—No y escucha.

El príncipe le refirió todo lo que habló con el vizconde, preguntándole:

—¿Qué te parece?

—Lo de Alice no tiene importancia, lo de excitar tu envidia mucha.

—¿No tiene importancia lo de Alice?

—No, ¿qué mal puede venir de eso?

—Los celos son una pasión terrible, que impulsada por el odio...

—Basta con el último.

—¿Con que no das importancia á su amor?

—Ninguna, que la ame todo lo que quiera. se llevará esa otra pasión á la tumba ó á Inglaterra. Lo otro es distinto por que prueba que no me he equivocado, que me odia y algo intentará contra nosotros.

—Mañana lo sabremos.

—¿No es pronto?

—Puede que no.

—¿Tienes ya plan?

—Sí.

—¿Bueno?

—Lo creo excelente. ¿Te lo digo?

—No; doy por hecho que será inmejorable. Lo que me hace falta saber son los resultados.

—Mañana, Flaviano, mañana.

—Pues durmamos hasta mañana.

—Sea y no pienses en la envidia que te tengo.

Osorio sonrió dirigiendo á su hermano adoptivo

una mirada tierna y cariñosa, que el otro le devolvió con gran afecto.

No tardaron en quedar ambos dormidos.

No le sucedió lo mismo al inglés; á pesar de no haber dormido la noche anterior y de haber sufrido la más grande humillación, continuó formando cálculos y planes hasta la madrugada que el cansancio lo dominó.

Se levantó á las siete y sin desayunarse se fué á la casita donde estaban hospedados los cuatro compañeros suyos.

Julio había desaparecido muy temprano.

Antes que él, se levantó Flaviano, tomó un ligero desayuno y empezó á trabajar hasta las once que concluyó unos dibuyos que estaba haciendo, se despidió hasta la noche, trasladándose á las obras del puerto.

Esta era su costumbre, la mayor parte de los días se sentaba á la mesa con los maestres en el monte.

Su comedor era la entrada de un túnel entre rugientes olas, acompañadas del estruendo de los barrenos y del canto y ruido de los trabajadores.

Sigamos nosotros á los ingleses.

Ya en la casita donde estaban sus compañeros les invitó á dar un paseo por la isla, antes que el sol pudiera molestarlos, lo aceptaron y salieron, empezando por reconocer y admirar las plantaciones y arboledas que rodeaban todo el pueblo.

Después siguieron por una calle de árboles, en dirección opuesta á la bahía.

Llevarían andadas quinientas varas cnando les salió al encuentro un indio que iba cantando una canción semi-salvaje.

Al verlos el indígena se detuvo, y sacando un grosero puñal, pero bien afilado les preguntó en un castellano casi incomprensible y á la vez por señas, si se lo compraban.

El vizconde lo miró atentamente y no notando nada en él que le llamara la atención, á excepción de sus trazas de salvaje, cogió el puñal, lo examinó y le dijo en otro español poco mejor que el del indio:

—¿Me preguntas si te lo compro?

El indio le dijo con la cabeza que sí.

—Vamos—añadió el vizconde—á este bárbaro le sucede lo que á mí, que entiende mejor que habla la gerga castellana. ¿Cuánto quieres por él?—le preguntó en español bastante chapurrado.

El indio señaló con los dedos cinco.

Witers, sacó un puñado de monedas y volvió á preguntarle:

—¿De éstas cuantas?

El indio señaló con los dedos las misma cinco.

—Caro es, pero hay ocasiones en que un puñal que mata no tiene precio.

Y se las dió, guardándose el arma

Fueron á continuar, pero los detuvo el indígena diciéndoles como pudo, que por allí había fieras.

—¿Quieres llevarnos por donde no las haya?

—Sí; por aquí.

Para no molestar á nuestros lectores con frases que á nada conducen, puesto que ya saben, que el vizconde y el indio se hablaban en un detestable castellano y muchas veces por señas, pondremos nosotros el diálogo bien y no como ellos lo expresaban.

Iban á seguir los ingleses á su amable guía cuando se detuvo el comandante, diciendo á sus compañeros.

—Me ocurre una idea; sepamos si este bruto tiene más armas.

Y añadió al indio:

—Oye, ¿tienes más puñales?

—Sí,—contestó.

—¿Cuántos?

—Cinco.

—¿Me quieres vender mañana cuatro?

—Si.

—¿A cinco libras esterlinas como esas?

—Sí.

—Los llevas mañana al mismo sitio y á la misma hora. Continúa delante que te seguimos.

Y volviéndose á los suyos les dijo:

—Ya tenemos un arma cada uno; por ahí se empieza.

—Para que las queremos,—le preguntó un teniente.

—¿Os conformais con seguir prisioneros y tolerar que los españoles destruyan nuestras escuadras?

—No, señor, ni me conformo ni lo quiero. ¿Pero qué vamos á hacer con cinco puñales?

—Señores, conocemos casi todos los secretos de los españoles y su triunfo depende de que nuestro almirante no los descubra; pues bien, es necesario que los conozca.

—¿Y el medio?

—Ese vendrá después.

—No lo veo.

—Si muere el que llaman héroe y los pocos que le rodean en el palacio, entrará el pánico en los restantes, se aturdirán y sabeis que á los cinco, en último extremo, nos basta una lancha para plantarnos en Jamaica.

—¿Quién los mata?

—Nosotros.

—¿Podrá ser eso?

—Sí.

—Lo veo difícil.

—Pues es necesario hacerlo. Que humillación, que vergüenza, que ruina para nuestra patria si ese héroe ó lo que sea destruye sin necesidad de barcos y con solo quinientos artilleros nuestras escuadras, las francesas y las holandesas. Ni podríamos volver á Inglaterra, en el caso de que nos dieran como limosna la vida, ni en ninguna nación podríamos dar nuestros nombres, sin servir de befa y de escarnio.

—Todo eso es verdad, pero no veo el medio de matar á esos hombres.

—¿Los teneis miedo?

—No. Pero es gente muy avisada y moriremos los cinco, ellos no.

—Nuestro deber nos obliga á salvar á Inglaterra y á nuestros aliados ó perecer.

—Estoy conforme, y creo que debemos hacer todo lo posible por conseguir lo primero, pero muy difícil sino es imposible el medio que acabais de indicar.

—¿Teneis otro mejor?

—Decid, ¿no hay en esta isla un cacique que hace de rey y tiene su pequeño ejército?

—Sí.

—¿Dónde reside?

—En el pueblo.

—No hemos visto á ningún jefe ni soldado.

—No está aquí. Salió ayer con todos sus súbditos con el objeto de acabar con todos los antropófagos y fieras de la isla.

—¿Sabeis dónde él duerme?

—Sí, en el palacio donde tiene á su hermana Líbana, que ha dado nombre á esta isla y es la prometida del maestre de campo Zalla que conocísteis ayer.

—¿Por qué no intentais ganarlo?

—No es mala idea. Lo haré cuando regrese.

—Contando con él todo sería posible.

—No se que ofrecerle para que acepte.

—Oro, buques, lo que él quiera aquí ó en Inglaterra.

—Eso es, lo que pida sin tasa ni medida.

Y continuaron hablando de cosas que no tenían para nosotros importancia.

El indio los guiaba á cortísima distancia de ellos.

Iba deteniéndose á cojer flores y plantas, que deshojaba para coger otras. Es decir que andaba revuelto con ellos unas veces y otras á una vara de distancia.

Pero los ingleses no se cuidaban de él para nada; no podía infundir sospechas un salvaje que ni conocía el idioma inglés ni tenía ilustración ni buen sentido. ¿Con aquellos modales tan groseros y aquellas posturas tan cerriles á quién podía infundir sospechas?

Regresaron, el indio les hizo un saludo con las manos y el vizconde lo despidió hasta el día siguiente en el mismo sitio y á idéntica hora.

Los oficiales se quedaron en su casa y el comandante se fué al palacio, ardiendo en deseo de volver á ver á Alice.

En cuanto al indio, después sabremos de él por congeturas.

CAPÍTULO XII

Un castigo de seis kilómetros.—El terceto.—Otra cena.—Otra conversación en la ventana.—La conferencia de los dos hermanos,

Witers llegó al palacio, preguntó por las señoras, le dijeron que se habían ido al muelle en carruaje y se dirigió hácia la bahía, pensando que si el coche no iba ocupado, le invitarían á subir y quién sabe si tendría la suerte de ir al lado de Alice y de hablar con ella.

No obstante haber dado un paseo de dos horas fué á buen andar pensando en la hermosísima Alice y hasta estudiando el discurso amoroso que la iba á pronunciar.

En poco más de un cuarto de hora se acercó al muelle, pero antes de llegar le detuvo la voz de un centinela que le gritó:

—Atrás.

—¿Cómo atrás?

—Ú os hago fuego.

—No, me retiraré.

—¿Quereis decirme porque no me dejais pasar?

—No se permite la entrada á ningun extranjero. ¿Os retirais ú os hago fuego?

Y le apuntó.

—No, le dijo el comandante.—Ya me marcho.

—Vivo.

—Capaz es de hacerme fuego.—Y le volvió la espalda.

A la ida no sintió las molestias del viaje, pero ahora le sucedía lo contrario.

Recordaba lo mucho que llevaba andado y se sentía molestado por el cansancio.

Por fin entró en el palacio, supo que estaban en el salón el príncipe y Zalla y se incorporó con ellos diciendo al primero:

—Buen chas o me he llevado, señor.

—¿Qué os ha sucedido?

—Despues de haber dado un paseo bastante largo por la isla, vine aquí, pregunté por las damas y diciéndome que estaban ó que se habían ido al muelle fuí en busca de ellas y ¿con quién direis que me encontré?

—Lo ignoro.

—Con un centinela que echándose el arcabuz á la cara me mandó volver más que á paso.

—¿En qué se fundaba?

—En mi calidad de extranjero.

—Cumplió con su deber.

—Pero me he venido sin conseguir otra cosa que reventarme.

—Os está bien empleado.

—¿Por qué?

—Si hubiérais preguntado por mí nada de eso os hubiera sucedido.

—¿Pero vos estábais aquí?

—Sí, señor.

—¿Quién lo había de adivinar?

—Ah, vizconde, las mujeres son flores con muchas espinas. Aprended el axioma.

—A los marinos nos gustan mucho.

—Y á la gente de tierra, pero eso no amengua sus espinas.

—¿Cuándo vuelven las señoras?

—A la noche.

—¿No comen aqui?

—No.

—Pues nos vamos á divertir.

—¿Con ellas os divertís?

—Quiero decir, que vamos á estar poco animados.

—Como en un buque.

—Allí se bebe y se estudia.

—Haced aquí lo propio.

—No tengo libros.

—En el palacio hallareis más que en un buque.

—¿De náutica?

—De náutica y de todas las ciencias.

—No lo sabia.

Llegó la hora de comer y lo hicieron, hablando mucho Julio y Ricardo y muy poco con el inglés. A los dos empezaba á serle antipático.

Por la tarde salieron á caballo los dos españoles; ni aun se despidieron del vizconde.

Aburrido éste y sufriendo las duras consecuencias de su cautiverío, ocupó el resto de la tarde en meditar la forma que debía emplear para atraer al cacique Keisko y como consecuencia de esto en la manera de lograr su evasión aun cuanda tuviera que pasar por encima de cientos de cadáveres.

¿Qué le importaba á él eso si al fin eran españoles?

A las ocho llegaron el príncipe y Zalla y muy poco después regresaron las cuatro damas, el duque, el general Mendoza y el héroe.

Poco después cenaron; Alice se sentó enmedio de los duques y á la mayor distancia posible del inglés. Este invitó al príncipe á debatir junto á la ventana, aceptó Silva la proposición y comenzaron del modo siguiente:

El vizconde le dijo.

—¿Es cierto que hay en esta isla un cacique que manda como soberano?

—Sí.

—¿Y que está ausente?

—También es cierto.

—¿Cuándo vuelve?

—Pronto, pero no se el día.

—Me han dicho que se halla cazando fieras y antropófagos.

—No os han engañado.

—Sufre con gusto vuestro dominio en esta isla.

—Nadie se lo ha preguntado ni él lo ha dicho.

—No debe agradarle tanto huésped.

—Que los aguante con paciencia.

—¿Es valiente?

—No hay cobardes entre estos indígenas.

—¿Es muy bárbaro?

—No, habla el español mucho mejor que vos.

El inglés se mordió los labios añadiendo:

—¿Es hermano de Líbana?

—Sí.

—¿Se parece á ella?

—Mucho.

—Entonces no es salvaje.

—Entre ellos ha nacido.

—Pero es hombre distinto.

—Dios concede talento á aquellos de sus hijos que lo tiene por conveniente.

—¡Dios! Cuando lo vea os contestaré.

—¿No creeis en él?

—Yo solo creo en lo que veo y toco.

—¿Y no veis á Dios?

—Nunca.

—Yo siempre y en todas partes.

—¿Queréis enseñármelo?

—Sería inútil; Jesús lo dijo; tienen ojos y no ven.

—¿Pero cómo lo veis vos?

—En sus obras, en su admirable creación.

—Ni veo sus obras ni su creación. Entiendo que equivocais la naturaleza con Dios.

—¿La naturaleza hace mundos?

—Hizo el que habitamos, único que existe.

—Que poco habeis estudiado, señor marino.

—¿Sabeis más que yo?

—Infinitamente más.

—Sí, de esas ciencias filosóficas que nadie entiende ni sirven para nada bueno.

—No me refería á esas, las cuales conozco perfectamente.

—¿Pues á qué ciencias os referis?

—A todas las demás incluso la náutica.

—¿La mía?

—No es vuestra, es de todo el que la aprende.

—¿Con quién estudiábais náutica?

—Con el general Roch, del cual fuí un discípulo sobresaliente, según dijo muchas veces y dejó consignado en sus obras.

—Buen maestro.

—En su época el primer marino del mundo.

Todavía hoy no tiene rival.

—También os equivocais. Lo tiene que sabe y vale mucho más que aquel gran hombre.

—¿Puedo saber quién es?

—Flaviano de Oscrio, su primer discípulo y hoy podía ser su maestro.

—En teoría.

—Y en práctica.

—¿Ha dirigido buques?

—Siempre que hace falta los dirige.

—Por eso me sorprendió la otra noche.

—Por eso y por otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

—Una de ellas es, que el héroe Osorio no bebe jamás, mientras que vos os entreteníais en libaciones con los jefes del crucero; la vigilancia sobre cubierta era nula por no haber en ella ningún oficial, no obstante hallaros frente al enemigo y os dejásteis sorprender con la mayor facilidad.

—¿Queréis que hablemos de otra cosa?

—De lo que vos querais.

—¿Cree también el héroe en Dios?

—Más que en su propia existencia.

—¡Qué fenómeno! Personas de tan rara y plausible ilustración y crean en esas necedades.

—Por esa misma causa. Solo los tontos, los ignorantes y los locos pueden dudar de la gran verdad, de la más sabia verdad del universo.

—Es que yo pobre loco, ignorante ó tonto no he podido jamás explicarme el infierno, la gloria, el purgatorio y el limbo.

—Pues no creer en eso y creer en Dios.

—¿Se puede creer en lo uno y dudar de la existencia de lo otro?

—¿Por qué no?

—Lo ignoraba, pensaré en ello.

—Hareis bien.

—¿Quereís que hablemos de otra cosa?

—Ya os he dicho que de lo que vos querais.

—¿Cuántos hombres teneis trabajando en los montes que rodean la bahía?

—Cuatro mil.

—Luego pasan de ese número las fuerzas que aquí teneis.

—Claro es.

—¿Otro tanto?

—Por lo menos nna mitad más.

—Ya acabareis pronto.

—Creo que sí, pero eso solo lo sabe el héroe.

—¡Siempre el héroe; como si fnera solo!

—¿Quién es el otro, vos?

—No, vos.

—No lo he notado.

—Fijaos bien y lo notareis.

—Lo haré.

—Un hombre como vos no debiera tolerar esa imposición.

—Soy modesto.

—Pero no tanto.

—También meditaré en eso.

Y continuaron hablando de cosas de menor importancia hasta las diez y media que todos se retiraron á descansar.

Ya en cama, dijo Osorio á su hermano adoptivo.

—Te has disfrazado muy bien; como yo había supuesto te igualas á mi padre y á mí.

—No tanto.

—Sí, Julio, y en prueba de ello, ninguno más que yo te han reconocido.

—¿Dónde me has visto?

—En el campo.

—¿Allí estabas?

—No, en una ventana de este palacio.

—¿Quieres saber lo que he descubierto?

—Sí.

—Todas sus intenciones, sus proyectos, el encono que tienen contra nosotros y cuanto abarca de maldad el espíritu sanguinario y cruel de ese vizconde, lo he visto.

—Todo eso lo daba yo por hecho.

—Tú no te equivocas nunca.

—También he supuesto que encargué esas averiguaciones al hombre más hábil y sagaz de cuantos hay en esta isla.

—Esceptuando, por lo menos, á Osorio padre é hijo.

—Mi pobre padre tiene ya el cerebro algo gastado. Pero no hablemos de eso solo, creo que algo más tienes que referirme.

—Sí, me compraron un puñal y mañana les venderé cuatro más.

—¿A qué precio?

—A cinco libras cada uno.

—¡Y tan tosco y grosero!

—Sí.

—Veinticinco duros por lo que solo vale medio.

—Eso es.

—Mucha gana tenían de puñales.

—Lo peor es el uso que quieren hacer de ellos.

—¿Asesinarnos?

—Lo has acertado.

—Lo temía.

—Un teniente lo cree difícil y ha propuesto ganar á Keisko.

—Me lo había figurado también.

—Lo habías adivinado Flaviano; eso es más propio.

—Me alegro por tí.

—No te comprendo.

—Te reemplazará en ese oficio de espía y de tonto el cacique.

—Como tú quieras.

—¿Tienes cita con ellos?

—Sí, para entregarles los puñales que me han comprado y servirles de guía para que no hallen en su camino fieras ni antropófagos.

—Tú irás muy cerca de ellos.

—Quién lo duda; como salvaje voy cogiendo flores y plantas que deshojo...

—Admirable.

—Nos odian con toda su alma.

—Es natural.

—Hice un descubrimiento esta noche.

—¿Cuál?

—Que en esta isla hay dos héroes.

—Si, tu y yo.

—¿Lo supones?

—Es lo más verosímil que han podido decirte, en lo que á tí se refiere. ¿Continúa el vizconde con su necedad de excitar tu envidia?

—No lo dudes.

—Pues no lo consigue.

—Está seguro de eso.

—Te habrán llamado bárbaro, salvaje y estúpido.

—Muchas veces.

—Así conviene.

—Sí, y me hacen reir con sus frases.

—Pero que ellos no lo noten.

—Imposible, Flaviano, la conversación que les oí esta mañana, me llenó de indignación, creo que no debès esperar más; senténcialos á muerte.

—No por vida mía.

—¿Por qué?

—Necesito cogerlos *infraganti*.

—¿Para qué, teniendo el convencimiento de que van á intentar matarnos?

—Para cumplir con las leyes y con mi conciencia.

—Tantos como has muerto y dejaste matar anteayer y con esos cinco tienes escrúpulos de monja.

—¿Pude dejar de matar alguno ese día?

—No, pero cinco más ó menos. Son como tú les llamas cinco leopardos, cinco fieras.

—No importa. ¿Crees por ventura que dejarán de darnos motivo de sobra?

—¿Y si antes te asesinan?

—¿No hay Providencia?

—Sí, pero á veces...

—No delires; con el aliento me basta para detener sus golpes y confundirlos. Unas veces me adulas y otras me empequeñeces.

—Ni lo uno ni lo otro. Te quiero tanto que el más leve peligro me alarma

—No temas nada, hermano, yo tengo marcado el día en que Dios nuestro Señor me mandará salir de este miserable mundo y hasta entonces ni los puñales de los asesinos, ni las armas de los guerreros pueden acabar conmigo. ¿No lo viste anteayer? ¿Puede buscarse la muerte con más probabilidades de hallarla?

—Es verdad.

—Pues te repito, Julio, que nada temas por mí.

—Respecto de Alice de quien cada instante se halla más enamorado el vizconde, ¿qué hacemos?

—Dejadlo que la ame todo lo que quiera; no veo ningun mal en eso.

—¿Y sus celos?

—¿De quién?

—De tí.

Apenas si puedo hablar veinte palabras al día con ese ángel.

—Pero ella hace alarde de que te ama con delirio y si el inglés lo averigua...

—Que me desafie.

—No se atreve él á eso.

—Pues que intente asesinarme.

—Eso es lo que temo.

—¿Otra vez?

—Sí, Flaviano.

—Sólo tú temes eso.

—Y tus padres, y el mío, y Alice y todos.

—Miedo pueril.

—Quién sabe.

—Pesado estás con el asesinato; dí lo que quieras.

Ambos continuaron hablando hasta que el sueño cerró los ojos de los dos y se quedaron dormidos.

CAPITULO XIII

La seguuda y última entrevista del supuesto salvaje y los ingleses. —El domingo por la mañana y el domingo por la tarde.—Entra en campaña el cacique Keisko.—Un plan contra otro plan.

A las siete de la mañana esperaba ya el supuesto indio al vizconde y compañeros en el mismo sitio que el día anterior.

Llegaron poco después. Witerst le preguntó:

—¿Me traes los puñales?

—Sí,—le contestó aquél.

—Llévanos por otro sitio distinto que no tenga fieras y sí muchos árboles.

—Por aquí.

Y se fueron por una vereda que á los pocos pasos les presentó un bosque vírgen tan poblado como solitario.

Ya emboscados los seis dijo el vizconde al indio:

—Saca los puñales.

Aquel se los dió añadiendo:

—Págamelos.

—El comandante los examinó, probó su temple y hallándolos aceptables le dió veinte libras esterlinas.

—¿Por aquí no hay fieras?—le preguntó.

—Por donde yo os conduzca, no.

—Vé delante.

Y volviéndose á sus compañeros les dijo:

—Señores, todas las noticias que he podido adquirir están contestes en que ese hombre, ese Flaviano de Osorio es un sér tan extraordinario que si lo dejamos, destruirá todas las escuadras que vengan aquí en son de guerra, y hasta lo juzgan capaz de conquistar á Inglaterra.

—Eso mismo he oido yo á varios indios y mejicanos,—replicó el teniente.

—Repito lo que ayer, para salvar nuestra patria es indispensable que ese héroe muera.

—Pero, mi comandante, ¿quién mata á un hombre tan avisado y sagaz?

—Cualquiera; esos séres por lo mismo que pretenden saberlo todo y siempre vencieron, se confían en su suerte y lo mata el más osado.

—¿Pero no convinimos ayer en que íbamos á hacer lo posible por ganar al cacique?

—Eso será lo primero que hagamos, pero con él ó solos es indispensable que Osorio muera.

—Sea.

—¿Habeis descubierto algún otro medio...?

—Sí, he pensado en dos infalibles.

—¿Con el cacique?

—No, sin él.

—Os advierto que ese jefe indio tiene más de mil hombres adiestrados en el manejo de las armas.

—Ya lo se.

—Y tres mil dedicados al cultivo de la tierra, á varios oficios, á la caza y á la pesca.

—¿Qué quereis decirme con eso?

—Que dispone de más de cuatro mil hombres de los que es rey y señor.

—En fuerzas materiales es aquí la persona que sigue á Flaviano de Osorio, eso ya lo sabemos.

—Yo creo que nada debemos hacer hasta saber si podemos ó no contar con él.

—Opino lo mismo.

—El cacique no puede tardar.

—Bien, esperaremos á que llegue.

—De ese modo y cuantos más días pasen menos desconfiarán de nosotros.

—Es natural.

Hablando así dieron su paseo, despidieron cuando regresaron al indio sin darle cita para el siguiente día y se retiraron á sus respectivos alojamientos.

—A ninguno de los jefes ni á los demás halló el vizconde en el palacio, todos estaban en los montes que rodeaban lo bahía, pensaban comer allí y no regresar hasta la noche.

No tuvo otro remedio el inglés que volverse á

unir á sus compañeros y ocupar el día en pasear y conversar con ellos.

Llegó la noche, regresaron los ausentes y no tardaron en sentarse á la mesa.

Alice entró en el comedor cogida al brazo de Flaviano y sin disimulo alguno demostró toda la noche que estaba enamorada del héroe.

Se sentó después de cenar á su lado, Julio hablaba con la duquesa y con el duque, Mendoza con la duquesa de Tabasco, Zalla con Líbana, y el vizconde aburrido y celoso pasó la noche más cruel de su vida.

Estaba deseando que llegara la hora de retirarse para huir de la enamorada beldad que amaba á otro y á él lo miraba con desdén. Siendo lo peor que el hombre á quien amaba era el más odiado y aborrecido por él en el mundo.

Julio enteró á Flaviano de todo lo que habían hablado los ingleses por la mañana, pues estamos seguros que nuestros lectores han comprendido que el indio aquel, era el príncipe muy bien disfrazado, y después le preguntó:

—¿Hermano, que te propones excitando los celos del vizconde?

—Divertirlo.

—Tú no tienes mala intención y debe ser otra cosa.

—¿Pero no has comprendido que deseo salir pronto de ese estado molesto en que se han colocado esos miserables?

—¿Sabes que están armados los cinco?

—Sí, como lo estaban los ciento cincuenta que herimos, matamos é hicimos prisioneros en el navío San Juan Bautista.

—Es que uno de estos cinco lo tenemos en el palacio, duerme bajo el mismo techo que nosotros y á veinte varas de distancia.

—Tú tienes la culpa.

—Yo ¿por qué?

—Porque no te se ha ocurrido establecer un tercio entre la alcoba de ese extranjero y la nuestra.

—Es fuerte cosa, Flaviano, que has de ser serio y grave en todo menos en aquello que se relaciona con la defensa de tu vida.

—Sírvate de gobierno lo siguientes: Mañana excitoré los celos del vizconde más que hoy y le proporcionaré un día peor que el de hoy. Y buena noche, hermano.

—¿Te duermes ya?

—Sí.

—Pues que sea lo que Dios quiera.

—Amen.

Y ambos hicieron por dormirse, lográndolo brevemente.

El día siguiente era domingo y todas las fuerzas y trabajadores del monte se vinieron á la población. Quedaron allí y en la bahía y muelle los individuos que componían los cuerpos de guardia y los vigías y almacenistas.

Enpezaron los que fueron á la población que componía una inmensa mayoría por oir una misa de campaña que les dijo el príncipe de Italia y luego provistos de sus raciones se fueron los soldados al bosque en el que tenían abundantes frutas, los oficiales entraron en las casas y los capitanes y maestres en el palacio donde comían en mesa colocada en el salón principal y en la cual se sentaban con ellos el héroe, las cuatro damas, el duque, etc.

Entre ellos estaba el inglés oyendo elogios á Flaviano, vivas á España y mueras á sus enemigos.

Como si esto fuera poco, Flaviano aparecía más galante que nunca con Alice y está enamorada y alegre como no lo estuvo jamás.

Osorio parecía deleitarse en triturar el espíritu del vizconde.

Aquel festín semanal era tan español y tan anti-inglés que Wisterst bramaba en su interior.

A media tarde salieron en carretelas las damas, el príncipe de Italia y el duque del Imperio y á caballo Flaviano, Julío, Mendoza, Zalla y seis lacayos.

Se dirigieron al Oeste, por medio del bosque en una carretera recien abierta; pero al andar un cuarto de legua se pusieron de acuerdo Flaviano y el duque para encontrarse en un punto dado y salieron á escape Julio, el héroe y dos criados, dirigiéndose al Sur.

A la media hora de correr gritó Flaviano:

—Alto.

—¿Qué es hermano?—le preguntó Julio.

—Que ya están ahí.

—¿Quiénes?

—El cacique Keisko y sus vasallos.

—¿Pero hemos venido á buscarlos?

—Sí.

—Nada me dijiste de eso.

—¿Para qué?

—Creí que íbamos á sitio distinto.

—No, era aquí.

—¿Tú sabías que llegaban esta tarde?

—No, me lo había figurado.

—¡Qué nunca te has de equivocar! ¿En qué consiste eso?

—En que calculo.

—Vaya un modo de calcular.

Vieron acercarse las fuerzas de Keisko y Flaviano dijo á un lacayo, que se adelantase y llamara al cacique para hablar cen él entre una enramada próxima, sitio en que nadie podía verlos.

El recado debía dárselo á él solo y de parte del príncipe Julio, encargando á Keisko que mandara hacer alto á la fuerza que le seguía.

Poco después se incerporaba Keisko con ellos, dejando á sus vasallos á cuatrocientos metros de aquel sitio:

El cacique vestía traje de guerra igual al de los caballeros europeos.

Todo cuanto le enseñaron lo aprendió y ya podía confundirse con los españoles de la mejor sociedad.

—¿Me habeis salido á recibir?—les preguntó al llegar.

—Sí, le dijo sécamente Flaviano.

—Quién os dijo que venía á esta hora

—¡Buena pregunta!—le contestó Julio—mi hermano que adivina.

—Es verdad, ese lo sabe todo.

Y se fijó en Osorio con admiración y cariño; pero éste adoptando una actitud grave y severa, le preguntó en arteza para que no lo comprendieran los lacayos.

—¿De dónde vienes?

—Del monte y del bosqne.

—¿Qué has hecho en ellos?

—He dado una batida á los antropófagos que osaron hacer armas contra tí, que cogieron al príncipe, lo desnudaron y se lo iban á comer. como hicieron con varíos soldados, y he quemado todos los cadáveres que hallé. Luego maté fieras y tambien pegué fuego á sus restos.

Además de desnudarlo, ¿qué más hicieron con el príncipe?

—Pude averiguar lo siguiente: llegó el venerable relígioso y en medio de ellos empezó á demosttarles las grandezas de Dios y lo admirable de sn creación.

Después les dijo que iban á morir todos sino obedecían mi autoridad y abandonaban sus bárbaras costumbres con otras verdades y exhortaciones de esos que de continuo brotan de los sagrados labios de

tan santo varón. A sus hermosas frases contestaron ellos con sus gritos de costumbre, sus aullidos pidiendo su muerte y la manducación de sus carnes. Se echaron sobre él, lo desnudaron é iban á matarlo cuando un cacique les dijo, que era preciso esperar á la tríbu de los Balacos que no estaba lejos de allí para celebrar el festin y darle parte en él. Les mandaron un aviso, se repartieron todas sus vestiduras y le hicieron que se arrodillase, cuando llegó un guerrero y con valor, arte y ligereza nunca vista comenzó á matarlos. No se más.

—¿Quién te ha referido todo eso?

—Un enviado que les mandé con mi última proposición para que se sometieran á mi gobierno ó se dispusieran á morir. No contestaron nada y en rehenes lo tenían para matarlo si yo les atacaba y pudo escaparse cuando llegasteis, pues erais vos el guerrero que los descompuso é hizo en ellos una espantosa carnicería.

—¿A cuántos has perdonado?

—A ninguno.

—¿Por qué?

—Porque no lo merecían, porque con ellos, ni vosotros ni loe míos podíamos andar por la isla sin exponernos á caer en sus manos, morir y ser comidos por ellos.

—¿Quién manda en la isla tú ó yo?

—General, donde tú estás no puede mandar otro que tu.

—Yo no te he encargado que corrieras en busca de los antropófagos, te batieros con ellos y los mataras.

—Es verdad, pero tu te hallabas combatiendo á los ingleses, según me dijo tu noble padre, al que tanto debo y él me mandó que hiciera lo qne acabo de decir.

—¡Mi padre!... Keisko, si él te lo mandó hiciste bien en obedecerle, pero te advierto, que si en lo sucesivo vuelves á guerrear sin que yo te lo mande, dejaré de ser tu amigo para siempre.

—No por Dios, tu amistad vale para mi tanto como la vida.

—Pues ya sabes el único modo de conservarla.

—No lo olvidaré ni te daré motivo para otra amenaza como esa, te lo juro.

—Muy bien.

—Lo hice porque el señor duque...

—Cacique, no hablemos más de eso; si cometiste alguna falta te la he perdonado por ser la primera; si mi padre te dirigió mal que Dios nuestro Señor le perdone. Echa pie á tierra y sígueme.

Ambos dieron las bridas de sus caballos á dos lacayos, lo mismo hizo Julio por orden de Osorio y los tres se retiraron treinta metros para hablar sin que nadie pudiera oirlos.

Flaviano empezó por referir al cacique lo que aconteció con la sublevación del San Jnan Bautista y el apresamiento del crucero inglés. Después le dijo:

—El comandante y cuatro oficiales quieren asesinarnos y hasta si les fuera posible volar el palacio y toda la isla.

—¿Los mato, señor?

—No seas torpe, Keisko, para matar á un ser humano es necesario que la causa lo justifique. Hasta ahora no hemos visto mas que sus intenciones, es preciso para que mueran conocer sus hechos.

—¿Qué hago, señor?

—Empieza por perder todos tus instintos indios para que tu ilustración y cultura sean completos.

—Lo haré, señor, á tu lado todo es posible.

—Perfectamente. No obstante tratarse de unos asesinos, la verdad es que nos tienen miedo, que no se conceptuan con valor bastante para clavar los cinco puñales que han logrado adquirir y quieren que tu les ayudes.

—¿Yo?...

—Continúa oyendo. Les vas á ayudar.

—Señor, por la Vírgen...

—¿Me oyes ó no?

—Como á la divinidad, pero ¿cómo he de ser yo traidor para el hombre que más amo y admiro?

—Si lo amas verdaderamente obedeciéndole lo demostrarás.

—¿Qué me mandais, señor?

—Que oigas la proposición que te van á hacer.

—¿Y luego?

—Les pides por ayudarles cuatro embarcaciones

pequeñas armadas, mil arcabuces y veinte mil libras esterlinas. Como no te han de dar nada, logrado que sea su criminal intento, accederan gustosos. Te enteras de su plan, me lo refieres y yo te diré la manera que has de tener de realizar ó de ayudar á esos á que lo realicen.

—¿Nada más?

—Por ahora eso solo.

—Lo haré por solo obedecerte.

—Gracias. Ahora, montas á caballo y seguido de los tuyos te diriges al palacio con la rapidez posible para que llegues antes que nosotros.

Osorio le alargó su mano para que la estrechara, pero el cacique la besó, estrechando solo la de Julio.

El héroe y el príncipe con los dos lacayos fueron en busca de las damas, no habían regresado aun y las esperaron media hora que tardaron en llegar.

Incorporados todos de nuevo se dirigieron al palacío entrando en él una hora después de haberlo hecho en el pueblo Keisko y sus vasallos.

A la hora de llegar se sentaron á la mesa todos. El inglés esraba entre el cacique y Zalla.

Luego se fueron al saloncito donde tenían la tertulia y en la ocasión presente llevó el vizconde á Keisko á una ventana para quo le hablase de las costumbres de sus vasallos.

De ellas trataron, pero el objeto principal fué pedirle una cita para la mañana siguiente que el indio se apresuró á concederle.

Designaron las siete de la mañana en la casita en que estaban alojados los cuatro oficiales.

Osorio no parecía hacerles caso, Julio tampoco pero Zalla y el duque del Imperio los observaban atentamente.

Al terminar la tertulia é irse á descansar dijo el duque á su hijo:

—Has visto á Keisko y al vizconde..

—Padre mío, no os inquieteis por eso, el leal cacique sigue mis instrucciones.

—¡Ah...!

A la vez decía Zalla á su futuro cuñado:

—Hermano, ese inglés...

—Hará lo que quiera y yo lo que me manda el héroe.

CAPITULO XIV

La nueva conjuración.—Sagacidad cel cacique.—Lo que opina Flaviano en lo que se refiere á los ingleses.—Conspiración contra conspiración.

El domingo antes de anochecer jefes, oficiales, soldados y trabajadores se habían marchado á los montes donde trabajaban y en los que tenían cuanto podían necesitar; allí cenaron y al salir el sol comenzaron su cotidiana ocupacion alegres y satisfechos.

Una hora después se presentaron Flaviano y Julio para ocupar el día entre ellos.

Zalla amaestraba su caballo con el cual había reemplazado al que se despeñó, yendo seguido de su criado, y las damas, acompañadas del duque del Imperio, del general Mendoza y algunos ratos del príncipe de Italia, del padre Anselmo y de algun maestre de campo conversaban, hasta que se iban á comer en el monte con Flaviano y Julio.

En cuanto á Keisko entraba á las siete de la mañana en la casa de los oficiales y en ella encontró al vizconde que ya le estaba esperando.

Eran servidos los ingleses por sus respectivos criados y por un indio que hacía la comida de los cuatro oficialos hospedados en la parte principal de aquella casita.

Aislados los seis en una habitación interior, teniendo fuera uno de los criados ingleses para prohibir que nadie se acercase, se sentaron todos después de haber estrechado la mano del cacique, diciendo á este Witerst.

—Señor Keisko, tenía deseos de conoceros y trataros.

—Gracias,—le contestó el indio.

—Sé que sois una persona muy notable por vuestra ilustración y valor en la guerra.

—No tanto.

—Más dicen aun en favor vuestro.

—Amigos que me quieren.

—Yo creo que cuentan la verdad.

—Muchas gracias por el favor de decírmelo.

—Todo lo mereceis y en prueba de ello os ofrezco mi amistad. Soy un jefe inglés, muy rico y hasta poderoso en nuestro país.

—La acepto.

—Quisiera que llegáramos á ser dos leales amigos.

—Por mí no hay inconveniente, señor vizconde.

—Pues empecemos siendo francos y explícitos.

—Cuando vos querais.

—Ahora mismo.

—Hablad.

—¿Estais satisfecho de la posesión que han tomado los españoles de esta isla?

—A medias.

—Tened la bondad de esplicaros, á mí me lo podeis decir todo.

—Ahora no mando yo, manda solo don Flaviano de Osorio.

—Eso no puede complaceros.

—¿Qué remedio tengo?

—No sufrirlo.

—¿Qué hago para eso?

—¿No teneis valor?

—Sí.

—Pues con él y las armas todo se puede conseguir.

—Señor vizconde, son muchos y tan audaces que no hay quien pueda con ellos.

—Sí hay, sí.

—Sus nombres.

—Vos, yo y los que nos obedecen.

—Somos pocos.

—Sorprendiendo á los jefes y matándolos pronto se irán los otros, si antes no vienen los míos y los echan. Sabed que cerca de aquí tenemos muchos navíos, infinitos cañones y veinte veces más fuerzas que ellos.

—¿Cómo se matan á los jefes?

—¿No dormimos vos y yo en el mismo palacio que ellos?

—Sí.

—Vuestra gente pasa á cuchillo á la guardia y yo con los míos me encargo de los otros.

—Los vuestros están desarmados.

—Cinco tenemos armas, para los restantes vos me las dareis.

—Atrevido es el plan.

—Pero de éxito seguro.

—¿No lo adivinará el héroe?

—Yo no creo en adivinaciones. Sabe mucho, pero no pasa de ahí.

—No me comprometo, es muy expuesto y peligroso.

—¿Les teneis miedo?

—Puede que sea eso.

—Si me ayudais doy al cacique lo que me pida.

—Eso ya es otra cosa.

—¿Qué quereis?

—Mi independencia en esta isla.

—Concedida. ¿Qué más?

—Cuatro barcos pequeños y con dos cañones cada uno.

—Os los damos.

—Mil arcabuces.

—También.

—Y veinte mil libras.

Wisterst vaciló replicándole:

—Si basta con eso, todo os lo daré.

—No, tengo que añadir otra cosa.

—¿Aun más?

—Sí, señor.

—Sepamos.

—La dama Alice para casarme con ella.

El vizconde se dijo para sí:

—A este bárbaro lo mato yo.—Y añadió fuerte:

—Las cuatro damas si las quereis.

—Con Alice me basta.

—Muy bien. ¿Estamos conformes?

—Necesito una obligación por escrito.

—Os la daré pero en inglés; si la hiciese en español pondría algunos disparates.

—No, yo la haré que lo hablo y escribo bien y vos la firmais después con vuestros cuatro compañeros.

—No hay inconveniente.

—Mañana os la traeré.

—Aquí os esperaré á las siete.

—No faltaré, pero antes es necesario que arreglemos el plan para que conste en ese documento y se exprese á lo que cada uno se compromete.

—Yo lo tengo ya convinado.

—Hablad.

—Para dar el golpe los dos á la vez y que sea instantáneo y seguro, elegimos la una de la noche. Vos sorprendeis la guardia á cuyo fin pretestais lo que se os antoje y no os quedais á dormir esa noche en el palacio, toda vez que la gran puerta donde se halla el cuerpo de guardia no la cierran y yo á esa misma

hora hago entrar mi gente por la puerta que comunica con el campo y vamos habitación por habitación matando á los amos y á los criados.

—Puede llegar al muelle el ruido de los tiros y venir las guardias que hay allí.

—Con vuestra gente y la mía sobran para dar fin de ellos.

—En pos de esos, pueden venir todos los que están en el monte y los barcos, que son más de cinco mil hombres y estamos perdidos.

—En ese caso haremos otra cosa.

—¿Qué?

—Suprimir el arma de fuego.

—¿De qué hacemos uso?

—Del puñal.

—Eso es mejor.

—Otra idea.

—Decidla.

—Muertos todos á excepción de Alice pegamos fuego al palacio y esperamos á dar parte cuando estén carbonizados todos los que hemos muerto.

—¿No perdonamos mas que Alice?

—Esa sola. Basta un testigo de lo que hemos hecho para que nos pierda.

—Conforme. ¿Qué necesitais?

—Sesenta puñales ó cuchillos.

—¿No teneis más que esos hombres?

—No, el buque es pequeño y como crucero solo toma parte en la guerra en casos extremos.

—¿Nos queda algún cabo que atar?

—Decidme: ¿os ofrece confianza absoluta vuestra gente?

—Sí, absoluta, son mis hijos, es decir como si fueran mis hijos.

—Podreis sorprender la guardia con facilidad.

—Solo estará despierto un centinela, los restantes irán á despertar al otro mundo.

—¿Y ese centinela?...

—De ese yo me encargo. Los restantes morirán todos á la vez.

—En ese caso con poca gente teneis bastante.

—Treinta hombres.

—Por lo que pueda ocurrir tened los demás dispuestos.

—Todos estarán en vela y arma al brazo.

—Arcabuz.

—Y cuchillo.

Todavía continuaron hablando media hora sobre preliminares de que no debemos hacer mención por su escasa importancia.

Al despedirse le dijo Keisko:

—No salgais en media hora; pueden vernos los del palacio el uno en pos del otro y sospechar.

—Teneis razón. Permaneceré entre mis compañeros hasta la hora de comer.

—En el palacio nos veremos.

—No olvideis mañana los sesenta puñales.

Salió Keisko, y los ingleses quedaron celebrando

lo bien que el vizconde habia manejado el complot, lo mucho que habia pedido el cacique y la puñalada que le iban á dar por única recompensa y por haber puesto sus ojos en Alice, que era, segun decía Witerst, su futura manceba.

Antes había esplicado el vizconde á sus compañeros todo lo que habló con el indio por si alguno no comprendió bien á Keisko.

Desgraciados, los engañados eran ellos envueltos como habían quedado en la tupida red que el indio les tejió.

Verdad es que Keisko tenía más talento que los cinco juntos.

Satisfecho, aun cuando algo pesaroso, por el papel que se veía obligado á desempeñar Keisko, salió de la casa y emboscado corrió hácia el muelle como rápido corzo.

—Un bote al momento,—dijo á un marinero que vió cerca de él.

—Allí os espera; vedlo.

—¿Quién lo ha mandado disponer?

—Nuestro almirante.

—¿Por qué no le llamais vosotros general en jefe?

—Almirante es lo mismo, es decír su equivalente. El héroe es general en jefe de las fuerzas españolas de mar y tierra, lo mismo manda á los marinos que á los soldados, pero los de tierra lo llaman general y nosotros almirante porque es el jefe superior de unos y de otros.

—No os he dicho donde iba.

—Ya lo sabemos.

—Qué hombre ese, en todo está, todo lo calcula, discurre por veinte y sabe más el solo que todos los españoles é indios juntos.

—¿Pues qué creíais?

—No se comprende un hombre tan grande.

—¿No advertís que el bote vá volando?

—¿También lo mandó él?

—Tambien. Y llevais los doce mejores remeros que tiene la escuadra.

—Ya lo veo.

—Para cada legua veinte minutos.

—Así pronto llegamos.

—Mucha prisa debeis traer.

—Más de la que vosotros podeis figuraros.

—Nos han dicho que habeis hecho dos buenas cacerías de antropófagos y fieras.

—No han sido malas. Ya podeis pasear por toda la isla sin exposición.

—¿No ha quedado ninguno?

—Pocos serán si aun exísten alguna fiera ó antropófago.

—¿Qué os sucedió en una cueva muy profunda y á la que era difícil bajar?

—Huyendo de los tiros de nuestros arcabuces, se metieron en la Gruta del Diablo muchos antropófagos y casi todas las fieras que quedaban y allí perecieron unos y otros.

—¿Es muy grande esa gruta?

—Inmensa.

—¿Por qué le llaman del diablo?

—Porque se siente un ruido muy grande y hay mucho calor en ella.

—¿Y entraron allí revueltos salvajes y fieras?

—No, primero entraron ellas y luego ellos.

—Pero dentro se juntarían.

—La entrada es estrecha, mas luego va ensanchando y en su interior podían estar separados y hasta sin verse unos á otros. Ellas estarían cerca del fondo y ellos algo más arriba.

—¿Cómo los matásteis?

—Lo más fácil del mundo.

—¿A tiros?

—Más fácil y breve aun. Mandé llenar toda la entrada de leña, le pegaron fuego y todos murieron ahogados. Después los quemaron.

—¿Cuántos habría?

—¿En la gruta?

—Sí.

—Quince ó veinte fieras y más de cincuenta antropófagos.

—Ya hemos llegado; subid y aquí os esperamos.

Keisko se dirigió al monte, saliéndole á recibir el héroe.

—¿Has acabado?—le preguntó.

—Sí.

—Entremos en esta habitación del maestre Almeida.

Era aquella un hueco en forma de paralelógramo abierto en la roca y convertido después en habitación con los muebles precisos, cama, recado de escribir y armas.

—Cuéntame todo lo que habeis hablado sin omitir concepto ni frase. Tú tienes excelente memoria y debes acordarte de todo.

—De todo, oye:

Y le refirió cuanto habían hablado.

Meditó Flaviano diez minutos, diciéndole después:

—Acércate á aquella mesa; ahí tienes papel y pluma, escribe lo que yo te dicte.

Y lo fué haciendo así.

A la mítad del escrito le interrumpió Keisko con las siguientes frases:

—Noto, señor, que no me dictas más que el compromiso de ellos; yo no figuro para nada aquí.

—Eso es. Lo que tú has de hacer irá en otro escrito y de ese modo tu firmas uno y ellos otro, quedándote tu con el de ellos y estos con el tuyo.

—Que os proponeis señor.

—Que en el expediente que habrá de instruirse no aparezca compromiso alguno tuyo sino el relato de lo qne iban á hacer los ingleses.

—Pero está esto muy bien escrito y es posible que sospechen.

—Si poseyeran bien el castellano sí, pero lo hablan mal y es seguro que lo escriben peor, por lo cual no pueden fijarse en la corrección de ese escrito.

—Adviérteme solo si pongo yo más ó menos de aquello que habeis convenido.

Poco después acababa de dictar Flaviano los dos compromisos, á Keisko le parecieron excelentes sin que en ninguno faltase ni sobrase nada, añadiendo unicamente el héroe:

—El bote aguarda, Keisko, ve al palacio y sacas una copia de esos dos escritos por si alguno se perdiera. Firmas el tuyo y mañana rocojes el de ellos autorizado por los cinco.

—¿Les doy los puñales?

—Sí, los sesenta con ese escrito firmado por tí.

—¿Qué más debo hacer?

—Nada, cumplirles en todo menos en lo de matar á los soldados de la guardia.

—En eso estaba.

—Parte que me resta aun mucho que hacer hoy.

—¿Terminarán pronto estas obras?

—Sí, en la semana próxima.

—Faltan las dos baterías del Norte y Sur.

-Se harán en poco más de dos semanas.

—Concluido lo de la bahía que vengan cuando quieran.

—Todo estará terminado antes que ellos aparezcan.

—Hasta la noche, señor.

—Adios, Keisko.

Y el cacique saltó al bote, desembarcó, corriendo á pie hasta esconderse, por una puerta falsa que halló abierta, en sus habitaciones del palacio.

El criado de Zalla le dijo:

—Señor cacique el maestre os buscaba.

—¿Qué maestre?

—Mi amo.

—¿Dónde?

—En el campo.

—¿Qué quería?

—No me lo dijo.

—¿Tardará en volver?

—No, señor.

—Avísame al llegar.

—Está bien.

CAPÍTULO XV

Otra cena.—Las damas añaden combustible al fuego.—Los preparativos para la noche del crímen.—Los momentos supremos.

Regresaron todos los que estaban en el monte y regresó Zalla de adiestrar su nuevo caballo.

Poco después se sentaron á la mesa.

Durante este acto se habló y se comió mucho, en particular Rogelio Mendoza que además de su gran estatura era un verdadero gastrónomo.

Desde qne tenía relaciones amorosas con la duquesa de Tabasco comía a'go menos pero aun así no había quien se igualase á él en la mesa ni quien se acercase á su manducación.

Terminó aquel acto y por una casualidad al parecer y en realidad hija del estudio, se sentó el inglés en el saloncito de tertulia entre la duquesa de Tabasco y Alice.

La alegría del vizcunde fué grande, pero en honor á la verdad no miraba ya á la hermosísima jóven como en los días anteriores. Ahora lo hacía con cierta satisfacción, casi como si se fijara en cosa propia; porque propia creía él que iba á ser muy en breve.

Comenzó á hablar con él la duquesa de Tabasco, y á reir Alice; tan poco disimulada estuvo, que hubo de preguntar el vizconde:

—Muy alegre estais esta noche, ¿de qué os reis tanto, Alice?

—De oiros.

—¿A mí?

—Sí, á vos.

—No comprendo.

—Hablais tan mal el español, decís tanto disparate que provocais mi hilaridad.

—No sabía que era eso.

—¿Qué otra cosa podía ser?

—No creía que fuese tanto.

—Resulta más porque hablais con una mejicana, la duquesa de Tabasco, que lo aprendió no hace mucho, y se expresa bien, y conmigo que soy italiana y dicen que no lo hablo mal.

—Tan bien os expresais que yo creí que erais española.

—Vos no sois voto en ese idioma.

—He comparado con los demás y es á la que mejor entiendo.

—Siento no poder decir lo mismo de vos.



Lit. F. Gonzalez Rojas - Editor.

—¿De qué os reís tanto, Alice?

—De oiros.

—Ya lo aprenderé bien.

—Por mí, no; me hace mucha más gracia oiros ese chapurrado tan divertido. A los perros les llamais caines, á los gatos gansos, y á los hijos higos.

—Sí, me equivoco algunas veces.

—Tantas, que me estábais proporcionando un rato delicioso.

Calló Alice, Witerst, bajó la cabeza avergonzado y la despiadada duquesa de Tabasco, entró de refresco como granizo concentrado, diciéndole:

—¿Con quién aprendísteis el español, mister Witerst?

—Yo solo.

—¿En qué libros lo estudiásteis?

—En ninguno. Lo aprendí de oido en el mucho tiempo que estuve en algunas colonias españolas.

—Por lo visto ni revela eso mucha aplicación ni una feliiz memoria.

—Tiene un marino tanto que hacer.

—¿Cuándo está su buque anclado?

—Entonces no tanto.

—En lo que llamais colonias españolas no se puede navegar por los mares.

—El que es estudioso en todas partes tiene mucho que hacer.

—Decid con más propiedad, que odiais tanto á los españoles como el idioma que hablan. Sed franco porque ni Alice ni yo somos españolas.

—Y si fuera así ¿qué dirías?

—Que estaba vuestro odio justificado.

—¿Por qué?

—¡Os ha vencido España tantas veces! En Méjico y á presencia mía cinco ó seis, muriendo en ellas todos los ingleses que peleaban.

—Sí, algunas, pero también nosotros en la mar...

—Cuando la naturaleza os ayudaba. Pero no me extraña, con sorpresas como la que os tiene en la isla Líbana hay motivo para odiar á todo el mundo.

—Sí.

—Pues á mí me sucedería lo contrario; si eso me hubiera ocurrido solo á mí me odiaría.

—¿Por qué?

—Por lo torpe que había estado.

—Vos no entendeis de guerras ni de sorpresas.

—Veamos; la misma noche que á vos os sucedió esa desgracia varios de los que se rebelaron y mató Flaviano, asaltaron antes este palacio pretendiendo robar á Líbana y no sabemos si á alguna otra de nosotras. ¿Qué creeis que consiguieron?

—No lo se.

—Morir cuatro y escapar en vergonzosa huida los restantes.

—¿Cuántos soldados teníais?

—Ninguno.

—¿Y sirvientes?

—Ocho ó diez.

—Cobardes.

—Pero no dí yo tiempo á los criados para que pudieran hacer nada; huyeron de mí.

—¿Por qué?

—Porque maté á cuatro é iba á hacer lo mismo con los restantes.

—¿Con qué los matásteis?

—Con cuatro balas que solté.

—¿Vos?

—Yo, sí.

—Estaríais prevenida.

—Siempre que el enemigo está cerca debe estarse prevenido.

Alice soltó otra carcajada.

—¿De qué os reis ahora,—le preguntó el vizconde.

—De lo que acaba de decir la duquesa, cualquiera hubiera creido que aludía á vuestra previsión de la otra noche.

—Podeis creer que no supuse...

—¿Qué estábais cerca del enemigo? Pues teníais casi á la vista al héroe.

—Tenía delante de mi el mejor navío que cruzaba los mares.

—El cual tardó Flaviano cinco minutos en mandarlo al fondo del mar. Y hecho esto empleó diez en daros caza á vos.

—¡Don Flaviano! ¿don Flaviano mandó al fondo del mar á aquel magnífico navío?

—Sí, señor.

—¿Cómo hizo ese milagro?

—Dejando que se estrellara en el Cortado.

—Mala intención fué.

—¿Hay contra el enemigo malas intenciones?

—Ya veo que en él es natural.

—Pues no lo hizo por lo uno ni por lo otro, fué únicamente por evitar á Julio, á Mendoza y al duque el traba o de echarlo á pique.

—¿De qué modo á pique?

—Con la batería de diez cañones á cuyo pie estaban con la mecha encendida

—¿Allí hay batería?

—Sí, en aquellos montes hay ya muchas baterias.

—Fué una imprevisión del comandante Lord Guaston.

—Con el héroe no se pueden tener imprevisiones, vizconde.

—Ni con nadie.

—Es verdad, pero menos con ese; al momento se aprovecha.

—No volveré yo á tenerlas

—Es ya un poco tarde, Witerst.

—Para lo sucesivo...

—Quien sabe lo que puede ocurrir en lo porvenir:

Sin pretenderlo acababa de expresar una gran verdad la joven. Ninguno de los tres únicos, que estaban en el secreto de lo que Flaviano discurría contra los ingleses y estos contra los españoles, le había dicho á la joven una sola frase que tuviera relación con el secreto.

Así es que Osorio que algo estaba oyendo y el resto lo adivinaba sonreía al comprender que Luisa y Alice secundaban de un modo inconsciente sus ideas.

Llegó la hora y todos buscaron sus dormitorios.

El inglés iba fuera de sí, solo le calmaba algo la idea de que Alice iba á ser su manceba de grado ó por fuerza y podía vengarse de la burla que le había hecho aquella noche.

Que encono tenía contra los españoles.

—Sí, se decía; á ese que le llaman héroe y es la ilusión de esta gente, el ídolo de los ignorantes, lo mataré yo; yo solo, cinco puñaladas le he de dar en el corazón y luego me he de recrear en su cadáver: Sabe mucho, sí, pero basta la punta de un puñal para apagar su vida y toda su sabiduría. Lo mataré porque fué el que me sorprendió; porque fué el enemigo más encarnizado de Inglaterra; porque es en amores mi vival y porque le odio y aborrezco con toda mi alma. Con una de estas razones era suficiente motivo para matarlo, teniendo tantas, ¿qué le vá á suceder? Es además una gloria para mi patria haber muerto á ese coloso y para mí una dicha ser yo el matador. Si me hicieran justicia y conocieran bien á ese hombre funesto me debían ascender á almirante en cuanto llegara á Inglaterra. Quien sabe; la gloria por lo menos de haber mandado al otro mundo á su mayor y más grande enemigo no podrá quitármela nadie.

Y se quedó dormido saboreando las delicias de una venganza tan traidora como cruel.

Era vástago de una familia rica, lo educaron mal, sus instintos no eran buenos y el fruto de ambas cosas debía producir sus naturales resultados.

Flaviano y Julio hablaron poco aquella noche y se quedaron pronto dormidos.

El cacique meditó mucho sobre los acontecimientos que se preparaban para lo futuro y también cerró los ojos, satisfecho de que el héroe confiara á su talento y lealtad un acontecimiento de tanta importancia.

A las siete en punto de la mañana entró en la casa de los ingleses como el día anterior nuestro cacique.

Los cinco le esperaban, el vizconde recibió una impresión grande de alegría al verlo llegar.

Con viveza desusada en él le preguntó:

—¿Nos traeis los puñales?

—Yo no falto jamás á mi palabra. Al criado que me abrió la puerta se los he dado.

—¿Son buenos?

—Para matar no los hay mejores.

—Eso es, para matar.

—Con fuerza en la mano matan rápidamente.

—¿Y el convenio?

—Aquí los teneis, son dos. Este viene firmado por mi y es para vosotros. Leedlos, firmad este otro y dádmelo.

—¿Por qué son dos?

—Cada uno autoriza aquello á que se ha comprometido.

—Veamos.

Y los leyó detenidamente.

Al acabar exclamó:

—Buena memoria teneis.

—No es mala.

—Nada se os ha olvidado.

—Nada.

—Pronto, amigo Keisko, tendreis toda la independencia que deseais y sereis aquí el dueño absoluto.

—Como lo fuí hasta que vinieron los españoles. Pero os advierto que lo quiero todo.

—Claro es, primero la independencia, luego los barcos con cañones, los arcabuces y veinte libras nada menos.

—No, y Alice.

—También. ¡Qué buena memoria teneis!

—Ya os he dicho que no es mala.

—¿Está todo dispuesto para la noche?

—Para esta, no, para la de mañana.

—¿Por qué hoy no?

—Mañana.

—¡Dos días aún!

—Los sufro yo tanto tiempo hace y no me quejo por un día más.

—Es que vos no los aborreceis ni odiais como yo. Hasta el alma daba al diablo si hubiera diablos, y almas, por matarlos.

—¿Pues qué hay?

—Tontos que creen esas necedades.

—Pronto hallareis la recompensa á tanto odio y venganza como abriga vuestro pecho.

—Está encima y todavía me parece tarde.

—No os vuestro fuerte la paciencia.

—Para este caso concreto, no.

—Pues es necesario que la tengais.

—Os doy cinco mil libras más porque sea esta noche.

—¿Quereis que el asunto salga mal?

—Eso no, que nos costaba la vida.

—En ese caso esperad hasta mañana.

—Si no hay otro remedio lo haré.

—Vos no teneis nada que preparar, yo mucho.

—¿Decidme, todos ellos dejan la puerta de su dormitorio abierta?

—Los hombres todos, las damas ninguna.

—Esas no importa.

—Bueno estaría que gente tan valiente se encerrara.

—Eso es verdad.

—¿Os encerrais vos?

—Nunca.

—¿Pues cómo se habían de encerrar ellos?

—Volvereis mañana.

—Sí, á la misma hora.

Los cinco despidieron á Keisko, quedando luego reconociendo los sesenta puñales que eran inmejorables.

Desde allí se fueron á la casa donde tenían la fuer-

za y gente de mar que llevaron en el crucero y empezaron á darles instrucciones.

En cuanto á Keisko se confundió con los suyos para no alarmar á los ingleses si lo veían.

El leal y generoso indio hacía por Flaviano lo que no hubiera hecho por él, una cosa contraria á su carácter, á sus ideas y á su modo de ser; él á la primera noticia que hubiera tenido de su intento los mataría á puñaladas sin dar explicación ni otra cosa que golpes de puñal.

¡Bueno era el cacique para andar con justificaciones que su conciencia rechazaba!



CAPITULO XI

La tregua de dos días —La noche del crímen.—El misterio.—
Lo que son los ingleses y los españoles.

Keisko volvió á visitar á Flaviano, le refirió lo que había hablado con los ingleses y le pidió instrucciones.

El héroe le contestó:

—Puesto que te vas á quedar fuera del palacio tienes tu gente dispuesta y en cuanto entren los asesinos rodeas el edificio para que no pueda escapar ninguno, en el caso improbable, de que alguno pudiera ganar la escalera.

—Lo cogeremos si ese caso llegase.

—Nada más.

—¿Qué hago con la guardia?

—Nada. De esa ya me ocuparé yo. Probablemente no hará otra cosa que formar. ¿Les has advertido á los ingleses que no puede ser hasta mañana por la noche?

—Sí.

—¿Qué dijeron?

—Me han ofrecido cinco mil libras eterlinas más porque sea esta noche.

—Mucho prisa tienen.

—No puedo yo explicarte toda su prisa ni todo su odio.

—Mañana haremos que se vayan al otro mundo con ellos.

—Eso es lo que yo deseo.

—Si Dios no lo evita eso será.

—¿Qué debo hacer en la parte baja del palacio?

—Nada.

—¿Y arriba?

—Tampoco.

—¿Es decir, que me concreto á preparar mis soldados y á rodear el palacio cuando hayan entrado los ingleses?

—Sí.

—¿Nada más tengo que hacer?

—¿Te parece que has hecho poco? Lo restante me toca á mí.

—¿A tí?

—¿Qué te admira?

—Nada, si tú lo haces no tengo nada que decir.

—Adios, Keisko, hasta la noche.

—Quedad con Dios incomprensible sabio.

Cruzó la bahía y se retiraba al pueblo cuando vió llegar á Zalla el cual echó pié á tierra, dió las bridas

de su caballo al serviente que le seguía y se llevó á un lado del camino al cacique que alegre le preguntó:

—¿Adiestras á ese animalito?

—Sí.

—¿Tiene buena sangre?

—Como la del otro.

—¿Hará tanto como aquel?

—Sí.

Y adquiriendo su rostro una gravedad marcadísima le dijo:

—He venido á buscarte, Keisko.

—¿Me necesitas?

—No, pero quiero hablarte.

—¿Qué acontece?

—Eso deseo yo saber. Oye, futuro hermano, el héroe me interesa más que el resto de los seres humanos inclusos mi padre, Líbana y tú.

—A mí me sucede lo mismo.

—Me alegro. No veas en las preguntas que te haga otra cosa que un justificado interés por el hombre que tanto nos interesa á los dos.

Keisko sonrió, replicándole.

—Ya se donde vas á parar, continúa.

—Dime, ¿es cierto que has estado una vez encerrado con esos cinco ingleses, que Dios confunda.

—¿Por qué los ha de confundir, hombre? Que malas intenciones tienes hoy.

—¿Contestas ó no?

—Pues no estuve una vez sino dos.

—¿Tú con esa canalla?

—¿Por qué te admira? ¿No come uno á nuestra mesa y habla con todos nosotros?

—Si es que se han llevado de la armería sesenta puñales, que es el número, poco más ó menos, que componen esos hombres.

—No, son entre todos sesenta y cinco, pero cada uno tiene su puñal; ellos se proporcionaron cinco y yo les he llevado esta mañana en una caja que pedí á mi hermana sesenta.

—Me lo ha dicho.

—Que habladora.

—¿Qué van á hacer con esas armas?

—Asesinarnos á todos.

—¿Keisko, te estás burlando?

—Lo merecías, mas no bromeo, te he dicho la verdad.

—¿Asesinarnos?

—Si pueden, sí.

—Hermano, dame explicaciones.

—Para mí las quisiera.

—¿Quién podrá dármelas?

—Solo un hombre.

—¿Quién es?

—Don Flaviano de Osorio.

—Dime algo más.

—No es fácil.

—¿Por qué?

—Porque no se más.

—¿Lo sabe todo el héroe?

—Todo.

—¿Qué deduces de ese grave acontecimiento?

—Que ellos están haciendo una mina para volarla y don Flaviano una contramina para que sean ellos los que vuelen.

—Con eso me basta.

—No he debido decirte nada.

—¿Por qué?

—Porque me has preguntado con muchos humos.

—¿Te extraña?

—Sí, porque no eres tú más valiente ni más leal que yo.

—Perdóname, hermano, cuando de la vida del héroe se trata me perturbo y descompongo.

—Ya lo se, y por eso te he dicho todo lo que podía.

—¿Temes algo ya?

—Nada; si él dirige la contramina no hay cuidado alguno.

—La dirige y con tal reserva que solo él, yo y un poco el príncipe Julio sabemos.

—Siempre obra de la misma manera cuando se trata de cosas graves.

—Oye, así debe ser. Yo le he ayudado en todo lo que ha querido y cuando acabamos de hacer la mina le pregunté algo sobre la contramina y me ha contestado que esa le corresponde á él solo.

—También ese es su sistema, siempre se calla lo más importante.

—¿Vamos á comer?

—Vamos.

Y el uno á pié y el otro á caballo se fueron al palacio.

Comieron solos el vizconde, Keisko y Zalla, los restantes se hallaban en el monte.

No hablaron nada y al concluir la comida cada uno se fué por su lado.

Por la noche en la cena y después en la tertulia tampoco ocurrió nada que de contar sea. El vizconde solo habló con Keisko.

A la mañana siguiente se volvieron á reunir los seis, el cacique y los ingleses, á la misma hora que en las anteriores concretándose á ratificarse en todo.

El vizconde demostró un ardiente deseo de que llegara la hora de dar el golpe fatal.

Según decía, cada instante que pasaba era para él largo y torturador.

—Mi felicidad,—exclamaba,—mi dicha están en la llegada de la una de la noche; entre tanto, me devora la impaciencia porque cada instante que pasa, odio y aborrezco más á esos hombres, que hasta me miran ya con desdeñosa indiferencia y casi con desprecio. ¡Oh, como he de gozar viéndolos cosidos á puñaladas! Qué enemigos tan odiosos y que España tan soberbia y aborrecible.

Y paseaba por la habitación, encendido su rostro, con mirada sombría y oprimiendo los puños.

—Si continuo aquí,—mato á esos cinco asesinos,—

se dijo Keisko, y se despidió de ellos saliendo en dirección de la bahía.

Habló con el héroe pero éste nada le dijo de particular, trabajaba sobre un mapa hecho por él y apénas se fijó en Keisko contestando á sus preguntas con monosílabos.

Comieron en el palacio los mismos del día anterior; el inglés se marchó al concluir, con sus compañeros, y Zalla, solo ya con su futuro cuñado, le dijo:

—¿No me dices nada, hermano?

—Que esas fieras, particularmente el vizconde, tienen hidrofobia ¡Qué malos son con los españoles! Tuve esta mañana que salir de allí más que deprisa porque si continuo oyéndolos mató á los cinco.

—Lo creo, pero tienen de sobra con el héroe.

—Lo veremos, nada me ha dicho esta mañana.

—¿Lo vistes?

—Si.

—¿Le has preguntado?

—Mucho, pero estaba dibujando y solo me contestaba sí ó no; á lo más añadía, hoy lo sabrás todo, esta noche será satisfecha tu curiosidad.

—El mismo de siempre.

—Y mi hermana, ¿no sabe nada?

—No, nada.

—Pues esperemos que poco falta. ¿Vas á salir á caballo?

—No.

—Pues demos un paseo por el bosque.

—Vamos.

Y salieron no regresando hasta la hora de cenar.

Los del monte volvieron cuando Zalla y Keisko, cenaron y después se marcharon á la tertulia, menos Flaviano, que pretextó tenía que acabar un trabajo y no entró, volviendo á la media hora, y ya permaneció con sus amigos hasta las diez y media que todos se retiraron á descansar.

Julio y Osorio hablaron poco y de cosas indiferentes; luego se callaron, quedando dormidos en apariencia!

A la media hora de haberse acostado reinaba en el palacio un silencio sepulcral.

Entonces salió de su alcoba el vizconde y anduvo sin hacer ruido alguno por todos los pasillos y galerías del palacio.

Todo lo halló como en las noches anteriores.

También aplicó el oido á algunos salones y dormitorios sin oir nada que llamara su atención.

Más tarde miró hacia el campo, pero la oscuridad de la noche nada le permitió distinguir, y tampoco percibió ruido alguno.

Satisfecho de su reconocimiento entró en su habitación, exclamando para sí:

—Esto es hecho, morirán antes de dos horas. Que largo me va á parecer ese espacio de tiempo.

Después sacó de entre su ropilla el puñal que compró al indio, lo dejó á su lado sobre la cama y quedó sentado en los colchones, empezando á sabo-

rear la rabiosa idea de venganza que formaba su ventura.

En los restantes dormitorios todos demostraban hallarse entregados á un profundo sueño.

En las alcobas, sin excepción, había una lámpara que pendía del techo, la cual despedía una luz opaca y vacilante, propia para dormir, pero que en la ocasión presente prestaba un t nte lóbrego y sombrío á las habitaciones.

La misma clase de luces había en todos los pasillos, galerías y escaleras del palacio.

Es decir, que en todo el interior del palacio se veía con aquella luz opaca, macilenta, triste y agorera.

Precisos eran el odio, el rencor, la saña y la soberbia que germinaban en el pecho del vizconde contra los españoles y la perturbación á que aquellos le condujeron para no haber reparado en lo siniestro de aquellas luces que parecían mortuorias.

Pero le sucedió lo contrario que á cualquier otro que los hubiera mirado; le gustó cuando reconoció el palacio aquel tinte sombrío, aquella enseña de muerte.

Verdad es que solo pensaba en matar, en ver cadáveres y era de su agrado cuanto se relacionaba con esto.

La noche estaba oscura y tan silenciosa que no soplaba la más leve brisa.

Los árboles y arbustos parecían mudos fantas-

mas, gigantescos unos y enanos los otros enclavados en el suelo y tan inmóviles como las rocas que se alzaban cerca de allí.

Hasta las aves nocturnas se habían escondido en sus ocultos nidos, temerosas de presenciar algunos de esos cataclismos con que la pródiga naturaleza castigaba de contínuo la isla Líbana; por más que en estos momentos ni sonaba el trueno, ni zumbaba el aire ni ninguno de los volcanes que solían abrir paso á los torrentes de laba y fuego daban señales de erupción.

Los que estaban en el secreto de lo que iba á suceder podían figurarse que la naturaleza se había convertido en muda espectadora de la furia de los hombres pronta á estallar.

Según el pensamiento de los ingleses cautivos en Líbana, debían morir aquella noche cosidos á puñaladas el héroe don Flaviano de Osorio que fué sin duda alguna el primer hombre de su época, distando muchísimo del que más se le acercase; el príncipe Julio de Silva que seguía al héroe en talento y sabiduría; el príncipe de Italia primer guerrero de su época y humilde sacerdote ahora y al que se tenía en olor de santo; el duque del Imperio, que hasta anularlo su hijo Flaviano, fué el p imer general de Europa; don Rogelio Mendoza, marqués de Abella, que era el general de más fuerza y valor que se conocía; el maestre de campo don Ricardo Zalla, digno discípulo de su maestro el héroe, varíos oficiales y soldados, veinte criados valientes, hábiles y leales, y hasta la

duquesa de los Andes, la de Tabasco, y treinta camareras.

¿Qué delito habían cometido para morir los unos por bárbaras puñaladas y los otros en el voraz incendio que debía seguir al asesinato?

Uno solo, el de ser españoles.

Es más, si aquellos piratas británicos hubieran podido con los seis mil hombres que restaban entre españoles y mejicanos, los hubieran muerto también en esta fatal noche.

Aquello no era edio, ni coraje, era el desbordamiento de todas las malas pasiones acrecentadas y dirigidas por el mismo Lucifer.

Pronto hemos de ver el resultado que produce la acumulación de tanta maldad.

Flaviano los sorprendió en sus aguas, en su terreno y ni una frase, ni el más leve insulto les dirigió; antes al contrario, les estaba dando una hospitalidad verdaderamente castellana.

¡Guay si alguno hubiera osado maltratarlos con hechos ó palabras! Grande hubiera sido el castigo á que se hubiera hecho acreedor.

¡Bien pagaban á los españoles su bondad, su hidalguía, su incomparable generosidad!

Podían ser malos por la completa libertad que les habían concedido.

Hasta de ese bien abusaban, sin tener en cuenta para nada que como cautivos debían estar en el fondo de un buque convertido en prisión para que no se

escaparan ni hicieran mal uso de una libertad que no merecían.

Podrían los ingleses ser buenos patriotas, es decir amar mucho á su país, pero con el resto del género humano eran en esta época tan ambiciosos, tan egoístas, tan malos que formaban un borrón de Europa. Su sed de oro, de riquezas y de poderío lo llevaba á la falta, al delito, al crimen.

Se propusieron ser el pueblo más rico del mundo y lo consiguieron, pero con cuanta maldad, con cuanta alevosía.

CAPITULO XVII

Los momentos supremos.—Los asesinatos —La doble sorpresa —La indiferencia del héroe.—Va á acabar todo para empezar de nuevo.

El vizconde continuó impaciente y desasosegado. Unas veces miraba el reloj y otras paseaba por su dormitorio sin promover ruido alguno.

Ni una sola vez se le ocurrió dudar de los ofrecimientos del cacique. Creyó en sus frases con una fé velada por estúpida ceguedad.

Su coraje y despecho lo habían perturbado.

Sentándose sobre la cama, paseando con agitación febril y mirando el reloj continuó hasta la una menos diez minutos.

El silencio que reinaba en el palacio y hasta en la naturaleza le presagiaba un éxito seguro.

En estos momentos se decía;

—Muertos los moradores de este palacio y ardiendo él por sus cuatro costados, dejamos convertidos en

carbón los cadáveres y corremos al muelle dando la fatal noticia de la catástrofe ocurrida con el voraz incendio. Todos vendrán para enterarse y apagar las llamas y en esos momentos de confusión y aturdimiento saltamos nosotros á mi crucero, se despliegan todas las velas y salimos volando; es el barco más velero que cruza los mares y tan bién construido que podremos estar pasado mañana en Jamáica. Ya allí, hará rumbo nuestra escuadra á la isla Líbana, cogemos á los que queden, le quito á Keisko á Alice, lo mato y toda la gloria, toda será para Inglaterra, porque aun no puede haber llegado ningún buque francés ni holandés y nosotros lo habremos hecho todo. Nuestra alianza con ellos servirá para caer sobre los puertos de España y de la India y arrebatarles cuanto tienen en los dos emisferios, dándoles solo la humillación y vergüenza más grande que sufrió pueblo alguno. ¡Ah, Felipe III, su héroe y todos los defensores de España, vais á quedar para servir únicamente de escarnio y ludibrio al mundo entero! Son hoy ricos, poderosos; tienen á Portugal, á Flandes y posesiones en Africa, en la Oceanía, en América, en todas partes y mañana, gracias á Inglaterra, á la invencible Inglaterra, y á este afortunado vizconde, los holandeses le quitará á Flandes, los franceses lo que tienen en Italia, Portugal se hará independiente ayudado por nosotros, y todas sus posesiones nos las repartiremos... Que felicidad, que dicha; voy á ser el hombre más venturoso de la tierra. Decía mi padre que yo era loco, algo superficial,

poco estudioso y un mal calculador, pronto le demostraré que su primogénito es una de las celebridades del mundo: un arrogante marino que ha hecho más que escuadras y ejércitos... Estoy rendido y sudo... ¡Ah, he paseado tanto... Voy á descansar para prepararme á dar el golpe mortal.

Y se sentó otra vez sobre la cama.

Dejémosle por algunos momentos.

Ahora entremos en la habitación del héroe.

Dormían en ella con la mayor tranquilidad Flaviano y Julio.

De pronto abrió los ojos el héroe y mirando su reloj, dijo:

—La una menos veinte minutos. Nos sobra tiempo.

En cinco minutos se puso las botas, las calzas y una trusa de seda.

Se acercó después al oido del príncipe y murmuró estas frases:

—Hermano, levántate, que vienen á asesinarnos.

—¿Qué dices?—le preguntó Silva asombrado.

—Al oido todo que pueden oirnos. Ponte las calzas una trusa y el calzado. Aquí lo tienes todo.

Y le alargó lo que acababa de decirle.

—¿Son los ingleses?

—Sí.

—Al momento.

Mientras el príncipe se vestía en la forma silenciosa que le encargó su hermano, Osorio encendió las velas de cera de un candelabro, lo colocó sobre una

mesa que tenía escritorio y se sentó en un sillón con la mayor tranquilidad, quedando junto á la puerta de entrada de el dormitorio.

Cuando hubo concluído de vestirse Julio se acercó al oido de Flaviano preguntándole:

—Ya estoy. ¿Cojo espada, daga...?

—Nada de eso; ese par de pistolas y nada más.

—Ya las tengo.

—A la una en punto te sitúas á mi lado y con ellas paras á los dos asesinos que entrarán á matarnos. Si una necesidad imperiosa no te obliga, no les tires; deja á los marinos que vendrán detrás que se entiendan con ellos.

—¿Nada más?

—No, y déjame escribir.

Julio dejó las pistolas encima de la mesa, puso al lado su reloj, miró la hora, era la una menos cinco minutos y se fijó en Flaviano, diciendo para sí:

—¡Qué sangre fría tiene, qué serenidad, qué talento y qué laconismo! Con cuatro frases me lo ha explicado todo. Ahora estará redactando instrucciones para lo que han de hacer mañana en el monte ó escribirá una orden en virtud de la cual rodarán pronto algunas cabezas. Mueve la pluma con la misma serenidad y rapidez que si nada ocurriera. ¡Qué hombre tan extraordinario!

Y lo miraba con cariñoso afán. En honor á la verdad no se hallaba él menos tranquilo y sereno.

Sepamos lo que hacen sus asesinos.

A la una menos diez minutos, salió de su dormitorio el vizconde, tendió una mirada por el ancho y largo pasillo, aplicó el oido y murmuró:

—Silencio completo. Llegó el feliz momento y se apodera de mí toda la energía que me es indispensable. Este silencio, esta soledad, esta quietud me aseguran el éxito.

Y sin hacer ruido, pero andando deprisa cruzó dos pasillos, bajando por una escalera interior.

Luego se dirigió á una puerta pequeña que daba al campo, diciendo:

—Tengo al diablo de mi parte. Esos necios dejaron cerrada esta puerta con solo el picaporte.

La abrió, hallando delante á sus 64 subordinados.

El primero era el teniente al cual le preguntó:

—¿Traeis todos el puñal?

—Sí, señor.

—¿En la mano?

—Vedlo.

—¿Venís descalzos para no hacer ruido?

—Todos.

—¿Habeis visto al cacique?

—Al frente se halla de todos los indios.

—¿Cerca?

—Junto al ángulo Norte del palacio.

—Cumple, no hay duda.

—Ciertamente.

—Noto que se ha levantado aire.

—Sopla desde hace poco un viento del cuarto cuadrante, fresco y vivo.

—Excelente para extender el incendio. Faltan cuatro minutos. Entremos sin hacer ruido alguno.

Y se perdieron entre los pasillos y galerías del palacio.

No obstante ser 65 no perturbaban el silencio que reinaba en el extenso edificio.

Todos subieron por la escalera que bajó el vizconde.

Delante iba éste llevando todos, sin excepción alguna en la mano derecha, el agudo puñal que anhelaban ver teñido en sangre española.

El rostro del comandante inglés aparecía encendido, su sangre circulaba con rapidez, el corazón le latía fuertemente é iba nervioso, casi trémulo.

Era en estos momentos y se presentaban como la antítesis de Flaviano y Julio.

Como el vizconde había hecho un estudio especial del interior del palacio y de todos los dormitorios pudo con gran facilidad y sin incurrir en ninguna equivocación dejar dos soldados á la puerta de cada alcoba de los hombres que había en aquel piso que eran todos los señores y criados.

Tenían la orden de abrir las puertas y matar á la persona que hallasen dentro, dándole, sino bastaba una puñalada, dos, tres ó las que hiciesen falta, hasta que lo vieran espirar.

Y debían hacer esto al oir dos veces el sonido del silbato que él usaba en el crucero.

Todos colocados sin inconveniente alguno, se fueron el comandante y el teniente con un soldado que les había sobrado á la puerta del dormitorio del héroe y del príncipe, blandiendo sus terribles armas.

No salía luz por las cerraduras ni por parte alguna de la alcoba. No tenía grietas, estaba previsto el caso y el resplandor se apagaba en la puerta de aquella habitación que no presentaba por fuera claridad alguna.

Las restantes alcobas estaban alumbradas únicamente por las lámparas de que hemos hablado antes.

Por fin dió la una de la madrugada, tocó dos veces su silbato el comandante inglés, abriéndose al mismo tiempo las puertas de todos los dormitorios.

En el mismo instante la gran campana de la iglesia que había en la parte baja del palacio comenzó á tocar á muerto.

Solo habían quedado cerradas en la parte principal del palacio las alcobas de las damas y camareras que todas las noches echaban los pasadores interiores y nadie intentó abrirlas.

Sepamos á que quedaron reducidos el valor, coraje, odio y venganza de los ingleses.

El vizconde, su teniente y soldado que les seguían fueron á precipitarse en la alcoba de Flaviano y Julio, pero hallaron á este delante de la mesa de su hermano que salía á recibirlos con dos pistolas de dos cañones montadas.

Witerst, lanzó una maldición gritando:

—Mueran ó muramos.

Y los tres sin temor á los cuatro cañones fueron á clavar sus puñales, pero en el mismo instante los cogieron por la espalda seis marinos que estaban detrás de ellos, los derribaron en tierra, los desarmaron, sugetándolos con cuerdas.

En las restantes alcobas, salieron á recibir á los asesinos dos arcabuceros montadas las armas, siendo también sujetos por la espalda por cuatro marinos que hicieron con ellos lo que sus compañeros con los que iban á asesinar á Julio y Flaviano.

Los marinos no llevaban arma alguna en las manos, solo hachas en la cintura sujetas con las cuerdas con que ataban á los ingleses.

Todas las operaciones hechas por los españoles fueron exactas, matemáticas y con precisión admirable.

Ni dieron una sola voz ni hicieron otra cosa que concretarse á la fiel observancia de una consigna.

En todo lo que había ocurrido no se oyó otro acento que el del vizconde al entrar en el dormitorio del héroe.

Fué la sorpresa tan acertada, tan imponente, tan rápida que dejó sin voz á los presos.

No fué tampoco escasa la que sufrieron el duque, Mendoza, Zalla y todos los criados.

Ninguno sabía nada de lo que iba á suceder ni de lo que llevaba sucedido, pero al entrar en sus respectivas alcobas hallaron un papel sobre la almohada con la firma de Flaviano en que les decía:

—Dormid tranquilos, si os despierta dos arcabuceros que entrarán esta noche en vuestro dormitorio ní les preguntéis ni les digais nada, me obedecen y á su tiempo sabreis lo demás. Os recomiendo un silencio completo

Ninguno se desnudó ni se echó, permaneciendo sentados en un taburete ó sillón, según su categoría, pero sin desplegar sus labios ni promover ruido alguno. La obediencia al general en jefe era allí completa en todos.

Entraron los arcabuceros en las alcobas al bajar el vizconde á abrir para que entrasen los que esperaban.

Y los marinos salieron en el momento de oir el silbato del comandante

Estan encerrados con los maestres de campo y con varios capitanes en un salón y les avisó Pérez que andaba tendido en el suelo y espiando al vizconde desde que acabó de cenar.

El cuadro que presentaba en aquel momento el interior del palacio era terrórica en extremo. Los sesenta y cinco hombres en tierra atados y sobre la cabeza de todos ellos blandiéndose por nerbudo brazo las hachas de dos marinos; los arcabuces montados, y el lúgubre tañido de la gran campana que seguía tocando á muerto imponía al más varonil.

Toda la guardia del palacio estaba además en armas y formada en el zaguán y Keisko al frente de mil indios perfectamente armados rodeaba el edificio en compacta fila.

Todo lo quo había ocurrido y lo que aun faltaba nació en el cerebro del héroe y, únicamente él lo supo con la excepción de lo poco que habían podido comprender los que le habían ayudado. Flaviano solo decía lo puramente indispensable.

No variaba su sistema antiguo.

Aquella gran reserva y escasez de frases eran el presagio del éxito unas veces y del triunfo otras.

CAPÍTULO XVIII

El héroe.—El tribunal.—Las ejecuciones.—Hasta otra que no tardará.

Flaviano de Osorio con su innata sangre fría se hallaba escribiendo cuando abrieron la puerta de su dormitorio para asesinarlo y escribiendo continuó sin fijarse en nada de lo que ocurría á dos varas de él.

No quiso que en su alcoba entrase ninguno, soldado ni marino; verdad es que dejó al príncipe, el cual desobedeciendo á Osorio que le mandó ponerse á su lado se colocó delante de él y era ó representaba un pequeño ejército dispuesto á perecer antes que tocasen á su querido hermano.

Nada había visto ni oido de lo que allí ocurría, si bien todo lo tenía previsto por ser sencillamente los efectos de su obra.

Pero no pudo permanecer mucho tiempo abstraído de aquel modo.

No tardaron en precipitarse en su dormitorio el duque del Imperio, el general Mendoza, Zalla, varios maestres y no pocos capitanes.

El duque entraba diciendo:

—Flaviano; ¿quieres decirme lo que pasa esta noche en el palacio?

—Esperad un momento, padre mio, que ya concluyo—le contestó el héroe.

Julio se acercó al duque diciéndole:

—Así recibió á los asesinos cuando entraron y así continúa.

—¿Y te ríes, Julio? Es una gracia.

—¿Por qué decís eso, señor?

—Por que han podido matarlo.

—¿Estando yo delante de él con dos pistolas preparadas? Antes me hubieran muerto á mí.

—Hubieran sido dos desgracias iguales.

—¿Quienes nos habían de matar?

—Esos asesinos.

—¿Con lo que tenían delante y lo que vino por la espalda?

—No me gusta que se abandone tanto.

—No le conoceis, señor, vuestro hijo sabe lo que vá á ocurrir y eso que llamais abandono no es otra cosa que el dominio que tiene sobre los hombres y sobre las cosas. Es una sangre fría maravillosa.

—¡Qué sangre fría! yo la he tenido también y no es eso lo que él tiene; es otra cosa.

—¿Qué opinais que es?

—Desprecio á la vida, indiferencia á la muerte.

—Pues de ese modo triunfa siempre.

En este instante acabó Flaviano diciendo al duque:

—¿Qué deseabais saber, padre?

—¿Qué ha pasado esta noche aquí, qué acontece?

—Ya no pasa nada, bien lo veis. Pasó, poca cosa, esos ingleses sin tener en cuenta la bondad conque les hemos tratado, la noble hospitalidad que les dábamos, lo que es un caballero, lo que es un hombre de honor, lo que nosotros merecíamos, quisieron asesinarnos porque defendemos bien nuestra patria y quisieron humillar á España, robarle sus posesiones, destruirla si podian y ya lo veis, son ellos los que besan el polvo español, los que están á nuestros piés vencidos y humillados.

—Por la traición,—gritó el vizconde.

—¿De quién?—le preguntó con calma Osorio.

—De un indio que os enteró de todo.

—Mayor traición era la vuestra al querer convertir en asesinos á mis mejores amigos, al pretender asesinarnos cuando estuviéramos dormidos. Traición con traición se paga; eso decís los ingleses y de nada podeis quejaros. Padre mío,—añadió, dirigiéndose al duque, os he dado la síntesis en contestación á vuestra pregunta, los detalles los sabreis pronto todos, pues vais á presidir el tribunal que los va á juzgar ahora mismo. Tomad ese documento que entregó el vizconde al noble y leal Keisko y esta acusación que acabo de escribir. Fermarán el tribunal que

vais á presidir, el príncipe Julio, el general Mendoza, Ricardo Zalla y los restantes maestres de campo que se hallan presentes. Si quieren defensores que los elijan entre esos capitanes que están ahí. Os ruego, señor, y os mando en nombre del rey á quien represento, termineis hoy la sentencia y quede antes de la noche ejecutoriada.

—Quedará.

—Pasaré el día como de costumbre en la bahía y el monte, no quiero saber nada hasta que vuelva y me digais la hora en que se cumplió la sentencia. Para el tribunal no hay otra cosa que la ley, solo con la ley debe consultar.

—Así lo hará.

—En el piso bajo teneis dispuesto un salón desde ayer para que os reunais y ellos no vuelvan á subir á este palacio.

—¡Desde ayer!

—Sí. Disponed, señor, que los lleven á las prisiones que vos designeis, que calle el tañido de esa campana y que todos los marinos y soldados, con los capitanes que no os hagan falta que se retiren á descansar.

Ahora tomó el duque del Imperio la direccíón y pronto se halló el héroe solo con su criado Pérez.

—¿Qué quieres?—preguntó el primero al segundo.

—Señor, las damas desean ver á V. E.

—Que entren, hombre; llámalas.

Poco después se precipitaron las cuatro en el dormitorio.

A la vez entró el príncipe de Italia, grave, severo, sentándose en un sillón junto á Osorio.

La duquesa de los Andes dijo al joven con imperio.

—Flaviano, dínos lo que ha pasado esta noche aquí.

—Con qué despotismo, madre mía.

—Como quieras, pero habla.

—¿Sois por ventura la reina?

—Soy exreina y soy tu madre.

—Ya sé que en estirpe sois reina, que lo fuísteis de hecho en una parte del Perú y por Dios que no me pesa, lo que me amarga un poco es que seais tirana conmigo.

—Mas lo es con todo el mundo, hasta con nosotras, tu incalificable silencio.

—Ya me enmendaré; cuando no tenga secretos de Estado todo os lo referiré.

—Vaya un plazo largo. ¿Pero contestas ó no?

—Con mucho gusto. Aquí ocurrió que á excepción de Alice que un inglés se la reservaba para manceba, todos y todas las demás íbamos á ser asesinados.

—¿Por los ingleses?

—Sí, señora.

—Bien pagan la bondad con que les hemos tratado.

—No os extrañe, son nuestros enemigos.

—¿Los defiendes?

—No por Dios, ni los defiendo ni los acuso, digo la verdad.

—Que los arcabuceen á todos. ¿Qué hicimos nosotras para querer asesinarnos?

—Siendo más bellas que las inglesas...

—Para flores estamos. Que los arcabuceen; ¿lo oyes?

—Yo no puedo hacer nada en eso, madre mía.

—¿Cómo que no?

—Está ya juzgándolos el tribunal y solo ese puede disponer de la vida de esos hombres.

—Tú eres aquí el rey.

—El rey que como Felipe III manda que á los criminales los juzgue el tribunal con arreglo á las leyes del reino.

—¿Quiénes componen ese tribunal?

—El señor duque del Imperio, generalísimo, el príncipe Julio, generalísimo también, el general Mendoza y los maestres de campo.

—No merecían ellos ser juzgados por hombres tan rectos y que tanto valen. Hijas, vamos á entrar en la sala del tribunal.

Iban á salir las cuatro cuando les dijo Flaviano.

—Deteneos, locas; no os dejarán entrar los centinelas. Allí no puede pasar otra persona que aquella que designe el tribunal.

—¡Que leyes más severas!

—Yo os suplico que volvais á buscar el lecho y durmais el resto de la noche. Después me acompañareis al monte. Hoy se van á probar varios cañones y podeís distraeros con los disparos y los blancos.

—¿Qué hacemos, hijas?

—Obedezcamos á Flaviano, señora duquesa.

—Sí, sí,—contestaron las otras dos.

—¡Cómo siempre! Adios, hermano,—dijo la duquesa al príncipe de Italia.—Adios, hijo mío.

—Esperad, ingratas, esperad.

Y les dió á cada una un beso en la frente.

La duquesa de los Andes lo besó varias veces en el rostro y las tres restantes en la mano, saliendo las cuatro.

—Ahora me toca á mí, Flaviano,—le dijo el príncipe que había permanecido con las manos cruzadas oyendo y guardando un profundo silencio.

—Un momento, señor, ¿Pérez?

—¿Mi general en jefe?

—Dí á Keisko, que mande retirar toda la fuerza que manda y quede él á disposición del tribunal.

—Muy bien, señor.

—Ahora, padre mío, estoy á vuestra disposición.

—Hijo, vengo á pedirte una gracia. No me la niegues.

—Hablad, señor.

—Se ya casi todo lo ocurrido y comprendo que esos ingleses son unos grandes criminales.

—Tanto, señor, que ni vos ni el padre Anselmo que sois dos santos os hubiérais librado de morir asesinados.

—A todos nos ha salvado la Providencia y es necesa-

rio imitarla, en cuanto nos sea posible. ¿Estás conforme?

—Sí, señor.

—Creí lo mismo, recibes la inspiración del santo aquel que en vida terrenal se llamó Alberto y no podías contestar otra cosa. Hijo, esos ingleses deben ser castigados, pero no con la muerte. Esta sería rápida, prematura y con la furia que hoy les embarga le cerraría las puertas del cielo. Vengo á pedirte á tí, tan noble y generoso, sus vidas.

—Padre mío, yo no los juzgo, es el tribunal.

—Pero si éste los sentencia á muerte tu puedes indultarles.

—Padre mío, oidme: Mi padre el duque salvó la vida del vuestro que valía más que vos y que yo.

—Que tu, no.

—Que yo. Y fué tan agradecido que regaló á su salvador el ducado del Imperio. ¿Es cierto?

—Sí, pero no comprendo.

—Yo os lo diré, señor: he salvado vuestra vida, por lo menos, tres veces. ¿Me he equivocado?

—No. Te debieron matar por causa mía, más de una vez.

—Pues quiero también una recompensa.

—Pide, concedida.

—Poca cosa. Os retirais ahora á descansar y no me volvais á hablar de esos ingleses

—Hijo mío, por Dios...

—Quiero la recompensa que he ganado y vos me habeis ofrecido.

—Bien, sea. Pero yo tengo potestad de generalísimo y los indultaré.

—Pero es mayor la mía y os mando arrestado y os incemunico por todo el día de hoy. Os queda prohibido salir de vuestra habitación en las primeras veinticuatro horas y hablar con otra persona que con vuestro hijo.

—Qué crueldad, Flaviano.

—Padre mío, por mi patria lo hago yo todo. ¿Quereis mi vida? Tomadla, vuestra es. Pero no me pidais que falte á mis deberes de general español, porque solo consiguireis que con el alma transida os mande arrestar. ¿Sabeis lo que viene contra España?

—Sí.

—Y cuando el mundo entero quiere aplastarla y destruirla, ¿qué digo? Deshonrarla y llevarla á la más vergonzosa humillación, me proponeis que sea débil, que alargue mi mano á sus más fieros enemigos? Eso nadie lo consigue de mi. Señor, si preciso fuera, por mi patria sacrificaría vuestra vida, la de mi padre y luego me mataría muy satisfecho de lo que acababa de hacer.

—No tengo nada que replicar, Flaviano; me voy á cumplir mi arresto.

—Ved, señor, que así me lo pide España.

Y le besó la mano, saliendo el religioso murmurando:

—Todo sea por Dios; no puedo con él, no; vale más que todos nosotros juntos.

Flaviano se decía á la vez:

—Es un santo, pero no es el infalible Jesús, y su caridad es tan exagerada que le lleva al error, un error santo, pero error que perjudica á España y aquí estoy yo para deshacerlo, contra él y contra todos los nacidos.

—¿Se puede entrar?—le preguntó una voz amiga.

—Adelante, Keisko.

—Mi gente descansando y yo quedo á disposición del tribunal.

—Muy bien.

—Señor, yo creí que iban á hacer pedazos á esos miserables.

—Esta es la antítesis del otro.

—No le entiendo, don Flaviano, ¿qué es eso de antítesis.

—Quiero decirte que ese venerable religioso que acaba de salir me pedía lo contrario que tú.

—El como santo pedía el perdon, yo como soldado pido el castigo.

—Keisko, á los valientes se les mata cara á cara y en igual combate, á los traidores y malvados los sentencia el tribunal y si merecen la muerte se encarga el verdugo de ejecutarlos.

—Otra lección, gracias.

—Has ganado en este acontecimiento un título de nobleza y vas á ser noble y caballero.

—No tengo bastante con ser cacique.

—Aquí vale más eso, pero en mi país sucede lo contrario.

—¿Iré yo á tu país?

—Es lo probable.

—¿En qué te fundas?

—No puedo contestar todavía á esa pregunta, es pronto.

—¿Cuando?

—No lo sé con certeza.

—Si tú tienes empeño en llevarme, contigo voy al fin del mundo, siempre que no queden abandonados mis vasallos que quiero como á hijos.

—De abandonar tú esta ísla os vendreis todos conmigo.

—Entonces cuando tú quieras.

—¿No te gustará cruzar los mares y ver un mundo que tú no conoces?

—Sí; pero aquí no estoy mal.

—Puedes estar mejor.

—Lo que tú quieras, señor.

—Entiende que no podré darte á elegir. Si te dijese vente conmigo sería por salvar tu vida

—¿Quién me la quiere quitar?

—Ahora nadie. Puede que más adelante un poder muy superior al mío.

—¿El de tu rey?

—No, ese no puede querer tu muerte.

—No hablemos más de eso. Haré lo que tú quieras.

—Señor.

—Entra, Pérez.

—El tribunal llama al cacique.

—Vé, Keisko.

Flaviano volvió á quedar sólo con Pérez, hizo que éste lo desnudase, volviendo á quedar dormido.

Eran las cuatro de la madrugada.

No obstante el gran amor que el héroe tenía á su patria y lo decidido que estaba á sacrificarse por ella, se quedó dormido con pena y con gran sentimiento. Sus ideas eran las mismas del príncipe de Italia.

A dejarse llevar por ellas á todos los hubiera perdonado. Este era otro sacrificio que hacía por España.



CAPITULO XIX

La mañana.—La tarde.—Los blancos.—Las ejecuciones.—Un breve intermedio de paz.

A las ocho de la mañana salían las cuatro damas con Flaviano y Keísko para la bahía en la carroza que usaron en Méjico.

Llegaron al muelle, se embarcaron en un bote grande yendo al otro extremo de la bahía.

Subieron un poco de monte, entrando en un túnel que tenía casi todo el ancho plano, llegando por él á una batería de diez cañones.

Era la tercera, estaban aquellos fundidos en Méjico en virtud de las instrucciones que dió el héroe y quería éste probar su alcance y todo lo que á su construcción se refería.

Flaviano llamó, presentándose el capitán encargado de aquella batería.

—¿Está todo listo para la prueba?

—Sí, señor.

—Que salgan los botes remolcando los navíos figurados.

Poco después cruzaron el Cortado tres botes; cada uno remolcaba un barco hecho con tablas delgadas, lleno de troncos de árboles, ramaje y tierra.

El uno lo dejaron á un kilómetro, el otro como á dos y el tercero á tres próximamente.

Los botes se volvieron dejando flotar en el golfo las tres embarcaciones figuradas.

Cuando estuvieron en la bahía preguntó de nuevo Flaviano al capitán:

—¿Prevenisteis al vigía?

—Quedó en avisar en el momento que distinga un barco sea pequeño ó grande.

—¿Están cargados los diez cañones?

—Sí, señor.

—¿En la forma que yo mandé?

—Sí, señor.

—¿Presenciásteis la operación?

—Y hasta ayudé.

—Os ofrece completa confianza la colocación de las cargas.

—Absoluta.

—En ese caso que vengan los artilleros.

—Mi general en jefe, me permitís os haga una advertencia.

—Con mucho gusto.

—Estos cañones son nuevos y aún cuando el fundidor es bueno, inteligente y los que le obedecen saben cumplir, puede en la prueba reventar un cañón y mataros.

—Tendré paciencia, señor militar, el buen soldado debe arrostrar todos los peligros, sean los que quieran ó dejar el servicio. Madre mía, id las cuatro con Keisko á la batería segunda, el capitán os acompañará y mirad por las troneras al primer bote, después al segundo y últimamente al tercero. Allí no hay peligro alguno ni lastimareis vuestros oidos..

—Luego aquí existe peligro.

—Para mí.

—¿Es tu carne de hierro?

—Poco menos.

—Flaviano, toma el consejo que te ha dado el capitán.

—No puedo ni debo. ¿Vais ó me vuelvo al palacio, os dejo allí y regreso solo?

—Que terco eres. Vamos capitán; vamos Keisko.

—Que entren los artilleros.

Cuando estuvieron allí hizo la puntería, la afinó cuanto pudo, cogió un anteojo y se colocó en la última tronera gritando:

—¡Fuego!

Se oyó el estampido, después vieron el humo y un minuto más tarde dijo Flaviano al teniente que estaba detrás de él.

—El primer bote lo hemos echado á pique.

—Estaba seguro, mi general en jefe.

—Pues yo no.

—Es que vos no os habeis fijado todavía en lo que puede vuestro genio.

—¡Genio! con no equivocarme me doy por satisfecho.

—¡Equivocarse!

—Tiremos con el segundo.

Hizo punteria, la afinó y colocándose en la misma tronera que antes, gritó:

—¡Fuego!

Echó á pique el segundo bote.

—¿Le dísteis, mi general en jefe?

—Sí, lo bala lo hizo pedazos, pero no dí en el sitio que debía sino un poco más abajo. Como cuatro pulgadas.

—De seguro conoceis la causa.

—Sí.

—No ha sido la mala puntería.

—Creo que no.

—Yo lo afirmo.

—Dejadme escribir.

Y estuvo entregado diez minutos á las matemáticas.

Llenó una cara de papel de números y signos matemáticos.

Después dijo:

—Vamos con el tercero.

Hecha la puntería y colocado con su anteojo en la tronera, tornó á gritar:

—¡Fuego!

Y quedó mirando algunos minutos.

—No le hemos dado al tercero.

—No llegaría la bala ó estaría ya apagada su fuerza.

—Ni lo uno ni lo otro.

—¿Si tuviérais la bondad de decirme la causa?

—Con mucho gusto: Habreis notado que á esa distancia va la bala perdiendo fuerza. Yo lo había juzgado así, pero estaba seguro de equivocarme, pues jamás tiró nadie en ésta época á tan gran distancia. Eran precisos cañones como estos y son los primeros que hacen fuego.

—Pero, señor, ¿se puede calcular la fuerza que pierde la bala?

—Con toda exactitud y también puede saberse lo que la bala se inclina hacia abajo. Me consta que la última bala llegó al barco figurado porque lo movió. Ahora dejadme escribir.

Y volvió á hacer números y signos.

Cuando hubo concluido dijo:

—Veamos ahora.

Hicieron la puntería, la afinó Flaviano lo que pudo, y colocado en la tronera con el anteojo, exclamó:

—Todavía no.

Cuando dejó de mirar, hizo más números y signos, meditó y algunos minutos después, hecha ya puntería, mandó hacer fuego, demostrando esta vez un poco de ansiedad.

Por fin dejó el anteojo y dijo al teniente sonriendo.

—Lo echamos á pique.

—¿Al tercero?

—No había otro.

—Es un prodigio, señor.

—No es pequeño el alcance de esos cañones mejicanos.

—Hechos como vos mandásteis. ¿Y la puntería, y esas operaciones matemáticas que han resuelto un dificilísimo problema?

Sin fijarse el héroe en las frases del teniente ó aparentando que no se había fijado, añadió, mirando con el anteojo:

—En el primero y segundo barco figurado hice meter varios cilindros de madera grandes y huecos, que deben, por lo menos algunos, estar flotando en el agua. Si, veo seis y tienen suficiente tamaño para que pudiéramos hacer puntería.

Eran árboles gruesos á los que habían sacado el corazón, cerrando los extremos.

Con los cinco tiros que le quedaban rompió el héroe tres de aquellos troncos.

No podía hacerse más en el siglo XVII y para hacer lo que Flaviano había llevado á cabo se necesitaba todo el genio que él poseía.

Instantes después llegaron las damas y Keisko con el capitán. Este iba ébrio de placer.

—Mi general en jefe, os habeis adelantado á vuestro

siglo lo menos en dos. ¡Qué admiración, qué portento!

—¿A qué os referis?—le preguntó Osorio.

—¡A lo que acabais de hacer!

—¿Que eché tres barcos á pique, es eso?

—Eso es y los troncos que hicisteis pedazos y lo más grande de todo, el problema que habeis resuelto, al calcular lo que la bala se inclina por efecto de la fuerza que pierde á esa distancia. Señor, con esa batería basta para echar á pique cuantos barcos vengan á estas aguas.

—No tanto, capitán, tengo veinte baterías con 200 cañones y aun pienso colocar dos.

—Con eso, señor, si viniera la Europa entera acabábais con ella.

—Capitán, habeis calculado bien en cuanto á las operaciones que hice, y me complace declararlo, pero tanto exajerais en estos momentos, que si continuais de ese modo me vais á dar lástima.

—¡Oh, cuando yo cuente á mis compañeros lo que he visto no asombrados, estupefactos quedarán.

—¿Y á vosotras qué os ha parecido?

—Nada, Flaviano, lo que tú haces no nos llama ya la atención, ¡hemos visto en tí tanto milagro que ya nos parece lo casi imposible cosa fácil y hacedera, siendo tú el que la realizas!

—¡Cuánta exageración!

—Tienes razón, eres tonto y nos burlamos de tí; qué hombre tan inútil, capitán; ¿es cierto?

—Ciertísimo, señora duquesa, como no existe una

frase que exprese lo que es, lo mismo da llamarle tonto que sabio, rutinario que creador. Todo lo que se diga es poco, é impropio.

—Voy á dibujar las 40 baterías que nos faltan, os quedais aquí ú os venís, madre mía.

—Contigo,—contestaron las cinco.

—Capitán,—añadió él,—que me hagan para mañana otros tres barcos figurados para enseñar á mi hermano y padre la solución del problema que hemos resuelto.

—Voy al momento.

Y Flaviano se estuvo trabajando hasta la hora de comer que lo dejó para sentarse á la mesa con las señoras, Keisko y varios capitanes.

Por la tarde acabó Osorio su trabajo y se hallaba hablando con las damas, cuando vió llegar hasta él á su padre, Julio, Mendoza, los maestres y cuatro capitanes que quedaron para auxiliar el tribunal.

El duque le dijo:

—Ya está cumplida la sentencia.

—Poco habeis tardado, señores.

—Estaban convictos y confesos y todavía nos sobró tiempo para comer.

—¿Teneis la bondad de decirme qué sentencia ha recaido en la causa que habeis formado?

—La de ser pasados por las armas.

—¿Todos?

—Sí.

—Lo hicieron.

—Y ya están enterrados los sesenta y cinco.

—¿Les disteis capilla?

—No la quisieron; me pidieron únicamente lo necesario para hacer testamento tres de ellos.

—¿Por qué no quisieron la capilla?

—Porque unos son protestantes, otros ateas y la verdad es que no insté porque el único sacerdote que debió hablarles en inglés no podía ir.

—¿A quién os referís?

—Al príncipe de Italia, se lo advertí antes y me contestó que lo tenías arrestado.

—Es verdad.

—Flaviano,—dijo la duquesa incomodada,—¿al Santo has arrestado?

—Sí, madre mía.

—¿A tanto te has atrevido?

—¿Por qué no? Hace pocos días salvé su vida dos veces y hoy lo he arrestado una.

—Nada digais á Flaviano sobre eso,—exclamó Julio.—Mi padre cumplió con su deber queriendo salvar á 65 desgraciados y mi hermano hizo bien impidiéndolo con el arresto de mi padre. Antes que todos nosotros son la patria y sus leyes. El uno pidió como sacerdote, el otro negó como juez.

—Pero cuando se sepa en España...

—Dirán que Flaviano es el mejor español, el más amante de su patria que existe en el mundo, no lo dudeis. En la situación en que el enemigo nos ha colocado no se puede obrar de otra manera. El duque,

Mendoza, los maestres y los capitanes, todos sin excepción lo han aprobado y no hay uno entre ellos que no ame al Santo y lo venere.

—Sabeis señora ex-reina del Perú que también á vos os voy á castigar,—le dijo Osorio.

—¿Por qué?

—Estais censurando al rey de esta isla.

—Haz la prueba y verás de que modo te obedezco.

—Sepamos.

—Cuando hagas la prueba.

Continuaron hablando hasta que anocheció y después de dar algunas órdenes el general en jefe á los maestres se fueron los restantes al palacio.

Durante la noche solo se habló del problema resuelto por Flaviano y de los experimentos que pensaba hacer el día siguiente.

No hubo tertulia; la mayor parte de los que acababan de cenar no habían dormido aquella noche y se fueron retirando á sus alcobas.

Al príncipe de Italia, levantó el arresto Osorio y cenó con ellos.

———

CAPITULO XX

Nuevos ensayos.—El embargo se cambia en secuestro.—Noticia de la segunda tentativa de los ingleses.—Otro que quiere probar fortuna con mejor deseo que talento.—A la mar.

Bien temprano se levantaron Flaviano, Julio, el duque y Zalla, trasladándose en la carroza al muelle y desde éste en un ligero bote á las obras del puerto y bahía.

Ya en el monte reunió Osorio á los maestres diciéndoles:

—Señores, que lleven los tres barcos figurados que encargué ayer y los dejen en el mismo sitio que los anteriores. Armad el crucero inglés con ocho culebrinas, variadle el nombre, cambiadle el color y quede al servicio de la marina española. Encargad todo eso á dos capitanes inteligentes. Cuando hayais concluido, venid todos los jefes de artillería y de marina; os esperaremos en la batería tercera.

A ella se trasladó el héroe, mandando al capitán que ya conocemos dispusiera se cargasen los diez cañones.

Después se reunieron allí con Osorio, el príncipe Julio, el duque, Zalla que iba de mirón y todos los jefes que mandaban navío con los artilleros de teniente arriba.

Eran 28.

Osorio les explicó científicamente el problema que había resuelto ayer, hizo á presencia de todos varios cálculos, dos ecuaciones y después les enseñó el resultado de sus trabajos de pluma y cálculo del día anterior.

Todos eran hombres de ciencia, comprendieron bien las explicaciones claras y concretas del héroe, quedando admirados del resultado de los problemas.

No contento con esto les invitó á que le preguntasen cuanto quisieran, para que no quedase en ninguno de ellos la más leve duda.

Empezó á preguntarle su padre, después Julio y seguidamente uno por uno todos los presentes menos Zalla, que estaba oyendo por pura afición, pero que aprendió bien todo lo que escuchaba.

Dos horas emplearon en estas preguntas y respuestas y al acabar exclamó el héroe:

—¿Dónde está el capitán de esta batería?

—Oyéndoos, señor.

—¿No me preguntais nada?

—Me bastan las explicaciones que habeis dado á mis compañeros.

—¿Y vuestros diez cañones?

—Cargados.

—¿Y los tres barcos figurados?

—Los remolcan y pronto estarán en los puntos designados por vos.

—Que avisen en el momento en que se hayan retirado los encargados de esa operación.

—Muy bien.

—Decid al vigía que extreme su atención y avise al descubrir la presencia de algun buque.

—Al momento.

—¿Los capitanes de la primera y segunda batería?

—Aqui estamos, señor.

—Que carguen tambien vuestros veínte cañones.

—Pronto estarán.

Y desaparecieron de allí

Todavía Osorio les dió muchas explicaciones ocupando bien el tiempo hasta que empezaron á llegar, diciendo:

—Señor, queda el vigía avisado.

—Señor, cargados treinta cañones.

—Señor, colocados en los puntos que mandó nuestro general en jefe los tres barcos figurados.

—Muy bien, ¿estais todos provistos de anteojo.

—Todos.

—Padre mio, vos que sois más soldado de tierra que marino y artillero, de vista cansada, dirigid la puntería del cañón primero al barco figurado más

próximo. Con cinco pulgadas que la eleveis del blanco basta.

—Eso iba á hacer.

—Perfectamente. Señores todos, cada uno á una tronera, treinta teneis á vuestra disposición, Julio, tú en la que está á mi lado. Cuando haya hecho blanco la bala, todos aquí. La mar está bella y se puede trabajar bien.

Poco después le decía su padre:

—Ya está, Flaviano.

—Pues mandad hacer fuego.

Se oyó la detonación, el humo permitió ver y reunidos todos en la tercera batería dijo el héroe.

—Ya habeis visto que mi padre dió en el blanco pero no echó el barco figurado á pique por haber levantado la puntería siete pulgadas en vez de cinco, es culpa de su vista y falta de experiencia en la mar, pero hizo cuanto podía y merece la enhorabuena de mi parte. Julio, dirige la puntería al tercer barco figurado. A tí, que conoces la ciencia como yo, nada te digo, después de lo que oiste. Cuando esté manda hacer fuego.

—¿Segundo cañón?

—Sí.

No tardó en oirse un segundo cañonazo.

Se evaporó el humo y todos gritaron:

—¡Hurra! ¡hurra!

Julio había echado á pique el tercer barco figurado.

—No perdamos tiempo,—añadió el héroe.—Vos, maestre Fajardo, al segundo barco figurado.

También lo echó á pique. y se oyeron varios hurras que interrumpió Flaviano, diciendo:

—Padre mío, queda roto pero sostenido sobre el agua vuestro barco figurado. Echadlo á pique.

El duque le obedeció y minutos despues, se repitieron los hurras El duque del Imperio, soldado de tierra y con la vista muy gastada, como su hijo decía, echó á pique el barco figurado que aunque roto quedaba en pié.

—Esto es admirable, portentoso.

—Es un descubrimienro que el héroe halló en un rincón de su cerebro.

—¡Un prodigio!

—Una cosa nunca vista.

—Que vengan todos los ingleses, franceses y holandeses del mundo con mil navíos y aquí los enterraremos, en ese golfo quedarán.

—¡Viva España!

—¡Viva el héroe!

—Basta, amigos míos, por eso interrumpí los aplausos merecidos que empezásteis á ofrecer á mi padre, á mi hermano y al meestre Fajardo, porque supuse que íbais á dirigiros á mí que no he apuntado ni hice nada hoy.

—¡Que no hizo nada!

—Todo lo habeis hecho.

—¡Hurra, si vienen los ingleses!

—España no sucumbe mientras viva Flaviano.

—¿Quién puede con España?

—¡Viva nuestro general en jefe!

—¡Viva nuestro almirante!

—Señores, señores,—interrumpió Osorio.—Esos barcos figurados se hallaban cargados de grandes troncos huecos que flotan sobre el agua y es preciso romperlos. Guzmán, con el quinto cañón de esta batería romped el que está más al Norte.

—Lo romperé, no hay duda.

—Vamos á verlo.

Se oyó otro cañonazo y otro hurra. El tronco saltó hecho pedazos.

—Al que estaba más cerca de ese, capitán Soler,—gritó el héroe.

—Al momento, mi almirante.

También saltó roto, casi deshecho.

Flaviano fué probando de este modo el resultado de su descubrimiento y el talento, puntería y disposición de los 28 jefes principales que le rodeaban.

Según tiraban iba apuntando en su cartera el héroe la aptitud del tirador.

Cuando alguno no hacía blanco ó lo hacía mal, le daba explicaciones haciéndole repetir la operación, que á la segunda vez salía bien.

Cuando hubieron concluido les dijo:

—Quedo satisfecho, señores, de todos vosotros; creo que en esta guerra titánica, en la que todos nos hemos jugado la vida no sucumbirá España y os lo digo

con franqueza, me alegro por ella; nuestras vidas poco valen comparadas con la patria, el mundo entero viene contra nosotros creyendo que nosotros solos somos España; pues seamos y muramos todos ó sea completo el triunfo de la patria.

—Con vos lo será.

—Con todos nosotros.

—No, con el héroe.

—¡Viva nuestro general en jefe!

—Viva España sintetizada por el héroe.

—La patria, su héroe ó la muerte.

—Silencio, señores, que aun no hemos concluído, —exclamó Flaviano.—Ved, maestre Fajardo, si yo me he equivocado ó queda un cañón cargado y un tronco de árbol flotando.

El marino le obedeció contestándole.

—Mi almirante, queda cargado el cañón en que os apoyais y he visto con el anteojo un tronco flotando, pero estaba más allá de donde se hallaba el tercer barco figurado que echó abajo el príncipe.

—Me había parecido eso.

—Y como de costumbre no os habeis equivocado.

—Pues es necesario romper ese único que queda.

—Lo creo imposible, mi almirante.

—¿Por qué?

—Señor, si apenas se ve por la distancia á que se halla.

—Sí, pero el mar parece un lago y el tronco no tiene movimiento.

—Yo no me atrevo á tirarle.

—¿Ni ninguno de vosotros?

—Señor, sería una lástima hacer un *fiasco* después de tanto triunfo...

—¿No os atreveis ninguno?

—No, señor.

—Puesto que me considero el último de vosotros, haré yo el *fiasco*.

—¡El último!

—Sois el primero, pero creo imposible vuestro empeño.

—El primero, no; el único.

—¿El único? Veamos que único es ese. Todos á las troneras.

Y se fueron á ellas, echando el anteojo y moviendo luego la cabeza en señal de desconfianza y duda. Sus creencias estaban más cerca del *fiasco*, que del éxito, no obstante la gran superioridad que le reconocían.

Flaviano, hizo la puntería, la afinó dos veces, después de un cálculo matemático, concienzudo, miró un minuto con el anteojo y cuando estuvo satisfecho, dió el anteojo á un artillero, gritando:

—¡Fuego!

Se oyó el cuarenta cañonazo y el solo que mandó disparar con puntería suya el héroe.

Siguió un silencio sepulcral, Flaviano se había recostado sobre otro cañón esperando el resultado; veintiocho anteojos miraban por las troneras.

De pronto se oyó una exclamación unánime, compacta que dijo.

—¡Voló el tronco hecho astillas!

—¡Hurra por el héroe!

—¡Esto es llegar á lo imposible y vencerlo!

Todos se fueron precipitando en la tercera batería donde estaba Osorio, aclamándolo con entusiasmo delirante.

El duque del Imperio y Julio lo abrazaron y besaron,

Algunos de los restantes enronquecieron victoreándole.

Cuando Flaviano pudo hacerse oir exclamó:

—Señores, no he hecho un alarde de puntería ni de nada, he querido demostraros cuando cada uno de vosotros merecía aplausos, que el hombre nunca debe estar satisfecho de su obra que es lo que á mí me sucede. Cuando damos un problema por resuelto, queda otro por resolver y después cien más, cuando se demuestre un gran acierto debe estudiar más y más para continuar adelantando y acercarse á la perfección. Todas sus obras son falibles como él, pero la sabiduría de Dios que es perfecta, infalible, suprema, lo llama hacia él diciéndole: No llegarás á mí, mas puedes acercarte todo lo que tu quieras; depende solo de tu voluntad, de tu paciencia y de tu constante trabajo. Señores, son las tres de la tarde y ya es hora de comer, bien hemos empleado la mañana y parte de la tarde, demos algo á la materia, ya que tanto ofreci-

mos al espíritu. Conociéndoos juzgué que el éxito sería completo, segun ha sucedido y os dispuse un banquete á la orilla del mar. Vamos á estar bien acompañados. Seguidme.

Salieron dirigiéndose á un comedor al aire libre y se fueron sentando en torno de una mesa dispuesta para trescientos cubiertos.

Se hallaban todos los jefes y oficiales que no estaban de servicio y no quedó un asiento por ocupar.

Aquel banquete era el vaticinio de la cadena de triunfos que les esperaban.

Eso creían todos.

El banquete era digno de su elevado autor. Había sobre la mesa toda clase de manjares americanos y tal variedad de vinos que asombraba.

Pero no era eso solo: en todos los barcos surtos en la bahía y en todo el monte se veían comer á más de cuatro mil hombres á la vez que á sus jefes.

Es decir que en distintos sitios el banquete era general en la bahía y en el monte.

¿Qué celebraba Flaviano que era el autor?

Sólo él lo sabía. La lealtad de cuantos le obedecían.

Con lo ocurrido en el navío San Juan y la sentencia de muerte de los ingleses quedó la isla limpia de traidores y malvados. Ni había ya antropófagos ni fieras tampoco.

Por eso Osorio se decía:

—Siendo todo en esta isla lealtad, honradez y pa-

triotismo nada me importa lo que venga de fuera. Si no les basta á los enemigos de España los colosales aprestos que están terminando, que vengan enteras Francia, Inglaterra y Holanda, que sepultados quedarán en ese Océano insondable, en ese terrible golfo.

Al llegar los postres todos supieron el noble objeto de aquel fenomenal banquete Osorio con su extensa é incomparable voz de tenor, en un hermoso discurso expuso lo que acabamos de decir concluyendo con las siguientes frases.

—Hermanos, brindo por nuestra patria y por lo único que vale tanto como ella, la lealtad y el valor español.

Todos tiraron al aire sus sombreros, se oyeron cien hurras y mil aclamaciones que atronaron el espacio.

Tambien hablaron el duque del Imperio y Julio de Silva, el uno como digno representante de las glorias pasadas y algo de las presentes y el otro por las del día y las futuras.

Comenzaron á comer después de las tres y abandonaron la mesa cerca de anochecido.

Ya habían terminado y se disponían á regresar al palacio Osorio y los que le habían seguido de la isla cuando se presentó un alférez diciendo:

—Mi general en jefe, el vigía anuncia la llegada de un barco.

—Subid y cuando sepais que barco es, avisadme.

El oficial desapareció.

Un cuarto de hora después volvió á presentarse diciendo;

—Está á una milla el bergantín crucero.

—Algo acontece,—dijo Flaviano y se trasladó á un bote para salirle al encuentro.

Regresaba el bergantín con bandera italiana y á toda vela.

Al distinguir en la bahía cerca del Cortado el bote donde íba el héroe, quedó al pairo y mandó echar la escala real.

Por ella subieron Flaviano, Julio, el duque y los maestres.

Osorio estrechó la mano del comandante diciéndole:

—¿Qué os trae tan deprisa?

—Otro acontecimiento grave, señor.

—¿De dónde venís?

—De Jamáica.

—Hablad.

—Algo después que yo habrán salido dos navíos ingleses, uno en esta dirección y otro en la de las costas de Méjico.

—¿Qué motiva esas salidas?

La ausencia del navío que se estrelló y la del crucero que apresamos.

—¿Qué creen que la motiva?

—Los vientos del Este que reinaron, y que ellos tomaron por alisios.

—¿No suponen que hayan podido naufragar?

—Quieren averiguarlo.

—¿A eso solo vienen á estos mares esos navíos?

—Solo á eso y á estudiar las contingencias que puedan sorprenderles en mares dominados por sus enemigos.

—¿Conoceis la ruta que traen?

—Señor, en este escrito hallareis todo cuanto he podido averiguar.

Osorio lo leyó, añadiendo:

—Muy bien, comandante, tan grandes servicios estais prestando á la patria, que os aconsejo no os dejeis matar; sería lástima que no pudiéseis volver á España de maestre de campo, como yo deseo.

—Soy ya capitán, señor.

—Por eso, porque sois capitán y andando vais para maestre.

—Gracias, señor.

—Guzmán, disponed la galera Numancia para hacernos á la mar lo antes posible.

—¿Qué gente, señor?

—Mil hombres de guerra.

—¿Qué provisiones?

—Para cuatro ó seis días.

—Antes de media noche estará lista.

—En cuanto esté nos embarcaremos.

—¿Y yo, señor?—le preguntó el comandante.

—En vuestro bergantín os venís siguiendo á la Numancia.

Julio le dijo:

—Flaviano, ¿para dos navíos ingleses llevas solo una galera y ese otro barquito?

—Hermano, la Numancia está armada con cañones iguales á los que hemos probado esta mañana.

—Los navíos ingleses llevarán entre los dos de sesenta á ochenta.

—Me bastan con los treinta de la galera.

—No seas temerario, hijo,—añadió el duque del Imperio.

—Eso os decían á vos cuando teníais mi edad poco más ó menos.

—Pero era en tierra.

—En la mar se bate uno mejor; ¿no es cierto Fajardo?

—Dejadlo, señor duque, con esa galera y su genio destruye mi almirante una escuadra enemiga.

—¿Quieres que vaya contigo, hermano?—le preguntó Julio.

—No, te quedas en mi lugar.

—¿Y yo, hijo?

—¿Teneis empeño, señor?

—Muy grande.

—Pues venid, toda vez que no hay peligro.

—¡Que no hay peligro!—exclamaron á la vez Julio y Fajardo.

—No, ninguno. Se trata solo de una cacería. Nos hacen falta dos navíos y vamos por ellos.

—Capaz serás, no lo dudo.

—Ello dirá. Ya lo habeis oido: A las doce saldre-

mos por el Boquete. Padre mío, Julio, Zalla á la isla. Hasta luego señores.

Desde el bote se trasladaron á la carroza ó carretela pues tenía de las dos cosas y un cuarto de hora después se hallaban en el palacio.

Osorio dió algunas órdenes á su criado, saludó á las damas y encargó á Zalla que él y su criado se pusieran un traje de guerra. Media armadura,—añadió.

Hasta las nueve que se sentaron á cenar estuvo el héroe dando instrucciones á Julio.

Después se vistieron como Zalla el padre y el hijo y á las once salieron los seis, pues cada uno llevaba su criado de más confianza con dirección al muelle.

Iban á pie, despacio y tardaron media hora en llegar.

Ya les esperaban los comandantes de la Numancia y del bergantín en el muelle.

—¿Están listos los barcos?—preguntó Flaviano.

—Deben estarlo,—le contestó el primero.

—Al bote.

—¿Os sigo, señor, ó voy delante?—añadió el jefe del bergantín.

—Salid por el Cortado y os situais donde podais vernos. Allí os daré mis últimas instrucciones.

—¿Qué dirección sacais, señor?

—La de ese promontorio que cubre la ruta que trae el navío inglés.

—Comprendo.

El bote lo dejó junto al bergantín que mandaba y siguió hasta llegar á la Numancia.

En la galera acababan de embarcar los pocos comestibles que habían pedido Flaviano y su padre y estaban levando anclas cuando subieron los recien llegados, no tardando en empezar á cruzar de bolina la Numancia.

Llegó al Boquete, echaron abajo las cadenas y pasaron saliendo al mar.

Cerca del promontorio les esperaba el bergantín.

—¿Qué mandais, señor?—preguntó el comandante del crucero á Flaviano.

—Puesto que es muy temprano, remontaos un poco y si es posible llegad con el navío.

—Nada más fácil, le cogerá por la espalda.

—Si os invita á que paseis al navío, aceptad.

—Comprendo y lo haré.

—Lo demás me corresponde á mí.

—Hasta luego, señor.

—Id con Dios.

El bergantín comenzó á desaparecer y la galera fué poco á poco ocultándose detrás del promontorio.

—Anclamos, señor,—preguntó Guzmán á Osorio.

—No, al pairo, pero es conveniente que mandeis echar un bote al agua y que observe uno de los vigías y avise cuando distinga las luces del navío y acaso las del bergantín.

—Ahora mismo.

No tardó en volver diciéndole:

—Ya está en el agua.

—¿Tiene fácil salida?

—He mandado poner una escala de cuerda y que queden dispuestos los marineros que han de subir el bote.

—Bien.

—Señor, la gente se halla formada en el segundo puente y espera que la reconozcais y le deis órdenes.

—¿Mandásteis cargar los cañones?

—¿Lo hago antes?

—Sí, y también los arcabuces,

—¿Necesitaieis que jueguen las hachas?

—Sí, un ciento nada más.

—Voy á disponerlo todo para que podais bajar.

Y se retiró, según acababa de decir.

Flaviano se incorporó con su padre y Zalla preguntando al primero:

—Señor, ¿os gusta la vida de á bordo?

—No me disgusta, pero lo que más me agrada es estar á tu lado.

—Lo siento por mi pobre madre.

—Flaviano, mucho siente Tolopalca que me separe de ella, más te declaro ingénuamente que le duele aún más que te alejes tú.

—Más, no, padre mío, tanto, sí.

—No es cariño lo que siente por tí, es delirio.

—Lo mismo que por vos. Creo que os vais á aburrir.

—¿Por qné?

—Porque esta cacería no vá á entreteneros.

—¿Sabes tú ya todo lo que que vá á ocurrir?

—Creo que sí.

—Saber es.

—¿Hacemos una apuesta?

—Estaría de ver que los dos apostásemos.

—En ese cáso no apostemos, pero estaba seguro de ganaros.

—No confies demasiado.

—Me sucede lo contrario en esta ocasión, padre mío.

Continuaron hablando hasta que se acercó Guzmán diciendo:

—Mi almirante, todos esperan la honra de que los visiteis.

—Pues bajemos los tres. Esperad ¿Pérez?

—Señor, buscadme siempre detrás de vos.

—Quédate y avisa si el vigía del mar vuelve.

Y bajaron los tres al segundo puente.

CAPITULO XXI

Reconocimiento.—Instrucciones,—El comandante del bergantin y el del navío inglés.—Una sorpresa prevista.—Ni los galgos.

Toda la tropa y marinería que no estaban de servicio, se presentaron á la vista de Flaviano, del duque y de Zalla en el segundo puente de la hermosa galera.

Fueron recibidos con un viva atronador al héroe. Los fué reconociendo; según pasaba por delante de ellos les decía:

—Rostros aguerridos, los curtieron el sol, los vientos de la India y los combates. No hay uno aquí que no se haya batido á mí lado. Todos nos conocemos, todos nos hallamos dispuestos á morir por la patria querida. Con hombres como estos se triunfa siempre.

Alargaba la mano á los oficiales, algo les decía y cuando hubo terminado el reconocimiento, se situó en el centro exclamando:

—Compañeros, no hemos salido á pelear, son muy pocos para vosotros los enemigos que vienen, vamos á una cacería y para que no se escape ninguna fiera solo necesito de vosotros energía, rapidez, no os digo valor porque ninguno de vosotros aprendió á ser cobarde. Seguidme esta noche con la ligereza que yo necesito y os adelanto la seguridad del triunfo. Lo demás ya os lo dirán vuestros jefes inmediatos. ¡Todo por España; viva nuestra patria!

Como un trueno aterrador contestaron todos, sin una sola excepción á aquellas frases en las que mezclaron los nombres de España y de su héroe con loco entusiasmo.

Cuando aquellos acentos varoniles se apagaron, juntó Flaviano á todos los oficiales, dándoles instrucciones claras y concretas. Estos como aquellos ardían en deseo de cazar al enemigo.

—¡Buena ocurrencia va á estar!—decían unos.

—Como dispuesta por el héroe,—añadían otros.

Flaviano, el duque y Zalla subieron á la cubierta, allí habló el primero un cuarto de hora con Guzmán y todos empezaron á ocupar los puestos que debían, esperando de este modo la llegada del navío inglés.

La noche como las anteriores, estaba oscura y continuaba reinando un viento del Oeste que rizaba la superficie del extenso golfo de Méjico.

Flaviano paseaba con su padre por la cubierta, seguido de Zalla y de Guzmán.

—Ahora,—decía el duque á su hijo,—nuestra galera está escondida entre las rocas.

—Sí, padre mío,—le contestó,—en las cacerías conviene sorprender á la fiera, si se puede.

—Más fácil te hubiera sido echar á pique el navío que esperamos.

—Es verdad.

—¿Por qué no lo has hecho?

—Con diez cañones de una de esas baterías que ensayamos ayer y veinte minutos me bastaba, pero hubiera tenido que echar á pique el navío.

—¿Qué importa?

—Mucho.

—No lo entiendo.

—Solo de fuerza armada traerá próximamente 800 hombres, cien artilleros y otros tantos entre gente demás y empleados.

—Mil hombres.

—Sí, señor, y si puedo salvarles la vida lo haré.

—Puede teneros consecuencias funestas.

—No importa, procuraré que no muera ninguno, si no me dejan, si se empeñan en pelear y perecen algunos no habré tenido yo la culpa.

—¿Y si te matasen á tí?

—¿Quién piensa en eso?

—Yo.

—Haceia mal. Ya no me importa que me maten.

—A mí sí; no quiero que mueras.

—No es lo probable, padre mío.

—¿Por qué no te importa ya?

—Porque ya basta y sobra con mi hermano Julio para salvar el honor y la existencia de España.

—¡Pueden sobrevenir tantas cosas!

—Tiene Julio mucho talento, queda perfectamente instruído y podría hacer lo que yo.

—Más vale que lo hagas tú.

—Os repito señor que es lo probable.

—Se me ocurre una idea. ¿Por qué no hiciste lo mismo con el navío que se estrelló?

—Imposible. Ni me dió tiempo para esconder entre estas rocas la galera ni era posible apresarlo sin que lo hubiera visto el crucero, y se hubiera marchado contando á su almirante lo que había visto.

—Es verdad.

—Sólo podía ser lo que fué. Salvé á los del crucero única cosa que me era dable; si después murieron, no tuve yo la culpa sino su ingratitud y maldad.

—Todo eso está bien, Flaviano, pero me apena y mortifica ese despego de la vida que noto en tí. ¿Que te falta, qué deseas?

—Nada, señor.

—¿No tienes á tus padres que fijan en tí su ventura? ¿No tienes á Alice que te idolatra y es la mujer más hermosa que en el mundo existe? ¿No tienes al príncipe de Italía tu segundo padre, á Julio, tu cariñoso hermano, á Zalla, á Mendoza, y á millares de hombres qoe ven en tí su salvador, su ídolo? Todo esto sin contar las afecciones que tienes en España y en Méjico

—Todo eso es cierto, señor.

—Entonces ¿por qué no huir de la muerte?

—Padre mío, la vida humana es, para los que tienen mis ideas, una carga pesada que abruma y molesta. Yo, durante la catalepsia que sufrí, pude comprender la verdadera felicidad, que está en la otra vida y en el sitio en que me aguarda el gran Alberto de Silva, un día conde de Santomera, después duque del Imperio y más tarde príncipe de Italia, hermano natural de Carlos V. Habitamos señor un verdadero valle de lágrimas y vivimos en una sociedad egoista y corrompida. Es más ignorante que torpe y más descreida que ignorante. En la otra vida...

—¿Qué sucede, Flaviano?

—No os lo puedo explicar; es tan distinta la vida y cuanto hay allí de esto que aquí vemos y tenemos que aun cuando me fuera dable decirlo no lo comprendereis. Casi no lo comprendo yo tampoco.

—Dime algo más.

—Aquí se llora, se sufre, se padece y se muere tras larga y penosa agonía. Allí se goza y de satisfacción en satisfacción se va á la vida del alma, que es el emporio de todas las felicidades.

—No te comprendo, hijo.

—Ya os lo dije.

—Pero yo no quiero que tu mueras, como padre te impongo la obligación de velar por tu vida.

—Es inútil, señor, como vos, tengo yo mis días contados y ni puedo morir un instante antes ni después.

—¿Pero es cierto ese fatalismo?

—En mí, ciertísimo.

—¿Te consta?

—Sí.

—En qué te fundas.

—Padre, como dice bien el príncipe de Italia, traje á este mundo una misión y hasta que la llene en todas sus partes no puedo morir ni matarme nadie.

—¿Te dice tu fatalismo que vivirás más que yo?

—Sí, señor.

—Entonces estoy tranquilo y que ocurra lo que quiera.

Y continuaron hablando hasta que el vigía de la mar exclamó desde su bote.

—Llegan dos barcos, se hallan á menos de una milla.

El comandante de la galera exclamó:

—Arriba el vigía, después el bote.

Flaviano preguntó:

—¿Están todos en sus puestos?

—Todos, señor.

—¿La gente de armas y de mar?

—Sí, señor.

—Que no quede una sola luz encendida en la galera ni dentro ni fuera.

Los marineros cogidos á las cuerdas, los grumetes en las cofas y todos sin excepción, ocupaban sus puestos.

Osorio dió las últimas instrucciones y se colocó en el extremo de la proa.

A este acto siguió un profundo silencio.

Minutos después vieron asomar el resplandor de las luces que llevaba el navío inglés, la proa y velas, del magnífico buque extranjero.

Anduvo sesenta varas más y quedó parado.

Sobre la cubierta se hallaban su comandante que hablaba con el de nuestro bergantín que pasó al navío, siguiendo detrás su crucero que se detuvo al pararse el navío. Este quedó casi tocando su popa con el promontorio que cubría la galera de Flaviano.

Con los dos comandantes inglés y español había otro oficial, mirando estos, como los marineros y centinelas las luces que desde allí distinguían en lotananza y que no eran otras que algunas del monte que rodeaba la bahía de Líbana.

De pronto empezó á andar la galera española sin promover ruido alguno, llevando todas las luces apagadas, y con varias excepciones tendidos en el suelo casi todos los que iban sobre cubierta, que eran con la marinería, Osorio, el duque, Zalla y sus criados bastantes más de mil hombres.

La galera se acercó hasta rozar con el navío.

Se oyeron varios golpes, que dejaron fijas las amarras y saltó Flaviano, detrás su padre y á la vez Zalla y los tres criados.

Desde este instante comenzaron á llover hombres sobre el navío inglés.

Saltaban de diez en diez sin interrupción y con tal rapidez que no hay frases con que describir aquel

vuelo de séres humanos, pues parecían llovidos del cielo.

En cuanto oyeron el golpe de las amarras, saltaban de uno á otro buque sin tocar en los bordes de ninguno de ellos.

Menos de cinco minutos tardaron en cruzar de un lado á otro los mil soldados que estaban dispuestos, yendo en pos de sus jefes; pero no se detenían en la cubierta del navío, con la misma rapidez que habian saltado corrían hasta desaparecer por las escotillas.

Sepamos lo que había ocurrido sobre cubierta que tiempo tenemos de averiguar lo que está pasando en el interior.

Hemos dicho que hablaban los dos comandantes, estando muy cerca de ellos el teniente de guardia.

Al oir los tres el golpe dado por las amarras miraron y fueron á dirigirse al sitio en que cayeron aquellas, pero se les puso delante el comandante del bergantín diciendo:

—Si dais un paso más ó una voz, los dos morís.

Y les apuntó con dos pistolas de dos cañones cada una que le había prestado Osorio.

Un segundo déspués llegaron el héroe y Pérez comenzando los saltos y carreras de la tropa española y de sus jefes.

Sorprendidos el comandante y teniente ingleses y no pudiendo explicarse nada de lo que pasaba, miraban aturdidos y confusos al jefe del bergantín, el cual viendo llegar á Osorio exclamó:

—El general Flaviano.

—¡El héroe!—dijo el jefe inglés gritando.—¡Estamos perdidos!

—¡A él teniente, aunque muramos!—Y los dos sacaron sus puñales, tirandos dos golpes á Osorio.

Con su admirable sangre fría exclamó Flaviano:

—No matadlos,—esquivó las dos puñaladas dando un salto atrás formidable, después otro en distinta dirección y golpeando con el cañón de una de sus pistolas en las sienes del comandante y teniente los derribó en tierra.

—¿Los habeis muerto?—se atrevió á preguntar el comandante español.

—No,—le dijo Osorio,—sufren una conmoción cerebral que les durará una hora poco más ó menos.

—Creí otra cosa.

—Bajad,—añadió Flaviano,—y ayudad á mi padre y Zalla en la operación que están practicando. Cuan do esté dominada la situación abajo, subid y buscadme.

Y bajó el marino por la escalera de popa, corriéndose luego á la de proa.

El héroe cuando sus mil soldados estuvieron en el interior del navío y bien custodiados los cañones del primer puente, encargó á su criado Pérez que vigilara á los dos que sufrían la conmoción y acercándose á su galera hizo que se aproximase el comandante Guzmán.

Retrocedamos un poco.

Los soldados de Flaviano saltaron de la galera al navío de diez en diez, formando al caer dos filas de á dos en fondo cada una, las cuales corrían detrás la una del duque del Imperio y la otra de Zalla, se precipitaban por la escotilla de popa los unos y los otros por la de proa extendiéndose por el buque según sus jefes se lo mandaban.

Los ingleses que estaban levantados, pues más de la mitad dormían, quedaron aturdidos al ver caer de la escotilla tantos hombres sin saber de donde venían ni adonde iban.

Hubo algunos supersticiosos que los juzgaban en efecto llovidos del cielo.

Verdad es que los de Osorio saltaban de un buque á otro, corrían á la escotilla y la bajaban á saltos de cuatro en cuatro escalones.

En menos de un cuarto de hora se posesionaron de todos los cañones y armas que había en el navío, lo mismo los de la cubierta que los de abajo.

A la vez se iban apoderando de los oficiales, soldados y marinería.

Media hora después se hallaban todos los ingleses encerrados en distintos departamentos sin armas, sin cañones y hasta sin municiones.

El mérito de aquella rara sorpresa estaba en la prontitud, en la rapidez con que habían sido llevadas á cabo por los españoles.

Del terror pasaron al asombro y cuando pudieron comprender y reflexionar, tenían delante una muralla

de hierro y de carne española imposible de flanquear.

Quedaron los 900, mudos, sin aliento ni acción.

Cuando todo estuvo terminado abajo, salieron á la cubierta, el duque, Zalla y el comandante de la Numancia en busca del general en jefe.

Digamos lo qne hacía Flaviano.

Llamó, como hemos dicho á Guzmán, preguntándole:

—¿Viene doble la gente de mar?

—Sí, señor.

—¿Y la del servicio doméstico?

—También.

—Mandais á este navío todos los necesarios.

—Al momento.

—Esperad.

—¿Qué mandais, señor?

—¿Los cañones están cargados?

—Todos.

—¿Las municiones y armas sobrantes encerradas?

—Sí, señor

—¿Pueden pasar los prisioneros sin peligro alguno?

—Sí, señor.

—¿Todo lo que yo mandé se halla dispuesto?

—Todo.

—Vos mandareis este navío y yo la galera.

—Como querais, señor.

—Pronto empezaremos á trasbordarlos. Mañana

haceis un inventario de todo lo que contiene este barco inglés y me lo mandais con un bote.

—Muy bien.

Todavía le dió Osorio algunas órdenes más. Al volverse vió á su padre, á Zalla y al comandante que llegaban en aquel momento.

El héroe les preguntó:

—¿Ya habeis terminado?

—Sí,—le contestó el duque.

—¿Hubo alguna desgracia?

—Ninguna. Hijo, este modo de guerrear será muy sabio, no lo niego. pero es muy soso y muy desanimado.

—Ya os dije, padre mío, que os íbais á aburrir.

—Qué sistema tan contrario al de mis tiempos; ahora conviertes á los hombres en pájaros que vuelan y como nadie espera al enemigo bajando del cielo se aturden, confunden y se entregan sin vacilar. ¡Y qué rapidez! ¡Es maravilloso!

—¿No os gusta el sistema, señor?

—No le quito su mérito, pero es muy extraño. No vi jamás cosa igual.

—Comprended, señor duque,—le dijo Zalla,—que solo así se pueden dar batallas sin perder un soldado.

—Pero qué batallas ni qué peleas, Ricardo; sino hay lucha posible.

—¿Os atreveríais á hacerlo vos?

—Yo no conozco ese sistema.

—Ni nadie, señor generalísimo. Es solo de vuestro hijo.

—¿Hacemos algo, padre mío?—le preguntó Flaviano.

—Lo que tú mandes.

—Muy bien. Zalla, que formen nuestros soldados dos filas que empiecen en el interior del navío y concluyan en el interior de la galera. Cuando esten eolocados trasbordad todos los prisioneros de un barco á otro con sujeción á las instrucciones que os tengo dadas. Abreviad que urge hacernos á la mar.

—No tardaremos.

—Acompañadle vos, comandante; vos padre mío quedaos conmigo.

Y comenzaron los dos últimos á pasear por la cubierta del navío.

La galera que poco antes estaba completamente á oscuras se hallaba ahora alumbrada con profusión.

En estos momentos aparecía en Oriente el primer crepúsculo matutino.

No se había perdido la noche que iba pronto á ser reemplazada por la brillante luz del astro del día.

CAPITULO XXII

—

Los 200 prisioneros.—El trasbordo.—Todo ha concluído.—A la mar. —Buen tiempo y mar bella.—Las costas.

Hemos dicho que comenzaron á pasear el duque y Flaviano.

De pronto se detuvo el primero exclamando:

—¡Dos muertos! Yo creí que no hubo desgracia alguna.

—Creisteis la verdad, padre mío.

—¿Y esos dos cadáveres?

—Són, padre mío, el comandante y un teniente ingleses. Me tiraron al saber quien yo era dos puñaladas que no les dieron resultado y yo les dí un golpe á cada uno con el cañón de mis pistolas, les produje una conmoción y ahí quedaron tendidos hasta que vuelvan al conocimiento.

—Que los tiren al mar.

—No, señor, tengo empeño en que no ocurran desgracias en este navío.

—Te han querido asesinar.

—No importa.

—Flaviano, hombres así no merecen la vida que les regalas.

—Dejadlos, señor, más dura y molesta es ya para ellos la vida que lo sería la muerte. Que conserven su existencia y cuenten luego como fué la sorpresa de que han sido víctimas.

—Como te abandonas, Flaviano.

—Nada me ha ocurrido, señor.

Ya estaban trasbordando la tropa, los artilleros, la gente de mar y todos en fin los que iban en el navío.

Esta operación no se hacía con la rapidez que la anterior, era más lenta.

Primero trasbordaron á todos los jefes, los cuales fueron encerrados en camarotes, y ahora cruzaba la tropa y marinería.

No se veía su arcabuz, todos fueron depositados y en su defecto iban armados los españoles con hachas de abordaje y dagas.

Los ingleses no llevaban arma alguna ni oficiales ni soldados.

Al acabar el trasbordo fueron conducidos el comandante y el teniente ingleses á dos camarotes de la galera, los desnudaron y metieron en camas, haciéndose cargo de ellos un cirujano de la galera.

La tropa y marinería del navío fueron llevados á las bodegas de la galera, que eran espaciosas, estaban bien ventiladas y nada había en ellas Luego les echaron colchones y almohadas.

Zalla quedó en la cámara de la galera para vigilar lo que podía ocurrir en el interior, acompañado de dos oficiales que le hacían compañía. No lejos de ellos había en varios puntos hasta veinte centinelas para impedir que forzaran alguna puerta y se pusieran en comunicación los prisioneros.

Flaviano se quedó con doscientos soldados mandando los restantes al navío. De esta fuerza se retiró á descansar la mitad.

El héroe hizo llegar hasta él al comandante del bergantín, diciéndole:

—Pasad á vuestro barco. Rumbo á Veracruz, distancia de nosotros de media á una milla. Si veis el otro navío inglés haced señales.

—Muy bien, mi general en jefe.

—Partid y que se acerque Guzmán.

A este le dijo:

—Mandais el navío; haced quitar las amarras y seguid no muy distante de la galera.

Todo se hizo como Osorio acababa de mandarlo. Este se reservó el mando de la galera.

Llegó el navío inglés á las tres de la madrugada y se retiraba de allí con la galera y el bergantín á las cinco.

Ya había amanecido, pero una densa bruma im-

pedía distinguir los objetos á cincuenta varas de distancia.

Por esta causa nada habían podido ver los de la bahía de Líbana.

Después que tomó rumbo la galera, se encargó de ella el segundo de Guzmán, y Flaviano y el duque entraron en un camarote de cubierta, recostándose sobre un diván forrado de seda.

Un cuarto de hora después los dos dormían, con la mayor tranquilidad.

Iba delante el bergantín, como á una milla, detrás la galera Numancia que llevaba todos los prisioneros y doscientos soldados españoles, al héroe, al duque del Imperio, á Zalla, al capitán sustituto y veinte oficiales entre marinos y de tropa, y aun cuarto de milla seguía el navío apresado, con cuarenta cañones, un gran depósito de arcabuces y de armas blancas, más de cien artilleros, ochocientos combatientes y un excelente cuadro de marinería.

Unos iban durmiendo y otros despiertos, los tres buques iban de bolina, la mar estaba rizada y un viento del Oeste permitía dejar atrás á las naves de 12 á 14 millas por hora.

En la cubierta de las tres naves de guerra no se conocía en nada lo que ocurrió durante la noche.

Ni en el interior, á excepción de la Numancia que en sus tres pisos se veía una gran profusión de centinelas. No había puerta que no tuviera detrás la cara aguerrida de un soldado español dispues-

to á descargar su hacha sobre el cráneo de un inglés.

Encima de las bodegas estaban diez centinelas y cincuenta soldados durmiendo sobre colchones y con el hacha al lado

El héroe mandó tomar todas las precauciones indispensables para evitar una colisión, imposible ahora con las medidas adoptadas por él.

Todos los oficiales ingleses estaban incomunicados con su jefe, con la tropa y unos con otros.

En cuanto al comandante se hallaba completamente aislado y muy cerca de él el maestre Zalla armado de espada, daga y cuatro pistolas de dos cañones.

Flaviano, el duque y cerca de ellos Pérez continuaban durmiendo sobre cubierta en un hermoso camarote.

Auxiliados por un cirujano el comandante y teniente ingleses bien pronto recobraron la razón, les cerraron las puertas, dejándolos en cama para que durmieran si querían.

Reinó en la galera un completo silencio hasta las nueve que abrió los ojos el héroe, dejó el divan en que había dormido cuatro horas y sin despertar á su padre se salió del camarote, pasando al mirador que hizo construir en aquella hermosa galera para hacer sus estudios náuticos. En él se hallaba haciendo observaciones el capitán que iba mandando la galera.

—¿Qué ocurre?—le preguntó al entrar.

—Nada, señor,—le contestó el jefe marino,—el mismo tiempo y la misma soledad.

—¿El navío y el bergantín, siguen como al empezar la marcha?

—Sí, señor.

—Está bien, que releven la gente de mar y descansad todos hasta la hora de comer. Yo dirigiré la galera.

Salió el capitán y Flaviano subiendo á lo más alto de su mirador observó el tiempo. Miró después con su anteojo todo el círculo de agua que alcanzaba la vista y exclamó:

—Desapareció la bruma, el día está hermoso, nada se distingue en el golfo y nada nos amenaza fuera de la galera. Veamos dentro.

Se dirigió á lo proa bajando por la escotilla, desde el primer piso hasta la bodega.

Al verlo los centinelas, tiraban los sombreros y les presentaban el arma como hubieran podido hacer con el rey.

Flaviano sin perder su constante gravedad, les hacía preguntas y hablaba con ellos con familiaridad y hasta con afecto.

Cuando pasaba de un punto á otro, los soldados que dejaba atrás sonreían apareciendo en sus rostros la satisfacciún del hombre que admira y tiene absoluta confianza en su jefe.

De la parte de proa pasó á la popa en la que halló durmiendo al oficial que acompañaba á Zalla y á éste paseando.

—¿Qué ha ocurrido aquí?

—Nada, mi general en jefe,—le contestó Ricardo.

—¿Has dormido?

—No, señor, lo haré en la próxima noche.

—¿Careces de sueño?

—Por completo.

—No quiero que abandones esta cámara hasta que lleguemos á Veracruz.

—Bien estoy aquí, señor.

—¿Algo te falta?

—No, señor.

—Pues hasta luego.

—Vaya con Dios, mi general en jefe,

Y subió sobre cubierta, dió algunas órdenes al timonel y á la marinería, funcionaron las velas y la galera tomó un movimiento más agradable, aumentando en dos millas por hora su velocidad.

Iba á entrar en el camarote de su padre, pero halló á éste á la puerta que le preguntaba:

—¿Diriges tu la galera?

—Sí, señor.

—Ya lo he notado. ¿Dormiste algo?

—Cuatro horas.

—Yo cinco y tengo de sobra.

—Me alegro.

—¿Acontece algo en la mar ó en el interior de este barco?

—Nada.

—¿Se conforman los prisioneros?

—No, señor, pero se resignan y con eso nos basta.

—Qué remedio tienen.

—Sentémonos, que llevo más de una hora andando por el barco,

—Es mi deseo, estar á tu lado.

Y se sentaron en el diván.

A la una sirvieron la comida al comandante inglés, fué el primero que se sentó á la mesa eu su camarote.

Mientras realizaba este acto, entró Zalla y se sentó frente á él.

El comandante lo miró atentamente y formó juicio, preguntándole mientras comía.

—¿Sois mi carcelero?

—No,—le contestó Zalla con desdén—soy el que matará en el acto al inglés que intente con palabra ú obra el mas leve síntoma de sublevación.

—¿Cómo os llamais?

—Ricardo Zalla.

—¡El maestre Zalla! Vuestro nombre es ya conocedo en Inglaterra. Perdonad lo de carcelero. ¿Me hallo preso en este camarote?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por asesino.

—¡Ah! es que Osorio es un azote para mi país.

Y todos los ingleses una cruel epidemia del mío.

—¿Qué me hubiera sucedido si nada intentase contra vuestro general?

—Que estaríais á su lado, hablaríais con él, os sentaríais á su mesa y, menos mandar, todo lo haríais con entera libertad.

—Zalla, no pude contenerme al ver el más fiero enemigo de mi patria.

—El que acabará con todos vosotros si le dais motivo y ocasión.

—Somos muchos.

—No importa, su genio todo lo abarca, todo lo puede.

—No he podido todavía comprender la sorpresa de que hemos sido víctimas.

—Ni yo, ni nadie; esas cosas solo las comprende el héroe.

—Me fié del comandante del bergantín...

—Lo mismo, ó bastante peor hubiérais librado no fiándoos de él.

—¿Ese italiano es agente vuestro?

—Ni es italiano ni agente.

—¿Pues qué es?

—No os lo debo ni quiero decir.

—Gracias.

—Si la comida no os gusta pedid lo que más os agrade.

—No; es buena y abundante.

—Bebed lo que querais.

—Ya lo hago. ¿Qué suerte vá á ser la mia?

—No me lo ha dicho el general en jefe.

—¿Peligra mi vida?

—Depende de vuestra conducta. Si no atentais contra ningún español mientras esteis prisionero nada temais, pero guay si algo haceis, en el acto dejareis de existir.

—Tengo en Lóndres esposa y tres hijos, por ellos haré lo posible porque no me mateis.

—Aplaudo la idea.

—¿Á dónde vamos?

—El rumbo es á Méjico, pero ¿quién sabe lo que medita el héroe?

—¿Ni con vos, que sois su discípulo y amigo es explícito?

—No.

—¿Quiénes están con él que pueda yo conocer de nombre?

—Su padre el duque del Imperio.

—¡El invencible!

—Eso es.

—¿Nadie más?

—¿Para qué necesita él de nadie? El duque viene porque él lo pidió, no por otra cosa.

—¿Qué se propone?

—Estar la mayor parte del tiempo posible al lado de su hijo.

—No me extraña; un hijo así debe enorgullecer al padre. Sin embargo no dejaría en la sorpresa de anoche de tomar parte.

—Entre él y yo sorprendimos toda la gente que estaba en el interior del navío. El por la popa, yo por la proa.

—¿Se defendió alguno?

—Ninguno.

—¿Tratan bien á mis soldados y oficiales?

—En la mesa mejor que á nosotros, en lo demás como á prisioneros.

—¿Cuantos españoles sois en la galera esta?

—Los bastantes para dar fin de todos vosotros en media hora si quisiérais sublevaros.

—¡Quién piensa en eso!

—Porque no podeis.

—Claro es.

—Los españoles que servimos á las órdenes del incomparable caudillo Osorio, confiamos nuestra seguridad á la punta de nuestros aceros.

—Ya lo veo.

—¿Quereis otra botella de vino?

—Sí mandais que me la den.

—¿Y licores?

—Un par de copas.

—Traédselas—dijo Zalla al marinero español que servía á la mesa.

—¿Quereis, don Ricardo, decirme algo sobre la isla Líbana?

—No.

—¿Y sobre vos?

—Cuanto querais.

—¿Qué edad teneis?

—Veintiseis años.

—¡Y ya sois maestre de campo!

—¿Os parece mucho?

—No, muy poco. Cuentan casos de vos que merecíais ser general.

—Cuando el héroe no me ha ascendido más, creed firmemente que no lo merezco.

—No seáis tan fanático con Osorio.

—¡Fanático! vos no lo conoceis ni teneis talento bastante para poder juzgarlo.

—Ya se que vale mucho, pero vos lo divinizais. En Inglaterra erais ya general y tendríais un título noviliario.

—Por hacer esas injusticias os veis luego en el caso en que vos estais. Aquí, es decir, en mi país se concede al hombre lo que ha ganado y lo que puede desempeñar dignamente.

—¿Creeis por ventura que yo no puedo mandar un navío?

—No lo se ni me importa. Allá cada país se arregle como lo crea más conveniente.

—Os voy á hacer una proposición.

—Hablad.

—Id á Inglaterra conmigo y os nombran general, regalándoos además una fortuna.

Zalla en vez de contestarle, dijo al marino que servía:

—Retirad todos esos platos; dejad esas dos botellas, y copas sobre la mesa. Listo.

—¿No me contestais, don Ricardo?

—Sí, al momento.

Terminó el sirviente y Zalla cerró la puerta del camarote donde estaba encerrado el inglés, se guardó la llave y dijo:

—Qué villano; ese miserable iba á proponerme que me vendiera. Ni con toda Inglaterra tenían bastante para pagarme.

Al llegar á la cámara le dijo un capitán:

—Señor maestre, nuestro general en jefe os espera.

—¿Quién me reemplaza aquí?

—Yo.

—¿Habeis comido!

—Todos lo han hecho ó lo están haciendo menos los jefes principales.

—Capitán, si ese inglés llama, no hacerle caso ni os acerqueis á la puerta de su camarote.

—Muy bien, mi maestre de campo.

Subió Ricardo, hallando sentados á la mesa á Flaviano, á su padre, al capitán que hacía las veces de Guzman y á varios otros capitanes y tenientes que le estaban esperando para empezar á cenar.

Flaviano se fijó en el maestre diciéndole:

—Ricardo, la proposición que te hizo ese inglés no es motivo bastante para que se hayan espantado tu apetito y buen humor.

—¡Qué modo de adivinar!

—¿Me equivoqué?

—Ni ahora ni nunca.

—¿Por qué esa gravedad?

—Teneis razón, ya huyó de mí.

—En Londrés con Líbana del brazo y luciendo la banda de general no estarías mal.

—Mejor estaría el que hace tales proposiciones con el garrote oprimiendo su cuello.

—Compadécele, comamos y deja que corra el tiempo, que Dios nuestro Señor da á cada uno lo que mereco.

—Sea

La travesía continuó tan feliz y tranquila el primer día, como los tres restantes.

Poco después de amanecer el quinto distinguieron las costas de Méjico y luego la ciudad de Veracruz.

Los españoles ni se alegraron ni lo sintieron, junto al héroe estaba bien en todas partes.

CAPITULO XXIII

Explicaciones, órdenes y desembarco.—El virey de Nueva España.—A la mar otra vez.—Sigue la cacería.

La pequeña escuadra de Osorio entró en el puerto de Veracruz. Reconociendo la plaza á la galera española le hizo los saludos de ordenanza, notando con sorpresa que sólo le había contestado el bergantin que llevaba bandera italiana.

Y aumentó su asombro, viendo que eran un navío inglés, una galera española y un bergantín italiano, los cuales sin permiso de nadie estaban echando anclas lo más cerca que les fué posible del muelle.

Pronto mandó el gobernador un ayudante con dos oficiales y catorce soldados para que en su nombre pidieran explicaciones.

El barco más cerca del muelle lo era la galera y á ella se dirigieron los enviados, exclamando al llegar:

—¡Ah de la galera!

—Que quereis,—les preguntó el capitán que hacia las veces de Guzmán.

—Que echen la escala.

—¿Para qué?

—Pardiez, para subir.

—No es posible,—les contestó una voz que no era la del capitán y la que creyó reconocer el ayudante.

—¿Por qué no es posible?

—Decid al gobernador que venga inmediatamente y á él solo se le franqueará la entrada.

—¿Quién manda eso?

—El maestre Zalla,—contestó aquel asomando la cabeza.

—¿Don Ricardo, estais en libertad?

—Sí.

—¿No os han hecho prisionero?

—¡Qué locura!

—Perdonad, mi maestre de campo; cumpliremos al momento vuestro deseo.

Y regresaron, viniendo instantes después el gobernador.

Al verlo echaron la escala real y subió.

Zalla le esperaba apoyado en la borda, se estrecharon, diciéndole el maestre,

—Seguidme compañero.

Y lo llevó al camarote de cubierta en el cual se hallaban sentados en un diván el héroe y el duque del Imperio.



–No, lo sabía como vos.

Sorprendido agradablemente el gobernador, pero confuso exclamó:

—¡El general en jefe, el generalísimo! ¡Qué sorpresa!

Los dos le alargaron la mano que él estrechó con respeto y cariño, añadiendo:

—Señor, ¿ignorais que en Jamáica hay una poderosa escuadra inglesa y que pronto llegarán varias otras de Holanda, Francia é Inglaterra?

—No, lo sabía como vos.

—Y venís con solo esta galera...

—Ya lo veis.

—Teneis razón, perdonad; en vos todo es posible, mi general en jefe.

—Ya veis que los navíos de esa poderosa escuadra inglesa se vienen detrás de mí como corderos; el navío que tenemos al lado os lo demuestra.

—Ya lo he visto sin comprender la causa. Tampoco se lo que ha venido á hacer ese bergantín de guerra italiano.

—Es español, gobernador, su bandera es un disfraz.

—Incomprensible como de costumbre.

—Sentaos á mi lado y contestad á varias preguntas que os voy á hacer.

—Ante todo, mi general en jefe, permitidme os participe que se halla en mi palacio el virey de Nueva España.

—¿Qué hace aquí Navarro?

—Dicen que van á bombardear los puertos de esta costa y los están reconociendo.

—¿Quién los vá á bombardear?

—Las escuadras aliadas.

—No, eso no debeis temerlo.

—Me dais una gran noticia, señor, con la cual podré tranquilizar hoy á los habitantes de este puerto.

—Decid, gobernador, ¿qué noticias teneis de un navío inglés, como ese que está ahí anclado, que viene reconociendo estos mares?

—Ayer lo vió una galera mercante con rumbo á Frontera.

—¿Estais seguro?

—Nosotros no lo hemos visto, pero debe ser cierto. El capitán de la galera es inteligente y verídico.

—¿Cuándo ha llegado esa galera?

—Poco antes que vosotros.

—Viene á descargar.

—Si encuentra comprador, sí, señor.

—¿Qué carga trae?

—Caldos, es decir vino y aceite.

—Lo que á mí me hace falta. Quedan por España y en breve podrá trasbordarlos á las bodegas de esta galera.

—Muy bien, señor.

—Tambien necesito telas para trajes á mis soldados.

—Hay otra galera que llegó ayer de Barcelona con géneros que tienen aplicación á ese objeto.

—Quedan también por España; pueden trasbordarlos á este barco.

—¿No desembarcais, señor?

—No, saldremos para Cruz y Frontera en cuanto acaben de embarcar lo que he pedido.

—¿Viene aquí el señor virey?

—Sí, pero antes escuchadme: Traigo en esta galera novecientos prisioneros que quiero mandar al interíor de Méjico.

—¡Novecientos con un navío y cuarenta cañones!

—Sí, me mandais todos los botes que haya en el puerto viniendo en cada uno de ellos dos soldados del rey. Por el pronto que los encierren donde vos dispongais; el resto lo acordaré con el virey.

—Muy bien.

—Abreviad que tengo mucha prisa.

—¿Son ingleses?

—Sí.

—Antes de dos horas os habré quitado esa carga de carne humana.

Se despidió el gobernador reemplazándole Zalla, el capitán y varios jefes á los cuales enteró el héroe de la forma en que debía hacerse el desembarque, encargándoles la brevedad.

Poco después llegó el virey, estrechando con afecto al padre y al hijo.

No tardó en empezar el desembarque de los prisioneros.

Flaviano les permitía á todos sacar el dinero, alhajas y cuanta ropa tenían.

Los criados llevaban en maletas lo de sus amos y lo suyo y los soldados lo que les pertenecía en líos que se echaban á la espalda.

El muelle estaba lleno de curiosos y en el centro de aquel empezaban dos filas de soldados por cuyo centro iban los prisioneros, siendo los últimos los jefes y oficiales.

En medio de aquellas dos filas de soldados se fueron hasta llegar á un gran edificio en el que el gobernador los acuarteló poniendo una guardia de 500 hombres.

El movimiento en la galera estaba siendo grande, porque al terminar el desembarque de los prisioneros empezó el trasbordo de las telas, vinos y aceite.

En tanto que esto acontecía, el héroe, el virey y el duque hablaban en el camarote de cubierta.

—No pude imaginar veros hoy.

Dijo el segundo á los otros dos. Flaviano le preguntó:

—¿Cómo te va en Nueva España, Navarro?

—Cómo me ha de ir; tienes que convenir quieras ó no en que me dejaste el imperio mejicano como una balsa de aceite. Quedó de manera que se gobierna él solo.

—Y los 30.000 indios que salieron de San Juan Bautista en Tabasco.

—Están siendo modelo, como las leyes y cuanto

has implantado en este país. En todo se ve la mano del héroe.

—Déjate de héroes y oye.

—Habla.

—Mandas al interior del Norte mañana mismo á esos 900 prisioneros.

—Irán.

—Te advierto que son enemigos de España todos.

—Los internaré cien leguas ó más de la costa y nada podrán hacer contra España ni Méjico. ¿Qué más me ordenas, mi general en jefe?

—Nada más.

—Pero dí, Flaviano, ¿has cogido 900 prisioneros y un navío con cuarenta cañones sin disparar un tiro?

—Ya lo estás viendo.

—Sería inútil preguntarte como haces tu esos milagros, porque ni te comprendería ni tu querrás tomarte la molestia de esplicarlo.

—Es verdad.

—Que hijo teneis, señor duque, entra en los buques volando, como hizo en medio del mar, y en esta misma galera, cuando llegamos de España y caza navíos como si fueran conejos. ¡Qué hijo teneis señor duque! Por algo en nuestro país y en Méjico le componen romances y al hablar de él dicen: Si Flaviano te echa su aliento date por muerto.

—No me gusta esa conversación Navarro.

—Lo supongo, más soy el virey de Nueva España y tienes que sufrirme y hasta obedecerme.

—Un poco menos. Si yo mando á la vez que tu, ¿á quién obedecerán?

—A tí, sin duda alguna, por tu prestigio y por lo mucho que hiciste en este imperio, pero en cuanto á autoridad...

—Tu autoridad cesa en el momento que yo diga basta. Tú me diste la orden del rey.

—Pues no lo sabía.

—Me la has traido bajo sobre lacrado.

—Lo creo, es mucha tu suerte.

—Ahora dices la verdad.

—Sí, como tú nada vales ni nada has hecho.

—Poco, Navarro, muy poco.

—¿Señor duque, se puede oir esto con paciencia?

—Yo ya me acostumbré; cuando tú te acostumbres lo oirás como yo.

—Creo que no podré hacerlo.

En estos momentos entró en el camarote el comandante de la Numancia diciendo:

—Mi general en jefe me habeis mandado llamar y aquí me teneis.

—Sí, Guzmán. ¿Qué falta en esta galera?

—Comestibles, señor, que hemos dado fin de los últimos. ¿Para cuántos días hago provisión?

—Mala memoria teneis. ¿No son buenos los infinitos que trae el navío apresado?

—Inmejorables, señor.

—Pues mandad á la galera la mitad de los que tiene el navío y ya teneis hecha la provisión.

—Perfectamente. Por la nota que os ha pasado tenemos bastante para un mes, acaso para más.

—Mucho mejor. Oid, en adelante mandais vos la galera y yo el navío. De los hombres de guerra seiscientos aquí y cuatrocientos en el buque inglés.

—Así quedarán.

—Y os advierto que levaremos anclas en cuanto acaben de embarcar los caldos y telas, sea la hora que quiera. Tenemos mucha prisa. Abreviad todos.

—Hasta después, señores.

Salió el comandante y los tres anteriores continuaron hablando.

A las dos regresó el gobernador de Veracruz y en el acto se sentaron á la mesa los que estaban en el camarote, Zalla y varios jefes marinos y de tropa.

El embarque concluyó á las cuatro, se hizo cargo el virey de pagar por cuenta del Estado le que había comprado Osorio y á las cinco levaron ancla, se despidieron de ellos el gobernador y el virey empezando á surcar las aguas del golfo la pequeña escuadra de Flaviano.

El héroe iba mandando el navío inglés, Guzmán la galera y el bergantin su sapitan comandante.

No podian correr tanto como al ir á Veracruz, pero iban dejando atrás bastantes millas por hora.

Empezaron y continuaban sin perder de vista las costas de Méjico.

Anduvieron doce horas con igual tiempo y aire dejando atrás ciento sesenta millas.

Al amanecer se levantó Flaviano, echó el anteojo á la costa y se halló frente á Cruz.

Aquel puerto tenía para él gratos recuerdos y no apartó el anteojo de su vista hasta que desapareció la población entre la bruma.

Serían las ocho de la mañana cuando Osorio distinguió varios barquitos de cabotage que volaban hácia Cruz; le puso á uno de ellos la proa, como iban en direcciones encontradas pronto se aproximaron; la galera quedó al pairo deteniendo con la bocina á su patrón.

Osorio le hizo subir, preguntándole:

—¿Me conoces?

—Sí, señor, soy de Cruz, juzgue V. E. si conoceré al héroe.

—¿Qué os ocurre para ir al parecer huyendo?

—Huyendo vamos, señor, no os equivocásteis.

—¿De dónde venís?

—De Frontera.

—¿Qué pasa allí?

—Una cosa muy grave.

—Hablad, pero no falteis á la verdad.

—No lo hago jamás y á vos, libertador de mi patria, mucho menos que á cualquier otro.

—Acabad.

—Llegó ayer á Frontera un navío inglés con treinta cañones. Desembarcaron varios oficiales y marinos y tantos abusos cometieron que el pueblo sublevado los mató á todos.

Nada hicieron durante la noche los del navío por ignorar lo que había sido de sus compañeros ó por creer que se habían quedado en el pueblo por causa de mujeres.

Pero esta mañana fueron por ellas y sabiendo lo que hicieron con los suyos desembarcaron toda la tropa que traen é iban al ayuntamiento para coger á los matadores ó pasar á cuchillo á todos los habitantes del pueblo, los cuales, estoy seguro, que no se dejarán matar fácilmente. No se más, señor. Al oir estas noticias me hice á la vela pues creo que aquello se va á poner muy malo, y habrá para todos. Salvad, señor, á mis compatriotas.

—Esperad un poco.

Y Flaviano se encerró con su padre

CAPITULO XXIV

Preparativos para una nueva sorpresa.—Otro trasbordo importante.—Unos por tierra y otros por mar.—Término de la cacería.

Antes de encerrarse Flaviano con su padre mandó hacer las señales para que se acercasen la fragata y el bergantín.

Después dijo al duque:

—¿Señor, quereis ayudarme al más fácil término de la cacería que nos sacó fuera de la isla Líbana?

—No me agrada la pregunta.

—¿Por qué?

—Porque yo quiero todo lo que tú.

—Muy bien; pero os advierto que ahora por muy poco tiempo tenemos que separarncs.

—Eso ya no me gusta.

—Es indispensable, señor y oidme.

El hijo refirió al padre el plan que había concebi-

do fundándolo en las noticias que oyó al patrón del falucho y luego le preguntó:

—¿Lo aprobais?

—Es admirable; es como tuyo. Pero ¿y si la tropa no salió del navío ó ha vuelto cuand o lleguemos.

—No es posible, pero aun siendo así, teniendo en cuenta que voy en un navío inglés que tienen por suyo, como ellos no me harán fuego, antes de reconocerme los echo á pique.

—¿Lo harás?

—Os lo juro.

—En ese caso te obedezco ciegamente.

Ambos salieron incorporándose con el patrón. Al verlos éste dijo al héroe:

—Señor, he reparado ahora en la bandera de este navio y es inglés.

—Sí, inglés.

—¿Vos, en un barco enemigo?

—No te admire; salí á cazar dos, este es uno y el otro el que está en Frontera.

—Qué casualidad, me alegro.

—Dí, ¿qué hacían los ingleses cuando tú los perdiste de vida?

—Empezaban á embarcarse en los botes para ir al muelle. Pero habrán tardado bastante, pues sólo tenían los pequeños esquifes de su navío, las lanchas del pueblo se fueron todas.

—¿Cuánto tardaron de ese modo en llegar al muelle?

—Más de dos horas.

—¿Cuánto tiempo hace que empezaron.

—Poco más de una hora.

—¿Qué dista de aquí Frontera?

—De cinco á seis millas.

—Hay tiempo suficiente.

—¿Podrá llegar ese bergantín que se acerca, al muelle de Frontera, sin peligro de encallar?

—¿Ese? Sí, señor.

—¿Quieres ganarte cincuenta onzas y prestar un servicio á tu patria?

—A vuestras órdenes no hay hombre en el muudo que se niegue á servir mi general.

—Pues abreviemos.

Flaviano gritó á la galera y al bergantín que estaban ya encima.

—Guzman, trasladad toda la fuerza que tiene la galera al bergantín. Juntad los buques y ganad minutos.

—Volando, señor.

—Que vayan los seiscientos hombres con arcabuz y cuchillo.

—Muy bien.

—Júntese después el bergantín con el navío para que mi padre pase á él. Que ayuden los criados.

Después añadió:

—Todos los botes de las tres naves al agua con cuatro remeros cada uno; sujetad aquellos al navío para que este los remolque ayudado por los remeros.

Y dirigiéndose al patrón añadió:

—¿Dónde se fueron las lanchas del pueblo?

—A dos millas de la población.

—¿Cuántos son?

—Más de veinte,

—Las necesito con esas otras muy poco después de haber llegado nosotros al navío inglés. Les ofreces lo que quieras. ¿Puede ser?

—Las encontramos al paso, si el bergantín me deja donde ellas están las tendreis.

—Trasbordaos á él con mi padre.

No tardó en salir el bergantín con todo lo que había dispuesto Flaviano.

—Guzmán,—gritó el héroe,—quitad la bandera española á la galera y que siga al navío á media milla. Al cuarto de hora de haber llegado os juntais con él. Marchemos.

Y dió las voces de mando, todas las velas se desplegaron y el navío que tenía muy buen andar, no obstante remolcar en parte los botes, logró aunque en poco adelantar al bergantín.

Osorio dió instrucciones á Zalla, jefes y oficiales de los 400 hombres que quedaban en el navío, los primeros instruyeron á los segundos en todo lo que debían hacer y dispuestos quedaron á obedecer al héroe como tenían de costumbre.

Esta operación compuesta de varias sorpresas y amenazada de incidentes que no podían preverse ofrecía más riego y dificultades que las anteriores.

Pero así se la presentaba el destino y así la aceptó sin vacilar.

Verdad es que se hallaban tan cerca del enemigo que ni tiempo tenían para meditar cosa mejor que la que iban á hacer.

Los del navío inglés anclado se hallaban tan distraídos mirando lo que pasaba en el pueblo, que no v.eron al de Flaviano hasta que estuvo encima.

Por cumplir gritó el vigía:

—Nuestro navío Támesis.

La mayor parte de los que estaban sobre cubierta ni aun se fijaron en el barco que acababa de llegar.

Los dos navíos se juntaron cuanto era posible, se fijaron las amarras, cayendo sobre el navío anclado, como por encanto, 400 hombres perfectamente armados.

La misma rapidez que pocas noches antes, la misma energía, igual ó mayor sorpresa y como eran pocos los que quedaron, fué cuestión de un cuarto de hora.

Desde la cubierta, los camarotes, la cocina y las demás habitaciones donde había ingleses, fueron á parar á la bodega del navío revueltos los jefes con los subalternos, desarmados y tan temerosos qee no opusieron resistencia alguna.

—Todos los artilleros, —gritó el héroe—á vigilar la bodega donde se hallan los prisioneros, registrando algunos el navío para evitar que nadie quede escondido. Los cuatrocientos soldados, sus jefes, criados y

Zalla, á los botes y lanchas á mis órdenes. Id bajando.

En este momento llegó la galèra tan cerca de los navíos que el héroe pudo gritar:

—Guzmán, venid á los navíos con la gente de mar que os sobre y repartidla para que haga el servicio de los tres barcos. Vigilad á la vez á los prisioneros que tenemos en la bodega. Quedais de jefe absoluto.

—Descuidad mi general en jefe, que aquí nada ocurrirá. ¡Vaya un modo de apresar navíos; esto no se vió jamás, ni pudo imaginarlo nadie! No es un héroe, no.

—¿Pues qué es?—le preguntó su segundo.

—Siete veces héroe. Cuando lo contemos nos van á tener por locos ó visionarios.

—Pues habeis dicho la verdad.

Flaviano miraba en este momento saltar los soldados á los botes, dirigiendo algunas miradas á las lànchas que al distinguirlo los remeros, lo aclamaban, haciendo volar á sus esquifes.

Al llenarse el último bote, llegaron las dos primeras lanchas, luego cuatro y seguidamente las restantes.

El patrón venía en una de ellas, diciendo á sus compañeros:

—¿No os lo decía? Llegó al bergantín de esos piratas y tardó un minuto en apresarlo.

—Claro, es un héroe que coge un puente y seolleva donde le da la gana, ¿qué no hará con un navío?

Desde la escala se tiraban los soldados á las lanchas para llegar antes.

El último fué Osorio, que dijo á Guzmán:

—Si lo creeis conveniente armad á la marinería.

Y dirigiéndo á los remeros les gritó:

—Al muelle, volemos, que es posible peligre la vida de mi padre. Y vosotros, amigos míos, los que conducís esta lancha, sabed que quiero saltar á tierra el primero. Los jefes van á la pelea delante de los soldados.

—Llegaremos antes, señor.

Y se les veía rojos de los extraordinarios esfuerzos que hacían.

Llegaron y todos comenzaron á saltar á tierra.

Los del duque habían desembarcado tres minutos antes, pero al ver el padre que su hijo se acercaba, le esperó en el muelle, diciéndole:

—Hijo, no quiero separarme de tu lado. Manda, que soy el primero en obedecerte.

—Gracias, padre mío.

Los lancheros y los de los botes también, saltaron al muelle y con sus palos ó remos al hombro, capitaneados por el patrón del falucho se disponían á pelear gritando:

—¡Viva el héroe!

—¡El libertador de Méjico!

—¡El genio de la guerra!

Por fin logró Flaviano hacerles callar. Pero volvieron á atronar el espacio nuevos gritos de paisanos armados que se le unían sin dejar de decir:

—¡Con el héroe!

—¡Con nuestro salvador!

—¡Dios nos lo envía!

—¡Vivan los hijos de España!

—Antes que todos, el héroe.

Por fin volvió á dominar la potente voz de Flaviano diciendo:

—Señores, sino callais, me vuelvo á mi galera.

—Eso no, por Dios Santo.

—Callad, y traedme uno que esté bien enterado de lo que pasa en estos momentos con los ingleses que han desembarcado.

—Yo, señor—le dijo un empleado del ayuntamiento.

—Sed breve.

—Todos los jefes y oficiales del navío están en el salén capitular del municipio castigando al alcalde y seis concejales que hallaron allí para que les digan quienes son los que han muerto anoche á varios ingleses. Y la tropa está formada en la plaza del ayuntamiento esperando las órdenes de sus jefes.

—¿Cuántas entradas tiene esa plaza?—le preguntó Osorio.

—Cuatro.

—Padre mío, dividid la fuerza en cuatro partes y seguidas de otros tantos de los que conozcan las entradas, caer á la carrera sobre los ingleses, sorprenderlos, aturdidllos, desarmarlos y queden encerrados en el edificio más grande que haya por allí. Yo tengo bastantes con veinte hombres.

—¿Dónde vas tú, Flaviano?

—Al ayuntamiento. No perdamos instante.

Cuatro paisanos calcularon las distancias y primero salió Zalla con doscientos cincuenta hombres y varios paisanos; luego un capitán con otros tantos; después el duque con los suyos y el último con doscientos treinta.

Flaviano, con sus veinte soldados y todos los remeros detrás, fué por el camino más corto á la puerta principal del ayuntamiento.

Todos llegaron á aquella gran plaza á la vez. Entraron en ella con la rapidez que habían saltado de un buque á otro, sin dar voces, sin otro ruido que el de la carrera que llevaban.

Cuando los soldados comprendieron que tenían encima al enemigo ya apuntaba la boca de un arcabuz al pecho de cada inglés.

—Paisanos,—gritó el duque del Imperio á los que le seguían.—Desarmad á los ingleses. Y vosotros, soldados españoles, al que resista, fuego.

A estas voces acudieron infinidad de paisanos que iban quitando las armas á los ingleses. Al que se resistía; de un culatazo se la hacían soltar prontamente.

La plaza se llenó de habitantes de Frontera, pidiendo unos armas y quitándolas otros.

Sepamos lo que pasa en el salón capitular del ayuntamiento.

El comandante inglés seguido primero de setecien-

tos hombres que era la fuerza de su navío y luego de todos los jefes y oficiales, por haber dejado en la plaza los soldados: se posesionó del ayuntamiento cogiendo al alcalde y seis concejales que estaban conferenciando.

El inglés les pedía los asesinos de los oficiales que le mataron por la noche, pero el jefe del municipio no hablaba inglés y el español en que el otro le repetía la orden ó no era claro ó el alcalde no quería comprenderlo.

Cansado el inglés de hacerle el pedido en los dos idiomas y hasta por señas, la emprendió con él á bofetada limpia amenazándole á la vez que incendiaría la población si en el término de dos horas no entregaba los hombres que pedía.

Pero el peor de todos había sido el hijo mayor del alcalde y claro es que éste no podía comprender ni obedecer al jefe inglés.

Así trascurrió cerca de una hora, el comandante estaba ya cansado de castigar en el rostro al alcalde é iba á dar la orden del incendio, cuando le dijo un alférez.

—Mi comandante, ese hombre no nos comprende ó no quiere comprendernos y como nada sacamos con pegar fuego á esta población, os propongo nos concedais dos horas de saqueo. Algunos paisanos se están armando, según he visto al entrar en la ciudad y eso puede servirnos de disculpa.

—¿Qué decís vosotros?—preguntó el comandante á los restantes oficiales.

—¡Saqueo! ¡Saqueo!—contestaron todos.

—¿Cuánto tiempo quereis?

—Cuatro horas.

—Sean.

En este mismo instante se presentaron á la carrera Flaviano, sus veinte soldados y setenta ó más remeros con sus palos alzados.

Cada soldado quedó apuntando á un jefe.

Osorio exclamó:

—Ingleses, el que resista, muere.

—Insensato,—le contestó el comandante inglés,—¿ignoras que tengo setecientos hombres armados muy cerca de aquí?

—Todos han caido en poder de las tropas del rey de España.

—¿Y el navío con treinta cañones anclado en el puerto con el cual puedo destruir esta población y á todos vosotros en dos horas?

—También ha caido en poder de las tropas de mi rey, dentro de él se encuentran los españoles y si vos teníais treinta cañones que abandonásteis para venir aquí, yo os los he copado, porque trage contra vosotros setenta y seis y una escuadra.

Y añadió en español:

—Soldados, desarmad á esos ingleses.

En dos minutos quedaron sin arma alguna.

Al verlos en aquel estado el alcalde, indefensos y rendidos, se echó sobre el comandante inglés gritando:

—Te voy á matar, pirata; por cada golpe que me diste, te voy á dar diez hasta que mueras.

Y levantó el brazo para darle, pero se interpuso Osorio, diciéndole:

—Donde yo estoy solo la ley castiga.

—¡Pasaré por encima de tí; quiero matarlo!

Y empujó al héroe sin saber lo que hacía, pero en el mismo instante rodó por el suelo quedando inútil por algún tiempo.

—¡Muera ese villano que ha puesto las manos en nuestro general en jefe!—gritaron los soldados y fueron y disparar, más se puso delante Osorio diciéndoles:

—Deteneos, que ni sabe lo que ha hecho ni merece la muerte.

En este momento se precipitaron en el salón cincuenta ó más soldados españoles al mando del duque del Imperio y de dos oficiales gritando:

—¡Viva España!

—¡Viva el héroe!

—¡Viva el duque del Imperio!

—¡Muera el inglés que resista!

El padre se puso al lado de su hijo diciéndole:

—Todos están ya desarmados y en nuestro poder, Flaviano.

—¿Hubo alguna víctima?

—No, hijo mío. ¿Y el navío y los que en él estaban?

—Lo apresé en cinco minutos y en diez dejé encerrados en la bodega á todos sus defensores.

—¿Y aquí?

—Ya lo veis; desarmados y rendidos.

—Entonces hemos concluido.

—Todavía no.

A la vez que el duque, los dos oficiales y cincuenta soldados entraron en el salón, tres hijos que tenía el alcalde y más de treinta paisanos armados.

Los hijos buscaron á su padre, viendo en el estado que se hallaba, lo sacaron entre dos y salieron por una puerta trasera del ayuntamiento el alcalde, sus tres hijos y la gente armada que llevaban.

Flaviano estaba hablando con su padre y no pudo ver la salida de aquellos hombres ni aún notó la llegada de ellos por haber entrado detrás de las fuerzas que seguían al duque del Imperio.

Este acontecimiento debía tener funestas consecuencias.

CAPITULO XXV

Medidas acertadas.—Una sublevación con la que no contaba Flaviano.—Corre la sangre.—Se complica la colisión.

Todavía cruzaron algunas frases padre é hijo, mandando luego Flaviano que encerrasen en una habitación contigua al comandante y oficiales del navío apresado.

Después reconoció la casa ayuntamiento y siendo muy grande, mandó acuartelar en una parte del piso bajo á los setecientos soldados ingleses prisioneros, dejando en medio de la plaza las fuerzas que él llevó al mando del maestre Zalla.

Dentro del edificio estableció una guardia de prevención y varios centinelas que vigilaban los prisioneros.

Cuando todo esto estuvo hecho, preguntó al duque del Imperio.

—Y las armas de los ingleses ¿dónde están?

—Las arrebató el pueblo,—le contestó.

—¡Qué impremeditación!

—Se pusieron de parte nuestra, hijo mío.

—Luego lo veremos ¿Y el alcalde?

El patrón del falucho le contó que se lo habían llevado sus tres hijos, sacándolos por una puerta trasera y seguidos de más de treinta paisanos armados.

—Padre, esto no ha concluído; va á empezar ahora. Patrón, id con vuestros amigos, extendeos por el pueblo y averiguad qué hacen ese alcalde, sus hijos y sus amigos. Volad y traedme noticia al momento de ver algo extraordinario.

—Hasta luego, señor.

Y desaparecieron el patrón y todos los remeros que le habían seguido.

—Padre mío, añadió Flaviano—haced que entren en el ayuntamiento todas las fuerzas que tenemos, poned centinelas á la puerta y que los jefes y oficiales continuen al frente de los soldados que cada uno manda.

—¿Qué temes, Flaviano.

—Una sublevación popular.

—¿Será posible?

—Ya lo vereis. Ese alcalde es una fiera que habrá necesidad de aplastar.

—Pues se hace.

—Es que le seguirán muchos.

—Con todos.

—Correrá bastante sangre.

—Puesto que ellos lo quieren, sea.

El duque salió, hizo entrar á todos los españoles, dejando el palacio del ayuntamiento en estado de defensa.

Todas las medidas que tomó fueron acertadas.

En la plaza no quedó un solo hombre.

De los dos mil paisanos que se agolparon al llegar los españoles no quedó ninguno.

Cuando el duque hubo concluido buscó á su hijo que miraba hacia la población en medio de varios oficiales.

—Flaviano,—le dijo,—ya dejo este edificio en el mejor estado de defensa.

—¿Dónde está Zalla, padre mío?

—En el zaguán con doscientos soldados y cuatro oficiales.

—Como temía,—añadió el héroe echándose atrás —va á correr sangre. Cuanto inglés va á morir.

—¿En qué te fundas, hijo?

—Ved que esa plaza está desierta.

—Es verdad

—Cerrados los balcones y ventanas de todas las casas que se ven desde aquí.

—Cierto.

—¿Todo eso no os dice nada?

—¿Qué importa con la fuerza que tenemos?

—Ellos serán más del doble que nosotros, el número los alentará y van á morir muchos.

—Si ellos lo quieren, sea.

—Ha podido evitarse, padre mío.

—¿De qué manera?

—Tened en cuenta que lo mejor que tienen son los setecientos arcabuces que quitaron á los ingleses.

—Con ellos morirán.

—Eso es lo que yo no quería.

—¡Qué agradecimiento! los ingleses los hubieran pasado á cuchillo después de cuatro horas de saqueo y crímenes, este pueblo lo hubieran convertido en ruinas, de todo eso los hemos librado y si se sublevan contra nosotros nos pagarán bien.

—Es que la sublevación no es contra nosotros solamente, lo es contra España y contra el rey y todos los que eso hagan tienen pena de la vida.

—Nosotros no tenemos la culpa, que mueran. Flaviano, puesto que les dejé coger las armas, permíteme la dirección de esta jornada si la hay.

—Todavía no podemos resolver nada. Esperemos.

—No se vé un solo paisano.

—Ya vendrán. Ese alcalde es soberbio, domina este pueblo y, no lo dudeis, habrá colisión.

—Llegan el patrón y los remeros. Vienen corriendo.

—Avisad,—dijo Osorio á un oficial,—que dejen salir al patrón y entrar á los remeros en el zaguán.

No tardó en presentarse frente á Flaviano el patrón.

—¿Qué acontece?—le preguntó el héroe.

—Señor, en el interior forman parapetos, hay armados más de dos mil hombres y van á venir pidien-

do que les entregueis los ingleses, y el soldado que pegó al alçalde.

—¿Quiénes organizan esa sublevación?

—Todos los individuos del ayuntamiento y principalmente el alcalde y sus tres hijos.

—¿Cuánto tardarán en llegar?

—Dos ó tres horas.

—Patrón, decid á los remadores que se vayan á las lanchas y esperen cerca del muelle mis órdenes. Vos os quedais conmigo.

—¿Nada ocurrirá en el muelle, señor?

—Nada, pronto será tomado por mis soldados y defendido además por la escuadra.

—¿Desea V. E algo más?

—Sí, ¿dónde se reunen los del ayuntamiento?

—En la casa del alcalde.

—Decid al maestre Zalla que suba.

Salió el patrón, preguntando el duque.

—Hijo mio, ¿por qué no nos adelantamos y los batimos antes que ellos empiecen?

—Padre mío, aquí somos España, somos el rey y cuanto hagamos debe estar justificado. Esperad que ellos empiecen; por desgracia no tardarán.

Zalla preguntó al héroe:

—Mi general en jefe, ¿qué mandais?

—Saca la mitad de la fuerza, es decir 500 hombres y con ellos tomas todas las casas que rodean el ayuntamiento, las de esa plaza y las de la calle que va al muelle. Mandas que se parapeten en !os balco-

nes y ventanas y se concreten á la defensiva. Si es necesario, que tiren tabiques para que estén en comunicación unos con otros. Para cada 20 hombres quevaya un oficial. Cuando termines, te quedas en el muelle con treinta hombres bajo los fuegos del bergantín, que estará allí anclado. Si me mandan algún parlamento que lo dejen pasar, pero á un solo hombre.

—¿Nada más?

—No, parte.

Minutos después abandonaba Zalla aquel gran edificio al frente de 500 soldados y 25 oficiales empezando á cumplir las órdenes del general en jefe.

—Parece imposible que eso hombres estén haciendo nada.

—¿En qué os fundais, padre mío?

—En el silencio que reina y en la calma que se advierte.

—La vida de este pueblo sublevado contra España está toda en el interior y parte opuesta de este lugar.

—Pero siendo nosotros tantos, mandándonos tú y teniendo una escuadra con más de cien cañones, ¿se atreverán esos insensatos á hacernos fuego?

—Sí, señor.

—No cabe esto en mi cabeza.

—Señor, la inmensa mayoría de ese pueblo son tan ignorantes que se convertirán en autómatas de su alcalde.

—¿Pero no habrá uno que les diga lo que les va á suceder?

—Sí, algunos, pero no se atreverán por temor al alcalde.

—¿Pero qué alcalde es ese, Flaviano?

—Un hombre soberbio, que lo han lastimado y no vé otra cosa que venganza.

—Le va á costar la vida.

—No siento yo la suya, sino la de las muchas víctimas que va á inmolar.

—Todos sin saber lo que hacen.

—Vos lo decís.

—Todas las puertas se abren á la voz de Ricardo.

—Es natural, señor; la gente de armas y de brío está aún en el interior.

—Con qué rapidez ejecuta las órdenes el maestre.

—Ahora está en carácter. ¿No vísteis lo encendido que estaba su rostro? Por eso lo mando al muelle, si él hubiera quedado aquí, mata hoy hasta que no quedara uno.

—Con él, y yo, seguidos de doscientos soldados bastábamos para acabar con todos.

—¿Matándolos?

—A todo el que no se entregase.

—Son hijos de Nueva España, señor.

—Son rebeldes, Flaviano

Continuaron hablando de este modo hasta que vino á interrumpirlos el ruido de muchas voces.

Luego apareció por la calle que daba frente á los

balcones del ayuntamiento una masa compacta de hombres armados.

Delante iba el hijo mayor del alcalde á caballo, llevando en la derecha una espada desnuda.

Al acercarse á la plaza les gritó la voz de un oficial español:

—Alto

Y los balcones y ventanas se llenaron de hombres que apuntaban con los arcabuces á los que venían del interior de la población.

Quedaron parados y hablaron entre sí.

No esperaban ellos encontrar á los españoles mejor parapetados que ellos estaban en el interior de la población y tomadas todas las casas que rodeaban el palacio del ayuntamiento.

—¿Qué quereis?—les preguntó el mismo oficial.

—Hablar con el jefe de los españoles.

—¿Quién sois y con qué derecho?

—Represento al municipio y á la primera autoridad de Frontera.

—Que pase sólo el que traiga esa representación.

—¿No puede ningún otro?

—No, el que lo intente morirá en el acto.

Hablaron de nuevo, acabando por echar pie á tierra el hijo del alcalde que los mandaba dirigiéndose con resolución á la plaza.

Luego entró en el ayuntamiento y entre dos soldados lo llevaron á presencia de Osorio que estaba

cerca de un balcón rodeado de su padre y de varios oficiales.

—Avanzad,—dijo al envíado.—¿Quién sois y qué quereis?

—Soy el hijo mayor del alcalde y vengo en su nombre á pediros todos los ingleses que han desembarcado.

—¿Sabes con quién estás hablando?—le preguntó el duque del Imperio cogiéndole un brazo y sacudiéndole.

—Me habeis lastimado.

—Eso no es nada, te he de mandar arcabucear muy pronto. Contesta á mi pregunta: ¿Sabes con quien estás hablando?

—Yo no.

—Has dirigido tu villano acento al héroe, general en jefe de las fuerzas de mar y tierra del rey de España. Y á tan elevado señor, se le habla con el sombrero fuera de la cabeza y dándole tratamiento.

Y diciendo esto le quitó el sombrero y lo arrojó por el balcón á la plaza.

—¡Don Flaviano de Osorio!

Exclamó el enviado con temor.

—Padre mío,—dijo Flaviano,—dejadlo que diga lo que quiera, tiempo tenemos para dar fin de todos y no dejar un edificio levantado en esta población ¿Queréis los ingleses?

—Sí, señor.

—¿Con qué derecho?

—Con... Con el de la necesidad de juzgarlos.

—¿Sabeis que soy aquí el rey de España?

—Sí, señor.

—Os habeis rebelado contra los españoles.

—No, señor.

—En ese caso entregad á mis soldados todas las armas que tengais y someteos, que yo juzgaré á los ingleses.

—Nos sometemos, pero vengan antes los ingleses.

—¿Son vuestros? ¿Los habeis vencido vosotros?

—Están en nuestro pueblo.

—Este pueblo es del rey de España.

—Si no me los dais habrá guerra, si me los entregais paz.

—Me has asustado, villano,—le dijo el duque y cogiéndolo del mismo brazo que antes, lo arrastró á la escalera y le dió un puntapie añadiendo:—Sal de este edificio y prepárate á morir.

Rodó por las escaleras.

Los que le vieron se reían. Los soldados del zaguán le empujaron también y el hijo del alcalde que era tan soberbio como el autor de sus días, corrió á donde estaba su caballo ansiando vengarse de los españoles.

Luego picó al potro, exclamando:

—¡Guerra á los españoles! ¡guerra! ¡guerra!

Los soldados que estaban en los balcones le contestaron con una carcajada burlona.

Precisos eran todo el prestigio y fuerza moral de

Flaviano en aquellos solemnes momentos para contener y dominar la masa española que tenía á sus órdenes.

En honor á la verdad desde Zalla hasta el último soldado todos pensaban como el duque del Imperio, todos querían ir al combate contra los torpes hijos de Frontera sin esperarles entre parapetos ni detrás de los tabiques de las casas.

Querían buscarlos, pelear con ellos al aire libre y vencerlos y dominarlos.

¿Se atreverán á desobedecer al héroe? Pronto lo veremos.

CAPITULO XXVI

Lo qua eran y lo que son los sublevados de Frontera.—Se rompe le fuego.—Actitud del héroe.—El valor de los mejicanos.

Apresado el navío inglés y cogidos prisioneros todos sus defensores, ni quería Osorio ni le convenía la lucha que iba á empezar entre españoles y mejicanos. Juzgaba la conducta que acababa de observar su padre contraria á los intereses de España y á sus nobles instintos, pues eran opuestos á la efusión de sangre entre mejicanos y españoles. Pero nada dijo al duque; la ingratitud y torpeza de los sublevados eran tan grandes que justificaban lo hecho por el autor de sus días con el hijo del alcalde.

¿Qué podía motivar la arrogancia de aquellos hombres contra un héroe que tanto hizo por ellos y que tanto acababa de hacer, salvando las vidas de los hombres y la honra de sus esposas, hermanos y madres?

Lo va á explicar Osorio en el siguiente diálogo que va á sostener con el duque del Imperio.

Arrojado por la escalera el azteca parlamentario, de la manera que hemos visto, se incorporó el padre con su hijo y oficiales que le rodeaban, diciendo á Flaviano:

—Qué bárbaros y que tolerante estás con ellos, hijo.

—No saben lo que hacen, señor.

—Tú que los conoces bien ¿cómo te esplicas una conducta tan impropia del buen sentido y tan descabellada?

—Sencillamente, padre mío; en este pueblo, que no hace mucho era una aldea, se fueron refugiando todos los aztecas que más se oponían á nuestra dominación en Nueva España. Aquí hay hijos de todos los Estados del Sur de Méjico que sometí, primero con la fuerza de las armas, y después con mi conducta noble y generosa Los que no se sometieron tenían que huir; eran pocos comparados con el núcleo que presentaron durante la rebelión y se fueron refugiando aquí, acatando en la forma el gobierno de España y siendo en el fondo tan contrarios como anteriormente. Debido á una casualidad se han visto bien armados y dueños de una plaza de relativa importancia, han recordado lo que eran y se han dejado llevar de sus intentos sanguinarios y de su odio á los dominadores.

—¿Pero qué va á ser de ellos, Flaviano?

—No lo sé, más presiento que lo van á pasar mal.

—¿Qué supone la fuerza que ellos tienen contra más de cien cañones y más de mil hombres tan prácticos en la guerra?

—Por eso, padre mío, no tengo prisa, quiero darles la mayor cantidad de tiempo posible para que reflexionen en el disparate que están haciendo.

—Unos hombres que conocen tu historia, la más gloriosa y triunfante que puede haber y atreverse contigo.

—Señor: recordad el adagio: no hay nada más atrevido que la ignorancia.

—¿Crees tú, por ventura, que el tiempo que les das y la paciencia que tienes con ellos, va á economizar la efusión de sangre?

—Creo, señor, que la humanidad y el elevado cargo que ejerzo, me imponen la prudencia y circunspección que veis.

—¿Cuánto mejor era penetrar y descomponer el centro de esa rebelión que crece á cada instante que pasa?

—¿Cuánto mejor es que en lugar de penetrar mis soldados y morir matando, penetren las balas de mis cañones y ellos deshagan la rebelión sin que yo pierda un soldado?

—¡Bravo!—le contestaron todos los oficiales que le oían.

Hasta el duque inclinó la cabeza sin hallar nada que contestar. Flaviano añadió:

—A la sombra de la indirecta protección que les

dí, de la gran tolerancia qae tuvimos con ellos, convirtieron en ciudad lo que fué mísera aldea; si hoy me obligan á que destruya su obra, prueba es de que no merecen los beneficios que les estaba reportando.

—Muy bien, hijo mío, me declaro vencido y haré todo lo que tu me mandes.

Media hora después, empezó á oirse el fuego de los sublevados y el de las tropas de Osorio que contestaban desde las casas que se hallaban más cerca del enemigo.

Al cuarto de hora de sostenido tiroteo recibió el héroe el siguiente parte de un oficial:

"Excmo. señor.

Nos atacaron los rebeldes, les hemos contestado y van ya en este momento veintiuno fuera de combate. De los nuestros un herido.

Hemos derribado tabiques y estamos en comunicación más de cincuenta hombres; no podemos temer un asalto. Seguimos como V. E. mandó á la defensiva. *Pacheco*".

—¡Un herido!—exclamó Flaviano con sentimiento. Y añadió!—Padre, seguid todos á la defensiva, prohibo en absoluto lo contrario. Yo me encargo de atacar.

Y sin esperar contestación salió del ayuntamiento, seguido ónicamente de su criado y del patrón del falucho.

Los oficiales y soldados que estaban en los balcones, empezaron un aplauso que continuó hasta el muelle.

Los tres llegaron á éste, pidió una lancha ó bote y mientras se lo acercaban le preguntó Zalla, que estaba encargado de aquel punto:

—Mi general en jefe, ¿me permitís meterme en el corazón de ese pueblo con 50 hombres?

—No, Ricardo, ni con 1000.

—Gracias por la buena intención, pero no os la agradezco.

—Poco me importa. Sube á ese edificio y espérame en él.

—Entonces no podré...

—Obedece y calla.

—Señor, tanto interés por mí...

—Señor maestre de campo...

—No os incomodeis, mi general en jefe, ya obedezco.

Los tres entraron en una lancha movida por doce vigorosos remeros, el patrón cogió el timón, en tanto que Zalla entraba en el edificio que le mandó Osorio.

—¿Adónde vamos, mi general?—le preguntó el patrón.

—A la galera Numancia.

En el mismo instante comenzó á surcar el puerto la lancha.

—Ya vereis lo que sucede á los rebeldes,—decía el patrón á los remeros,—no va á quedar ni hombre ni casa.

Los sublevados continuaban haciendo fuego que era dignamente contestado por los soldados de Fla-

viano. Este movía la cabeza con disgusto, su rostro se iba encendiendo y su mirada incierta y sombría indicaba algo del pensamiento que escondía su cerebro.

Un centinela de la Numancia gritó.

—¡El señor almirante! Echad la escala real.

La cubierta se llenó de marinos á cuyo frente se hallaba el comandante Guzmán.

Flaviano dijo á los lancheros:

—Esperad aquí tarde el tiempo que quiera. Quedais á mis órdenes.

Y subió de dos en dos los escalones.

Saltó á la cubierta y entrando en el primer puente, exclamó:

—Artilleros, cargad todos los cañones de la banda babor con bala; los de estribor con metralla. Pronto. ¿Guzmán?

—Aquí estoy, mi almirante.

—Mi anteojo ó el vuestro.

—Tomad el mío, señor.

—Que leven ancla.

Sin dejar de mirar con el anteojo, pregnntó al patrón.

—¿Conoceis la casa del alcalde?

—Sí, señor.

—¿Se vé desde aquí?

—Perfectamente.

—¿Y las de algunos concejales?

—También.

—Fijaos en ellas con el anteojo. Dadme los míos.

—Tomad mi almirante.

—Señor,—le dijo el patrón,—fíjese V. E. en las ocho casas que constituyen la gran plaza de Frontera.

—Ya la veo. ¿Dónde está el edificio azul?

—Es la del alcalde, sigue la de su hermano y en seis restantes habitan concejales.

—Basta. Comandante,—añadió.—Estribor á la plaza en cuanto yo os avise; que marche la galera entonces á dos brazas por minuto.

—Ya tenemos la galera como habeis mandado.

Osorio continuó mirando con su anteojo hasta que le dijo un capitán de artillería:

—Mi general en jefe, cargados quince cañones con bala y otros tantos con metralla.

Flaviano se acercó á los dos primeros, hizo la puntería y sin afinarla gritó:

—Artilleros, fuego al primero, casi á la vez al segundo.

Una tras otra se oyeron dos terribles detonaciones.

Los oficiales miraban con los anteojos.

Sin dejar de mirar exclamó Flaviano.

—Comandante, que marche la galera dos brazas, por minuto, según os tengo prevenido.

—Va á empezar.

Flaviano hizo otras dos punterías gritando:

—Fuego al tercero y cuarto.

Volvieron á escucharse otras dos formidables detonaciones.

Y después otras dos y así sucesivamente hasta las quince de metralla.

Al acabar tornó el héroe á exclamar.

—Guzmán, babor á la plaza y que marche la galera las mismas dos brazas por minuto.

El comandante hizo virar en redondo, quedando la galera con su banda babor frente á Frontera.

Ahora hacía y afinaba la puntería el héroe cañón por cañón, pasando un intérvalo de más de medio minuto de un cañonazo á otro.

Al oirse el último estaba el espacio cubierto de humo, ni aun la población se distinguía.

Todos los edificios habían temblado, algunos estaban convertidos en ruinas y al estampido de tanto cañonazo, siguió en la galera un terrorífico silencio.

—¿Qué hacemos, señor?

Preguntó el comandante á su general.

—Echar anclas y que dispongan la comida para 1700 hombres, sus jefes y oficiales. Mandadme un pedazo de embutido, pan, una copa de vino de Jerez y un vaso de agua. Que den la misma ración á mi criado y á ese patrón.

—Señor, hay...

—Solo quiero eso.

—Mala comida para un general en jefe.

—Peor la tiene mi padre que es generalísimo y vale más que yo.

—Siento no estar conforme con vos.

—¿Os vais?

—Ahora mismo.

Flaviano, se sentó en un banco de madera, vuelto de espalda á la plaza, junto á él colocaron una bandeja conteniendo lo que había pedido y con la mayor calma comenzó á comer.

Delante fueron formando varios jefes y oficiales de artillería y de marina, á un lado del héroe comían lo que él su criado y el patrón.

Todos callaban contemplando á Osorio con admiración.

Este levantó la cabeza y fijándose en un capitán de artillería, le dijo.

—Me parece haberos visto cerca de mí, mirando lo que ocurría con las descargas.

—Sí; señor.

—¿Y qué habeis visto?

—La mejor puntería de la tierra.

—Esa es la causa capitán; os pregunto por los efectos.

—Asombroso, señor, terroríficos,

—¿Para quién?

—Para ellos.

—Sois inteligente y frío. Contad lo que habeis visto.

—Señor, los quince primeros cañonazos barrieron siete calle y una plaza.

—¿Había muchos hombres en ellas.

—Muchos y todos armados, algunos haciendo fuego y otros disponiéndose á hacerlo.

—¿Eso es. ¿Perecieron muchos?

—¡Ay, señor, la mayor parte! Aquella puntería...!

—No seais pesado, concretaos á los efectos.

—¡Cuántomiembro mutilado, cuánto cadáver, cuánto herido!

—¿Y luego?

—Luego, señor, quedó convertida en ruinas la mejor plaza de Frontera. Lo más grave fué la metralla, barrió una parte de la plaza que estaba llena de gente armada. Acto contínuo los muchos que quedaron en pie se metieron en los edificios. ¡Desgraciados! Claro es que al volar las casas, volaron también los que se habían guarecido en ellas.

—Era natural.

—¿Contábais con eso?

—Sí. ¿Patrón, no habrán comido los lancheros que nos esperan?

—No, señor.

—¡Qué descuido! Entre vos y mí criado dad á cada uno otra ración y dos botellas ó las que quieran de este mismo vino.

—Al momento.

—Perdonad, capitán, que os haya cortado el relato. Esos infelices estaban en ayunas como yo.

—¿No habeis visto nada de lo que yo os refiero?

—No tengo la costumbre de contai los vivos cuando me bato ni luego los muertos; el último encargo

se lo doy al que está más cerca de mí. ¿Cuántos calculais que habrán quedado fuera de combate?

—Más de quinientos.

—Muchos son. Y casas ¿cuántas hemos arruinado?

—Ocho.

—Pues basta y hablemos de otra cosa.

Dejemos nosotros á Flaviano con los que le rodean y sepamos qué había ocurrido en la población desde que se ausentó el héroe.

Su padre se asomó al balcón y lo siguió con la vista temiendo le alcanzase alguna bala de las que los sublevados tiraban.

Cuando se hubo convencido que ninguna llegaba á él abandonó el balcón sentándose en un sofá del inmediato salón.

Allí estuvo meditando algún tiempo.

Los tiros seguían, las voces de los aztecas se escuchaban no lejos y como se veía obligado á continuar á la defensiva y no era aquella calma propia para su carácter. Se puso en pie, colocándose en medio de un corro de jefes y oficiales.

CAPITULO XXVII

Consecuencias del cañoneo.—Una embajada femenil.—Los ángeles se vuelven culebras.—La impaciencia de un valiente.

—Señores,—les dijo el duque,—mi hijo sabe lo que hace, no lo niego, pero la verdad es que no comprendo su calma ni me puedo avenir á que el enemigo me llame á la pelea y permanecer con los brazos cruzados. Esto lo hacen únicamente los cobardes.

—Señor duque,—le contestó un capitán joven que estaba á su izquierda.—Yo era alférez cuando desembarcó vuestro hijo en Veracruz, le he seguido á todas partes, sobre el campo de batalla me hizo teniente, después capitán; lo estudié día por día, seguí sus pasos uno por uno y puedo aseguraros que al principio todos encontramos algo que censurarle, pero es porque él está muy alto y nosotros tan bajos que no podemos comprender lo que piensa ni lo que hace hasta que su obra termina; cuando llega este

último caso entónces vemos al héroe, entónces el génio de la guerra, entonces el privilegiado ser que vale más que todos juntos, más que dos ejércitos. ¡Cómo peleó él solo contra quinientos antropófagos los cuales han demostrado siempre un valor salvaje? ¿Hay alguno aquí capaz de hacer lo propio? Zalla únicamente y ya sabeis que si el héroe no hubiera estado cerca de él, lo matan. Vos mismo, señor, que sois tan gran general como valiente, ¿hicísteis alguna vez una heroicidad como aquella?

—Hombre, contra tantos no.

—Mi generalísimo, ¿qué opinión teneis de los mil hombres, jefes y oficiales que hemos venido con él?

—La mejor, capitán.

—Creeis que haya entre nosotros un solo cobarde.

—Creo lo contrario.

—Pues sois el padre del héroe, el eminente general, el invencible que tantos días de gloria dió á su patria, todo eso y más os reconocemos, pero mandad una cosa contraria á lo ordenado por vuestro hijo y ninguno os obedeceríamos. El héroe dijo que estuviésemos á la defensiva, decirnos vos que ataquemos y no hay entre nosotros uno solo que cs obedezca. Prefiriríamos que nos llamáseis tímidos, cobardes, lo que á bien tuviérais á desobedecer á nuestro general en jefe.

—Es verdad, es verdad.—Contestaron todos.

El capitán añadió:

—No creais, señor generalísimo, que nosotros obraríamos como él, todo lo contrario, nosotros nos hu-

biéramos ido ya al enemigo y él ó nosotros; morir ó vencer, pero el héroe opina lo contrario y todos nos inclinamos y decimos por lo bajo: Pensábamos un disparate. Los hubiéramos vencido, no hay duda, con estos mil hombres no hay imposibles, todo se puede hacer, pero al concluir tendríamos que contar muchas bajas en nuestras filas y con él no es posible que tengamos más herido que uno y ese por alguna imprudencia suya. Apesar de eso pronto vereis lo que cuesta al enemigo las gotas de sangre que derramó un herido del héroe. Todavía os habeis de horrorizar. Sino tuviéramos herido ninguno, aun hubiera hecho más de lo que está haciendo para evitar á los rebeldes la muerte que les espera, pero basta uno para que el león haya olido la sangre y aniquile á sus contrarios.

—Si fuese así.

—¡Oh, estoy seguro!

En este mismo instante el palacio del ayuntamiento se estremeció por el terrible estampido que acababa de oirse y casi á la vez se sintió otro igual.

—¿Me voy equivocando, señor duque?

—No, capitán; esa es mi sangre.

—¿La de antes no?

—También, pero aquella era fría, fría...

—Contad, señor, contad.

—Van cinco.

—Continúan y ya vereis lo que cuestan las gotas de sangre que perdió un soldado del héroe.

—¡Van quince!

—Sí, señor, quince.

—¿Habrán cesado?

—No, mi generalísimo, concluyeron los de metralla, ahora faltan los de bala rasa.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Permitidme, señor duque, os diga, que conozco á vuestro hijo mejor que vos. Nunca deja las cosas á medio hacer. ¿Ois?

—Sí.

—Son los de bala rasa. ¿Qué decís ahora, señor?

—Que mi hijo es digno de mi.

—Porque no hay padre mejor, de lo contrario...

—Acabad.

—No puedo, adivinadlo vos.

—Veintiuno.

—Seguid contando, señor, que llegamos á treinta. No tiene más cañones la galera.

—Mucho daño deben hacer aquellos terribles cañones.

—Mucho más aun la puntería de vuestro hijo.

—Vamos al balcón, señores.

Y se asomaron, viendo únicamente á los soldados que se veían, celebrando las descargas de cañón desde los balcones y ventanas donde también se asomaron.

Por la calle á nadie se veia ni se oía el fuego de los arcabuces.

Al sonar el último cañonazo solo se escuchaban las carcajadas de los españoles.

—Qué silencio, señores,—dijo el duque.

El capitán le contestó.

—Porque estamos lejos, señor; cerca de las calles barridas por el héroe se escucharán los lamentos y ayes de los muchos heridos y no se verá otra cosa que miembros mutilados, cadáveres, sangre y moribundos que exhalan el postrer suspiro. Cuadros tristes de los que he visto muchas veces al héroe apartar la vista con dolor y pena.

—También á mí me sucede eso.

—Ellos lo han querido que se lo sufran. Ahora comprendereis, señor duque, la calma de vuestro hijo y las consideraciones que tuvo con los rebeldes.

—Sí, lo comprendo.

—Les dió tiempo para reflexionar, para que se enfriaran del primer arrebato, para que comprendieran su mala situación y cuando se convenció de que todo era inútil entonces obró con la energía y acierto que tiene de costumbre.

—¿Qué estará haciendo en estos momentos?

—Comiendo probablemente la ración de un soldado.

—¿Mi hijo?

—Sí, señor. Tiene esa costumbre; mientras se está batiendo ó existe peligro no toma otra cosa.

Y continuaron hablando asomados al balcón.

El duque tenía la vista fija en la calle por donde

debía regresar su hijo, los otros en las calles de enfrente.

Así permanecieron hasta que llamaron su atención las voces de muchas mujeres que se dirigían hacia allí.

Cuando se aproximaron más, pudieron distinguir nueve jóvenes, bien parecidas, con vestidos lujosos, tipos americanos que andaban deprisa detrás de un oficial español.

Llegaron al ayuntamiento y entraron los diez.

No tardó en presentarse el oficial diciendo al duque:

—Señor, soy el encargado de la defensa de la última casa de las tomadas por nosotros, de la que ha resistido el mayor fuego del enemigo. Mandé tirar tabiques, nos pusimos en comunicación tres jefes y sesenta soldados que causamos al enemigo más de treinta bajas.

—¿Se batían bien los contrarios?

—Bien no, señor, con arrojo, pero sin orden ni concierto.

—¿Qué bajas tenemos nosotros?

—Un solo herido.

—¿Grave?

—No, señor.

—¿Quién lo ha curado?

—El sargento Robles.

—Que lo traigan aquí inmediatamente. Formad una parihuela y que esté en este palacio antes que regrese mi hijo. Proseguid.

—Los acertados disparos de cañón dispersaron al enemigo. Bien cara han pagado su temeridad. Y ahora, se me han presentado nueve jóvenes, rogándome que los trajese aquí.

—¿Qué desean?

—Hablar con el héroe y no estando, con vos.

—¿Quién os ha dicho que mi hijo estaba ausente?

—Las descargas de artillería. Sólo él barre al enemigo en la forma que vimos; sólo él dirige la puntería en la forma que hemos presenciado.

—¿Creeis por ventura, que únicamente el general en jefe sabe apuntar?

—Mi generalísimo, saben muchos, en particular sus discípulos, pero como él ninguno.

—¿Ni yo, ni el príncipe Julio?

—No, señor.

—Que entren esas jóvenes.

Salió el oficial, murmurando el duque:

—Me van á maleficiar esos fanáticos. También empiezo á creer... Pero no puedo confesarlo—¡Sino fuera hijo mío!

—¡Señor! ¡Señor!

Las nueve jóvenes se echaron á sus piés, le besaron la mano, unas la izquierda otras la derecha y quedaron mudas.

El generalísimo las ayudó á levantarse, diciéndoles con amabilidad.

—Alzad, hijas, y sin temor alguno decid lo que querais.

—¡Piedad, señor, misericordia!

—Bien, pero que hable una sola. Que esa diga todo lo que deseais las nueve.

Una hermosd jóven, vestida con cierta elegancia y la más fría y severa de todas, lo miró con fijeza exclamando:

—Señor duque, tiene V. E...

—Lo que tu quieras, hija mía, menos tratamiento para tí. Perdona que te haya interrumpido.

—Gracias, señor, muchas gracias. Somos hijas de los nueve comerciantes más ricos de Frontera y viendo que van á arruinar nuestra ciudad y á perecer todos sus habitantes, venimos á implorar vuestra clemencia. Sois noble, muy caballero, la fama de vuestros generosos hechos es universal, y las que ahora os piden son nueve damas que por su sexo y sus ideas ni han hecho ni harán nada contra nadie.

Calló la jóven y después de meditar el duque, le dijo,

—Haré por vosotras todo lo que yo pueda. Veníos con vuestros padres y hermanos que aquí nadie os ofenderá.

—Señor, nuestras fortunas se hallan repartidas en toda la población lo mismo nuestros deudos y esa es la razón que nos obliga á implorar vuestra misericordia en favor de todos los habitantes y sus propiedades.

—Eso ya es otra cosa; eso, hijas mías, no puede hacerlo más que el general en jefe.



—¡Piedad, señor, misericordia!

—¿No sois vos generalísimo?

—Sí, pero el general en jefe es en Nueva España el rey en persona.

—¿No es vuestro hijo?

—Mi hijo es.

—¿Podemos verlo?

—Nada más fácil, pero en este momento se halla en la escuadra y allí no podeis ir vosotras.

—¿Es él el que ha mandado las descargas de cañón?

—Solo él ha podido hacerlo.

—¡Con qué terrible puntería las dispuso!

—Siempre le sucede lo mismo.

—¿Por eso le llaman héroe?

—Por eso y por otras cosas.

—¿En España el héroe es el que sabe matar mejor?

—En España y en todas partes el héroe es el que vale por su talento y genio mucho más que los restantes hombres.

—No lo sabía, señor. ¿Queréis decirme qué podíamos hacer para ganar su voluntad é inclinar su clemencia en favor nuestro?

—Sí; conseguir de los rebeldes que se entreguen á discreción.

—¿Y sino lo conseguimos?

—Ya visteis la muestra hace poco.

—Han perecido más de 500 desgraciados y son muchas las casas que vinieron abajo, condoleos de los restantes.

—Me conduelo, pero nada conseguireis, ínterin no se entregan á discreción.

—Lo último lo veo difícil.

—Lo siento por vosotros.

—Creo que odiais la raza azteca.

—Los nobles españoles y aún los plebellos no odiamos otra cosa que la rebelión, la maldad, los crímenes y los delitos. Os hemos librado de la guerra inglesa que os hubiera devorado á todos y os rebelásteis como prueba de gratitud contra los que os salvaron. Esos sois los aztecas.

—¿Podrá ser eso cierto, pero y luego?

—Luego nos atacaron y nos hemos defendido, castigando á la vez al rebelde.

—¿Concluyó ya el castigo?

—No lo sé, pero entiendo que no.

—¿Qué os falta castigar, señor?

—Los delitos que habeis cometido.

—¿Qué delitos?

—El de la rebelión y el de haber hecho armas contra el rey de España.

—Lo hareis porque sois más fuertes.

—No, porque respetamos las leyes y obligamos á que las respeten los demás. Y porque preferimos morir á ser vencidos.

—También dicen lo último los aztecas.

—¿A qué habeis venido entonces?

—Nos han mandado, señor.

—Eso ya es otra cosa. Decid á los que os han mandado

que los españoles no tenemos nunca piedad ni misericordia para los rebeldes que están con las armas en la mano.

—Señor, no teneis compasión.

—Con los rebeldes, jamás.

—Y las consecuencias señor duque.

—Todas las acepto, que vengan lo antes posible.

Y alzando la voz, añadió:

—Capitán Leandro, acompañad á estas jóvenes hasta el puesto que defendeis, no consintiendo que nadie las moleste ni las ofenda. En cuanto desaparezcan haceis fuego á todo el azteca que se acerque á vosotros.

—Muy bien, mi generalísimo.

—Id con Dios.

—Las mujeres aquellas bajaron la cabeza y salieron de allí.

El duque exclamó:

—¡Ah bellísimas culebras, empezásteis bien para acabar enseñándome el veneno de vuestra raza! ¡Sino fuera por mi hijo!...

—Dejadlo, señor, que él conoce á esta gente mejor que todos nosotros, y no dejará nada por hacer, salvando á la vez la vida de sus hijos, que es como nos llama.

—Es que yo no tengo su paciencia, capitán.

Y se dejó caer sobre un sofá disgustado é impaciente.

CAPITULO XXVIII

El anteojo de Flaviano.—Sus sospechas.—Un descubrimiento.—A tierra.—El sitio.—Vuelta á la galera—Observaciones.

Trasladémonos otra vez á la galera Numancia.

Acabó de comer el héroe su exigua ración, bebió la copa de vino y el vaso de agua y cogiendo su anteojo ocupó un cuarto de hora en observar lo que ocurría en varias calles y plazas de la ciudad.

Tenía otra vez el rostro algo contraido y la mirada sombría.

El comandante de la galera lo estaba observando y decía á sus subordinados.

—Malo, van á seguir las descargas.

—¿Quién os lo ha dicho?—le preguntó un teniente.

—El rostro del almirante.

—Sí,—dijo otro.—También yo lo he notado.

—No podía por menos; esos aztecas son soberbios y tan tercos que vamos á tener que acabar con todos.

—Que sea lo antes posible. Tan admirablemente como se llevó á cabo la cacería del almirante, sin verter una gota de sangre y por la barbaridad de esos indios semi-salvajes ..

Cuando iba á retirarse Osorio ó á dejar de mirar con el auxilio de la óptica, tendió el anteojo por el campo que rodeaba la plaza, fijándolo en unos bultos que formaban muchos seres humanos entre los árboles de un bosque que se estendía á media milla de la ciudad.

Luego se fijó en el muelle, vió á uno que hablaba con Zalla, lo reconoció y volviéndose al comandante le dijo:

—¿Está la comida dispuesta para los de la ciudad?

—Deben estar acabándola.

—¿Habrá bastante pan?

—De sobra, señor; traen en los ingleses inmensa provisión de galletas.

—Oidme bien, Guzmán. Inmediatamente mandais la comida y mucha abundancia de galletas y de embutidos al ayuntamiento. Parto y volveré pronto. Desde el muelle os mandaré las lanchas para que trasporten la comida. Ya desembarcada la llevarán á hombros los marineros que vos mandeis. ¿Habeis comprendido?

—Sí, señor, mi almirante.

—Pues no perdais un minuto. Mandais lo más que podais.

—Ahora mismo; mientras llegan las lanchas la colocarán en cestas.

—¿Patrón?

—¿Excelencia?

—¿La lancha?

—Esperando está.

—Pérez y vos patrón, seguidme.

Los tres saltaron al pequeño esquife y en pocos minutos se trasladaron al muelle.

Por el camino dijo el héroe:

—Patrón, ¿los lancheros continúan á mi disposición?

—Con entusiasmo.

—Mientras esté yo aquí que no acepten compromiso alguno.

—Eso deseamos todos, continuar á las órdenes de V. E.

—Que vayan todas las lanchas á la galera para trasportar la comida que les dará el comandante. Que ellos tomen lo que quieran para sí y sus familias, puesto que en la población no pueden entrar. Todos pueden dormir esta noche en las casas del muelle.

—Muy bien, señor.

—Los marineros de la galera que conducen la comida deben volver á su barco.

—Se entiende. ¿Y yo, señor?

—Cuando hayas concluído me buscas y seguís detrás de mí. Pérez, en cuanto saltes en tierra avisa á mi padre que le espero en el edificio en que está el maestre Zalla. Le acompañas tú.

Los tres saltaron á tierra y mientras el patrón y Pérez cumplieron las órdenes de Flaviano, éste se dirigió á la citada casa á cuya puerta había un soldado á caballo, teniendo del diestro un hermoso potro.

Iba á entrar Flaviano cuando acertó á reconocerlo el soldado y exclamó saliéndose de la silla en que se apoyaba:

—¡María Santísima quien está aquí! ¡Se vá á hundir el mundo!

Osorio sonrió, entrando segundos después en la habitación en que se hallaba Ricardo. Este y otro maestre de campo que estaban hablando, se pusieron en pié al ver al héroe, que preguntó:

—¿Qué haceis aquí, señor gobernador de Tabasco?

—Mi general en jefe, no lo sé,—le contestó el que hablaba antes con Zalla.

—¿Quién os ha llamado?

—El jefe de Frontera.

—¿Qué causa alegó para haceros abandonar á San Juan Bautista?

—La más poderosa, señor.

—Decidla.

—Que había llegado un navío inglés y que amotinado el pueblo por excesos de los ingleses era segura una gran colisión

—¿Qué hicisteis?

—Montar en el acto á caballo y seguido de dos mil hombres venir á combatir á los piratas esos.

—¿Y después?

—Oí el fuego de cañón, cuando me acercaba embosqué mi gente y vine personalmente á saber lo que ocurría. Pronto vi á un soldado que me daba el alto, le dije quien era, me dejó pasar y sabiendo por él que tenía á pocos pasos á mi compañero Zalla vine á verlo para averiguar donde se hallaba mi general en jefe y ponerme á sus órdenes.

—Muy bien, pues volved á montar á caballo, rodear con la fuerza que teneis á Frontera y no dejeis que se escape nadie de ese endiablado pueblo. ¿Lo ois? Nadie.

—Ni los pájaros se escaparán.

—Puesto que teneis bastante fuerza situad la que pongais al Norte algo distante de la ciudad para que no les toque algún pedazo de la metralla que es posible jueguen esta noche.

—Son malos; lo sé por experiencia.

—No os dormísteis, gobernador; os esperaba pero no tan pronto.

—Fué el propio que me mandaron un andarín excelente y yo no perdí minuto.

—Buen jefe zapador y buen soldado. Me complace reconocerlo.

—Gracias, señor, me enorgullecen vuestros elogios.

—Si podeis proporcionaros luces, alumbrad bien todos los alrededores de la ciudad. Partid.

—Lo haré, mi general en jefe. Dios os acompañe.

Salió el maestre gobernador diciendo Osorio á Zalla:

—¿Qué hacías?

—Aburrirme.

—Me alegro.

—Gracias, señor.

—¿Qué querías hacer para no aburrirte?

—Seguiros á todas partes como cumple á un ayudante de órdenes.

—Ya lo haces en general.

—Por eso me aburro en particular.

—Deja la carrera y vete al lado de Líbana; allí jamás te aburres.

—Ni á vuestro lado tampoco, por eso continuaré siempre siendo militar.

—El rey te manda que estés ahí quieto mientras no te ataquen.

—Porque me lo ha ordenado por conducto tan elevado y me estoy quieto y sin murmurar; ya lo veis.

—Ahí llega mi padre, no haceis mala pareja.

Entró el duque diciendo á su hijo.

—¿Cuándo se acaba esta detestable función?

—¿No os lo han dicho esas nueve bellezas que os distraían no ha mucho?

—¿Las ha visto?

—Sí, con el anteojo.

—Eran nueve culebras.

—Me lo había figurado.

—¿Contestas ó no á mís preguntas?

—Os he mandado llamar, señor generalísimo, para daros órdenes.

—Vengan, señor general en jefe, representante de su majestad.

—Que se provean de faroles que en el ayuntamiento debe haber, y que al llegar la noche se enciendan, colocándolos en los balcones, ventanas y terrados de las casas más próximas al enemigo. Sólo en la línea más avanzada de aquellos soldados que guardan esas casas, los otros que se vayan al interior cerrando todos los huecos en que haya luces.

Las casas que rodean el ayuntamiento, éste y el muelle estarán en completa oscuridad.

—Comprendo tu pensamiento y deduzco de tus frases que nos van á atacar.

—Se que estais todos en ayunas, pero ya en este momento os llevan comida abundante, quedaos con lo mucho que sobrará por si hace falta después.

—¿Y los prisioneros?

—Dadles de todo. Hasta luego, padre mío, adios señores.

Y se dirigió á su lancha sin decirles más.

—¿Qué os parece, señores, el laconismo de mi hijo? —preguntó el duque á los que le acompañaban y á el último le contestó.

—Todo es grande en él, mi generalísimo, hasta su estudiado silencio.

—¿También, tú? Me olvidaba que eres su discípulo, su sombra. Vamos, señores, hasta luego Ricardo.

—Id con Dios.

Sigamos al héroe.

Entró en la lancha y poco después en la galera.

Acto contínuo cogió su anteojo y comenzó á mirar el campo y la ciudad.

Vió retirar los cadáveres, recoger los heridos é irse reuniendo en un edificio grande, multitud de aztecas, jefes todos ellos de aquellas masas inconscientes.

Más tarde sacaron de aquel edificio un ídolo, que era entre ellos el dios de la guerra y le llamaban Huitzilopotchi, lo colocaron enmedio de una plaza y un sacerdote idólatra, servido por otros que le ayudaban comenzó por evocaciones, dando luego voces invitando al pueblo á la guerra y al exterminio de los cristianos.

Le escuchaban más de mil guerreros todos armados y á las voces de los sacerdotes contestaban ellos con otras más guerreras aún, más feroces, más sanguinarias.

Acabaron los sacerdotes y postrándose todos los guerreros ante el ídolo juraron morir ó exterminar á los contrarios de su dios, del gran Huitzilopotchi, que era el nombre conque le conocían.

Después se fueron abrazando uno por uno y salieron de la plaza quedando sólo veinte y los sacerdotes que inmolaron á un español y á varios animales en el ara del ídolo.

Mientras hacían estos horrendos sacrificios en la plaza, los guerreros fueron colocándose en varios puntes de la ciudad con ánimo de caer sobre sus contra-

rios en el momento que las tinieblas de la noche impidieran á los españoles hacer puntería con sus formidables cañones.

Flaviano veía todo esto y con su talento y génio comprendía todo lo que intentaban, todo lo que se proponían.

Cuando creyó que sabía lo bastante, se volvió hácia los jefes y oficiales que tenía á la espalda diciéndoles:

—Señores, vamos á concluir con la rebelión. No podemos darles más tiempo ni se puede tener más consideración de la que hemos tenido con ellos. Se han declarado en abierta rebelión contra España, contra nosotros, han vuelto á sus bárbaras costumbres y por desgracia la civilización y la cultura suelen ir precedida de guerras y exterminio. Mucho lo siento, pero no me es posible evitarlo. Artilleros, cargad los cañones de la banda estribor con metralla, algo floja para que abra y acorte la distancia. ¿Comprendeis?

—Sí, señor.

—Y la banda babor con bala.

—Muy bien, señor.

—Pérez,—gritó el héroe.

—Aquí estoy, señor, detrás de V. E. siempre.

—Vé al muelle y que se venga contigo el maestre de campo Zalla.

—Al momento, excelencia.

Osorio volvió á coger el anteojo y comenzó á mirar de nuevo.

Varios jefes marineros estaban detrás de él mirando también con sus anteojos.

Uno de ellos preguntó al héroe.

—¿Qué hacen ahora esos sacerdotes, señor? ¿Teneis la bondad de decírnoslo?

Sin apartar de la vista de su anteojo contestó:

—Sí. Concluyeron sus exhortaciones y sacrificios al dios de la guerra y ahora sacan de la misma casa otro ídolo.

—Por lo visto esconden en ella algún templo pagano.

—Sí; no hay duda.

—No se enterarían nuestros sacerdotes.

—Estos aztecas contumaces son hipócritas y se habrán ocultado de todos los que no profesasen sus ideas religiosas.

—Pero la existencia de un templo...

—Los forman en subterráneos y sólo entran en ellos los de la misma grey.

—Ahora lo comprendemos. ¿Ese segundo ídolo que representa, señor.

—Es Eolo que ellos llaman Quetzalcoatt, dios del aire.

—¿Dónde lo llevarán, mi almirante.

—Lo más cerca posible del mar.

—En efecto, esa dirección llevan.

Callaron un cuarto de hora volviendo á preguntar:

—¿Qué hacen ahora, señor?

—Nuevas exhortaciones y nuevos sacrificios.

—Lo están contentando.

—Sí. Notad que sacrifican otro español, ahora es un sacerdote cristiano.

—¡Qué barbaros!

—¿No podíamos evitarlo?

—No.

—Cuanta ave acercan al ara, señor.

—Sí, son para el sacrificios.

—¿Y luego para comérselas ellos, es eso?

—Esos no las probarán.

—Lo evitarán nuestros cañones.

—Es probable.

—¿Por qué al otro le ofrecían euadrúpedos y á este aves, señor?

—Os lo voy á explicar: A este dios le piden que los aires nos hagan volar y destruyan nuestra escuadra y claro es que al dios del aire le ofrecen habitantes de los espacios, que es donde él tiene su poder.

—¡Qué felicidad, señor, vamos á volar!

—Pero antes lo harán ellos.

—Me lo estaba figurando.

—¿Van á volar también sus dioses?

—Con ellos irán. Avisadme cuando llegue Zalla.

—Lo teneis detrás, señor.

—¡Ah! ven conmigo, Ricardo.

Y se separó del grupo de oficiales, diciéndo á él sólo:

—Llegada la noche oirás treinta cañonazos; para ese instante tienes toda la fuerza que mandes en el muelle, buscas al gobernador de Tabasco y unido á él

mandais prender todos los varones de quince á cincuenta años llevándolos sujetos por las muñecas al edificio grande que habrás visto frente al ayuntamiento. Terminado el fuego de cañón que iluminen el muelle y todas las casas de la ciudad. ¿Comprendes mi pensamiento?

—Admirablemente, señor.

—Pides las cuerdas necesarias.

—En el muelle hay de sobra.

—¿Has comido?

—Sí, señor.

—¿Y la tropa y oficiales?

—También.

—¿Necesitas más explicaciones?

—No, señor.

—Pues parte.

—¿No volará nuestra escuadra, mi general en jefe?

—Por hoy no.

—Es que tenemos en contra al gran Eolo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—La actitud de esos sacerdotes que he visto cuando os esperaba detrás de vos.

—A mí me ha dicho que son ellos los que van á volar.

—Como yo coja á alguno...

—Lo encierras y dejas á la ley que lo juzgue. Adios.

Zalla se marchó y el héroe volvió á mirar con su anteojo.

—Señor,—le dijo un marino,—han concluido los sacrificios degollando á un sacerdote cristiano.

—Lo he visto.

—Se marcharon los sacerdotes y el pueblo, pero han dejado cuatro hombres armados con trazas de centinelas.

—Es una guardia de honor que dejan al dios del aire.

—Que brutos son.

—Lo mismo creen ellos de nosotros.

—Pero son ellos los que se equivocan.

Nada contestó el héroe, continuó mirando media hora, y luego dejó el anteojo sentándose en un banco de madera, entregado á profunda meditación.

—Ninguno se atrevió á interrumpirlo.

Los jefes y oficiales siguieron mirando hasta que apareció el primer crepúsculo vespertino.

Guzmán lo contemplaba con los brazos cruzados á una vara de distancia.

CAPITULO XXIX

El principio de la noche.—Arrojo salvaje.—El antídoto —La metralla.—La bala rasa.—La hecatombe.—Todo acabó en la escuadra.

En cuanto llegó el anochecido, dió Osorio varias voces de mando para que la galera quedase inmóvil en el sitio que á él le pareció conveniente.

Después fué enfilando los cañones y cuando tuvo estas operaciones hechas, cogió de nuevo el anteojo y miró.

Los sublevados tenían cerca de 1500 hombres dispuestos á la pelea.

Se hallaban en grupos que ocultaban las casas que había delante del ayuntamiento, pensando que la escuadra no se cuidaba de ellos para nada.

Suponían que con las descargas hechas bastaría á los españoles para amedrentarlos y que se entregasen y por eso ellos pensaban aprovechar las sombras de la noche durante la cual ideaban sorprender á los

españoles, vencerlos, y degollarlos sin perdonar la vida á uno sólo de ellos.

Sedientos de sangre y de muerte se disponían á dar á nuestros españoles la más dura lección que podía recibir un ejérc to.

Se deducía de su conducta presente, que habían tomado por fábula los grandes y extraordinarios hechos que en Méjico había realizado el héroe y hasta lo juzgaban un hombre vulgar, un mandarín español incapaz de hacer nada grande ni elevado.

Lo consideraban fuerte, no por su talento y poder sino por juzgarse ellos débiles en los primeros ataques que dieron.

Hasta la calma del general en jefe y el estado de su tropa que permanecía á la defensiva haciendo fuego cuando á ella se lo hacían, lo creían temor, dieron por hecho que no supieron sacar el gran partido que podían del número de hombres conque contaban y del buen armamento que tenían y pensaban en la sorpresa y ataque á que iban á dar principio, desquitarse de su poca energía anterior, vengando de un modo horrible las quinientas ó seiscientas víctimas que hicieron los españoles.

La orden era tan terminante como cruel: No dar cuartel á ningun español aun cuando estuviese herido.

Habían sentenciado á muerte nada menos que á mil y pico de españoles con la misma sangre fría que si trataran de asistir á un banquete.

En su ignoracia ni sabían lo que eran aquellos hombres ni lo que era una escuadra.

Caro, muy caro debía costarles su error

Á varios que les hicieron reflexiones encaminados á ilustrarlos y enseñarlos la verdad los echaron á palos llamándoles traidores, godos, vendidos al enemigo y cobardes.

Triunfó la barbaridad entre ellos y la sorpresa debía ser grande al conocer su torpeza y desplegar ante ellos la realidad sus negras y mortíferas alas.

Más negro debía ser para ellos el porvenir que la oscura noche próxima á extenderse por el departamento de Tabasco.

Flaviano después de dejar la galera en el sitio que quiso y de poner en puntería sus cañones continuó mirando con su anteojo.

Los marineros y grumetes estaban en sus sitios, los jefes y oficiales de pié detrás de Osorio, esperaban una cosa grave y el héroe continuaba mirando.

Oscureció. De pronto le dijo un jefe:

—Señor, se salen de la ciudad.

—No, le contestó Osorio, es que no los dejan salir.

—Creo ver muchos soldados.

—Bastante os importará mientras os halleis en este castillo flotante.

—Y ménos á vuestro lado, pero son soldados y muchos.

—Sí, dos mil.

—¿Vinieron de fuera?

—De fuera, sí.

—Se ha iluminado un círculo inmenso.

—Todo el alrededor de la ciudad.

—Las luces del Norte están bastante más retiradas que las otras.

—Lo suficiente.

—También se han iluminado las casas que tenemos tomadas más cerca del enemigo.

—También.

—Con que talento se halla todo eso dispuesto. Que génio tan sublime.

—Es un encanto,—dijo Guzmán.

—Cada uno á su sitio,—gritó el héroe.—Vengan dos cohetes del número cinco.

—Tomad, señor.

El mismo Flaviano los prendió y arrojó al espacio.

No estallaron. Fueron á la ciudad despidiendo varias luces que formaron un resplandor rogizo y siniestro.

A la luz aquella afinó el héroe la puntería gritando:

—Fuego los cañones primero y segundo.

Dos truenos espantosos se oyeron, el espacio se cubrió de humo y la horrible muerte estendió sus negras alas sobre Frontera.

Llegaron á una calle de la ciudad las balas y pedazos de metralla en el mismo instante en que iban á correr los sublevados para sorprender y hacer fuego á los españoles.

—Esto no es adivinar,—dijo un jefe de artillería que estaba al lado del héroe.

—¿Pues qué es?—le preguntaron.

—Tirar la metralla con la mano para que llegue al sitio y en el instante que ese hombre casi divíno quiere. Que asombro, señores.

Flaviano nada había oido.

En el momento de sonar los cañones exclamó:

—Guzmán, que avance la galera tres brazas. Otros dos cohetes iguales á los anteriores.

Los prendió; al caer, afinó la puntería y tornó á gritar:

—¡Fuego los cañones tercero y cuarto!

Se oyeron otros dos truenos horripilantes, y añadió el héroe:

—Guzmán, dos brazas más y otros dos cohetes del número 5.

También los prendió él, hizo puntería con sus luces y exclamó:

—¡Fuego los cañones quinto y sexto!

Y sucedió lo que con los otros.

Así continuó hasta que disparó los quince de metralla y mandando virar en redondo, disparó los otros quince de bala rasa en la misma forma que los de metralla, tirando él los cohetes y haciéndolo todo menos dar fuego á los cañones.

Al disparar el último dijo el héroe á su criado:

—Pérez, una taza de caldo y una copa de Jérez.

—¿No quiere V. E. comer nada?

—No.

Y se dejó caer sobre el banco de madera.

—No se ve nada, señor, en el interior de la plaza, pero juzgo que ha muerto mucha gente y han caido varios edificios.

—Han muerto más que por la tarde y he derribado diez edificios, pero hemos concluído con lo que más importaba.

—Señor—le dijo otro—no han hecho nada contra nosotros los dioses.

—Los deshice y no han podido por esa causa molestarnos. También vino abajo el edificio que cubría el templo.

—¿Habremos tenido alguna baja?

—¿Nosotros?

—Sí, señor.

—No. Rompí el fuego un momento antes de que ellos lo hicieran.

—¡Qué precisión, qué oportunidad, qué talento!

—No os lo he preguntado.

—Perdonad, mi general en jefe, un artillero de vocación y al que tanto han hecho estudiar no puede contenerse al encontrarse con un génio que apaga toda otra luz.

—Os vais enmendando.

Poco después se acercó á ellos un jefe de marina.

—Mi almirante,—dijo,—se han iluminado el muelle, todas las casas que tenemos tomadas y empieza á iluminarse la ciudad.

—Eso prueba que mis órdenes se cumplen.

—No podía ménos.

—¿Qué se vé en las calles de la ciudad?

—Montones de cadáveres y edificios arruinados.

—Y los dioses.

—Han desaparecido.

—Yo acabo de ver—dijo otro—muchos soldados nuestros

—También cumplen lo que se les ha mandado.

—¿Qué dirán ahora los aztecas de sus dioses.

—Que los han engañado.

—Llamad al comandante. ¿Pérez?

—Señor.

—¿Y la lancha?

—Al pie de la escala.

—¿Qué dicen los lancheros?

—Que son muy brutos sus paisanos y que merecen lo que les ha pasado.

—¿Me llamábais, señor?—le preguntó Guzmán.

—Sí, acercaos. Al amanecer mandais á tierra custodiados por artilleros, los prisioneros que dejé en el navío que apresamos ayer. Nos haremos á la mar á las seis ó las siete de la mañana.

—¿Hemos concluído aquí?

—Sí.

—¿Como hago la distribución de mandos?

—Del modo siguiente: Vos mandareis un navío, el capitán del bergantín el otro, yo mandaré esta galera y la escuadra, y vuestro segundo el bergantín.

—¿Varío las banderas de los navíos y del bergantín?

—No.

—¿Pongo á la galera la bandera?

—Sí.

—Al venir mañana ¿quereis que se os hagan los honores que os corresponden?

—No.

—Como siempre.

—Lo mismo. Hasta mañana, señores.

—Dios siga inspirando á nuestro almirante.

—A nuestro general en jefe.

Saltó á la lancha, después al muelle y seguido únicamente de su criado y del patrón, se dirigió al ayuntamiento.

Al llegar se oyó un hurra y poco después víctores y aplausos de cuantos españoles estaban en aquel edificio, excepción única del duque del Imperio que le preguntó:

—¿Cuándo acabamos, Flaviano?

—Ya hemos concluido señor, y mañana muy temprano partiremos para la isla.

—Pero va á quedar ese pueblo rebelde así...

—¿Cómo, señor?

—Sin castigar á los que han delinquido y sobrevivan.

—Ya los están prendiendo, señor.

—Pero habrá que formarles consejo de guerra.

—Eso lo hará la autoridad del estado de Tabasco.

—¿Cuándo?

—Inmediatamente.

—Se los tendremos que llevar.

—No, se irán con él.

—¿Pero ha venido?

—Sí, señor.

—No lo sabía.

—Pues aquí está con dos mil hombres y unido á Zalla los prenden y evitan que se escape ninguno.

—¿Cómo evitan eso?

—Teniendo un cordón de tropa desde hace mucho tiempo rodeando la ciudad.

—¡Qué previsión!

—Sino fuera así no sería general, sólo tendría el título.

—Es verdad.

—¿Dísteis comida á los prisioneros?

—A todos, cuanta quisieron. Senté en mi mesa á los jefes y oficiales.

—Bien hecho.

—Supuse que tú lo deseabas.

—¿Queda para cenar?

—Y para hacer otra comida.

—Me alegro. Señor, dad las órdenes para que dispongan la cena para 3700 hombres. Si faltase algo que vayan á la galera por ello.

—¿A qué hora cenaremos?

—Que lo tengan todo dispuesto y nos sentaremos á la mesa en cuanto lleguen Ricardo y el gobernador de Tabasco.

—¿Dos mesas?

—Sí, una para los jefes y otra para los oficiales.

Flaviano continuó hablando con su padre y ámbos luego dictaron varias órdenes que en el acto fueron obedecidas.

A las diez y media se le presentaron Zalla y el gobernador.

—¿Habeis terminado?—les preguntó el héroe.

—Sí, señor.

—¿En tan poco tiempo?

—Ninguno se ocultó; primero maldijeron cien veces á sus ídolos y á los que les habían engañado y luego se fueron presentando, pidiendo todos misericordia.

—¿Qué muertos y heridos hallásteis?

—Habían retirado muchos, pero por lo que nos han dicho pasaron de mil.

—Eso debe ser. ¿Cuántos prisioneros?

—Mil cuatro.

—¿Se escapó alguno?

—No, señor.

—Que habeis hecho de la fuerza que habeis traído.

—Cuando estábamos para concluir les hice retirar y en la plaza han quedado; frente á este edificio están formados.

—Que les den de cenar, alojamiento y que duerman hasta el toque de diana.

—Debo deciros, que saqué de la prisión en que estaban á veinte españoles y hasta treinta soldados.

—Debo deciros, que saqué de la prisión en que estaban á veinte españoles y hasta treinta soldados.

—¿Qué hacían aquí?

—Eran un gobernador, un teniente, seis sacerdotes y los restantes de tropa. Mataron á dos.

—¿Dónde están los que sacásteis de las prisiones?

—En el zaguán esperan vuestras órdenes.

—Gobernador, mientras disponeis se dé de cenar á vuestros soldados y los mandais alojar, quiero hablar con el jefe que teníamos aquí. Hazlo subir, Ricardo, y no tardeis, Gobernador.

Cuando tuvo delante á la autoridad de Frontera le preguntó:

—¿Sois capitán?

—Sí, señor.

—¿Qué os ha acontecido?

—Señor, anoche y concluído de matar á varios ingleses, los hijos del alcalde y hasta cien ó más jóvenes nos fueron prendiendo á todos y en una oscura prisión hemos permanecido sin cama, agua ni alimento hasta que el señor maestre Zalla y el gobernador de Tabasco nos dieron libertad.

—¿Habeis comido ya?

—Un poco, señor.

—Volved á tomar posesión de vuestro mando. ¿Teneis fondos del rey ó de la ciudad?

—Sí, señor.

—Entregais esta noche cien onzas de oro al patrón

de un falucho que se os presentará de parte mía. Partid y que no me moleste nadie.

—Los treinta querían tener el honor...

—Capitán ya estais libres de toda clase de enemigos, y nuestra patria todavía no, que me dejen acabarla de librar de ellos. Que curen los heridos y entierren los muertos.

—Me manda algo más mi general en jefe.

—Decid únicamente al gobernador de Tabasco que doble el número de soldados para el servicio de esta población, la cual tiene ya más importancia de la que yo suponía. Id con Dios.

—El cielo conserve la vida de nuestro héroe.

—Zalla, buscad al patrón del falucho y enteradle de la orden que acabo de dar.

—No estará muy lejos.

—Añadid, que se quede con cincuenta onzas de las cien y reparta el resto entre los lancheros.

—Pronto vuelvo.

—Pero, hijo, no cenamos?—preguntó el duque llegando.

—Sí, padre mío, en cuanto termine con el gobernador de Tabasco.

—¿Dónde está?

—Vedlo, ya llega.

—Ya he concluido, señor.

—Oid, gobernador, os llevais todos los ingleses que tenemos prisioneros y desde San Juan Bautista se los mandais al virey que se halla en Veracruz. Que va-

yan bien custodiados. También irán con vos á San Juan los prisioneros de hoy.

—Qué hago con los últimos, mi general en jefe.

—Lo que yo con sus compañeros. ¿Ya lo habeis olvidado?

—No, señor.

—El que se convierta al cristianismo y sea susceptible de la ilustración y cultera modernas, cuando lo hayais esperimentado bien, lo dejais en completa libertad. Los relapsos se los mandais al corregidor Oaxacay para que haga con ellos lo que le parezca.

—Me basta, señor.

—¿Qué personas de importancia mataron hoy mis cañones?

—A todos los jefes revolucionarios. Al alcalde, á sus hijos, sus parientes allegados, todos los concejales y hasta cien jefes revolucionarios. ¡Qué puntería, qué acierto...! Señor, me lo dais casi todo hecho. Porque vos sois...

—¿Padre mío, cenamos?

—Todos esperamos por tí.

—¿Tendremos camas?

—Sí, ya las han traído.

—Pues vamos á la mesa.

Y todos se sentaron á cenar. En una mesa los jefes y en otra los oficiales.

CAPITULO XXX

La cena.—Cómo trata el héroe á sus prisioneros.—Diálogos importantes.—Desfile de los presos.—A la mar otra vez.

Presentaba la mesa en que comían los jefes dos cabeceras, en la una se sentó Osorio, teniendo á la derecha al comandante inglés y en la otra el duque del Imperio, teniendo á su lado al segundo jefe del navío apresado.

El comandante inglés miraba á Flaviano con fijeza y con admiración. Le parecía imposible que pudieran armonizarse en un hombre tanta belleza física y tanta juventud, con el génio y el heroismo que todos le concedían.

Flaviano le miró también, diciéndole:

—Perdonad la mala comida y las horas en que se os sirve, tuvimos que dominar á un pueblo rebelde y ya sabeis que durante una pelea no se piensa en otra cosa que en vencer al enemigo

—Señor,—le contestó el inglés—en menos de dieciccho horas habeis vencido á Inglaterra y á Méjico y aún os disculpais porque hemos comido un poco más tarde. Señor, vuestra educación y urbanidad se igualan á vuestro talento.

—Gracias por el buen concepto que os merezco y en verdad que siento haberos hallado en mi camino.

—Yo me alegro mucho haberos conocido. ¿Teneis la bondad de decirme á donde nos llevan mañana?

—A San Juan Bautista, capital de Tabasco, de allí á Veracruz donde os espera el virey y este os mandará al interior hasta que acabe la guerra.

—¿Qué guerra señor?

—La que venís á hacerme.

—¡Ah! Debe ser larga.

—Lo menos sesenta días.

—¿Nada más?

—Poco más ó menos.

—¿Qué puedo sacar del navío que mandé?

—Vos y todos los vuestros cuanto teneis en él en dinero, alhajas, ropas y efectos de vuestro uso ó de vuestro capricho Ya he dado la orden y todo os lo traerán mañana.

—¿Podré ir á caballo?

—Si, señor.

Ambos continuaron hablando mientras duró la comida. Al concluir se despidieron pasando á sus respectivas alcobas.

Flaviano dijo al gobernador de Tabasco al estrechar su mano:

—No os detengais en el camino mas que el tiempo indispensable para comer, salid poco después del toque de diana.

—Bien, señor.

—Dejais al capitán de este pueblo treinta hombres más.

—¿Voluntarios?

—Si los hay, mejor es.

—¿Manda algo más, mi general en jefe?

—Todo lo demás que pudiera deciros lo dejo á vuestra discreción.

Flaviano entró en la alcoba de su padre en la cual le habían colocado su cama, pero bien poco habló con él, sus ojos se cerraron y se quedó dormido.

Descansaron solo tres horas y media.

Al toque de diana todos se pusieron en pie.

El duque y Flaviano se fueron al balcón para presenciar el desfile.

Primero formó la tropa en dos filas y después fueron entrando en ellas los ingleses y seguidamente los sublevados de Frontera.

Por orden de Flaviano dieron un caballo al comandante inglés y otro á su segundo que estaba ya entrado en años.

Poco más tarde marchaban todos, yendo la tropa como hemos dicho y los prisioneros de cuatro en cuatro.

Los oficiales y jefes iban como querían.

De toda la línea salió un grito unánime, compactro, entusiasta. Gritó el gobernador que iba á la cabeza:

—¡Viva el héroe!

Y esta voz se fué repitiendo largo rato.

Aquellos hombres se habían batido á las órdenes de Flaviano y todos sabían lo que era y valía el jóven goneral.

Estaban en el balcón con Flaviano su padre, Zalla, y varios jefes, y formados en la plaza los sesenta hombres con el capitán que ya conocemos y el teniente.

Todavía alcanzaba la vista á los últimos soldados de los que iban á San Juan Bautista, cuando se presentaron cincuenta ó sesenta mujeres frente al balcón en que estaba el héroe, levantando los brazos y gritando en español.

—Señor, que se llevan á nuestros padres!

—¡A nuestros hermanos!

—¡A nuestros hijos!

Nadie las hizo caso. Entre ellas se encontraban cinco de las nueve que vieron al duque, pero ya no vestían con el esmero que entonces, eran ya verdaderas indias hasta en el traje.

Notando ellas la indiferencia que inspiraban, dejaron el idioma castellano, dando principio á una profusión de insultos en azteca tan groseros como injustos y denigrantes.

Todos se retiraron del balcón, Zalla y el duque cambiaron unas cuantas frases y el primero bajó, se colocó en medio de ellas y dijo:

—Sí, hijas mías, teneis razón, es una crueldad que os separen de vuestros padres y esposos, pero yo enmendaré la plana al héroe. Vedlo: capitán cogerlas en medio y acompañadlas hasta juntaros con la fuerza del gobernador. Se las entregais, diciéndole que el generalísimo desea que sufran la misma suerte que sus padres, esposos é hijos. Partid.

—No, eso, no.

—¿Pues qué quereis?

—Que nos devuelvan á nuestros hombres.

—¿Y lo pedís llamando al héroe tirano, bárbaro y cruel?

—Que no lo sea,—le contestó una.

—Eso es, dijeron varias.

—Capitán, estas víboras no merecen ni aún estar cerca de los suyos. El general en jefe prescinde de vuestra despedida, llevadlas donde os tuvieron á vos encerrado sus padres, hermanos, esposos é hijos y por cada insulto que han hecho ó hagan al héroe una semana de calabozo. Si lo creeis más conveniente encausarlas y que sufran el castigo á que se han hecho acreedoras.

—No, no, preferimos seguir á los nuestros.

—Lo dicho, capitán.

—No, que somos débiles mujeres.

—Mentís, sois panteras. Cuando la mujer es efecti-

vamente débil, tierna madre y cariñosa cónyuge, se la considera y se la ampara. Pero cuando esas faldas cubren la fortaleza de Lucifer, al fuego con ellas.

—¡No, que nos van á dar tormento!

—Sufridlo con paciencia si á él os condenan. Con paciencia hemos sufrido nosotros vuestras blasfemias, insultos y dicterios. Partid, capitán.

Todas quisieron escapar atropellando á los soldados, que las rodeaban, pero jugaron las culatas de los arcabuces y continuaron enmedio de la tropa.

Por el camino iban echándose la culpa unas á otras, acabando por pegarse y llenar sus rostros de arañazos.

Todas fueron encerradas en las prisiones en que tuvieron á los españoles, les formaron causa y la que mejor libró estuvo un año en prisión correccional.

Cuando Zalla volvió al palacio del ayuntamiento ya habían partido el duque del Imperio y su hijo.

En aquellos momentos salía la tropa á cuya cabeza se puso el maestre.

Desde el muelle se fueron trasladando todos, unos á los navíos, otros al bergantín y varios á la fragata.

Flaviano se había despedido de palabra del patrón del falucho y con la mano de los lancheros.

Todos le quedaban agradecidos por lo que había hecho por ellos, en particular el patrón que, según él decía, le iba á deber su dicha futura.

En efecto, cincuenta onzas de oro en aquella épo-

ca y en el mísero propietario de un mal falucho eran una verdadera fortuna.

Levó anclas la escuadra, hizo Flaviano la señal de partir y los cuatro buques hicieron rumbo al Norte inclinándose algo al Este.

Flaviano iba fatigado de lo que trabajó el día anterior y después de haber observado el tiempo y dar algunas instrucciones á un marino experimentado, se acostó, mandando que no le despertasen sin motivo justificado hasta la hora de comer.

Se desnudó para abandonar su traje de guerra y dormir con más comodidad.

Iban con el héroe, su padre y Zalla, trescientos soldados, la marinería y varios jefes y oficiales.

El duque se incorporó con Ricardo, diciéndole:

—¿Sabes lo que ocurre?

—No, señor.

—Que mi hijo está enfermo.

—¿Qué decís, señor, en qué os fundais?

—En qué se ha metido en cama.

—¡Qué susto me habeis dado. Sino es más que eso tranquilizaos, que está bueno y sano.

—¿Como lo sabes tú?

—Porque me lo ha dicho.

—Es que á mí nada me indicó.

—Porque nada le habreis preguntado.

—¿Qué le había de preguntar?

—Lo que yo cuando oí que se iba á su camarote, que si estaba enfermo.

—No se me ocurrió; el interés de padre me inspiró la idea de que se echaba porque no se hallaba bueno.

—Lo creo y entended, señor duque, que mi maestro don Flaviano rara vez dice algo como no se le pregunte.

—A un padre...

—Ya sabeis que os ama y considera como mereceis; pero no es hablador y como su privilegiado cerebro está siempre tan ocupado no se cuida, por falta de tiempo más que por otra cosa, de adivinar lo que pensamos de él.

—Me has tranquilizado. Gracias, porque tu le conoces bien.

—Mejor aun que aquella santa que lo tuvo en su seno y lo echó al mundo.

—¿Cuánto tardaremos en llegar á la isla, Ricardo?

—Si continúa el tiempo como está ahora y el viento sigue, fresco y sostenido antes de cuatro días.

—Creo que esos dos navíos andan poco.

—Son algo pesados y no marchan tanto como esta hermosa galera, pero dice mi general en jefe que son buenos y que no andan mal.

—El que anda bien es el bergantín. Repara que lo llevan á media vela para que no nos adelante.

—Ese barco era mercante, se construyó para que volara por los mares, lo vió mi general, comprendió lo que era, mandó hacer algunas reformas en él y quedó convertido en águila. Es ya un crucero inmejorable.

—¿A quién se lo compró?

—A nadie.

—¿Còmo á nadie?

—No han querido vendérselo y lo alquiló.

—Eso es raro.

—Lo extraño es la causa.

—¿Por qué?

—El dueño y toda la tripulación del bergantín se han enganchado en la marina real y todos están colocados en ese barco.

—En la tripulación se comprende, pero en el propietario, no.

—¿A que no sospechais por qué lo hizo?

—No lo adivino.

—Por servir á las órdenes de mi maestro.

—¡Qué fanatismo!

—Señor duque, está muy justificado. Para un buen marino es una dicha ir al lado ó cerca del almirante don Flaviano.

—Bueno hombre, sea.

—Es la verdad, señor.

—Si que sino lo fuese te iban á convencer á tí de lo contrario.

—Pero sucede que todo el mundo dice lo que yo.

—¿También los ingleses, los franceses y los holandeses?

—En su fuero interno también.

—Si hubieras conocido al almirante Roch.

—Le he conocido en Madrid.

—No, en los mares. El príncipe de Italia, decía que era un sabio sin rival en el mundo.

—¿Y qué quereis decir con eso?

—Qne fué el primer marino que existió.

—Que existía entonces.

—También ahora si viviera.

—Ahora, no, señor duque.

—¿Qué sabes tú?

—Yo nada; me fundo en lo que oí decir al mismo Roch, al príncipe de Italia y á los mejores marinos que he conocido, entre ellos al maestre Fajardo que es uno de los más aventajados discípulos de Roch.

—Y qué dicen.

—Roch decía poco antes de morir, que sabía Flavianito, así le llamaba, mucha más náutica que él.

—En teoría, pero en la práctica...

—Es verdad, en la práctica dice el príncipe de Italia que vale mucho más vuestro híjo que Roch. Y añade Fajardo, que á él le enseñó el héroe en una sola travesía más que el gran marino en tres años. ¿Queréis más votos?

—No; hablemos de otra cosa.

—¿Os dais por vencido?

—Eso no; te oigo con gusto porque al fin es mi hijo. Por lo demás...

—Acabad, señor.

—¿Crees tú que cambiará el tiempo?

—Creo, señor, que en lo relativo al héroe os venzo siempre.

—Pero, hombre, si lo que hace mi hijo se me figura que lo hago yo.

—Eso es verdad.

—¿Puedo ni debo decir yo lo que tú?

—Ahora me habeis derrotado, señor. Esas frases dicen que el padre, sino vale tanto, como el hijo, se acerca mucho á él.

Los dos continuaron hablando hasta que Flaviano apareció sobre cubierta, vestido con un traje de seda ligero y fresco.

Se hallaba bueno y sano; solo tuvo falta de sueño y de descanso, pagó esta deuda á la naturaleza y dispuesto se hallaba á cazar veinte navíos ingleses si el destino se los presentaba.

Su padre se tranquilizó y Zalla sonreía diciéndole por lo bajo al duque.

—Vedlo. qué gallardo y,qué... y qué hermoso. ¿Si lo es, por qué no lo hemos de decir?

—A mí, no.

—Ya, porque á su edad érais su retrato.

—Claro es

—No su retrato exacto.

—Rebaja lo que quieras, hombre.

—Poco, muy poco, pero algo hay que rebajar.

CAPITULO XXXI

Pronósticos malos.—Continúa el buen tiempo.—Los cambios.—El temporal.—Los truenos y el huracán.

Flaviano se acababa de levantar, miró el tiempo y se fué á su observatorio.

Detrás de él iban el duque y Zalla. El héroe no les hizo caso; se fijó primero en el Sur, luego en el Este, después en el Norte y últimamente en el Oeste. Más tarde estudió algunos instrumentos que tenía fijos sobre una mesa.

Su criado le dijo:

—Señor, la comida aguarda.

—¿Pérez?

—¿Señor?

—Que esperen un cuarto de hora.

—Muy bien, mi general en jefe.

Osorio acabó su estudio y encargó que hicieran señas al bergantín.

No tardó en decirle un oficial:

—Mi almirante, el crucero pide órdenes.

—Decidle que deslie todas las velas, avance lo que pueda y se entre en la bahía.

Flaviano se quedó mirando con su anteojo al bergantin:

Su padre le preguntó.

—¿Hijo, lo mandas á que dé aviso?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Mirad, padre mío, como se hinchan todas las velas del crucero. Parece engalanado con sus mejores galas. Ya juega el timón. Pronto lo vereis volar por esa blanda superficie.

No tardó en añadir:

—¿Lo veis? Ya nos adelanta, es tan ligero como el condor.

—Sí.

—Va muy deprisa.

—Pasado mañana por la tarde á última hora quedará anclado en la bahía. Vamos á comer.

Y todos fueron bajando.

Comían con el héroe, el duque, Zalla y todos los oficiales menos el que estaba de servicio.

Como eran muchos y la mesa tenía dos presidencias una para el duque y otra para su hijo, estaban sentados estos en los dos extremos y por esta causa distaba el uno del otro más de cuatro varas.

No pudiendo hablar el padre con el hijo por la

distancia que les separaba, preguntó el duque al marino que solía reemplazar al héroe en la dirección de la galera:

—Decidme, señor capitán, ¿á qué atribuís la orden de mi hijo para que avance de la manera que lo está haciendo el bergantín?

—No lo sé, mi generalísimo.

—Os advierto que antes de mandar eso estuvo estudiando mucho.

—Ya lo ví, pero no comprendo la causa.

—¿Nos amenaza algún peligro?

—No he visto señal ninguna que lo indique.

—¿Ni siquiera un chubasco?

—No, señor.

—En ese caso será la causa otra cosa.

—Sin duda alguna.

—Os ha oido Ricardo Zalla que está á la derecha de mi hijo y ha sonreido.

—¿Pero entiende él algo de náutica?

—Es discípulo de Flaviano y tan aplicado que aprende cuanto le vé hacer.

—Sé que tiene talento, una vasta educación y un valor casi heróico; pero la náutica es una ciencia distínta de lo que él ha podido estudiar.

—¿Lo veis? vuelve á sonreir.

—Será de otra cosa.

—No lo creo, mi hijo que está á su lado no despliega los labios y los que le rodean hacen lo mismo.

—Pues no comprendo la causa.

—Ahora os ha mirado Flaviano.

—Lo noté.

—Después les preguntaré el motivo.

Continaaron comiendo, hablaban poco por respecto al silencio del general en jefe, hasta que acabaron

En ese instante dijo el héroe al que había estado hablando con su padre:

—Capitán, hacedme el favor de subir sobre cubierta y estudiad el tiempo y las probabilidades de lo que puede suceder. Si lo creeis necesario hacerlo en mi observatorio; allí teneis buenos instrumentos.

—Al momento, mi almirante.

—No os deis prisa para que hecho el estudio podais fundar sólidamente vuestra opinión. Aquí os esperamos.

Un cuarto de hora después volvió el capitán, diciendo:

—Mi almirante, ya he terminado.

—Muy bien, ¿qué opinais?

—No he visto señal alguna que indique cambio. El tiempo parece asegurado.

—¿Por cuánto tiempo?

—Por algunos días.

—¿Como cuántos?

—Por lo menos lo que resta de mes.

—¿Siete días?

—Sí, señor.

—Tengo una opinión contraria, capitán.

—Lo siento, señor, doy por hecho que seré yo el equivocado.

—Quien sabe; eso lo ha de decir el tiempo.

—Es verdad, pero como vos acertais siempre. ¿Teneis la bondad de darme vuestra opinión?

—Nada más justo. Yo opino que pasado mañana cambiará el tiempo, como al medio día, y lo que es peor, correremos algunas horas después un temporal deshecho.

—¡Qué modo de precisar!

—¿Lo juzgais temerario?

—No, señor, lo creo exacto. ¿Por esa causa hicísteis adelantar el bergantín?

—Sí, señor.

—Seguro estais entonces.

—Si, bastante.

—¿Cerca de la isla nos vá á coger?

—El temporal á más de quinientes millas.

—En ese caso el bergantín llega con tiempo de sobra á la bahía.

—Tiene menos resistencia que los navíos y la galera y conviene por eso que se libre de él.

—Medida conveniente porque á nosotros no podía servirnos de nada y él está mejor en la bahía.

—Seguramente.

Y Flaviano se levantó volviendo á su observatorio.

El duque se quedó en la cámara hablando con un jefe de artillería, y Zalla, detrás de su maestro iba á entrar también en el observatorio, cuando oyó una voz que le dijo:

—¿Señor maestre, teneis la bondad de oirme?

Se volvió Zalla, viendo al capitán de marina al cual dijo:

—Con mucho gusto.

Ambos se retiraron á un lado de la banda de babor diciendo el primero.

—Perdonadme que os moleste.

—No me molestais, os faculto para que me digais lo que querais.

—¿Me facultais?...

—Con mucho gusto.

—Gracias. Me hizo notar el señor duque que al asegurar yo en la mesa que el tiempo debía seguir siendo bueno os sonreistís. ¿Es cierto?

—Sí, señor.

—Luego me oísteis.

—Los dos os oimos, el general en jefe y yo.

—¿Sonreíais por lo que dije?

—Seguramente.

—¿Vos sabíais, y este es el favor que deseaba pediros, que iba á cambiar el tiempo?

—Sí, señor.

—Os lo diría el almirante.

—No me dijo nada lo comprendí yo por un movimiento de disgusto que le ví hacer cuando se hallaba estudiando.

—Esa era mi duda, si resultaba eso, cosa parecida ó será que estabais en el secreto y en este último caso os hubiera rogado y agradecido mucho me enteráseis en

qué fundaba el héroe su opinión, porque yo no veo nada que la justifique.

—Capitán, después de lo que dijo el general en jefe podeis estar seguro de que su pronóstico se cumplirá; lo que yo no puedo es deciros el fundamento, la causa de esa sabia opinión.

—¿Cómo podría yo saberla?

—Pardiez, preguntándosela.

—¿No se incomodará?

—Todo lo contrario, le gustan los hombres estudiosos y aplicados.

—¿Es buena ocasión está?

—Sí, señor.

—Si me hiciérais la gracia de acompañarme?

—Venid.

Los dos entraron en el observatorio, exclamando Zalla:

—Mi general en jefe ¿se os puede hacer una pregunta?

—Si, las que tu quieras. ¡Ah! sereis vos, capitán, el que quiere hacérmela. ¿Es cierto?

—Si, señor.

—Pues no molestaros, oidme.

Y adivinando lo que el marino quería saber le dió una completa lección de náutica.

El capitán lo oia con asombro. Al acabar le dijo:

—Yo no he leido eso en ningún libro y me paso los días y las noches estudiando.

—No podeis haberlo hallado. La base de esto me

la dió el general Roch y yo edifiqué después sobre ella.

—Eso no puede saberlo nadie, señor; eso es un sublime aborto de vuestro genio.

—No os ofusqueis, que no es tanto.

—Mi almirante, os he visto resolver infinitos problemas. La base que os dió el gran Roch, sería buena, no lo dudo, pero vuestra edificación es mil veces mejor.

—¿En qué os fundais?

—En que he estudiado las obras que dejó escritas Roch, y en una de ellas está la base, pero nadie edificó luego lo que vos. Todos los problemas están en ella, pero ¿quien lo supo resolver? Unicamente su discípulo Osorio que sabe y vale mucho más que el maestro.

—Callad, capitán, si os oye el señor duque os excomulga,—le dijo Zalla.

—No tanto, Ricardo,—le contestó el generalísimo, —asomando la cabeza por entre unas cortinas.

—¿Nos habeis oido, señor?—le preguntó el maestre.

—Casi todo.

—Y que decís de Roch.

—¡Si le hubiérais conocido como yo!

—¿Para qué? Oyendo al general en jefe no necesitamos para nada de Roch.

—Tu no eres voto, Zalla. ¿Sabes lo que dicen los marinos que no estaban en la mesa?

—No, señor.

—Lo que el capitán, que llegaremos á la isla con bonanza.

—Por eso naufragan tantos barcos, por haber esas opiniones.

—Te repito Zalla que tú no entiendes de eso.

—¿Y vos señor? Perdonad la pregunta.

—Yo tampoco.

—Mi generalísimo, pues yo entiendo algo.

—¿Quién te lo ha enseñado?

—Mi maestro, el primero del mundo.

—Que te adula, Flaviano.

—A este, señor; no le hago caso cuando habla de mí.

—Lo oyes. ¿Ricardo?

—Pues siempre le he dicho la verdad. Los dos sabeis que yo no miento jamás ni adulo á nadie. Vos, señor duque sabeis esto muy bien.

—A mí no me has adulado jamás, pero á mi hijo...

—Tampoco.

—Sepamos, ya que te juzgas inteligente: qué señales hay en el horízonte ni en la constancia de ese aire para augurar un cambio.

—Para los que necesitan ver las nubes y oir el huracán para saber que van á presenciar la tormenta ninguna. Para el sabio que lee el porvenir con los ojos de la inteligencia muchas.

—Bien contestado, Ricardo,—le dijo Flaviano.

—Decidme, Zalla...

—No, basta y hablemos de otra cosa. Y lo mejor que podíais hacer era dejarlo estudiar.

—Sín duda alguna.

Y se salió el capitán.

El duque y Zalla se quedaron, pero sentados en dos taburetes miraban lo que el héroe hacía sin hablar nada.

Pasó el día con mar bella y una brisa fresca y agradable.

Llegó el seguno día de navegación y continuaba la calma y el buen tiempo.

Al tercero por la mañana sucedía lo mismo, pero cerca del medio día el aire era caliente y la atmósfera estaba densa y cargada de electricidad.

Flaviano hizo varias señales á los comandantes de los navíos.

El duque que aun no veía nada dijo á Flaviano.

—Hijo mío, ya sabes que hasta los sabios se equivocan y en la presente ocasión creo que felizmente tu pronóstico no se realiza.

—¿En qué os fundais, señor?

—¿No ves qué calma, qué tiempo tan hermoso?

—Para vos, padre mío, yo lo juzgo muy malo.

—No sé por que.

—Antes de cuatro horas lo vereis vos también.

El capitán se acercó á Osorio diciéndole:

—Mi almirante, comienza á cambiar el aire.

—Sí, pronto lo tendremos del primer cuadrante.

—Empiezo á ver la tormenta y los golpes de mar los vamos á recibir por la proa.

—No será poca suerte.

—¿Eso creeis, señor?

—Sí. En adelante podeis venir á mi lado si quereis, pero os advierto que mando yo solo.

—Lo deseo, señor.

—Vamos por los trajes de hule.

Era el único impermeable que entonces se conocía.

Flaviano, el capitán y Zalla se cubrieron con capuchones impermeables.

La marinería los imitó haciendo uso de otros por el estilo aun cuando bastantes más groseros. La cubierta se llenó de cuerdas y maromas.

El duque andaba de un lado para otro sin saber que hacer.

Cuando vió subir á su hijo con el capuchón lo dijo:

—No te equivocaste, Flaviano, pero creo que es pronto para ese impermeable.

—¿Qué veis para decir eso?

—Las nubes que tu viste hace tres días.

—¿Ya las veis, eh? Pues ahora las ve cualquiera, señor,—le dijo Zalla.

—¿Qué me hago Flaviano?

—Bajaos á la cámara, señor, que os van á mojar las nubes.

—Es que quisiera ver la tormenta.

—Desde una porta de luz podeis hacerlo abajo.

—No, sobre cubíerta.

—No hay inconveniente; entrad con Zalla en mi observatorio.

—Buena idea.

—No levanteis más cortina que lo indispensable para mirar. A los dos os basta con el pedazo que cubre un solo cristal.

—¿Por qué, hijo mío?

—Porque la seda es refractaria á la electricidad, hay mucha sobre nosotros y no ha de tardar en prender.

—¿Para qué son todas estao cuerdas que están sujetando.

—Para agarrarnos á ellas los que tenemos que andar sobre cubierta.

—¿Tan fuerte va á ser el aire?

—Mucho.

—¿No es pronto para cubrirte con ese capuchón?

—Señor, mando este barco y luego no podré bajar á ponérmelo.

—Ya empieza el viento fuerte.

—Entrad en el observatorio los dos. Vivos, que os puede tirar el huracán y hasta lanzaros al Océano.

Y les fué empujando para que entrasen pron o.

—¿Pero y tú, hijo mío?—le preguntaba el duque.

—Padre mío, soy yo el que debo salvar las vidas de todos. No os cuideis de mí. Hasta luego.

Y comenzó el héroe á dar voces de mando, la marinería á trabajar, no parando hasta dejar el velamen como Flaviano quería.

El aire iba embraveciendo por instantes, la mar

aparecía ya picada y la tormenta empezaba con grandes gotas de agua, calientes y pesadas.

La oscuridad iba creciendo por momentos.

De pronto se iluminó el espacio con luz tan rápida como rojiza y se oyó un trueno desgarrador.

Flaviano cogido á las cuerdas no era ya el héroe ni el genio en la forma, era solamente un marinero que corría de un lado para otro evitando que el huracan y los golpes de mar le llevasen un grumete ó un hombre de los que trabajaban en uno ú otro lado. Ya había salvado la vida á dos.

El temporal iba en *crescendo*: El espantoso estampido de los truenos, el zumbido del huracan, los golpes de mar fuertes y contínuos y el crugir de las tablas de la galera formaban un estrépito espantoso, aterrador.

El duque decía en estos momentos á Zalla:

—Ricardo, otra igual á la que sufrimos en este maldito golfo cuando íbamos á Méjico y el alisio nos metió en la bahía de Líbana.

—Esto es distinto, señor; el viento ó huracán no es del Este como entonces; ahora es Norceste y aun cuando nos acosan males tan grandes como aquellos dirige nuestro barco un sabio qne nos salvará de todos los peligros.

—¿De qué sirve la mísera sabiduría humana contra el furor de esa poderosa naturaleza?

—De mucho, señor, de oponer á un poder colosal otro mayor.

—¿Cual es el mayor?

—El de vuestro hijo.

—Que tontería dices, Ricardo.

—Pues si vos no lo veis, no soy yo el tonto, señor duque.

—¿Pero qué ves, hombre?

—Mi general, con ese talento que solo él posee, sobreponiéndose con mucho á Roch y á todos los marinos nacidos, ha puesto la proa al huracán y á las olas que se estrellan en sus fuertes maderos forrados de bronce y no hacen casi ningún daño á la galera.

—Si fuéramos contra el viento no andaría el barco y ya ves como anda.

—Pues anda y vá contra el viento.

—¿Y cómo se hace ese milagro?

—Combinando el velamen como ha dispuesto mi maestro.

—Esas olas barren la cubierta y unidas al huracán es posible que no dejen con vida uno sólo de los que van ahí. ¡Pobre hijo mio!

—Pobre de su padre que teme lo que no ha de ocurrir.

—¿Qué sabes tú?

—Y si ocurre y todos vamos al fondo del mar cuanto antes mejor.

—Por mí nada temo, por mi hijo.

—¿Queríais dejarlo aquí? Yo quiero seguirle hasta en la muerte.

—Casi tienes razón.

—Como cruje la galera, ¿oís?

—Y el trueno, y la mar y los huracanes. Es media tarde y estamos á oscuras.

—No, de contínuo nos enseña la luz de los relámpagos clara y roja el abismo que tenemos debajo, abriendo la boca para tragarnos.

—Ahora no te equivocas. ¿Dónde está Flaviano? No lo veo.

—Se fué al estrecho de la proa.

—¿Para qué?

—Para reconocerla sin duda y ver si pueden las olas con ella.

—¡Olas! ¡Montes de agua!

—Eso es.

—Ya regresa. Creí que el huracan se lo llevaba.

—Jamás lo imaginé yo.

—Como azotarán su rostro los golpes de mar.

—Ved, señor, va detrás de él el capitán.

—A todas partes le sigue.

—Es aplicado y valiente.

—¿Puede haber algún marino cobarde?

—No parece posible.

—Pero no cesa.

—Al contrario, los truenos son cada vez más fuertes, el huracán más rabioso y las olas más grandes y terrible.

Y continuaron hablando así mientras la galera parecía que se iba á hundir.

—Cuanto temo por mi hijo.

—Yo nada, ni por él ni por nosotros.

—¿Qué descreido eres, Ricardo?

—No es cierto, señor duque, yo creo todo lo que cree mi maestro.

—Digan el maestro y el discípulo lo que quieran de esta no escapamos con bien, Zalla.

—Saldremos mucho mejor que del ciclón que nos llevó á Líbana.

—Dios te oiga, más me parece que no te escucha.

—Me oyó hace tiempo y nos ha indultado. Mi generalísimo, de esta salimos con bien.

—No me convences.

—Lo siento por vos.

CAPITULO XXXII

Continúa la tormenta.—El temporal no cede.—Veinticuatro horas de una amargura cruel.

Eran ya las ocho de la noche cuando Osorio dejó en su lugar al capitán que solía sustituirle y bajó á la cámara en la que le sirvieron una taza de sopas, dos copas de Jerez y un vaso de agua.

No quiso tomar nada más.

Hasta aquel momento todos habían comido algo ménos él.

Empleó solo cinco minutos y subió á la cubierta ocupando nuevamente su puesto.

La oscuridad ahora era completísima.

No cesaban los truenos ni el huracán.

Las olas se empinaban en la proa y se extendían por la galera formando arroyos de blanquísima espuma.

El barco no cesaba de crugir.

Valientes eran todos los que iban en aquella nave, pero como hasta el bronce se rompe á fuerza de machacar, también aquellos espírltus varoniles iban cediendo en bravura y ya eran muchos, particularmente en la clase de soldados, los maduros y hasta amedrentados.

Momentos había, y estos eran los más, que creían llegado su último instante.

Uno decía.

—Yo no he visto una tormenta más deshecha.

Otro añadió:

—Ni más larga.

—Este golfo es el más traidor del mundo.

—Cuantos millares de seres se lleva tragados.

—Lo que siento es que también nos va á tragar á nosotros.

—Sí, esta noche morimos todos.

Varios oficiales se vieron obligados á tomar parte en estas lamentaciones y les decían.

—No seais ignorantes, cuando ya la galera no se ha abierto no se abre ni le sucede nada.

—¿Ignorais por ventura,—decía otro,—que dirige el barco nuestro héroe y que está sobre cubierta defendiendo nuestras vidas? Cuando el se expone de la manera que lo está haciendo seguro está de triunfar de los elementos, como triunfó siempre de los hombres.

Lo único que los animaba algo era la idea de que el héroe los defendía.

Tal era la confianza que Flaviano les inspiraba, aún en medio de los mares y entre huracanes, olas, truenos, relámpagos y crugidos de las tablas de la galera.

A muchos los rindió el sueño y como Flaviano había dicho que durmiera todo el que pudiera hacerlo los dejaban dormir, si bien era por tiempo limitado.

¿Quién podía conciliar el sueño con aquel ruido infernal que ensordecía y aterraba?

Flaviano que era la verdadera inteligencia, casi la Providencia de los desgraciados que iban en la galera, empezó á sentirse desfallecido y abandonando por diez minutos la cubierta, bajó á la cámara, en la que su criado le sirvió otra taza de sopas mezcladas con pedacitos de ave.

Luego se bebió una copa grande de Jeréz y acto contínuo corrió todo el interior de la galera.

Halló á los oficiales tirados en sus camarotes y á los infelices soldados tendidos en el suelo, muchos de ellos sin aliento.

A todos les hablaba dándoles ánimo y reacionándolos en parte:

—Amigos míos,—les decía,—tened confianza en mí, yo os salvaré á todos y si pereciésemos, ¿quién teme á la muerte? El que no siente morir al frente del enemigo no puede tampoco asustarle un temporal en medio de este endiablado golfo, el más malo de lá tierra. ¿Teneis ó no confianza en mí?

—Sí, sí—le contestaron.

—Pues demostradlo con hechos y no de ese modo cobarde y tímido. Hijos, cada uno á su cama, cerrad los oidos á ese estruendo infernal y dormíos. Que más quisiera yo que poder hacerlo. Os he dicho y repito que respondo de vuestras vidas. Españoles, obedeced y que no os vuelva á ver de ese modo vuestro general.

Si milagro era salvar el buque en medio de aquella horrible tormenta no lo fué menos reanimar á aquellos infelices soldados y oficiales, que en honor á la verdad todos se sintieron animados al acabar de expresar sus últimas frases el héroe.

Este fué obedecido y sin detenerse más subió á la cubierta y se encerró unos instantes con su padre y Zalla:

—¿Qué ocurre aquí?—les preguntó:

—Nada—le dijo el duque—y á tí ¿qué te sucede, hijo mío?

—A mí me sobran fuerzas é inteligencia para salvaros á todos.

—¿Lo dices por animarnos?

—¿Necesitais vosotros, que yo os anime?

—No, por Dios—le contestó Zalla con sobrado espíritu.—Señor, si necesitais de mí, soy capaz de serviros hasta de grumete.

—Y yo, hijo, de lo que tú quieras.

—¿Comísteis?

—Lo que tú, sopas y vino de Jerez.

—Eso es poco.

—Toma tú otra cosa y lo haremos nosotros.

—Yo no puedo, padre mío, me falta tiempo y vivo en medio de las olas.

—Ya lo veo.

—En la cubierta hay una vara de agua y en las cámaras pasillos y camarotes media.

—¿Cuándo acabará esto, Flaviano?

—Son las cuatro de la madrugada y la tormenta se irá con el nuevo día en que hemos entrado.

—¡Todavía doce ó catorce horas!

—Sí, señor.

—¿Podrá resistir este barco tanto tiempo más?

—Sí, señor, lo mandé forrar todo él con chapas de bronce y sino chocamos con alguna roca no hay temor de que se rompa.

—¿Podemos chocar?

—No es lo probable, señor, pero nada puedo aseguraros. La oscuridad completa que reina y el mal estado en que se hallan los instrumentos náuticos que estoy mirando me impiden conocer de un modo cierto el paraje en que estoy.

—¿Qué te guía entonces?

—Las probabilidades.

—Las seguridades de su genio, señor duque,—le dijo Zalla.

—No, Ricardo, es demasiado horrible este temporal y tan potente la fuerza y poder de la naturaleza que es muy poco el talento del hombre y unas débiles

tablas, aún cuando se hallen forradas de bronce, para poder asegurar eso que tú dices.

—Ello dirá, señor.

—Ni debemos entregarnos á una debilidad que sería imperdonable en nosotros, ni á ciega confianza que podía llevarnos al fondo de ese abismo.

En este instante se oyó un crugido espantoso que hizo extremecer la galera, las tablas crugían como si estuvieran rotas.

—¿Qué es eso hijo?—preguntó el duque poniéndose en pié.

—Una ola, señor, que ha cogído nuestro buque por una banda.

—Creí que se había abierto ó se había estrellado la galera.

—No, para eso era necesario que chocase con una roca y por aquí no debe haberlas. Quedad con Dios, que el deber y la imperiosa necesidad me llaman á otra parte.

Y desapareció del observatorio, corriendo por entre cuerdas por toda la banda que había recibido el golpe de la ola hasta llegar al extremo de la proa.

La cubierta de la galera era un lago.

Caía el agua á torrentes del cielo y la espuma de las olas que se rompían contra la galera todo lo inundaban.

Flaviano, sin embargo, corría por aquella laguna con valor é inteligencia superiores á toda descripción.

Los marineros y oficiales que le acompañaban en

tan difíciles momentos, participaban de su valor y arrojo y en honor á la verdad eran dignos de servir al lado de un jefe tan superior.

En vez del arcabuz ó del hacha de abordage llevaban en el cinto un martillo y clavos de gran tamaño y en sitio resguardado tenían tablas pequeñas y grandes para reparar averías en el instante de sufrirlas.

Ese era el arsenal que esta fatal noche se habían proporcionado.

Al brillo de los contínuos relámpagos, Osorio reconocía su galera y sonreía diciendo:

—Nada, ni el aire ni las olas me la rompen. Tuve en cuenta que en la mar y en particular en este golfo hay accidentes tan gravísimos como el que ahora presencio y no fuí torpe al reforzar este castillo tan fuerte casi como la roca.

¿Pero de qué sirvirá todo eso si una de esas exhalaciones que continuamente caen tan cerca de mi destruye con su furor mi pobre materia?

Qué hemos de hacerle, si yo muero, perecerán cuantos me acompañan y todo se reducirá á que en adelante se diga: Se estrelló el barco en que iban y todos perecieron. Nos rezarán un Padre nuestro y á los dos meses nadie se acordará de nosotros.

¿Pero y mi pobre patria que funda en mí toda su confianza? ¿Podrá mi hermano Julio...?

No lo sé, creo que sí, pero no tengo confianza absoluta. Las obras dirigidas por mí en la isla Líbana

son para que yo las aplique. Es preciso que yo viva, de lo contrario perece España.

No, eso no, viviré.

Dios poderoso y sublime, mi vida es tuya, dispon de ella cuando tú quieras, pero déjame salvar á mi pobre España acosada por tanto enemigo. Yo se lo ruego á tu misericordia. ¡Bendito seas, Señor!

Estas reflexiones se las hacía el héroe hallándose en el extremo de la proa que era el sitio más expuesto. Su pecho servía de rompiente á las olas; los relámpagos quemaban sus ojos y el agua y el huracán azotaban su rostro con bárbara crueldad.

¡Qué patriotismo había en su alma, qué valor en su corazón, qué amor á Dios tan grande, qué entendimiento tan colosal en su cerebro!

¡Lástima sería que pereciese aquel gran español en medio de una horrible tormenta!

Al acabar de expresar sus últimas frases, se echaron sobre él dos jefes de marina y cogiéndolo por los hombros le digeron:

—Señor; que estais en el sitio de más peligro. Vais á perecer y moriremos todos.

—Es verdad,—les contestó,—me había distraido, amigos míos.

—¡Señor, en unos momentos tan supremos!

—Sí.

—Por Dios, señor...

—Vámonos de aquí.

—¡Cómo está vuestro rostro!

—Morado como los vuestros.

—Los nuestros no importa.

—A mi sí. ¿Pero qué os extraña? Nos azotan el huracán y las olas de un modo cruel.

—Volved la espalda, señor.

—Al enemigo jamás y esos elementos son ahora nuestros más fieros contrarios.

—¿Para que andais para atrás, señor?

—Para cumplir vuestro deseo separándome de ese sitio que juzgais tan peligroso y para no perder de vista la proa de nuestra galera.

Por fin lograron retirarlo de aquel parage.

—Dejadme solo,—les dijo,—continúo velando por la suerte de los marineros mientras yo lo hago por la de todos.

Se entró un momento en el observatorio, miró algunos de los instrumentos que allí tenía y sin contestar á las preguntas que su padre le hacía, salió otra vez dirigiéndose al timonel:

—Veinte líneas al Este,—le dijo.

—Señor, nos colocamos más frente aun de los golpes de mar.

—Sí.

—Ya está.

—Sugetadlo bien.

—No puede estarlo más.

—¿No os hallábais aquí cuando reventó la ola en la banda babor?

—No, señor, acababan de relevarme.

—Ahora no reventará ola alguna en las bandas.

—Pero sí en la proa.

—¿Ignorais por ventura que es la parte más fuerte de la galera?

—No lo sabía, señor, ni podía comprender este modo de navegar contra huracanes, olas y toda la fuerza de la naturaleza. Vos, señor, sabeis más que todos los marinos del mundo.

—Esto, timonel, es una lucha como las de tierra; desgraciado el ejército que le vuelve la espalda al enemigo.

—Ya lo veo; mi incomparable almirante.

—¿Dónde estaríamos ya si esas fuerzas tan espantosas hubieran cogido á nuestro barco por la popa ó por las bandas?

—En el fondo de ese abismo.

—Verdad es.

—Pero convenga conmigo V. E. en que ésto no está escrito en los tratados de marina.

—Lo está en lo más profundo de la ciencia.

—De la vuestra, señor, que es superior á todas.

—¿De cuánto en cuanto tiempo os relevan?

—De media en media hora.

—Basta, sí.

—¿Saldremos con bien de este temporal nunca visto, señor?

Osorio meditó un minuto contestándole :

—Sí.

Y desapareció aproximándose á la proa.

El capitán le seguía; al detenerse Osorio le preguntó:

—Señor, ¿habrán perecido los dos navíos?

—Si han seguido los capitanes mis instrucciones, no.

—¿Pero las habrán seguido?

—Creo que sí. A la luz de varios relámpagos los he visto cinco veces á media milla de nosotros. Nos llevan en medio y cuando no han disparado ningún cañonazo, claro es que irán mal, como vamos nosotros, como se puede ir en lo más recio de tan horrible temporal, pero nada más. Los dos comandantes son inteligentes.

—Y lo que es mejor aun: Os obedecen con entusiasmo y ciega confianza.

—Ya lo sé.

—¿Llegaría á tiempo el bergantín?

—Sí, de sobra. Ese no ha corrido peligro.

—Más suerte ha tenido que nosotros.

—Mañana opinareis de un modo contrario, acaso esta misma noche.

—¿Por qué, señor?

—Capitán, con mar bella navegan hasta los tontos, el buen marino se da á conocer en estos temporales y al salir de éste os hallareis más satisfecho que el jefe del bergantín.

—Es verdad, señor, pero falta que salgamos bien de éste.

—Eso, lo veremos pronto. Cojed á ese marinero que se lo lleva una ola.

El capitán lo sugetó, diciéndole Flaviano.

—Capitán, habladme menos é imitadme más.

—Lo haré, señor.

A las ocho de la mañana apareció por entre las negras nubes y los torrentes de agua un crepúsculo vergonzante.

A favor de él y de la óptica pudo distinguir Flaviano los dos navíos.

—Los comandantes,—se dijo Osorio,—obedecieron al pie de la letra mis señales. Temí que no las hubieran comprendido y perecieran todos.

Estudió todo lo que podía estudiar, dió algunas órdenes al capitán que le reemplazaba y bajando á la cámara dijo á su criado:

—Pérez, una taza de sopas y vino Jerez.

—Con pedacitos de pechuga de ave.

—Bien, pero listo.

No tardó su valiente criado en presentarle más que una taza un tazón con caldo muy sustancioso, pedacitos de pechuga y sopas.

Según comía preguntó á Pérez.

—¿Se inundó la cocina?

—Como todo, señor.

—Pues estas sopas están buenas.

—Milagros de una vara que guardo yo para estas ocasiones.

—No les castigues, hombre

—Señor, V. E. no sabe lo que son esos hombres de la cocina.

—¿Qué son, Pérez?

—Cobardes, tumbones y tan mandrias que si no fuera por esa vara, todos, incluso V. E., nos hubiéramos quedado sin comer ayer y hoy. Pero á beneficio de ella la cocina está seca y todo corriente.

—¿Seca la cocina?

—Claro es, señor, tengo dos pinches dedicados á quitar agua y á secar.

—No les hagas daño, ¿lo oyes?

—No pase cuidado V. E., es más el ruido que las nueces.

—¿Quién no se asusta ante un temporal como éste?

—Por lo menos dos. V. E. y yo.

—¿Y Zalla y mi padre?

—Tampoco.

—El primero ni teme á Dios ni al diablo, como yo, lo mismo que yo.

—¿Nada has temido cuando tan en peligro hemos estado y aún estamos?

—Nada; sabía yo que mandando otro este barco no había más remedio que irse al fondo, mandándolo V. E. no hay peligro alguno.

—No confíes tanto, Pérez.

—Señor, V. E. tiene la gracia y el talento divinos.

—Qué disparates dices, hombre.

—Siento, señor, que sean disparates.

—Y yo también.

—Pues los he aprendido del santo.

—¿Del príncipe de Italia?

—Sí, señor, y del otro medio santo.

—¡Medio santo! ¿Quién es, el padre Anselmo?

—Sin duda alguna.

—No es medio santo, ¿por qué le llamas eso?

—Porque no es tanto como el señor príncipe.

—Los dos son santos varones.

—Infalibles, ¿es verdad, señor?

—Casi infalibles.

—Luego es cierto lo que dicen de V. E.

—Pérez, vino. No llenes tanto la copa que es grande.

—Mejor, y el vino de quince años, pero todo hace falta.

Flaviano bebió y se dirigió á la cubierta sonriendo de las frases que oyó á su indomable criado.

Eran las diez de la mañana y el tiempo empezaba á cambiar algo.

—¿Que ha ocurrido?—preguntó al capitán.

—Nada nuevo, señor, la tempestad nos deja, pero no así el temporal.

—Este es seguro hasta la tarde, muy entrada la tarde. Pero ya es algo habernos librado de tanta exhalación como amenazaba nuestras vidas y de los torrentes de agua que caían del cielo.

—Sí, señor, ya llueve menos.

—Va aumentando la claridad del día y eso ya es mucho.

—Señor, los navíos nos siguen.

—Ya lo sé, quedaron un poco atrás, pero van bien.

—Creo, señor, que al gran peligro empieza á desaparecer.

—Ya lo veremos.

—Yo entendía que vos opinábais lo mismo.

—Capitán, continúan los golpes de mar, los huracanes y nosotros seguimos entre las tablas.

—Que hasta ahora no pudieron los aquilones, el mar do fondo ni la tormenta con ellos.

—Quién sabe aún lo que sucederá. La tormenta que es lo único que ha menguado puede repetirse. Este golfo es infernal.

—Yo sé quien sabe lo que va á suceder.

—Y yo también, Dios.

—Y su inspirado en la tierra don Flaviano.

—Capitán, no digais á nadie vuestras creencias de los que están ó pueden estar sobre cubierta. Ya que hemos llegado al punto que veis sin sufrir desgracia alguna evitémoslas en lo sucesivo. La confianza cuando todavía resta tanto peligro puede darnos graves disgustos.

—No lo dudo. señor, y continuaré imitándoos, es á lo más á que se puede aspirar en el mundo.

—¡Otro marinero...!

Y Flaviano cogió en el aire á un infeliz que se lo llevaba el viento y un golpe de mar. Hizo ésto con exposición de su vida.

El capitán sujetó con los brazos á su almirante.

Cuando pasó el peligro, le decía Flaviano:

—¿Veis las consecuencias de distraeros con esa eterna charla?

—¡Es tan grato hablar con vos!

—Pues basta de conversación impropia del estado en que aún nos hallamos y concretémonos al cumplimiento de nuestro deber. ¡Ese otro marinero!...

—Ya lo he cogido, señor.

—Capitán, al que no ós ofrezca confianza absoluta atadlo.

—Ya tengo tres sujetos con cuerdas.

—También esos dos que iban á volar.

—Y á tres que salvastéis hace poco.

Y los sujetaron con cuerdas largas para que pudieran trabajar.

A las doce del día vieron algunos rayos del sol que se colaron por entre dos gruesas nubes.

Parecía mejorar la situación.

CAPITULO XXXIII

Los elementos fatigados.—Cesa la tormenta y continúa el temporal.—Conflicto con el que no contaba ninguno.

Flaviano observó atentamente el tiempo, después el aire, miró la aguja, encargó á su segundo que él y los oficiales estuvieran muy cuidadosos y entró en su observatorio.

El duque y Zalla deseaban contemplarlo de cerca para hacerle varias preguntas, pero al verlo asomar, los dos se pusieron en pie, exclamando:

—¡Qué compasión!

El duque añadió:

—Eso no puedo yo consentirlo, Flaviano.

—¿Qué es ello, padre mío?

—Mírame, dame tus manos...

—¿Qué más quereis?

—Hijo, tu rostro está amoratado...

—Sí, las olas y el huracán me castigaron de firme.

—Tus manos lesionadas.

—Me iba la vida sino me cogía bien de las cuerdas.

—Y tus vestiduras rotas; repara que al abrirse tu capuchón, presentas las calzas rotas y la ropa interior, y vas enseñando las carnes.

—Aquí no hay mugeres que puedan asustarse de eso.

—Flaviano, han concluído los generales y el almirante y quedan solo el padre y el hijo.

—Muy bien, señor, ¿qué mandais?

—Que te retires inmediatamente á tu camarote, te cure el facultativo y duermas. Te lo impongo, como padre.

—Con qué placer os obedecería, señor, no por mí, que nada de lo que tengo es de cuidado ni me importa, sino por acatar nuestros preceptos que son para mí leyes sagradas; pero me lo impiden el rey, mi madre y todos los que van en esta galera.

—¿Por qué?

—Porque es probable que todos perecieran.

—Cuando se trata de tí nada me importa el resto de los séres humanos.

—¿Ni mi madre?

—Ni tu madre.

—Es que con ellos moriremos vos y yo y por lo tanto defiendo también las dos vidas.

—¡Inspiras lástima, compasión!

—Como ha de ser, más vale eso que inspirar odio.

—No, no mires esos instrumentos, te lo prohibo.

—Siento decirle á mi amado generalísimo que como me impida cumplir con mi deber, por traidor al rey y á su patria lo mando arrestado á la cámara, poniéndole dos centinelas de vista, y al jefe Zalla para que lo vigile. ¿Estais dispuesto, maestre?

—A eso y á cuanto V. E. me mande, digno representante de S. M.

—Sentaos, señor generalísimo y no hableis mientras hago mis estudios.

El duque miró á su hijo con dolor, á Zalla con rabia y se sentó.

Ricardo comprendió la mirada del generalísimo y se encogió de hombros, diciendo para sí:

—¿Qué me importan á mí todos los duques del mundo, tratándose de mi maestro?

Y también se sentó.

Osorio estaba estudiando sus instrumentos de náutica, física y astronomía media hora.

Cuando hubo terminado, dió un beso cariñoso á su padre, estrechó la mano de Ricardo y fué á salir, pero su padre lo detuvo con las siguientes frases:

—Flaviano, dinos algo.

—Lo que vos querais, padre mío. Preguntad.

—¿Hemos mejorado mucho?

—Bastante.

—Resta aún peligro.

—La mitad del que había anteriormente.

—Danos tu opinión concreta sobre nuestra situación.

—Creo que nos hemos salvado.

—¿Cuándo terminará el temporal del todo?

—Esta tarde.

—¿A qué distancia nos hallamos de la isla?

—A 400 millas próximamente.

—Pues hemos andado bastante con la tormenta, y el viento contrario.

—Todo lo que era posible.

—¿Cambiará el viento?

—Sí, señor.

—¿Favorable á nosotros?

—Muy favorable.

—¿Tienes mucho que hacer?

—Mucho, padre mío.

—Ultima pregunta:—¿Te encuentras satisfecho?

—Sí.

—Parece que lo expresas de un modo...

—Mientras no haya concluido todo, no lo estaré por completo.

—Ven cuando puedas.

Mientras el duque hacia llamar al médico para que observara el estado de su hijo y le diera su opinión. Flaviano se incorporó con el capitán, diciéndole:

—Pasad al interior del barco y haced que entre todos los soldados, marineros que no están de servicio y criados, saquen toda el agua que hay abajo y lo se-

quen hasta donde se pueda. Unos llenan, otros tiran y los restantes limpian y secan con paños.

—Muy bien, señor.

—Son la una menos cuarto, á las tres debe estar limpio y seco.

—Lo estará.

—Al que dude ó vacile, lo mandais á la bodega.

—Cuando sepan que la orden es vuestra, ninguno dudará.

—¿Qué les digo á las preguntas que me harán.

—Que estamos cerca del buen tiempo. A los de cubierta nada.

—Volveré pronto.

—Que los vigilen todos sus oficiales.

—¿Nada más?

—No.

Partió el capitán y Osorio quedó dirigiendo su nave con el acierto que tenía de costumbre.

A la vez observaba el tiempo, las nubes y la atmósfera.

El viento seguía huracanado y aún cnando las olas eran imponentes, no corrían tan de prisa ni proa convertida en rompe olas sufría tanto.

Algo llovía, pero poco, los nubes empezaban á romperse, y la claridad del día aumentaba.

A las tres de la tarde el interior de la galera estaba limpio y con paños lo estaban secando.

—¿Por qué esa operación tan prematura, mi capi-

tán?—preguntó un teniente al jefe que ya conocemos.

—Porque de este modo le quitamos al barco más de cien arrobas de peso, puede andar con alguna más velocidad y se puede estar cómodamente abajo.

—Como el tiempo no está ni con mucho asegurado.

—Qué sabeis vos. Cuando el almirante ha mandado hacer esa operación, mejor que vos sabe lo que hace, torpe oficial.

—¿Por qué me llamais eso, mi capitán?

—Porque habeis cometido la grave falta de llamar prematura á una disposición del héroe.

—No sabía que fuese él, de lo contrario, me hubiera guardado bien de decir eso.

—Por la primera os la perdono, pero á la segunda vais arrestado.

—Ni por la primera ni por la segunda lo he de merecer; no hay aquí ni en ninguna parte quien lo admire y respete más que yo.

—Como que no hay uno que no le deba la vida.

—Es verdad.

La situación era la misma á las cuatro de la tarde.

Flaviano miraba con su anteojo demostrando su rostro satisfacción.

De pronto se nubló su semblante, fué á lanzar una gran exclamación, pero hizo un esfuerzo sobre sí, se contuvo para no alarmar á sus subordinados, que te-

mía se perturbasen si les decía lo que pasaba y acercándose al capitán que ya conocemos le dijo:

—Necesito al momento una tabla que tenga ocho varas de larga y el mayor ancho posible; necesito martillos, clavos y un carpintero ó dos y necesito cuerdas fuertes, que puedan resistir el peso de una ó dos personas.

—¡Vuestro rostro está demudado, señor!

—Luego hablaremos de eso. Ahora haced lo que os he mandado con la mayor brevedad y la más perfecta exactitud. Volad, por Dios.

—¡Jesús!—exclamó el marino,—nunca lo ví así. Ah, el peligro que nos amenaza es mayor que cuantos hemos sufrido. ¿Qué será?

Pero se fué decidido á cumplir las órdenes de su almirante.

Osorio llamó á su criado, diciéndole:

—¿Hay en la galera banastas?

—Sí, señor.

—¿Fuertes?

—Muy fuertes.

—¿Grandes?

—Muy grandes.

—Sube al momento las dos mejores que haya Vuela.

Cogió el anteojo y sujeto con una mano á una cuerda y con la otra la óptica, miró cinco minutos.

—Las banastas, señor,—le dijo el criado.

Poco después le decía el capitán:

—Mi almirante, la tabla, las cuerdas y un carpintero con el maestro.

—Clavad esa tabla á la borda en el sitio que yo os designe, carpinteros,—decía el héroe un poco trémulo,—de modo que el otro extremo de la tabla pueda clavarse después en otro barquito que estará á seis ú ocho varas de distancia debajo del nuestro. ¿Comprendeis?

—Perfectamente, señor. Dadme el sitio.

—Venid.

Y se lo designó Osorio á estribor de la popa. No muy lejos del timón.

Luego le dijo á Pérez.

—Ata dos cuerdas de esas á los bordes de esa banasta grande; frente la una de la otra. ¿Es fuerte?

—Mucho.

—Y la cuerda.

—Más aún.

—La llevas donde están los carpinteros.

Y se fué él al timón, cogió la caña, comenzando á dar distinta dirección á la galera.

—Señor,—le dijo el capitán que estaba á su lado,—que nos vamos á los escollos.

—Mandad,—le dijo Osorio por única contestación,—que la gente ocupe sus puestos para que en un momento dado quede al pairo la galera.

—¿Al pairo con este tiempo, señor?

—Teniente, García, que ocupe la marinería sus puestos para dejar al pairo la galera cuando yo lo dis-

ponga. Capitán, id arrestado á vuestro camarote.

Poco después le decía el teniente García:

—Señor, cumplida vuestra orden.

—Observad á la gente.

Todos veían ya que la galera se iba encima de los escollos y temblaron.

Cuando parecía que el barco se iba á estrellar contra aquellos,—gritó el héroe.

—¡Al pairo!

Fué obedecido y la proa de la galera quedó entre dos peñascos que impedían á las olas romperse en el barco.

—¿Fajardo?—gritó el general en jefe con la bocina.

Toda la gente de cubierta miraban con ansia hácia los escollos.

Pero nada veía.

Varios creyeron que el almirante se habia vuelto loco, y se fijaban en sus amoratados rostros con dolor.

Flaviano repitió la misma voz.

Momentos después vieron asomar por entre los escollos la proa de un faluchito.

Lo sacaban á remos.

La pequeña embarcación fué bordeando una gran peña que sobresalía 20 metros de la superficie del agua y de pronto apareció el costado estribor del falucho, viéndose sobre cubierta á Fajardo, cuatro oficiales de marina, cinco marineros, á la duquesa de los Andes, á la de Tabasco, á Líbana y á Alice que

estaba desmayada y apoyaba su hermosísima cabeza en un brazo del general Mendoza.

Todos estaban pálidos, ojerosos y sufridos.

Al ver á Flaviano, todos exclamaron:

—¡Nos hemos salvado!

—¡El había de ser!

—Calma, Fajardo,—le decía,—que vais sobre escollos. ¿Qué hacen esos oficiales? Sondad con los remos. Fajardo á babor, á estribor ahora. Seguid un poco... A babor. Proa á la galera, luego juntad el falucho hasta acercar su popa á dos varas de mi barco.

Poco después gritaba Fajardo:

—¿Está bien, mi almirante?

—Sí, separaos un poco de la proa. Eso es, tomad ese martillo y clavos y sujetad el extremo de esta tabla al falucho, clavad bien.

Cuando hubieron concluído añadió Flaviano:

—Esa cuerda, Pérez.

—Aquí está, señor.

—Que sujeten ese extremo y no lo suelten dos marineros.

—No hay cuidado, mi almirante.

Había quedado unido el falucho á la galera por un puente de pendiente muy pronunciada por lo mucho más baja que estaba la borda del falucho, de la galera.

No fué esto razón para que Flaviano se detuviera; cogió la maroma ó cuerda que sostenían dos marineros y apesar de los golpes de mar, bajó, deslizándose con suma facilidad por la tabla.

Todas menos Alice lo besaron, su madre se abrazó á él y no quería soltarlo hasta que él le dijo:

—Madre mía, dejadme que vuelva la razón á ese angel.

Y sacando un frasquito que antes de bajar pidió á su criado, lo destapó aplicándolo al olfato de la joven.

—Supongo que solo estará desmayada,—dijo.

La duquesa le contestó:

—Unicamente, hijo mío. ¡Hemos sufrido tanto!...

—Ya vuelve en sí. Solo era un desmayo. ¿Alice?

—¿Quién es?—murmuró la incomparable italiana, —abrió los ojos y reconociendo á Osorio, le echó los brazos al cuello diciéndole con los ojos llenos de lágrimas:

—Flaviano, Flaviano mío; ¡creí que ya no nos veríamos en este mundo!

Flaviano le dió un beso en la frente y ella diez en las manos y hasta en la ropa.

Por fin pudo desasirse de Alice, gritando:

—Pérez, la banasta.

—Ahí va, señor.

—¿Pero y mi padre y Zalia dónde están?

—Señor, nada saben; voy á llamarlos.

—Que te acompañe un oficial para que no los arrastre un golpe de mar.

—Yo iré con él, señor.

Pronto se acercaron los dos á la borda preguntando el duque:

—¿Qué ocurre, Flaviano? ¡Tolopalca, Alice, Luisa, Líbana! Habla, hijo.

—Padre mío, tirad de una de esas dos cuerdas, tú Ricardo de la otra, por igual para que estos ángeles no se lastimen.

Levantó en alto á la duquesa, la sentó en la banasta y dijo á su padre y á Zalla.

—Tirad.

Y él ayudaba á subir la banasta, primero con sus manos y luego con un remo.

Se puso de pié en la borda del falucho y todos creyeron que se iba al mar, pero él gran gimnasta no se movió.

—¿La habeis sacado padre mío?

—Sí.

—Pues venga la banasta.—Por edades. Ahora tú Luisa.

Y la subieron lo mismo.

Al llegar arriba las sacaba de la banasta el duque del Imperio.

Bajó la banasta y Flaviano dijo á las jóvenes.

—Las dos teneis la misma edad, pues las dos juntas. Cogeos de las manos.

—Arriba, padre mío, y venga la banasta. Ahora que cojan las cuerdas dos hombres de fuerza.

—Ya estamos, señor.

—Rogelio, tú ahora.

—¿Antes que tú?

—Yo tengo aún que hacer aquí.

—¿Podrán conmigo?

—No es mala mole, pero yo les ayudo.

Cuando Mendoza estuvo arriba le dijo Flaviano.

—Marqués, coge la cuerda esa con que yo he bajado. Sugétala bien que voy á subir por ella.

—Ni aún que pesaras tanto como el niño Dios sobre el hombro de San Cristóbal.

—Allá voy.

Y subió cogido á la cuerda por la maroma con rapidez y facilidad. La tabla había sido para él una escalera y la cuerda un pasamanos.

Al llegar tiró la maroma al falucho diciendo á los oficiales y marineros.

—Vosotros subid por la cuerda ó por la banasta como querais. Que no quede ninguno en ese barquito. Maestre Fajardo, quedaos el último, sujetad el extremo de una maroma á la proa del falucho para que lo remolque la galera.

Al volverse vió á las cuatro damas rodeadas del duque, Zalla y varios oficiales para quitarlas con sus cuerpos los embates de las olas y del viento que estaban las cuatro cogidas de la mano y llorando.

—Padre mío, por que no las habeis bajado á la cámara... ¿Pero qué es eso? ¿Por qué llorais? ¿Qué os pasa?

—Creen hijo mío que estás muy enfermo.

—¿Yo?

—Si,—le contestaron ellas,—tienes el rostro amoratado, las manos heridas y hasta vas enseñando las carnes.

—No os aflijais por eso, tengo salud completa. Todo ello no es otra cosa que el haberme juntado con mis compañeros de marina y haber tenido que trabajar como ellos.

—¡Como nosotros!—le contestaron ellos.—Más que todos juntos y con un talento que se eleva á lo increible.

—Vamos, padre mío, bajadlas.

—Ven tú con nosotras.

—Eso quisiera, pero no puedo, queda aun peligro y no consiento que os coman los tiburones. Sois las cuatro demasiado hermosas para ser comidas por animales tan feos. Vamos, padre mío ¿qué haceis? Dad el brazo á dos, tu, Zalla á las otras dos; nosotros os acompañaremos hasta la escotilla.

Y rodeadas de oficiales y de Flaviano desaparecieron de la cubierta.

Iban calados de agua sus trajes, y sus sombreros eran esponjas.

Luego sabremos la causa de aquella presentación en medio del golfo de Méjico y en un falucho.

CAPITULO XXXIV

—

El gigante.—Otro imposible que el héroe hace posible.—Termina el temporal.—Las damas y su incomprensible navegación.

Flaviano llamó á su criado diciéndole:

—Haz que suba el médico contigo y no tardes.

Cuando tuvo delante al doctor le dijo:

—Haceos cargo de las cuatro damas que acaban de llegar.

—¿Vienen enfermas, señor?

—No lo se Han sufrido mucho, Alice llegó desmayada, examinadlas y que no tomen nada ni hagan nada que vos no lo autoriceis.

—¿Y si fuera necesario que se metieran en cama?

—Que hagan todo lo que vos mandeis.

—¿Y sino me obedecen?

—Todo lo mandais en mi nombre, que de esta manera os obedecerán.

—Voy al momento.

—Os recomiendo á Alice que es la más delicada de todas.

—Ya lo sé, señor.

—Es posible que no hagan comida en muchas horas, que lo hagan con precaución

—Descuidad, señor.

Algo más tarde rodeaban á Osorio entre Mendoza, Fajardo y todos los jefes de la Numancia. El segundo le dijo:

—Mi almirante, ¿cómo sacamos la galera de entre esos escollos?

—¿No habeis discurrido ninguno la manera de que salga?

—Para nosotros es un imposible lo cual no obsta para que no sea para vos lo más fácil del mundo.

—Lo es sin duda alguna. Veamos: Teniente García, que suban un palo mesana ó bauprés de los de repuesto. Pronto.

—Al momento.

—Empiezo á comprender señor. ¿Contábais con el señor marqués?

—Claro es, de lo contrario no hubiera metido la galera en esos sitios.

Más tarde decía el teniente:

—¿Mi almirante, donde vá este palo?

—A la proa.

Y entre ocho hombres lo trasladaron al punto indicado.

—Marqués, apoya esa varita en aquel oyo pequeño que hay en esa roca. A la izquierda. ¿La ves?

—Sí, ¿y después?

—Haces fuerza, la galera andará hácia atrás y así continúas hasta que yo te avise.

—¿Le ayudamos, señor?—le preguntaron los ocho que lo habían traido.

—Si él os lo permite, sí.

—Quitad de ahí,—les dijo el gigante esto es una varita según mi hermano.

Levantó el palo en alto, lo apoyó donde el héroe le había indicado, hizo varios esfuerzos y la proa de la galera quedó fuera de los escollos.

—Basta,—le dijo Flavíano.—Ese palo á su sitio. Veo, Rogelio que conservas tus antiguas fuerzas.

—Lo mismo que siempre. ¿Convienes conmigo en que te he sacado de un apuro?

—Sí, pero entiende que metí allí la proa de la galera, por comodidad y porque antes te ví sosteniendo á Alice.

—Todo eso está bien, pero, ¿no es cierto que sin mí no hubieras podido acercar tanto la galera?

—Sí, hombre, cierto es.

—Luego convienes conmigo en que te soy necesario, por lo menos útil.

—Las dos cosas, Rogelio.

—Te lo digo porque ya no me separo de tí.

—¿Qué dirá á eso Luisa?

—Me lo manda ella y yo lo hago con entusiasmo.

—Muy bien. Pero vete con ellas que aquí no haces ya falta.

—Cuanto hemos sufrido, hermano... Voy á ver á mis compañeras de infortunio y luego me vendré á tu lado.

—Adios. ¿Fajardo venis muy fatigado?

—Nada, señor.

—Ya veis que el temporal se apaga. El aire cesa y la mar se retira á descansar.

—Cierto, señor.

—Pues encargaos del mando de la galera. Proa á la isla y que jueguen todas las velas.

—Muy bien.

—Señor,—le dijo el teniente García.—Cuando estábais ocupado con las señoras, me llamaron los dos comandantes de los navíos para preguntarme qué nos ocurría.

Les hice señas para que supiesen que aquí nada malo pasaba para que continuasen, pero no me han atendido y prosiguen clavados en la mar.

—No os extrañe, esperan á que anclemos para hacerlo ellos también.

—Sí, señor, ya marchan.

—Fajardo que quiten todas esas cuerdas y dejen la cubierta tan limpia como antes del temporal.

—Así lo haré.

El héroe bajó la escalera de la escotilla é iba á entrar en la cámara cuando fué detenido por el doctor, que le dijo:

—Mi almirante, las señoras están conformes con hacer todo lo que yo les mande con una condición.

—Me hubiera extrañado que no pusieran alguna.

—En esta ocasión es muy justo lo que piden.

—Hablad.

—Dicen que se someten á mis preceptos con tal que vos hagais lo mismo.

—¿Yo? ¿Pues qué tengo yo?

—Todo el cuerpo acardenalado de tanto golpe como habeis llevado durante el temporal.

—¿Qué vais á hacer conmigo?

—Daros un baño, mudaros de ropa, pues vierte agua lo que llevais, una buena cena y ocho ó diez horas de descanso.

—Lo acepto todo.

—Vamos al baño.

—Doctor, dejadme que las vea un momento.

—No puede ser, solo os permite que vayais á su camarote la señora duquesa de los Andes.

—¿Por qué las otras no?

—Señor, están las cuatro en distintos baños.

—¿También ellas? Doctor, vos lo curais todo con agua.

—Os era á los cinco necesario el baño, pero á ellas indispensable.

—¿Están peor que yo?

—Casi lo mismo; pero es el caso que sus ropas están convertidas en esponjas, la humedad no es conveniente á nadie y mientras se bañan...

—Comprendo, les secan la ropa.

—Eso es.

—Pobrecillas, no tienen más que la puesta. Vamos, doctor, al baño.

—Cerca está señor, aquí.

—¿A qué huele esa agua?

—A una yerba americana que refresca la epidermis y quita la señal de los cardenales.

—La conozco y no tengo nada que argüir.

Flaviano se dió un baño de media hora, lo vistió su criado con un ligero traje de seda y pasó á la cámara donde le esperaban su padre, Mendoza y Zalla.

—¿Pues y las señoras?—preguntó al entrar.

—En el tocador.

—¿Cómo se componen en él sin camareras?

—Dos hicieron de señoras, dos de camareras y *viceversa*.

—Y como no es posible cenar sin peinado y prendidos.

—Buenos están; todos sus prendidos eran unos lindos sombreritos que han traido inservibles.

—¿Pues qué hacen entonces?

—Peinarse y estirar las faldas que llegaron muy arrugadas y aquí no hay planchas.

—Me parece bien.

Y quedaron hablando hasta que se presentaron las cuatro damas.

—Muy bien, Flaviano,—le dijeron,—os curó el baño como á nosotras y con ese traje demostrais lo

que sois. Esta tarde parecíais un marinero aristocrático, pero un marinero.

—Ved que contrariedad; vosotras cuatro, descoloridas al llegar, ojerosas y marcada la huella del dolor en vuestros semblantes estábais bellísimas. Con buen color ahora y con aristocráticos vestidos planchados con las manos, estais bellísimas. De lo cual deduzco que siempre estais bellísimas.

—Estarás rendido, Flaviano.

—Madre mía, y lo que es peor, hambriento; ni he comido casi nada ni dormí.

—¡Con tanta ola como habrá azotado tu cuerpo!

—Y tanto huracán como se cebó en mí. ¿A qué hora podremos comer, sabeis?

—Dice el doctor que una hora después de la taza de caldo que acaba de ofrecernos.

—Me alegro, de ese modo nos contareis la causa de haberos encontrado en medio de este golfo entre escollos y rodeadas de caballeros oficiales muy galantes y no poco enamorados.

—¿Tienes celos, hijo?

—Sí, de mi padre.

—¿Con Alice?

—No, esa es un ángel incapaz de nada reprensible. Con vos.

—Qué bromas tan pesadas tienes, hijo.

—Digo como siempre la verdad, señora duquesa.

—Osorio, dí á tu hijo que se modere.

—¿En qué Tolopalca? ¿Quieres que te sea franco?

Pues yo también tengo celos de él por que estoy seguro que lo quieres más que á mí.

—El padre y el hijo están bromistas esta noche. ¿No tienes tú celos Alice?

—No, señora.

—¿De nadie?

—Ni de vos.

—La han tomado todos conmigo,

—Para todos teneis, valiente reina del Perú, duquesa de los Andes, duquesa de otro ducado que ocultais, camarera mayor, amiga y confidente de la reina de España.

—Echa títulos, hijo mio.

—¿No los teneis todos?

—¿Refiero el cuento ó no?

—El cuento, no, la historia.

—Eso es, la historia.

—Que no os equivoqueis.

—Oye la verdad. Nos dejásteis solas con Rogelio, porque has de saber que Julio se pasa todo el día en el monte viendo funcionar la grua, subir los cañones y todo lo que tu hacías antes. Claro es que nos aburríamos. A los ocho ó diez días de aquel aburrimiento nos dió la noticia de haber probado cuatro faluchos mandados hacer, bajo tu dirección, para que sirvieran de avanzada á la isla y que dieron tan buen resultado que no se podía pedir más en su bella forma, ligereza, rápidos movimientos y fortaleza.

Encantada yo al oir el relato, propuse á mis tres amigas salir á dar un paseo por el golfo.

Las tres lo aprobaron estableciendo la condición que nos habíamos de dirigir por la ruta que vosotros habíais de traer, por si la casualidad nos proporcionaba el placer de sorprender vuestro regreso.

—¿Pero Rogelio, no era de la partida?

—Como no te imita y jamás pone reparo á nada...

—Por esa causa os salen tan bien las cosas.

—Oye Flaviano, yo les dige que me parecía una locura—exclamó Mendoza:

—Haber insistido y en último caso no haberlas acompañado para no hacerte solidario de su calaberada.

—En eso último no caí.

—Coutinuad, madre mía.

—Dispuesto el plan, nos levantamos al amanecer del día siguiente y sin decir nada á Silva, padre ni hijo, ni á Keisko, ni á nadie, nos fuimos en nuestro carruage al muelle, provistas de viandas y de todo lo necesario para hacer una buena comida en medio del mar; nos metimos en el mejor falucho, llamamos á Fajardo, él trajo cuatro oficiales y cinco marineros y nos fuimos á la mar.

—¿No os hizo oposición Fajardo?

—Mucha y los oficiales; decían que la mar no estaba segura, que amenazaba un temporal, pero creimos que lo decían por asustarnos y que no fuéramos sin tu permiso, le amenazamos con llevar otro en su lugar, le llamamos cobarde y el faluchito se hizo á la mar como vosotros decís. ¡Qué bonito iba por el cortado!

Viramos luego al Norte, se hinchó su velita latina y su foque y corría como un desesperado.

Las cuatro íbamos en la caja que á falta de cámara has mandado poner en la cubierta; precioso departamento que parecía el de una góndola veneciana.

Un poco torcido de... de bolina, eso es, con el movimiento más dulce que se puede tener, corríamos como centellas.

—¿Y Mendoza, dónde estaba?

—Lo echamos con Fajardo para estar más anchas en la caja.

—Así anduvimos por la ruta que vosotros debíais traer, según nos dijo Fajardo, cincuénta millas.

—¡Qué temeridad!

—Ninguna sino hubiera cambiado la decoración.

Ya íbamos á volvernos con el sentimiento de no hallaros, cuando de pronto se levantó un huracán y como éste lo llevábamos de popa volaba el pícaro falucho más que una águila. Parad, parad, le decíamos á Fajardo. Ya no puede ser, nos contestaba. Ya es tarde. ¡Cómo sufrían los cinco! Qué falucho más endiablado, yo queriendo que parase y él volando como el mismo hnracán que le empujaba.

Así continuamos hasta la tarde. Ya nos juzgábamos perdidos, ¿qué digo? muertas, cuando exclamó Fajardo: Nos hemos salvado. Mandó liar la vela latina y el foque, cogieron los remos y comenzaron á remar, no los marineros sino los oficiales y de este modo

nos metimos entre muchos peñascos que nos resguardaban del furioso huracán. Pero de poco sirvió. Algo después comenzaron los truenos, los relámpagos y, lo que es peor, las olas que llegaban á la caja y nos azotaban. Vaya una noche, hijo. Pobres marinos, desde entonces les tengo lástima. Ninguno dormimos. ¿Quién podía hacerlo con aquel ruido infernal?

Llegó el día siguiente y lo mismo, pero como los seres humanos se acostumbran á todo, sacamos las viandas que iban muy escondidas en la caja para que no se nos mojasen y todos comimos y bebimos. ¡Qué noche y qué día!

Y como seguían el temporal, la tormenta y los huracanes llegamos á perder la esperanza de salvarnos.

La desgraciada Alice se desmayó varias veces; su temor principal era no volverte á ver. Y en fin para concluir, de susto en susto, de miedo en miedo, caladas de agua, casi en una balsa, esperamos á que la Providencia se apiadase de nosotros cuando oimos tu voz siempre dulce y melodiosa y esta tarde angelical.

Lo demás lo subes mejor que yo.

—¿Habeis terminado?

—Sí

—Os voy á dar mi opinión: fué una calaverada que debió costaros la vida, pero no la censuro porque os la inspiró el amor, el deseo de vernos lo antes posible y no entendiendo de marina y sobrándoos valor nada podía oponerse, que vosotras no deshiciérais,

al cumplimiento de lo que anhelábais. Fué acertadísima la elección de Fajardo, solo ese ó mi hermano Julio pudieron salvaros de la muerte que buscabais con tanto afán.

Y la elección del maestre encerrando el falucho entre unos escollos y peñascos que conozco bien, fué vuestra tabla de salvación. Padre mío; ¿os acordais de la isla de Pialí y de la Galizabra que os salvó al príncipe de Italia y á vos de un modo parecido?

—Sí, Flaviano, cuando íbamos á combatir á los turcos. Buen recuerdo es.

—Vuestra galizabra entró empujada por las olas como el falucho en que iban estas dam as.

—Lo mismo.

—¡Qué malos ratos debísteis haber dado á Faardo?

—Sí, que nosotras los llevamos buenos.

—Pero él no tenía la culpa.

—Es cierto; tampoco nosotras de que la naturaleza nos improvisara un temporal tan grande.

—Fajardo lo veía venir.

—¿Para qué nos llevó?

—Madre mía, porque si va otro en su lugar, como vos queríais, cuando él se negó, pereceis todos. Un premio merece Fajardo por haber venido c on vosotras.

—Pues dáselo hijo.

—No puedo.

—No quiero es más exacto.

—¿Qué le he de hacer, general?

—Eso es general.

—Dirán que me he equivocado y que os tomé por la patria. Solo se recompensan los servicios que á esta se le prestan.

—Vaya unos escrúpulos.

—Los tendré siempre, madre mía.

—Nómbralo tu general, Osorio.

—Dios me libre.

—Porque causa.

—Por la misma que tiene Flaviano y por otra más.

—¿Cuál es la otra?

—Que no quiero indisponerme con mi hijo,

—Pues no nombrarle nada.

En este instante se oyeron voces y luego llegó corriendo un oficial, quedando parado á la puerta:

—¿Qué ha ocurrido?—le preguntó Flaviano.

—Señor, por una casualidad casi milagrosa acabamos de evitar un suicidio.

—¿Qué decís?

—La verdad, señor.

—¿Quién era el suicida?

—El capitán arrestado.

—Infeliz, me había olvidado de él. Traerlo á mi presencia y dejadlo aquí.

No tardó en presentarse aquél. Flaviano le hizo avanzar hasta aproximarse á él preguntándole:

—¿Qué motivo teníais para cometer un crimen?

—Crimen era señor, pero crimen aconsejado por la vergüenza y el honor.

—Explicaos.

—Esta tarde sin saber lo que me hacía, intenté enmendar la plana al hombre que más vale en el mundo, que no sirvo yo ni para criado suyo. Hace poco he sabido que mi barbaridad fué tan grande cuanto que mi recorrección iba dirigida contra un hecho que sólo podía realizar el genio armonizado con el heroismo. Al conocer ese hecho me juzgué tan pequeño, que quise matarme, y lo hubiera hecho si el oficial que me ha traido aquí, casi por un milagro, no lo hubiera estorbado.

Calló é inclinó la frente. El héroe le contestó:

—¿Qué os extraña vuestra falta? Poco después, creyendo que yo no le oía dijo otro que yo estaba loco. Y nada le hice ni me di por entendido. Cuando el hecho no se comprende es natural que la ignorancia juzgue de ese modo. Olvidad lo pasado, nada ocurrió, volved á ocupar vuestro puesto y tomad el siguiente consejo: cuando hableis con una persona fijaos bien en ella para no equivocar á un alférez con un almirante. Y si el que está más elevado que vos baja hasta quedar á vuestro nivel, no os empineis por eso que él fué grande al bajar y vos os achicareis demasiado al intentar subir. Venid á cenar esta noche conmigo, que bien hemos ganado los dos esa comida durante el fiero temporal que hemos corrido. Retiraos.

—Me quereis conceder una gracia, señor.

—Si, hablad.

—Dadme vuestra mano.

—Estrechadla, compañero.

—Eso no, la beso y os dejo en ella la prueba de mi gratitud.

Y salió andando hacia atrás mientras Osorio limpiaba con su pañuelo dos lágrimas que el capitán le dejó como recuerdo de gratitud.

Todos miraron á Flaviano con respeto y cariño. Zalla exclamó:

—Señor duque del Imperio, decid algo de mi maestro.

—Ricardo, tanto se va creciendo que siento ya ser su padre.

—¿Por qué?—le preguntó la duquesa con disgusto.

—Porque soy el único que no puedo en público hacer justicia á su talento.

—¡Ah!

—¿También vos, padre mío?

—Yo no digo nada de ti, hijo, pero déjame que bese lo que es mío.

Y estampó en su rostro varios besos que el tierno hijo le devolvía.

—Y para mí ninguno, ingrato.

—Sí, madre mía, los que querais; pero permitidme antes, dar un encargo á Ricardo. Se me va la vista de debilidad y de sueño. Zalla, que nos sirvan la cena y que nos acompañen todos los jefes y oficiales que no están de servicio. Ahora vos, madre mía.

Y se abrazaron y besaron.

— ———

CAPITULO XXXV

La cena.—El último día de navegación —Una serenata sorprendente en medio de los mares.

En todos los rostros de las personas sentadas á la mesa en que iba á cenar el héroe, se veía retratada la más completa satisfacción. Todos se juzgaron sentenciados á muerte por el destino y al verse reunidos allí, sanos y salvos, gracias al talento de Flaviano, aumentaba su alegría y lo miraban con la emoción que se puede contemplar á una providencia terrestre.

Estaba en medio de la duquesa de los Andes y de Alice, las dos se disputaban las miradas del héroe y en algunas ocasiones cada una le cogia una mano, obligándole á que les dijera:

—¿Me dais de comer vosotras? Porque yo no puedo?

No eran solas las miradas de aquellos dos seres privilegiados las que se fijaban en Osorio, lo eran to-

das. ¿Quién de los presentes no le debía la vida? ¿Quién no lo admiraba por lo que era y por lo que valía? ¿Qué hombre de más puras costumbres, de nobleza más probada, de talento más superior, de heroismo más elevado y de genio más profundo?

Todas estas bellísimas cualidades formaban un conjunto sublime, inelogiable porque era poco todo lo que de él se dijera.

Y sin embargo aparecía modesto, casi humilde y con la sonrisa en los labios demostrando la satisfacción que también sentía al hallarse rodeado de una sociedad que tanto amaba.

Líbana, aquella hermosísima india, decía á Zalla,

—Ricardo, miras más á mi hermano Flaviano que á mí.

—Tu hermano adoptivo, amor mío,—le contestaba el maestre,—es nuestro padre, nuestra Providencia. ¿No le miras tú lo mismo que yo y más que yo?

—Más no.

—Lo siento; merece de tu parte más cariño.

—Pero ¿se le puede tener más del que yo le tengo?

—Tú lo sabrás.

—¿No tendrás celos?

—¿De quién, de mi maestro?

—Sí.

—¡Qué disparate! ¡Celos de ese privilegiado ser! No; si esa menguada idea llegara á mi cerebro, por tamaña ofensa, por tanta ingratitud, por abrigar un pensamiento tan villano me arrancaba la vida.

La duquesa de Tabasco, recordando lo que fué su señor cuando lo sirvió de paje, decía á la vez á su futuro el general Mendoza:

—Rogelio, no dejes de mirar á Osorio cuando yo te miro; vale más que yo y merece infinitamente más.

—¿No te incomodarás, ídolo mío?

—¿Por que mires á Flaviano?

—Sí.

—Todo lo contrario; la mayor prueba de amor que puedes darme es exponer tu vida por salvar la suya.

—Cincuenta que tuviera las daría por él. Lo malo es que no somos nosotros los que se la podemos salvar; es él el que nos la salva á todos. Tu ya no puedes como antes cuando eras su paje...

—Si puedo, Rogelio; que le ofendan ó que lo veo yo en peligro. Me repugnan ya las armas, Dios nuestro señor ha dispuesto que sea ya otra mi misión en el mundo, pero que no le ofendan porque entonces volveré á ser un paje con faldas, es verdad, pero más fiero y terrible que lo fué sin ellos.

—Eso deseo, Luisa.

—Pues eso será.

Callamos lo que de él decían su padre y los restantes sentados á la mesa.

Baste añadir que todos hablaban de él.

Terminó aquel acto en el cual repusieron sus fuerzas, débiles por el ayuno y el trabajo, y Osorio dijo á su madre y á Alice:

—Acompañadme; de lo contrario me voy á quedar dormido andando.

—Apóyate en nosotras.

—No tanto, hijas, no tanto.

Al pasar junto al duque del Imperio le dijo éste:

—¿Te llevas las dos, Flaviano?

—Si, señor, las dos.

—¿Con qué derecho?

—Con el de la fuerza, mando aquí más que vos.

—Y por lo visto en todas partes.

—Señor—le dijo Alice—nos lleva por el derecho de la fuerza y por el del cariño.

—¡Mirad el angel de Dios como se explica! Pero se ha equivocado, será ella la del cariño, la duquesa no.

—¿Quién lo ha dicho?—le preguntó Tolopalca.

—Lo sabía yo.

—Pues sabes cosas que todos ignoramos.

—Me he lucido, señores. Eres un rival cruel y terrible, Flaviano.

—Así me hizo Dios. Buena noche, padre mío. Buena noche, señores.

Y subió con las dos á la cubierta.

Con su anteojo vió las luces de los dos novios, luego observó el tiempo, y terminado su estudio se volvió. Detrás se hallaban cuantos cenaron con él.

El héroe se incorporó con Fajardo, diciéndole:

—Podeis dormir tranquilo esta noche, el tiempo está asegurado.

—Qué decís del aire, mi almirante.

—Que amenaza una calma chicha, pero aunque tardemos más de lo que creía podremos llegar á la Isla con un poco de viento.

—¿Cuándo creeis que entraremos en la bahía?

—Mañana por la noche; antes lo juzgo imposible.

—Como de costumbre no os equivocais.

Flaviano no podía tenerse en pie; su madre y Alice lo notaron y fueron tirando de él hasta que lo sentaron en la cama.

Alice se salió, pero quedando cerca de la puerta; la duquesa empezó á desnudarlo.

—¿Pero qué haceis madre mía?—le preguntó admirado.

—Lo que no te importa.

—Madre mía, yo no puedo consentir...

—Qué remedio tienes. Tu no puedes hacerlo, te caes de sueño y lo que es esta noche no consiento que te toque tu criado.

—Todo sea por Dios.

—¿Madre mía, os ayudo?—le preguntó desde fuera Alice.

—No, tu no puedes entrar aquí.

—Ni vos tampoco, señora duquesa de los Andes.

—Ese ángel tiene razón, madre mía.

—¿Qué me importa á mí tu razón y la de ella? No he sido reina, no conservo los derechos al trono de los Incas? Pues quiero que esta noche te desnude una reina.

—Es que sois todavía demasiado bella. .

—Me alegro.

—Yo también, pero...

—Que digan lo que quieran, hasta que lo hago por amor, no mentirían.

—Hermana,—le dijo el duque entrando,—¿qué es esto?

—Ya lo ves.

—No, quisiera verlo.

—Cierra los ojos.

—Lleváosla padre mío.

—Quien puede con ella, Flaviano.

—La voy á arrestar.

—Que gratitud, hombre. ¿Y quién te iba á obedecer? Ya estas; te cubro con la ropa, te doy un beso como te los daba cuando eras niño y á dormir. Todos fuera de aquí.

Los echó, y cerrando la puerta lo dejó en la cama.

Poco después entró Perez llevando un diván que colocó cerca de la cama de su amo. Este dormía.

Sobre una mesa colocó después un recipiente con esencias disueltas en agua y varios pedazos de lienzo fino.

—Ya podéis entrar, doctor—exclamó.

Y entrando el médico, le colocaron entre ambos una careta del mencionado lienzo y unos guantes empapados en el agua de esencias.

El dormido no despertó. El médico dijo á Perez.

—Ya te puedes acostar, yo duermo en e,te diván,

vestido para repetir la operación, pues no quiero que se le sequen esos trapos.

—Cerca estoy, doctor, despertadme si hago falta.

—No será necesario. Mas tarde el baño...

—Estará dispuesto en esta misma alcoba ó lo que sea para cuando el señor despierte.

Poco después todos dormían en la galera menos los que estaban de servicio.

A las ocho de la mañana se levantaron las damas, el duque, Zalla y Mendoza y los siete que se juntaron en la cámara, entraron en el camarote de Flaviano.

El héroe dormía, haciendo lo mismo cerca de su cama en un diván el doctor.

Los siete quedaron sorprendidos al ver á Osorio con la careta de lienzo y una mano que tenía fuera de la ropa enfundada.

—¿Pero qué es esto?—dijo la duquesa.

—Calla—le contestó el duque.

Y despertó al médico, al cual preguntó:

—¿Qué tiene mi hijo en la cara y las manos?

—No os sorprendais, señor, son apósitos húmedos con los cuales habrán desaparecido ya todas las señales de los golpes que llevó.

—Quitádselos—dijo la duquesa con imperio.

—Permitidme, señora, que antes tome un baño que le tengo dispuesto, y al salir de él quedará perfectamente. Hasta el cansancio habrá desaparecido.

—Bien—dijo el duque—déjalo Tolopalca.

—¿Pero va á estar durmiendo todo el día?

—Señora, trabajó tanto en tierra y en el mar que no le sobra descanso alguno.

—Tiene razón el doctor—añadió el duque—vamos á la cámara y allí le esperaremos.

Y se fueron á ella, permaneciendo los siete intranquilos hasta las diez que se presentó el héroe vestido con elegancia y sin señal alguna en su rostro ni manos.

Aquella blancura mate que tan bella presentaba á su epidermis, aparecía ya como en sus mejores tiempos; el brillo de sus ojos, su hermosa frente y su varonil semblante eran ya los suyos, apagados dos días, por tanto esfuerzo, golpes insomnio y debilidad.

Al verlo exclamaron los siete:

—Todo lo malo desapareció y nos queda el hermoso Flaviano de siempre.

Osorio los fué estudiando uno por uno, se besaron varias veces la duquesa y él, interrumpiendo aquella cariñosa escena familiar la voz de Fajardo, que decía:

—¿Mi almirante, se puede entrar?

—Sí, maestre, pasad. ¿Qué acontece?

—Seguimos nuestro derrotero, pero solo andamos siete millas por hora.

—Poco es.

—Se presiente ya la calma que anunciásteis.

—Era natural ¿cómo está el mar?

—Como una tabla.

—Muy bien; debimos llegar esta mañana, pero entraremos en la bahía á la madrugada y sólo habremos perdido tiempo.

—De este modo, señor, podeis descansar, que buena falta os hace. Me han referido lo que hicísteis y lo que habeis sufrido, y en verdad que me llenaron de asombro.

—Maestre: me encuentro tan bien, que podía volver á empezar de nuevo, seguro de hacer lo mismo.

—Lo creo, señor, pero vale más que no empiece. De esos temporales se pueden sufrir pocos; yo no vi ninguno igual.

—Y eso que estábais perfectamente resguardado de los golpes de mar y algo del aire.

—Juzgo, señor, lo que habrá sido en la cubierta de la Numancia.

—¿Tiene algún desperfecto?

—Ninguno, gracias á vuestra previsión y talento. Sufrió casi todos los golpes de mar su bronceada proa, tan fuerte como el oro, y parece que las olas no han tocado á ella

—Reconocistes con el anteojo los navíos.

—Todo lo que pude.

—¿Sufrieron mucho?

—Algo estropeadas se hallan sus proas, pero son averías insignificantes. Me parecen dos hermosos barcos.

—Sí, son buenos navíos.

—¿Vienen dentro los prisioneros?

—No, caminan para el interior de Méjico.

—Gran idea; dos mil bocas inglesas que se comen la Isla.

—No era eso lo peor, Fajardo; estando ellos en ella

hubiera sido capaz alguno de irse á Jamaica en una tabla y lo más importante de las obras que allí tenemos hechas es el secreto que las envuelve.

—¿Es verdad, señor; muchas bajas?

—Ninguna.

—No lo comprendo.

—Que os lo expliquen y vereis que no hay cosa más fácil.

—Para vos.

—Para cualquiera.

—Yo no hubiera podido hacer ese milagro.

—Lo mismo que yo. Vamos sobre cubierta y estudiaremos un poco.

—Pues vamos todos—dijo la duquesa.

—Buen estudio va á estar el vuestro, madre mía.

Mientras Flaviano estudiaba en su observatorio los restantes le estudiaban á él y hablaban, refiriéndoles luego el duque algunos detalles, que suprimió anteriormente.

Después comieron, ocupando la tarde Flaviano en seguir estudiando, primero en su observatorio y luego en su camarote de estudio.

Llegó la noche y volvió á encerrarse en su observatorio.

Una luz clarísima reflejada de la luna se extendía por el golfo que era en la ocasión presente un inmenso lago sin movimiento alguno. Como si dijéramos, su antítesis de lo que había sido durante el temporal.

Era una de esas noches que, cruzando el Océano

en medio de aquella claridad, sin olas ni nada que perturbase el sosiego y la poesía que brota del alma. llegan á la mente del hombre ideas elevadas, pensamientos atrevidos y esa admiración al Autor del universo que embriaga el espíritu, lo deleita y le hace comprender las maravillas que aguardan á todo el que obró bien en ese más allá por el que suspira toda alma noble y generosa.

Flaviano, no obstante su grandeza, ó acaso por ella misma, halló su entendimiento saturado de esa poesía tan melancólica como arrobadora que lo apacible y brillante de la noche inspiraba, meditó algún tiempo, más tarde pidió á su criado el mejor instrumento musical que tenía y lo fué lentamente templando.

Sabido es que la voz y el arte de canto que Osorio poseía, fueron en su época los primeros del mundo. Su acento era claro, dulcísimo, vibrante, con tanta extensión como volúmen. En una sola canción repetía el dó de pecho cinco veces sin sufrir alteración su rostro ni su privilegiada garganta.

Lo hemos conocido como héroe, como guerrero, como sabio, ahora vamos á admirarlo como tenor.

Dió principio con un preludio que llamó la atención del oficial que estaba de servicio en la cubierta y de cuantos soldados y marineros había allí.

Todos los que podían hacerlo se aproximaron al observatorio.

Aquel movimiento de cuerdas, aquella facilidad,

aquel gusto y aquella melodía los atrajo como el imán al más puro acero

Duró el preludio cinco minutos, nadie hablaba ni se movía.

Todavía eso era muy poco.

Se abrieron los labios del gran tenor, entonando la siguiente estrofa:

Voy en mi bajel corriendo
de un lugar á otro lugar,
ondas y espuma rompiendo
entre las sales del mar.

Antes de acabar la estrofa que dejamos copiada se precipitaron por distintas escaleras las cuatro damas, el duque, Mendoza, Zalla, Fajardo, todos los jefes, todos los oficiales y en pos los soldados, los marineros, los sirvientes y hasta los cocineros.

Solo una voz se oyó:

—¡El héroe canta!

Nadie se cuidó de otra cosa que de oirlo. Ni el duque de la duquesa, ni Mendoza de su amada, ni Zalla de su preciosa Líbana. Cada uno subió como pudo y por donde pudo. La cuestión para ellos era llegar lo antes posible para oir mejor, y decimos mejor porque la voz de Flaviano llegaba hasta las bodegas de la galera.

Las damas y los jefes rodeaban ya el observatorio.

Los oficiales se extendían por la cubierta de popa y los restantes por la de proa.

Pero todos callaban y solo se habían sentado en cuatro taburetes las señoras.

Sin cuidarse de ellos para nada y mirando la mar y al cielo acabó Osorio su primera estrofa.

Se oyó un aplauso entusiasta y á éste siguió otro preludio, casi guerrero, que duró otros cinco minutos.

Sonó otro aplauso y volvió á oirse la voz del eminente cantor, con la siguiente segunda estrofa:

No me intimida el rugido
del más furioso aguilón,
ni el imponente bramido
del mar trocado en león.

Nuevo aplauso y nuevo preludio, siguiendo la tercera estrofa que era así:

Ni me impone la tormenta,
ni el rayo que corre audaz;
es el miedo torpe afrenta
que solo enseña el rapaz.

Sucedió al final lo que en las anteriores y continuó la cuarta:

Corre, vuela, bajel mío,
como en el aire el condor;
ese mar fiero, bravío
jamás me infundió pavor.

En esta estrofa dió el cantor el primer dó de pecho, tan claro, tan inesperado, tan fuerte y melodioso, que los navegantes de la galera quedaron maravillados.

Ahora sonaron dos aplausos y rápidamente se empezó á oir la quinta, que decía:

Que si la tormenta amaga
y la empuja el huracán
y de olas y olas se plaga
como vinieron se irán.

Hasta el desdén que llevaba su acento en esa última estrofa formaba deliciosa armonía con los acordes de la música que acompañaban al canto.

Ya no pudieron contenerse los espectadores é interrumpieron el preludio que siguió con entusiastas voces que gritaron:

—¡Bravo, admirable, viva el cantor, el músico, el poeta!

Y esto lo decían todos, desde las damas hasta los grumetes.

Impuesto silencio, tornó á oirse la incomparable voz del afortunado tenor con la siguiente estrofa:

Sigue, mar brava, adelante
que contra tí somos dos,
mi corazón de diamante
y mi eterno amor á Dios.

Se oyó otro dó de pecho y un prolongado y nutrido aplauso demostró al poeta cantor que todos habían estado pendientes de sus labios.

Creyeron que había terminado y todos se disponían á felicitarle, cuando vieron que el criado del héroe, único ser que le acompañaba en el observatorio, descorría todas las cortinas de seda, oyendo de nuevo

los sonidos de las cuerdas, pero con música distinta.

Ahora se trataba de un himno y el canto y su acompañamiento debían ser distintos.

Templado de nuevo el instrumento de cuerdas y terminado el preludio, que fué casi religioso, unida la primera idea del himno á la última de la prostrer estrofa, ligada á ella ó como naciendo de ella, cantó:

A Dios que mi alma henchida de amores
el templo le ofrece que encierra un altar
y en él quema incienso y en él nacen flores
que el Dios de los mundos se digna aceptar.

Natura me opuso las olas, el viento,
los truenos, el rayo con fuego fatal,
y todo fué vano, brioso contento
hundí en el abismo su furia, su mal.

Vosotros lo vísteis; mi planta atrevida
deshizo el encono que hervía á mis pies
y el viento, los truenos, la mar tan temida
y el rayo que mata se hundieron después.

De todo ¿qué queda? La luna rielando,
su luz en los mares, la luz celestial,
las aguas tranquilas, los vientos callando
y un Dios que deshace la furia infernal.

Un Dios que nos guía, un Dios que nos ama,
un Dios que nos pide virtud y valor;
el Dios que á sus hijos los mira, los llama
y en plácidos lares envuelve su amor.

Gran Sér, yo te adoro, te admiro, te aclamo
en todos los tiempos mi único Dios,

de todos los mundos Autor Soberano
que lleva á sus hijos de dichas en pos.
Ayer de la muerte pasé yo á la vida
que debo á tu gracia, sublime Señor,
recibe del alma leal y rendida
ardiente holocausto de todo su amor.

Flaviano había contado este himno sin interrupción ni parada, tenía la vista fija en el cielo y parecía comunicarse con su Dios.

Era el inspirado que ofrecía á su padre celestial un mundo de amor y de ternura; era el hombre que se transformó en angel con la hermosura, el acento y las ideas de los ángeles.

Todos le miraban, todos le oían y todos se sintieron subyugados por la mágica voz y la belleza de un rostro perfecto.

Aquel himno cantado en medio de los mares á aquella hora de una noche tranquila, clara y serena, parecía la ilusión de una alma fantástica que ideaba lo irrealizable.

Jamás podían presumir ninguno de los que le oyeron, aquel himno que los trasportó al paraíso.

Flaviano no era un hombre, era un prodigio de la naturaleza.

Al apagarse su voz cayeron las cortinas del observatorio, y yendo delante los señores abrieron las puertas para felicitarlo, para besarlo; hasta los soldados y marineros se aproximaron en cuanto pudieron para estampar un ósculo en su mano, ó por lo menos en su ropa.

Pero todos vieron la sola figura de su varonil criado, que les dijo:

—Mi señor no está aquí y no quiere que nadie lo vea.

—Qué modestía tan cruel—le contestó la duquesa.

—Dejadlo—replicó su padre—en eso que es una de sus virtudes no se parece á mí.

—Duque—le contestó Tolopalca—él canta en el cielo de la virtud y tu con igual voz cantabas en las manos de las pecadoras.

—Puede que esté en la cámara esperando la cena. Bajemos.

—No, mi generalísimo—añadió Pérez—lo están desnudando, pronto estará dormido y no cena hasta que se despierte.

—No lo comprendo.

—Así me lo dijo.

—¿A qué hora te encargó que le sirvieras la cena?

—A ninguna; cuando se despierte.

—Cenemos nosotros.

Y todos fueron bajando y sentándose á la mesa.

La noche continuaba serena, pero apareció una brisa fresca que hacía andar á la galera algo más.

CAPITULO XXXVI

Una iluminación portentosa.—La isla Libana convertida en ascua.—La bahía.—Los fuegos incandescentes.

A la una de la madrugada y cuando hacía tres horas que todos dormían, á excepción de la gente de servicio, despertó el héroe é hizo que su criado lo vistiera

Su ausencia y sueño prematuro reconocían por única causa huir de ovaciones y aplausos que siempre le molestaron por ser contrarios á sus ideas.

Cuando estuvo vestido dijo á su criado:

—Hace calor aquí, en la cubierta debe suceder lo contrario. En una mesa pequeña me sirves una taza de caldo, ave y media piña en dulce. Todo en la cubierta.

—¿Vino?

—Jeréz.

—¿Nada más?

—No.

—Pronto lo tendrá V. E.

—No tengo prisa, Pérez.

Y salió por la escotilla, diciendo al oficial de guardia.

—¿Qué tiempo tenemos?

—Hemos mejorado algo, señor.

—Ya lo veo, la brisa es fresca y viva.

—Sí, señor.

—¿Y los navios?

—Navegan á babor y estribor de nuestra galera.

—¿No hemos descubierto ningún otro barco?

—No, señor.

—Decid al timonel que se incline dos pulgadas á estribor.

—Ahora mismo.

Cuando volvió le dijo:

—Ya va la galera como habeis mandado.

—¿Todos duermen en el barco?

—Sí, señor.

—Falta les hacía, los infelices sufrieron mucho.

—Bien descansaron ya anoche.

—No importa, la pobre materia se cansa pronto, tardando mucho en reponerse.

—Muy satisfechos se hallan todos.

—Les han doblado ayer y hoy la ración del vino.

—Como vos mandásteis.

—¿Les mejoraron la comida?

—Señor, la de los soldados es inmejorable.

—¿Y la de los oficiales que no comen conmigo?

—Esa es espléndida.

—Eso quiero yo.

—Con tan buena alimentación, tan crecida paga y un servicio tan regular y hasta cómodo, todos van muy contentos.

—Así debe ser. No quiero parias ni esclavos.

—A vuestro lado no hay nada de eso. Todo es libertad bien entendida, afecto y un trato que encanta.

—La cena, señor—le dijo Pérez.

—¿Quién me la sirve?

—Yo.

—Te he dicho que no hagas ciertos oficios.

—No puedo contenerme, señor.

—Me disgustarás.

—Como ha de ser, mi general en jefe. En este pícaro mundo tienen disgustos hasta los héroes.

La idea de Pérez hizo sonreir á Flaviano, que le dijo:

—¿Qué disgustos tienes tu?

—Yo ninguno.

—Pocos podrán decir eso.

Y continuó cenando con buen apetito.

Cuando acababa se acercó el oficial de guardia, diciéndole:

—Mi almirante, dice el vigía que al Este se distingue en lontananza un resplandor muy vivo.

—¿No mirásteis con el anteojo?

—Sí, señor.

—Y qué resulta.

—Acaso una aurora boreal.

—No sería extraño. ¿A qué distancia?

—El resplandor se ve á diez ó doce millas.

—No me satisface vuestra contestación. ¿Pérez?

—Señor.

—Mi anteojo.

—Al momento.

Flaviano se fué á la proa mirando el resplandor más de diez minutos.

—No es aurora—dijo al oficial.

—¿Qué opinais?

—Ese resplandor lo forma la combustión incandescente.

—¿En medio del mar?

—Claro es. El fuego ese sube á la superficie del mundo desde el interior de la tierra.

—No comprendo, señor.

—Fijaos en lo siguiente. Detrás de ese resplandor está la Isla nuestra.

—Cierto.

—La cual se halla rodeada de volcanes.

—Sin duda alguna.

—Pueden estar en erupción algunos y ese lejano resplandor producirlo el fuego incandescente que arrojen.

—Eso es sin duda alguna. ¿Señor, peligrará el pueblo que hemos levantado allí?

—No lo creo; busqué para levantarlo la mayor dis-

tancia de los cráteres que pueden arrojar la más grande cantidad de ese fuego, de piedras, etc.

—Pero uno nuevo...

—Tampoco es probable, teniendo en cuenta las muchas bocas que tienen aquellos montes.

—No hay otro remedio que esperar.

—Con el aumento de aire pronto lo sabremos.

—Sí, señor, antes de dos horas.

—Mucho antes.

Y continuaron hablando.

Paseaban por la cubierta mirando de continuo Osorio con su anteojo el resplandor que cada instante aumentaba.

Antes de transcurrir una hora lo tenían á dos ó tres millas y no tardó en llegar á la galera.

—¿Qué descubrís, señor?—se atrevió á preguntarle el oficial.

—Que ese resplandor lo forman, no uno ni dos, lo motivan varios volcanes de la isla Líbana en completa erupción.

—¿Se puede ya afirmar todo eso?

—Sí, todo.

Y Flaviano se retiró á su observatorio, desde el cual estudiaba el fenómeno que tenía á la vista.

La luna había ido poco á pcco escondiéndose, y en los momentos actuales no existía otra luz en la galera que la de los faroles que ella llevaba encendidos y los del resplandor siniestro que iba en aumento.

A la media hora salió de su observatorio Flaviano, diciendo al oficial:

—¡Qué espectáculo tan maravilloso!

—Señor: ¡arde la isla de Libana!

—No, eso parece á esta distancia, pero no arden más que sus volcanes. Seis cráteres arrojan fuego y aun cuando desde aquí parece que se juntan y confunden se hallan bastante separados. Ni el pueblo perece ni llega nada á la bahía.

—Esto es un prodigio de la naturaleza.

—Sí, un fenómeno que rara vez se puede contemplar.

—Señor, ¿despierto á los dormidos para que admiren este cuadro sorprendente?

—Las señoras se asustarían creyendo la mayor parte que toda la isla arde. Luego, cuando estemos frente al Cortado, entonces.

Y continuaron navegando sin apartar el anteojo de la vista.

—Solo se ven seis cráteres en erupción, ahora los distingo bien,—dijo el oficial.—Y ese ruido, ¿qué lo motiva?

—Los pedazos de monte, la lava y la materia incandescente que arrojan.

—Es un rumor sordo que va en aumento.

—Claro es, según nos acercamos.

A una milla de distancia de la galera, el ruido era ya grande y el fuego se distinguía perfectamente.

—¿Los despierto, señor?

—Sí, yo lo haré á las señoras y á mi padre, vos á los restantes. Prevenidles que no hay peligro ninguno.

—Lo haré, señor.

Diez minutos después empezó á llenarse la cubierta con soldados, marineros y oficiales.

Poco más tarde no dormía ninguno. Todos estaban en la cubierta.

El espectáculo era grandioso, imponente, casi aterrador.

Las damas y todos los jefes rodearon á Flaviano, preguntándole:

—¿Qué va á ser de la isla, Flavíano?

—No os asusteis, presenciamos un fenómeno que no ocasionará desgracias personales. La materia ígnea con la cual se forma la tierra, se va concentrando en el corazón de la misma, y á menudo desahoga su interior con esos vómitos de fuego que presenciais. Los cráteres que de esa manera arrojan el fuego son llamados por los sabios bálbulas de seguridad, porque de no existir, reventaría el mundo, y hecho pedazos rodarían estos por el espacio. No sólo hay volcanes en esta Isla, existen en muchas partes de América y hasta los teneis en Europa. En Nápoles está el Vesubio que presenta de contínuo erupciones y no distante de él, en Sicilia, se halla el Etna que es el mayor del mundo. Su gran cráter presenta una circunferencia que se aproxima á una milla, y es espantoso lo que por él sale de fuego, piedras, lava y materia inflamada. Con lo que arroja se forman montes y los torren-

tes de caldo hirviente que vomita son espantosos, aterradores, pero os repito que son necesarios, indispensables para la seguridad del planeta que habitamos.

Lo grande, lo fenomenal que aqui ocurre lo motiva el que en una isla tan pequeña haya seis volcanes, seis cráteres abiertos y todos arrojando á la vez fuego incandescente; pero no es para asustarse ni para temer; admirad como yo esa gran obra de la naturaleza, y meditad lo pequeño que somos ante ese Dios poderoso y sublime que hace mundos, y los gobierna y los rige y nos presenta la grandeza de una obra que apenas alcanzaremos á comprender. Prestad vuestra atención á los volcanes; vuestra admiración, vuestro respeto y todo vuestro amor á Dios, en cuyas divinas manos está la suerte de los mundos y de todos los seres que los pueblan.

—Señor,—contestó Líbana,—yo creí que solo existía este mundo.

—No, existen millares de ellos, todos hechos por Dios.

—¿Cómo puede ser eso?

—No es este el momento de explicártelo, ni debo hacerlo yo, para algo enseñé á tu futuro Ricardo Zalla y otras cosas que él puede á su vez enseñarte á tí.

—Pero con qué claridad se ven los montes, el pueblo, los árboles y hasta las plantas, Flaviano.

—Sí, Líbana; son seis hermosos fanales hechos por la naturaleza que alumbran perfectamente toda la Isla, y cuyo resplandor se extiende á muchas millas de distancia.

—Qué truenos tan grandes.

—No te asustes, los promueven el fuego y las piedras que salen por los cráteres.

—Que hervor se siente.

—Sí, hija, se cuece un pedazo de mundo.

—Y sin que nada ocurra á nuestro pueblo.

—Líbana, no pienses en temores ni en nada malo; este solo es momento de admirar el poder de nuestro Dios, sus colosales obras y la grandeza de un fenómeno que rara vez se presenta á la vista del ser humano. ¿No viste en tu isla ninguna erupción?

—De uno ó dos volcanes cuando yo era pequeñita, pero de seis nunca.

—¿Qué hacíais los indics?

—En cuanto se sentían los temblores de tierra, se cargaban las canoas de alimentos y nos íbamos á la bahía. Allí permanecíamos hasta que se apagaba el fuego.

—¿Qué hacíais todo ese tiempo?

—Te vas á reir si te lo digo.

—No, yo no me rio de esas cosas.

—En una canoa metían un ídolo y lo adorábamos, repitiendo las frases que el sacerdote pronunciaba.

—¿No hacíais ningún sacrificio?

—Al contrario una verdadera hecatombe.

—¿En la canoa?

—Sí, en la que iba el ídolo.

—¿Sacrificábais algún ser humano?

—Los menos, uno. ¿Nosotros, vamos á desembarcar?

—Y á dormir tranquilos en nuestras camas.

—¿Estarán en la bahia mi hermano y les indios?

—No, Keisko se ha ilustrado tanto ó más que tú, y con pocas frases le habrá bastado á mi hermano Julio para convencerle que se esté á su lado con todos los suyos.

—Como yo, Flaviano, no me separaré de tu lado, porque tú eres un ángel.

—Que disparates dices, Líbana.

—Lo vi anoche, cuando cantabas el himno mirando al cielo, eras un angel del Señor.

—¿Has visto tú los ángeles?

—Sí.

—¿Cuándo y dónde, Líbana?

—En mi cama soñando.

Flaviano sonrió, los restantes exclamaron:

—Tiene razón; aquel rostro era de un ángel.

—En una india puede pasar, pero en nosotros... Mas dejemos esa conversación que no me gusta. ¿Fajardo?

—Señor.

—Nos hallamos casi encima del boquete, quedemos al pairo y haced señas á los navios para que avanzen y entremos uno tras de otro.

—Muy bien, señor.

—Que echen un bote al agua y avise un soldado en el palacio para que lleven al muelle la carroza. Que no despierten más que á los criados.

Así lo hicieron.

Cuando los navios se juntaron con la galera, preguntó Flaviano:

—Guzmán, cuantos hombres habeis perdido en el temporal.

—Tres, señor.

—¿Y el buque que os sigue?

—Cinco.

—¿Qué averías?

—Solo una pequeña, causada por un rayo.

—Buenos barcos son.

—Señor, os obedecimos, la proa quedó frente á las olas, y nada más ocurrió que lo expuesto. Los barcos son buenos, pero es mucho mejor la dirección de nuestro almirante.

—Fajardo, entremos.

—Vamos, señor.

Los barcos empezaron á moverse; la galera iba delante, detrás el navío que mandaba Guzmán, y en pos el otro barco inglés.

A la voz de Flaviano las cadenas bajaron lentamente, y atravesaron el boquete llegando á la bahía, sin temor á los volcanes.

—Fajardo,—dijo Flaviano,—anclad cerca del muelle, para que los desembarques puedan hacerse con más facilidad, con los tres barcos viene bastante carga. Y quedaos de jefe del puerto. Id á cenar conmigo para recibir órdenes.

CAPITULO XXXVII

Las esplicaciones de Julio.—Estado de la isla.—¿Es talento, adivinación ó audacia?—Todo reside en Flaviano.

En una hermosa falúa, mandada construir por Flaviano, entraron éste, las cuatro señoras, el duque, Mendoza y Zalla, con doce remeros que en muy poco tiempo los trasladaron al muelle.

Echaron pie á tierra, exclamando la duquesa:

—Flaviano, estás hablando.

—No decía una palabra, madre mía.

—Mirad todos, qué admirable cuadro,—añadió la duquesa.

En efecto, muy cerca del embarcadero estaban á la izquierda la carroza de las señoras, y á la derecha un cuadro que tenía cuatro varas de longitud por tres de latitud, en el cual aparecían Flaviano muy parecido al original, sugetando con su planta, fija en el cuello, al leopardo inglés. El león castellano miraba á

Osorio que apoyaba su mano derecha en la cabeza de la fiera, y seguía la diosa Minerva que bajaba á ofrecer una corona á Flaviano. De la corona caían dos cintas, en la una se leía:

AL HÉROE ESPAÑOL

En la otra decía:

TERROR DE LOS INGLESES

—¿Quién pintó este cuadro?—preguntó Osorio á un capitán que parecía custodiarlo.

—El maestre de Campo Almeida, señor, pero se le ofrece á V. E. el ejército que reside en Líbana.

—Yo os lo agradezco mucho, está bien pintado, pero hacedme el favor de decir á Almeida que emplea mal sus hábiles pinceles. Yo enmendaré su equivocación. ¿Capitán?

—Señor.

—En la parte superior de este cuadro que pongan el siguiente letrero:

NO ES HÉROE PERO SÍ UN ESPAÑOL, AL QUE NO LOGRÓ VENCER NINGÚN EXTRANJERO

—¿Dónde lo deposito, mi general en jefe?

—La señora duquesa de los Andes, mi madre querida, os lo dirá.

—¿Qué dicho a me haces, hijo. Capitán, á mis habitaciones del palacio. Oid: el letrero ese que quiere mi hijo no lo mandeis poner, yo lo haré en Madrid.

—Muy bien, señora duquesa.

—Vamos al palacio,—dijo el héroe.—Adios, capitán. Pero, ¿qué veo?

—No te admires, Flaviano,—le contestó Mendoza,—le he mandado al cochero delante, y Zalla y yo vamos en el pescante.

—Pero ¿quién guía?

—Yo, aprendí de muy joven.

—¡Pobres caballos! No mates ninguno, Rogelio.

—Llevaré las bridas muy flojas.

—Sí, que no sientan tu mano esos dos potros.

En pocos minutos los llevó la carroza á la puerta principal del palacio.

Flaviano se retiró del coche y cogiéndose al brazo de Zalla le dijo al oido:

—Al pie de la puerta amarilla tu caballo, el mio, dos criados en buenos potros y que lleven merienda.

Dejó su brazo y se perdió entre las galerías y pasillos del palacio.

No tardó en entrar en su alcoba que era también la de Silva, abrió un balcón, sentándose en una silla á la cabezera de la cama del príncipe.

Al entrar cerró por dentro el dormitorio.

Al ruido que promovió, se abrieron los ojos de Julio y echando los brazos al cuello de su hermano le dijo:

—¡Flaviano, qué felicidad!

—¿Ocurrió alguna desgracia en la isla?

—¿No, y á vosotros?

—Tampoco.

—¿Qué sabes de las señoras?

—Ahí las tienes buenas y muy contentas.

—¡Qué ratos tan crueles me habeis hecho pasar!

—¿Por qué, hermano?

—Primero tú, yendo á pelear en una galera, contra formidables navíos ingleses.

—No fuí á pelear, Julio, fuí de caza.

—Ya sé que no has tirado un tiro contra nuestros enemigos y que les copastes los dos navíos, pero como esas cosas solo tú sabes hacerlas, nadie más que el autor las comprende. Sé por el capitán que venía mandando el bergantín todo lo que has hecho, y estás siendo ya con sobrado motivo la admiración del mundo. Mi padre dice que no existió en la tierra ningún hombre que se pareciese á tí.

—Cree lo que quieras, Julio, pero cállate esas cosas.

—No quiero.

—Ni tú ni tu padre sois voto cuando se trata de mí.

—¿No es mi padre voto?

—No, me quiere tanto ó más que á tí y le ofusca el cariño.

—¿Pero, Dios mío, es posible que un hombre de tanto talento diga en serio esos disparates?

—Gracias.

—¿Has traido tu á las señoras?

—Sí, yo.

—¿Dónde las hallastes?

—En los escollos que hay al Norte de esta isla.

—¿Como á doscientas millas?

—Algo más.

—Que hacían allí.

—Fajardo, que es un buen marino, metió allí el falucho para no perecer y librarse en parte de los rigores del temporal.

—¿Qué deseas tu saber?

—Todo lo que te ha ocurrido desde que las señoras se ausentaron.

—Oyelo: El mismo día en que desaparecieron las señoras y cuando ya se habían embarcado, me despertó un temblor de tierra que movió mi lecho como á ligera pluma. Me tiré de la cama, pero no podía ni vestirme.

A un terremoto seguía otro, y otro hasta las diez de la mañana, que si bien continuaban dejaban intervalos que me permitieron vestirme.

Al primero que hallé fué á mi padre, que corría en busca mía para adelantarme la noticia de que teníamos que sufrir varias erupciones y una tormenta deshecha.

No me permitió otra cosa que mandar á la bahía varias órdenes, para que suspendieran todos los trabajos, guareciesen de la lluvia lo que no convenía que se mojase y esperasen.

Supimos entonces que las señoras se habían embarcado, pero yendo con ellas Fajardo, cuatro excelentes oficiales y cinco buenos marineros y nos tranquilizamos. Comprendí que el deseo de verte pronto las precipitaba y las disculpé, pues yo también lo tenía.

A los temblores de tierra siguió la primera erupción de un volcan, luego la del otro hasta romper en lluvia de fuego los seis.

Mi padre estudió el fenómeno, y creyendo como yo que ni el pueblo ni la isla peligraban nos tranquilizamos.

Muy poco antes de empezar el temporal, me refirió el capitán del bergantin cuanto hiciste, y que regresabas con tu presa y sin sufrir ninguna desgracia, pero nada me dijo de las señoras, ni vió el falucho ni á nadie desde que se separó de la escuadra.

Por tí quedamos tranquilos, pero muy apurados por ellas.

—No hay,—decía mi padre,—temporal superior al talento del héroe, pero esas damas pueden perecer.

Dió principio el temporal, quise mandar un navío en busca de ellas, pero se opuso mi padre diciéndome: Esa embarcación va á perecer sin conseguir nada. Hijo mío, si Flaviano las encuentra se habrán salvado, sino las halla las encomendaremos á Dios porque habrán perecido cuantos iban en el falucho.

Juzga ahora cuanto habré sufrido durante vuestra ausencia.

—¿Qué descomposición hay en la isla?

—No lo sé, durante el temporal era imposible estudiarla; el huracán nos hubiera llevado y en cuanto éste cesó, temiendo una sorpresa del enemigo, me fuí á las baterías y en ellas estuve. Los trabajos continuaron y nada más se.

—Buena estaría la isla con seis volcanes vomitando fuego, un huracán espantoso y una tormenta deshecha.

—No se puede explicar; este paraiso en calma, fué durante ese período un verdadero infierno.

—Lo creo.

—¿Qué hicieron los indios?

—Correr á la bahía, pero no los dejaron embarcarse y como se juntaron el temporal y las erupciones, se resignaron á venirse al pueblo por mandato de su cacique. el cual ha demostrado valor extraordinario y severidad.

—¿Y los soldados?

—Algo impresionados pedían á Dios el regreso de su general en jefe unos y otros de su almirante, pues suponen que tú puedes hasta con los elementos. ¿Me dejas vestir?

—Sí, pero te advierto que salgo á caballo con Ricardo en este momento.

—¿Acabas de llegar...?

—Es preciso, Julio.

—¿Dónde vas?

—A recorrer la parte de la isla que me sea posible.

Esas erupciones lo mismo pueden levantar nuevos montes y colinas, que echar abajo escollos y montañas que sirven hoy de muralla é impiden que el enemigo nos sorprenda por la espalda.

—Aun no acabó la erupción.

—No ha de tardar y lo que aquí nos ocurra nos interesa mucho.

—No te expongas, Flaviano.

—No. Entretén á las señoras.

—¿Quién puede con la duquesa no estando tú?

—Que se resigne. Adiós, Julio.

—Adiós, hermano.

Salió el héroe y por pasillos estrechos y una escalera escusada llegó á la puerta Amarilla que encontró abierta y á Zalla que le esperaba á caballo. Montó él también y salieron á escape para que nadie pudiera detenerlos.

Detrás iban dos criados.

Después de galopar quince minutos trotaron.

Se dirigían al primer volcán de la derecha que estaba al Norte, y en los montes que se alzaban al otro lado del río que conocemos y vimos las fieras que mató Flaviano.

Llegaron hasta la misma orilla del río pisando cenizas, calientes aún, pues llegaron hasta allí.

Flaviano dejó á sus acompañantes un poco atrás y anduvo mirando con su anteojo, primero á doscientos metros á la derecha, y luego unos trescientos á la izquierda.

Cuando había terminado su estudio y cerraba el anteojo, sintió un temblor mayor que todos los anteriores seguido de un ruido profundo.

Metió espuelas á su caballo y cuando pudieron oirle sus compañeros, les gritó sin dejar de correr:

—¡A escape hacia el Sur!

Ya era tiempo. El volcán empezó á vomitar piedras que llegaban al río y pasaban de éste.

Algunas cayeron á doce metros de Zalla.

Iban rojizas, encendidas y despedían olor á azufre.

—Alto,—les gritó Flaviano.

Y los cuatro se detuvieron.

Los caballos estaban impacientes, recelosos y espantados.

A fuerza de caricias lograron pararlos un poco.

—Señor,—dijo Zalla al héroe,—vaya una pedrea; si nos descuidamos...

—No era mala, Ricardo.

—Volaron los caballos.

—Estos animales conocen el peligro.

—Llegó el calor del fuego á nosotros.

—Es que lo tuvimos muy cerca.

—¿Te asusta este fenómeno?

—¿A mí? ¿Qué puede asustarme en el mundo, señor?

—Hemos estado hace un momento cerca de la muerte.

—Que venga cuando quiera. ¿Quereis que lleguemos al cráter de uno de esos volcanes?

—Sí, es necesario lo haremos.

—Contad coomigo.

—Por cierto que no llegó á darnos ninguna piedra, pero vamos cubíertos de ceniza.

—Ceniza que quema, señor.

—Qué de lava sale á la vez.

—A qué distancia nos hallamos de ese cráter, señor.

—A poco menos do una milla.

—Señor, sigue la pedrea y se acercan los pedazos. Cómo os estais poniendo.

—Mira, Ricardo, qué arroyo forma la lava encendida.

—Que llegan muy cerca y los caballos se espantan.

—Déjame ver una cosa y nos iremos.

—¿Qué es lava, señor?

—Material derretido ó fundido que vomita el cráter.

—Señor, que os está abrasando la ceniza.

—Espera un poco.

Por fin Flaviano cerró su anteojo y salió al trote en dirección de Suroeste.

Poco después de abandonar ellos aquel sitio, cayó un pedruzco que no pesaría ménos de diez toneladas.

—Señor, si no escapamos nos coge aquel pedruzco tan enorme.

—Se hizo anunciar y por eso no nos cogió.

—¿Con qué, señor?

—Con el ruido subterráneo que hizo.

—No me fijé en él.

Anduvieron dos millas en la misma dirección, viéndose al fin libres de piedras, de lava y de cenizas.

—Aquí ya os veo bien, mi general en jefe.

—Si, antes lo impedía la ceniza.

—¿Vamos á otro volcán?

—Sí, á los cinco que quedan.

—¿Son mayores?

—No, más pequeños.

—¿Quién ha tirado esos árboles que están caidos, los temblores?

—No, el huracán que precedió á la tormenta.

—Los hay en tierra seculares.

—Sí, fué tan fuerte casi como el de un ciclón.

—Buena estaría la isla con seis volcanes y el temporal.

—Peor estuvimos nosotros, Ricardo.

—No estuvimos bien, señor. El duque y yo no estuvimos tan mal, pero vos...

—Tenía que ser así, para eso mandaba en todos vosotros.

—Si todos los que mandan hicieran lo mismo.

—Lo hace el que puede nada más.

—Como vos no hay ninguno.

—Zalla, cállate. Cada uno hace lo que puede y sabe.

—¡Señor, ya veo el otro volcán!

—Cierto.

—También tira á la isla.

—Será inglés.

—U holandés.

—Trotemos con más viveza.

Media hora después estaban á una milla del segundo cráter.

—También fué Flaviano reconociendo éste cuanto le era posible.

Trotando Osorio quedó sin ceniza, pero ya estaba otra vez cubierto de ella.

Poco más ó menos les sucedió lo que en el anterior, pero se retiraban de él sudando.

Flaviano se fué por un costado y avanzó solo hasta distar menos de media milla del cráter. Las piedras que iban al centro llegaron mucho más atrás del sitio en que él se colocó.

Allí hizo un estudio completo.

—Sigamos adelante,—dijo el héroe, haciendo trotar á su potro.

—Bueno vais, señor.

—Es ceniza.

—Pero en gran cantidad.

—Pues calienta.

—En el tránsito se apaga.

—Pero conserva calor. Vamos sudando á mares.

—¿Quién se cuida de eso?

—Yo por vos.

—Sudar no es estar enfermo. Trota y calla.

Y continuaron caminando siempre en la misma dirección cubiertos de ceniza, muy encarnados del

calor que sufrían y de los esfuerzos que hacían para contener los caballos que se espantaban.

Lo que admiraban la sabiduría de Osorio no paraban, mientes en el continuo estudio del que llamaron siempre héroe, ni los sacrificios que continuamente hacía por llevar á su espíritu nuevos conocimientos, ideas nuevas y todo aquello con que podía enriquecer su ya vastísimo arsenal de ciencia y filosofía. Y consiste en que es más fácil admirar y aplaudir que imitar á los sabios.

CAPITULO XXXVIII

—

Continua el reconocimiento volcánico.—Tecer volcán.—La comida. —El ruido misterioso.

Llegaron al tercer volcán el cual arrojaba menos que los anteriores y casi todo iba á parar al mar y á los escollos que tenía debajo.

Dejando Flaviano situados convenientemente á sus tres compañeros, hizo el estudio y reconocimiento de este volcán, hasta llegar con su caballo al pie del monte en que se hallaba el cráter.

De allí lo echó el fuego abrasador que sentía. Pero reconoció todo lo que era posible.

Incorporado con Zalla y sus criados, preguntó á los últimos.

—¿Traeis comida?

—Sí, señor.

—¿Vino?

—También.

—Pues vamos en busca de agua. Ya hemos andado nueve leguas y es la una de la tarde. Lo mismo estos animales que nosotros necesitamos reponer las fuerzas perdidas.

Y se dirigieron á un bosque que tenían al Este. Se hallaban en la línea central de la isla.

Todavía tuvieron que avanzar bastante para hallar un manantial que mitigara la sed de los cuatro.

Hallado aquél, dejaron á los caballos libres de silla y arreos permitiéndoles que pastasen, única comida que podían ofrecerles!

Luego entre los dos criados formaron con ramaje, las sillas de los caballos y dos mantas que llevaban á prevención, los asientos del general en jefe y del maestre; buscaron después una piedra apropósito que cubrieron con servilletas en su parte superior y tuvieron mesa.

Sobre ella pusieron dos aves de buen tamaño, bien asadas, cinco clases de embutidos distintos, un pescado cogido en la bahía y frutas, dulces y un pastel.

El vino era Jeréz y el apetito excelente.

Comieron Flaviano y Zalla cuanto quisieron, bebieron vino, después agua y quedaron hablando mientras comían los criados y descansaban los jacos.

—Señor,—decía Ricardo,—no se explica esto de seis volcanes á la vez en tan corto terreno, relativamente.



El vino era de Jerez, y el apetito excelente.

—Es posible que el foco sea el mismo que surte á los seis, y una de las cosas que estoy estudiando es el motivo de esa división; porque el Vesubio de Nápoles y el Etna de Sicilia, ni están tan inmediatos ni tengo noticias de que hayan presentado erupciones á la vez.

—Entre esos dos debe estar el mar de por medio.

—Así es, pero el fuego que los volcanes arrojan viene de más profundo que está el fondo de los mares. Si el suelo que pisamos tiene ya un espesor de cinco leguas como dice la geología, la materia incandescente tiene que subir toda esa distancia.

—No hay duda.

—En cuyo caso viene á los cráteres de mucha más profundidad que lo más abajo del fondo de los mares. En su origen ó sea donde acaba el fuego y empieza la tierra, no puede haber más que un conducto y por él empieza á subir el fuego. Como son cinco leguas, en el principio domina la materia sólida á la ígnea, pero sube por esta, el fuego se aprovecha de las grietas hasta que llega á una altura que su fuerza es superior á la solidez que la cierra el paso, y entonces la rompe y salen los pedazos revueltos con lo que ha fundido que es la lava y con las cenizas que ha quemado.

—Muy bien, señor, mas porque razón quiere el fuego salir del centro en que la tierra lo tiene encerrado.

—Ricardo, en su orígen era este mundo una bola de ese fuego. Empezó el enfriamiento, y esfe fué lentamente formando una corteza ó solidez, hasta ir en-

cerrando el fuego en el corazón del mundo. Esa corteza ó solidez va contínuamente aumentando, y si hoy tiene cinco leguas de espesor, mañana tendrá seis, y así sucesivamente seguirá hasta que toda se solidifique y desaparezca el fuego. Ahora bien, ese enfriamiento que aumenta la solidez roba terreno al fuego y éste pugna por hallar lo perdido, se abre paso y sale á la superficie que es seguramente lo que acabas de ver, torrentes de fuego ígneo ó incandescentes, materia que ha fundido, otras que ha quemado y convertido en cenizas y pedazos de mundo que arrastra en su correría por el centro de la tierra.

—¿Tiene mucha fuerza la impulsión de ese fuego?

—Mucha, hubo ocasiones en que convirtió un continente en mar por haberlo roto, é infinidad de islas han desaparecido.

—¿Y cómo desaparecen?

—Rompiéndolos el fuego y ocupando el agua de los mares el sitio que tenían las islas.

—La lección no ha sido mala.

—Ya puedes enseñar algo más á Líbana.

—Tardaré un poco.

—¿Por qué?

—Estamos reñidos.

—¿Qué causa?

—Antes de salir del palacio me cogió en un pasillo en los momentos en que temblaba la tierra.

—Oye, Ricardo, me dijo: ¿por qué llamais á esto temblores de tierra?

—Ya lo ves, le contesté porque tiembla.

—Cuando estábamos en la bahía temblaba el agua, lo sentí yo.

—Y yo también.

—El agua no es la tierra, lo uno es sólido y el otro líquido.

—Cierto, bellísima india, pero la tierra es todo el mundo, y este se compone de sólido, líquido y fluídico.

—No me satisface, ven conmigo á debatir en presencia de Luisa que sabe tanto como tú.

—Pero es el caso que ahora no puedo, Líbana.

—¿Quién te lo impide?

—Mi maestro.

—¿Dónde está?

—No lo se.

—¿Lo tomas por disculpa?

—Yo nunca miento ni me disculpo.

—No vuelvo hablar contigo en un mes.

Y desapareció de allí sin decir más.

—Es una niña que debes ir educando poco á poco.

En estos momentos se oyó un ruido subterráneo mayor que ningún otro de los que sintieron hasta entonces.

A la vez tembló la tierra, pero tan fuertemente que el maestre y el general fueron al suelo como pelotas movidas por la mano de un gigante.

Zalla se puso en pie y fué ayudar á su maestro á levantarse, pero notó con sorpresa que éste había que-

dado en la misma postura que la caida le dejó, sin otra diferencia que la de tener aplicado el oído á la tierra, como para oir mejor el ruido del subterráneo.

—¿Os ayudo señor?

—No, y cállate.

Así permaneció tres minutos, después le dijo:

—¿Ricardo?

—Señor.

—Sal del bosque, busca una altura y observa si la cantidad de fuego que arroja el volcán que tenemos á cinco millas escasas, es meyor que la de antes. Si puedes hacer la misma observación con algún otro hazla.

—¿Tarde lo que quiera?

—Sí.

—Hasta luego.

Flaviano permaneció media hora en aquella postura, sin moverse y fija toda su atención en el ruido subterráneo.

Después se incorporó diciendo:

—Ya basta.

Y llamó á su criado mandándole que le arreglara un asiento.

Lo ccupó, añadiendo:

—¿Habeis comido?

—Sí, señor.

—¿Diste agua á los caballos?

—La bebieron igual á la nuestra.

—¿Están ya en disposición de continuar la marcha?

—No han descansado bastante, pero si hay necesidad.

—Ensillad los cuatro.

—Teneis una silla debajo, amo mío.

—Tómala.

—Os arreglaré...

—No hace falta, voy á pasear.

Por fin regresó Zalla á la hora de haberse marchado, diciendo á su maestro.

—Señor, busqué una altura fuera del bosque, desde la que he podido ver tres volcanes, los que vos conoceis.

—Y ¿que has notado?

—Que arrojan mucho más fuego, más piedras y más lavas y cenizas.

—Como el doble que anteriormente.

—Mas aun.

—Eso es. ¿Pérez?

—¿Señor?

—Están los caballos.

—Sí, señor.

—Montemos.

—¿Por dónde vamos, señor?

—Por aquí.

—¿No vemos los tres volcanes restantes?

—No.

—Es que ahora están hermosos.

—Pues vamos á una parte muy fea.

—¿Dónde, señor?

—No lo se, pero debemos encontrarla siguiendo una recta.

—No comprendo, mi general en jefe.

—Vamos, Zalla, á la Gruta del Diablo.

—¿Guarda alguna relación esa cueva con los volcanes?

—Mucha.

—Pues vamos allá. Oí hablar de ella, pero no la he visto.

—Tampoco yo, pero me dijo Keisko que se halla en el centro de la isla en un monte solo, aislado, que tiene forma piramidal. Obligemos á estos animalitos á que aligeren el paso.

Y tomaron aquellos un trote de media hora por legua.

A los tres cuartos de hora exclamó Flaviano:

—Aquel es el monte, Ricardo. ¿Lo ves?

—Sí, señor.

—Pero aún está lejos.

—Lo ménos una legua.

—Sí, á este paso pronto llegamos.

Y continuaron obligando á los potros.

No tardaron en estar á la puerta de la Gruta del Diablo.

Flaviano se tiró del caballo y dando las bridas á Pérez, le dijo:

—Quita silla y arreos y que pasten y descansen, que luego van á tener que correr.

Y se dirigió al centro de la Gruta.

Notando que Zalla le seguía le dijo:

—Ricardo, espérame arriba.

—Señor, librarme del sufrimiento á que acabais de condenarme.

—¿Qué sufrimiento?

—El de estar separado de vos en estos sitios peligrosos.

—Haz lo que quieras.

Y continuó bajando.

Primero se había enterado cuanto pudo de la entrada de la Gruta, después de la bajada, hasta donde la luz del sol le permitía, y satisfecho de su reconocimiento seguía adelante fiado más que todo en su cualidad de excelente gimnasta.

Zalla iba siempre que podía á su lado, cuando no detrás, cogido á su ropilla.

Por fin llegaron á un sitio en que no se distinguía nada.

Habían atravesado grandes planicies, sitios sinuosos y fatales, otros estrechos en que iban de costado y pendientes de difícil subida.

Ahora estaban en noche perpétua y á más de 500 varas de la superficie de la tierra.

—Señor, no bajemos más, os lo suplico.

—Ricardo, nos hallamos ya en sitio en que no se fijó más planta humana que la nuestra.

—Lo creo, señor, pero basta.

—¿Tienes miedo?

—Por vos.

—Cobarde, yo no lo tengo ni por tí ni por mí.

—Creo que no vamos á poder subir por falta de una luz.

—Si no es más que eso pronto la tendrás.

—¿De dónde va á venir?

—Del cielo no ha de ser.

—No, de la mano de Pérez.

—No le hemos dicho nada.

—Sí, que él nos va á dejar morir aquí. No le conoces.

—¿Pero qué hacemos en este sitio tan malo, señor.

—Ahora descansar. En cuanto bajemos un poco más, haremos mucho.

—¡Bajar más! ¿Qué decís, señor?

—Ya lo verás.

—Pero si no se distinguen ni las paredes.

—No, ver no es posible; pero se puede tocar.

—Qué vamos á tocar.

—Ahora lo verás. Cógete con la mano izquierda á mi trusa que es fuerte ¿Estás?

—Si, señor, apoya la derecha en una pared que debes hallar.

—Es verdad, señor.

—Avancemos un poco, despacio, muy despacio.

—Como tiembla el piso.

—No hagas caso, Ricardo, que vas á ver pronto lo que nadie ha visto.

—Si os empeñais, adelante.

—Vaya si vamos adelante.

—Noto tres cosas, señor.

—Dilas.

—Que á este sitio no han bajado ni las aves ni los reptiles.

—Cierto.

—Noto además que vamos hacia la derecha y bajando.

—Así conviene Zalla.

—Y la última, que en vez de encontrar sitios frescos de esos que nunca les da el sol, siento cada vez más calor.

—Porque estamos cerca del sitio que busco.

—No era mejor volver con luces...

—Mejor hubiera sido traerlas, pero como no podíamos adivinar el descubrimiento que íbamos á hacer por eso es preciso aceptarlo como se ha presentado.

—¿Sería tarde mañana?

—Es posible, y en la duda...

—Cuantas vueltas hemos dado, señor.

—Infinitas.

—Sudo como nunca.

—Y yo.

—Qué aire se respira aquí tan denso... Esto no es aire.

—Pero se le parece algo y con eso nos basta.

—Parece milagroso que no nos hayamos estrellado ya.

—Pero si no puede ser.

—Una grieta, una pendiente rápida, un foso...

—No continúes. Al paso que vamos tengo que ser yo el que empiece á caer, y ¿para qué llevas cogida mi trusa?

—Para tirar de vos en caso necesario.

—¿Has comprendido?

—Sí, señor.

—A este paso y con las precauciones que llevo no puedo caer de pronto, porque no sólo palpo con las manos, sino también con los piés.

—Ya este aire, señor, no se puede respirar.

—Un poco más á la derecha. Basta; abrázate á mi cintura, ¿qué ves á tus pies?

—¡Fuego!

—Eso es.

CAPITULO XXXIX

El fuego incandescente.—El asombro de Zalla.—Terrible idea.—Al pie de un precipicio.—Los silbatos.—Sin luz del día.

—Un fuego, señor,—añadió Zalla,—que no he visto jamás. Y mirad, ¡qué horror!

—¿A qué te refieres?

—Al resplandor de ese fuego que corre con rapidez vertiginosa. Ved además lo que hay á nuestros pies.

—Nada, un precipicio.

—Que tiene más de 80 varas de profundidad.

—¿Qué importa eso?

—Que solo os ha faltado dar un paso más para rodar al fondo de él.

—¿No me hubieras tirado de la trusa?

—Es verdad, pero asusta la idea de lo cerca que habeis estado.

—Eso no asusta á ninguno de los dos.

—Echaos un poco atrás, señor.

—No vería ese fuego, y como nadie lo vió hasta ahora más que nosotros, quiero recrear la vista en él; quiero estudiar este singular fenómeno.

—Bueno, á mí me basta; os cojo por la cintura que así no os caeis ó rodaremos los dos.

—Valiera más que vieses ese incomparable fuego.

—Ya lo he visto bastante. Si quisiérais explícarme...

—Sí, amigo mío, con mucho gusto. Te dije que este mundo fué en su origen una bola de materia ígnea.

—Sí, señor.

—Pues ese es el fuego que veo.

—Fuego incandescente.

—Es lo mismo.

—Adelante, señor.

—Te dije, que por efecto del enfriamiento de la tierra y el aumento de su solidez, sobraba fuego y éste buscaba salida.

—Sí, señor.

—Pues ese es el fuego sobrante y esa la salida que hálla rompiendo montes interiores y arrastrando sus pedazos, con la tierra y los materiales que funde.

—Pero eso es lo mismo que hemos visto salir por los volcanes.

—No es lo mismo, aquello es ya fuego revuelto con infinitas sustancias, y esto que yo veo es una corriente pura como la del fuego que existe en las entrañas del mundo.

—Se ve tan poco.

—Mira, Zalla, subió desde abajo hasta llegar á un monte de cuarzo que tenemos cerca, éste le impidió continuar una subida recta y entonces se dirigió por grietas que había de materiales menos resistentes que el cuarzo hacia el Oeste, y por una grieta que hay entre el cuarzo y la pizarra que es por donde corre, lo vemos puro y sin mezcla de nada.

—Es decir, que desde ahí empieza á hacer destrozos.

—Sí, porque todavía su carrera es muy larga.

—¿Cómo larga?

—Nos hallamos á 800 varas de profundidad lo menos y otras tantas que hay á los bordes de los cráteres.

—Algo más penetrará, señor, para haber llegado hasta aquí.

—Mucho más, cuando lo sepas quedarás asombrado.

—¿Qué ruido es ese, señor? que nos llaman.

—¿A nosotros?

—Sí.

—En estos sitios como no sean los diablos.

—Qué diablos. Es mi criado Pérez. Voy á sacarlo del susto.

Y Faviano tocó fuertemente su silbato de marino.

—¡Ah! comprendo, dos silbatos iguales.

—Sí.

—¿Me dareis á mí otro, señor?

—Sí, cuando lleguemos al palacio.

—¿Vendrá, Pérez, á oscuras?

—No; era imposible que él llegara aquí sin luz.

—¿No hemos llegado nosotros?

—¿Tiene por ventura nuestro instinto y nuestra gimnástica.

—Es verdad, señor.

—Otra vez toca. Le contestó.

—No se ve el resplandor de la luz que trae. Se halla á mucha distancia de nosotros y se dan muchas vueltas para llegar aquí.

—Es verdad, y por cierto que no me explico, señor, como hemos llegado sin estrellarnos. ¡Hemos bajado más de 800 varas!

—Sí, probablemente más; y no nos hemos estrellado porque hemos sabido bajar.

—Por encima de vuestro hombro veo correr el fuego, señor, en el fondo de esa profundidad; ¡qué rapidez, qué calor, qué fuerza y qué amor teneis á la ciencia!

—Si no fuese así, viviríamos siempre los hombres en la mayor ignorancia.

—Si todos hicieran lo que vos.

—Con uno basta para enseñar á los demás.

—Quieto, señor.

—¿Qué es Zalla?

—¿No notais como tiembla todo esto?

—Sí, pero yo no me he movido.

—Será que como tiembla todo, temblamos también nosotros.

—Pero no de miedo.

—¡Miedo los que llegan hasta aquí!

—Es verdad, Ricardo, estamos dando la mayor prueba de valor que puede dar hombre.

—¡Y qué ruido, señor!

—El estrépito del infierno maestre.

—Eso parece, señor. Pero noto que no dejais de mirar.

—He venido á eso, á ver.

—Y esa luz de Pérez sin aparecer.

—Todavía es pronto, Ricardo, me tienes cogido por la cintura tan fuertemente, que debes hallarte rendido.

—No os suelto, señor, los dos al abismo ó los dos á la vida.

—Te advierto que yo nunca pierdo el equilibrio y estoy lo mismo que cuando fijé mi planta donde está en este instante.

—No lo dudo, pero mejor estamos así juntos que separados.

—Haz lo que quieras.

—Otra vez el pito, señor, y lo que vale más, el resplando de la luz que trae Pérez.

—Sí, ya está cerca.

Flaviano tocó también su silbato.

—Otro horrible temblor de tierra,—exclamó Zallar —señor, ese pobre Pérez va á rodar.

—No lo hemos hecho nosotros sin luz, ¿cómo lo ha de hacer él con ella?

—Es un ignorante criado.

—Que tú digas eso. A mi lado no hay ningún ignorante, y Pérez es el criado más valiente y entendido que existe.

—Bueno es, si perdiera su afición á las mujeres.

—Valor demuestras Ricardo, hablar en este sitio de mujeres tiene su mérito.

Lejana vibrante y varonil se oyó una voz que dijo:

—¿Señor?

—Baja más, Pérez,—le contestó Flaviano,—apóyate á la derecha.

—Como tiembla esto, mi general, aun rodamos al abismo; si esto no es el infierno se le parece.

—¿Qué infierno?

—Como se mueven estos peñascos

—Ricardo, la fuerza que los hace temblar es superior á todo lo que podamos concebir.

—El ruido, el ruido este ensordece.

—Mas que el de los cañones.

—¿Ves clara la luz de Pérez?

—Sí, señor, pero la pierdo algunos instantes.

—Por las vueltas que viene dando.

—Basta ya. Ricardo, abandonemos las entrañas de la tierra.

—Bien, pero dadme vuestra mano derecha.

—Tómala.

—Ahora subamos cogidos así de las manos.

—Sea.

—Ya se ve lo bastante, señor.

—Despacio, Zalla, que no tenemos prisa,

—Tengo grandes deseos de veros fuera de aquí.

—Ya bajaremos otra vez.

—No lo quiera Dios.

—En cuanto acabe la erupción.

—¿Qué vamos á ver entonces?

—Lo más grande, lo más cruel, lo más conveniente.

—Que es ello, señor,

—¿Los días que quedan de vida á esta isla?

Nuestros amigos tenían que dar grandes voces para oir lo que hablaban, tal era el estrépito que allí se sentía.

Pérez llegó con una larga tea encendida y formaron para subir una cadena en la forma siguiente: Pérez, llevaba cogida la tea con la mano izquierda, daba la derecha á Zalla y éste llevaba cogido á Flaviano con una mano y con la otra se apoyaba en la de Pérez haciendo esfuerzos para sostenerse los tres.

Al formarse esta cadena Flaviano se había cogigido á la trusa del maestre.

No hablaban é iban realizando su ascensión penosa y lentamente, pero favorecidos por la luz que bajó Pérez.

Al cuarto de hora de ascesión, descansaron en sitio que no ofrecía peligro.

Pérez dijo al general:

—Señor, ahora sí que creo firmente que V. E. hace milagros.

—¿Por qué dices eso?

—Porque milagro ha sido y grande bajar donde vos sin haber rodado. No se comprende que á oscuras hayais podido llegar hasta allí.

—Pues ya has visto que llegamos sin hacer milagro alguno. Los milagros solo los hacen los santos.

—V. E. es más que santo. Y con este temblor, con este ruido que atruena y por pendientes tan grandes.

—Lo peor es subirlas, Pérez.

—Y lo más expuesto bajarlas, señor.

—Ya has visto que las bajamos y también las subiremos más ó menos cansados.

—Sí, señor, si no estallan nuestros pulmones.

—Dices eso cuando ya hemos subido lo peor.

—Hay muchos peores aquí, señor, y cuando nos hemos sentado ahora, ni aliento teníamos.

—Por eso descansamos y cobramos fuerzas.

—Sin ellas ¿quién seguía?

—Veas que bien nos vamos quedando.

—Pero qué de precipicios bordeanos, mi general en jefe, no me cabe en la cabeza que hayais bajado por aquí á oscuras.

—Ya lo has visto.

—Muchos milagros hicísteis, señor, pero como el de esta noche ninguno.

—¿Pero es ya de noche?

—Cuando encendía la tea estaba anocheciendo.

—Mucho nos hemos detenido aquí. Veamos.

Y miró el reloj, exclamando:

—Son las ocho y media y entramos en esta gruta á las cuatro. ¡Cuatro horas y media!

—Sí, señor. Solo para encontrar la tea empleé yo dos.

—¿Dónde la hallastes?

—En un cadáver, señor.

—Explícate.

—En un árbol, arrancado por el huracán que éste lo arrastró, Dios sabe donde, para que yo formase este hermoso fanal que llegará encendido á la boca de la gruta.

—Veámoslo, Pérez.

Y volvieron á ponerse en pie subiendo de la misma manera que antes.

No tardaron en llegar á sitio en que pudieron soltarse y continuar ascendiendo con más comodidad.

—No te descuides, Pérez,—le dijo el héroe.—Sí alguno de estos temblores te derriba y la luz se apaga ó te se escapa la tea subiremos, no hay duda, pero con mucho trabajo y con exposición de dar muchas vueltas.

—Nada temais, señor, aun cuando poco se puede asegurar con este endiablado ruido y estos temblores; llevaré todo el cuidado posible.

—Ahora podemos andar un poco más de prisa.

—¿Y las fuerzas, señor?

—Se sacan de nuestra propia flaqueza. Véaslo.

Y Flaviano comenzó á caminar de prisa por una cuesta poco empinada.

Pero pronto llegaron á un sitio cuyo piso era tan sinuoso y estrecho que tuvieron que volver á su anterior paso.

De este modo y haciendo esfuerzos, cada vez menores, pero sintiendo á cada instante decrecer sus fuerzas llegaron por fin á la gran boca de la gruta.

Los tres cayeron en tierra casi sin aliento.

A Pérez se le escapó la tea.

Su señor le dijo:

—Ya no nos hace falta, déjala que se apague.

—Es verdad, nos alumbran aquí ya los fanales de los volcanes.

Casi arrastrando llegó Zalla á la boca de la gruta, y llamando á su criado le dijo:

—Manuel, si hay por aquí, tráenos agua.

—La hay muy cerca, señor, pero tengo los cuatro caballos ensillados... Sujetaré las bridas con esta piedra. Pronto vuelvo.

Manuel regresó con una botella que había tenido Jerez llena de agua y un vaso.

Dió primero á Flaviano, después al maestre y últimamente á su compañero.

Los tres bebieron con ansia; al acabar se hallaban bien.

A los diez minutos se puso en pie el héroe, exclamando:

—Al palacio, que son más de las nueve de la noche.

—¿Sabemos el camino, señor?—le preguntó Zalla.

—No, pero me dijo Keisko al hablarme de esa gru-

ta, que hay un sendero que nos llevará al pueblo por el camino más corto.

—Tenemos además la luz que despiden los volcanes.

—Sí, montemos.

Pronto halló Flaviano el sendero y entraron por él: los animales comprendieron que se retiraban de los volcanes y guiaban á la cuadra y tomaron un trote largo y tan vivo que iban dejando atrás cada legua en menos de media hora.

Flaviano y Zalla iban negros de la ceniza y del humo que recibieron en los volcanes y muy particularmente en el fondo de la gruta.

Este último hecho de Flaviano era casi incomprensible.

Cuando les faltaba más de una legua, dijo Flaviano á los criados:

—Pérez, Manuel, salid á escape, el uno en pos del otro, llegad al palacio y que nos prepare el doctor á Zalla y á mí dos baños con el cocimiento de ayer, pero el agua más fresca. Vosotros nos teneis trajes dispuestos.

Fué obedecido y continuaron su regreso sin inconveniente alguno.

CAPITULO XL

—

Un criado modelo.—Después del baño.—Otra cena.—De sobremesa.
—Los dos hermanos.

Pérez y Manuel se adelantaron, llegando veinte minutos antes que sus amos.

Dieron las bridas de los caballos á dos mozos de cuadra y el uno, Manuel, fué á preparar los baños y el otro, Pérez, á decir al médico lo que ocurría, respecto al baño.

Después sacó un traje para su señor y fué en busca de su compañero para ayudarle á preparar el baño, ínterin le bajaban el cocimiento que el médico disponía.

En el camino oyó carreras, deteniéndose por fin delante de él un mozo de comedor diciéndole:

—Te están llamando los duques, el general y todas las personas elevadas del palacio. ¡Vaya una calma! Sube al momento.

Pérez le contestó con calma:

—Si vuelves á dirigirme la palabra con esos malos modos, te rompo la cabeza contra el pavimento del palacio. ¡Habrá bellaco!

—Sube, hombre, que te llaman.

Pérez lo miró, y tomando una escalera interior se fué al cuarto del baño, colocó la ropa de su señor y empezó á graduar el agua que Manuel había puesto en parte.

Minutos después vió entrar al duque del Imperio.

—Pérez,—le dijo,—¿que le ha ocurrido á tu señor?

—Nada, mi generalísimo.

—¿Cómo no han llegado ya?

—Nos adelantamos un poco Manuel y yo para prepararlos un baño como ve V. E., pero ellos deben estar ya para llegar.

—No es eso; está encima la media noche; ¿por qué tardan tanto?

—Perdonad, señor duque, no había comprendido vuestra pregunta. Mi señor estudió detenidamente tres volcanes. Luego oyó un ruido extraordinario debajo de nuestros piés, buscó su origen, creyó hallarlo en la Gruta del Diablo y se metieron en ella bajando sobre 900 varas.

—¿Llevábais luces?

—No, señor, bajaron á oscuras.

—¡No se mataron!

—No, señor, el mayor peligro estaba á la subida, pero yo lo adiviné y corri en busca de los dos con una

tea encendida. Los tres subimos formando una cadena.

—¿Estás seguro de que á ninguno le ha sucedido nada?

—Segurísimo, señor.

—¿Para qué entones ese baño con el cocimiento que están echándole?

—Primero porque con tanta ceniza y humo vienen negros, y segundo para refrescarse las carnes. Considere V. E. que 900 varas de subida y otras tantas de bajada son capaces de rendir y magullar al más fuerte.

—¿Qué hallaron en esa gruta?

—Yo no lo se, pero si aquello no era el infierno debe parecérsele.

—¿Había fuego en el fondo?

—Ellos lo vieron, yo no.

—Ya se lo que es. Vamos, padre mío, que la duques está descompuesta y temo que le suceda algo,— dijo el príncipe que estaba detrás del duque oyendo lo que se hablaba en el cuarto del baño.

Pérez quedó cumpliendo el encargo de su señor y los otros dos subieron para tranquilizar á la duquesa.

Se hallaba esta en un salón con las tres damas restantes, Mendoza, Keisko y Fajardo.

Durante el día disculpó Julio á su hermano adoptivo porque se había ido sin decir nada; pero desde que llegó la noche, fué la impaciencia presentándose en

sus rostros, luego el temor y por último se apoderó de ellos la idea de que los cuatro habían sido victimas del fuego de los volcanes, durante algún reconocimiento temerario.

A las diez de la noche, habían cesado todos los comentarios y ya nadie hablaba; á las once asomaron las lágrimas en los ojos de las cuatro señoras.

Dieron las once y media, ellas lloraban sin disimulo alguno, y ellos sin desplegar los labios maldecían su suerte, al destino y la isla con sus volcanes

Minutos después gritó un lacayo:

—Los criados de mi señor y de don Ricardo Zalla acaban de entrar á caballo en el zaguán del palacio.

—¡Solos!—exclamaron todos con dolor.

—Sal,—dijo la duquesa á una camarera que entraba en aquel momento,—y al primero que encuentres que diga á Pérez de mi parte que suba inmediatamente.

Todos suspendieron sus juicios hasta oir al leal y valeroso sirviente de Flaviano.

Tardó en llegar el que dió el recado á Pérez cinco minutos que parecieron un mes á los que esperaban ver y oir al criado de Osorio.

Y fué lo peor, que no era Pérez sino un mozo de comedor, el cual, obtenido el permiso, dió un solo paso en el salón, diciendo:

—Dí el recado á Pérez, pero no me ha hecho caso.

De un salto se pusieron en pie el duque y el príncipe corriendo al cuarto de baño que era donde les dijeron que se hallaba Pérez.

Ya hemos visto lo que pasó entre ellos.

Subieron ambos, exclamando el duque:

—No temais por mi hijo ni por Zalla. Están para llegar sanos y salvos.

Estas frases produjeron el efecto de una explosión. Todos se pusieron en pie, brillando la alegría en sus semblantes.

—¿Pero por qué no ha subido Pérez?—preguntó la duquesa con enojo.

—Porque está preparando el baño á su señor que viene negro y magullado.

—Esa no es una razón.

—En Pérez, sí.

—Qué tiene ese Pérez sobre los restantes criados.

—Mucho, Tolopalca. Tiene más inteligencia, más valor, más lealtad y más de una vez ha dicho que no tiene otro amo que su señor.

—Cuando Flaviano sepa su desobediencia á mi mandato lo ha de pasar mal.

—Yo te ruego no le digas nada. Mi hijo estima á ese leal sirviente en todo lo que vale y le vas á dar un disgusto.

—Todo está contra mí esta noche.

Una voz gritó:

—Acaban de entrar en el palacio su excelencia el señor general en jefe y el maestre de campo don Ricardo Zalla.

—¡Corramos!—exclamó la duquesa.

—Esperad,—dijo el duque,—mi hijo quiere tomar

un baño antes de presentarse á nosotros y debemos concederle este gusto. Yo os ruego á todos os contengais como yo.

—Duque, esta noche eres insufrible.

El cariñoso padre sonrió, contestándole:

—Gracias, mañana será otra cosa.

Y continuaron hablando, ellas muy impacientes y ellos más tranquilos.

A la media hora se presentaron en el salón Flaviano y Zalla, bañados, limpios y sin demostrar nada de lo que les había ocurrido.

Flaviano se fué directamente á la duquesa, diciéndole:

—Tú, que eres la más impaciente, toma.

Y la dió un beso que ella no le devolvió; besó las frentes de las tres restantes damas, y dijo á ellos:

—Buena noche, señores. Me complace ver á todos sanos y tranquilos.

—¡Tranquilos! Nos has dado la peor noche que tuvimos en nuestra vida,—le dijo la duquesa.

—Madre mía, yo no os la he dado, la habeis tomado vosotros.

—Cuéntame lo que has hecho hoy y la causa de venir tan tarde.

—Me guardaré muy bien.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta hablar con tramposos. Cuando me pagueis el beso que os dí, entonces hablaremos.

—Tienes razón; acércate.

Y le echó los brazos al cuello, dándole varios besos.

—Dinos ahora lo que te he preguntado.

—Madre mía, el destino fatal á veces me obligó en Frontera á arrebatar la vida á más de mil infelices.

—¿No eran malvados y rebeldes?

—Esos son los más desgraciados.

—Continúa.

—Era una deuda que contraje, hallé hoy medio de pagarla y me apresuré, como honrado y buen pagador á buscar la posibilidad de realizar mi deseo.

—¿De qué modo?

—Librando de la muerte á más de mil séres humanos que estaban, á mi juicio, sentenciados á morir sin haber cometido delito alguno.

—¿Sólo eso me dices?

—Con mucho gusto os daré detalles y explicaciones que os satisfagan, pero antes debo deciros que sólo he comido hoy unos pocos fiambres, teniendo por mesa una piedra y por asiento la silla de mi caballo, ramas de árboles y una manta.

—¡Hijo mío! Dame tu brazo, Flaviano. Señores, vamos al comedor.

—¿No habeis cenado ninguno?

—Todos, nosotras las lágrimas que vertieron nuestros ojos, y los otros desesperación y dolor.

—Todo os lo recompensaré con creces.

Y se sentaron á la mesa cerca de las doce y media de la noche.

Todos estaban ya alegres y todos miraban al héroe con satisfacción.

En estos momentos decía Zalla todo, lo bajo que le era posible, á Líbana que estaba á su lado:

—¿Te has acordado de mí cuando yo estaba en las entrañas de la tierra?

—No.

—¿Por qué?

—Ya te lo dije esta mañana

—Pues tú has llorado.

—Sí, por mi hermano.

—¿Sólo por Flaviano?

—No debo darte satisfacción.

—Qué bondadosa eres.

—Lo que debo.

A pesar de lo bajo que hablaban, algo debió oir Osorio, pues miró atentamente á la india, diciéndole:

—Te doy la enhorabuena, Líbana

—¿Por qué, hermano?

—Zalla debió perecer esta tarde.

—¿Dónde?

—En un sitio que, según su opinión, si no es el infierno se parece á él.

—Pero no le ha sucedido nada.

—¿Te alegras?

—¡Qué preguntas me haces tan raras!

—Ya que no quieres contestar á ellas continuaré yo.

—Dí lo que quieras.

—Zalla, ayudándome hoy á salvar la vida de tu

hermano y de cuantos indios le obedecen que son algunos miles, ha ganado un título de Castilla, va á ser conde de Líbana.

—¿De esta isla?

—Sí.

—Ni me alegro ni lo siento.

—Lo suponía y por eso continúo: Mi amigo y compañero Ricardo, es hijo de un maestre de campo amigo y compañero de mi padre y tan valiente y leal como caballero.

—Ya lo sabía.

—Y su hijo Ricardo Zalla es el joven más valiente, entendido y noble que tiene el ejército español.

—Que sea enhorabuena.

—Nombrado ahora conde puede aspirar á la mano de la hija de un grande de España, bella, ilustrada y virtuosa.

—Pero tú te opondrás...

—Yo no puedo hacer eso, yo protejo la suerte de mis amigos, es mi deber.

—Pero si él está comprometido con otra.

—Puede á esa otra faltar la ilustración y talento; puede no saber hacer su felicidad y en este caso yo seré el primero que le aconsejaré se case con la hija de un grande de España. El resto, Líbana, tu lo adivinarás.

La hermosa joven bajó la cabeza. Después la levantó y mirando con miedo á Flaviano, le dijo:

—Te juro, hermano, no darte motivo para otra re-

prensión, ni embozada como esta ni de ningún modo.

—Eso deseo.

Zalla miraba en estos momentos á Flaviano con un respeto y un cariño que á todos llamó la atención.

Cuantos había en el comedor comprendieron lo que el héroe se propuso y lo expléndidamente que pagaba á Ricardo todos los servicios que el valiente maestre le prestaba y hasta la veneración que le tenía.

La duquesa que estaba como de costumbre junto á Osorio, le preguntó muy quedo:

—¿Vas á nombrar conde á Ricardo?

—No, ya lo es. Pensaba hacerlo cuando se uniera á Líbana, pero adelanté el nombramiento para dar una lección á esa india de la que está enamorado.

—No, hijo, Ricardo sólo está enamorado de tí.

—Y de ella. Pero hay la diferencia siguiente: Yo jamás abusé del cariño que me profesa, y esa niña, lo molesta y no lo quiere tolerar.

—¿Cómo se explica que un hombre tan audaz y valeroso se deje dominar por una chiquilla que, no obstante su belleza, vale menos que él.

—Zalla, madre mía, tiene mucho corazón, y hombres de su temple de alma son leones en la guerra y donde hay peligro y humildes corderos al lado de la mujer que aman.

—Por eso tú, no amas á nadie.

—Os equivocais, señora, amo con delirio á Dios, amo la justicia y amo la virtud.

—Es verdad, pero la pobre Alice y yo..

—La mujer es necesaria al hombre, pero hay cosas que deben anteponerse á ellas. Yo no nací para ser esclavo de nadie ni puedo dar mi espíritu y corazón más que á su verdadero dueño, á Dios.

—Has hecho tu retrato, hijo mío. Y no por eso hemos de dejar de amarte lo mismo que antes, porque un poco de cariño tuyo honra y vale más que un mundo de amor de otro hombre.

—Gracias, madre mía.

—¿Tan gran servicio te prestó Ricardo hoy?

—Hizo más, me demostró lo mucho que vale y todo lo que puedo esperar de él.

—Qué cambio has operado en Líbana; veas qué tierna y cariñosa está con él.

—Que lo vuelva á incomodar y lo caso con la hija de un grande de España, si es que hallo alguna que merezca un hombre que tanto vale.

—Tú si conseguirías que olvidase á Líbana.

—De él lo consigo yo todo, pero nada haré que no sea en su bien.

La cena terminó á la una y media y Flaviano se puso en pie para retirarse.

Ya estaban en cama los dos hermanos cuando Julio preguntó á Osorio:

—¿Quieres referirme algo de lo que has visto hoy?

—A tí, todo.

Y le contó cuanto hizo. Julio añadió:

—Supones que esta isla desaparecerá.

—Sí.

—¿Muy pronto?

—Es posible, pero no tanto que nos prohiba terminar aqui nuestra gran obra. Es cuestión á mi juicio de cuatro á seis años. Haré no obstante un reconocimiento detenido y rectificaré mi opinión ó la afirmaré.

—¿Dices que acabará por abrirse un volcán en la Gruta del Diablo que está en el centro de la isla y la convertirá en pedazos?

—Sí.

—¿Qué causa lo prohibió hasta ahora?

—Una cantidad enorme de cuarzo que obligó al fuego incandescente á buscar salida por la pizarra que hay unida al cuarzo.

—¿Pero no existe la misma mole de cuarzo que impide el paso de la corriente de fuego?

—Sí, abierta ya por varios lados.

—¿La has visto?

—A la luz del fuego incandescente.

—¿Por una grieta pequeña?

—Por una abertura que forma la unión del cuarzo y la pizarra.

—¿Cómo no sale el fuego por ella?

—Cuando llega á ella va corriendo ya por el conducto lateral.

—¿Son todas esas ideas presunciones tuyas?

—No, pero no he podido ver lo bastante para sentar absolutas.

—¿Y vas á bajar de nuevo?

—Sí.

—No será expuesto.

—¿Qué se yo? pero lo sea ó no, bajaré.

—Todo por la ciencia.

—Y por la vida de tanto infeliz indio.

—Qué sabio y qué nobles eres.

—Es muy tarde, durmamos.

—En cuanto se trata de tí, llega el sueño á tus párpados.

—Estoy rendido, Julio.

—Pues duerme, hermano, y que Dios, nuestro Señor, defienda una vida que tanto vale.

CAPITULO XLI

El santo y el héroe.—Keisko y su protector.—Situación de los españoles.—Una noticia de verdadero efecto.

Durmió Flaviano de Osorio hasta las nueve de la mañana.

Al abrir los ojos, vió sentado á la cabezera de la cama al príncipe de Italia con las manos cruzadas y en actitud de meditar.

Osorio le besó la diestra, diciéndole:

—Podrá acabar mal el día, pero impieza muy bien, padre y señor.

—Hola, Flavianito, ¿cómo te encuentras?

—Muy bien, señor.

—Vengo á reprenderte.

—Todo lo que venga de vos es bueno para mí.

—Ya lo se. Obraste con los ingleses con un talento y una humanidad plausibles, á tu patria le regalastes dos castillos flotantes de primer orden, un triunfo

que eleva y á tu nombre diste una aureola envidiable. Pero, hijo mío, á los infelices habitantes de Frontera les mandastes demasiado hierro.

—Bien lo sentí, señor, bastante tiempo les concedí para que meditasen lo que hacían; aquella sublevación en medio de una guerra tan peligrosa para España no podía tener otro desenlace.

—¿Por qué no los llamastes...?

—Padre mío, eran fieras y yo no podía perder el tiempo. Mi patria me empujaba hacia esta isla.

—Falta hacías en ella, es verdad; ¡pero morir tanta gente!

—Por cada uno que pereció allí salvaré aquí cuatro ó cinco.

—Sí, hazlo por Dios.

—Tenedlo por seguro.

—Qué opinas de esas erupciones.

—Que acabarán con esta isla.

—Viste la causa.

—Como á vos ahora.

—¿Cuando apenas has llegado?

—Sí, señor.

—¿Qué vistes, Flaviano?

—La corriente del fuego en las entrañas de la tierra.

—Siempre llego tarde contigo. ¡Qué inspiración, qué talento!

Se puso en pie, besó su frente y salió con las manos, murmurando:

—Todo lo sabe, todo lo adivina, ¡qué espíritu tan elevado!

Y desapareció del dormitorio.

—¿Se puede entrar?—preguntó una voz amiga.

—Sí, Keisko, siéntate en ese sillón.

—General, dime el castigo que merece mi hermana.

—Menos aún del que yo le impuse anoche.

—¿No debo como hermano?...

—No; esa niña tiene talento, abusó, como todas de un hombre tan fuerte y noble como Zalla, pero no volverá á hacerlo.

—No hablemos más de eso. Dí, señor, ¿qué le va á suceder á mi isla?

—Eres, cacique, el más interesado en ella y no debo por esta causa adelantarte noticia alguna. En cuanto acaben de vomitar fuego los volcanes y sea posible reconocerlos, lo haré contestando de una manera cierta á tu pregunta.

—¿Qué va á ser de mí si la noticia es mala?

—No te cuides para nada de tí. No soy yo el encargado...

—Sí. Te dejo, que ya es tarde.

—Qué es de mi hermano Julio, ¿sabes?

—Salió temprano y ocupa tu puesto en el monte.

—Adios, Keisko.

Poco después entró Pérez, y luego que lo hubo vestido, le preguntó:

—Orden del día, señor.

—Vamos los cuatro á ver los tres restantes volcanes. ¿Tienes bastante?

—Sí, señor. ¿Hora de salida?

—Lo antes posible.

—Montaremos antes de un cuarto de hora.

—Eso es.

Salió Pérez, y Osorio pasó al tocador donde estaban las señoras.

—¿Nos dedicas el dia?—le preguntó la duquesa.

—No, madre mía. Salgo ahora.

—¿Al monte?

—Vamos á ver los tres volcanes que nos faltan.

—¿Vendreis á media noche como ayer?

—Estaremos á la hora de cenar.

—Dios lo quiera.

—Seguid hablando que os oigo y os contestaré.

—¿Pero qué haces?

—Escribo.

—¿Con lápiz?

—Sí; es un encargo que doy á Julio.

—¿Vas á entrar en la Gruta del Diablo?

—Es posible.

—¿Y vas á bajar?

—Esta tarde no.

—Tráeme alguna piedra pequeña de las que arroja el volcán.

—Lo haré.

—Que la veas tú salir.

—No os quedará duda de que salió por el cráter.

—Sin exponerte.

—Muy bien Quedad con Dios las cuatro.

Le dió un beso en la frente á cada una y bajó al zaguán diciendo al oficial de guardia.

—Que entregue un soldado al príncipe Julio este papel.

—¿Ahora mismo?

—Sí, señor.

Iba á volverse para montar á caballo hallándose frente á Keisko que le dijo:

—General, me permites que te acompañe.

—Con mucho gusto; pero creo que eres tu el que debes permitirme andar por tu isla.

—Creo, señor, que donde tú estás, no puede mandar otro que tú.

—Montemos.

Y salieron los cinco á buen paso.

—Keisko,—exclamó Osorio,—guíanos al primer volcán de la izquierda.

—A este paso pronto llegaremos.

—Vamos á galopar para ir más deprisa.

Y corrieron hasta hallarse á dos millas del sexto volcán que era el primero por aquel lado.

Se detuvieron, miró Flaviano con su anteojo diez minutos y exclamó:

—Seguidme.

Y corrió hacia la izquierda y á la vez hacia adelante.

De este modo llegaron hasta donde el calor de la materia incandescente les permitía.

—Alto;—volvió á gritar.

Y echó pie á tierra, dió las bridas de su caballo á Pérez y les dijo:

—Esperadme aquí que pronto vuelvo.

Y caminando á pie siguió adelante hasta llegar á los arroyos de lava que corrían junto á sus piés.

—Nos estamos abrasando, general,—le dijo Keisko que le había seguido á pie y estaba cerca de él.

—Me alegro que hayas venido. Aproxímate. ¿Qué corre por esos arroyos?

—Lava.

—Fíjate bien.

—Por mi padre, que en este más cerca de nosotros hay oro fundido.

—Eso es.

Y poniéndose en cuclillas aisló atrayéndolo hacia él un poco de aquel rico caldo hasta que se enfrió.

Logrado esto, lo envolvió en un papel y se lo guardó.

Después vieron las piedras que arrojaba el volcán algunas de las cuales llegaban á 20 varas de ellos.

Luego hizo un corto estudio Flaviano, mirando con su anteojo, lo cerró y dijo á Keisko:

—Ese volcán está arrojando por su cráter una riqueza.

—Es verdad.

—Cuando acabe la combustión haces que tus indíos lo recojan todo y lo encierren en sacos muy fuertes.

—Lo harán.

—Montemos.

Buscaron sus caballos y corrieron otra vez en dirección del quinto volcán.

Desde una altura á media milla escasa, estudió Flaviano sin bajarse de su caballo, pero con el anteojo, aquel volcán y cuanto arrojaba, siguiendo adelante.

Llegaron al otro volcán é hizo Osorio lo mismo, si bien se arrimó tanto que rompió nuevamente á sudar y cubrirse de ceniza.

Pero no debió hallar nada que llamase su atención pues dijo á Keisko:

—Cacique vamos á la Gruta del Diablo.

—Ya era tiempo, general.

—¿Por qué?

—Nos hemos abrasado y te participo que en este cuarto volcán han pasado las piedras por encima de nuestras cabezas.

—Antes de llegar aquí los españoles os ibais los indios á la bahía huyendo de ellos, nosotros venimos á buscarlos, ya lo ves.

—General, consiste en que según voy viendo el valor de los españoles es mayor hasta que el de los salvajes.

—No lo dudo.

—Y el tuyo supera al del diablo.

—Es decir, al de Zalla.

—Sí, al de eso y al mío.

—Bueno vas de ceniza.

—Ya no me importa, cuando me caía, sí.

—¿Por qué?

—Porque abrasaba.

—¿Nunca viniste á ver los volcanes en otras erupciones?

—Jamás. Les teníamos miedo y nuestro traje no era apropósito para resistir la ceniza.

—No, porque era la carne. Y ahora ¿les tienes miedo?

—Contigo voy al infierno sin miedo alguno.

—Harías bien, —le contestó Zalla,—ayer estuvimos en él y nada nos sucedió.

—¿En el infierno?

—O cosa parecida.

—¿En la Gruta del Diablo?

—Sí, á 900 varas lo menos de profundidad.

—Yo creí que estaría más hondo el infierno.

—Ahí empieza, pero sigue hasta Dios sabe qué profundidad.

—¿No vistes ningún diablo?

—No, se escondieron vi solo un ángel.

—¿Hermoso?

—Como un cielo.

—¿Por eso se escondieron los demonios?

—Sin duda.

—¿Qué ángel era ese?

—Nuestro general en jefe.

Flaviano sonreía al oir la conversación que llevaban los dos futuros cuñados.

A las tres de la tarde llegaron á la puerta de la Gruta.

Echaron pie á tierra, diciendo Flaviano:

—Pérez.

—Señor.

—Fuera sillas y arreos y que pasten esos animales.

Luego la comida para nosotros.

—¿En qué sitio?

—Debajo de árboles y cerca de agua.

—Muy bien.

Mientras los criados obedecían, entraron en la Gruta los tres restantes.

—¿Bajamos?—preguntó Keisko.

—Esta tarde no.

—¿Qué nos hacemos?

—Vosotros dos lo que querais; yo voy á reconocer esta entrada ahora que me la alumbra el sol.

—Zalla y yo bajaremos hasta acercarnos á la oscuridad.

—Te advierto que tiembla mucho la tierra y podeis caer.

—Llevaremos cuidado.

—Cójelo de la mano, Ricardo.

—Lo haré, señor.

—Cuando oigas mi silbato, que ya conoces, subís.

—Muy bien.

Los unos comenzaron á bajar y el otro á estudiar todas las paredes de la entrada de la Gruta.

De pronto se detuvo, sacó su daga y comenzó á escarbar en una pared negra.

Cogió el polvo que arrancaba y lo estuvo examinando atentamente.

Luego recorrió todo aquel punto, metiendo donde podía la punta de su daga.

Reconocido todo por él se fijó en el centro, y trabajó veinte minutos que tardó en abrir un agujero. Metió toda la daga sin hallar resistencia.

Cuando concluía oyó la voz de su criado Pérez que le decía:

—Señor, la comida.

—Pérez, llega aquí.

—¿Qué ordena mi general?

—Acércate. Esto que ves no es piedra como el resto de la gruta.

—¿Pues qué es, señor?

—Una pared.

—¿Hecha por los Europeos?

—¿Quién sino ellos pueden hacerlas?

—¿Los indios?

—Eso es lo que quiero averiguar.

—¿De qué modo, señor?

—Buscas una piedra dura y capaz de romper esa pared. La cogeis entre Manuel y tú, y haciendo los mayores esfuerzos la rompeis.

—¿Mucho?

—Lo bastante para que coja yo por el agujero que abráis.

—Larguita va á ser la operación.

—Que no sepa Manuel lo que hace ni digas nada. Abrevia.

A los tres cuartos de hora se acercó Pérez á su amo y le dijo:

—¿Podeis venir, señor?

—¿Está abierto el agujero?

—Sí, señor. Ved si es bastante.

—Entraré con trabajo, pero entraré. ¿Y Manuel?

—Lo despaché para que cuidara de la comida cuando juzgué que bastaba yo solo para terminar la obra.

—Espera.

Flaviano tocó el silbato llamando á Zalla y á Kiesko, incorporándose de nuevo con Pérez.

—¿Encontrarás —le dijo— una tea como la de ayer?

—¿Sería mejor una linterna encendida?

—Mucho mejor.

—Pues la traigo por si ocurría lo de ayer.

—Bueno. Cuando acabemos de comer despediré yo por algún tiempo á Zalla y Keisko. Entonces enciendes la linterna y me la dejas al pie del agujero. Mientras esté yo aquí dentro comeis vosotros, y si tardo en salir impides que entre nadie.

—Señor, ¿es otro infierno?

—No, lo contrario.

Subieron Zalla y Keisko y los tres se sentaron sobre piedras, las sillas de los caballos y mantas.

Delante tenían en un pedazo de pizarra cubierto con un mantel la comida, compuesta de aves, pesca-

do, embutidos, un pastel, frutas y dulces, vino de Jerez y agua.

—¿Qué habeis visto?—preguntó Flaviano á Keisko y Zalla.

—¿En la gruta?

—Sí.

—Nada. El mismo ruido de ayer, más calor, y tanto temblaba el monte que no quisimos bajar mucho.

Hablando de la gruta y de lo que creían los indios sobre aquella cueva comieron, llevándose Flaviano á los dos á un lado del bosque.

De pronto se detuvo preguntando á Keisko:

—¿Conservan tus indios sus antiguos trajes?

—Sí, la mayor parte de ellos.

—¿Y las mesas y asientos de juncos que usaban?

—Algunos quedan.

—Keisko, quiero dar mañana una comida en este bosque á todos los señores que habitan el palacio, servida en vuestras antiguas mesas y asientos y por indios vestidos con su traje primitivo. ¿Podrá ser?

—Nada más fácil.

—De la comida yo me encargo. Quisiera que viniesen también algunos músicos con sus antiguos instrumentos para que cantasen, bailaran y tocasen mientras nosotros comemos.

—Vendrán.

—Que estén todos aquí al medio día, con todo lo que tú inventes ó discurras para que nos podamos trasladar á vuestra época primitiva.

—Algo más haré de lo que tú me pidas.

—Falta otra cosa. Ahora mismo recorreis todo el bosque, eligiendo el sitio que sea suficiente para comer á la sombra de los árboles y quede terreno para los músicos, danzas, etc.

—Vamos, Ricardo.

—Cuando hayais concluído me esperais en este mismo sitio.

Los futuros cuñados se marcharon, en tanto que Osorio entró en la gruta y cogiendo la linterna que Pérez le dejó encendida, se metió por el agujero sin grandes dificultades.

Allí permaneció varias horas.

Cuando salió empezaba la noche.

A la puerta de la gruta se halla Pérez aguardándole.

—¿Están los caballos ensillados?—le preguntó.

—Hace más de una hora.

—Oculta esa linterna y vámonos.

Buscó á Zalla y á Keisko, que ya estaban impacientes por su tardanza, y les dijo:

—Me entretuve más que vosotros y es tarde; montemos y corramos.

Así lo hicieron, llegando al palacio á la hora que debían cenar.

Todo el camino lo recorrieron á galope tendido.

Flaviano saludó á las señoras, á su padre, á Julio, á Mendoza, les dijo que lo esperasen en el come-

dor ínterin daba unas órdenes y se encerró con su criado.

—Pérez,—le dijo—que preparen los cocineros una comida para mañana de cincuenta cubiertos. Comeremos cerca de la gruta del Diablo. Tú te llevas dos zapadores, y mientras nosotros comemos que abran el hueco de una puerta en el agujero que habeis hecho esta tarde. Pero que nadie entre antes ni después. Para cuando entremos nosotros necesito veinte velas de cera encendidas que llevarán en la mano otros tantos indios. Te pones de acuerdo con Keisko para la comida de los indios que deben acompañarnos.

Todavía le dió algunas instrucciones más sobre carros, caballerías, etc., y se fué á la mesa donde le esperaban todos sentados para cenar.

Su semblante, siempre grave y hasta severo, se presentaba esta noche rebosando satisfacción.

CAPITULO XLII

—

La piedra de oro.—Preparativos.—Un día de campo á la indiana.—Parte de lo que ocurre en él.

Dar una *cogida* al héroe, como ahora decimos los modernos, era un triunfo digno de elogio, y la duquesa, no obstante lo mucho que amaba á Flaviano, se dispuso á orlar su frente con los laureles de ese triunfo á costa de aquél.

El héroe jamás faltaba á nada de cuanto ofrecía, y al demostrar ella que lo había cogido en una falta de esa especie creía lograr casi un imposible.

Se sentó como de costumbre á su lado, disimulando su interior alegría, pues la calma de Flaviano y su natural indiferencia juzgaba ella que eran precursoras del indicado triunfo.

Alice estaba en el secreto, y con el mayor disimulo le hizo varias señas para prevenirlo; mas el héroe no las vió ó hizo que no las veía.

La cena había dado principio; el general contestaba á todas las indirectas de la duquesa, pero no se daba por entendido, y la dama daba ya por hecho que condenó al olvido su encargo y había faltado por esta causa á su palabra

Quiso que la cogida fuese lo más fuerte posible, y segura ya del triunfo le preguntó:

—¿Hijo mío, se puede faltar á una dama y quedar bien con ella y con el mundo?

—Según quiénes sean ellos.

—Figurémonos que se trata de una gran señora y de un cumplido caballero.

—Quedaría él muy mal.

—¿Le serviría de disculpa la falta de memoria, un olvido casual ó cosa análoga?

—No, señora, y os advierto que un caballero jamás se olvida del cumplimiento de su deber.

—¿Pero puede atenuar la falta el parentesco, la excesiva confianza, etc., etc.?

—Al contrario, agrava más la situación del supuesto caballero. La dama tiene un título como señora, como pariente allegada y como obligado él por la confianza que le permitió tener con ella tres. Y si le había tolerado alguna hipócrita libertad...

—No, eso no.

—¿Sois vos acaso la dama?

—Eso no es del caso.

—Lo es, madre mía, y de ser vos variaba mucho la cuestión.

—¿Por qué variaba?

—Como vos sois tan buena, tan cariñosa y tan explendida, pudo el caballero haberse aprovechado de esas bellas cualidades que os adornan y haber abusado de vuestra confianza.

—No lo hubiera yo tolerado.

—El beso es como el bofetón, el primero lo recibe cualquiera.

—Qué suposiciones estás haciendo tan inverosímiles.

—Si lo son ¿por qué os poneis tan encarnada? ¿Verdad, padre mío, que es raro lo que le sucede esta noche á la duquesa?

—No seas cruel, hijo mío,—le contestó el duque comprendiendo lo que decían los dos y lo que ocultaban.

—Callaré, señor, ya que así lo deseais.

—No,—añadió la duquesa algo desconcertada,—quiero yo que hable, que vuelva á declarar que el caballero cometió una falta grave.

—Lo repetiré cien veces, pero entended que si era una dama tan hermosa como vos, la falta es disculpable.

—¿Disculpable?

—Sí, señora, y lo extraño sería que solo una vez la hubiera besado.

—No nos entendemos, señor general en jefe. Yo me refiero á una cosa y tu á otra.

—Dad nombres, detalles, circunstancias del hecho y entonces todos sabremos á qué atenernos.

—¿No te pesará?

—A mí, ¿por qué?

—Pues sea, hijo mío.

—Ya lo espero.

—Tú, tan noble, tan caballero, tan buen hijo, tan sobrado de confianza con la dama, le has faltado de tres modos distintos, según confesión propia.

—¡Ah, soy yo el que ha faltado!

—Sí.

—Terrible pecado.

—¡Lo confiesas?

—Si es verdad, ¿por qué no? Sepamos qué pecado es el mío.

—Me ofreciste esta mañana traerme una piedra de las que arroja el volcán, y cuando no me la has dado señal es de que no me la has traido.

—Os la ofrecí, es verdad, ¿pero os dije cuándo iba á entregárosla?

—No, pero se supone.

—¿Cuándo se supone?

—Cuando llegaste, ahora mismo.

—¿Ahora mismo?

—Claro es.

—Ahí va la piedra. Es de oro y para que no os quede duda que está arrojada por el volcán, ved la mezclada con lava.

—¡De oro, qué preciosa!

—Bien nos hizo sudar para cogerla,—exclamó Keisko,—figuraos que estaba fundido el oro y corría

formando un arroyo; el general separó un poco de aquel líquido y esperó bastante tiempo á que se enfriase. Yo iba detrás y me sentía abrasado.

—No fué eso lo peor,—añadió Zalla,—cuando acababan los dos de abandonar aquel sitio, saltó una piedra que fué á parar donde ellos estuvieron. Es decir que cogieron ese oro con exposición de su vida.

—Te has lucido, duquesa,—le dijo el duque riendo.

—Cuando se trata de defender al héroe, ni con las damas teneis consideración.

—Yo os defenderé, madre mía.

—¿Tú? Sí, hijo mío, hazlo.

—La señora duquesa comprendiendo que yo nunca falto á mi palabra, dió por hecho que la piedra vino conmigo, y porque tardé en dársela, gastó conmigo unas cuantas bromas. Agradecido yo á esa prueba de confianza la convido, en unión de sus amigos y amigas á una gira campestre al pie de la Gruta del Diablo, de 50 cubiertos, servidos por indios que usarán sus trajes primitivos, danzarán, oiremos sus instrumentos y cánticos con algunas otras sorpresas que os maravillen.

—¿En medio de los volcanes?

—Sí, en medio. ¿Aceptais, madre mía?

—Con júbilo; una fiesta dispuesta por tí nos llevará de sorpresa en sorpresa á lo ideal.

—¿Y vosotros, señores y señoras, aceptais también?

—Sí,—contestaron todos.

—Gracias. Julio, iremos los presentes, tu padre,

Anselmo y las personas que tú designes de entre los jefes del ejército de mar y tierra. Están dispuestos cincuenta cubiertos.

—Un aplauso al autor, Señores, dispone unos banquetes que ni los emperadores,—dijo Mendoza entusiasmado.

—¿Me guardais rencor, madre mía?

—Para tí, Flaviano, solo tengo yo amor.

—Pues vamos á ocuparnos de la función de mañana con todos sus detalles.

—Sí, sí.

Y ocuparon hasta las once de la noche en dar órdenes para una fiesta que había de ser mayor de lo que ellos creían.

Después se retiraron todos á descansar.

El día siguiente era domingo; oyeron una misa á las siete, y poco después empezaron á salir carros y caballerías cargados con todo lo necesario para la gira indiana.

A las nueve salió la carroza, llevando á las cuatro damas, al príncipe de Italia y al padre Anselmo.

Los dos últimos se negaban, pero Julio que era el encargado de invitarles añadió:

—Señores, lo manda el general en jefe.

—En ese caso,—le contestaron,—obedecemos.

Detrás de la carroza iban á caballo Flaviano, el duque, el general Mendoza, el príncipe Julio, y los maestres Zalla, Fajardo, Almeida y más de treinta capitanes de tierra y de mar.

El día empezaba tranquilo y sereno. Tranquilo en lo relativo al sol y al aire; el primero lucía con todo su explendor, y el segundo era fresco y agradable.

No sucedía lo mismo con los volcanes; éstos seguían vomitando lava, fuego, cenizas y algunas piedras más pequeñas y en menor número que anteriormente.

El resplandor de los volcanes, dorado por los rayos del sol, formaba un tornasolado vistoso y agradable, sino llevase algo en sí imponente y hasta terrorífico.

Como la brisa fresca de la mañana sería delicioso, sino llegara al rostro envuelta en el calor del fuego incandescente que arrojaban los cráteres.

Acostumbrados ya nuestros amigos á todo esto y llevando en su compañía á Flaviano, que era la esperanza y salvación de todos, iban alegres, y en verdad que la natural timidez de los medrosos ante el gran fenómeno que presenciaban, fué poco á poco desapareciendo y huía del todo cuando se fijaban en el bello y baronil rostro del héroe que demostraba en este día completa satisfacción y en el desdeñoso de Zalla que miraba el fuego de los seis volcanes y escuchaba el trueno y el herbor de las grandes combustiones con la indiferencia del que ve y oye lo más natural del mundo.

Solo iba algo preocupado el príncipe de Italia, pero no por el espectáculo de la naturaleza, sino por una idea enteramente contraria A aquel sér tan sabio

y privilegiado no podía preocuparle una ni cien erupciones de volcanes.

Era cosa distinta y la dió á conocer en la siguiente pregunta que hizo á la duquesa, á cuyo lado iba:

—Tolopalca,—le dijo,—Flaviano no me manda venir para solo asistir á un banquete indio, ni á función impropia de mi estado y clase. ¿Qué más dispone ese cerebro privilegiado?

—Eso digo yo, hermano, qué más nos prepara; pero no puedo resolver el problema.

—Él todo lo adivina; á él no se le puede adivinar.

—Es un arcano.

—Nota que sin perder su gravedad constante sonríe cada vez que nos mira.

—Sí; pero ¿quién es capaz de saber lo que esa rara sonrisa quiere decir?

—A su padre y á mi hijo Julio les sucede lo que á nosotros, van á su lado; le preguntan, pero él les contesta con monosílabos.

—Creo que nos prepara una gran sorpresa; no alcanzo más.

—Tendremos paciencia y esperaremos.

—No hay otro remedio.

Y continuaron hablando del país aquel, de los volcanes y de todo menos de lo que escondía el cerebro del héroe por ser á todos imposible adivinar lo que Flaviano ocultaba.

Desde el amanecer había puesto en movimiento más de 2000 hombres; todos trabajaban en la fiesta

dispuesta por él, pero las damas y los caballeros desde las siete que se levantaron para asistir al santo sacrificio de la misa, no vieron otra cosa que el movimiento de los días anteriores y en el palacio menos aún.

Flaviano lo reservaba todo para la Gruta del Diablo y sus alrededores; todo lo relativo á las señoras y caballeros.

Al paso que caminaba la carroza, debían llegar muy cerca de la una, que era la hora en que debía empezar el banquete.

No quiso Osorio que se distrageran con la Gruta antes de comer.

Por fin llegaron al bosque que rodeaba la gran Gruta.

A nadie habían hallado en el camino. Solo vieron en él árboles corpulentos, florestas encantadoras, frutales vistosos, y por último, un bosque espeso á trozos y con claros que demostraban los estragos que hizo en él el último huracán.

Habían dejado el camino ó carretera que cruzaba la isla é iban ahora dando rodeos para que la carroza pudiera llevar á las damas y caballeros todo lo más cerca posible de la Gruta.

Por fin dieron vista al monte piramidal que se alzaba magestuoso y formidable en medio del bosque; era en el que se hallaba la Gruta del Diablo.

A la vez aparecían multitud de indios de ambos sexos, desnudos, con solo un taparrabo y llenos de

mamarrachos pintados en el pecho, la cara y los brazos.

Llevaban adornos en la cabeza, algunos en la nariz y todos en la frente y los brazos.

Se anunciaron con una lluvia de pájaros de los más vistosos colores. Había cotorras, loros, guacamayos y cien clases más que competían con los anteriores.

Los indios los soltaban, y las aprisionadas aves al verse libres alzaban el vuelo cantando unas, graznando otras, y metiendo un ruido desarmonioso todas ellas.

La duquesa preguntó al príncipe de Italia:

—Julio, ¿qué es esto?

—Los indios con su traje primitivo que nos obsequian echando á volar algunos de los pájaros más lindos de la isla.

—¡Qué cuadro más vistoso! ¿Sería esta la sorpresa?

—Esta es una de ellas; prepárate á contemplar muchas más.

—Qué aves más caprichosas.

De este modo llegó la carroza á un punto en que era imposible que pasara adelante.

Allí aparecieron doscientas indias que ayudaron á bajar del coche á las damas, y delante de ellas iban cubriendo de flores el sendero porque caminaban ahora.

—¡Esto es el paraiso!—decía la duquesa.

—¡Un edén nunca visto!—añadía Alice.

—¡La gloria del mundo!—exclamaba la duquesa de Tabasco.

—¡Lo que yo no ví nunca en mi isla!—repetía Libana.

—Da tu opinión, hermano,—dijo Tolopalca al príncipe de Italia que iba detrás de ella con el padre Anselmo.

—Digo á la exreina,—le contestó—que esto es Flaviano, siempre incomprensible, siempre grande, siempre superior á todo lo conocido. Aquí como en todo lo que hace está su genio maravilloso.

Hasta el santo quedaba subyugado ante ese afortunado monarca de la sabiduría.

Sobre flores, en torno de los más vistosos pájaros y por sendero al que no llegaban los rayos del sol por impedirlo las copas y espeso ramaje de los árboles, llegaron á una explanada en la cual había dos largas y rústicas mesas con asientos adecuados.

Todos empezaron á ocupar sus puestos; nada más grosero y primitivo que aquellos asientos y mesas.

Pero miraron en torno y vieron un edén.

De los árboles que rodeaban aquel improvisado comedor salían las flores más vistosas de la isla colocadas allí con profusión y arte. De ellas brotaba un delicioso perfume que embalsamaba la atmósfera.

En los árboles y entre las flores había multitud de pájaros sugetos con hilos que en pequeños recipientes comían y cantaban saltando de una rama á otra.

En este momento llegaron el duque del Imperio, el príncipe Julio y Zalla, fijándose en Flaviano que estaba sentado entre la duquesa y Alice y sonriendo maliciosamente.

¿Por qué llegaban ahora los últimos?

Sepámoslo:

El primero y el segundo al ver el monte que tenía la Gruta hablaron, y haciendo una seña al tercero se salieron de la comitiva.

—Ricardo,—dijeron á Zalla,—llévanos á la Gruta.

—Nada más fácil; no les hagamos esperar; venid por aquí.

Llegaron á la entrada y echando pie á tierra fueron á pasar los tres; pero vieron con sorpresa á dos zapadores de centinela y Pérez en medio de ellos que dijo á los recien llegados.

—Atrás, señores

—¿Cómo atrás á nosotros?

—Manda el general en jefe que nadie penetre en la Gruta hasta después de comer.

Y llamando á tres criados, les dijo:

—Coged esos caballos y llevadlos á que pasten y vosotros, señor príncipe, señor duque y señor conde de Líbana venid por aquí, yo os acompañaré á la mesa donde os esperan.

Tres minutos después se sentaban á la mesa, sonriendo por el chasco que se habían llevado.

Los tres participaban de la curiosidad del príncipe de Italia y quisieron descubrir el secreto de Fla-

viano antes que él lo dijera sin contar con la previsión del ilustre caudillo que jamás dejaba nada por prever ni por discurrir.

Por eso se reían.

También el príncipe de Italia los miraba con mucha atención adivinando el chasco que concluían de llevarse.

La duquesa le preguntó al duque:

—¿Habeis descubierto algo los tres?

—Sí, que lo que oculta mi hijo es inútil intentar descubrirlo.

—¿Todo eso?

—¿Es poco? Pues no hay más.

CAPÍTULO XLIII

La comida campestre.—Las danzas.—Los músicos y cantores.—Los encantos de la vida.

En cuanto vió sentados Flaviano á los tres, únicos que faltaban, hizo una seña á Keisko, éste gritó en azteca y aparecieron cerca de mil indios desnudos como los anteriores y pintados de igual manera.

La mitad próximamente eran hembras.

En un minuto se cubrió la mesa de viandas.

A la vez se oyeron los cánticos de muchas voces al son de instrumentos primitivos y aparecieron danzas que bailaban en torno de la mesa en que comían los cincuenta.

Aquel movimiento de los danzantes, de los indios que servían á la mesa, de los pájaros que revoloteaban y aquel ruido de los cantores, de los pájaros y de los seis volcanes arrojando fuego incandescente, formaban un conjunto tan nuevo, tan delicioso y á la

vez tan imponente, que obligó á la duquesa á preguntar al príncipe de Italia que tenía á su derecha.

—Esta es la sorpresa, hermano. ¿Lo crees como yo?

—No; esto es maravilloso, pero á esto no me hubiera convidado el héròe.

—¿Pues qué será?

—Te he dicho y repito que nuestro hijo Flaviano nos llevará de encanto en encanto á lo que no es posible adivinar.

La duquesa se volvió al otro lado, pues tenía á su izquierda á Osorio, y le dijo:

—Flaviano, todo esto está muy bien, es maravilloso, pero no me gusta el continuo temblor de tierra que se siente aquí.

—Madre mía, es un dulce columpio y lo más notable de cuanto sentís y presenciais.

—¿Qué lo motiva, hijo?

—El fuego incandescente que pasa por debajo de nuestros pies para salir á saludarnos por los cráteres. ¿Hay nada tan grandioso?

—Nada, es verdad.

Y continuaron comiendo.

Flaviano mandó improvisar cerca de allí cocinas y como todo estaba hecho por sus cocineros resultaba un explendido banquete en calidad y cantidad, con los mejores vinos del mundo.

A excepción de esas frases de la duquesa todo el mundo comía, callaba, veía y escuchaba.

Aquel movimiento, aquella vida, aquellas vistas,

aquellas danzas, aquellos cánticos, melancólicos unas veces y alegres otras, absorvian el espíritu y todos los sentidos.

—Qué maravilla,—se decían,—esto no se vió jamás, esto no se puede olvidar nunca, esto no es el mundo conocido, es un mundo hecho por Flaviano más parecido al paraíso terrenal que á la tierra.

Había momentos en que la melancólica armonía de la música y del canto unidas al dulce gorgeo de las aves y del esquisito sabor de las sabrosas viandas les ofrecía la realización de un idealismo que solo en sueños pudo imaginarse.

Y otros en que el movimiento de las danzas, el de la tierra y el de los pájaros les parecía el del Océano que llevaba la isla convertida en nave á las delicias de un eden soñado.

La duquesa volvió á decir al príncipe:

—Hermano, ¿mi hijo qué es, un hombre ó un ángel?

—Tolopalca, Flaviano es la virtud, es el inspirado, es el encargado por Dios de darnos á conocer en la tierra las delicias del cielo.

Y la duquesa se volvía al otro lado, cogía á su hijo adoptivo la mano y se la besaba con amor y respeto.

Mendoza decía á su futura:

—¿Qué hay en el mundo superior á esto, Luisa?

—Flaviano de Osorio, Rogelio.

—Vaya un banquete entre temblores de tierra, erupciones volcánicas y cánticos salvajes. Solo falta

el rugido de las fieras y el hambriento vocerío del antropófago.

—Ni los unos ni los otros osarían chistar en presencia del héroe. Ellas, si las hubiera, vendrían á lamer sus pies y ellos á besar su mano. No comas ni bebas tanto, Rogelio.

—Hija mía, hoy no se lo que me hago. Estoy encantado, no pienso, no se donde me hallo... guíame tu.

—Come y bebe un poquito menos.

—Lo que tú quieras.

Líbana decía á Zalla:

—¿Por qué comes tan poco?

—No me canso de mirar á mi maestro.

—No me extraña, lo mismo me sucede á mí. ¿Quién había de creer cuando yo era niña que mi isla había de presenciar este festín en el que veo armonizado lo más grosero con lo más culto é ilustrado? Sí, esto parece un delirio de imaginación calenturienta.

En cuanto á Julio y al duque callaban, pero sus pensamientos eran poemas dedicados al héroe.

Los restantes no acertaban á comprender lo que tenían delante, y solo uno osó decir:

—El que sabe hacer esto vencerá á todos los enemigos de España con pasmosa facilidad.

El temblor de tierra que sentían allí era una trepidación producida por la corriente del fuego incandescente que corría por bajo de sus pies en busca del crater por donde salía. La trepidación no era fuerte

ni molesta, por más que fuese extraña y anómala.

Podían comer sin llevarse las viandas á la nariz y andar sin temor á una caída.

Lo repetimos; el ruido de los volcanes y el movimiento de la tierra no eran para aquellos espíritus varoniles otra cosa que un medio más de hacer grande y extraordinaria la fiesta.

A las dos horas, tres de la tarde, acabó la comida con sentimiento de todos.

Los músicos, danzantes y demás indios se fueron retirando, dieron suelta á los pájaros, y cuando quedaron sólos los cincuenta que acababan de comer, exclamó Flaviano:

—Señores, ya hemos terminado el extraño banquete; sepamos ahora la causa que lo motiva.

Y quedó meditando.

Todos fijaron la vista en él sin apartarla mientras habló.

Nadie osaba ni aun moverse.

Solo el príncipe de Italia dijo á la duquesa:

—Tolopalca, ahora sigue lo que yo buscaba. Lo vas á ver.

Por fin Flaviano alzó la cabeza añadiendo:

—El estudio que vengo haciendo en esta isla me ha proporcionado la satisfacción de hacer un importante descubrimiento. Hemos creído hasta hoy que los mejicanos adoptaron el politeismo como religión importada por una ó más expediciones hechas por los escandinavos en los siglos del X al XII y no es cierto.

Antes que ellos estuvieron en esta isla, y probablemei te en Méjico, varios griegos impelidos por algún alísio que los encerró en nuestra bahía como al navío que trajo á mi padre. Que los griegos estuvieron aquí más de veinte siglos antes que los escandinavos en Méjico, tengo ya pruebas fehacientes que luego os enseñaré.

Es lo verosímil, lo probable que quince ó veinte siglos antes de la venida de Jesús al mundo, una embarcación griega arribara á esta isla, desembarcó á los navegantes que llevaba; aquí vivieron bastante tiempo, acaso dos ó tres generaciones, y luego por causa desconocida se fueron á Méjico. No debieron tener trato ni roce los griegos con estos isleños, por cuya razón ni les dieron su ilustración ni su politeismo. Profesan éste último, y creyendo volver lo dejaron cuidadosamente encerrado y oculto en la Gruta del Diablo donde yo lo hallé ayer. Ese paraje fué siempre lugar de terror y de espanto para los habitantes de esta isla, y en ningún sitio podían ocultarle mejor ni tenerlo más guardado.

De aquí se fueron como he dicho antes á Méjico, debieron recibirlos bien, lo contrario de lo que les sucedería con los antropófagos de aquí, y por eso dieron á los mejicanos su cultura y religión que luego reformaron en parte con la religión y cultura muy posteriores de lcs escandinavos. De ahí esa mezcla de olimpos que todavía nos presentan los aztecas.

En cambio el olimpo ó politeismo que dejaren

aquí los griegos es puro, es el primero ó por lo menos uno de los primeros del mundo, y nos ofrece además un templo que cuenta oculto en la Gruta del Diablo cerca de cuarenta siglos.

—¡Qué asombro!—exclamaron todos.

—Eso era lo que yo andaba buscando en el cerebro de Flaviano—añadió el príncipe de Italia.

—No es eso sólo,—continuó el héroe;—tenemos además varios sarcófagos con inscripciones griegas, y en algunos las momias de los europeos que hace cuarenta siglos vinieron á esta isla.

—¡Admirable! volvieron á exclamar.

—Ya estais enterados. Ahora disponeos á visitar un templo que cuenta de treinta y cinco á cuarenta siglos y un panteón que tiene poco menos. Seguidme todos.

Y ya sin flores, pájaros indios y con el recogimiento que el caso requería, delante Osorio y detrás los restantes se dirigieron á la gruta.

Cubría la entrada del templo que abrieron los zapadores un lienzo.

En el mismo instante se presentaron veinte indios con gruesas velas de cera encendidas, casi blandones, descorrió el héroe la entrada y vieron todos varios ídolos de metal algunos de oro.

En las paredes había algunos signos griegos que Osorio y Julio fueron traduciendo.

—¿Os queda alguna duda de que todo esto se hizo por griegos en la época que he citado? Vos, padre Julio, que sois el más inteligente...

—Más que tú no hay nadie, Flaviano, y cuanto has dicho es la verdad.

—¿Qué vas á hacer con este templo hijo?—le preguntó el duque del Imperio.

—Tal como lo veis, padre mío, con esas columnas salomónicas, esos pedestales griegos de un mármol tan bueno como el mejor italiano, irá á vuestro palacio de Madrid, como regalo de vuestro hijo.

—En esos ídolos hay Flaviano, muchas arrobas de oro.

—No lo deshecheis por eso, señor. Y no os estrañe tanta cantidad; en la muestra que cogí ayer habreis visto que los volcanes, por lo menos uno, ofrecía á los griegos ese rico metal fundido.

Fueron reconociendo ídolo por ídolo, pedestal por pedestal, columna por columna, adorno por adorno y cuando acabaron añadió Flaviano:

—Ahora, señores, vamos á conocer á los autores y devotos de este rico templo pagano. Seguidme.

Atravesaron un pasillo abierto en la roca y entraron en una bóveda grande en la que hallaron un gran panteón.

Las sepulturas no estaban cubiertas, eran grandes aberturas de la forma de un sarcófago y en ellas depositaban los cadáveres.

Varios, los más, estaban vacíos ó convertidos en polvos los cadáveres que allí depositaron, pero contaron ventiuna momias tan acartonadas y duras que parecían fósiles.

—Señores marinos,—dijo el héroe,—saludemos á nuestros compañeros de treinta y cinco ó cuarenta siglos.

Y se quitó su sombrero.

Todos hicieron lo mismo.

—Padre mío,—añadió,—puesto que os habeis empeñado en que yo soy marino y hasta el rey tuvo la bondad de nombrarme almirante, acepto á estos señores que los vientos los trageron aquí, como compañeros mios y me hareis el favor de darles hospitalidad en el panteón de vuestro palacio, en sitio distinto de nuestros antepasados y donde habremos de descansar, por lo menos, vos, Alice y yo.

—Y yo,—contestó la duquesa.

—Con mucho gusto, madre mía.

—Tú entre tu padre y yo.

—Eso allá lo veremos, dijo Alice sonriendo.

—Aquí ya hemos terminado, señores,—continuó Flaviano,—y como estoy seguro que deseais reconocer el resto de la Gruta podeis hacerlo hasta donde la prudencia os aconseje.

—Vamos á verla, vamos, vamos.

Osorio dijo á Keisko:

—Si quieres entrar aquí á tus indios puedes hacerlo.

—Sí, lo deseo.

Quedaron solos á la puerta de la Gruta, Osorio, el príncipe de Italia y el padre Anselmo.

El segundo dijo al primero:

—Hijo, ¿cómo te has compuesto para descubrir ese templo y panteón?

—Fácilmente, señor; cuando subí las novecientas varas, acaso más, que había bajado en esta Gruta, nos tiramos los tres al suelo rendidos, fatigados de ascensión tan penosa.

Mi criado al caer tiró ó se le cayó de la mano la tea que llevaba encendida, la cual, por casualidad, continuó ardiendo.

Instintivamente dirigí la mirada á la tea, notando que la negra pared, á cuyo pie había caido, estaba demasiado lisa para ser natural, y entonces di unos cuantos golpes con el mango de mi daga, contestándome claramente el hueco que ocultaba. Pero me sentía tan cansado y era tan tarde, que dejé para el día siguiente el descubrimiento que creía poder hacer.

Volví, en efecto, ayer tarde, arranqué lo que pude con la punta de mi daga y vi sin sorpresa ya que aquello era una pared; me lo dijo lo que hoy llamamos yeso amasado con piedras pequeñas y fuertes arrancadas con mi daga, pronto mi criado y el de Zalla que tienen robustez y fuerza hicieron un agujero, y mientras cumplían algunas órdenes mías los cuatro que me siguieron, yo entré y á favor de la luz de una linterna estudié todo lo que acabais de ver.

—¿A nadie dijiste nada?

—A nadie.

—¿Cuánto tiempo permaneciste ayer oculto en el templo y panteón?

—Tres ó cuatro horas.

—Es un gran descubrimiento y te agradezco mucho me hayas obligado á venir aquí.

—Yo también,—le contestó el padre Anselmo.

—Creí eso mismo, no quería descubir á nadie mi secreto, y por eso en vez de ruego fué orden lo que os mandé. Si he faltado, perdonadme los dos.

—Hijo,—le contestó el príncipe estrechándolo,—tu nunca faltas, lejos de eso, Anselmo y yo te estamos muy agradecidos por el favor que nos has hecho. ¿Quieres que te lo diga todo?

—Os lo agradeceré.

—Flaviano, aun cuando te parezca impropio de mi estado y de mis costumbres, me ha parecido bien la función que ha precedido á la entrada en el templo pagano. Para enseñarnos esos testigos de cuarenta siglos nos hiciste retroceder en trajes y costumbres casi ese mismo tiempo La idea fué como tuya.

—Tengo una gran satisfacción en saberlo, padre mío.

Y continuaron hablando á la puerta de la Gruta hasta que subieron los que habían bajado á reconocerla.

—¿Qué os ha parecido, madre mía?—preguntó Flaviano á la duquesa de los Andes.

—Hijo, hemos descendido la cuarta parte que tú; llevábamos muchas luces y nos guiaba Zalla, no obstante lo cual, hemos estado expuestos á matarnos todos menos ese diablo de Ricardo que tiene algo ya

del aliento de su maestro. ¿Cómo te compusiste para bajar tanto y á oscuras?

—El instinto y la necesidad, madre mía, cuando la ciencia me llama, jamás me acuerdo de la vida para obedecerla.

—Que tarde tan encantadora, Flaviano, jamás la tuve mejor.

—¿Ni en el Perú, bajo los nevados Andes y á orilla del primer río del mundo, el Amazonas?

—Ni allí ni en ningnna parte.

—Pues hay sitios deliciosos, según afirman el príncipe y el duque del Imperio.

—Sí, pero no estabas tú para improvisar fiestas como la de hoy.

—Estaba mi padre.

—Tu padre era más galanteador que descubridor de secretos.

—¿Te olvidas, Tolopalca, que los seis llamados invencibles descubrimos el panteón de tus antepasados y nos hallaron medio muertos.

—Recuerdo, hermano, que os dijeron donde estaba, no hubo función alguna y debisteis morir los seis. ¿Hay algún parecido entre lo uno y lo otro, príncipe de Italia?

—No, duquesa; á nosotros nos llevó allí la curiosidad, á nuestro hijo lo trajo aquí la ciencia y un genio que no teníamos ninguno de los seis.

—Ya lo oyes, duque.

—Me alegro, Tolopalca.

—¿Nos retiramos, señoras?

—Sí, que es tarde.

Unos volvieron á la carroza y otros montaron á caballo. Regresaron en la forma que fueron.

Llegaron al palacio á las nueve, alumbrados con el resplandor de los volcanes.

Todos iban entregados á profunda meditación. Los tenía en ese estado la impresión que había hecho en ellos el panteón griego y las momias que contaban cuarenta siglos.

Nunca vieron transcurrir las horas con más encantos y delicias; con más asombro y recogimiento.

CAPITULO XLIV

—

La noche posterior á la gira campestre.—Estado de las obras.—Un desafío á muerte.—Dos bodas en embrión.

A las diez de la noche cenaron nuestros amigos y notando Osorio que menudeaban los elogios á su persona dijo que tenía sueño y se retiró á descansar.

—¿Lo veis?—dijo el duque del Imperio,—lo echais con elogios que no le gustan.

—¿Con lo que ha hecho hoy como no elogiarlo?

—¿Teneis gusto ó no en que permanezca entre vosotros?

—Mucho gusto.

—En ese caso no lo echeis. ¿Queréis elogiarlo? hacedlo cuando él no esté presente, de lo contrario le disgustais obligándole á que se marche. Teniendo en cuenta su carácter y gran modestia es una acción indigna de vosotros apedrearle con esas ovaciones.

—Pero...

—Tiene mi padre razón,—añadió el príncipe Julio,—lo haceis por complacerle, veis que sucede lo contrario, pues cesad. Capaz es si continuais de ese modo de permanecer en el monte todo el día y parte de la noche. A mi me importa poco, porque me íre con él y estaré siempre á su lado.

—Y yo,—dijo el duque.

—Y yo,—añadieron Zalla y Mendoza.

—Está bien, señores,—replicó la duquesa,—no lo elogiaremos cuando esté presente.

—Eso debeis hacer.

Continuaron hablando de la función de la tarde á excepción de Silva que se fué con su hermano.

Acababa de meterse en cama Flaviano cuando entró Julio, diciéndole:

—Dejo á nuestro padre el duque reprendiendo á los que te elogiaron.

—Lo siento, hermano.

—Hace bien, si te molestan ¿por qué no han de hablar de otra cosa?

—Están en su derecho como yo lo he estado para venir á mi dormitorio.

—Si te quieren deben ser más comedidos contigo.

—Exageran tanto.

—Eso no es cierto, Flaviano. Cuanto dicen es verdad por más que vean justa en tí la repugnancia á oirlos; lo mismo me sucede á mí.

—Que ha de ser verdad todo lo que dicen.

—No es y hablemos de otra cosa.

—Sí de otra cosa. ¿Acabaron las obras del puerto?

—Sí.

—¿Hicieron el muro debajo de les baterías?

—Tambien se terminó. Y no te molestes; todo lo relativo al puerto se halla completamente terminado.

—¿A qué dieron principio?

—A las dos baterías de Norte y Sur.

—¿Desmontan?

—Ya están todos los desmontes hechos,

—Han velado.

—Ahora nos sobra gente y de ahí la razón de que se adelante tanto.

—Mañana tú diriges la batsría del Norte y yo las del Sur.

—Muy bien.

—Dí, ¿cubrieron todas las troneras del puerto.

—Sí; y han quedado tan bien y tan disimuladas que es preciso estar encima para conocer lo que pueda haber detrás.

—¿Ni con anteojos?

—No, fué una idea tan excelente simular grietas del monte lo que son troneras perfectas, que no es posible desde fuera comprender la verdad.

—¿Cargaron los cañones?

—Los que tú has mandado, sí.

—Muy bien, quedo tranquilo y que vengan cuando quieran.

—Tú que adivinas, ¿cuánto crees que tsrdaran en venir?

—Más de un mes.

—Nos va á sobrar mucho tiempo.

—No estorba, aquí no estamos mal. Digo un mes tratándose de las escuadras reunidas. En cuants á los ingleses antes nos harán alguna visita.

—¿Aun se atreverán?

—¿Por qué no? Saben ellos la causa de haber desaparecido de la escuadra de Malta cuatro de sus mejores buques? ¿Puede el almirante darlos por perdidos y cruzarse de brazos?

—Es verdad. ¿Pero qué van á hacer?

—Buscarlos hasta dar con ellos.

—No darán nunca.

—Harán lo posible y en verdad que solo cumplirán con su deber.

—¿Qué pensaron ellos?

—Sino les dicen la verdad van á creer que se los tragó el mar ó se los echamos á pique nosotros.

—En el último caso no mandarán ahora uno ó dos navíos.

—No.

—Habla lo que quieras que voy á hacer entrar á mi criado para que me desnude.

—Sí, que te desnude y duerme. Mañana hablaremos.

—¿Tienes sueño?

—Mucho.

—Pues duerme. Adios.

Media hora después los dos dormían tranquilamente.

Flaviano se levantó á las siete, tomó un ligero desayuno con sus padres y Alice y se puso en pie para marcharse, cuando apareció Pérez, diciéndole:

—Señor, dos capitanes del primer tercio, desean la honra de que V. E. los reciba.

—Que pasen á mi despacho.

—¿Que será eso, Flaviano?—le preguntó la duquesa.

—No lo sé.

—Como no acostumbran...

—Lo averiguaremos.

Y salió entrando en su despacho.

—Sentaos, señores, y decid lo que á bien tengais, —dijo Flaviano á los dos jefes.

Le obedecieron, pero se miraron el uno al otro sin atreverse á contestar.

Quería el uno que hablase el otro y *vice-versa.*

Flaviano lo notó y les dijo:

—No vacileis, á mi todo se me puede decir; los que sirven á mis órdenes, fuera de los actos del servicio son mis amigos, mis compañeros.

—Uno de los dos capitanes hizo un esfuerzo sobre si contestándole:

—Mi general en jefe, prescindiendo del genio que brilla en vuestra frente y de mucho más que equivale á ese genio, sois tan bueno, tan bondadoso, tan caballero que nos vamos á atrever á pediros una gracia.

—Como esté en mi mano, concedida. Hablad.

—Rogamos, señor, á vos, el más generoso de los hombres nos conceda permiso para batirnos.

—¿Uno contra otro?

—Sí, señor.

—¿Es á muerte el desafío?

—A muerte, mi general en jefe.

—Las leyes del reino prohiben los duelos, bien lo sabeis, pero yo no prescindo jamás de la verdadera justicia y puede el hecho que pretendeis estar tan justificado que me incline ante la fuerza de vuestro razonamiento.

—A nosotros, señor, no nos ha impuesto la ley ni las consecuencias de faltar á ella tanto como faltaros, que falta y grave era batirnos sin daros conocimiento antes de lo que íbamos á hacer.

—Gracias por vuestra atención y obrando yo con la atención que vosotros, prescindiré de la ley en este caso concreto, prescindiré de que nos hallamos al frente del enemigo, de que somos pocos para tantos como son ellos, de que aquí no tengo capitanes con quien reemplazaros y prescindiré de todo, siempre que podais justificar vuestra demanda. ¿Qué motiva ese duelo?

—Señor, los dos amamos á una misma mujer y como no es posible dividirla, preciso es que nos dividamos nosotros.

—¿Pero hubo insultos, agravios ú ofensas que puedan lastimar el honor?

—No señor, no hubo más que «yo la quiero.» «Yo también.» «Pues que deje uno de existir y negocio concluido.»

Tiramos de las espadas sin acordarnos de la ley, del soberano ni de otra cosa que de matar el uno al otro, cuando me acordé de vos y pregunté á mi rival. ¿Vamos á batirnos á espaldas del héroe? «Sería una infamia» me contestó el capitán Bermúdez. Pues vamos á pedirle permiso; es tan bueno, y tan valiente, y tan sabio, que es posible lo conceda. Y aquí estamos, señor.

—¡Ah, yo juzgué otra cosa! Creo que nos vamos á entender. Tratemos este asunto como tres amigos. Ya no hay general ni superior; y añadió:

—¿Estais conformes?

—Si lo mandais...

—Lo mando, sí.

—Pues estamos conformes.

—¿Quién es la novia?

—Una prima de Keisko, la que dirigía ayer las danzas.

—Bella es y bien formada.

—Eso nos acabó de perturbar. Como iba tan ligera de ropa.

—Sí, demasiado.

—Lucía sus formas...

—Comprendo y hasta creo que se llama Luba.

—Eso es, señor.

—¿A quién de los dos quiere ella?

—A ninguno.

—Veo con sentimiento que las bellas formas de Luba tan al descubierto ayer, os han perturbado. Si os dejó batiros y el uno mata al otro, ¿qué quereis que yo haga para que se case con el vencedor?

—Le hemos preguntado que á quien quería de los dos, y nos ha dicho que ella solo se casará con el que le designe el héroe, si se halla aquí al cambiar de estado, y sino estuviese con quien le aconsejase su primo el cacique.

—Excelente contestación. Vamos á echarla á la suerte y yo haré luego que el desgraciado en ella sea más afortunado que el otro.

—Por mí aceptado, aun cuando no comprendo...

—No importa; si sois el desgraciado en la suerte me dareis las gracias después.

—Echémosla á la suerte, Bermúdez.

—Sea.

Escribió uno los dos apellidos en dos papeles iguales y bien doblados se los dieron á Flaviano. Este los miró, y hallándolos iguales les dijo:

—Quedan los dos en este recipiente. Vos que no los habeis tocado sacad uno, y os advierto que el nombre que salga es del afortunado.

—Perfectamente. Ya está.

—Leed.

—Batista.

—Suya es Luba. Id y decidla de mi parte que yo la he elegido para esposa vuestra. Partid.

—Gracias, mi general, sois la Providencia para el que llega á vos. Cuándo podremos unirnos.

—Yo en eso nada puedo hacer. Entendeos con mi padre el príncipe de Italia. Por mí cuando querais.

—El cielo os premie la noble acción. Adiós, Bermúdez, estoy seguro que no librarás peor que yo.

Salió Batista y Flaviano quedó mirando á Bermúdez.

—Parece que estais pesaroso,—le dijo.

—Me inclino ante vos, señor, sea mi suerte la que quiera.

—Sepamos cuál va á ser vuestra suerte. ¿Pérez?

—Excelencia.

—Trae á mi presencia á la india Rue.

—¿La prima del cacique?

—Sí.

—Al momento. Se halla hablando con su prima Líbana.

—Abrevia.

Dos minutos después entró Pérez con una india vestida á la europea, más blanca, más bella y mejor formada que Luba.

—Marcha, Pérez. Abanza, Rue. Te dejo en conversación con mi amigo Bermúdez; volveré pronto y te diré lo que quiero de tí.

La joven se acercó y besó su mano diciéndole:

—Dios, nuestro Señor, haga por el héroe lo que merece.

Salió Flaviano, quedando el capitán Bermúdez

admirado de tanta hermosura como tenía delante.

—Yo no os ví hasta ahora, Rue.

—No te extrañe español, habito en este palacio, estoy casi siempre con mi prima y rara vez salgo.

—¿No fuiste ayer á la fiesta?

—No, y lo sentí mucho, pero no podía ir con este traje y por nada ni por nadie en el mundo vuelvo á enseñar mis carnes.

—¿Por qué?

—Porque ahora me da vergüenza.

—¿Tienes parentesco con Luba?

—Soy su hermana menor.

—Rue, yo te amo, ¿quieres unirte á mí? Eres un retrato perfeccionado de tu hermana. Por Dios acepta y te haré la mujer más feliz de la tierra.

—Mi voluntad y mi vida pertenecen al héroe. Eso me dijo mi señor y primo el cacique Keisko y eso ha de ser.

—Yo opino que mereces á este valiente capitán,—exclamó Osorio entrando,—y tendré mucho gusto en que seas su esposa.

—Lo que tu mandes, señor.

—¿Es de tu agrado, mi amigo Bermúdez?

—Sí.

—¿Pérez?

—¿Señor?

—A Líbana y Keisko que vengan inmediatamente.

Cuando aquellos entraron les dijo Osorio.

—Oid, amigos míos.

—No, Flaviano, yo no quiero ser tu amiga, aspiro á más, quiero ser tu hermana.

—Para el caso es igual. Os participo que vuestra prima Rue y el capitán Bermúdez desean casarse.

—Si tú no te opones; por nosotros cuando ellos quieran.

—Ya lo habeis oido; id con la historia á mi padre Julio, con la sola condicion que es habeis de apadrinar mútuamente Batista y Luba y vos y Rue.

—Señor, me permitís que os bese la mano y os de las gracias...

—No, Bermúdez, eso es demasiado.

—Os bendeciré el resto de mi vida.

—Pidamos todos á Dios por la suerte de nuestra patria. Eso es mejor.

—Juro morir por vos y por ella.

CAPITULO XLV

—

Una mirada retrospectiva.—La actividad del héroe.—Una noticia buena y otra funesta.

El autor de esta obra se ve en la necesidad de dirigir unas cuantas frases á sus bondadosos lectores y les ruega antes de hacerlo, le perdonen la breve interrupción que causan estas líneas en la narración histórica del libro que está escribiendo.

Quiere dejar cumplidos todos sus deberes y uno de ellos es el siguieente:

Desde hace mucho tiempo viene dandc á conocer los reinados de Carlos V, Felipe II y Felipe III, con los hechos más gloriosos para España que registra la historia, sintetizados en sus héroes y hombres de valor de aquellas épocas. Este pensamiento mereció por parte del público excelente acogida y por ese motivo continúa dando á la estampa obras nuevas, del mismo género, pero tan enlazadas unas con otras que se ve

obligado á aconsejar al suscritor lea las anteriores á la presente si desea comprender ésta con la facilidad sustancial que su asunto requiere.

La primera de este género cuya lectura aconseja, se titula *El Héroe y el Cesar*; la segunda *La Inquisición y el Rey*; la tercera *Los Invencibles, el Monaca y la Hognera*, y la cuarta *Los Héroes del Siglo XVII.*

Estamos persuadidos que la mayor parte han leido las obras que acabamos de citar, pero es posible que alguno no tengan conocimiento de ellas y por esta causa le recomendamos las vean, pues incurriríamos en el desagrado de todos nuestros constantes suscritores, si dejásemos sin enlace unas obras con otras y en cada una de las posteriores diéramos á conocer de nuevo el carácter, edad, época y noticias que habíamos dado en las anteriores.

Sería una repetición tan molesta para ellos, como impropia de un autor que tanto debe á la benevolencia del público.

Terminado ahí el paréntesis, y antes de reanudar el hilo de nuestra interrumpida narración, vamos á dar á conocer las fuerzas de que disponía Flaviano de Osorio en mar y tierra para contrarrestar á los tres poderosos imperios que abrigan la pretensión de anular el poder español y repartirse luego los despojos de una victoria que sería la ruina y humillación de nuestra amaua patria.

Ellos contaban ya con más de cien poderosas naves, más de dos mil cañones y con cerca de cien

mil hombres perfectamente armados y equipados.

Representaban todo el poder de Inglaterra, Francia y Holanda, coaligadas contra España, por la envidia, los celos y los antiguos resentimientos que engendraron en ingleses, franceses y holandeses los muchos reveses que les habíamos hecho sufrir desde tiempo atrás.

Contra tan formidables aprestos tenía España el genio de su héroe Flaviano de Osorio, el cual solo contaba, materialmente considerado, con cinco mil hombres que se batían lo mismo en tierra que en la mar, quinientos zapadores, mil quinientos artilleros y mil marinos que servían en los barcos y en los zatarranchos.

Total, ocho mil hombres. Eran pocos en número, pero tan aguerridos y experimentados que en pos del héroe se creían invencibles.

Sepamos ahora los barcos con que contaban.

El navío Invencible, con 30 cañones que mandaba el maestre de campo don Esteban Fajardo, siendo su segundo el capitán Guzmán de Nava. Este fué el buque que desde Cartagena llevó á Méjico al héroe, al príncipe Julio, á Mendoza y la comitiva, bien escasa por cierto, que estos tres sacaron.

El San Juan, también con 30 cañones, mandado por el maeste Negrete, valiente y entendido marino. En este fué á Méjico el duque del Imperio acompañado de Zalla y de su escolta.

El Silva, con 30 cañones cogido á los ingleses,

encargado de su mando el comandante Los Arcos.

El Osorio, con 30 cañones cogido á los ingleses, su comandante Chacón.

Galera Trinidad, con 20 cañones, fué la que llevó el príncipe de Italia, mandada por el capitán Hoyos

Galera La Imperial; con 15 cañones, Francesa, cogida á los p ratas, su capitán Contreras.

Galera Numancia, con 30 cañones, blindada en su interior. Fué la que llevó al virey de Méjico, á la duquesa de los Andes y á Alice. Es el mejor buque de todos y uno de los primeros del mundo.

Bergantín Lucero, con 6 cañones, su capitán Riquelme.

Crucero inglés, Leopardo con 8 cañones, capitán Bengoa. Fue cogido también á los ingleses.

Tenían además los españoles en la isla de Líbana 22 baterías de á 10 cañones cada una que formaban un total de 220 cañones.

Si bien se veía el genio del héroe en la forma que había dado á sus barcos, en la manera de armarlos y en todo lo que á la escuadra y á las fuerzas de mar y tierra se contraía, donde brillaba en todo su explendor era en las obras que mandó construir en el puerto.

Cuando los que le obedecían supieron que venía contra ellos media Europa y se vieron encerrados en una pequeña y mísera isla, temblaron.

Al poco tiempo vieron que era imposible un bloqueo porque tenían en ella de toda clase de animales del antiguo y nuevo mundo mandados aclimatar por

Flaviano, y con los cuales tenían carnes de sobra para mantener constantemente un ejército de 20 á 30.000 hombres.

Y no era esto solo, varios agricultores labraron tierras en abundancia y ya cogían trigo, garbanzos, arroz, judías y toda clase de cereales, de verduras y de frutas de las dos zonas, Templada y Tórrida.

—Hambre no podemos tener,—dijeron.—No es posible un bloqueo, ¿pero y cuándo desembarquen nuestros enemigos? Entonces morimos todos.

Cuando vieron los desmontes, la manera de colocar las baterías y la clase de cañones encargados por el héroo en las fábricas de Méjico, añadieron:

—No desembarcan, aquí no entran más que aquellos á quien el héroe le de la gana. La isla es ya un castillo de bronce inespugnable. Ni los pájaros. ¡Vaya un modo de discurrir y vaya un talento! Que venga, no media Europa, sino el mundo entero y se ahogará en ese fatal golfo sin conseguir otra cosa que la de haber visto los montes de la isla Líbana á media ó una milla.

Así discurrían y estaban en lo cierto.

Verdad es que la naturaleza se declaró en favor de España, toda vez que á excepción de la parte del Este de la isla que Flaviano había llenado de cañones, el resto lo había sembrado de escollos hasta el extremo de hacer imposible la entrada de una lancha.

Los montes que cerraban la bahía y resguardaban á esta de los vientos, formaban un semicírculo que

colocando en ellos unos cuantos cañones bastaban para echar á pique todo barco que se acercase.

Eran una formidable avanzada, puesta también por la naturaleza y en la que Osorio tenía escondidos, no unos cuantos cañones, sino 220 de un calibre y alcance extraordinarios.

Y tan admirablemente ocultos que ni el ojo marino inglés podía descubrirlos.

Flaviano debió decirse:

—Se han unido tres imperios contra España, no para darla una batalla, sino para acabar con ella y luego repartirse lo que quede. Está bien, yo soy más generoso, me he de conformar con acabar con todos los que vengan. No quiero más.

Y tenía ya lo bastante para conseguir su objeto, si la suerte continuaba protegiéndolo; pero es ésta tan veleidosa que apesar del genio del héroe y de su fortuna, hasta entonces tan buena, no se puede confiar en absoluto; basta una bala de arcabuz, la punta de un puñal, la saeta de una ballesta, ó una fiebre, de la que es tan pródiga América, para arrebatar la vida al héroe y entonces... Entonces, ¡desgraciada España! Todo se había perdido, y los 8000 hombres, con los indios de Keisko, y los españoles que aun vendrán con sus barcos, sus cañones y cuanto traigan, todo, absolutamente todo, servirá de pasto á la muerte y á la voracidad extranjera.

La vida de Osorio es ya en este momento para España su propia vida y su propia honra.

¡Dios, nuestro Señor, defienda al noble y generoso caudillo!

Reanudemos nuestra historia.

Desde el día siguiente al del banquete campestre, Flaviano se dedicó, primero al reconocimiento de las obras del monte y veinte baterías colocadas en él.

Y luego sin abandonar la lateral que estaba á sus órdenes, dirigía también la de Julio que era lateral como la suya.

Al tercer día de trabajar en ellas se apagaron los volcanes; solo salía por ellos algún humo en forma de borbotones que iban lentamente estinguiéndose.

Y al quinto quedaron terminadas las dos últimas baterías de Sur y Norte.

Reconocidos ambos por Flaviano, exclamó:

—Muy bien, solo falta que vengan nuestros enemigos y ensayar todo esto en sus navíos.

Y se retiró al palacio, cogido del brazo de su hermano Julio.

Cuando entró en aquél eran las ocho de la noche.

Media hora más tarde le decía su criado:

—Señor, uno de los faluchitos que están de servicio anuncia la llegada á la bahía del bergantín que manda el capitán Riquelme.

—Me alegro, estaba ya con cuidado. ¿Dónde se halla Ricardo?

—Con Líbana.

—Que venga.

No tardó en preguntarle el nuevo conde:

—¿Qué mandais señor?

—Nos vamcs á la bahía.

—Estoy á vuestras órdenes, mi general en jefe.

—Pues salgamos. Pérez, di á mis padres que si no estoy á la hora de cenar que no nos esperen.

—Muy bien, excelencia.

Y salieron Osorio y Zalla para la bahía.

Al llegar al muelle se embarcaron en la falua de Flaviano, diciendo éste á los remeros:

—Al Cortado.

La falua salió como una flecha.

Flaviano y Zalla iban unidos.

No tardaron en distinguir las luces del bergantín crucero atravesando el Cortado.

También el capitán comandante del bergantín distinguió el farol de la falua y algo más, pues dejó al pairo su buque, gritando á los marineros:

—¡El almirante! La escala real.

En minutos formó toda la fuerza del crucero sobre cubierta.

Osorio y Zalla se presentaron.

El primero exclamó:

—No quiero honores, ni desplegad los labios. Comandante, á la cámara.

Y los tres se bajaron encerrándose en ella.

El héroe preguntó:

—Riquelme, ¿tenéis mucho que decirme?

—Bastante, señor, y muy grave.

—¿Grave?

—Muy grave, os repito.

—Hablad.

—S. M. el rey os manda una escuadra.

—Ya lo se. A otra cosa.

—La escuadra ha llegado á la Habana.

—Lo suponía.

—Todas estas noticias las hé adquirido en Jamaica.

—Eso ya empieza á ser grave. Continuad.

—Han llegado á Jamaica diez buques franceses.

—¿Navíos?

—Cinco navíos, y cinco galeras.

—¿Buenos barcos?

—No, señor, son mejores los ingleses.

—¿Piensan salir al encuentro de la escuadra española?

—Y echarla á pique.

—Eso lo veremos.

—Dudé si avisaros ó ver al jefe de la escuadra.

—Buen disparate hubiera sido lo último.

—Por eso no lo hice.

—¿Cuántos barcos ingleses van á salir?

—Diez.

—¿Y franceses?

—Otros diez.

—Son veinte. ¡Qué valientes!

—¿Cuántos son los nuestros, señor?

—Diez.

—Pero nuestra escuadra no puede hacer frente á la franco-inglesa.

—¿Por qué?

—Son la mitad, señor.

—¿De cuándo acá cuentan los españolcs el número de sus enemigos para pelear con ellos?

—Si fuérais vos.

—Riquelme, hoy estais perturbado. ¿No hay en España más valiente que yo? ¿Habéis olvidado ya la batalla de Lepanto?

—Es verdad, señor.

—No delires.

—Es que si vos fuérais con diez barcos echábais á pique los veinte de los enemigos.

—¿Quién os ha dicho que me voy á quedar?

—Siendo así les igualamos en fuerza, con cortísima diferencia.

—No es eso lo que quiero saber.

—Preguntad, señor.

—¿Cuando salen los franco-ingleses?

—Mañana.

—¿Dónde piensan atacar á los españoles?

—A levante de Jamaica.

—Muy bien. Os trasladais al crucero inglés y dais esta orden á su capitán. Inmediatamente después mandais á los jefes de los restantes navíos que haya aquí que vayan á verme.

—¿Voy yo también?

—Los nueve.

Y volviéndose á la falua se dirigió al muelle.

Flaviano sin dejar de hablar con el capitán del

crucero español había escrito con lápiz la orden que le dió para el jefe del buque inglés.

Por el camino le preguntó Zalla:

—Señor, ¿para qué queremos esa escuadra que manda el rey?

—Para nada.

—Eso esperaba yo.

—Pero viene en ella alguien que me intesaba á mi que llegase.

—¿A vos solo?

—No.

—Por mi patrón Santiago que nada comprendo.

—Yo sí.

—Lo mismo.

CAPITULO XLVI

Las órdenes.—Los preparativos.—La escuadra.—A la mar.

Poco después entraron en el palacio Flaviano y Zalla.

El primero pidió la cena é invitó á sus padres y restantes que comían con él á que pasasen al comedor por la necesidad que tenía de celebrar una reunión aquella misma noche.

A su criado le dijo:

—Según vayan llegando los jefes de marina los vas entrando en mi despacho. Cuando estén los nueve me avisas sin pronunciar frase alguna. Basta conque te presentes en el comedor.

—Muy bien, señor.

Algo después cenaban.

—¿Ocurre algo grave, Flaviano?

Le preguntó el duque.

—No, padre mío,—le contestó su hijo,—tengo que

dar algunas órdenes á nuestros marinos y más tarde haremos un reconocimiento.

—¿Nada más puedes decirme?

—No, señor.

Y siguió hablando el héroe de cosas indiferentes.

Acababan de cenar cuando se presento Pérez en el comedor.

Minutos más tarde se encerraba Flaviano y los nueve jefes de marina.

Les explicó el pensamiento que deseaba realizar, y luego uno por uno les fué dando instrucciones de lo que debían hacer, acabando con las siguientes frases:

—¿Tenéis necesidad de embarcar algo esta noche?

—No, señor,—le contestaron.

Fajardo añadió:

—Siguiendo vuestras instrucciones están abastecidos de todo los barcos, y podemos salir cuando nuestro almirante lo mande.

—Muy bien; al asomar el día que cargen todos los cañones.

—¿Todos?

—Sí, todos.

—Todos se cargarán.

—Y al salir el sol cruzaremos el Boquete y nos haremos á la mar. Son cerca de las once durmamos cuatro horas.

Estas trases fueron la señal de despedida.

Los nueve jefes salieron; sabían que iban á pelear

contra enemigos, sabía cada cual lo que tenía que hacer y nada más preguntaron.

Los iba á mandar Flaviano y con eso tenían bastante.

Flaviano dió orden á Zalla y Pérez para que le acompañasen desde el amanecer hasta que regresaran á la isla.

Zalla le preguntó:

—¿Señor, traje de guerra?

—A la guerra vamos y podeis llevarlo si quereis, porque yo, en vista del calor que hace, me cubriré con el traje más ligero que tengo, pero vosotros es distinto.

Y se retiraron á sus dormitorios.

Osorio se dejó desnudar y notando que su hermano Julio estaba despierto, le dijo:

—¿Quieres que hablemos.

—Eso estoy esperando, Flaviano.

—Salgo mañana con la escuadra, pero nada temas. Nos manda el rey un valioso refuerzo y salimos á recibirlo.

—¿Para qué lo queremos? Contigo y con lo que tenemos sobra.

—No, algo de lo que viene nos hace falta.

—¿A quién?

—A tí y á mí.

—No lo entiendo.

—Pronto lo comprenderás.

—Hazme el favor de permitirme que vaya contigo.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Te quedas en mi lugar, hermano.

—Puede quedar el duque del Imperio.

—Julio, mi padre cada día está más viejo y...

—Y mas fuerte.

—No es eso solo. Su sistema de guerra es ya antiguo y tan contrario al mío que no nos conviene su mando.

—Si te has empeñado tendré que quedarme.

—Hazlo por mí.

—Está bien; ¿qué más deseas?

—Que ocupes mi puesto como tú puedes hacerlo.

—Que más.

—Pronto me darás las gracias.

—¿De qué?

—Ya lo sabrás.

—Está bien. ¿Dormimos?

—Sí; hasta mi vuelta, hermano.

—Que el cielo te proteja, Flaviano.

Y los dos cerraron los ojos para meditar primero y luego para dormir.

Al amanecer salieron del palacio Osorio, Zalla y sus dos criados.

Cuando llegaron al muelle ya había levado anclas la escuadra y los buques se movían.

Flaviano y su escasa comitiva entraron en la falúa que ya les esperaba, diciendo á los remeros:

—A la Numancia.

No se hallaba lejos este barco y Flaviano tardó poco en pisar su cubierta.

A la vez se oyó la siguiente voz:

—¡Viva el héroe!

—¡Viva!

—¡Viva España!

—¡Viva!

—¡Hurra y Santiago contra todos nuestros enemigos!

—¡Hurra! ¡Hurra!

Estas voces fueron de barco en barco repitiéndo las más de 5.000 hombres.

Flaviano hizo las señales y todos los buques se dirigieron al Boquete.

Pasó primero la Numancia y así sucesivamente los siete barcos restantes.

El crucero inglés se había adelantado seis horas. Ahora llevaba el nombre de Leopardo y lo habían pintado de distinto color del que tuvo. Lucía la bandera española.

Lo mismo hicieron con los dos navíos, apresados á los ingleses.

Ya en el golfo hizo rumbo la Numancia al Norte, un poco inclinada á Noroeste para ir de bolina.

Los siete barcos restantes lo seguían á la distancia conveniente.

Todos los jefes seguían las instrucciones de su almirante con exactitud completa.

Flaviano sin soltar su anteojo miraba el tiempo,

luego su escuadra y á menudo hácia el horizonte á que daba frente la proa de su galera.

Zalla iba á su lado y sus dos criados los miraban apoyados á la borda.

Manuel decía en estos momentos á Pérez:

—Me parece que va á jugar hoy mucho hierro.

—¿En qué te fundas?

—En la cara del héroe.

—¿Qué notas?

—Pérez, yo no sé lo que noto, pero noto algo.

—Ilusiones tuyas. El general en jefe está más frío y más sereno en medio de los peligros que fuera de ellos.

—¿Crees tú que haya zafarrancho.

—Opino que no.

—¿Por qué?

—¿Iría cubierto de seda?

—Es verdad, pero somos los cuatro únicos que no llevamos defensa alguna.

—Porque él no la lleva y cuando él lo hace así es porque no debe hacerse otra cosa.

—Pero, hombre, dime tu opinión.

—Es la de mi señor.

—¿Pero cuál es?

—El lo sabe y basta, y déjame en paz.

—Bastante me has dicho.

—De sobra.

A la vez decía Zalla al héroe:

—Señor, andamos poco.

—Sí, llevamos el viento casi contrario y no conviene andar más.

—No hay un solo rostro en los miles de hombres que nos siguen que no demuestren alegría y satisfacción.

—Ricardo, los españoles vamos á la pelea y hasta al sacrificio riéndonos.

—Pero no con la satisfacción que van nuestros soldados.

—Mañana veremos.

—¿Hoy no haremos nada?

—Andar. ¿Te parece poco?

—No lo sé, señor.

—Pues es bastante.

—Que mar este, señor, llevamos bastantes horas de navegar y no hemos visto una vela ni un mastil.

—No es fácil; saben ya los marinos europeos y americanos que vienen los ingleses contra nosotros y huyen de estos mares.

—Eso debe ser.

Comieron á la hora de costumbre y continuaron su ruta sin distinguir una vela.

Por la tarde Pérez de Guzmán preguntó al héroe:

—¿Vais satisfecho, señor?

—Voy indiferente, comandante.

—No se ve un buque inglés por ninguna parte.

—Hasta mañana no podemos verlos. ¿Tenéis deseos de contemplarlos?

—Todos lo queremos, señor.

—Tened un poco de paciencia, que ya vereis más de lo que pensais.

—Que vengan los que quieran.

—No seais temerario; tantos pudieran ser que nos mandaran al fondo de ese Océano.

—No había de temblar por eso.

Poco después distinguieron por fin las velas de un buque.

Dieron la voz los vigías y Flaviano exclamó:

—Sí, el crucero Leopardo. Guzmán, haced las señales y quede la escuadra al pairo.

Llegó el crucero, no tardando su comandante Bengoa en presentarse en la cubierta de la Numancia.

—¿Y el almirante?—preguntó.

—En la cámara os espera,—le contestó Pérez de Guzmán.

Bajó Bengoa. El héroe le preguntó:

—¿Dónde está la escuadra inglesa?

—A seis millas frente á nosotros.

—¿Siguen adelante?

—No, señor, formaron en batalla y de ese modo y en ese sitio parece que esperan al enemigo.

—¿Qué orden de batalla tienen?

—Han formado un semicírculo bastante abierto.

—¿Habeis podido contar las naves que tiene ahí el enemigo?

—Veinte, señor.

—¿Traen insignia alguna que de á conocer su intento.

—Todos llevan en la popa una bandera pequeña negra.

—Nosotros enseñaremos la nuestra con las balas de los cañones.

—Es la mejor señal.

—¿Os habrán visto?

—Creo que sí, pero á gran distancia y van cerradas todas las troneras y los cañones cubiertos.

—Eso es.

—¿Qué me mandais, señor?

—Es preciso que navegueis esta tarde y noche, sin deteneros hasta que deis vista á la escuadra española que viene de la Habana. Al verla calculais con exactitud la distancia á que se hallan de los ingleses, mirando la hora en que formais este cálculo. Seguida mente virais en redondo con todo el velámen desplegado para que cruzando lo más lejos posible de los ingleses vengais aquí y me deis cuenta de vüestro cálculo, que deberá ser exacto. Corre tanto ese crucero que podeis andar el doble que la escuadra española.

—Si el viento Norte continúa le haré volar.

—Id con Dios.

Osorio mandó á Guzmán que hiciese señas á la escuadra, para que no encendiesen luces aquella noche.

Solo dejaron un farol en la popa de la Numancia.

Luego que fué hora cenaron y salieron á la cubierta Flaviano, Pérez de Guzmán y Zalla.

A los criados les mandaron retirar y á los que no estaban de servicio dormir.

Estos tres se repartieron la noche del modo siguiente: Zalla estaría de centinela de diez á doce; Guzmán de doce á tres, y Flaviano de tres en adelante.

Su misión era observar el horizonte y á todos los que estaban de servicio para que no se durmiera ninguno.

Los dos que descansaban debían hacerlo en les divanes del observatorio del almirante vestidos.

De este modo y teniendo en vela constantemente dos expertos vigías era imposible toda sorpresa.

Transcurrió la noche sin qne ocurriese nada que de contar sea.

Pero al aparecer el día y en los momentos que se hallaba de centinela el almirante, gritó uno de los vigías:

—Crucero Leopardo, Norte, á dos millas.

El héroe se fué á la proa con su anteojo y estuvo mirando diez minutos.

El crucero venía viento en proa, cortando el agua y con una ligereza propia de un barco hecho para volar por los mares.

El golfo estaba tranquilo; una brisa fresca y agradable rizaba su superficie y daba principio en aquel momento una mañana agradable y serena.

Minutos después se detenía junto á la galera el cruzero Leopardo y pasaba á la cubierta de la Numancia el capitán Bengoa.

—Mucho habeis corrido,—le dijo el héroe entrando con él en su observatorio.

—Mucho, señor,—le contestó,—ese crucero corta el agua y vuela como no vi jamás.

—¿Visteis la escuadra española?

—Vi las luces de sus barcos, señor, á la distancia que podeis figuraros.

—¿Cuántas millas estaban de los ingleses?

—Treinta.

—¿Qué habeis tardado en andarlas?

—A quince por hora; puede que algo menos.

—¿Mirásteis el reloj?

—Sí, señor.

—¿Qué hora era entonces?

—Las tres.

—La escuadra andará siete millas por hora.

—Escasas, señor.

—Tenemos tiempo bastante.

—Creo que sí, señor.

—Bengoa, á vuestro barco y sitio señalado por mí.

—Al momento, mi almirante.

—Descubrid las troneras y saludemos al enemigo dignamente.

Salió el capitán y trasladado á su buque formó en batalla con los restantes barcos de la escuadra.

Flaviano gritó:

—Oficial de guardia, la Diana y que cada uno ocupe su puesto.

—Ahora mismo.

No tardó en oirse el toque de Diana y seguidamente aparecieron en la cubierta todos los oficiales y la gente de mar necesaria para hacer andar el barco.

También se situaron al lado de Osorio, Zalla y Pérez de Guzmán.

—Haced señales á la escuadra para que estén listos y salgan á la vez que la Numancia. Mechas encendidas y todos los artilleros al pie de los cañones. La tropa quieta en los segundos puentes.

Fué obedecido.

Flaviano miró el reloj y dijo:

—Nos sobran diez minutos. Pérez?

—Señor.

—Una copa de Jerez y bizcochos.

—Al momento.

—Zalla, Guzmán, tomad vino y bizcochos; Dios sabe á la hora que podremos comer hoy.

—Muy bien, señor.

Todos imitaron al héroe, desde Guzmán y Zalla hasta el último alférez.

A los marineros les dieron galletas y vino tinto, por raciones el último para que ninguno abusara.

Flaviano mojaba los vizcochos en vino, y de vez en cuando miraba el reloj.

Como de costumbre iba á obrar matemáticamente.

Pronto veremos el resultado de sus cálculos y hasta de su adivinación.

CAPITULO XLVII

El primer avance.—Se rompe el fuego.—Varios navíos bajan al fondo del mar.—Lo que sería España con buenos generales.

Acababan de tomar todos su ligero desayuno cuando volvió á exclamar el héroe, después que miró el reloj:

—Señores, se aproxima el momento. Cada uno á su puesto; haced las señales, Guzmán, y que avance la escuadra en ala. Luego observad nuestros buques, Pérez de Guzmán, y si alguno tarda en obedecer participádmelo.

Y se fué á la proa llevando en una mano su anteojo y en la otra el reloj.

Un cuarto de hora después decía Guzmán al héroe:

—Señor, vamos en ala los nueve.

—¿No adelanta ni retrasa ninguno?

—No, señor.

—¿Y la Numancia?

—Ocupa el centro y guarda su nivel. ¿Se ve al enemigo?

—Y lo que es mejor, Guzmán. Los ingleses distinguen la escuadra española que viene del Norte y se disponen á atacarla.

—¿Nos habrán visto?

—No lo demuestran. Todos miran al enemigo que tienen delante sin cuidarse para nada de lo que tienen detrás.

—Es que ellos no adivinan como vos.

—Vaya una adivinación, bastaba mirar con el anteojo hácia el Sur.

—¿Vamos despacio, señor?

Osorio miró al reloj, contestándole:

—No; vamos bien.

A la vez de este diálogo, sostenía Zalla el siguiente con un capitán de marina.

Preguntaba el último:

—Señor maestre de campo, ¿qué nos va á suceder hoy?

—Dios y el héroe lo saben.

—¿Nadie más?

—No.

—Ni vos que sois su ayudante, casi su amigo y discípulo querido.

—Ni yo.

—Tenemos enfrente al enemigo.

—Sí, á la vista. Y detrás la escuadra española.

—¿Qué deducís?

—Que vamos á coger al enemigo entre dos fuegos.

—Aun así es superior á nosotros.

—Pero si nuestra escuadra se halla de acuerdo con la otra española...

—¿Qué?

—Pueden pasarlo mal los ingleses y franceses.

—Opino, capitán, que ni conoceis al héroe ni él cuenta para nada con los que vienen.

—Entonces me parece que somos pocos.

—¿Teneis miedo?

—Un poco dura es la pregunta, señor maestre.

—Nada más natural que dirigírsela á un español que tiene la prudencia de contar el número de sus enemigos.

—Es que los navíos no son hombres.

—¿Qué más da? ¿Creeis por ventura que el héroe ó yo contamos alguna vez á nuestros contrarios, sean barcos ó sean soldados? Capitán, id á cumplir con vuestro deber, que aquí estais demás.

—Perdonad, señor maestre.

—Id con Dios.

—No he querido ofenderos.

—Señor conde de Líbana,—le dijo Pérez acercándose con Manuel, criado de Zalla. Aquí estamos á vuestra disposición.

—¿Qué quereis decir, Pérez?

—Nada, que se refiera á auxilio material, que vos os sobrais para esas cosas, pero si hay que prender

á alguno y llevarlo á la bodega de la galera... ó tirarlo al mar. Ya sabeis que yo tengo mucha fuerza.

—Gracias, Pérez, por ahora no hace falta nada de eso, pero si durante el combate ves á alguno que duda ó vacila, os autorizo para que lo mandeis á pelear con los tiburones.

—Alerta estoy, y en caso necesario, le daré un baño completo.

En el mismo instante elevaba una queja contra Zalla al capitán de marina por ante el maestre Pérez de Guzmán.

Este le contestó:

—¿Conoceis al maestre Zalla?

—De verlo con el almirante.

—Desgraciado, ¿qué decís?

—Nada más que de eso.

—Es el hombre más valiente y hábil que tiene el ejército, es por esa causa el discípulo y protegido del héroe y os habeis indispuesto con el hombre que más vale, después de nuestro almirante.

—¿Puedo enmendar mi falta?

—Sí, meteos en cama pretestando enfermedad.

—¿Delante del enemigo?

—Ni haceis falta vos ni conteis con ascenso alguno en esta pelea... ni creo que en ninguna otra.

—¿Tanta influencia tiene ese maestre de campo?

—La que legítimamente le corresponde por sus muchos merecimientos.

—Tendré paciencia.

—Sí, retiraos á vuestro camarote, que estais enfermo.

Y le volvió la espalda.

El capitán se acercó á varios oficiales que esperaban órdenes y les refirió en extracto lo que acaba de ocurrirle.

Todos lo miraron con desdén, dejándolo solo sin contestarle nada.

Pérez no le perdía de vista.

Flaviano exclamó:

—Guzmán, haced señales para que la escuadra imite á la Numancia. Proa al Oeste. Vivo.

Después hizo la puntería, la afinó volviendo á exclamar:

—¡Fuego, la banda estribor!

Los barcos ingleses se veían ya muy bien con la vista natural y estaban casi á tiro de los españoles.

El espacio se cubrió de humo.

Con rapidez hizo lo mismo Flaviano en el segundo puente, subió á la cubierta y tornó á exclamar:

—Proa al Este. Más vivo.

Cuando la galera acabó de virar, dijo:

—Fuego la banda babor.

Bajó al segundo puente, afinó la puntería y mandó á los ingleses las balas de otra banda.

Quedaron vacíos los treinta cañones de las dos bandas.

Pronto volvieron á estar cargados de nuevo.

Sepamos lo que ocurría.

Flaviano con los treinta cañones de su galera había echado á pique el navío almirante inglés y otro, el mejor francés que se hallaba más próximo al anterior.

A la vez hicieron fuego algunos cañones, pocos, de dos ó tres buques de la escuadra española y todos los de la armada franco-inglesa.

Pero á la distancia en que se hallaban unos y otros ninguna bala llegó de los enemigos ó iban ya apagadas.

Sólo alcanzaban á aquel sitio las de la galera de Flaviano, cuyos cañones eran culebrinas iguales á las de las baterías de tierra en la isla de Líbana.

En esos momentos ocurrió un hecho que por lo extraño merece relatarse.

Ya hemos dicho que Pérez no perdía de vista al capitán que cuestionó con Zalla.

Dicho capitán estaba descolorido, muy descolorido desde que oyó la primera descarga.

Hicieron fuego los ingleses y franceses, y al oir las detonaciones inclinó el cuerpo para que su cabeza no sobresaliera de la borda y evitar de este modo el que una bala imaginaria, pues ninguna llegaba allí le diera en la cabeza.

Pero lo vió Pérez era una indignada cobardía, dió un salto, y más rápido que el huracán lo cogió por una pierna y por el cuello y lo arrojó al mar.

Cuando el marino quiso darse cuenta de lo que Pérez hacía con él estaba ya en el agua.



Lit. - Felipe González Rojas. - Editor.

...lo cogió por una pierna y por el cuello y lo arrojó al mar.

Zalla que los estaba observando, le preguntó:

—¿Qué has hecho, Pérez?

—Nada, señor conde; ese pobrecito capitán, avergonzado de su cobardía se quiso suicidar arrojándose al golfo, y por humanidad le ayudé á que se matara.

—¡Por humanidad!

—Sí, señor, mi maestre de campo, y no os extrañe, se llama Miró, es de orígen francés y promovió mi compasión.

—¿Qué dirá el general en jefe cuando lo sepa?

—¿Quién se lo ha de decir?

—Por lo menos yo.

—¡Vos! También era fácil.

—¿Por qué dices eso?

—Porque sois incapaz de proteger la memoria de un cobarde.

—Me callaré, pero si me preguntan yo no se mentir.

—Ni yo; llegado ese caso la verdad.

—Quedemos en eso.

—Señor conde, otra andanada y van cinco en la Numancia.

—Ya lo se.

—¿Por qué no llegan aquí las balas enemigas?

—Porque matarían españoles y no quiere mi maestre que muera ninguno.

—Hace bien. Pero cuanto cañonazo para nada.

—Crees que la Numancia no hace nada.

—Esa sí, pero los otros de aquí y de allá...

—¿No basta con nuestra galera?

—Para los ingleses y franceses ha de sobrar, señor maestre.

Flaviano había mandado disparar sesenta cañonazos y tenía echados á pique cuatro navíos, siendo dos de ellos los que mandaban el principal jefe inglés y un general francés.

Quedaron los restantes jefes extranjeros confusos, aturdidos, sin saber qué hacer; sin cuidarse ya para nada de la armada que habían salido á recibir.

Se habían visto de pronto sitiados por el Norte y por el Sur, y en veinte minutos perdieron sus cuatro mejores barcos, y los dos generales que mandaban las escuadras con cuantos les acompañaban y tenían en los navíos echados á pique.

Avanzaron dos navíos haciendo fuego, y los dos fueron al fondo del mar.

Ya eran doce contra diezinueve; eso pensaron ellos sin comprender que habían sido veinte contra una sola galera, la Numancia, ó que ésta había sido sola contra todos ellos.

Pero como á la vez que ésta hacía fuego la imitaba casi toda la escuadra española, no podían adivinar que una sala galera hiciera tanto daño.

Al ver las pérdidas que tenían sin conseguir otra cosa que perder barcos y gente, el jefe más autorizado de los que quedaban, hizo señales para que pusieran proa al Oeste.

Es decir, que emprendieron la retirada.

Pero el caso debió estar previsto por Flaviano, porque echó á pique los dos últimos barcos extranjeros que huían, y acto continuo avanzaron siete de los nueve barcos de su escuadra hasta alcanzar al enemigo y cañonearlo en su cobarde retirada.

Quedó la Numancia con el bergantín Lucero.

Flaviano veía con su anteojo como sus siete buques cañoneaban los extranjeros y cuando se convenció de que ni los franceses ni los ingleses se volvían ni paraban exclamó:

—Huyen á toda vela; yo los encontraré.

Escribió una carta con lápiz, la tiró sobre la cubierta del Lucero que lo tenía al lado, diciendo á su capitán:

—Riquelme, á la isla Líbana. Dad esa carta á mi hermano Julio. No os detengais nada.

Luego exclamó:

—Proa al Sur, Guzmán, y corramos todo lo que se pueda. Inclinaos un poco al Oeste, vamos á Jamaica y quiero llegar, si se puede, antes que la escuadra franco-inglesa.

El comandante le obedeció, se hincharon todas las velas y la Numancia con viento de popa corría de un modo increible.

El héroe apoyado en la borda de estribor miraba con su anteojo distinguiendo confusamente y á larguísima distancia á los que huían y á sus perseguidores.

De la escuadra española que venía del Norte no se cuidó para nada.

Les dejó el camino espedito sin que ellos hiciesen otra cosa que mirar lo que pasaba y les volvió la espalda como á buques desconocidos

Siguió mirando mientras vió la punta de un mastil.

Cuando solo podía distinguir cielo y agua, entró en su observatorio seguido de Zalla.

Ya dentro llamó:

—Pérez.

—Señor, ¿qué manda V. E.?

—Entra.

El héroe se fijó en él hasta obligarle á bajar la vista.

Luego le dijo:

—En cuanto lleguemos á la isla arreglaremos cuentas.

—Cuando lo tenga á bien mi general en jefe.

—Tráenos ahora á Zalla y á mí fiambres, dulce y vino.

—¿Nada más?

—No hay tiempo para otra cosa.

Poco después empezaron á comer fiambres.

No tardó Flaviano en coger un poco de dulce, comérselo, se bebió la copa de vino y un vaso de agua, y dijo al maestre:

—Continúa comiendo, Ricardo, que no me haces falta.

Y provisto de su anteojo salió á la cubierta.

Miró al Este y al Oeste, nada vió, y después de

examinar el tiempo, preguntó á Guzmán que tenía al lado:

—Cuantas millas andamos.

—Admiraos, señor, catorce por hora.

—En ese caso llegaremos á Jamaica antes que los ingleses.

—Creo que sí, señor.

—Nos conviene.

—Y entiendo que estaremos allí antes de la noche.

—No será mucho antes.

—Cuando el sol nos cubra todavía.

—Así conviene. Los barcos ingleses y franceses que la Numancia perdonó pueden llegar á esa isla en mal estado por los destrozos que les va haciendo nuestra escuadra, y esto les impedirá que lleguen cuando ellos se proponen.

—Ellos van rodeando para huir del enemigo.

—Eso era al principio, ahora no, porque sería necio. Estoy seguro que han puesto la proa á Jamaica y corren cuanto pueden. Dirán, y les sobra razón, que cañoneándolos por cualquier ruta que vayan, les conviene tomar la más corta y la habrán tomado.

—Es lo más probable, señor.

—¿Cómo están los cañones de la Numancia?

—Los dejamos enfriar y así continúan.

—Que los carguen.

—¿No hemos concluído, mi almirante?

—Sí, concluimos, pero vamos á empezar de nuevo en otra forma.

—¿No basta con ocho y los destrozados?

—No; á ser posible echaría á pique todos los ingleses, los franceses y los holandeses que hay en los mares.

—Que os lo pongan delante y cumplireis vuestro deseo.

—Cumplid mi encargo.

Guzmán fué á dar la orden de que cargaran de nuevo y Osorio comenzó á mirar con su anteojo.

Pero nada veía, solo ese inmenso círculo de agua que parece cerrado por el cielo.

Zalla que había concluido de comer, se acercó y le dijo:

—¿Hacia dónde vamos, señor?

—A Jamaica.

—Dicen que es mal país.

—No es bueno.

—¿Vamos de caza?

—No, de guerra. Querían echar á pique la escuadra nuestra que venía, y quiero averiguar cuál de las dos es la que se va al fondo del golfo.

—La de ellos.

—Todavía es pronto para asegurar eso.

—Ello dirá, señor.

Y continuaron hablando.

Después se incorporó con ellos Pérez de Guzmán y los tres conversaban cuando exclamó Flaviano:

—Hemos dejado atrás la escuadra extranjera, pero muy atrás.

—¿La veis, señor?—le preguntó Guzmán.

—No.

—Pues no comprendo...

—Veo lo que anda nuestro barco y calculo lo que anda el enemigo.

—Positivamente no os equivocais en una milla.

-Ni en media. Son cálculos matemáticos, Pérez de Guzmán.

—Lo comprendo.

—Podeis hacerlos como yo.

—Un poco menos.

—Cuando estemos en tierra os enseñaré fácilmente.

Y entró de nuevo en su observatorio.

CAPITULO XLVIII

Jamáica.—La primera sorpresa.—La segunda.—La tercera y cuarta. Los prisioneros.

La galera, por la combinación del velamen dispuesta por Osorio iba ahora andando cinco millas más por hora que las escuadras extranjera y española.

Era un hermoso barco con tantas y tan excelentes cualidades, que á un marino tan sabio como Flaviano debía sacarlo de cuantos compromisos tuviera.

Su contracción era excelente, sus maderas las mejores, y después Osorio le hizo blindar interiormente con planchas de cobre, le pusieron un observatorio modelo y algunas otras cosas que le hacían sobresalir de los buques conocidos hasta aquella fecha. En ella iba seguro el héree y con ella á todo se atrevía.

—¿Dónde nos hallamos, señor?—le preguntó Zalla.

—En la mar de los caribes.

—¿Así llaman á esta parte del golfo?

—Sí.

—¿Por qué, señor?

—Porque existieron en esta parte de América varios indígenas crueles é inhumanos y les daban ese nombre.

—Está muy cerca Jamaica.

—Sí, con el anteojo ya se la ve.

—En ese caso vamos á llegar mucho antes de anochecer.

—Aquí no anochece jamás.

—Siempre es de día.

—No, hombre, es que no hay crepúsculos.

—¿Por qué?

—Porque estamos en la linea ecuatorial.

—¿Y qué sucede, señor?

—Que hay doce horas de día y doce de noche.

—¿De pronto se reemplazarán la noche y el día?

—Instantáneamente no, pero poco menos. Antes de dos horas lo verás.

—Y decís que vamos á Jamaica.

—Sí.

—¿A recibir en su casa á los ingleses de la escuadra?

—No, en la nuestra.

—¿Es decir, en la que va á ser nuestra?

—Yo no digo eso, te he dicho en la nuestra.

—Pues no lo entiendo, señor.

—Porque eres torpe, Ricardo.

—A vuestro lado, todos somos torpes.

—Tampoco es eso.

—No se lo que es, mi general en jefe.

—¿Has estudiado geografía?

—Sí, señor.

—Veamos; ¿quien descubrió la isla Jamaica?

—Colón.

—¿Quién tomó posesión de ella?

—Los españoles.

—¿Quién nos la ha quitado?

—Nadie que yo sepa.

—En ese caso era y es nuestra.

—Comprendo. Los ingleses se han refugiado en ella por derecho de conquista.

—Eso es.

—¿Y los vamos á echar?

—Tu pregunta me recuerda las frases que expresé antes de embarcarnos al hablar del traje que debíamos usar: te dije vamos á la guerra, el que quiera debe cubrirse con traje propio de la guerra.

—Para lo que yo hago bien estoy así.

—En esta galera tendrás por lo menos media armadura. ¿Es eso?

—Sí, señor.

—Pues póntelo, porque vas á tomar un fuerte á la carrera.

—¿Lo decís de veras, señor?

—¿Cuándo hablo yo de broma?

—Vuelvo, señor.

—Pérez.

—¿Qué manda mi general?

—Que venga Guzmán.

—No está lejos.

Flaviano hablaba todo lo que hemos oido desde la proa mirando siempre con su anteojo.

—¿Me llama mi almirante?—le preguntó el maestre.

—Sí. Nos hallamos á cuatro millas de la isla Jamaica.

—Es verdad, señor.

—¿Está dispuesta la fuerza?

—Toda.

—¿Los artilleros?

—También.

—Quiero tomar la torre y esa población, única que tienen los ingleses en la isla Jamaica á la carrera.

—¿Quién los va á mandar?

—Ricardo Zalla.

—Buena elección. La tomarán á la carrera.

—¿Están prevenidos los oficiales y soldados?

—Sí, señor.

—Haceis el desembarco con la brevedad posible.

—Muy bien, señor.

—Quedará ahí un navío inglés.

—Sí, señor.

—De ese yo me encargo, ó se entregan ó le echo á pique. No podemos perder tiempo.

—Se hará todo con la rapidez necesaria y la que vos empleais en estos casos.

—Ahí teneis un capitán que ha servido en Jamái-

ca. Ese puede ir al lado de Zalla durante el asalto.

—¿Está el maestre enterado?

—No, á hacerlo voy.

—¿Quiere algo más mi almirante?

—No, disponedlo todo.

—¿Empezaremos por la sorpresa y toma del navío inglés?

—Sí.

—Hasta luego, señor.

Flaviano llevaba un cuarto de hora sin quitarse el anteojo de la vista.

—Luego mandó liar la bandera española preparando la sorpresa del navío inglés, único que tenían los extranjeros en Jamáica.

Flaviano dió algunas órdenes al timonel y á los jefes de la marinería y se volvió al extremo de la proa.

La galera seguía como una saeta.

Todo podían figurárselo los ingleses menos que se acercase un barco español á Jamaica.

Esperaban ver navíos españoles, pero apresados por la escuadra franco inglesa, con algunos millares de prisioneros. Pero no ese día, sino al siguiente.

Por esa causa se hallaban en tierra casi todos, y si el navío no estaba abandonado le faltaba poco para estarlo.

Vieron llegar una galera sin insignia y creyeron que era de los franceses ú holandeses que venían á ayudarla á matar españoles.

Se acercaba el barco nuestro y ya ni aun lo miraban.

Los que estaban en la población, ni tenían idea de la presencia de semejante barco.

Ellos tenían allí el navío y el fuerte que por sorpresa se habían apoderado de él, el cual contaba con cuatro cañones.

Por último, Flaviano llegó al navío inglés, echaron las amarras, quedó la galera como anclada, y en cinco minutos pasaron de un barco á otro cerca de mil soldados con todos sus jefes y oficiales.

Ya conocemos la energía de Flaviano y la rapidez que imprimía en esas sorpresas.

Sin tirar un tiro, sin oirse una voz ni otra cosa que el ruido que produjeron los saltos y las carreras se hicieron dueños los españoles del navío, encerrando en sus bodegas á los soldados, marinería, servidores y á dos únicos oficiales que había.

Todos habían sido desarmados y á excepción de los cañones, de los cuales tomaron posesión la mitad de los artilleros que llevaba la galera, las restantes armas pasaron á la Numancia.

Mientras hacían esa operación, diez remeros de la galera corrían al muelle, embargaban las lanchas de todas clases que había allí y los llevaban al costado de la Numancia.

En tanto que los esquifes llegaban á la galera, decía Flaviano á Zalla:

—Partes con la fuerza que tenemos dispuesta en

la galera, son 800 hombres; lo primero sorprendes las guardias del muelle, y acto continuo el fuerte, cogiendo prisioneros ó matando como puedas, lo probable es lo primero á todos los ingleses. Desarmados todos los mandas á la lonja encerrándolos en ella.

Luego pones en libertad á todos los españoles y americanos que cogieron los ingleses, las armas que ocupen el puesto que antes tuvieron y llamas también á las armas á todos los ciudadanos que quieran defender nuestra causa. Reunes el mayor número posible de hombres armados; poco después iré yo.

Necesito, Ricardo, en esas operaciones gran energía y una rapidez sorprendente. El buen éxito de mi pensamiento depende de tu energía y rapidez.

Nada le contestó Zalla.

Hacía ya algunos minutos que habían llegado todas las lanchas del puerto y el maestre seguido de los jefes y oficiales quo estaban á sus órdenes tomó la más grande diciendo á los remeros:

—Al muelle. Corred.

A la vez partían otros y todos los botes de la galera y el navío apresado, llenos de soldados que iban delante y detrás de la lancha de Zalla.

Llegaron al muelle y bastó un oficial con 20 hombres para sorprender las dos guardias que tenían allí los ingleses, desarmarlos y encerrarlos en una prisión.

Desarmada ya toda la tropa, se puso al frente Zalla, sorprendió el fuerte, halló borrachos á la inmensa mayoría de sus defensores, los hizo á todos

prisioneros y desarmados los mandó encerrar en la lonja. Lo mismo hizo con los que estaban fuera del navío.

Sin pérdida de tiempo, puso en libertad á los españoles y americanos que tenían encerrados los ingleses y estaban al servicio de España, los armó y llamando por pregón á todos los ciudadanos que quisieran defender á España y en particular á Jamáica, invocando el nombre del rey y del héroe Flaviano de Osorio.

Al saber los habitantes de Jamáica que estaba entre ellos el genio de la guerra, ninguno retrasó formar en sus filas y Zalla tuvo á sus órdenes los 800 hombres que había llevado y 1500 más, que formaban un total de 2300.

Cubrió las guardias, mandó al fuerte todos los artilleros que estaban antes de llegar los ingleses y 300 hombres escogidos quedándose con 2000 que hizo formar en el muelle.

Diez minutos después llegó el héroe acompañado solo de su criado, preguntándole:

—¿Cumpliste mis instrucciones?

—Todas.

—¿Sin oposición?

—Ninguna.

—Sin víctimas.

—Nadie resistió. A casi todos los hallé alcoholizados.

—Sí, aquí hay buen rom y barato. ¿Qué fuerza tenemos.

—Más de 2300 hombres.

—¿Qué guarnición teníamos en Jamaica?

—Quinientos españoles y otros tantos americanos.

—¿Qué son los restantes?

—Ciudadanos de nuestro país y de América; es decir, comerciantes y artesanos.

—¿Qué dicen en la población?

—Que en pos del héroe van á todas partes.

—¿Quién es el héroe?

—Vos.

—Qué torpeza. ¿Conocen mi nombre?

—Algo, corre por el mundo como el aire.

—¿Están asegurados los prisioneros?

—No escapará ninguno.

—Vamos á la dársena.

—¿A esperar á los que vienen huyendo de nuestra escuadra?

—Sí.

—Son algunos miles.

—Serán de 7 á 8000.

—¿Y vais hasta sin espada?

—¿Para qué quiero las armas?

—Para defender vuestra preciosa existencia.

—¿Qué suponen mi espada y pistolas contra 7 ú 8000 ingleses y franceses?

—Señor...

—No perdamos tiempo, maestre Zalla.

—Marchemos,—exclamó Ricardo dirigiéndose á la dársena á paso redoblado.

Ya era de noche cuando entraron en los edificios que había en la orilla de aquella.

En estos momentos llegaba la escuadra inglesa.

Eran doce buques de alto bordo, pero venían agujereados por las balas españolas de los cañones de nuestra escuadra y casi desmantelados.

Algunos hacían agua.

Los doce anclaron junto al muro que cerraba la dársena y en la parte más próxima á la población.

El primero que echó pie á tierra fué el que venía haciendo de almirante.

Sobre el muro gritó:

—Que desembarque toda la fuerza, quede solo la marinería, desagüe y repare roturas. Vivo.

Estas voces fueron repetidas por los jefes de cada barco y en el acto obedecidas.

Era, según hemos dicho, completamente de noche y los alrededores de la dársena se hallaban bastante oscuras.

El desembarque era en la dársena facilísimo, pues atracados los buques junto al muro, bajaban la escala real y se hallaban en tierra firme.

Tenían para salir que atrevesar un gran edificio, el mayor que allí había, y según entraban en él iban siendo desarmados y hechos prisioneros por Zalla y sus dos mil hombres.

Se hallaba tan bien dispuesto este difícil acto, que no podía ofrecerles dificultad alguna. Desde un pasillo estrecho en que iban de dos en dos y muy deprisa,

según orden recibida de su jefe, entraban en una inmensa bóveda, en la que se hallaban con mil arcabuces montados y apuntándoles.

—Pena de vida al que grite—les decían, y cogidos por un brazo los desarmaban y conducían á otra bóbeda contigua, en la que indefensos ya, los iban acinando.

Esta operación era rápida y la presenciaban y ayudaban á ella Zalla y treinta entre jefes y oficiales.

El almirante occidental fué el primero que entró, y cogiéndose á su brazo Osorio le dijo:

—Venid conmigo, señor almirante.

Su criado Pérez le empujó haciéndole entrar en una habitación pequeña, que cerró instantáneamente.

A la vez le amenazaba Pérez con una pistola de dos cañones montada, diciéndole:

—Si alzáis la voz os mato.

No entendía el jefe inglés el español, pero conocía el arma con que le amenazaban y selló los labios.

Pérez lo desarmó y Flaviano dijo á su criado:

—Déjanos solos, Pérez.

—Muy bien, señor, pero estoy cerca y dejo la puerta entornada.

No había en aquella habitación más que dos sillas de junco y una mesa, Osorio dijo al almirante accidental en inglés:

—Sentáos.

Y le dió él el ejemplo.

—¿Quién sois?—le preguntó el inglés lanzándole una mirada de fuego.

Con calma y dulzura le contestó el héroe:

—Soy Flaviano de Osorio.

—¿Vos?

—¿Qué os admira?

—¿No estabais en la isla de Líbana?

—Allí estuve hasta que me dijeron que no contentos con arrebatar á España esta isla que tomasteis por sorpresa, ibais á echar á pique una escuadra española compuesta de 10 buques con otra que contaba 21, y al saberlo me propuse coparos la vuestra con nueve. dos de ellos pequeños y poco armados.

—¿Nada más teniais?

—Nada más.

—¿Y cómo en medio del golfo me echasteis á pique ocho navíos con tan poca fuerza?

—Eso ya es distinto, señor general; esos ocho barcos los echó á pique la sola galera que yo mando, la Numancia.

—Eso es increible.

—Pues sólo eso podía ser toda vez que ninguna bala vuestra llegó á mis barcos, ni ninguna de los ocho buques restantes de mi escuadra á los vuestros.

—¿Y el fuerte?

—El fuerte que por sorpresa quitasteis á España os lo arranqué muy poco después de haber llegado.

—¿Cuánto me adelantasteis?

—Más de dos horas.

—¿Y con eso os bastó?...

—Sí, me sobró tiempo.

—Me confunde cuanto me estais diciendo.

—Hareis mal en dudar de mis frases, porque á ellas seguirán las pruebas y basta y sobra con las tonterías que habeis hecho hoy.

—¡Si todo lo que decís fuese cierto!...

—¿Qué sucedería?

—Que seríais el primer hombre del mundo.

—Ni el primero ni el último; soy un general como vos aun cuando mucho más joven.

—¿Y los 8.000 soldados que vinieron conmigo?

—Los están desarmando y prendiendo.

—¿Con este silencio?

—Tiene pena de la vida el que grite.

—¿Y los jefes y oficiales de la escuadra y de la fuerza?

—Lo mismo que vos, prisioneros.

—¿Y vuestra escuadra?

—No tardará en entrar en la dársena.

—Venía tras de nosotros; pero dejó de cañonearnos y la perdimos de vista. Creimos que se retiraba.

—En todo os habeis equivocado hoy, almirante.

—Empiezo á comprenderlo todo, general en jefe de España.

—Es pronto, pero todo lo comprendereis antes de cuarenta y ocho horas.

—Lo deseo, lo anhelo.

—¿Para qué?

—Para admiraros, señor.

—No hacedlo; yo tengo bastante con la satisfacción de sí propio. No aspiro á más.

—Decid, un hombre tan valiente como vos, ¿por qué ha consentido que me desarmen?

—Yo no mandé que os quitaran la espada, pero lo toleré porque ya veis que yo tampoco la llevo.

—Es verdad.

Y continuaron hablando.

CAPITULO XLIX

—

Los doce navíos.—La escuadra española.—Los prisioneros. Embarques.

Una hora llevaban hablando los dos almirantes, cuando entró el maestre Zalla, diciendo al héroe:

—Señor, todos los prisioneros están desarmados.

—¿En las habitaciones de la dársena?

—Sí, señor.

—¿Caben bien?

—Sobran habitaciones.

—Necesito que iluminen la ciudad, el muelle y la dársena.

—Muy bien.

—Quédate con la mitad de la fuerza y la otra que traiga aquí todos los prisioneros que están en la población. Que no quede un inglés en ella.

—¿Nada más?

—Si no ha llegado la escuadra debe tardar poco.

Entrará en la dársena; cuando lo realice que pase á verme Fajardo y Negrete.

—¿Algo más desea mi general en jefe?

—No, marcha.

Salió Zalla, y el almirante inglés preguntó á Osorio:

—¿Quién ese maestre de campo tan joven?

—Ricardo Zalla, conde de Líbana.

—Oí hablar de él con elogio. Dicen que es discípulo vuestro.

—Sí.

—Pero antes no era conde.

—No, ganó ese condado hace poco.

—Aseguran que es un modelo de valor y bizarría

—No es cobarde.

—Y muy entendido.

—No es tonto.

—Y que os sigue á todas partes.

—Es mi ayudante de órdenes. ¿Señor almirante, quereis hacerme la honra de cenar conmigo?

—Os lo agradeceré mucho, porque no he comido nada hoy.

—Os advierto que mi comida en campaña es frugal.

—Comeremos lo que haya.

—Pérez.

—Señor.

—Trae en una bandeja pan, embutidos, si hay al-

gún otro fiambre, postres los que haya y una botella de Jerez.

—Tendré que ir...

—A la dársena. Ahí debe haber de todo lo que te he pedido ó su equivalente.

—O su equivalente; muy bien, señor.

Media hora después cenaban los dos almirantes un ave asada, dos pescados, jamón, varios postres de frutas y dulces, apurando la botella de vino.

Flaviano se bebió dos copas pequeñas, el inglés lo restante.

Cuando acababan regresó Zalla diciendo:

—Señor, todas vuestras órdenes están cumplidas.

—¿Y Fajardo y Negrete?

—A la puerta de esta habitación esperan que les deis permiso...

—Que entren.

Saludaron á los dos almirantes, quedando parados.

—Fajardo, Negrete, tenemos diez mil prisioneros próximamente, los embarcáis en vuestros dos navíos y en los dos que hemos traídos de los cogidos á los ingleses. Para que el embarque sea breve lo efectuáis en la dársena.

—A dos mil quinientos hombres por navío. No han de ir muy anchos, señor.

—No hay más terreno, maestre.

—Irán, mi almirante.

—Tenéis á vuestra disposición los jefes, oficiales y

soldados de la marinería inglesa que, cumpliendo las órdenes de sus jefes trabajaban en los doce buques desaguándolos y componiendo en lo posiblelos destrozos que hicieron en ellos las balas de vuestros cañones; á esos los embarcais los últimos, ocupados como están ignoran que son prisioneros y lo que últimamente ha ocurrido.

—¿A quién se entregan?

—Al conde de Santomera, virey de Méjico que hallaréis en Veracruz. Entre los dos disponed el embarque y dad á los comandantes las instrucciones convenientes para evitar toda posibilidad de sublevación. Que sigan mi sistema, toda la consideración posible con los prisioneros que se resignan, la muerte al que intente sublevarse ó induzcan á otros á que se subleven.

—Muy bien.

—Negrete, vais mandando la escuadra; vos Fajardo, cuando hayáis terminado el embarque con Negrete, venis á recibir ordenes. El Invencible que mandáis vos, lo mandara en ese viaje vuestro segundo.

—¿Deseáis algo más, señor?

—Sí; toda la gente de mar de que podáis prescindir, dejadla para que ayuden á tripular los trece barcos apresados hoy.

—¡Trece!

—Zalla y los dos mil hombres que mandan os ayudarán á todo.

—¿Cuándo partimos, señor?

—En cuanto terminéis el embarque. Os llevais de Veracruz toda la marinería que podáis embarcar. Y llevad vinos y cereales. Con la lección de hoy tardarán en ir á visitarnos nuestros enemigos, y con la llegada de la escuadra española somos muchos.

Todavía les dió algunas instrucciones más añadiendo:

—Cogéis también los prisioneros que tenemos en el navío que está en el puerto los restantes los hallaréis todos en la dársena.

Y volvieron á quedar solos Flaviano y el inglés.

Seguidamente pidió á Pérez lo necesario para escribir.

Cuando se lo llevó le rogó al inglés los dispensara, escribiendo acto contínuo varias instrucciones para Negrete, una carta para el virey de Méjico y otra para su hermano Julio.

Mandó llamar al capitán del único crucero que tenía allí, diciéndole:

—Sacad de vuestro barco toda la tripulación de que podáis prescindir, se la mandáis á Fajardo y os dirijís inmediatamente á la isla Líbana, entregando esta carta al príncipe Julio.

—¿Regreso?

—No; esperáis allí mis órdenes.

—¿Puedo partir ahora mismo?

—Sí, al momento.

Y también desapareció.

A las dos de la madrugada volvieron á verle Fajardo y Negrete.

El primero le dijo:

—Señor, queda hecho el embarque y los cuatro navíos esperan las últimas órdenes de nuestro almirante para hacerse á la mar.

—Muy bien: Negrete no permitáis que desembarque en Veracruz ninguno de los que van á vuestras órdenes. Podían hablar de las obras que hemos hecho en la isla de Líbana, y llegar la noticia á conocimiento de nuestros enemigos. Os concretáis á hacer la entrega de los prisioneros, cargáis vinos y cereales y os volvéis á nuestra isla.

—Así lo haré, señor.

—Ahí tenéis más instrucciones. Esta carta hacéis que llegue á manos del virey.

—¿Nada más?

—Llevàis una misión importantísima, estad muy alerta, no os descuidéis un solo instante y que hagan lo que vos los tres comandantes de los otros navíos.

—Creo, señor, que nada grave ocurrirá.

—Que Dios os acompañe. Esperad: este inglés es el almirante de la escuadra que hemos vencido, lleváoslo y cerca de él vigiladlo mucho. Jamás lo dejéis solo.

Después rogó al jefe extranjero que siguiera al comandante Negrete, contestó á algunas de las preguntas que éste le hizo y salieron, quedando Fajardo, Zalla, que había entrado después, y el héroe.

Flaviano preguntó al segundo:

—¿Qué has hecho del gobernador de esta isla?

—Me enteré de sus antecedentes y lo he dejado en el puesto que ocupaba.

—¿Lo merece?

—Sí, señor.

—Hazlo venir.

—Vos, Fajardo, oidme. Es indispensable terminar lo antes posible los reparos de esos navíos ingleses. Quiero que queden en disposición únicamente de poder llegar á la isla con sus velas ó remolcados los que no pueden andar con sus velas. ¿Los habeis reconocido?

—Sí, señor.

—¿Qué opinais?

—Que pueden quedar en disposición de navegar al amanecer del día de mañana. Es cuestión de palos y de unos cuantos remiendos á la ligera y bastará con ese tiempo.

—¿Cómo estamos de tripulación?

—Muy bien; irá la indispensable. Varios soldados se me han ofrecido para hacer de marineros.

—¿Y jefes?

—Tenemos muy buenos oficiales, vienen muchos y de estos habrá bastantes.

—Encargaos de todo eso como podeis hacerlo sin que suframos detención alguna en el camino. Partid cuando querais.

—Hasta mañana, mi almirante.

Eran más de las tres de la madrugada cuando Zalla entró en la pequeña y desmantelada habitación del almirante con el gobernador de Jamáica.

—Acercaos,—dijo Osorio al que acompañaba á Ricardo.—¿Os han maltratado mucho los ingleses?

—Mucho, señor.

—De obra ó de palabra.

—De las dos maneras.

—¿Conocéis el idioma que ellos hablan?

—Lo entiendo bien y lo hablo algo.

—¿Qué os decían?

—Que los españoles éramos muy brutos, que estábamos muy atrasados y que nos iban á quitar todas nuestras posesiones de la india.

—Buena prueba les hemos dado hoy. Con solo una galera le hemos echado á pique ocho navíos y les hemos cogido trece.

—Es verdad, señor.

—¿Qué dicen de mí?

—Que sois un mito.

—¿Nada más?

—Y que os iban á mandar al otro mundo.

—Nada más fácil, pero antes tienen que vencerme. ¿Y de España qué dicen?

—Que es un pedazo de Africa.

—¿Y sufrísteis con resignación todos esos insultos?

—No, señor, les llamé imbéciles y piratas.

—¿En inglés?

—Sí, señor.

—¿Qué os hicieron?

—Me mandaron dar cincuenta palos y me sentenciaron á vivir en un calabozo durante toda su dominación en Jamáica.

—¿Y si reincidíais?

—Pena de la vida.

—¿Y no deseais vengaros?

—Mi general en jefe, tengo marcado todo mi cuerpo con las señales del látigo con que destrozaron mi cuerpo y sueño con esa venganza cuando estoy dormido, y despierto no pienso en otra cosa. Dadme, señor, los medios de vengarme y disponed de mi vida cuando haya satisfecho esa sed que me devora.

—La venganza está en vuestra mano, gobernador.

—¿Cómo, señor?

—El fuerte que teneis en esta isla se puede ensanchar y fortalecer hasta hacerlo inespugnable.

—Ya lo se, mi general en jefe.

—Puede aumentarse el número de cañones y se puede echar á pique el buque ó escuadra que se acerque á esta población.

—Todo eso es cierto, pero ni tengo cañones ni dinero para hacer las obras.

—¿Cuántos cañones necesitais?

—Seis más.

—¿Y dinero?

—Seis mil pesos.

—Zalla.

—Señor.

—Poned dos órdenes á Fajardo, una para que entregue al gobernador diez cañones de los cogidos al enemigo y 20.000 pesos del mismo origen.

Mientras Ricardo escribía, exclamó el gobernador vertiendo lágrimas:

—Qué grande sois, señor, qué asombro la admiración del mundo.

—Gobernador, no es todo virtud. Oid: os he dado mucho más de lo que me habeis pedido, si aún os parece poco, aumentaré la cifra de cañones y dinero, pero como yo sepa que dejais á Jamáica que se convierta otra vez en madriguera de piratas os mando ahorcar.

—No lo temais, señor, voy á hacer un fuerte inexpugnable y en él moriré como los numantinos en su querida ciudad, antes que entregárselo á esos piratas. Os lo juro como noble y caballero y por el alma de mi padre.

—Ahora estrechad mi mano...

—Señor...

—Estrechadla. Leo en vuestra mirada que sois un buen español capaz de perecer por su patria como yo, y quiero que se junten nuestras manos como se han juntado nuestras ideas y nuestro pensamiento.

—¡Gracias, señor, oh, qué honra, qué dicha!

—Señores, vámonos á descansar. Me estuve batiendo todo el día y trabajando toda la noche. Puesto que la patria por hoy no nos pide más, descansemos.

—Señor,—le preguntó Zalla,—¿entregó el gobernador todas las fuerzas de Jamáica?

—Todas; forma las que sacamos de la Numancia y partamos con ellas. Gobernador, id mañana á comer conmigo, y si algo necesitais pedídmelo.

—Eso más, noble señor.

—Todo por la patria, gobernador, que es nuestra madre y tiene muchos y muy poderosos y crueles enemigos.

Salió el héroe de aquella pequeña y fea habitación seguido de Pérez, luego se les unió Zalla y detrás iban los 800 hombres con sus jefes y oficiales.

La Numancia, que tantos servicios había prestado, estuvo bastante tiempo con un puñado de valientes nada más, pues las fuerzas se marcharon al pueblo con Zalla, y casi todos los artilleros y marinería pasaron al navío inglés para custodiar á los prisioneros que encerraron en las bodegas.

Pronto volvió á reinar la animación y vida de costumbre.

Las fuerzas de Zalla habían sido relevadas en la ciudad por las del gobernador y entraron en la galera los mismos que habían salido.

Flaviano no quiso hablar con nadie ni aun con Pérez de Guzmán y se metió en cama diciendo á Perez:

—Tráeme una taza de caldo y una copa de Jerez.

Zalla tomó lo mismo y ambos se quedaron dormidos á las seis de la mañana.

Ni se le ocurrió al héroe que siendo aquel el punto de reunión de los aliados pudiera llegar de improviso una escuadra y sorprenderlos.

Su valor se igualaba á su talento.

Este hombre extraordinario parecía leer en el porvenir. Jamás se le vió vacilar ni pudo sorprenderle acontecimiento alguno. Todo parecía preverlo, adivinarlo, por eso hemos dicho y repetimos que leía en el libro de su inspiración cuanto ocultaba el oscuro porvenir.

CAPÍTULO L

La comida á bordo de la Numancia.—El gobernador de Jamáica.—El temporal.—Lucifer disfrazado de ángel.—El pronunciamiento.

Durmió Flaviano desde las seis hasta las once de la mañana, lo vistió Pérez y salió á la cámara donde ya le esperaba Ricardo Zalla.

—Buenos días, amigo mío,—le dijo.—¿Te acabas de levantar?

—Sí, señor.

—Hemos dormido cinco horas y basta. Daremos un paseo.

—Como gusteis, señor.

Y salieron trasladándose en una falúa á la dársena.

Flaviano fué reconociendo uno por uno todos los navíos que estaban en reparación.

Luego cogió un anteojo y se fijó en la población y en el fuerte.

Cuando acabó estuvo un cuarto de hora mirando el horizonte.

Terminó á las dos y ambos se fueron á la falúa que lo trasportó á la Numancia.

Ya les esperaban para comer el gobernador de Jamáica, Pérez de Guzmán y Fajardo.

Flaviano les saludó, y sentándose á la mesa con ellos, dijo al primero:

—He visto que teneis los diez cañones, y lo que más me ha gustado, que están trabajando en el fuerte veinte hombres.

—Exacto.

—Mal empezais, gobernador.

—¿Qué he debido hacer, señor?

—Evitar que la llegada de una nueva escuadra os impida realizar vuestro pensamiento.

—¿De qué manera, mi general en jefe?

—Multiplicando el número de trabajadores por diez, y á ser posible por 20.

—Eso deseo y eso haré desde mañana, si es que os dignais aprobar un dibujo que os traigo.

—¿De las obras del fuerte?

—Sí, señor.

—Dádmelo.

—¿Señor, comiendo?

—Sí.

—Tomad, mi general en jefe.

—Flaviano lo ojeó, diciéndole:

—Esto representa un fuerte de alguna consistencia, pero no inespugnable.

—Si tuviéseis la bondad...

—Sí, después.

—En ese caso mañana empezarán á trabajar 200 hombres.

—Ni mañana ni pasado, os lo prohibirá el tiempo.

Fajardo y Guzmán miraron con sorpresa á Osorio, exclamando los dos á la vez:

—¡El tiempo!

—¿Qué os admira, maestres?

—Señor, lo del tiempo,—le contestó Pérez de Guzmán.

—¿Lo creeis asegurado?

—Por ahora parece que sí.

—¿Qué entendeis por ahora? ¿Este instante?

—No, señor; el tiempo suficiente para que lleguemos á Líbana.

—¿A Líbana? ¿Qué opinais de esto, maestre Fajardo?

—Mi almirante, mientras vos no hableis lo mismo que mi compañero Guzmán; pero si vos opinais de distinto modo, opinaré como vos.

—Oid lo que pienso: Pérez de Guzmán, dad la orden para que leven anclas y vayan la galera y el navío inglés á la dársena, anclando en el sitio más resguardado.

—¿Ahora mismo?

—Y con viveza.

—Os obedezco, señor.

Guzmán desapareció.

Los restantes continuaron comiendo.

Diez minutos después regresó el marino y reanudó su comida.

—¿Cómo está el cielo, Guzmán?

—Ya lo veis, mi almirante, empezamos á quedar á oscuras.

—Sí, por efecto, de las nubes, ¿no es eso?

—Señor, amenaza un temporal.

—¿Amenaza ó está encima?

—Está encima. En este país se desarrollan en muy poco tiempo las tormentas.

—No en tan poco; yo lo estoy viendo venir desde que desperté esta mañana y estudié el horizonte.

—Algo veríais que ni Fajardo ni yo distinguimos.

—Una nubecita cenicienta muy pequeña. Levantaos otra vez, Guzmán, haced que enciendan luces y que corran los barcos á la dársena.

—¡Luces á las dos y media de la tarde!—exclamó el gobernador.

—Con la del día no podemos acabar de comer.

—Qué extraño, señor.

—En este país, no.

—Lo se por experiencia, pero á esta hora no ví jamás una oscuridad tan grande.

—Pues va en aumento.

—Ya lo veo, señor.

—No tardó Guzmán, diciendo:

—Ya andan la galera y el navío.

—¿Qué os parece, Fajardo?

—Que si no estais con nosotros nos sucede algo grave.

Acababan de entrar en la dársena la galera y el navío cuando estalló una tormenta deshecha. A la vez silbaba el huracán y daban principio los golpes de mar.

Ya en la dársena nada debían temer.

Flaviano dijo á Fajardo:

—Aprovechaos del temporal para que renueven los palos rotos de los navíos ingleses, el velamen y compongan la obra muerta.

—¿Cuánto tiempo tendré, señor?

—Hoy, mañana y pasado hasta un poco antes de la noche.

—Tengo el suficiente para que los doce navíos pueden ir sin que los remolque ningún otro buque.

—Conviene que así sea; notad que sólo tenemos para remolcadores tres galeras y un navío.

—Es verdad, señor, pero quedarán servibles los doce hasta en toda su obra muerta.

—¿Con remiendos de otro color.

—Sí, señor, pero en Líbana se compondrán y carenarán bien. Aquel dique es mucho mejor que esta dársena.

—Es verdad.

—Mi almirante, aumenta el temporal y temo por

los cuatro navíos que hemos mandado á Veracruz...

—No llega esta tormenta al sitio en que ya se hallarán, y menos al punto de destinación.

—Sufrimos un retraso en esta isla de dos días, ¿podrá en ellos llegar alguna escuadra inglesa, francesa ú holandesa?

—No, un temporal tan fuerte y con viento contrario no lo resisten ellos.

—Vos fuisteis contra él.

—Y eso nos salvó; ¿pero creéis que ellos harían lo mismo?

—No, señor, creo lo contrario.

En cuanto concluyeron de comer, sacó Osorio papel y un lápiz y dibujó la reforma del fuerte, dándoselo al gobernador.

—Tomad—le dijo.—Si hacéis eso no entrará aquí un inglés por el puerto ni llegará al muelle.

—No he visto nada más perfecto. Se hará así.

—En ese caso os vengaréis.

—Eso anhelo, y para conseguirlo se empleará la brevedad.

—¿Tenéis artilleros?

—Sí, señor, y además lo soy yo.

—¡Cómo brama la tormenta!—dijo Zalla,—empieza como la que sufrimos no ha mucho.

—En esta época del año hay varias en este país. Debe ser esta la última, y antes de quince días seguirá un ciclón.

—¿Lo sabremos con tiempo, mí general en jefe?

—Algunas horas antes, lo suficiente para que nada peligre en la isla Líbana.

—¿Habrá llegado esta tormenta allí?

—Sí, pero no tan fuerte como aquí.

Continuaron hablando Flaviano, Zalla y Guzmán, Fajardo y el gobernador se retiraron.

La Numancia se hallaba anclada en el sitio más resguardado de la dársena. A pesar del temporal reinante no tenía movimiento alguno.

Desde ella oían el ruido del huracán, el de los truenos de la tormenta y el de las olas gigantescas que se alzaban en el puerto é iban corriendo hasta estrellarse en el monte y muros que rodeaban la dársena, aumentado con el martilleo y hasta con el canto de los carpinteros y marinos que trabajaban con incansable afán en los 12 barcos apresados por Osorio á los ingleses y franceses.

En el mar de los caribes se improvisaban las tormentas en armonía con los temporales, que eran frecuentes y en general rápidos, de poca duración; pero imponentes y destructores.

Aquel huracán, aquellas olas que á veces tomaban la forma de montañas movidas por una fuerza incontrastable, parecían amenazar tragarse los pueblos y hasta el mundo entero para ocultar después toda su furia, y sin traspasar el límite que la Providencia le había trazado, quedar como un lago sin movimiento ni acción.

¡Qué majestad, qué grandeza había en aquellas re-

voluciones atmosféricas para el alma entera que podía estudiarlas con sangre fría y serena actitud.

Eso hicieron Flaviano, Zalla y Guzmán, los tres se encerraron en el observatorio de la galera y unas veces miraban los fenómenos que se desarrollaban ante sus ojos, y otras oían las sabias explicaciones que el héroe daba á las infinitas preguntas que le hacían Zalla y Guzmán.

A las ocho de la noche bajaron á cenar y á las diez se metieron en cama, durmiendo tranquilamente hasta las seis de la mañana que se levantaron.

Continuaba el temporal, si bien la tormenta empezaba á ceder.

Flaviano tomó un ligero desayuno é iba á pasar con Zalla y Guzmán al observatorio, cuando se presentó en la cámara Pérez, diciéndole:

—Señor, desea hablar con V. E. una extranjera, joven y hermosa.

—¿Vino con este temporal?

—Sí, señor, espera en el muro de la dársena acompañada de un intérprete.

—¿De qué país es, lo sabes?

—Parece inglesa.

—Me ha impresionado mal su venida, pero es una dama y fuerza es recibirla. Que entre sola en la galera y en esta cámara.

—Muy bien, señor.

Pérez salió, y ya en la cubierta dispuso que subiera la extranjera, y que varios soldados se apoderasen

del intérprete y de dos hombres bien portados que habían venido con los otros dos, encerrándolos con centinelas de vista en una habitación de la dársena.

La determinación de Pérez era acertada.

La extranjera entró en la cámara y saludó en inglés á Osorio, Zalla y Guzmán.

Iba cubierta con un tupido y largo manto.

—Ante todo descubrid vuestro rostro,—le dijo Zalla,—estais delante del representante del rey de España.

La inglesa le obedeció, pero al hacerlo enseñó un frasco de boca muy ancha, tapada con corcho, que llevaba en la mano derecha.

Zalla cubrió á Flaviano con su cuerpo y cogiendo á la extranjera por la muñeca derecha, le dijo:

—Suelta eso que llevas ahí.

—No.

—Sí.

El maestre le torció la muñeca con la mano izquierda y á la vez con la derecha cogió el frasco.

—Ahora hablad,—le dijo el maestre.—Ese caballero, ya os lo he dicho, es el representante del rey de España.

Y señaló á Osorio.

—Me habeis lastimado,—le dijo ella enseñándole la muñeca.

—Algo bueno encerrará ese frasco cuando tuve que lastimaros para quitároslo de la mano.

—Es mío y sólo yo tengo derecho á él.

—Ahí lo teneis. Nosotros no somos piratas como los ingleses.

—Dádmelo, que es mío.

—Eso no. Cuando lo mande el general.

Y lo retiró del alcance de su mano, quedando él de pie y á su lado.

La joven inglesa á que nos referimos tenía una estatura regular, era rubia, blanca y uno de esos tipos londoneses finos, con facciones perfectas, si bien sus ojos azules y su mirada torba no eran simpáticos ni ofrecían esa confianza que parecía inspirar el conjunto de aquella mujer.

Entró resuelta, atrevida, con forma cortés, pero al arrancarle de su mano el frasco que cubría con el manto, quedó pálida y entonces su mirada se hizo repu siva y hasta fiera.

Flaviano sentado enfrente de ella no había perdido uno solo de sus movimientos; había estudiado su rostro y en este instante se fijó en su mirada con interés creciente.

Por fin ella se dirigió á Osorio y dominándose cuanto pudo le dijo:

—Señor, dicen que sois noble y justiciero, una dama inglesa os viene á demandar un acto de justicia.

—Sois de mal país,—le contestó con calma Flaviano sin dejar de estudiar su mirada,—para implorar la justicia de un español; pero hablad, que si es justa vuestra pretensión obtendreis lo que me pidais.

—Solo á vos puedo decíroslo; es un secreto.

—Muy bien, pero antes sepamos qué contiene ese frasco que traíais en la mano. Hablad.

—Es un medicamento, señor.

—Veníais á sanar una enfermedad imaginaria; porque me hallo bueno.

—Señor, solo á vos puedo revelar mi secreto.

—¿Se relaciona con ese medicamento?

—Sí, señor.

—¿Y á quién le importa ese secreto, á vos ó á mi?

—A los dos.

—Os equivocais, á mí no me importa ningún secreto que venga por conducto inglés.

—Haced la prueba, señor, quedémonos solos.

—No quiero saber secreto alguno que venga por vuestro conducto.

—¿Teneis miedo á una débil mujer?

—A nadie he tenido miedo jamás; pero declaro con ingenuidad que con ese frasco en la mano y vuestra alma negra como el terciopelo de vuestro vestido, sois una mujer temible.—Y añadió dirigiéndose á Zalla en azteca:

—Ricardo, esa mujer está armada, al primer movimiento que haga, convierte tu pañuelo en esposas y sugétala por las muñecas.

Descompuesta otra vez la inglesa y sin comprender lo que Osorio había dicho al maestre, preguntó al héroe:

—¿Qué contiene mi medicamento para hacerme una mujer temible?

—Una sal compuesta de metales y ácido sulfúrico con algunas otras sustancias corrosivas que me hubieran muerto al llegar á mi rostro, ó por lo menos me dejarían ciego y completamente desfigurado. En España se llama á ese compuesto vitriolo, si bien los corrosivos que puede contener hubieran llegado á mi corazón dejándome muerto en el acto.

Zalla y Guzmán miraron con horror á la inglesa; ella al acabar de hablar Osorio estaba del color de la cera.

Cuando se repuso en parte, le dijo con frases entrecortadas:

—No podemos entendernos, señor, permitid que me retire.

—Eso no puede ser, quiero averiguar otro secreto distinto del que suponíais querer confiarme.

—Es un abuso de autoridad.

—¿Para qué habeis venido á ella?

—Por justicia que no me hace. Pero yo me la haré.

Y sacó un afilado puñal que debió clavar en el corazón de Flaviano, si Zalla que estaba prevenido por Osorio no la hubiera sugetado por el brazo derecho.

—No toques el puñal, Ricardo,—exclamó Flaviano,—que está su punta envenenada y mata con el más leve arañazo.

Y él mismo poniéndose en pie le cogió la mano derecha y se la retorció hasta obligarla á soltar el arma que cayó al suelo sin tocar á nadie.

También Guzmán se había interpuesto y ayudaba á sugetar á la inglesa.

—El pañuelo, Zalla,—dijo Osorio.

—No hace falta, señor,—exclamó Pérez que había estado oyendo á la puerta de la cámara y entraba con una cuerda.—Esta operación me corresponde á mi.

Y sujetó á la extranjera por manos y muñecas.

—Pérez,—añadió Osorio,—sin tocar las carnes de esa mujer, reconoce sus vestiduras. Quiero saber todo lo que oculta. Volvámosle nosotros la espalda para no ver nada de su forma interior.

—Señor,—dijo Pérez,—otro puñal.

—No lo saques de la vaina que también estará envenenado.

—Ya me lo figuraba yo. En este bolsillo tiene un frasco pequeño con un líquido blanco.

—Ponlo sobre esa mesa.

—Papeles y dinero.

—Déjale el último y pon sobre la mesa los otros.

—Gruñe, gruñe, pantera, que ya te daremos tu merecido. Señor, no tiene nada más.

—¿Estás seguro?

—Ya lo creo. Por fuera solo ropa de vestir y por dentro un alma de Lucifer.

—Siéntala en aquella silla de enfrente.

—Mirad, señor, qué cara tiene aquella mujer que parecía tan fina y hermosa. Echa espuma por la boca. ¡Qué fea!

—Es que está descompuesta.

—Ya la compondremos nosotros. Qué hago, señor.

—Lo primero, tiras al mar esos puñales y frascos. Mucho cuidado con lo que haces.

—Dadme, exclamó ella,—el frasco pequeño que me siento mal y es un medicamento.

—No, es un veneno y me es permitido el suicidio en España.

Pérez arrojó al mar todo lo que habían quitado á la inglesa, y entrando de nuevo preguntó:

—¿Qué hago, señor?

—Que se venga contigo el gobernador de Jamáica.

—¿Nada más?

—No.

—Señor, ¿qué hago con los otros?

—¿Quién son los otros, Pérez?

—El intérprete y dos más que venían con la inglesa.

—¿Los tienes presos?

—Sí, señor.

—No es mala adquisición. Que les pongan esposas y grillos y se los entregas al gobernador.

Salió Pérez quedando los tres con la inglesa.

Tenía aquella mujer la cabeza inclinada sobre el pecho y parecía presa, más que de dolor y pena, de rabia, de ira y de soberbia.

Los tres la contemplaron admirándose del cambio que había sufrido su fisonomía.

Como había dicho Pérez era fea en estos momentos.

Se presentó con rostro de ángel y alma de Lucifer, y ya era el mismo demonio en alma y cuerpo.

Llegó el gobernador, al cual dijo Osorio:

—Os entrego esa mujer que á presencia de estos dos maestres ha querido asesinarme de varios modos; tiene, por lo menos tres cómplices que Pérez os entregará, juzgadlos y caiga sobre ellos el castigo que la ley disponga. Esos papeles son de ella; con ellos y por los medios que podais, averiguad si el atentado es aborto de los cuatro presos ú obedece á una conspiración que pueda reproducirse después, costaros la vida y perturbar este país.

—¡Qué iniquidad, señor! ¿Es inglesa?

—Sí.

—Ya no me admira. Esta gente es capaz de todo.

—No hagamos comentarios que á nada conducen; lleváosla, recoged los tres restantes presos y que hable el sumario.

—Está bien, señor.

El gobernador cogió por una muñeca á la inglesa y se la llevó. Pérez iba al otro lado de ella.

A los cinco minutos se oyó un vocerío tremendo. Gritaban en la cubierta de la Numancia, en las cubiertas de los 13 navíos ingleses, en la de las galeras Trinidad é Imperial y hasta en los alrededores de la dársena.

Se escuchaban vivas y mueras, pero de una manera tan confusa que nada se podía comprender bien.

Flaviano sonrió diciendo á Zalla:

—Ricardo, veas qué tumulto es ese y apacigua á esa gente, haciendo uso de mi nombre.

—Voy, mi general en jefe.

—¿Qué será, mi almirante?—preguntó Guzmán poniéndose en pie.

—No quiero creer lo que me figuro.

—¿Subo, señor?

—Sería inútil y podría sufrir vuestra autoridad. Dejad solo á Zalla.

—Pues no cesan.

—No, aumenta el pronunciamiento.

—¿Por qué no subís, señor?

—Porque no quiero que me suceda lo que á vos podía aconteceros si fuérais allí.

—¿Tampoco vuestra autoridad?...

—Tampoco.

—¡Tanto como todos os aman!

—Por lo mismo.

—Os digo, señor, que no lo entiendo.

—Ni hace falta.

—Como tarda Zalla.

—Posible es que haya tomado parte con los pronunciados.

—¡Tan leal!

—Qué quieres.

—Pero, señor, dejadme por favor...

—No; quiero contar, por lo menos, con un leal.

—Lo seré sobre cubierta.

—No me fío.

—Por los clavos de Jesús que no me conoceis.

—Mejor que vos.

—¿Y suponeis que yo también?...

—¿No se ha pronunciado, Zalla, lo hay más leal?

—Pero yo...

—No divagueis, maestre, vos haríais lo mismo que Ricardo.

—¿Pero vos sabeis lo que motiva ese pronunciamiento?

—Sí.

—¡Ah! Como yo no se nada.

—Debíais saber lo mismo que yo. Junto á mí habeis estado

—Es cierto, pero ni aun comprendo que casi á presencia vuestra...

—Y añadid contra mi voluntad.

—Lo oigo y no quiero creerlo.

—Haceis mal, porque es verdad.

—Desdicha mayor. ¡Voto al domonio!

—¿Votais en mi presencia?

—Perdonad, señor, ¿no oís?

—¿Qué?

—Que ya hacen fuego. Otra descarga.

—Pronto pararán.

—Dios sea con nosotros.

—Por ahora no está con nuestros enemigos.

—Señor, aplauden.

—Me ha parecido lo mismo.

—Sí, baten palmas.

—Más vale eso que el que batan el cobre ó el plomo.

—Hasta se rien.

—Sí, las carcajadas de los de esta galera se oyen perfectamente.

—Ahora dan vivas.

—Y hurras.

—Teneis muy buen oido, señor, pero una calma.

—Otras creeis que soy demasiado vivo.

—Y es lo peor que soy yo el que me equivoco siempre.

—Como ahora.

—Mucho me alegraré.

—Alegraos, Guzmán, que ya acabó todo.

—Pero, señor, ¿sabeis lo que pasa como si estuvieseis viéndolo?

—Lo mismo.

—Qué penetración.

—Es, por lo menos, en la presente ocasión mejor que vuestra.

—Van cesando hasta los vivas.

—Quedan los hurras.

Poco á poco fué acabando el pronunciamiento hasta reinar en la dársena el soló ruido producido por los truenos, el huracán y los golpes de mar.

También éste iba menguando, aunque muy lentamente.

CAPITULO LI

—

De cómo fué el pronunciamiento.—Lo que hicieron todos los españoles.—Lo que hace el héroe.—A Líbana.

Mudos quedaron Osorio y Guzmán.

Todas las voces habían callado y los pronunciados habían vuelto unos á su trabajo y otros á su recogimiento, cuando apareció Zalla, miró á su general y se sentó cerca de él sin expresar frase alguna.

Flaviano le preguntó:

—¿Cumpliste mi encaago?

—Sí, señor.

—¿Acabó todo?

—No se oye ya una voz.

—¿Tardaste en apaciguar el tumulto?

—La mayoría se hallaba muy distante y con el ruido de tantas voces, del agua, de los truenos y del huracán, no me oían.

—¿Pero te oyeron al fin?

—Ya lo veis, señor.

—¿Pedían mi cabeza ó la tuya?

—Ninguna de las dos.

—Pues pedían algo.

—Mi general en jefe, aquí viene el gobernador; ese está más enterado que yo.

Entraron en efecto el gobernador de Jamáica y detrás Pérez, que no pasó del quicio de la puerta.

—Hablad vos,—le dijo Osorio,—porque mi ayudante ha bajado mudo. ¿Qué ha ocurrido en la dársena para promoverse un alboroto tan grande?

—Señor, de todo ha tenido la culpa esa malhadada inglesa.

—Que, se quiso escapar?

—Mucho peor, señor.

—Yendo maniatada no pudo querer asesinaros.

—Más peor aún, mi general en jefe.

—Hablad, por Cristo, gobernador.

—Subí con ella á la cubierta y toda la fuerza estaba allí esperándola.

—¿La fuerza de esta galera?

—Y la marinería y todos.

—¿Qué hacían allí lloviendo á mares?

—Esperando á que pasara la inglesa.

—¿Quién les dijo que iba á pasar?

—Vuestro criado lo sabe, mi general en jefe.

—Señor,—exclamó Pérez,—yo no hice otra cosa que referir á los amigos lo que había intentado hacer esa mujer.

—¿Son amigos tuyos todos los españoles de la escuadra?

—No, señor, pero de unos corrió á otros.

—¿Qué te propusistes con referir eso?

—Qué la odiarán como yo. ¡Es tan mala!

—¿Es, ó era...?

—Era, he querido decir.

—Continuad, gobernador.

—Al pasar por entre los soldados aquella mujer, les amenazó con las dos manos, llamándoles canallas y hasta cobardes.

—Ellos no la entenderían.

—Es que hubo quien tradujo sus frases.

—¿Y qué ocurrió después?

—Que ante tales insultos pidieron su cabeza.

—Pero vos la defenderíais.

—Hasta donde pude, mi general en jefe.

—No os comprendo, explicad esas frases.

—La defendí hasta llegar al muro Allí me entregó Pérez á los tres cómplices de la inglesa. Las voces seguían, los mueran se multiplicaban y me pusieron en un conflicto.

—Quien, ¿los que estaban embarcados hallándoos ya en tierra?

—Señor, todos los españoles militares y paisanos de la población vinieron en tropel y unían sus voces á las de los que estaban á bordo.

—¿Quién dió la noticia á los de la población?

—Pérez.

—¿También tenías amigos allí?

—Uno, señor, pero con aquel bastó. Pronto lo supieron todos.

—Continuad, gobernador.

—Yo estaba ya aturdido con tanta voz, mareado, confuso, vacilante... Señor, me gritaban millares de voces.

—¿Nada se os ocurría?

—Vinieron armados varios soldados de los que están á mis órdenes y les encargué la custodia de los cuatro presos, mandándoles que los llevaran á la carcel.

—Muy bien hecho.

—Señor, entonces ocurrió una cosa muy grave.

—¿Qué cosa es esa?

—Que ya los presos en poder de mis soldados, no me oyeron éstos y prestando oidos á la indignación y al grito unánime de todos vuestros subordinados, los arcabucearon.

—¿A quién arcabucearon?

—A los cuatro presos.

—¿Sabeis en el delito que habeis incurrido todos?

—Señor, aquí está mi cabeza, la doy por la vida de todos los que han pedido la muerte de los ingleses y los que los han muerto.

—¿Y la conspiración que os mandé descubrir?

—Ahora iba con ella, señor.

—Es decir, que después de muertos los delincuentes vais á instruirles el sumario.

—A ellcs no, en averiguación de los restantes conspiradores si los hay.

—¿Y tú qué hiciste, Ricardo?

—Señor, gritar con los voceadores, pidiendo la muerte de los malvados.

—Cumpliste bien mis órdenes.

—Mi general en jefe, es la única vez que he faltado á ellas y digo lo que el gobernador: Aquí está mi cabeza, vuestra es con ese y sin ese motivo.

—Bueno, os mandaré arcabucear á los dos.

Entonces entró Pérez y se acercó á Osorio, diciéndole:

—Señor, á los tres; yo tengo más culpa que ninguno de estos. Fuí el que más gritó.

—¿Os atreveis á formarles causa, Guzmán?

—Mi almirante, no señor. Porque yo hubiera hecho lo mismo que ellos.

—Pues no queríais subir y contener.

—Porque no estaba enterado mi almirante, ahora que lo estoy es distinto.

—¿Debí dejaros subir ó no?

—Señor, vos nunca os equivocais, nosotros siempre.

Flaviano meditó un poco, y dirigiéndose al gobernador le dijo:

—Procurad descubrir si esos infelices que habeis dejado asesinar, tenían cómplices; porque si os queda aquí la mala semilla lo podeis pasar muy mal.

—Mi general en jefe, lo haré con el mayor interés, que en ello me va la cabeza.

—Id con Dios.

—Avanza, Pérez. ¿Por qué tiraste al agua á un capitán de la marina española?

—Señor, porque era francés, porque era cobarde y porque avergonzado se iba á suicidar y yo le ayudé. No debía estar entre nosotros.

—Zalla, tú que estás más enterado que yo de ese asunto, contesta: ¿Obró bien Pérez?

—Sí, señor.

—¿Qué decís vos, Guzmán? era un subordinado vuestro.

—Señor, mereció ser arrojado al mar.

—Muy bien, señores, aun cuando puedo no os quiero argüir. Debo no obstante haceros una advertencia: Cuando el valor se halla unido á la nobleza y á la rectitud, el militar es perfecto y digno de aplauso. Cuando el valiente asesina ó consiente que asesinen, es un valiente degradado. A hombres como vosotros no debo decir más.

Los dos bajaron la cabeza avergonzados; con más gusto hubieran recibido cincuenta palos que el reproche que encerraban las frases del héroe.

Llegaron Fajardo, Hoyos, capitán de la Trinidad y Contreras, capitán de la Imperial y los seis se fueron á la mesa donde ya les esperaban otros jefes para comer juntos aquel día.

Hablaron de todo menos de los cuatro arcabuceados.

¿Quién de ellos se atrevía á decir algo de eso al héroe?

Nada de particular ocurrió en el resto del día. Flaviano y Zalla lo ocuparon estudiando.

Amaneció el siguiente, había cesado del todo la tormenta y el temporal decrecía por momentos.

Osorio estudió el tiempo, habló con Fajardo y dió la orden de partida para las seis de la tarde.

Fajardo, Guzmán Hoyos y Contreras hicieron la distribución de fuerzas, todos los barcos fueron dotados por igual, llevando la suficiente marinería para poder llegar á la isla de Líbana. Verdad es que se habían convertido en marineros 600 soldados.

Antes de levar anclas se presentó el gobernador á Osorio diciéndole:

—Vengo á despediros y á manifestaros el resultado de mis indagaciones.

—Hablad.

—No hay nadie en la isla capaz de conspirar contra España. En cambio los cuatro arcabuceados abrigaban el pensamiento más inicuo...

—Han muerto y no quiero saberlo.

—Bien, señor, pero permitidme os diga que están muy bien arcabuceados.

—No lo niego, gobernador, mas por eso no se empieza nunca, por eso se acaba.

—Es verdad, señor.

—Y no hablemos más de ese desgraciado asunto.

Ambos se despidieron después de haber dejado el héroe varias instrucciones al gobernador.

A las seis en punto empezaron á salir los navíos de la dársena.

Todos pasaban por delante de la galera donde estaba Osorio, el cual iba observando su marcha y movimientos.

Salieron los doce compuestos, salió después el otro que tenían intacto, y luego las tres galeras, yendo en medio la Numancia.

En el mismo instante echaron á vuelo las campanas de la población, todos los edificios tenían colgaduras, los cañones comenzaron á hacer salvas y los arcabuces tiraban descargas, todo lo cual duró hasta que el gobernador perdió de vista la escuadra.

Iban 16 buques mayores, honra de España y mengua de Francia é Inglaterra.

Después que estuvieron en alta mar, preguntó Guzmán al héroe:

—Mi almirante, ¿cómo os parece que van esos navíos remendados?

—Muy bien, no es posible en menos tiempo hacer más de lo que ha hecho Fajardo.

—Pero si se levantara un temporal...

—Eso no es para todos los días; algo menudean por aquí, pero no tanto.

—¿Y si nos embistiera alguna escuadra?

—Si no bastaba con la Numancia todos los navíos entrarían en batalla.

—¿Todos?

—Sí, llevamos 500 cañones próximamente y todos están servidos.

—¿De dónde sacasteis tanto artillero?

—De muchos soldados inteligentes y de todos los oficiales de la Numancia.

—¿No llevamos ninguno?

—Para qué los quiero yo. ¿Hice algún uso de ellos?

—Es verdad, donde vos vais, durante el peligro, son una figura decorativa.

—Vamos bien, mucho remiendo, eso sí, pero no falta un palo ni una vela.

—Qué mal hacen escs remiendos del color de la madera junto á la pintura de los cascos.

—No importa eso, ni van de baile ni aun de paseo. Antes de un mes estarán mejor ésos buques que lo estuvieron nunca.

—Todavía resta un poco del temporal.

—El cual nos ayuda á correr, por eso hemos salido un poco antes.

—¿Después del temporal no vendrá una calma chicha?

—No la espero.

—Entonces no viene.

Nuestros amigos continuaron hablando el resto de la tarde.

Zalla estudiaba y Pérez y Manuel paseaban por la proa recreando la vista en los trece navíos que llevaban delante.

Pérez decía á Manuel:

—Esto no se vió nunca. Llevamos una vanguardia de trece navíos conquistados con una sola galera.

—Algo ayudaron los otros barcos de la escuadra nuestra.

—Algo, sí, no lo niego, ¿pero quién lo hizo casi todo?

—La Numancia, es verdad.

—Tampoco es así lo cierto. Casi todo lo raalizó el gran talento de mi señor. Esa cabeza, mírala allí qué hermosa está, la mandó Dios al mundo de modelo para demostrarnos su grandeza, su sabiduría y su poder.

La escuadra siguió con buen tiempo y sin ver á un enemigo en parte alguna.

CAPÍTULO LII

La escuadra española que llega de refuerzo.—El almirante que la manda.—Su sorpresa.—Su admiración —Su entrada en la bahía de Líbana.

Tuvo el rey Felipe III gran empeño en mandar á Flaviano una escuadra de diez navíos, construidos en los astilleros nacionales y llevando las mejores maderas americanas y todos los adelantos modernos. Montaban 32 cañones cada uno y eran servidos por 100 marinos, 100 artilleros y 500 soldados, total 7000 hombres cada barco con una oficialidad brillante.

Flaviano rehusó esa escuadra dos veces, pero viendo el empeño del rey la aceptó, rogándole que viniera mandándola el duque de Pastrana, príncipe de Evolí, pariente de los Silvas y encargando á S. M. lograse del duque que fuese acompañado de su hija Elvira, que era la prometida del príncipe Julio.

La joven se resistió á emprender un viaje tan

largo, expuesto en aquella época, pero le dijo el duque:

—Elvira, lo que quiere el rey y lo manda Flaviano...

—Si lo manda Flaviano, padre mío, os acompañaré,—contestó la joven y se embarcó con su padre.

El duque de Pastrana era un personaje de la corte muy ilustrado y entendido, pero le pidió al rey y éste le concedió, de segundo suyo, un anciano general de marina con buena historia y gran experiencia en los mares.

Los nueve restantes navíos iban mandados por buenos comandantes, maestres de campo todos y conocidos en la armada española.

El rey echó el resto en esos diez navíos y nada podía pedírseles en construcción, servicio y lujo.

Salieron de Cartagena con buen tiempo, luego sufrieron un temporal que no les causó daño alguno y á los veintiún días de viaje anclaron en el puerto de la Habana.

El duque, su hija y el general Carvajal, así se llamaba, desembarcaron, hospedándose en el palacio del gobernador, primo de Osorio.

Lo mismo los días que estuvieron allí los tres que en los banquetes que el gobernador dió á los jefes y oficialidad de la escuadra, solo se habló de Flaviano; el héroe estaba siendo en América el tema de todas las conversaciones.

Mucho se hablaba de él en España, pero su primo refirió detalles y hechos del célebre caudillo que lo

elevaban por encima de los aplausos y de la gloria.

Elvira lo quería como á hermano, le llamaba su íntimo amigo y oía aquellos relatos con loco entusiasmo.

Descansaron cinco días y al sexto se hicieron á la mar.

Con un viento Norte que les empujaba por la popa anduvieron cuatro días.

Al quinto por la mañana todos los vigías anunciaron la presencia de una escuadra que formada en batalla les invitaba al combate.

Los diez navíos quedaron al pairo, hubo consejo de jefes, acordando aceptar la batalla para no ser batidos por la espalda y echados probablemente á pique de una manera ignominiosa.

Cada jefe se fué á su navío, los artilleros encendieron las mechas y cada cual ocupó su puesto cuando el almirante, duque de Pastrana, de acuerdo con el general Carvajal iba á hacer las señales de partir.

De pronto oyeron varios cañonazos dirigidos á la escuadra enemiga, ésta contestó, mas dejando sepultados cuatro navíos en el fondo del mar.

—Pero ¿qué es esto, general?—preguntó el duque á su segundo.

—Señor,—le contestó,—esto es que mientras la escuadra enemiga nos esperaba con doble fuerza de la que traemos, otra escuadra que desconozco ha roto el fuego contra ella por la espalda.

—Pretendiendo que la cojamos entre dos fuegos.

Ese es el genio de la guerra, ese es Flaviano de Osorio.—Y gritó con toda la fuerza de sus pulmones.—Que avance la escuadra.

Y avanzó deseando tomar parte en la batalla.

El general que no retiraba el anteojo de su vista le dijo al duque:

—Almirante, mucho corremos, pero no nos sirve.

—¿Por qué?

—Vamos á llegar tarde.

—Lo sentiría. ¿En qué os fundais?

—La escuadra española que empiezo á ver ha echado á pique otros cuatro navíos, y el enemigo se pone en retirada.

—¡Cobardes! Ya los veo huir. ¿Qué buques son?

—De la parte de acá eran veinte, de los nuestros siete y dos cruceros, ignoro los que nos habrán echado á pique.

—Ninguno viejo, hablador,—le dijo sonriendo Elvira que acababa de levantarse, subió á la cubierta y había oido las últimas frases del general.

—¿Por qué dices eso?

—Porque esa escuadra la manda Flaviano y no hay quien le eche á pique un solo buque.

—Elvira, vete á tu camarote,—le dijo el duque reparando en su hija.

—¿Por qué, señor?

—Porque puede llegar una bala.

—¿Traeis asegurados los camarotes? Lo mismo pueden llegar á ellos que á la cubierta; pero no temais por mí, que yo no tengo miedo.

—Ya lo veo, pero...

—No hay pero que valga. Flaviano me hizo venir y en caso de apuro él me defenderá.

—Sí, con su espada en medio de los mares.

—No, con sus cañones como lo está haciendo. Cobardes, en vez de ayudarles os parasteis. Ved como ha hecho retroceder la escuadra enemiga, va que vuela y Flaviano los persigue y los hunde en el mar. ¡Viva España! ¡Viva Flaviano!

Toda la tripulación le contestó en coro:

—¡Viva el héroe español!

—Eso es, el héroe. ¿Lo oís? el héroe; los dos vais á quedar de soldados rasos en cuanto lleguemos á la isla Líbana. El rey le dijo: Donde esté Flaviano de Osorio no hay en mis estados más general ni más almirante que él.

—Bueno mujer, cállate y déjanos.

—Es que soy mejor española que vosotros. Vos sois mi padre y vos mi amigo Carvajal, pero Flaviano es mi héroe, el héroe de todos los españoles.

—Calla mujer que voy á hablar con el general. Decid Carbajal, ¿qué habéis notado?

—Señor, en la escuadra española van la Numancia que es el barco almirante, es decir el que monta Flaviano de Osorio, van los navíos San Juan, invencible, galeras Trinidad y dos navíos y dos buques menores que desconozco. ¿Qué escuadra será esta?

—Vaya un modo de discurrir, la de Flaviano aumentada con varios buques que ha quitado á los ingleses.

—Puede que tenga razón mi hija, Carvajal.

—Hay otra cosa más grave aún, ningún buque de una y otra parte lleva averías, creo mi almirante que Osorio echó á pique los ocho navíos.

—¿Cómo, general?

—Con unos cañones que lleva su galera de mucho más alcance que todos los conocidos.

—Es posible.

—Pero lo raro es que ha mandado su escuadra en persecución de la enemiga y él se adelanta seguido únicamente de un bergatín. No comprendo lo que ahora se propone.

—Yo sí, huir de mí y me hizo venir para no salir á recibirme,—dijo Elvira con sentimiento.

—Quien sabe lo que su génio proyectará en estos momentos.

— Padre mío, puede que se adelante para recibirnos en la isla.

—No lo creáis Elvira, le contestó el general—se vá inclinando mucho en dirección de Jamáica, posible es que espere allí á nuestros enemigos para acabar con los buques que llevan. Esa isla está siendo el refu gio de ingleses y franceses que anhelan acabar con nosotros.

·De todos modos es una ingratitud.

—Ni en broma, hija mía, puedo permitirte que llames ingrato al héroe español. Sin él, lo oyes bien, sin él todos hubiéramos perecido esta mañana y ahora seríamos pasto de los peces; en este momento se ali-

mentarían los tiburones con esas manos torneadas y ese rostro de ángel que son el orgullo de su padre. Flaviano, hija mía, se debe á España, es el mejor español que existe y aún cuando su inclinación y deseo lo atraen á tu lado, ó junto á su hermano y amigo querido que tanto amor y respeto le profesa, se va al centro de ese golfo terrible á combatir por su patria, á perecer si es preciso por España. Hija, su nombre solo es un poema que debemos todos leer, y aplaudir.

—Me habéis convencido señor, es el mejor de los nacidos. Me hizo venir, no porque á él le hacía falta sino á su querido hermano Julio y mientras mi futuro dormía descansando en él, sabe que llegamos, que nos pone una valla de bronce la pirateria inglesa, acude en nuestro auxilio, llega y con su poderoso aliento la destruye y nos dice:

Pasad, que ya no tenéis estorbo; ¿quién osaría ofenderos estando yo en el mundo? Padre mío, general Carvajal, viva Flaviano, loor al héroe español.

La marinería y oficiales que estaban ya en el secreto de lo que Osorio concluía de hacer, volvieron á gritar con más entusiasmo que nunca.

—Viva el héroe español. Hurra si vuelven sus enemigos.

Algo después decía el mismo general al duque:

—Mi almirante, ya no se vé nada, la escuadra española continúa su valiente persecución á la extran-

jera y la hermosa Numancia que sigue la recta en dirección á Jamáica nos adelantó tanto que no es posible verla.

—¿A qué hora llegaremos á la isla Libana?

—A las cuatro de la tarde.

—¿Y mi hija, sabéis de ella?

—Vedla allí, corre mejor que un grumete.

En efecto, Elvira corría por la cubierta del navío Felipe III, como vuela la blanca paloma por entre el grosero arbusto y las plantas rastreras.

Usaba un traje especial que le hicieron para aquella larga travesía, bello y ligero como sus pensamientos. Su diminuto pie calzaba botitos de terciopelo carmesí sujetos con cordoncitos de hilo de oro; caían sobre ellos unos calzones bombachos de raso del mismo color, y encima una falda de seda color de naranja que no pasaba del tobillo. Un corpiño de igual seda con encajes blancos, muy ceñido á su cintura, pulseras y pendientes de oro y brillantes con guantes blancos, que solo se quitaba para dormir y comer, y un adorno á la cabeza con hilos de perlas.

Entre aquellos rostros de curtidos marinos formaba la preciosa niña un contraste indescriptible. Su rostro lleno de gracia y perfección era blanco, su pelo negro, sus manos torneadas y su cintura esbelta formaban un conjunto seductor, si bien no era tan arrebatador como el de Alice. Elvira era la belleza, Alice el ángel sin rival en la tierra.

Comieron á las dos, al terminar gritó un vigía:

—Un crucero español de los que han peleado esta mañana.

Todos salieron sobre cubierta para verlo.

El crucero volaba sobre la blanda superficie.

Algo más tarde decía el duque de Pastrana:

—Mi sobrino Julio, el duque del Imperio, la duquesa de los Andes, el marqués de Abella, Alice y otras dos damas que no conozco.

El general gritó:

—Al pairo y abajo la escala real.

No tardaron en subir los que había anunciado Pastrana.

Después de los afectuosos saludos vino la presentación de la duquesa de Tabasco y de Líbana.

—Tío, general, dejadme la dirección de la escuadra,—dijo Julio,—de lo contrario nos estrellaremos.

Mandó hacer señales á los nueve navíos restantes para que siguieran en fila detrás del suyo usando toda clase de precauciones.

Un timonel del crucero cogió la caña del navío y empezó á darle dirección instruido por Julio.

En unos momentos en que Silva pudo comunicarse con sus allegados y el general, le preguntó su tío:

—Julio, ¿quién te ha dicho que llegábamos á las cuatro?

—Flaviano.

—¿Dónde esta?

—¿Quién lo sabe? Tomad, leed su carta, podeis hacerlo fuerte, que no contiene ningún secreto.

El duque la leyó y decía el escrito del héroe:

»A bordo de la Numancia.

»Mi querido hermano: Tuvo el rey empeño en mandarme una escuadra que para nada necesito; me vi obligado á aceptársela, pero á condición de que viniera mandándola tu tío Pastrana, acompañado de tu prima, la bellísima Elvira. Se harán tu boda y la mía á la vez.

»Los ingleses y franceses supieron su aproximación y salieron con veinte barcos decididos á echar á pique los diez que el rey me manda.

Pero llegué á tiempo, con la Numancia mandé al fondo del mar ocho de los barcos contrarios y puse en completa huida el resto de ellos.

»Los persigue la escuadra nuestra; tan acobardada va la de ellos que no podemos temer la hagan frente.

»Sal á recibir á tu tío y prima; les das en mi nombre un abrazo al primero, un beso en la frente á la segunda y un saludo afectuoso á todos los jefes y oficiales que los acompañan. Llegarán á las cuatro.

»Tu hermano que te quiere.—Flaviano».

—¿Pero dónde está él, Julio?

—¿Quién sabe eso, tío?

—¿Tan reservado se ha hecho?

—Siempre lo fué, pero ahora es mudo.

—¿Ni con sus padres?...

—No os molesteis, tío, con nadie es expansivo.

—Tendremos paciencia.

Elvira preguntó á Julio con precaución:

—Dí, primo, ¿quién es la duquesa de Tabasco?

—La futura de Mendoza.

—Eso ya lo he notado, ¿quién es ella?

—Ahora lo que sabes, antes fué el paje Luis de Flaviano.

—¡El valiente paje! Quiero ser amiga suya.

—Bueno, lo serás.

—De Líbana oí hablar mucho, pero una india casi salvaje no creí que fuese tan bella.

—Ni tan lista.

Poco después cruzaba la escuadra, dirigida por Julio, el difícil Boquete sin contratiempo alguno.

Desembarcaron en el muelle y todos se fueron al palacio, alojándolos en las habitaciones que Flaviano les tenía preparadas sin habérselo dicho á otro que á Keisko.

El general se hospedó con el duque.

Los restantes jefes quedaron en los navíos, pero facultados para andar por donde quisieran y para sentarse á la mesa en el palacio cuando á bien lo tuvieran.

Estaban todos satisfechos, pero no contentos; faltaba la gran figura del palacio, Flaviano de Osorio.

CAPITULO LIII

El tío y la sobrina.—La segunda carta de Flaviano.—Preparativos para un día dichoso.

Esperaba al duque de Pastrana y á su hijo en el salón de descanso el príncipe de Italia que era primo del uno y tío de la otra.

En cuanto se reunieron allí, se estrecharon los primeros, el religioso dió un beso en la frente de Elvira y ella en la mano á su tío.

Todos se sentaron, preguntando con mucho interés el santo por Flaviano.

Su hijo Julio le refirió lo que Osorio había hecho, añadiendo que ignoraba donde se hallaría, pero dando por hecho que estaría prestando grandes servicios á su patria.

El religioso cruzó las manos exclamando:

—¡Ocho buques al fondo del mar; miles de infelices muertos sin amparo ni confesión!

—Tío,—le dijo Elvira,—lo mismo hacíais vos á su edad, sin otra diferencia que la de que él lo hace con más talento que los seis invencibles juntos.

—Hija, ¿qué estás diciendo?

—La verdad, padre mío.

—No la reprendas, primo, yo la aconsejaré. Elvira, se imita en el mundo lo bueno, lo santo, no lo malo.

—Pero tío, si vos que fuisteis tan bueno siempre lo hicisteis, ¿cómo pretendeis que él no lo haga?

Todos miraban á Elvira con el interés que inspira el despejo y la soltura.

—Flaviano, hijo mío, reune todas las dotes necesarias para llegar en todos sus actos á la perfección.

—Tío, por orden terminante del rey vinimos en una escuadra 7000 séres humanos y poco antes de llegar á esta isla nos sitian 20 naves con doble número de cañones y de combatientes, con ánimo resuelto de acabar con todos nosotros; sin Flaviano hubiéramos perecido los 7000, otros tantos de ellos y se hubiera tragado el mar 20 naves. ¿Era esto mejor que lo valiente, lo sabio y hasta lo humano que ha realizado hoy el gran Osorio? Tened la bondad de contestarme.

Todos se fijaron ahora en el príncipe: su sobrina lo puso en un gran aprieto.

En vez de contestar el religíoso exclamó el anciano general:.

—Sin Flaviano hoy perecemos todos con mengua y desdoro de la nación española.

—Antes de llegar,—añadió el duque de Pastrana.
—Todos le debíamos la vida, ¿qué hará por su patria y por nosotros después?

Por fin replicó el príncipe de Italia:

—No rebajo ni quilate á la heroica conducta de mi hijo adoptivo Flaviano, pero á mi juicio, después de salvaros debió venirse para no causar más víctimas.

—¿Sabeis, señor, lo que está haciendo ahora?—le preguntó su hijo.

—No, Julio, pero en la guerra no hay otra cosa que víctimas.

—Con mi hermano no sucede eso; Flaviano sorprende los navíos más poderosos y se los trae sin causar una víctima, padre mío.

—Es que ahora se trata de una escuadra de trece navíos.

—¿Qué es eso para el genio de mi hermano?

—Sí, pero si los echa á pique...

—¿Y si los apresa y hace prisioneros á los que iban en ellos?

—Eso, Julio, no cabe en mi cabeza.

—Ni en la mia, ni en la de ninguno de los que estamos aquí, pero cabe y sobra hueco en la de mi hermano.

Elvira batió palmas exclamando:

—Bien por mi amado primo Julio, tus frases merecen un aplauso que yo te doy y te niegan esas sosas porque no tienen alma. Si estuviera entre nosotros

aquel valiente paje que llegó hasta salvar la vida del héroe, me ayudaría con entusiasmo.

La alusión no podía ser más clara y manifiesta á á la duquesa de Tabasco.

Luisa sonrió contestándele:

—Aquel afortunado paje y todos nosotros aplaudimos al héroe y á su valiente y entendido hermano con el entusiasmo que hace latir nuestros corazones y nos roba la fuerza de que carecen nuestras manos para batir palmas.

—Eso es, dijeron todos.

—Qué poca fuerza tiene vuestro entusiasmo. Al mío le sobra para el corazón y las manos.—Les contestó Elvira.

El príncipe de Italia añadió:

—Julio, si te has equivocado al juzgar lo que está haciendo tu hermano Flaviano, mal recibimiento le preparan tus frases.

—Si me hubiese equivocado, señor, si llegara lo que no es ni aún verosímil, derrotado, aquí le esperan nuestros brazos para estrecharlo, nuestros ojos para llorar con él y nuestro amor para levantar un trono á su talento casi divinizado.

—Eso es, primo, te vas pareciendo cada vez más á Flaviano y por eso el trono que tienes en mi corazón es cada vez más digno de tí.

Julio dió las gracias á Elvira y continuó:

—Padre mío, la isla Jamáica es de España, nos la han robado esos piratas extranjeros y está sirviendo

de guarida á las fieras que pretenden devorar á los nobles hijos de la nación española. Suceda lo que quiera; nada más valiente y digno de un español que arrebatar á los ingleses ese nido de bandoleros.

—Tampoco eso cabe en mi cabeza, Julio.

—Señor, en la mía cabe, que mi hermano puede hacerlo, que mi hermano debe hacerlo, cueste lo que quiera en hombres y dinero. Todo es barato para conseguir ese triunfo. Ni tendríamos vergüenza ni amaríamos á nuestra patria si tolerasemos un día más que la planta inglesa marcase su huella en una isla que le sirve de punto de reunión y de centro de operaciones contra la amada patria que tanto espera de nosotros.

—Muy bien —exclamaron ellos y ellas.

—Aún cuando perdamos parte de nuestra escuadra y se hunda en el abismo toda la inglesa poco será para la gloria, la necesidad y la conveniencia de echar á los extranjeros de ese hasta hoy padrón de ignominia para los españoles.

—Sí, sí—exclamaron en coro.

Julio añadió:

—Padre mío, vos sois un santo y os halláis desempeñando vuestro ministerio de un modo tan elevado que admira, y esa misma es la razón de que no estéis acertado en los asuntos mundanos. Ayer fuistéis en ellos el primero, hoy debéis ser el último.

—Hijo, hazme la justicia de creer que no hay entre todos vosotros uno que ame y admire á Flaviano más que yo.

—¿Cómo dudar eso, señor, siendo como sois el que le sigue en talento y sabiduría?

—No estoy conforme—dijo Elvira—sigue á Flaviano Julio y á este su padre.

—Pero que suelta vienes, Elvira.

—¿Qué te extraña, primo mío? Los sustos que he llevado al cruzar esos mares en unas débiles tablas, el temporal que corrimos y la batalla que presencié han desatado mi lengua y creo que hasta mi entendimiento. Es la consecuencia del triunfo que consiguió mi valor al llegar con mi razón cabal, tras tanto miedo, peligros é incertidumbres.

—Lo mismo me sucede á mí—dijo la duquesa de los Andes.

—Ya lo creo y si antes teníamos una que á todos se nos imponía ahora que sois dos no se lo que va á ser de nosotros.

—Paciencia, Julio, y obedecer.

—No, encargaré que os domestiquen á las dos.

—¿A nosotras? no hay quien haga ese milagro—¿es verdad Elvira?

—Sí, señora duquesa.

—¿Que no? Cuando vuelva Flaviano hablaremos.

—Es el único.

Y continuaron conversando.

Su satisfacción no era completa. Todos poco ó mucho dudaban del éxito de las operaciones que en aquellos momentos realizaba Flaviano.

Como dijo Julio, no cabía en ninguna de aquellas

elevadas cabezas lo que en la del héroe. Tenían, como no podía menos, confianza absoluta en él, mas ignorando los medios que iba á emplear, era lógica y natural la vacilación que disimulaban, pero que todos tenían.

Cenaron temprano y pronto se retiraron á descansar.

El duque, su hija y el general, anhelaban hallar una casa sin movimiento.

En todo el día y noche siguientes ocurrió otra cosa notable que el diálogo que tuvo lugar entre Elvira de Silva y su primo y futuro esposo el príncipe Julio.

Se levantó ella, sus camareros la vistieron y adornaron saliendo con un traje europeo, bella como un ángel, vistosa como una de las primeras damas de la más alta sociedad y con una blanca y despejada frente que revelaban entendimiento y osadía.

Entró en un salón é hizo comparecer á Julio. Este se presentó en el acto de recibir el recado.

—Siéntate —le dijo ella—frente á mí, que vamos á ajustar cuenas.

—Con mucho gusto, prima, siempre estás bella, pero hoy seduces hasta con ese atrevimiento que revela tu rostro.

—Pues á mí ni me engañan ni me seducen tus halagadoras frases. ¿Por qué no fuiste á bnscarme en vez de venir yo y tener que llamarte?

—Encargué á tus camareros que me avisaran en cuanto estuvieras visible, y la contestación ha sido citarme aquí de parte tuya.

—¿Con quién hablabas?

—Con mi padre.

—¿Cuestionabais?

—Sí.

—¿Sobre el tema de ayer?

—Sí.

—¿Insiste?

—No lo dudes.

—Dejemos eso para después.

—Hablemos antes de lo que tu quieras.

—Dí, Julio, ¿fué en efecto Flaviano el que me hizo venir aquí?

—Ciertamente,

—Yo creí que debías haber sido tú.

—¿Yo exponerte á que hicieras un viaje tan largo y peligroso? No era posible, Elvira.

—¿No aconsejaste tú á Flaviano que lo hiciera él?

—Prima, con nadie soy egoista; menos contigo á la que tanto amo. Ni se lo aconsejé, ni aun lo sabía. Me lo dijo por vez primera en su carta de ayer.

—¿Por qué era egoismo traerme á tu lado?

—Porque era mi felicidad á costa de tu vida y por lo menos de tu tranquilidad, de tu bienestar, de tu salud.

—¿Por qué prescindió Flaviano de todo eso?

—Porque ese adivina, sabía que nada malo te iba á ocurrir, y te obligó á venir para que fuésemos felices, como yo ya lo soy, y para cumplir su palabra de que nos uniéramos tú y yo á la vez que mi hermano y Alice.

—No le vuelvas á llamar tu hermano, sino nuestro hermano.

—Lo haré.

—¿Dí, Julio, pero nos vamos á casar en una isla llena de fieras y de antropófagos?

—No hay ya aquí nada de eso y es por el contrario esta isla un paraiso.

—Serán nuestras bodas demasiado agrestes, primo.

—No, prima, deliciosas, más aristocráticas que ningunas otras, tan extraños como lo ignorado y tan elevados como todo lo que brota del cerebro del héroe.

—Sea si él lo quiere.

—Puede que á lo que has llamado agreste, lo juzgues celestial.

—Me alegraré mucho.

—Serán cinco bodas á la vez.

—¿Cómo cinco?

—Las cuatro de que tienes conocimiento, y la del duque del imperio con la duquesa de los Andes.

—Que cosas me cuentas.

—¿Te admiras?

—No, me alegra también esa noticia.

—Bien mío, tu boda vá á ser tan extraordinaria, tan grandiosa como tú no puedes imaginar.

—Saliendo de aquella cabeza todo es posible. Pero hablemos de lo más importante.

—Ya lo hemos hecho.

—No lo creo.

—Te lo voy á demostrar.

—Sepamos.

—La vida de Flaviano...

—Es lo único.

—Dí con franqueza, primo, ¿no temes un fracaso en las operaciones que está llevando á cabo nuestro hermano? ¿Dijiste anoche todo lo que creías?

—No, Elvira, como mi padre, como tú y todos, abrigo desconfianza.

—¿Qué temes?

—Prima, los ingleses casi le doblan el número de buques y de combatientes y tienen además de su parte una plaza fortalecida con cuatro cañones y cientos de arcabuces. Ya en guerra abierta ni caben sorpresas, ni otra cosa que lucha á muerte.

—Temo lo mismo que tú.

—Por esa causa anda el duque del imperio desde ayer triste y sin expresar frase alguna; ya oistes á mi padre y ya me oyes á mí. La empresa de Flaviano. que yo en su lugar hubiera acometido también, es más que colosal, casi imposible.

—Tengamos esperanza en el héroe.

—Esperanza sí, pero á la vez desconfianza.

Nn este instante entró la duquesa de los Andes diciendo:

—Ya me tienes á tu lado Elvira. Si ese caballero no te hace justicia seremos dos contra él.

—Madre mía, prefiero batirme contra dos ejércitos ingleses.

Y continuaron hablando de cosas indiferentes.

A las dos comieron y á las cuatro pasaron con el duque del Imperío y Julio todos los jefes de la escuadra á reconocer las obras dirigidas é inventadas por Flaviano para la defensa de la isla.

Pastrana, el anciano general, los maestres de campo, los capitanes y todos, en fin quedaron admirados ante el colosal trabajo que comtemplaban.

Y cuando Julio les dijo que aquellos cañones prolongaban sus tiros quinientas varas más que todos los conocidos, más que admiración al autor sintieron por él respeto y veneración.

—Aquí —exclamó el anciano general,—es donde se vé lucir en todo su explendor el génio de ese jóven, gloria y honra de la nación española. Aquí ya no se puede temer un sitio, unicamente un bloqueo.

—General—le contestó Julio—antes que la defensa se ocupó mi hermano del bloqueo y tengo el gusto de participaros que en esa hahía y la isla hay pescados, carnes y de toda clase de alimentación para sostener un ejército de más de 30.000 hombres, por tiempo indeterminado.

—¿Productos espontáneos?

—No, mandados sembrar por Flaviano y cultivados por una colonia agrícola que aplica todos los adelantos conocidos. En productos tenéis aquí perfectamente representadas á Europa y á América.

—He venido aquí por órden del rey, pero os aseguro, señor príncipe, que hubiera venido por mi solo gusto á contemplar esta maravilla.

—Con más razón y entusiasmo lo direis cuando la conozcais mejor.

—La halló, creo, llena de fieras y antropófagos.

—Sí, señor, pero de eso no queda más que el recuerdo. Ahora están reemplazados esos inconvenientes con encantos y con la sabia de la mayor civilización y cultura.

Todos opinaron lo mismo quedando absortos ante el fenómeno que veían.

En eso ocuparon la tarde.

Se fueron más que aprisa efeto del temporal que empezó á desencadenarse.

No era tan fuerte como el de Jamaica, pero si lo bastante para alejarlos de los montes é impedirles andar por la isla.

Se sentaron á cenar más tristes que anteriormente por haber aumentado sus dudas un temporal conque á juicio de ellos, no contaba el héroe.

Hablaron poco, suprimieron la tertulia y temprano para lo que tenían de costumbre, se retiraron todos á sus dormitorios.

Julio de Silva, quedó sentado sobre la cama meditabundo cerca de una hora.

Pero no debió resolver el problema que ocupaba su cerebro, pues al concluir exclamó:

—No veo una salida satisfactoria para mi hermano. ¿Lo habrán muerto? ¡Ah, Dios nuestro señor defiende su vida aún á costa de la mia.!

Y se acostó con los ojos húmedos.

Aun cuando había entre los habitantes del palacio algunos cerebros privilegiados ninguno alcanzaba á la elevación del que poseía el héroe. Por esta causa todos dudaban y temían, cuando de poder adivinar lo que Flaviano había realizado ya, su misión era otra muy distinta; era la de levantarle arcos de triunfo por su heroismo desconocido hasta entonces.

Continuemos nuestra narración que no hemos de tardar en ver el efecto que causa en ellos la presencia de Flaviano victorioso como ninguno lo esperaba.

CAPITULO LIV

Un mensajero feliz.—Diálogo importante.—La carta del héroe.—Preparativos para un digno recibimiento.

Después de algunas horas de insomnio se quedó dormido el príncipe, pero su sueño era intranquilo y fatigoso.

Mandó á su criado que lo despertase á las siete, pero se presentó á las seis diciéndole:

—Señor, no es aún la hora que V. A. designó, pero acaba de llegar un mensajero é ignoro si debo ó no hacerle esperar.

—¡Un mensajero! ¿por la mar?

—Sí, señor.

—¿Quién me lo envía?

—El señor general en jefe.

—Ignorante, por eso debiste empezar. Abre esa ventana y que entre al momento.

Al verlo se sentó en la cama, preguntándole con viveza:

—¿Dc dónde venís?--preguntó al enviado con viveza.

—De Jamáica, señor.

—¿Habeis estado dentro de la población?

—Sí, señor.

—¿Y mi hermano? ¿Qué es de mi hermano?

—Está bueno y sano.

—¿Qué desgracias hemos tenido?

—¡Desgracias! No os comprendo, señor.

—¿Cuántos barcos hemos perdido?

—Si no hemos tirado en Jamáica un tiro ni nos la han tirado, señor príncipe.

—Comprendo, las escuadras unidas han regresado á su país huyendo.

—Señor, creo que os han perturbado con alguna noticia falsa. Nada de lo que suponeis ha ocurrido.

—Hablad, por Dios, que las dudas y vacilaciones de mi padre... No me volverá á ocurrir. Los santos son para el cielo, no para habitar esta mísera tierra que ni comprenden ni están en ella. Hablad, capitán, ¿qué sucedió?

—Que los ingleses y franceses so entregaron á discreción y sus hermosos barcos quedaron en nuestro poder con Jamaica, su fuerte y toda la isla.

—¿Pero cómo se hizo ese milagro?

—Con la mayor facilidad, como lo hace todo vuestro hermano. Posible es que él os lo explique mejor en esta carta que me ha entregado para vos.

—¿Por dónde la habeis traido?

—Por la mar.

—¿Con ese temporal?

—Señor, para los que servimos á las órdenes del héroe no hay ya temporales ni enemigos que detengan nuestro paso.

—Es verdad, sentaos mientras leo esta carta.

Con qué entusiasmo, con qué interés devoraba con la vista el príncipe aquellas líneas trazadas por el héroe.

Al acabar besó la firma y volvió á leer la carta.

Quedó tranquilo al parecer y mirando al capitán que estaba calado de agua le dijo:

—No os extrañe, valiente marino, el estado en que me hallásteis. Cosas hace mi hermano tan incomprensibles, que ni aun después de realizadas se comprenden. ¡Qué hechos, qué previsiones, qué cálculos! Una de las cosas que aun no me explico, es como pudo llegar á Jamáica más de dos horas antes que el enemigo.

—Ni yo ni ninguno de de los que perseguíamos á la escuadra derrotada. Parece que manda á los elementos, á los barcos y á todas las cosas.

—Veremos si quiere explicarlo cuando vuelva.

—A vos, sí.

—¿Os volveis ú os quedais?

—Lo último.

—¿Cuándo regresará?

—Entiendo que abandonará Jamáica en cuanto cese el temporal, no por él ni por su galera, sino por los barcos cogidos al enemigo que no han quedado para resistir temporales.

—El resto yo lo calcularé. Decidme: ¿Vais á hacer todo lo que os mande?

—Es mi deber y lo hago además con mucho gusto. Mandad, señor.

Julio llamó á su criado diciéndole:

—Llevas á mi cuarto de vestir al capitán y lo cubres con uno de mis mejores trajes, la mejor ropa interior. Seguidlo, capitán.

—Señor...

—¿Vacilais? Añade una espada, mi mejor chambergo...

—Basta, señor; lo acepto.

—Como recuerdo mío; que entrasteis mojado en mi alcoba y quiero que os sequen. Lorenzo, que entre otro á vestirme.

Julio esmeró su tocado en esta ocasión más que en los días anteriores.

Hasta el peinado era diferente y más lucido.

Al volverse se halló frente al capitán.

—Bien os sienta ese traje que ya es vuestro. ¿Habeís dormido esta noche?

—Algo, señor.

—¿Vaís á la bahía?

—Con mi barco, señor.

—Ordenes que llevais: vendrán á comer hoy conmigo los nueve maestres de campo que mandan los navíos, los diez capitanes y dos oficiales por cada barco designados por sus jefes. También los dos comandantes de los cruceros.

—Gracias, señor.

—A las dos en punto.

—No faltaremos

—No digaís nada á nadie hasta después de la comida. Luego podeis contestar á todo lo que os pregunten.

—¿Manda algo más, mi generalísimo?

—No. Id con Dios.

Julio se fué á la alcoba de Elvira y dió en la puerta dos golpes disimulados.

—¿Julio?—preguntó la joven.

—Sí.

—¿Qué quieres?

—Vas con una camarera al salón azul.

—¿Sin peinar?

—Claro es.

—Iré en seguida.

Julio rebosando alegría y satisfacción entró en el salón azul y sentándose en un sillón esperó.

Minutos después llegó á él Elvira preguntándole:

—¿Qué quieres, primo?

—Hija, con esa bata de raso blanco, ese hermoso pelo suelto y sin adorno ninguno, resultan más tus gracias y estás encantadora.

—¿Me has hecho levantar para hacerme oir esas tonterías?

—No, son otras. Pero déjame que contemple ese pelo negro, esa epidermis nacarada y esos ojos rasgados y tan brillantes como dos luceros.

—Como me hayas engañado no te hablo en una semana.

—¿Di, has dormido bien?

—No, me he dispertado varias veces.

—Como yo.

—¿También tú?

—Claro, por Flaviano.

—A todos creo yo que nos ha desvelado.

—Echas un sueño después que hayas hablado conmigo.

—¿Tienes alguna buena noticia?

—Sí.

—¿Quién te la ha dado?

—El héroe.

—¿Te ha escrito?

—Sí.

—Dame la carta.

—Con una condición.

—Ponla.

—Que á nadie has de decir nada hasta la tarde.

—La acepto.

—Tómala.

—¿Qué haces?

—Mientras tú lees yo beso esta mano de alabastro.

—Te está viendo mi camarera Lucía.

—¿Qué importa eso?

—No seas pesado, déjame.

—Ya te dejo.

—¡Qué felicidad!

—¿Ves? estás besando la firma del héroe y te está viendo tu futuro.

—El se alegra de eso porque es nuestro hermano.

—¿Qué opinas?

—Que hemos sido tontos y tu padre tonto y medio.

—Es verdad.

—Al último lo vamos á castigar.

—¿De qué modo?

—Vas ahora mismo á su celda y le obligas á que coma hoy con nosotros.

—No me va á hacer caso.

—Más que á mí, es á la única sobrina que quiere.

—¿Qué vas á hacer tú?

—A dormir en este sillón.

—Voy á comprometer á tu padre y me vengo á dormir en ese de enfrente.

—Lo aplaudo.

Poco después dormían los dos el uno frente al otro con un candor que demostraba toda la pureza de sus almas.

Eran los dos digno el uno del otro.

La camarera de Elvira paseaba por el salón como pudiera hacerlo una dueña flamenca.

Dos horas después entraban la duquesa de los Andes, la de Tabasco, Alice y Líbana.

—¡Duermen!—exclamó la primera.—Velaron esta noche como todos pensando en Flaviano, y cuando ahora se han dormido es prueba evidente de que han recibido noticias buenas. ¿Julio? ¿Elvira?

—¿Qué ocurre?

—Dinos lo que sepas de Flaviano.

—No puedo.

—¿Cuándo?

—Después de comer. Y se me había olvidado advertir que teníamos hoy treinta convidados. Elvira, manda á tu camarera que se lo advierta á los cocineros.

—No te hagas el distraído. Julio ¿Está bueno mi otro hijo?

—Sí, madre mía.

—¿Le ha ocurrido alguna desgracia?

—Ninguna.

—¿Cuándo regresa?

—Veinte horas después de concluir ese temporal. Y basta.

—Bueno, hombre, no te pregunto más.

—Y callaos las cuatro.

—Callaremos.

—Julio—le dijo Alice—yo tengo derecho á saber más

—Después de comer.

—No, ahora.

—Ahora, ni una palabra más.

—Julio, estás parodiando los secretos de tu hermano.

—Elvira, ves que descarada. Tu tienes la culpa.

—¿Yo?

—Sí, te imitan.

—No te salgas de la cuestión, dame más noticias ó me quejo al duque del Imperio.

—No le digas una palabra, por favor; mujer, falta muy poco.....

—Bueno. me callo y esperaré.

Y cogiéndose al brazo de Elvira, se fué con ella al tocador.

Algo más debió decirla la hermosa madrileña, pues regresaron muy contentas.

A las dos dió principio la comida asistiendo á ella todos los convidados, incluso el príncipe de Italia y el padre Anselmo.

De los varones ninguno sabía nada de Flaviano.

Por esta causa la comida empezó lánguida y sin animación alguna.

Pronto sorprendieron el duque del Imperio y el príncipe de Italia algunas sonrisas y señas de inteligencia en las cuatro hermosas jóvenes, lo que unido al intempestivo convite le hizo creer que había noticias de Flaviano y que estas eran buenas.

Mendoza no tenía gana de comer ese día, y esto nos prueba el verdadero estado de su ánimo.

Iban á dar principio los postres, el vino dulce y los licores cuando exclamó Julio con solemnidad:

—Señores, sin dejar de comer, prestadme atención.

—Habla, hijo—murmuró el duque del Imperio.

—Os voy á ofrecer el más sabroso postre.

—Julio, no tardes.

—Mi hermano se halla en perfecto estado de salud.

—Eso ya lo sabíamos—dijo la duquesa.

—¿Quién lo sabía, Tolopalca?

—Nadie, hombre; continúa, Julio.

—Mi hermano Flaviano ha tomado á Jamáica.

—¿Cuándo?

—Anteanoche.

—Continúa, hijo.

—Príncipe de Italia, la tomó sin disparar un tiro.

—Muy bien, hijo mío.

—Mi hermano Flaviano quitó á los franceses é ingleses los trece navíos que les quedaban.

—¡Hurra!

—¡Viva España!

—¡Viva el rey!

—Torpes,—dijo Elvira,—¡Viva Flaviano! ¡viva el héroe español!

—¡Eso es, eso es! ¡Viva Flaviano!

Llevaba trazas la comida de convertirse en merienda de negros, cuando el religioso Trinitario impuso silencio y dijo á Julio:

—Prosigue, hijo mío, que falta lo principal.

—Señores, mi hermano cogió al enemigo 10000 prisioneros que ha mandado á Veracruz para que sean internados en Méjico.

Otra vez se oyeron los hurras, los vivas y el desorden.

Todos los marinos pedían licores, á Mendoza se le despertó el apetito y pedía á grandes voces aves y pescados y las damas reían á carcajadas al ver la mesa de blancos convertida en mesa de negros.

Otra vez impuso silencio el Trinitario, diciendo á Julio:

—Si lo sabes dinos los barcos que hemos perdido, los españoles que han muerto, los franceses é ingleses que se han ahogado.

—Lo se, padre mío, y oidlo bien: No hemos tenido una sola baja en hombres ni en barcos, ni un mastil nos han roto.

—¿Pero y el enemigo?

—Para él todo han sido bajas, porque todo lo ha perdido, y el pabellón español flota al aire en las torres de Jamaica.

Ahora estalló la tempestad de aplausos y vivas de una manera terrible.

Todos bebían, todos gritaban, algunos aplaudían y la alegría promovida por las noticias y por los vapores del licor los tenían locos.

La duquesa de los Andes, más alegre que todos, pero más reflexiva, tomó la acertada medida de coger á sus amigas é irse con ellas y con los dos religiosos lo más distante posible del comedor.

Pero al verse solos, sin frailes ni damas y rodeados de botellas, comenzó una expansión rara vez vista.

El duque del Imperio, el de Pastrana, el anciano general y hasta el mismo Julio y Mendoza estaban fuera de sí y bebían y gritaban sin tregua ni descanso.

Mendoza, sin saber lo que hacía, según dijo luego,

se comió tres aves que le llevaron, bebiéndose dos botellas de vino y una de licor.

Los jefes y oficiales de marina gritaban:

—Ahora que nuestro jefe está ausente despachémonos á nuestro gusto en celebridad de la centésima victoria del héroe.

—¿No somos nosotros jefes vuestros?—preguntaban los generales.

—No tenemos más jefes que el héroe; con él y por él á la gloria ó al infierno, donde él quiera.

Y como eran todos, hasta Mendoza, á ninguno se le podía reprender.

Por fin se le ocurrió una idea buena á la duquesa de los Andes, y para evitar continuara aquella locura, entró en el comedor y les dijo:

—Señores, amigos míos, propongo acordemos ahora un recibimiento al héroe digno de él, digno de nuestra esplendidez.

Un aplauso fué la primera contestación, luego le dijeron varios.

—Sí, dispongamos el primer recibimiento de la tierra.

Y comenzaron á discutir entre ellos el recibimiento que correspondía al primer genio del mundo.

CAPITULO LV

Continuan los preparativos para el más grande recibimiento que se hizo á hombre.—El buen tiempo.—La llegada de Flaviano.

Con gran trabajo y valiéndose la duquesa de los Andes de su mucho ingenio, de su energía, de su carácter de reina y hasta de las consideraciones que merecía su sexo, pudo lograr imprimir calma y reflexión en aquellos espíritus perturbados por el entusiasmo y esa admiración que idealiza al génio, á quien no se comprende por su elevación, y al que el entusiasmo lo eleva más y más en su poderosa fantasía.

Los últimos hechos de Flaviano eran verdaderamente incomprensibles.

Averiguada por los franceses é ingleses la llegada de la escuadra española, la fuerza que mandaba y resultando que ellos la doblaban en número de buques, de cañones y de gente, no era dudoso que podían echarla á pique y sepultar en el Océano aquellos diez po-

derosos navíos; su triunfo era tan grande como precursor de sus futuras victorias.

La derrota de la escuadra española les abría las puertas de la gloria para el presente y porvenir.

Al efecto se reunieron todos los jefes, y en torno de los almirantes inglés y francés, discutieron mucho, acordaron un plan que creían infalible, dejaron asegurada su posesión de la isla Jamáica con su fuerte, la guarnición que en ella tenían, y un navío de primera fuerza y partieron seguros de un triunfo que juzgaban cierto y seguro.

Llegaron al punto elegido por ellos, vieron venir la escuadra española, se oyó el consabido hurra y comprendiendo que los barcos españoles jamás retrocedían ante enemigo alguno, se dispusieron á dar principio á un ataque que les ofrecía seguro éxito.

É indudablemente lo hubieran obtenido. Algunos barcos franceses é ingleses se hubieran perdido, pero teniendo en cuenta que los españoles no huían jamás, era evidente que el menor número sucumbiría ante el mayor, y aún cuando la mortandad debía ser horrible, de la escuadra española solo debía quedar el nombre y la mucha gloria que iban á alcanzar sus enemigos al sepultarlos en el fondo del Océano.

Ya hemos visto que el duque de Pastrana se disponía á hacer frente al enemigo, en unión de la brillante oficialidad que le obedecía, y decididos se hallaban todos á defender el pabellón español y á morir envueltos en él.

No vaciló ninguno, suponiendo que el mayor número triunfaría del menor, pero su deber era pelear y á la lucha iban sin esperanzas de triunfo, pero con todo el ardimiento de los pechos más fuertes y entusiastas por su patria.

Seguro el enemigo de su triunfo y sin acordarse para nada del héroe iba á mandar hacer fuego, cuando la frase se ahogó en sus labios.

Oyó una descarga y otra por donde nada esperaba, sus navíos empezaron á sumergirse en el mar y sin comprender de donde habían salido aquellos enemigos ni quien dirigía unos cañones que cada andanada sepultaban un barco, quedaron atónitos, confusos, aturdidos, viendo el mayor desencanto que puede contemplarse; el más cruel desvanecimiento de la más bella ilusión.

Y ya no supieron ni se les ocurrió hacer otra cosa que huir; en una palabra, su triunfo desapareció, reemplazándole la muerte que vomitaban los cañones de Flaviano.

Entonces recordaron al héroe, lo que oyeron decir de su infalible puntería y todos se juzgaron presa de la muerte.

Hasta la circunstancia de haber empezado la destrucción y muerte por los dos navíos mejores y por los dos almirantes francés é inglés, llevó á su periodo álgido la perturbación y miedo de un enemigo. que creyéndose el más poderoso de los mares cambió de pronto en el más débil y tímido.

—¡A Jamáica, huyamos de aquí!

Eran las únicas frases que se oían en los barcos extranjeros.

Pero fíjense nuestros lectores en lo admirablemente calculada que fué la sorpresa dispuesta por Flaviano.

Puso al enemigo entre dos fuegos, pues aún cuando la escuadra de Pastrana no tomó parte alguna, allí estaba con sus cañones cargados y sus mechas encendidas, y de primera embestida dejó á los extranjeros sin jefes y sin sus dos mejores navíos y luego sin seis naves más, durmiendo ya las ocho en el fondo de aquel terrible golfo.

Solo el génio, un génio que algunos creían divinizado, podía dirigir aquella sorpresa, aquel ataque, aquel triunfo cogido ya al disparar la primera andanada.

Para el que había hecho aquello, para el que en muy pocos días había destruido ó quitado á tres poderosos imperios la cuarta parte de una escuadra de 100 navíos, todo entusiasmo era poco, toda ovación era pequeña, porque hasta el mundo en que vivía era chico para su colosal talento.

Estaba justificado que hasta el grave y valiente duque del Imperio, el sério duque de Pastrana y hasta el anciano general Carvajal, bebieran sin tino y su entusiasmo rayara en delirio.

La brillantísima plaga de oficiales que los rodeaban no era entusiasmo lo que sentían, era locura, á

todos había salvado la vida y la honra cubriendo de gloria á la amada patria.

No tenían allí al héroe, pero en su defecto cojieron en hombros á los comandantes de los cruceros que habían obedecido á Flaviano en el memorable día y los pasearon en triunfo por el palacio.

Luego hicieron lo mismo con el duque de Imperio y el príncipe Julio por ser el uno padre, y el otro hermano, según decían, del héroe.

Porque aquella exageración pasaba los límites de lo increible.

A la vez que esto ocurría con los que se quedaron en el comedor decía el Santo á las cinco damas:

—Hijas mías, dejadlos y perdonadles la locuras de su entusiasmo. Todo lo merece Flaviano; su génio, su inspiración y su talento no pueden por menos de llevar el soplo divino. Yo no comprendo á ese gran hombre; cuando más digno lo creo de una justa reprensión de mí, que lo amo tanto ó más que su padre, más grande, noble, generoso y elevado se presenta á mis ojos. Dejadlos, ganas se me pasan á mi de aplaudirlo también.

—Y á mí—añadió el padre Anselmo.

Por eso decimos, que tenía su mérito y muy grande en la duquesa de los Andes contener y encauzar aquel delirio á la hora de haber empezado.

El anciano general que también estuvo fuera de sí, exclamó de pronto.

—Bien, duquesa de los Andes, nos contenemos y



Los cinco se reían del cambio sufrido en aquellos leones.

nos vamos á ocupar con la mayor seriedad del recibimiento del héroe, pero que vengan las damas y el Santo á ayudarnos. Todos ponemos esa condición. Empezaremos por pedirlas perdón...

—Me parece bien y voy por ellos.

En cuando hubo salido añadió Carvajal:

—Señores, al entrar las damas besemos todos la mano á la bella Alice que es la prometida del héroe.

—¡Bravo!—le contestaron,—delicioso castigo á nuestra locura.

—Con mucho respeto.

—Se entiende.

—Primero el duque del Imperio que también les ha faltado, luego el príncipe Julio, después el duque de Pastrana, luego yo y seguidamente todos nosotros uno á uno y teniendo en cuenta que os dirigís á una vírgen.

Estas frases merecieron un aplauso.

Llegaron y todos fueron besando la mano de la casta y bellísima doncella sin expresar frase alguna.

Las cinco se reían del cambio sufrido en aquellos leones.

Del delirio pasaron á la humildad y al más acrisolado respeto.

Dieron á la jóven la presidencia, é invitaron á las damas á que empezaran el debate proponiendo lo que debían hacer para recibir dignamente á Flaviano de Osorio.

En el acto pidió la palabra Elvira. Su padre exclamó:

—Dios sea con vosotros.

—¿Por qué?—le preguntó Julio.

—Esa loquilla vá á pedir que salgamos volando á recibir á su amigo y hermano. Nos vá á querer convertir en águilas.

—No creo...

—Pronto lo verás.

Con su voz de ángel exclamó Alice:

—Silencio, señor duque de Pastrana; silencio, príncipe Julio, la Excma. señora doña Elvira de Silva tiene la palabra.

—Gracias, dignísima presidenta. Voy á hablar.

Señores, veo muy justificado el acto, silencio y compostura que nos retiene aquí; pero todavía estaba más justificado vuestro delirio al brindar por el héroe invicto, vuestras locuras al tratarse de él. ¿Quién de los que estamos aquí no le debe la vida? ¿Qué reino debe á ninguno de sus hijos lo que España á Flaviano de Osorio?

Un aplauso siguió á estas frases, la oradora continuó:

—Hasta el Santo que nos escucha le debe la vida y lo aplaude. ¡Lástima no me hayan dejado acompañaros en vuestro justificado delirio! Ni hubiera concluído tan pronto ni hubiera sido tan frío para lo que debió ser.

Ahora no fué aplauso, sino una completa ovación lo que hicieron á la joven.

Su padre dijo á Julio:

—¿Ves que modo de empezar?

—Sí, pero tiene razón.

—¿También á tí te parece pequeño el escándalo que hemos dado?

—Muy pequeño.

—Y á mí.

La oradora continuó:

—Basta de preámbulo, señores; concretémonos á lo más interesante. Mis compañeras y yo pedimos á la ilustre asamblea haga cinco cosas, porque cinco somos nosotras para celebrar la venida del héroe. Teniendo en cuenta lo que él merece, hagamos andar á esta isla con sus volcanes, sus montes y su incomparable vejetación y en ella salgamos á recibir á nuestro salvador, por lo menos, una legua.

Entre carcajadas y aplausos recibió la bella Elvira otra ovación, eso no era proponer nada, pero sí el mayor elogio que podría hacerse á los merecimientos del héroe.

El duque de Pastrana volvió decir á Julio:

—¿Lo ves? Si conoceré yo á mi hija.

Julio reía á carcajadas.

Luego contestó al duque:

—Vuestra hija es más oportuna que vos, que yo y que todos.

—Julio, ten en cuenta que va á provocar otras locuras.

—¿Qué mal hay en ello? que vengan, Flaviano todo lo merece.

—Por mí que vengan; creo como tu que tu hermano todo lo merece. Vamos á pasar aquí el resto de la tarde y la noche.

—¿En dónde podríamos estar mejor, tío?

—Adelante, sobrino.

Sería interminable nuestro relato si hubiéramos de contar á nuestros lectores todo lo que se habló en aquella asamblea.

Baste decir, que hasta el príncipe de Italia y el padre Anselmo tomaron parte después que vieron encauzado el debate, lo cual tardó todavía más de dos horas.

Por fin terminó á las nueve de la noche, cenaron y desde aquel momento comenzaron á dar órdenes y á trabajar para hacer al héreo un digno recibimiento.

Lo hemos de presenciar; por lo tanto nada decimos de lo mucho que acordaron.

Volvámonos con Flaviano.

Lo dejamos en los momentos de abandonar Jamáica y perderse en el extenso golfo de Méjico.

Habló un poco con Guzmán, le confió la dirección de la galera y se encerró con Zalla en su camarote de estudio.

—¿Vais á escribir, señor?—le preguntó Ricardo.

—Sí, y tu ¿por qué no te has quedado con Guzmán?

—Si me lo permitís voy á estudiar.

—Muy bien, ahí tienes libros.

—¿Cojo uno científico?

—Es lo mejor.

—La Naturaleza en todas sus manifestaciones.

—Excelente.

—¿Música escribis?

—Música, sí.

—Ya teneis, señor, una buena compañera para el canto.

—¡Es tan exigente!

—Pero muy lista.

—Mucho.

—¿Escribis para ella?

—Para ella y para todos.

—No lo entiendo, señor.

—¿Tienes más gana de hablar que de leer?

—Siendo con vos mucho más, con otros no.

—Pues estudia que yo no puedo hablarte más.

—Sea como querais.

Y callaron hasta las diez de la noche que les avisaron tener la cena sobre la mesa.

—¿Muy tarde nos llamaron, señor, habrá ocurrido algo?

—No, mandé yo que nos avisaran á esta hora.

—¿Vamos, señor?

—Sí.

Flaviano subió á la cubierta, examinó el horizonte, y satisfecho de su reconocimiento bajó á cenar.

El temporal había terminado y una brisa fresca y algo viva llevaba á la galera de bolina, andando 12 millas por hora.

A las once acabó Flaviano de cenar y en el mismo instante se metió en la cama.

Durmió hasta las seis que se levantó, y encerrándose de nuevo en su camarote de estudio con Zalla, continuó trabajando.

Suponiendo lo que iba á sucederle, almorzó con Zalla y Guzmán á las diez, y prosiguió escribiendo hasta la una y media que asomó la cabeza el comandante de la Numancia. diciéndole:

—Señor, varios navíos al Sur, al Este nuestra isla.

—¿Qué dirección llevan esos navíos?

—La misma que nosotros.

—Serán los nuestros.

—Creo que sí, señor; ¿cómo regresan tan pronto, mi almirante?

—¿Habeis olvidado que nosotros perdimos tres días en Jamáica?

—Es verdad, mi almirante.

—Á la ida no les alcanzó el temporal, un poco á la vuelta y les ayudó á correr.

—¿Les entorpecería el desembarque?

—No es probable; allí ha debido ser benigno. Oid, Guzmán, liad unas cuantas velas para que nos alcancen los cuatro navíos. Cuando podamos estar al habla con ellos, avisadme.

Mientras Guzmán le obedecía, recogió Osorio todo lo que estaba escribiendo y había escrito, formó un rollo y se lo dió á su criado diciéndole:

—Pérez, cuando desembarquemos, llevas estos papeles á mi despacho.

—¿Desea algo más mi general en jefe?

—No.

Flaviano meditó hasta oir la voz de Guzmán, que decía:

—Señor, la escuadra al habla, la galera Numancia y las otras dos y todos los navíos al pairo.

—¿A qué distancia estamos de la isla Libana?

—A dos millas.

—¿Sale á recibirnos la escuadra del duque de Pastrana?

—Sí, señor, y los dos cruceros.

—Vamos arriba.

Subió, y corriéndose al extremo de la proa, estuvo mirando con su anteojo cinco minutos.

—Guzmán—le dijo sin dejar de mirar—que vengan Fajardo y Negrete.

Dada la orden, cada uno de ellos echó un bote al agua presentándose en la cubierta de la Numancia.

Flaviano se dirigió á Negrete preguntándole:

—¿Llegásteis bien á Veracruz?

—Sí, señor, mi almirante.

—¿Hicisteis la entrega de los prisioneros?

—Sin dificultad alguna.

—¿Estaba el virey?

—Sí, señor. Este pliego me dió para vos.

—¿Embarcásteis vinos y cereales?

—Cuantos hallé.

—¿Y marineros?

—Doscientos diez.

—Bastan. Fajardo y vos Negrete, adelantaos con todos los navíos y dos galeras, y formad enfrente de la escuadra de Pastrana. Ellos forman una fila, invitándoos á que formeis otra para que cruce por medio la galera almirante. Primero los dos navíos y una galera españoles y luego los buques ingleses y franceses que llevarán la bandera española flotando y las de sus respectivas naciones caidas hasta el suelo. Dad las órdenes y partid, que están esperándonos mucho tiempo. A las salvas que hagan contestad con otras y á los vivas que ellos den contestad vosotros por la patria y por la escuadra española.

—Muy bien, señor.

—Y que Dios defienda nuestros oidos y nos de paciencia para sufrir la tarde que nos espera.

Marcharon los dos maestres, y dadas las órdenes que el héroe les encargó, ocuparon cada uno su navío y comenzaron á surcar todos ellos uno tras otro, siendo la última la Numancia.

Anduvieron más de una milla, en cuyo instante se detuvo, á una voz de Flaviano, la galera en que iba.

Los otros barcos continuaron marchando.

—Guzmán,—dijo Osorio al comandante,—dirigid vuestro anteojo á la línea de navíos españoles.

—Ya estoy, señor.

—¿Qué veis?

—¿En cuál de ellos?

—En el primero.

—Varios jefes y oficiales, con las damas, vuestro padre, el príncipe de Italia y el padre Anselmo.

—Eso es, que tengan preparado un puente pequeño y una escalera de mano para que al llegar la galera á ese navío que es el "Reina Margarita„ junto con él cuanto sea posible pasen algunos de los que están allí, quiten en el mismo instante el puente y continue su marcha la galera por entre esas dos filas de buques. ¿Lo habéis comprendido bien?

—Perfectamente.

—Un descuido...

—No lo habrá, señor.

—Sigamos adelante.

La galera continuó una marcha lenta, dirigiendo su proa al navío "Reina Margarita„

CAPITULO LV

Las dos escuadras.—El mar cubierto de flores.—Trasbordo.—Mil cañonazos.—No anda la isla como quería Elvira, pero se conmueve.—La invención llevada al extremo.—Una cita amorosa.

Algo antes de llegar la galera de Flaviano á las dos filas de buques, ya estaban colocados en correcta formación, los treinta y un barcos que, rebajada la galera de Osorio, componían las dos hileras de navíos y galeras españoles y quitados al enemigo.

Por último, llegó la galera almirante, se oyó un viva atronador al héroe, y comenzaron á hacer salvas en todos los buques y por todas las baterías del monte.

Aquellas descargas y las voces de 15.000 personas aclamando á Flaviano, formaban un continuado estampido que hacía temblar los montes y hasta la isla.

La galera de Osorio, fué llegando pausadamente al primer navío, hasta quedar casi pegada á él.

Guzmán echó el puente, tiró una escalerilla de mano al navío y puso otra al pié del puente, saltó á este el héroe y comenzó á gritar:

— Madre mía, Alice, Elvira...

Todos al verlo corrieron á sus brazos é iban pasando á la galera ayudados por Zalla.

También pasaron el duque del Imperio, el príncipe Julio, el de Italia y el general Mendoza.

Puente y escalerillas desaparecieron.

Flaviano se fijó en el navio que seguía que era el Felipe III, y viendo en él al duque de Pastrana y al general Carvajal, le dijo á Guzmán:

—Pegad la galera á ese otro navío; vivo.

Cuando los dos barcos estuvieron juntos volvió á gritar Osorio:

—Pastrana, Carvajal, á mi barco.

Y les alargó los brazos ayudándoles á pasar de un barco á otro.

Luego dijo á Guzmán:

—Por el centro de las dos filas que forman las naves.

Y se quedó en el centro de la popa cogido de las manos por Alice y Elvira.

Los restantes que pasaron de los dos navíos estaban detrás.

Al acercarse la galera al primer navío, los jefes y oficiales de éste cubrieron la cubierta de la Numancia de flores, y los del segundo de preciosas coronas dedicadas al héroe.

Ya la galera en medio de las dos hileras de barcos, salieron veinte botes que marchaban delante de la Numancia cubriendo el mar de flores.

Cada navío de los de Pastrana tenía en el palo mayor el retrato de Flaviano, rodeado de una corona enorme con cintas y letreros encomiásticos de su valor y talento.

Las cinco damas lucían sus mejores galas, y los jefes, oficiales, soldados y marineros los trajes más vistosos.

Las cuatro hermosas jóvenes iban de blanco, pero adornados sus pechos y cabezas con perlas y brillantes.

La trinidad que formaban Flaviano en medio y Elvira y Alice á los lados, cogidos de las manos, era fantástica, ideal, sublime, no cabía más belleza ni más elegancia.

Flaviano besaba á menudo las manos de las jóvenes, y éstas le devolvían aquel ósculo afectuoso con otro en las manos también, llenos de admiración y de cariño.

En las cubiertas de todos los barcos estaban desde el jefe superior hasta el último grumete y soldado.

Los marineros y tropa batían palmas y le daban vivas que nadie oía por el ruido de tanta descarga, y los jefes y oficiales movían sin excepción sus pañuelos blancos.

Flaviano había dado su gorra negra con pluma blanca á Pérez é iba descubierto saludando con la

cabeza á todos. Ellos también estaban descubiertos sin excepción.

De este modo se dirigieron al Boquete que hallaron cubierto de flores y por encima de ellas cruzaba ahora la Numancia.

También en el monte se veían agitarse los pañuelos blancos de los artilleros.

La galera Numancia se retiró cien metros del boquete quedando frente al Cortado.

Cesó por algún tiempo el cañoneo y comenzaron á cruzar por delante de la Numancia los 31 barcos que habían formado la dos hileras de naves.

Era un desfile marítimo, imponente, colosal.

Según iban pasando por delante de Flaviano los jefes y oficiales, todos descubiertos, los soldados presentaban las armas y todos sin excepción gritaban:

—¡Viva el héroe español!

Y se oían los vivas de millares de voces que atronaban el espacio y repetían los cóncavos sin cesar.

Pasaron los 31 barcos y comenzaron de nuevo las salvas.

Iban tirados mil cañonazos y ahora daban principio los arcabuces.

Se echó la escala real y las jóvenes Elvira y Alice tiraron de las manos de Osorio haciéndole bajar. Al pie halló una barquita que figuraba una concha y en ella le hicieron entrar.

Esta barca estaba forrada de tisú de oro y cubierta con todos los emblemas de la marina. No se veían

los remeros cubiertos por dos ángeles grandes que parecían llevar volando el esquife.

Las jóvenes sentaron á Flaviano bajo una guirnalda artificial en la cual se leía:

"La marina española á su almirante el héroe español.»

Era una obra de arte y de mucho mérito. Flaviano al entrar en ella, exclamó:

—Este barquito parece soñado.

El esquife, que solo llevaba dos remeros, corrió por la bahía con suma ligereza. Llegó al muelle y se detuvo al pie de un arco monumental. Estaba formado con arrayanes y flores, y exhalaba delicioso olor.

Sin soltarlo de la mano las jóvenes, le hicieron subir á un trono y los tres se sentaron bajo sólio de terciopelo y raso.

El trono empezó á andar, los que lo llevaban no se veían.

A los pies del trono se presentaban todos los atributos guerreros y un gran letrero que decía:

"El ejército español á su general en jefe el héroe Flaviano».

Lo mismo el barquito que aquel lindo y nuevo carruaje contenían únicamente los tres asientos que iban ocupados.

Desde el muelle hasta el palacio cruzaba el carro triunfal por arcos hechos con floridos ramajes. En todos ellos había atributos guerreros é inscripciones que relataban los hechos gloriosos de Flaviano.

Ciento veinte arcos había en aquel corto trayecto que representaban un trabajo ímprobo y una voluntad decidida.

Acabaron los arcos y entraron en la plaza que había delante del palacio, en la cual se hallaban todos los indios de la isla con su cacique Keisko á la cabeza.

No llevaban armas; cada uno de ellos tenía en la mano un saquito con arenas de oro que iban ofreciendo al héroe.

Aquel acto no era vistoso, pero representaba una fortuna inmensa.

Flaviano era ya mucho más rico que su poderoso padre.

Fueron á bajar del carro; pero veinte indios, todos de la familia de Keisko, le cogieron, llevando al carro y los tres que iban en él al salón principal. Allí bajaron quedando por fin solos, aun cuando fué por poco tiempo.

—No cabe más fortuna—exclamó el héroe estampando un beso en la frente de Alice y otro en la de Elvira—me han transportado á este palacio dos ángeles, los más bellos sin duda alguna que existen en la tierra.

—¿Eres feliz?—le preguntó Elvira.

—A vuestro lado, sí, pero acompañados únicamente de nuestros padres y amigos. En medio de ese bullicio, de ese torrente desbordado de obsequios y de plácemes que yo no merezco, no. Allí era el prisionero de la lisonja, el esclavo de la adulación, aquí entre

ángeles, soy el liberto transportado á un paraiso lleno de encantos...

No pudo continuar; de pronto se precipitaron en el salón todos sus parientes y amigos.

La duquesa de los Andes se abrazó á él y lo besó en la frente, en el rostro y hasta en los ojos. La duquesa de Tabasco y Líbana le besaron las manos y todos los restantes inclusos el príncipe de Italia y el padre Anselmo lo estrecharon.

El duque de Pastrana se llegó á él, y colgándole al cuello el toisón de oro, le dijo:

—En nombre del rey de España y por su orden expresa, os ciño este collar que vais á honrar con vuestro pecho. Aceptadlo, señor, ya que no os dignásteis usar el título de príncipe con el tratamiento de alteza que ganásteis y S. M. os otorgó.

El anciano general le ofreció una espada con la empuñadura de oro que le mandaban los caballeros de la orden de Santiago.

Añadieron algunos otros presentes que no describimos por no hacer más extenso este relato.

Pero lo más notable fué la presentación de cuatro pajes sosteniendo vandejas con títulos firmados por el rey é infinitas alhajas de gran valor.

El duque de Pastrana ofreció todo aquello á la hermosa Alice diciéndole:

—Su Magestad el rey os ha concedido el título de princesa de Méjico con el tratamiento de alteza, una posesión que mide una legua en cuadro y S. M. la

reina esas alhajas, que no dudo aceptareis como regalo de boda. Vuestros soberanos os dan la enhorabuena y os desean la suprema felicidad.

Flaviano le contestó:

—Alice y yo, aunque sin merecimientos bastantes, aceptamos todos esos obsequios y bondadosas frases que nos habeis ofrecido en nombre de los reyes de España. Les damos las gracias, también á vos, su digno emisario y á cuantos me han honrado con inmerecidos obsequios. Pero ni Alice ni yo usaremos nada de eso hasta que nos creamos dignos de ostentar tanta honra y merced.

Y se quitó el toisón, lo puso en la bandeja con las alhajas de Alice, é hizo seña á los pajes para que retirasen todo aquello.

Ninguno extrañó en Flaviano esta conducta, conocían su modestia, el desdén que tenía para todas aquellas grandezas humanas y lo vieron como la cosa más natural del mundo.

Terminado este acto, entraron á felicitarle todos los maestres de campo, capitanes y oficiales de la armada y de los tercios.

Pasaban de 500, pues mandaban 15.000 hombres.

Contra la voluntad de Flaviano habían crecido considerablemente las fuerzas destinadas á la isla de Líbana.

A todos estrechó la mano el héroe, para todo el que le habló tuvo frases cariñosas, rogándoles nom-

brasen comisiones para que cenasen con él aquella noche

Julio se encargó de esto, quedando todos los maestres, seis capitanes, seis tenientes y seis alféreces.

Los restantes se retiraron y poco después se sentaron á la mesa.

Eran ya las nueve de la noche y Flaviano, Zalla y Guzmán no habían comido aquel día.

La cena empezó animada y los postres alegres, pero por respeto al héroe no hubo brindis ni aquella expansión anterior.

Terminó la cena, Flaviano se despidió de todos y cogido al brazo de su hermano Julio se retiró á su dormitorio.

Dos minutos después y antes de que entraran á desnudarlos sus criados, oyeron un golpecito dado á la puerta de la alcoba.

—¿Quién es?—preguntó Flaviano.

—Somos nosotras, Elvira y Alice.

—Entrad, hijas mías, todavía estamos vestidos.

Las jóvenes pasaron, diciendo Elvira á Osorio.

—Hermano, tu eres el jefe absoluto de todos, ¿es cierto?

—Eso ha mandado el rey, pero si me faltase poder para alguna cosa yo lo conquistaré con la punta de mi espada para complaceros en lo que querais de mi.

—No es para tanto, Flaviano, ni Alice necesita nada; soy yo sola.

—A lo mismo me comprometo, Elvira.

—Gracias, estaba segura.

—Habla, y ten por concedido lo que pidas.

—Arresta á mi padre por tres días en su habitación. Prohibición absoluta de que salga y una orden para que le hagan compañía el duque del Imperio, la duquesa de los Andes y el general Carvajal.

Julio y Flaviano sonrieron al escuchar el pedido de la bella joven.

—¿Qué delito ha cometido—le preguntó el segundo—para merecer el noble y digno duque de Pastrana ese castigo?

—Uno muy grande.

—Habla, Elvira, yo creo que no hay padre mejor en el mundo.

—Es verdad, pero en esta ocasión no es mi padre, es mi tirano.

—Alguna razón tendrá para serlo, hija mía. Sepamos.

—Te voy á convencer de lo contrario. Oyeme: Un maestre de campo, el comandante del navío Reina Margarita, ha hecho el disparate de enamorarse de mí, quiero darle una lección y el tirano no me deja.

Los dos volvieron á sonreir.

Flaviano le contestó:

—Elvira, no hay nada tan natural como el que se haya enamorado de una dama tan bella como tu el noble conde de Alba. ¿Sabe que te vas á unir á Julio?

—No lo he averiguado ni me importa.

—¿Qué lección quieres darle?

—Me ha pedido una cita por escrito y se la voy á conceder.

—¿Qué te propones?

—Llamarle necio.

—Mal recompensas su amor que yo creo honrado y digno de un cumplido caballero.

—Tonto, es un amor tonto, Flaviano.

—¿Por qué?

—Porque siempre que me mira vuelvo la cabeza á otro lado, y cuando insiste le falta sentido común.

—¿Dónde te ha citado?

—En la ventana de mis habitaciones.

—¿Pero dentro?

—No, dice que me asome y me dirá desde abajo lo mucho que me ama. Yo quiero admitirle la cita, salir y decirle cuatro verdades.

—¿Para cuándo te pide esa cita?

—Para esta noche.

—¿A qué hora?

—A las doce.

—¿Y qué dice tu padre?

—Que yo no salga y que él lo hará subir á su habitación.

—¿Por qué se lo has dicho al duque?

—Porque una hija bien educada no debe ocultar esas cosas á su padre.

—Muy bien. Sin arrestar á tu padre, que ni lo merece ni ha dado motivo para eso, vas á tener la cita

con el conde de Alba siempre que me des palabra de hacer lo que yo te mande.

—¿Qué quereis de mí?

—Nada que sea injusto: Elvira, el amor es una pasión que domina al hombre...

—Menos á tí,—le interrumpió Alice.

Flaviano le besó una mano contestándole:

—Aquí, hermosa niña, no ha logrado dominarme nada.

—Porque tú has nacido para dominarlo todo.

—¿Tiene queja de mí la señora princesa?

—Ni quiero ser princesa, ni puedo tener queja del afortunado ser, cuyo afecto supone y vale más que el amor de todos los hombres.

—Gracias, Alice. ¿Quiéres dejarme terminar el asunto de tu amiga Elvira?

—Sí.

—Dominado el conde de Alba por esa pasión y con títulos bastantes para poder unirse á tí, nada más natural que declararte su pasión. Tú debes oirlo con calma y concretarte á decirle: Señor, os doy las gracias por el favor que me estais haciendo, pero os advierte que estoy enamorada de mi primo el príncipe Julio, y he venido á esta isla á unirme á él.

Si está cuerdo, con eso debe bastar, si sucede lo contrario quedas en libertad de decirle lo que quieras. No estaré lejos, y si te vieses en algún apuro yo te sacaré de él.

—Todo lo acepto. ¿Pero y mi padre?

—Alice, visita al duque antes que se retire á su dormitorio, y dile de mi parte que puede dormir tranquilo esta noche, porque Julio y yo nos estamos ocupando de nuestro amigo el conde de Alba.

—¿Nada más?

—No.

Ambos besaron las frentes de las jóvenes y se retiraron.

—¿Qué te propones, hermano?—preguntó Julio á Osorio.

—Que no se perturbe la armonía que existe entre nuestros subordinados. Nos bastan y sobran con los enemigos que tenemos fuera.

—Muy bien.

CAPITULO LVII

—

El conde de Alba y su amada.—Fatal noticia amorosa.—Desesperación de un amante.—Contra el fuego el agua.

Quedaron hablando Osorio y Julio sin que volviera nadie á molestarlos.

Así permanecieron hasta las doce menos cuarto, que se trasladaron á una habitación contigua á la de Elvira.

Antes de entrar dijo Flaviano á Pérez su criado de confianza:

—Te sitúas detrás de uno de los árboles que están próximos á la ventana del dormitorio de Elvira, y allí, sin que te vean y lo más cerca posible, esperas mis órdenes.

—Muy bien, señor.

Julio y Flaviano cerraron la puerta de aquella habitación, y se sentaron en dos sillones muy cerca de la ventana que entornaron un poco.

Un minuto despué3 de las doce apareció el conde de Alba, situándose debajo de la ventana de Elvira.

No tardó en presentarse la jóven, diciendo al conde:

—Buena noche, Alba, ¿qué deseábais?

—Deciros, encanto de mi vida, que os amo con loca pasión, que sois la mujer más hermosa que existe, que sin vos no puedo vivir y que mi dicha, mi gran aspiración en el mundo es unirme á vos en santo lazo.

—¿Habeis concluido?

—Toda mi vida la pasaría hablándoos, pero no desplegaré mis labios hasta saber qué opinais de mi inmenso y puro amor.

—Oidla con ingenuidad: Os doy las gracias por el favor que me haceis; pero debo advertiros, antes de pasar adelante, que hace ya tiempo estoy enamorada de mi primo Julio, y he venido á esta isla á unirme á él. Yo creí que lo sabíais.

—Lo ignoraba, Elvira.

—Bien comprendereis que yo, fuera de ese acto, nada tengo que hacer aquí, y la vista de esos balcones y de esos árboles, no merecía la pena de hacer un viaje tan largo.

—¿Y venis vos á buscar al novio?

—Claro es, lo amo, mi padre lo quiso así, y lo que es más grave, lo mandó el héroe.

—¿Flaviano lo mandó?

—Sí, señor, quiere cumplir la palabra que dió á su

hermano de unirse á mi amiga Alice el mismo día que Julio á mí.

—¡Y yo que hubiera ido al fin del mundo por solo conseguir una mirada vuestra!

—Y él también; pero mi primo que es muy leal y obediente á los que pueden mandarle, por ejemplo á su rey, á su padre el santo y á su hermano el héroe, lo retuvieron aquí, y justo era que su prima y prometida viniera á buscarle, ya que á él le era imposible ir á verla.

—¡Qué desgraciado acabais de hacerme, Elvira!

—¿Tengo yo la culpa?

—No, angel mío, la tiene el destino que hasta me impide dar ó recibir una estocada de mi rival.

—Podeis asegurarlo, porque además de ser el príncipe primo del rey es hermano de Flaviano, y ya sabeis que las ofensas del uno las acepta el otro como suyas.

—No me importaba batirme con dos ni con diez y hasta ofrecería las gracias al que me diera una estocada, pero se trata de dos hombres de quien tanto necesitan la patria y el rey, que tanto afecto y respeto me merecen y no puedo atentar contra ellos ni aun con la mirada. ¡Ay, Elvira, no me queda otro remedio que morir!

—¿No es una locura más propia de un aventurero que de un hombre valiente y grave como vos?

—No lo se, comprendo solo lo que me resta que hacer en el mundo.

—Matarse por haber soñado un delirio es propio de un loco y no merece ni mi amistad ni que yo robe un minuto más de sueño á mi descanso.

Y cerró la ventana sin despedirse de él.

El conde quedó parado, con la cabeza inclinada y en actitud del hombre más contrariado de la tierra.

De pronto abrió del todo la puerta Flaviano y sacando el cuerpo fuera de ella exclamó:

—Conde de Alba, ¿sois hombre de corazón?

El maestre levantó la cabeza y vió con asombro que era el héroe quien le hablaba.

—¡Ah, señor, sois vos! Tengo corazón, mi almirante. Mandadme escalar el firmamento y lo hago si la posibilidad me ayuda ó perderé la vida en la demanda.

—Quiero lo contrario; para demostrarme que teneis corazón necesito que bajeis conmigo á las entrañas de la tierra.

—¿No es más que eso?

—Nada más.

—¿Y con vos?

—Sí, unas veces á mi lado, otras delante ó detrás.

—Con vos llegaré al mismo infierno.

—No os hará retroceder el tener que cogeros á la piedra candente por el fuego ígneo.

—No.

—¿Ni ante el abismo temblareis?

—No.

—¿Os echareis atrás al saltar por la sima que te-

neis á vuestros pies y ver en el fondo la muerte que os abre su formidable boca?

—No.

—¿Ni retrocedereis frente á la materia incandescente llamada por el vulgo fuego del infierno?

—No, ni ante el mismo infierno, con Lucifer y todos sus demonios.

—¿Y si salimos con bien, lo cual es muy dudoso, me ayudareis después de que hayamos probado un valor, una temeridad y una sangre fría completos á pelear contra los ingleses, franceses y holandeses siendo ellos diez por cada uno de nosotros?

—Sí.

—¿Me lo jurais por la fe de caballero?

—Os lo juro, señor

—¿Y por el alma de vuestra madre que fué un ángel?

—Os lo juro también.

—Pues yo á mi vez os juro que bajareis á donde no se atreve á bajar nadie y venceremos frente al enemigo lo que nadie se atreve á vencer.

—Así sea.

—Permitidme que abrigue alguna duda respecto de vos.

—¿En qué se funda, señor?

—¡Os voy á exigir tanto!

—Cuanto querais y todo lo haré. Lo he jurado, mi almirante.

—¿Queréis darme algunas pruebas de ese valor que expresa vuestro labio?

—Sí, señor.

—Venid mañana á comer conmigo.

—No faltaré.

—Conde amigo, meditad esta noche en todo lo que os habeis comprometido y habeis jurado y si vacila vuestro valor, si no sois digno de cambiar esa faja de maestre por una de general, no vengais mañana á comer conmigo.

—Señor, tendré la honra de sentarme á vuestro lado mañana.

—Conde, que Dios bendiga y os conserve ese valor que yo aplaudo.

—Hasta mañana, señor.

Se marchó Alba sin que Flaviano lo perdiera de vista hasta que desapareció.

Quedó Julio otra vez frente á Flaviano.

El primero preguntó al segundo·

—¿Qué te has propuesto, hermano?

—Que no muera ese valiente por lo que vale y por las malas consecuencias que podía tener.

—¡Qué talento! Sabes que su flaco es el valor, lo has cogido por él y lo manejaste á tu antojo.

—Padece una pasión de ánimo y en el interior de los volcanes lo voy á curar.

—De todo eres capaz, hermano.

—Señor, es la una de la madrugada, duerme V. E. esta noche ó velamos,—le dijo Pérez.

—¿Quién te mandó dejar el árbol?

—Voló el pájaro, se retiró también el maestre Zalla y ¿qué había de hacer yo?

—¿El maestre Zalla estuvo ahí?

—Sí, señor.

—Explícate.

—Su alcoba se halla en ese frente, se retiró muy tarde á dormir, oyó sin duda hablar al conde con la dama y deducid las consecuencias.

—Buenas espadas eran las dos.

—Buenas, pero no llega la del conde á la de don Ricardo.

—¿Nos acostamos, Julio?

—Lo deseo, hermano.

–Pérez, síguenos.

Un cuarto de hora después dormían los dos hermanos

Flaviano permaneció en su lecho hasta las siete de la mañana que se levantó y entrando en su despacho empezó á escribir, teniendo á Pérez á la puerta para que no dejase entrar á nadie.

Concluyó á la una y media, lió los papeles en que había escrito música por el camino y en su palacio y se fué con las damas que hacía mucho tiempo le estaban esperando.

A las dos en punto le anunciaron la visita del maestre de campo, conde de Alba.

Lo hizo entrar y sentándolo á su lado, le dijo:

—¿Teneis inconveniente en comer entre Elvira y yo?

—Todo lo contrario.

—Pues vamos á la mesa, señores, y añadió: Parti-

cipo á todos, señores, que el valiente conde de Alba me va á acompañar al interior de esos volcanes.

—¡Qué locura!—exclamó la duquesa de los Andes. Me opongo, Flaviano; tu no tienes que hacer nada en las entrañas de la tierra.

—Mucho, madre mía, tengo que averiguar los años ó los meses que le quedan de vida á esta isla.

—No nos asustes, hombre.

—Por ahora no hay cuídado, madre mía.

—¿Por dónde vais á entrar?—le preguntó Julio.

—Por el crater de uno de esos volcanes.

—¿Y por dónde vas á salir?

—Por la Gruta del Diablo.

—Hay cinco ó seis leguas.

—Sí, andaremos más que todo eso. Conde, fijaremos nuestra planta donde hasta ahora no la fijó hombre alguno.

—Me alegro mucho, mi almirante.

—Y veremos lo que nadie ha visto.

—Y te matarás como nadie se mata.

—Madre mía, ¿cuánto más elevado es morir descubriendo los secretos de la ciencia, que averiguando ingratitudes de mujeres?

—Puedes tu hablar.

—Yo soy en eso una excepción; pero hay muchos que no tienen mis ideas. Yo moriré descubriendo secretos de la naturaleza en bien de la humanidad, nunca impelido por pasiones que solo dan señales de debilidad y de cobardía. Además, dentro de esos

volcanes se dan pruebas de verdadero valor, de serenidad unas veces y de arrojo otras.

—¿Y cómo tu no las has dado?

—A mí me lleva allí el amor á la ciencia y á la humanidad. Conde, al salir me dareis las gracias.

—Ya os las estoy dando, señor.

—¿Te acompaño, hermano?—le preguntó Mendoza.

—Si, nos eras necesario, indispensable, pondremos á prueba tu fuerza.

—También iré yo, señor,—le dijo Keisko.

—Y yo, añadió Zalla.

—Cuántos compañeros vamos á tener, conde.

—Ya lo veo.

—De ese modo con uno que se salve bastará para hacer público los descubrimientos que hagan los demás.

—Qué comida me estás dando, hijo.

—No temais, madre mía, nadie se muere hasta que Dios quiere.

—O hasta que él se mata.

—No hay entre nosotros uno capaz de cometer la cobardía de matarse.

—¿Y si os despeñais?

—Ya haremos lo posible para que no suceda eso. Conde, preguntad á Elvira si se atreve á acompañarnos.

—¿Os atreveis?

—Ni me atrevo, ni dejo á Julio que vaya contigo.

—Es decir, que el que yo me mate ó no te tiene tranquila.

—Me consta que tu no te matas.

—¿En qué te fundas?

—Oye, Flaviano, sé que cuande los volcanes estaban en erupción bajastes hasta cerca del infierno, estuvistes mirando el fuego de éste, probablemente verías á los demonios y nada te sucedió.

—Como yo soy otro demonio...

—No, tu eres un ángel con el que no se atreven los diablos.

—¿No juzgas á Julio tan ángel como yo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque mi primo no es ángel, es hombre.

—Y Zalla y Pérez que estuvieron conmigo ¿qué son?

—Hombres á los que salvó el ángel Flaviano.

—Te voy á proporcionar un fiasco. Dicen que eres atrevida y valiente y resultas la más cobarde de la mesa.

—¿Entonces, por qué me obligaste á venir aquí?

—Porque no te conocía bien.

—¿Qué prueba mi cobardía?

—Lo vas á ver: ¿Me acompañas Alice?

—Con el alma y la vida.

—¿Y tú, Líbana?

—Con entusiasmo.

—¿Y tú, Luisa?

—Al mismo infierno.

—¿Qué dices, Elvira?

—Que sigas preguntando, falta uno

—¡Ah, mi madre! valiente reina Tolopalca: ¿me sigues al interior de los volcanes?

—Me atrevo á ir sola contigo.

—¿Qué dices, Elvira?

—Que tienes más partido que yo entre estas señoras, lo cual es natural.

—No es eso. Lo vas á ver: ¿en qué consiste, conde de Alba?

—En que con vos, señor, se va bien á todas partes, lo mismo al infierno que á la gloria.

—Pues feliz viaje, y cuando volvais hablaremos. Yo al infierno no voy ni aun contigo, Flaviano.

—Muchas gracias, Elvira.

—¿Para qué habrás hablado de eso? Oyes, quiere ir contigo Julio.

—Todos menos tú, cobarde.

—Hombre, solo le tengo miedo al infierno.

—Te llevaré por los peores sitios posibles para que te vayas acostumbrando y nada temerás ya al llegar á él.

—No, Flaviano, donde tu quieras menos al infierno.

—Ingrata, cuando regreses á Europa no he de dirigir el buque en que vayas.

—Como no me he de separar de Alice y con ella he de volver, por fuerza tendrás que ir conmigo.

—Me haces recordar una cosa que tenía olvidada. Los mismo que aseguran ser el fuego del infierno el

que yo he visto, dicen que los ciclones son borrascas de los avernos.

—También yo lo oí decir.

—Pues te advierto que antes de quince días presenciarás uno espantoso.

—Si estás tú con nosotras no me importa. Hasta en España dicen que los ciclones no pueden contigo.

—¿Y si no estoy?

—Me encerraré en la celda del santo.

—La idea es excelente.

—Sin perjuicio de que tu me defiendas con más interés que nunca.

—¿Lo supones?

—No, lo doy por hecho.

—Lo veremos.

Flaviano iba lentamente y valiéndose de los medios que hemos visto, curando la pasión de ánimo que padecía el conde de Alba.

Cuando acabó la comida cogió los papeles que tenía escritos y se fué con Alba á la bahía.

Hizo comparecer á todos los músicos inteligentes de los tercios y de la marina y les dió los papeles que llevaba, explicándoles lo que él había hecho y dándoles instrucciones para lo que ellos debían hacer.

Luego llamó á los maestros carpinteros y á un capitán de zapadores que merecía su confianza, y les pidió varios trabajos importantes.

El conde padecía en efecto una pasión de ánimo; Flaviano le estimaba mucho por su valor y porque

era un cumplido caballero y se proponía curarlo por completo, lo cual no era difícil para su talento y predominio sobre los hombres.

Más difícil que eso debía serle dejar sano al gigante Mendoza de los vértigos que sufría, según veremos en el interior de los volcanes y más adelante.

No era incurable el mal de Mendoza, pero sí muy rebelde hasta para el talento de Flaviano.

En toda la tarde se separó de Osorio el conde de Alba; juntos estuvieron en la escuadra, dieron órdenes, dispusieron trabajos y notando el héroe que estaba dominada la pasión de ánimo de su noble compañero lo dejó en su navío y se retiró á su palacio cuando ya había oscurecido.

CAPITULO LVIII

Más instrucciones.—Reconocimientos.—Medidas acertadas.— Preparativos para recorrer las entrañas de la tierra.

Por la noche cenaron y la tertulia se redujo á lo siguiente:

Reunidos en familia, les dijo Osorio, que se proponía poner en aprieto á las damas.

—Ha llegado el momento de que nos ocupemos de nuestras bodas.

—Sí, hermano—le dijo Mendoza—ya tenemos razón.

—No basta la razón, Rogelio, es necesario además oportunidad y conveniencia. Estas parecen llegadas.

—Como tu quieras y cuando tu quieras, Flaviano, le dijo Julio.

—Ante todo, y ahora que están delante nuestros padres, cumple á mi deber preguntaros si todas y todos anhelais esa unión ó teneis algún motivo para

suspender el acto ó anularlo. El casamiento es un acontecimiento muy grave y no debe lastimarlo violencia alguna.

¿Os callais, ninguno contesta? Doy por hecho que optais por la anulación.

—Yo anhelo la boda—dijo Mendoza.

—Yo también—contestó la duquesa de Tabasco.

—Ya tenemos un matrimonio, pero no parece que haya otro.

—Señor, yo también lo quiero, pero sin prisa, cuando vos lo dispongais—exclamó Zalla.

—Seguimos con un solo matrimonio, porque no basta que diga uno que sí; es necesario que sean dos.

Flaviano esperó un minuto, y no contestándole nadie, se levató añadiendo:

—Me retiro á descansar, duquesa de Tabasco. Rogelio, os uniréis en la capilla del palacio pasado mañana; mi madre y yo os apadrinaremos.

—Flaviano—dijo Alice—yo no tengo más voluntad que la tuya. Mi ardiente deseo es unirme á tí y como lo sabes...

—Sea en hora buena, seremos cuatro; ¿nos quereis apadrinar, Rogelio y Luisa?

—Con mucho gusto.

—Pues ya lo sabeis, pasado mañana. Buena noche, señoras y señores.

Julio exclamó:

—Espera un momento, hermano,—y añadió dirigiéndose al duque de Pastrana.—Siento deciros, que

por la inconstancia y deslealtad de vuestra hija, renuncio á la dicha de ser su esposo.

—Digo lo propio—Keisko - añadió Zalla.

Elvira y Líbana soltaron las lágrimas.

—¿Pero qué es esto? - preguntó asombrado el duque de Pastrana—hija, ¿te desprecia tu primo por inconstante y desleal y te callas? ¿qué ocurre, Flaviano?

—Señor, yo nunca he conocido á este sexo y no puedo contestaros.

—Pues alguien lo ha de hacer. Hija, hablas ó te caso mañana con el conde de Alba.

—No, padre mío, eso no. Hablaré. Yo no he dicho que sí porque debió decirlo antes mi primo, y porque decir á un hombre quiero ser tuya, me daba vergüenza.

—Yo también—por lo último - replicó Libana.

—Tendremos paciencia con estos ángeles. ¿Julio, quieres unirte á tu prima Elvira—preguntó Osorio?

—Sí.

—Y tu, niña valerosa, quierés por esposo á mi hermano?

—Sí.

—Y tu, india mal educada, ¿quieres casarte con el señor conde de tu apellido?

—Sí. Si estoy mal educada, el señor duque del Imperio tiene la culpa.

—¿A que aun lo pagamos nosotros, Tolopalca?—dijo el duque.

—Es posible.

—Ya tengo lo principal—replicó Osorio. Vamos con la segunda parte: Señora duquesa de los Andes, ¿y á vos os causa también rubor dar un sí? Lo propio os digo, señor duque del Imperio.

—¿Por qué no?—preguntó la duquesa.

—Claro es—añadió el duque

—Dios aumente mi paciencia; ni los ingleses son más torpes conmigo. Señora duquesa, señor duque, ¿me dais los dos un sí?

—Si lo sabes, hombre.

—Lo daré yo. Sí. Sí. Julio, vamos al dormitorio.

Y fué besando la frente de las cinco, diciéndoles:

—Toma, por valerosa; tu, por mal educada; tu, porque te daba vergüenza, y tu, Luisa, por valiente y entendida. A tí, Alice, porque te se trabó la lengua.

Y los dos se retiraron á su dormitorio riendo del acto que Flaviano había improvisado para poner á las cinco en un aprieto

Ya en cama los dos hermanos, preguntó Silva:

—Dí, Flaviano, ¿cuándo calculas tu que podrán efectuarse las bodas?

—Con certeza no puedo participártelo; creo que antes de veinte días. Te diré la distribución que tengo hecha: Primero el reconocimiento del interior de los volcanes. Conviene averiguar lo antes posible si ofrece ó no seguridad el pequeño mundo que habitamos, luego esperaremos que pase el ciclón, y cinco ó seis después tendrán efecto las bodas.

—¿No te cuidas para nada de los ingleses, franceses y holandeses?

—No.

—¿Por qué?

—Dejo á ellos el encargo de que se cuiden de mí.

—No podrán sorprendernos...

—¿Te parece que será pequeña la sorpresa que ellos recibirán cuando sepan que les he destruído y copado la cuarta parte de esa escuadra mónstruo con la que estaban asustando á todo el mundo? No digieren la noticia en dos meses.

—Harán un supremo esfuerzo y mandarán los cien navíos.

—Para eso necesitan tiempo, y si son tantos, no volverán á andarse con ensayos que tan malos les salieron.

—Es verdad.

—No esperes nada en dos meses, y aun entonces se concretarán á adquirir noticias de lo que tenemos y de lo que hacemos.

—¿Quién les llevará la noticia de lo ocurrido?

—Por lo pronto, la marina mercante que visita los puertos de Veracruz y Jamáica. Luego lo sabrán por nuestros agentes.

—Temo que se acobarden si les refieren la verdad.

—Tendrán por fuerza que saberla; yo me encargaré de que los enteren. Pero aun así tienen que dar una satisfacción al mundo y se la darán; porque de lo contrario resultaría que tres imperios poderosos habían

sucumbido ante España á las primeras escaramuzas. Eso no es posible; tarden más ó menos vendrán.

—Y si tardan iremos á buscarlos. Tenemos ya 32 naves y con ellas ¿qué no lograrás tu?

—Es mejor que vengan aquí y yo les obligaré á que lo hagan. Hoy estamos en mejores condiciones, porque con la escuadra que nos mandó el rey y la mayor que les hemos quitado, creerán que nuestras fuerzas las fundamos en los muchos y buenos barcos con que ya contamos, vendrán todos juntos, nos invitarán á pelear, no les haremos caso, creerán que les tenemos miedo y se meterán para no volver á salir.

—Admirable. Eso es sin duda lo que va á suceder.

—Por ahora, hermano, nos basta cruzarnos de brazos; hasta después de nuestras bodas no pienso disponer nada.

—¿Nos molectará mucho el ciclón?

—A nosotros nada, la isla es posible quede mal.

—Somos con los indios más de 20.000 seres humanes, ¿cómo estamos de alimentación?

—De todo nos sobra sin contar con el gran repuesto que traen los barcos ingleses y franceses cogidos al enemigo.

—¿Tienes algo en que ocuparme?

—Mucho.

—Lo que tu quieras.

—Vas á dirigir los preparativos de nuestras bodas y vas á visitar á menudo el dique para observar las

obras de reparación que están haciendo en los barcos apresados. Quiero que los dejen como nuevos.

—¿Me tienes escritas instrucciones?

—Sí, sobre esa mesa las hallarás.

—¿Ofrece peligro el reconocimiento de los volcanes?

—No lo se, pero es indispensable hacerlo.

—¿Cuándo das principio?

—Pasado mañana, pero en dos días no bajaré.

—Asegúrate antes bien.

—Eso voy á hacer. ¿Dormimos?

—Sí, hasta mañana.

—Dios te de un sueño tranquilo.

Y no tardaron en quedarse dormidos.

Temprano se levantaron Julio y Flaviano pasando los dos al despacho del segundo.

Julio se enteró de lo que debía dirigir y ya iba á salir Flaviano, cuando oyeron llamar á la puerta y á una vocecita muy fina que preguntaba:

—¿Se puede entrar?

—Vienen contra tí, Flaviano, prepárate.

—Adelante.

Las cuatro jóvenes entraron y detrás Zalla y Mendoza.

—Flaviano—dijo Elvira—venimos á pedirte una satisfacción.

—Muy bien, valientes damas, acepto y nombro padrino á Julio de Silva.

—No te chancees que es de veras.

—Ya os he dicho que admito, entendeos con mi padrino.

—Que no es eso; primero contigo, luego con el que te ayudó.

—Si también á él lo desafiais no me sirve de padrino. En ese caso nombro al señor conde de Alba. Entiéndete con él, Elvira.

Todas se echaron á reir.

Elvira añadió:

—Amiguito, anoche has estado inconveniente porque nos avergonzaste.

—Y vosotras tontas que no lo conocísteis.

—Ahora insúltanos; solo eso faltaba.

—¿Es para que hagais coraje y me desafieis de veras?

—No, eso no lo creas, venimos decididas á imponerte un castigo.

—¿Lo trais ya acordado?

—Sí, por unanimidad.

—Muy bien, niñas, me quereis castigar hasta sin oirme.

- ¿Oirte? jamás. Tienes más talento y nos convencerías de lo que tu quisieras sobrándonos la razón.

—Venga el castigo.

—En este papel lo tienes escrito con la causa que lo motiva.

—Leo:

«Por haber avergonzado á cinco damas sin causa ni motivo, se le prohibe al héroe bajar al interior de los volcanes».

—Es muy justa la sentencia y la haré cumplir.

—No, la cumplirás.

—Se cumplirá en cuanto halle al héroe.

—Eres tu.

—Yo nunca creí que era eso.

—Pero nosotros, sí.

—Eso no basta, yo no puedo pasar por lo que no creo que soy.

—Bueno, sufre el castigo y cree lo que quieras.

—Voy á apelar al conde de Alba, y si confirma vuestra sentencia, la sufriré.

—Qué fastidio con tanto conde de Alba.

—Es un cumplido caballero.

—No puedes apelar á nadie, porque los señores duque del Imperio, de Pastrana y general Carvajal, dicen en este papel, que no has visto, que es justa la sentencia.

—Eso es una conspiración contra mí.

—Que lo sea, sufre la pena de tu falta.

—Está bien, la voy á sufrir.

—Eso hace todo buen caballero.

—Hé aquí la prueba. Desisto de reconocer el conducto y todas las cabidades por donde cruza el fuego incandescente que en sus erupciones arrojan los volcanes de esta isla. Pero resultando que ignoramos el tiempo que tardará en desaparecer la tierra que tenemos bajo los pies, seguros oomo estamos de que en breve formará parte del fondo del mar, nombro para que vayan en mi lugar á ese reconocimiento tan im-

portante á las vidas de todos los que habitamos en esta isla, vidas amenazadas de muerte desde la última erupción volcánica, á los neñores duques del Imperio y de Pastrana, general Carvajal, príncipe Julio, marqués de Abella y don Ricardo Zalla, conde de Libana.

— No, no, eso no, gritaron las cuatro.

—Lo ordeno en nombre del rey, y el que se oponga sufrirá el castigo de los rebeldes.

—Pero Flaviano, si á excepción de Julio ninguno de los otros entiende nada de eso.

—Yo tengo además la seguridad de que se matarán, pero vosotras lo queréis, sea.

- ¿Y por qué ellos se matarán y tu no?

—Porque soy gimnasta y porque estudié la ciencia geológica. Julio tampoco se matará, pero los otros positivamente. Yo les aseguro que les ha de doler la firma que han puesto los viejos en ese papel.

Las jóvenes se miraron unas á otras, hablaron entre sí, exclamando Elvira:

—Flaviano, si es verdad que hay ese peligro, haz lo que quieras, retiramos la sentencia.

—En ese caso bajaré yo, y no ocurrirá desgracia alguna.

—¿Lo aseguras?

—Sí.

—No podemos con él, ¿lo véis? Vámonos.

—Alto, niñas, que falta ahora mi castigo.

—¿A quién?

—A tí, á Luisa y á tu cómplice Zalla.

—¿Qué hemos hecho?

—Conspirar contra mí.

—Es verdad.

—Toma, ángel mío, como te llamaba el conde. Estúdiate ese papelito y apréndelo bien. Tu, Luisa, ese otro, y tu, Zalla, aquél.

—¡Flaviano, música de iglesia!

—Sí, para tu casamiento.

—¿Y el tuyo?

—Ya me lo aprenderé.

—Todo sea por Dios.

—En su día ensayaremos. Id con Dios hijitas, se cumplió el refrán, fueron por lana, etcétera.

Y los seis se marcharon.

Julio y Flaviano quedaron riendo de cuanto había pasado en la escena anterior.

El castigo que deseaban imponer al héroe era inspirado por la intención más noble y generosa; por esa causa se habían unido todos en esa cuestión.

¿Pero quién sino Flaviano podía descender á las entrañas de la tierra y hacer un reconocimiento geológico tan profundo y grande como salvador del conflicto que les amenazaba?

Solo él, que además de lo muchísimo que había estudiado, se adelantaba dos ó tres siglos á su época.

Julio le dijo:

—Quisiera pedirte un favor, hermano.

—Que te deje bajar conmigo á las profundidades. ¿Es eso?

—Sí.

—Imposible, Julio, te quedas en mi lugar, único que puede hacerlo y encargado además de todos los preparativos de las bodas; esos ángeles se quejan con razón de la tardanza.

—¿Y tu?

—A mí me es igual casarme ahora, ó luego ó nunca.

—¿Todo eso amas á Alice?

—Sí.

—Luego tiene razón la duquesa de los Andes cuando dice que no amas á nadie, ni á Alice.

—Sí.

—Flaviano, ¿qué confiesas?

—Como siempre, la verdad.

—¡Qué declaración, hermano!

—Terrible, cruel. Yo no os amo áninguno, es verdad, pero todos los días os estoy librando de morir. No amo á mi patria, pero le sacrifico mi vida y todo mi tiempo; soy esclavo de ella y de vosotros. No os amo pero soy vuestro primer defensor, el que más hace por todos, el que menos hace por él, el menos egoista, el más generoso

—¿Sabéis por qué no os amo? Es por lo que más tenéis que agradecerme No te amo á tí, ni á Alico, ni á mis padres, ni al santo, ni á mi expaje, ni á nadie, porque todo mi amor es para Dios y por eso me inspira, me defiende y os libro de la muerte, de todos los peligros y salvo á mi afligida patria.

¿Queréis que rebaje el amor que tengo á Dios y os lo dé á vosotros? ¿Queréis torpes é insensatos que os iguale al sublime ser que le debemos cuanto somos y valemos?

—No, hijo, no—exclamó el príncipe de Italia que estaba oyéndolo desde la puerta. No y mil veces, no—añadió oprimiéndolo con sus brazos—Julio, hé ahí la causa de sobreponerse tanto á tí el héroe, todo su amor es para Dios, toda la bondad de Dios es para él.

—Es verdad, padre mío—le contestó Julio.

—Flaviano mío, yo que te amo más que tus padres porque te conozco mejor, que Julio, que Alice y que todos ellos, te aconsejo que bajes al fondo de esos cráteres, que pelees con los ingleses, que hagas por tu patria cuanto quieras; Dios nuestro Señor está contigo, y de todo saldrás bien, todo lo vencerás, y hay del que se ponga enfrente de tí, ese irá al abismo, á la muerte. Creen que soy yo el santo; necios, no han reparado que eres tu el que hace los milagros. Adios, hijo mío, feliz el que puede estrecharte y besar esta pura y hermosa frente.

Lo abrazó, lo besó y salió sin decir nada á su hijo Julio.

Los dos hermanos quedaron mirándose, Flaviano con lástima á Julio, éste con admiración y respeto á Flaviano.

El último exclamó por fin.

—Julio, no perdamos el fiempo en varias contemplaciones. Desde ahora hasta que haya reconocido las

entrañas de la tierra, manda, dirige; ámplia libertad te dejo. Cuida de los asuntos referentes á las bodas y vámonos, que quiero enterarte sobre el terreno de todo lo que dejo pendiente. ¿Pérez?

—¿Señor?

—Que no nos esperen á comer á Julio ni á mí.

—¿Os acompaño, mi general?

—Hoy no.

—¿Y el maestre Zalla?

—Tampoco. Sal. Vámonos, Julio.

—Y salieron cogidos del brazo, dirigiéndose á la bahía.

Por el camino le preguntó Silva:

—Hermano, ¿vas á emplear muchos días en la escursión subterránea?

—No lo se, Julio, puede que sean cuatro ó cinco, pero no salgo de allí hasta que averigüe lo que necesito.

—¡Quién las va á sufrir!

—Convéncelas de que no hay peligro.

CAPITULO LIX

Al interior de la tierra.—Los huecos subterráneos.—La gran planicie.—A descansar, cenar y dormir.

Flaviano y Julio se trasladaron desde la falúa del primero al navío Reina Margarita.

El conde de Alba que lo mandaba, leía en su camarote una obra de náutica.

Al oir la voz del centinela que gritó:

—¡El almirante!

Se puso en pie conservando el libroen la mano.

Iba á subir, pero Flaviano nc le dió tiempo.

—¿Qué hacéis?—le preguntó.

—Ya lo veía, señor, estudiaba.

—¿Náutica? Es buena obra.

—No es mala; pero vos sabéis más que ese autor y que todos los nacidos.

—A unos se les calumnia injuriándoles y á otros adulándoles. Pero no hablemos de eso. Venimos á comer con vos, mi hermano y yo.

—Gran honra, señor, que no la merezco.

—Sino la mereciéseis no os la haríamos; estad seguro.

—Gracias, señor.

—Dad al contramaestre esa lista y que haga venir á todos los que en ella figuran.

—Con vuestro permiso.

Salió el conde, sentándose en un diván de la cámara Flaviano y Julio.

Poco después comenzaron á llegar capitanes zapadores, maestros carpinteros y músicos.

Flaviano iba preguntándoles, intruyéndolos y dando encargos á Julio sobre los temas que debatió.

Así permaneció desde las nueve hasta las dos que los unos se retiraron y los otros se sentaron á la mesa.

—Conde—le dijo Flaviano—hablando en marino os diré que pasado mañana nos haremos á las entrañas de la tierra.

—Lo deseo vivamente, señor.

—Que os hagan un traje de seda que os cubra desde los tobillos á la cabeza, sin otra abertura que las dos ventanillas de la nariz, la boca y los ojos. Todo lo demás herméticamente cerrado.

—Mañana lo dejarán concluido.

—Sino tuviéseis tela pedídsela á cualquiera de las damas del palacio.

—Tengo, señor.

Flaviano le dió algunas instrucciones más, concluyeron de comer y se despidieron de él, saltando á su falúa.

En el muelle le esperaban Fajardo y Negrete á los cuales dijo:

—Por si se adelantase el ciclón, lo que no creo, dejad anclados entre los dos montes que resguardan el Norte y Sur de la bahía todas las embarcaciones que tenemos aquí. Los barcos que están en carena y composición en el dique, pueden quedar allí, pero que los aseguren bien.

—¿De qué cuadrante viene el ciclón, mi almirante?

—Esperadlo de Sur á Norte.

—¿Con mucha intensidad?

—Con bastante, pero siendo esto lo más resguardado de la isla aquí no causará extragos, en otras partes muchos.

—¿Os vais pronto?

—Para vosotros ahora mismo.

—¿Bajais á las entrañas de la tierra?

—Claro es.

—Dios os acompañe y defienda.

—Nada temais; hasta mi regreso.

Se retiraron al palacio y los dos se encerraron con Keisko al cual le dió Flaviano varias instrucciones de palabra y por escrito.

Después buscaron á las damas y á sus padres y con ellos estuvieron hasta las diez de la noche que se retiraron á descansar.

Al amanecer montaron á caballo el héroe, Zalla y sus dos criados y salieron con dirección al primer volcán.

Flaviano acompañado de Ricardo reconoció todo el cráter.

Lo mismo hicieron en el segundo y tercero.

A la una comieron, dando pienso y descanso á los caballos, y á las tres continuaron estudiando los cráteres. A las siete habían terminado y emprendieron su regreso á buen paso.

—¿Qué habeis sacado en limpio, señor? —le preguntó Zalla.

—Que por cualquiera de ellos se puede bajar.

—¿Por cual habeis optado?

—Por el que se halla frente á la Gruta del Diablo.

—El tercero de la derecha.

—Eso es.

—Supongo que os acompañaré.

—Mal supones. Dentro de esas cabidades no me haces falta.

—Pero vos me hacéis á mí y os suplico me permitáis acompañaros. Soy más gimnasta y más fuerte y vigoroso que el conde de Alba.

—Si tienes empeño, vas; pero lo sentiré por tí.

—Voy, señor, voy por vos y por mí.

—Ven si quieres.

Y obligando á los caballos, haciéndoles andar una legua en cada media hora, llegaron al palacio á las once y media de la noche.

Habían recorrido 24 leguas y los potros llegaban en el peor estado posible.

Cerca de las doce se sentaron á cenar Flaviano y

Zalla acompañados de todos los jefes del palacio, que les esperaban hacía tiempo.

—¿Qué has descubierto, hijo mío? le preguntó el duque del Imperio.

—Que por todos los cráteres se puede bajar bien en cuanto alcanza la vista.

—¿Y después?

—Ya lo veremos; no creo hallar ningún imposible.

—¿No expondrás tu vida?

—¿Cuándo no la tiene expuesta el soldado, señor? Pero nada temáis, seré todo lo prudente que la ciencia y el instinto de conservación me aconsejan.

—¿A quién llevas?

—A Rogelio, á Zalla como voluntario, á Alba y á Keisko.

—¿Muchos criados? Uno por individuo y cuatro indios, los más fuertes que halle el cacique.

—¿Vais á ser catorce?

—Por ese lado, por la salida me esperarán algunos más.

—¿Cuál es la salida?

—La Gruta del Diablo.

—¿Cuántos días emplearás en esa excursión?

—Señor, desde el cráter por donde entramos á la gruta hay cinco leguas. Calculad tres más por los rodeos y parajes á donde me lleve el estudio; son ocho andadas á pie por el peor de los caminos; no será poco emplear cuatro ó cinco días.

—Mucho es.

—Como pueda echar menos, creed que lo haré con gusto.

Continuaron hablando hasta la una que todos se retiraron á descansar.

Al siguiente día fué reconociendo Flaviano todo lo que había pedido para descender, y Mendoza lo relativo á la alimentación y camas; se despidieron de los habitantes del palacio y montaron á caballo seguidos de siete indios encargados de traerse los 14 caballos.

Llegaron al crater por donde iban á bajar á las dos de la tarde.

Sobre la lava y las piedras quemadas hicieron la primera comida, descansando del trote de seis horas.

Los indios se habían retirado con las caballerías y cuando sus cuatro compañeros estuvieron cargados con todo lo que llevaban empezaron á descender en la forma siguiente:

Delante iban Flaviano y Mendoza, detrás Alba y Zalla con Keisko, seguían los criados y cerraban la marcha cuatro indios cargados con viandas, vinos, agua, ropas de camas é instrumentos, con otras cosas menos importantes.

Los cinco jefes se habían cubierto con trajes de seda ceñidos, sobre el que llevaban, para resguardar los otros y no llegar al palacio negros y rotos.

El gigante Mendoza decía en estos momentos á Flaviano:

—Hermano, si hubiéramos entrado aquí al amane-

cer ó á la salida del sol tendríamos más tiempo luz natural.

—No delires, Rogelio.

—¿Por qué?

—A la media hora escasa de bajar por aquí sea la hora que quiera del día viviremos en completa noche.

—Tienes razón; el sol no llega aquí.

—Ni la luz del día más abajo.

—Esto es muy ancho y cómodo.

—No te apures por eso que ya llegaremos á sitios muy estrechos y muy malos.

—¿Qué es esto que pisamos?

—Lava.

—¿Me autorizas para que te haga preguntas?

—Las que tu quieras.

—Sí, hombre, ilústranos, porque nosotros somos militares y tú un sabio.

—¿No soy yo militar?

—Tu lo eres todo.

—Gracias; hasta en las entrañas de la tierra unos hombres adulan á otros.

—A tí nadie te adula. ¿Flaviano, por este hueco que bajamos salía todo el fuego?

—Sí, y los pedazos de monte y la lava y el humo.

—Si empezara en este momento una erupción volábamos nos divertía.

—Cierto, pero esos señores están mejor educados que todo eso.

—¿Qué hacen?

—Anuncian su venida.

—¿De qué modo?

—Con temblores de tierra y con humo.

—Qué silencio, Flaviano.

—Consiste, Rogelio, en que este castillo subterráneo se halla desalquilado.

—Ahora no lo está, lo habitamos nosotros.

—Por muy poco tiempo, general.

—Me alegro bajar, no estuve jamás en sitio que á esto se pareciera.

—¿Vas bien?

—Perfectamente

—¿No nos estrellaremos?

—Para que tú te estrelles tienen que matarme á mi primero. Para mis fuerzas, hermano, representas un papelito.

—Ya lo se.

—Esto estrecha.

—Poco todavía.

—Cuando empezábamos á bajar había un diámetro de doscientas varas.

—Sí, es el crater más grande de la isla.

—Por algo lo habrás tu elegido después de reconocer los seis.

—Los hemos visto Zalla y yo los seis más bajo aún del sitio en que estamos.

—No hay aquí mala temperatura.

—Más fresca que la de la isla.

—Como que nunca le da el sol

— Sí, pero ya llegaremos á otra en la que sudarás más que al sol de Líbana.

—¿Muy caliente?

—Mucho.

—La sufriremos.

—Hasta donde podamos.

Iban nuestros amigos descendiendo sin gran molestia ni peligro.

Mendoza, que tenía suelta la lengua como nunca, le decía:

—Sabes, Flaviano, que esto es mucho mejor de lo que yo creia.

—Si todo fuera así.

— Lo habrá mucho peor, ¿es verdad?

—Infinitamente peor.

—Lo malo es que se nos va acabando la luz.

—No te apures por eso; á la natural va á seguir la artificial.

—¿Te acuerdas lo que sucedió á nuestros padres en el panteón de los Incas en el Perú?

—Sí.

—¿Nos sucederá algo parecido?

—Quién sabe. Puedo, no obstante, asegurarte que vamos más prevenidos que ellos y nuestro descenso es mucho más importante que el de ellos.

—Ya no se ve bien, vamos bajando y es fácil caer, Flaviano.

—Tienes razón, Rogelio. Pérez, tres linternas y un hacha.

Bien pronto fué reemplazada la luz natural con la artificial.

Delante iba ahora un indio con el hacha encendida. Flaviano llevaba en la mano una linterna á cuya luz reconocía aquellas cavidades, Pérez llevaba otra y el último indio la tercera.

—Ahora sí que estrecha, Flaviano.

—Sí, Rogelio, pero ensanchará y estrechará más en distintos sitios.

—El aire es fresco pero no se respira bien.

—Porque es más denso.

—Esta bajada es muy mala, Flaviano, dame tu mano.

—Toma, Rogelio, no aprietes tanto

—Tienes rezón, te lastimaría, pero como mis fuerzas no pueden medirse.

—Cogeos todos de la mano de dos en dos, que se adelante uno para sostener al indio que lleva el hacha.

Así lo hicieron, continuando aquel descenso cuatro horas.

Al acabar; los catorce iban rendidos; pero estaban en una cavidad grande, con suelo plano en algunos trozos y donde el sitio les convidaba á quedarse.

Flaviano miró el reloj, exclamando:

—Señores, son las ocho; descansemos aquí, cenemos y durmamos.

—Mucho hemos andado, hermano,—le dijo Rogelio.

—Sí.

—¿Vienes cansado?

—Un poco ¿y tú?

—Yo no.

—Pero te sientas.

—Se está más cómodamente.

—Lo creo.

—Pero qué silencio, qué oscuridad tan grande nos rodea.

—Sí.

—Se notan ráfagas de viento.

—Cierto, y es necesario estudiar la causa.

—Eso tú solo puedes hacerlo.

—No he de tardar.

Pronto sabremos la grave causa que motivaba la acción de aquel aire subterráneo.

CAPITULO LX

Las precauciones de Flaviano.—El viento subterráneo.—Los indios.—Las tinieblas del día en el corazón de la tierra.

—¿Vamos á dormir aquí, Flaviano?—preguntó Mendoza.

—Sí, Rogelio, y cuenta que no has de tener jamás una alcoba más extensa ni más oculta.

—En cambio nos va á servir de tres cosas; salón de descanso, comedor y dormitorio.

Pérez le formó á su señor una silla con cuatro palos y un pedazo de lona, lo mismo hicieron los otros con sus amos.

Cuando se hubo sentado Osorio, dijo á su criado:

—Dame una linterna y coge el hacha para que pueda ver bien.

—Aquí está, señor.

—Sígueme.

Flaviano fué reconociendo primero las paredes y

luego dos cuevas que había una en frente de la otra, con más el sitio por donde ellos habían bajado, que se hallaba á un costado del frente de una de las cuevas.

Después que hubo reconocido las paredes entró en la cueva de la izquierda.

Nada halló en ella de particular. Reconoció la derecha notando algo de viento que no le gustó.

Diez minutos estuvo observando, entró más adentro y salió diciendo:

—Hay que tomar precauciones.

—¿En qué forma, señor?

—Por ahora nada, pero al acabar de cenar, con todo lo que hemos traido es necesario que formes los mismos líos que han venido, como si nos fuéramos á marchar.

—¿Nada más?

—Tienes que sujetar las camas, las linternas, los lios y cuanto tengamos aquí.

—Traemos bastantes clavos y cuerdas, ¿pero entrarán aquellos en la piedra del granito?

—Sí, haciendo el agujero antes con una barrena que sirva para taladrar la piedra.

—Cierto, señor, vienen dos.

—La cena y las camas en aquel ángulo ó rinconada que es lo más distante de la cueva de la derecha.

—Señor, no me gustan estos preparativos.

—¿Creías hacer un viaje de recreo?

Los restantes compañeros de Osorio oían estas frases y arrugaban la frente; pero en honor á la verdad no se acobardaban por eso.

Los criados, con otros cuatro palos gruesos y otro pedazo grande de lona, armaron una mesa.

No tardaron los sirvientes en cubrirlas con manjares, la mayor parte exquisitos.

Los cinco acercaron sus sitiales de lona y comenzaron á cenar con el mejor apetito.

—Sabéis lo que os digo, señores,—exclamaba Mendoza—que en estas cuevas que están debajo de la tierra saben mejor las aves, el pan y el vino.

Luego añadió:

—¿Pues y los pescados? Este salmón es delicioso.

—No tienes tú mal salmón—le dijo Flaviano.

—Hombre, ya se que no es salmón, pero en el gusto se le parece.

—Noto con placer, Rogelio, que la separación de Luisa no te ha quitado el apetito.

—Pobrecita, estará suspirando por mí y hasta creyendo que me sucede algo grave en tanto que yo...

—En tanto que tu devoras.

—Tanto andar y esta atmósfera tan densa han despertado mi apetito.

—Pero dí, ¿tu apetito duerme alguna vez?

—Sí, cuando á tí te sucede algo grave.

—Es verdad.

—Vaya una magra deliciosa.

—Estoy seguro que lo que más te gusta es que para comerla no hay que esperar á que se enfríe.

—Cierto, con esta no me quemo la boca.

El conde de Alba reía á carcajadas oyendo á Mendoza y viéndolo comer.

Los restantes sonreían.

—Anda, hombre, come esa pechuga.

—No, ya no puedo más. En su defecto voy con esta piña en dulce.

—Hermosa es.

—Verás con qué facilidad la paso á mi estómago.

—Eso era porque no podías más.

—Me refería á la carne.

—Vamos con el jeréz, Rogelio.

—Vino encantador, el primero del mundo.

—¿Cuántas copas quieres?

—Dos nada más.

—Pocas me parecen.

—Llevo seis de Valdepeñas.

—Tampoco son muchas.

—Y á mi Luisa todas le parecen demasiado.

—Las damas no entienden de eso.

—Claro es.

—¿La obedeces?

—En todo, pero en cuanto se descuida...

—Entonces comes y bebes como esta noche.

—Eso es.

—A mi lado no hay tasa, Rogelio; no haciéndote daño come cuanto quieras.

—¡Daño! Flaviano, mi estómago tiene una piedra de molino que todo lo tritura y digiere.

—Me alegro.

Luego habló Mendoza con los restantes; la cena se animó y á las nueve comieron los criados é indios; dispusieron todos las camas y al concluir todo lo fué reconociendo Flaviano.

No quedó nada sin sujetar y á las diez se fueron á sus camas compuestas de mantas, una sábana y una almohada.

Todas las linternas y hachas quedaron guardadas á excepción de una de las primeras que quedó encendida, muy elevada, y de otra de las segundas que se reservó al héroe.

Formaban una fila con solo las divisiones de los cinco jefes y luego las de los criados; pero todos tenían pegadas las almohadas á la pared de granito.

A las diez y media dormía menos Flaviano; éste no apartaba la vista de la cueva de la derecha, teniendo además fijo el oido en aquella dirección.

Oyó las once, las doce y la una, pero ni cerraba los ojos ni apartaba el oido de la cueva.

A las dos se sentó sobre la cama y encendió yesca, formando con ella una tira larga y estrecha.

Algo más tarde oyó un trueno, gritando:

—Alerta, compañeros, no os levantéis, pero cogeos de la mano formando una cadena. Bien sujetos.

Como Osorio estaba sentado, lo sujetaba por la cintura Mendoza con un brazo y con la mano izquierda agarró la derecha de Zalla.

—¿Qué es esto?

Preguntaban unos y otros.

—¿El fin del mundo?

—Estamos en el infierno, y esos son los diablos—exclaman los indios, añadiendo:

—Que nos salve el héroe.

Flaviano, sin hacer caso de aquellas voces, continuaba repitiendo.

—No os soltéis, ni levantéis la cabeza; pegaos bien á la cama y á la almohada. Más aún.

—¿Pero qué es esto, Flaviano?

Le preguntó Mendoza.

—Esto es una erupción de aire. Un huracán que arrastra cuanto halla delante.

—¿Se llevará las paredes?

—No, ni á vosotros si hacéis lo que os mando.

De pronto oyeron un trueno mayor que el de 10 cañonazos y luego una combinación de silbidos y de pitos extraños tan aterrador el conjunto como armonioso.

Otro golpe de huracán arrancó la linterna y la hizo mil pedazos.

Los indios lanzaron una exclamación lastimera.

La oscuridad en que quedaron aumentaba el pavor que aquel fenómeno producía.

El héroe estaba prevenido, tenía la yesca encendida, prendió la pajuela, y sacando de debajo de su cuerpo el hacha, la encendió y la sujetaba con las dos manos contra la pared.

También tenía la cabeza pegada al muro de granito.

Mendoza no separaba su brazo y mano de la cintura del héroe.

Los indios estaban boca abajo, muy bien cogidos de las manos y con los ojos cerrados para no ver los demonios que se forjaban en sus imaginaciones.

De continuo decían:

—Que espante el héroe á esas regiones de diablos, que nos atraen y nos van á llevar.

—Que los conjure.

—Que los eche de ostos sitios horribles.

—No podrá, porque ellos están en su casa y nosotros nos hemos metido en ella.

Los restantes miraban algunas veces á la cueva, pero ninguno se daba cuenta de lo que oía ni de lo que pasaba por delante de sus ojos.

—¡Qué música tan infernal!—decía Mendoza.

—Deliciosa, Rogelio—le contestaba Osorio.—Eres el primero que la oye.

—¿Pero qué es lo que forma esos sonidos, hermano?

—Lo que aquellos que produce un órgano, el aire.

—Pero y los tubos, ¿dónde están?

—En las galerías, en los agujeros y en las grietas de estos subterráneos.

—Eso que pasa por delante de nosotros no es aire, hermano.

—¿Pues qué es?

—Yo no lo se; pero repara cuántos colores y la masa que presentan.

—Rogelio, es el aire mezclado con átomos y molé-

culas de metales, de tierra, de lava y de otras sustancias. Y todas juntas forman esa masa que corre por delante de nosotros con fuerza incontrastable y rapidez vertiginosa. Si pudiérais verlo por el prisma que yo lo veo y oyéseis esos armónicos á veces, y desarmónicos sonidos otras, dirías como yo: Esto es un verdadero encanto.

—¿Flaviano, va á durar mucho esta detestable delicia?

—No llegará á dos horas.

—¿Dos horas aún?

—Y es bien poco.

—¿Dices que es una erupción?

—Sí, de aire.

—Flaviano, que estamos á orilla de ella.

—Felizmente.

—Pues no me gusta.

—Lo siento por tí.

—Y esos truenos tan horribles, ¿qué los causa?

—El aire comprimido.

—Cuántos silbidos y qué distintos tonos.

—Qué espectáculo tan grandioso os he traído á ver.

—¡Ay Flaviano, prefiero el huracán de Líbana!

—Lo creo, pero yo no.

—Esto es lo mismo que ocurrió á nuestros pobres padres en el Perú.

—Eres el único de los cinco que tiene miedo, Rogelio.

—Es que estos señores lo disimulan.

—¿También yo?

—No. Tu sabías que iba á ocurrir esto y has venido para estudiarlo. ¿A qué tienes tu miedo en el mundo?

—No es eso, hermano, es que yo sé lo que es, lo que tengo delante y tu no.

—¿También lo saben estos señores?

—Conde de Alba, que os parece esto.

—Mi almirante, al remedio que con el carácter de castigo emplearon los antiguos para curar á Saffo la pasión de ánimo que padeció.

—Jamás contestó nadie tan admirablemente como lo acabáis de hacer, conde amigo. ¿Estáis más aliviado?

—Casi bueno, y si salgo de ésta, sano por completo.

—¿Dudáis de vuestra salvación?

—Si vos me decís que no dude, creeré lo mismo que vos.

—Flaviano,—exclamó Mendoza con sentimiento,—tira esa hacha aun cuando se la lleve el viento.

—¿Por qué?

—Para sostenerla estás trabajando hasta darme compasión.

—Quiero ver, quiero que veáis todos el arco iris que tenemos delante.

—Buen arco iris está, y mi amada Luisa tan tranquila y satisfecha porque venía contigo.

—Tiene mucho más talento que tu.

—Gracias.

—Con más razón me las darás cuando á su lado recuerdes lo que estás viendo y oyes.

—¡A su lado! eso es imposible.

—¿Por qué?

—De aquí no subimos con vida ninguno.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Pues qué, no lo veo yo?

—Sí, con la misma exactitud que ven los diablos esos pobres indios que están boca abajo.

—Serán ilusiones mías.

—Ahora dices la verdad.

—Son ilusiones esos truenos espantosos, esa música que no puede ser otra que la del infierno y esos pedacitos de tierra que llegan á la cara y lastiman, ¿todo eso es ilusión?

—Sí, ilusión tuya. ¿Qué dices tu, Ricardo?

—Que mi querido amigo el general es tan valiente ante los hombres como cobarde junto á estos fenómenos geológicos.

—¿Y vos conde de Alba?

—Que me habéis curado, señor.

—¿Y tu, Keisko?

—Que me da lástima el general.

—¿Los oyes, Rogelio?

—Lo que oigo es ese ruído infernal; lo que veo es que tiemblan los montes de granito, míralos hombre, y lo que creo es que esta isla se abre y va á parar al

fondo del mar, como tu has anunciado, pero no más adelante sino esta noche... Ahora mismo... ¡Adios Luisa...!

—¿Pero qué sucede, Rogelio?

—¿No has oído ese incomparable estampido, no has sentido como temblaba el monte que tenemos debajo? Pues el primero me dejó sordo y el segundo no obstante lo mucho que yo peso me ha movido como ligera paja.

—Consiste, Rogelio, en que la naturaleza tiene infinitamente más fuerza que tú.

—Por eso nos va á aplastar á todos.

—No quiere Dios que eso suceda.

—¿Te lo ha dicho?

—Lo estoy viendo.

—Que vista tan particular, en lo que yo veo la muerte tú ves la vida.

Flaviano se calló dejando á Rogelio que dijese lo que le pareciera y continuó estudiando aquel volcán de aire que en estos momentos debía ir subiendo por el cráter que estaba más cerca de aquel por el que habían entrado los catorce.

¿Qué motivaba tan raro fenómeno?

Después se lo oiremos explicar á Flaviano.

A las dos había empezado aquella erupción y continuó con igual intensidad hasta las cinco. Tres horas horribles, crueles, que hubieran muerto á los trece sin las precauciones del catorce, ó sea de Flaviano, de su desvelo y de su gran talento y sabiduría.

No hay duda que al primer empuje del aire hubieran muerto todos, arrastrados por una fuerza fatal, pero el héroe lo había previsto, se hallaban acostados en el sitio en que menos fuerza podía hacer el rabioso huracán comprimido y cogidos unos á otros, tendidos, menos Flaviano que estaba sujeto por el brazo de hierro de Mendoza, casi sin oponer volumen ni resistencia al desencadenado viento y clavado todo cuanto tenían, sólo perdieron una linterna de seis que llevaban.

Hasta lo extenso de la habitación elegida por Osorio contribuyó á salvar sus vidas, pues al llegar allí el aire perdía una parte de su fuerza opresiva.

A las cinco, segun hemos dicho, se había escapado por el cráter la mayor parte del aire, no aparecía ya comprido, cesaron los truenos y la música que tanto molestaba á Mendoza y aún cuando todavía corría huracán no era ya imponente.

Mendoza ahora empezaba á temer la repetición. No conocía el fenómeno científicamente é ignoraba que el enemigo se escapaba por el cráter y no había otro dispuesto á secundarle.

Pero sus lamentos se perdían en el espacio; ninguno le hacía caso ni le contestaba.

De pronto se desprendió Flaviano del brazo de Mendoza y dejando la tea apoyada al rincón que formaba la pared exclamó:

—Señores, esto termina; podeis ya soltaros y os ruego me dejeis dormir. Me siento magullado como

vosotros y no cerré los ojos esta noche; para poder seguir necesito un descanso grande; vosotros lográsteis conciliar el sueño cuatro horas y yo no pude por haber presentido lo que vino y no quise que nos sorprendiera. También á vosotros os conviene dormir más, durmamos y hasta mañana.

É inclinó la cabeza no tardando nada en quedar presa de un tranquilo sueño.

Hasta Mendoza volvió á dormirse.

Poco á poco fué cesando el viento, se limpió la inmensa bóveda de la atmósfera viciada que tuvo, quedó otra limpia y todo volvió á su estado normal.

Antes de dormirse Pérez, creyendo en las frases de su señor como en su propia existencia, sacó una linterna, la encendió en la poquísima hacha que quedaba y la dejó en el suelo sin sujetar con nada.

El diminuto trozo de hacha lo arrojó lejos de sí.

Ya no se sentía ruido alguno y se hallaban de nuevo sumidos en ese profundo silencio que reina en las entrañas de la tierra.

Más ó menos todos habían sufrido y hasta temido en aquella noche fatal, exceptuando el héroe, que comprendió el peligro que corrieron, pero no creyó que iban á morir en aquella ocasión.

CAPÍTULO LXI

Los vértigos de Mendoza.—El sueño de Flaviano.—Continua la marcha subterránea.—La sima.

A las cinco y media se durmió Flaviano, y todos sus compañeros reanudaron su sueño, minutos después.

Seguía el mismo silencio é igual tranquilidad que al empezar nuestros viajeros su excursión subterránea, pero era indudable que habían ganado mucho en lo relativo á la atmósfera que ahora respiraban.

Cuando entraron se hallaba densa y saturada de los gases que la erupción del volcán había acumulado en todos aquellos cóncabos, pero el fuerte huracán que en forma de torrente habían sufrido, se los llevó todos, dejando un aire más oxigenado y puro y por consiguiente una atmósfera más respirable y sana.

Algo habían ganado en el principio de su viaje tan valiente como atrevido.

A las nueve y media empezaron á despertar criados é indios.

Pérez fué el primero que se puso en pié y cogiendo la linterna reconoció detenidamente aquella bóveda.

En nada había variado ni se notaba otra diferencia que la de respirar un aire mucho mejor.

El criado de Osorio arregló los líos, reconoció la comida y hallándolo todo en orden, mandó encender dos linternas más y un hacha que hizo fijar en un frente de la bóveda.

Cuando acababa halló sentados á Mendoza, á Zalla, á Keisko y al conde de Alba.

Ninguno hablaba, hasta Mendoza, después de reconocer el ámbito que Pérez tenía muy bien alumbrado, exclamó:

—Pues, señor, no ha pasado nada; mi hermano Flaviano es quince veces más sabio que el primero del mundo.

—Si ha pasado mucho, Rogelio,—le contestó Zalla.

—¿Quién se acuerda ya del huracán?

—Del huracán nadie, de tu conducta todos.

—A que te refieres, Ricardo.

—Al vértigo que te ha repetido por vez tercera y con tanta desdicha que ha quedado un general español muy por debajo de esos infelices criados.

—¿Yo? ¡Ah, sí! Todos me lo perdonareis, fué un vértigo.

—Nadie, Mendoza, menos que nosotros el héroe y

menos que el héroe la duquesa de Tabasco que tiene más alma y más corazón que tú.

—Qué noticias me das.

—Hace tiempo que mi maestro no quería acompañarse de tí para nada, debiste notarlo, ahora lo ha hecho á ruego de Luisa, pero cuenta que no volverás á seguirle á ningún parte; solo á Madrid y si toma mi consejo en buque distinto; puedes marearte y volver el vértigo y humillarnos con las necedades.

—Eso es muy duro, Ricardo.

—Tiene otra cosa peor y es que Zalla jamás retira palabra alguna, porque todas las sostiene en el terreno en que se le pidan explicaciones.

—Comprendo que obré mal, pero no merecía mi conducta, por débil y torpe que fuera, frases tan duras. Creo que merecía otra cosa de tí, Ricardo.

—Rogelio, has merecido, y fué demasiado merecer que no te cogiera y te entregara á la furia del huracán. Bastante tuve que dominarme para no hacerlo. Si otro que tú hubiera sido, vuela esta noche.

—¿Señores, no exajera mi amigo Zalla?—preguntó Mendoza á Keisko y Alba.

Yo nada puedo decir,—exclamó el cacique,—que hable el conde de Alba que no le une á mi futuro y querido cuñado vínculo alguno.

—Yo diré, señores, con toda la imparcialidad de un cumplido caballero, que hubo momentos en que no supe que admirar más si la sabiduría y talento del héroe ó su paciencia al oír á un general español que

está á sus órdenes. Marqués de Abella, lo que vos hicísteis no puede ni debe hacerlo ningún militar que se estime. Esa es mi opinión.

—Señor conde, no se trata de hechos producidos por el libre albedrio sino por un vértigo.

—Eso atenúa mucho lo fatal de vuestra conducta, pero aun así resulta que en ocasiones como la presente todo lo que honra y enaltece ir acompañado del héroe, humilla teneros al lado. Recordad vuestras frases y la conducta de esos criados.

—Esos vértigos me han comprometido y deshonrado.

Y Mendoza inclinó la cabeza con dolor.

A todos inspiró compasión su actitud; pero ninguno le dijo nada, se encogieron de hombros y retiraron la vista.

La época no era la mejor para alternar con hombres de poco valor ó de un valor relativo.

Hablaron entre sí hasta que Flaviano abrió los ojos y se sentó en la cama.

—Buenos días, señores,—les dijo y miró el reloj,—añadiendo:

—El mediodía, bien he dormido no obstante la mala cama.

—Flaviano, hermano mío,—le dijo Mendoza cogiéndole una mano y besándosela,—perdóname por Dios y por la vírgen.

—¿De qué te he de perdonar, Rogelio?

—De mi conducta de esta noche. Fué un vértigo.

—No, Rogelio, es lo que dice el Santo, tu abuelo tuvo más talento que tu padre, y este más que tú. Perteneces á una raza que degenera rápidamente.

—¿Pero me perdonas?

—¿El tener poco talento? Eso no tiene nada que perdonar. Se lo dije á Luisa, insistió y ahí tienes las consecuencias. Apesar de su claro talento no te conoce bien.

—¡Ay de mí, si llega á conocerme bien!

—Tu padre se dejaba guíar por el mío, tú no te dejas guíar mas que por una mujer. Ella será contigo en el mando; los demás te hemos perdido ya.

—Yo no quisiera eso.

—Rogelio, no llevamos en estos subterráneos mas que veinticuatro horas y ya has visto lo que sucedió, para antes de salir de aquí nos reserva el destino muchas horas amargas, insoportables para tí. Toma mi consejo, por el mismo camino que hemos traido regresa al palacio. Yo te respondo de que no has de hallár peligro alguno. Sino quieres regresar á pie mandas á tu criado por caballerías. Pérez te dará alimentos para el camino.

—¡Qué vergüenza, Dios mío! No, sigo con vosotros aun cuando se hunda el monte sobre mi cabeza.

—Quedan muchos peligros, Rogelio.

—No me importa, me han de parecer pocos.

—Sea, pero ay de tí si vuelves á acobardarte; me perderás á mí, á todos los míos y á Luisa para siempre, pasando á Cartagena desterrado como simple

marqués de Abella por toda tu vida. Pérez, adelanta la hora de la comida.

Mientras el criado le obedecía, Osorio cogió una linterna y seguido de Zalla estuvo reconociendo trescientas varas de las dos cuevas que tenían á derecha y á izquierda.

Cuando volvió, comieron como la noche antes.

En cuanto hubieron comido, cogieron los indios sus cuatro líos y emprendieron los catorce su interrumpida marcha.

Ahora iba delante y solo Flaviano con una linterna, reconociendo el camino que llevaban; no era el piso malo ni estrecho el parage por donde caminaban.

Anduvieron una legua sin inconveniente alguno, pero emplearon en ella más de tres horas. Osorio se detenía á menudo para reconocer todo lo que dejaban atrás.

De cuando en cuando mandaba arrancar piedras de las paredes, estudiaba las sustancias que contenían y seguía adelante.

Otra legua anduvieron sobre terreno sinuoso, dando algunas vueltas y rodeos de poca consideración.

—¿Por qué estos rodeos, señor?—preguntó Zalla.

—Porque una parte de este monte es de pedernal, no pudo romperlo el fuego incandescente y fué arrancándolo y dirigiéndose por donde hallaba más facilidad.

—Ahora lo comprendo.

—De esto y cosas más graves verás muchas cuando estemos cerca de la gruta.

—Y estos huecos que se ven en las paredes.

—El sitio que ocupaban pedazos de pedernal que no pudo romper el fuego y se los llevó enteros.

—Algo grave se ve ahí, señor.

—Alto,—gritó Flaviano,—es un hoyo muy grande y tenemos que estudiar la manera de cruzarlo.

—¿A qué obedece, señor?—volvió á preguntarle Zalla.

—A un pedazo de monte, probablemente de cuarzo, que, como los anteriores, tuvo el fuego que arrancar y llevárselo entero.

—Dejó una profundidad de diez ó doce varas.

—Lo menos, y es lo peor que el ancho es mayor y no se puede saltar ni sirve el puente que traemos.

—Yo hallo muy facil cruzarlo,—dijo Mendoza.

—¿Tú? ¿Cómo?

—Verás.

Y sugetándose con las puntas de los dedos á la orilla del hoyo se dejó caer sin lastimarse.

—Eso lo puedes hacer tú por tu gran estatura y fuerzas colosales, ¿pero y nosotros?

—Mejor que yo. Os vais tirando como yo lo hice que mis manos pararan el golpe dos varas y media antes de llegar al suelo.

—Veamos si es así.

—Mi general yo primero,—dijo Zalla.

—No, yo,—añadió Pérez.

Pero antes que ellos acabaran de hablar ya estaba abajo Flaviano.

Rogelio lo recibió con mucho cuidado, le dió un beso que borró sus pecados de la noche y lo dejó en el suelo sin violencia del uno ni del otro.

—Perfectamente,—dijo Osorio.—Ahora tú Ricardo.

Y bajó como Flaviano. De este modo fueron descendiendo todos, con las luces sugetas á los bultos que también cogió en el aire Mendoza sin que se rompiese nada.

—Esta era la aplicación que yo quería darte, Rogelio.

—Me alegro y te aseguro que no defraudaré tus esperanzas.

—Ya hemos bajado, Rogelio ¿y ahora cómo subimos á la parte opuesta?

—Formando la escalera de carne, no veo otro medio.

—Vamos con ella. Ponte Rogelio, vengan esos cuatro indios que siguen en fuerza al marqués y demos principio.

Por aquel lado la pared era más baja y hubo bastante con tres indios y Rogelio.

El primero se subió hasta quedar de pie sobre los hombros del marqués, el segundo sobre los de su compañero y el tercero sobre los de éste.

Tenían la mano izquierda apoyada en la pared y la derecha al aire para dársela al que subía sobre ellos.

—Con uno basta,—añadió Flaviano.—Sube Zalla, tú que eres buen gimnasta.

—Ya estoy arriba, señor.

—Fuera la escalera de carne. Pérez, echa al maestre la cuerda más fuerte gue tengas.

—Aquí está, señor.

—Cógela, Ricardo.

—¿Qné hago con ella?

—Sostener el peso del conde que es el más delgado. ¿Podrás?

— Sí, señcr.

—Echale una punta de la cuerda.

—Conde, ayudado por Mendoza hasta donde alcancen sus manos, subid.

—Esto es fácil.

—La prueba.

Zalla sostuvo bien la cuerda y el conde trepó sin dificultad.

—Ahora sostened la cuerda los dos y que suba Rogelio El levantará á los restantes.

Así lo hicieron, logrando subir todos con cuanto llevaban.

—Adelante, señores, de este mal paso ya salimos, corramos en busca de otro.

Y continuaron su camino por un piso bastante accidentado, pero sin perder la anchura que llevaron hasta entonces.

Flaviano miró el reloj diciendo:

—Son las nueve de la noche, llevamos la mitad del camino andado y vamos rendidos. Busquemos dormitorio.

—Si, hermano, y comedor—le dijo Mendoza

—Vamos por las dos cosas que no han de estar léjos.

En efecto al cuarto de hora entraron en una inmensa bóveda cinco veces mayor que la anterior.

Tenía en sus paredes seis enormes cuevas.

—Ya está aquí lo que buscábamos—dijo Flaviano

—Zalla, antes de pasar adelante, marca con esa piedra encarnada que te dí los dos ángulos por donde acabamos de atravesar.

—¿Para que es esto, señor?

—Para en el caso de tener que volver por aquí no equivocar esta salida con una de esas otras cinco.

—¿Temeis que nos tengamos que volver por donde hemos venido?

—Quién sabe, Zalla.

Y cogió una linterna perdiéndose por la entrada de una cueva, luego por otra y así sucesivamente por las cinco que no eran las que lo llevaron allí.

Tardó una hora y cuando regresó, ya tenía la mesa puesta y cubierta de fiambres.

Se sentó en su sitial y dio principio la cena.

—Tu que eres el sabio, Flaviano—le preguntó Mendoza—¿quieres decirnos qué bocas son esas?

—Sí. El conducto de los otros volcanes.

—Ahí se reparten el combustible, y cada uno tira por su lado, ¿es eso?

—Una cosa parecida, Rogelio.

—El conducto que hemos traido es el más ancho de todos.

—Por eso lo elegí.

—Pero esta vóbeda es inmensa.

Se reunieron varias causas para que sucediera así. El fuego incandescente halló aquí grandes resistencias y debió haber una lucha formidable hasta romper por donde pudo y escapar por estos seis conductos; pero antes de abrirlos se acumuló aquí tal cantidad de fuego que hubo grandes rompimientos y en ellos se formó esta vóbeda colosal. De esto veremos todavía mucho, antes de llegar al término de nuestro viaje.

—Flaviano, vas á enriquecer la ciencia con los datos que vas á sacar de aquí.

—Algo, Rogelio.

—Llevamos más de la mitad del camino andado, pero deduzco de tus frases que nos falta lo peor.

—No se puede eso asegurar; antes al contrario debemos encontrar pocos estorbos; los muchos que pudiera haber los debe haber arrastrado el fuego al salir por los cráteres.

—Hemos venido por un conducto, resta parte del que vamos á recorrer mañana.

—Cierto.

—¿Nos hallamos á mucha profundidad?

—¿De la tierra?

—Sí.

—Próximamente á dos mil varas.

—¿Tenemos que bajar aun más?

—Todavía, pero no será mucho.

—Qué silencio reina esta noche.

—El de los sepulcros.

—De modo es que vamos en dirección del centro de la isla.

—Exacto; sino morimos iremos á parar debajo de la gruta del Diablo.

—¿Donde viste el infierno según cuenta tu criado?

—Sí.

—Qué bueno estaría este sitio en aquellos momentos.

—Lleno de fuego que corría hacia los cráteres con fuerza y velocidad incomparables.

—¿Si hubiéramos podido verlo sin abrasarnos?

—Es verdad; para eso fuí yo al pie de los volcanes y al fondo de la gruta.

—Pero eso era lejos.

—No tanto, Rogelio, que pisé la lava hirviente y vi correr el fuego incandescente desde el fondo de la gruta á ochenta varas de distancia nada más.

—¿No te abrasastes?

—Poco menos.

—Precisa es tu afición á la ciencia para acercarse tanto.

—Veo que esta noche cenas menos que ayer.

—He comido mucho esta tarde.

Continuaron su cena y su conversación hasta las diez y media de la noche que se acostaron como en la noche anterior.

No tomaron precaución alguna ni dejaron encendida más que una linterna.

A las once todos dormían.

Los indios miraban ya á Flaviano como á un ángel que tenía potestad divina y más poder que todos los diablos juntos.

Zalla, Alba y Keisko, con los cinco criados, convencidos de su sabiduría, tenían confianza absoluta en él.

Por eso no le hacían objeción alguna; fué necesario un vértigo que perturbó el cerebro de Mendoza para que éste osara dudar de sus frases y de las seguridades que le ofrecía.

Bien pesaroso y arrepentido estaba de haberlo hecho.

Dejémoslos por esta noche descansar.

CAPITULO LXII

El grano de oro.—Nuevas dificultades.—Un pozo infernal.—Desgraciada isla.

Nuestros amigos durmieron desde las once hasta las seis de la mañana.

Flaviano fué el primero que despertó é hizo que todos se levantasen para continuar su penosa y difícil excursión subterránea.

—Señores, —dijo,— prosigamos nuetra investigación, que es ya el tercer día y no podemos prolongar mucho estos incómodos y expuestos trabajos.

Y salieron de aquella gran vóbeda entrando en una cueva que no tendría menos de cien varas de ancha.

—Ved, señor,—dijo Zalla á Osorio,—estas paredes están llenas de grandes grietas.

—Las voy estudiando, Ricardo, son de pizarra y están todas abiertas.

Más lejos, mi general, se ven pedazos que sobresalen de la tierra. Los he visto á la luz de vuestras linternas.

El piso era cada vez más sinuoso y difícil.

Los pedazos á que se refería el maestre eran promontorios de pizarra que el huracán de por la noche anterior había arrancado en sus últimas corrientes.

Flaviano no hablaba, pero iba más grave que de ordinario, deteniéndose á cada instante y moviendo la cabeza con disgusto.

A ninguno le gustaba la actitud del héroe.

La cueva ensanchaba cada vez más y de ella partían á derecha é izquierda inmensas grietas, algunas de las cuales tendrían diez varas de latitud por cincuenta y cien de longitud.

En el piso empezó á suceder lo mismo; tenían que llevar mucho cuidado para no caer y matarse. Esto les obligaba á rodear bastante.

Se encendieron las cinco linternas é iba delante el indio, criado de Keisko, con una hacha encendida.

—¿Pero qué es esto, hermano?—preguntó Mendoza á Osorio.

—Una granada que se abre por todas partes.

—Me parece que vamos á tener que rotroceder.

—No lo haré yo.

—¿Y si no podemos pasar?

—Como han pasado por aquí el fuego y los pedazos de monte pasaré yo.

—Alto,—exclamó Flaviano.

—¿Qué ocurre?

—Nada que pueda asustaros. ¿Pérez?

—¿Señor?

—Con un martillo grande con punta de pico, arranca eso dorado que tengo á mi derecha.

—¿Qué es, Flaviano?

—Un grano de oro.

—¿Tan grande?

—Sí, como el huevo de una pava.

—¿Puro?

—Ya lo verás. Pérez, dá los golpes al rededor; á él no le toques.

—Fácil es, señor, esta piedra es muy blanda. Ya salió.

—Límpialo con un trapo y agua. Ved cuanta arena de oro hay en aquel lado.

—¿Está entre la pizarra?

—Sí.

—Qué fortuna tan inmensa podría cogerse aquí.

—Sí, pero no tenemos tiempo. ¿Está ya, Pérez?

—Vedlo, señor, qué hermoso y qué grande.

Todos lo contemplaron. Flaviano añadió:

—Lo guardas, que es para la duquesa.

—¿Cuánto pesará, hermano?

—Cuatro ó cinco libras. Sigamos, cada vez con más cuidado. Os advierto que puede haber en el piso grietas tan grandes y mayores que esa de la pared.

—Pues por una cabemos los catorce.

—Sí, mucho cuidado.

Y continuaron de aquel modo viendo brillar el oro en las paredes, pero sin detenerse á coger nada.

Flaviano ahora estudiaba más que antes, pero no le gustaba el resultado de su estudio.

De este modo continuaron hasta que la voz de Osorio les gritó de nuevo:

—Alto, no avanceis ninguno.

—¡Ya lo veo, Flaviano, qué grande!

—¿Qué ves?

—La grieta que nos decías antes.

—No está mala grieta, Rogelio. Es un pozo que tiene más de cincuenta varas de diámetro.

—¿Con agua?

—Quién sabe lo que hay en el fondo. Esperadme sin moverse.

—Un pozo infernal,—exclamaron los indios.

Y partió Flaviano seguido de Zalla y Pérez.

Llevaban entre los tres dos linternas y una hacha.

Los once restantes, guiados por las luces, los vieron dar la vuelta al pozo y perderse luego por una cabidad que parecía no tener fin.

A la media hora de haber desaparecido, volvieron, diciendo Flaviano:

—Señores, son las dos de la tarde. Llevamos ocho horas andando sin habernos sentado un instante. Aquí lo haremos, comiendo á la vez. Pérez, los asientos y la comida en aquel ángulo.

Cuando ya estuvieron sentados, le preguntó Mendoza:

—¿Tenemos otro fenómeno, hermano mío?

—El más grande que puede contemplarse, Rogelio.

—Dinos algo, por favor.

—Es muy justo, que os venís fatigando como yo y eso que teneis delante no podeis comprenderlo.

—¿Qué hemos de comp:ender, hombre? ni un átomo.

—Oid: antes que los seis volcanes que conoceis, existió este otro. Esa boca es un cráter interior que se abrió paso en la dirección que yo he traido, á la derecha, y tenía sus erupciones en los dos volcanes apagados que habreis visto al Norte de la isla.

—Los conozco bien,—dijo Keisko,—pero no tengo noticia de que hayan arrojado fuego, por más que existen sus cráteres.

—Yo también lo he visto varias veces—añadió Zalla.

—Hermano, ¿y cómo se apagó éste y salieron los otros?

—Por un milagro de la Providencia; porque de haber continuado el primero, esta isla hace ya mucho tiempo que se la hubiera tragado el mar.

—¿Y cómo fué ese milagro, Flaviano?

—De la manera más sencilla; en una revolución geológica se llenó este poco de aire comprimido que impidió la salida del fuego por este lado, y aquél buscó las otras que conocéis. Este pozo continúa recibiendo aire que en él se comprime y estalla como sucedió anteanoche. Pero hay más todavía, lo cual estudiare-

mos después de comer y descansar. Este fenómeno se presenta rara vez y bien merece que le dediquemos la tarde y parte de la noche. Algo he visto ya, pero me sentí fatigado y dejé mi estudio para después. Los criados é indios pueden quedarse aquí; iremos los cinco solos.

Una hora tardaron en comer y descansar, en cuanto acabaron cogieron cuatro linternas y una hacha y dirigiéndose á la derecha marcharon sin detenerse hasta el sitio en que llegaron antes Flaviano, Zalla y Pérez.

Los criados é indios quedaron con dos luces y designado el sitio en que debían hacer las camas.

Los cinco fueron viendo las paredes de pizarra con sus enormes grietas y su anchura deforme.

Luchando con las dificultades de un piso abierto á trozos é interrumpido en otros, lograron andar una legua, pero no pudieron pasar de allí.

Como el fuego incandescente no llegaba á aquel lado ni el aire comprimido tenía esa dirección hallaron montones de pizarra que les obstruían por completo el paso.

—No se puede adelantar más, descansemos,—dijo Osorio dejando su linterna en el suelo y sentándose sobre un pedazo de pizarra.

Los cuatro restantes le imitaron, pero viendo que el héroe meditaba, ninguno desplegaba sus labios.

De pronto exclamó Flaviano:

—¿Qué es eso?

Y cogiendo su linterna se acercó á la pared que tenía más cerca, diciendo á sus compañeros:

—No os movais ni promovais ruido alguno.

Los cuatro quedaron como estátuas.

Flaviano fué aplicando el oido á varios sitios de la pared hasta que dejando otra vez la linterna y rodeando la oreja derecha con la mano añadió:

—Sucede lo que yo me temía. ¡Desgraciada isla! Acércate Keisko; aplica el oido como yo; en este mismo sitio. Eso es, ¿qué oyes?

—Agua

—Ahora vosotros. Irme diciendo lo que escuchais.

—Agua que se mueve, señor.

—Ruido de agua, mi almirante.

—Agua es, hermano.

—Es el mar que lo tenemos á dos varas,—dijo Flaviano con dolor.—Tenemos mar de fondo y debemos á esa casualidad el descubrimiento que acabamos de hacer. Resultó lo mismo que me temía, Keisko, tu isla como ya te indiqué se irá entera al fondo del mar.

—¿Pero el mar aquí, hermano, á dos varas de nosotros?

—Sí, el fondo del mar.

—¿Pero eso es posible?

—¿Qué otra cosa puede ser?

—Agua encerrada en las entrañas de la tierra.

—Esa no se mueve nunca como no corra de un lado á otro y lo que hemos oido son golpes de mar.

—No hay duda.

—Dinos algo más, Flaviano.

—Tengo que continuar estudiando y nos vá á faltar tiempo. Seguidme, que durante la cena os daré las explicaciones que querais.

Cogió su linterna é iba andando, parándose y aplicando el oido á la pared.

De este modo y tardando cuatro horas en andar aquella legua, llegaron á donde estaban sus criados á las nueve de la noche.

—La cena —exclamó Osorio y se sentó con sus compañeros en torno de la mesa.

El héroe comía y meditaba. Sus amigos le veían en aquel estado y nada le indicaban.

—Señores,—les dijo por fin—esta isla pudo haber desaparecido de la tierra hace algunos siglos. Debió desde hace ese tiempo hasta nuestros días su existencia á la nueva dirección que tomó el fuego incandescente por efecto del aire comprimido que le ofreció mayor resistencia que el granito, el cuarzo y el pedernal. Si hubiera continuado como en su orígen, el fuego destructor hubiera llegado al mar y en lucha con él, pronto se hubieran roto en mil pedazos estos montes y llanos, y todo hubiera ido á parar al fondo de ese turbulento golfo. Pero al retirarse de aquí la fuerza volcánica dejó tan quebrantada esta débil parte de la isla, compuesta de pizarra, que no pudo llegar á endurecerse lo bastante, que entre los temblores y sacudidas que produce el volcán y la fuerza y corrientes del aire comprimido la fueron acabando de rom-

per y el mar con sus olas de fondo y su misterioso poder se abrió paso por entre la pizarra y ya la tenemos á dos ó tres varas del terreno que acabamos de andar. Rota esa débil valla todas estas bóvedas se inundarán, la lucha entre el fuego y el agua dará principio y la isla desaparecerá.

—¿Cuánto tiempo tardará eso Flaviano?

—Dos ó tres años. Acaso menos. Este peligro me era desconocido, hemos venido á perseguir otro que existe debajo de la Gruta del Diablo, más inminente aún y acaso más próximo á mandar al fondo del mar la isla que habitamos.

—¿Sabes, mi querido hermano—dijo Mendoza—que esta tierra es muy hipócrita?

—¿Por qué, Rogelio?

—Por fuera es de lo más bello que presenta la naturaleza, pero por dentro sucede todo lo contrario; por dentro es un edificio viejo, roto y carcomido.

—¿Comprendeis todos ahora la importancia del estudio que estamos haciendo y la conveniencia de nuestro viaje subterráneo?

—¿Quién lo duda?

—Yo declaro—añadió Mendoza—que sin tu sabiduría todos seríamos probablemente víctimas de un cataclismo isleño.

—Felizmente ya aquí nada dejaremos por hacer y en caso de necesidad tenemos buques de sobra para trasladarnos á otra parte donde no exista peligro alguno de este género.

—¿Y los ingleses, los franceses y los holandeses, Flaviano?

—A esos los podemos batir facilmente, á la que no podemos hacerle nada es á esa potente naturaleza que, llegado el día en que tiene decretada la desaparición de la superficie del mundo de esta isla, todo cuanto haya en ella perecerá yendo á ocupar otro puesto hecha mil pedazos en el fondo del mar como á tantas otras islas ha sucedido. Contra su poder no sirven los cañones de más alcance, ni las ideas más elevadas ni los trabajos más concienzudos. Se cumple el plazo y se sucumbe. No hay remedio.

—Pero sirven, hermano mio, tu talento y sabiduría, que sino tienen aplicación al combate contra un poder incombatible, lo tienen para conocer el peligro y huir de sus extragos

—Haremos lo posible por lo último, única cosa que nos es dado.

—¿Qué sucederá, Flaviano, si tenemos que huir de pronto de esta isla en nuestras treinta y dos naves y nos hallamos con una poderosa escuadra de cien ó más navíos ingleses, franceses y holandeses?

—¿Tu me lo preguntas?

—Yo tengo mi opinión hermano, pero deseo conocer la tuya.

—Rogelio, si eso sucediera haríamos en medio de los mares lo que en esta isla, echar á pique á todo barco que nos embistiera, si bien con sensibles pérdidas que no podría yo evitar.

— Pero opinas que nuestros enemigos sucumbirían.

—No lo dudes.

—Así lo suponía yo, ahora tengo la seguridad.

—Me alegro que pienses como yo.

—Siempre lo hago, hermano, y para que suceda lo contrario es preciso que me sienta atacado de un vértigo con el cual me sucede lo que á tí tan valiente y sabio con la naturaleza. Ante esos poderes sucumbimos los dos. Pero tu tan noble y generoso siempre, estoy seguro que me habrás perdonado los tres que llevo sufridos.

—Ni me acordaba de ellos.

—Lo creo. Y ya que de esto hablamos te participo que tu ayudante de órdenes me suele hablar con una dureza, que solo á él por ser lo que es de tí y porque es amigo mío se la he sufrido. A otro con un puñetazo...

—Sí, le hubieras roto el cráneo sin darle tiempo ni aun para verlo. Pero entiendo, Rogelio, que Ricardo es un buen y leal amigo de Luisa y de tí, el mejor que teneis.

—No lo dudo y por eso vive, pero debe tener en cuenta que en esos momentos ni se lo que hago ni lo que me digo.

—Creo, en efecto, que debe Zalla moderar su dureza contigo, como hago yo; su desmedido valor lo precipita y la verdad es que contra tu incomparable fuerza no hay nada en el mundo.

—¿Lo oyes, Ricardo?

Zalla sonrió contestándole:

—Mi general, tendré contigo todas las consideraciones que merece un leal amigo y un demente. Si no faltases á mi maestro todo te lo hubiera perdonado siempre.

—Pero sino se lo que digo.

—Bueno, hombre, voy á procurar que tus vértigos, si se repiten, no se desarrollen.

—Hazlo si puedes.

—Lo intentaré probablemente con éxito.

—Que Dios te lo pague si lo haces.

—Conde de Alba,—añadió el héroe.—No es solo Mendoza el que padece vértigo, también vos habeis sufrido uno, ¿cómo os hallais de él? ¿Os molestan mucho sus estragos?

—Me encuentro muy bien, mi almirante y no siento ya molestia alguna.

—¿No recordais con pena la incomparable belleza de Elvira?

—No, señor, junto á ella existe otra mayor, la de Alice. He discurrido además, que en el mundo habrá cientos, millares de hermosuras superiores.

—Sin duda alguna.

—Y que es una necesidad matarse porque una mujer no pueda ó no quiera amar al hombre que se ha enamorado de ella.

—Cierto, conde.

—Teneis razón, señor, también yo tuve un vértigo, del cual me habeis curado para siempre. Como

todo el que llega á vos salvasteis mi vida modificando mis ideas y pensamientos.

—Ay, conde amigo, salvé vuestra vida para hacérosla perder probablemente mañana entre estas bóvedas silenciosas.

—Si así sucede, lo cual me tiene tranquilo, moriré ayudando á la ciencia á hacer el bien de la humanidad. Moriré con más gloria aun que en las batallas.

—Estais curado del todo, amigo mío; estrechad mi mano y que sea enhorabuena. De que no perezcais mañana yo me encargaré. Señores, hemos trabajado hoy más aun que ayer, démosle á la materia el descanso que nos pide con sobrada razón. Durmamos esta noche y que suceda mañana lo que Dios quiera.

Los catorce se acostaron quedando profundamente dormidos,

CAPITULO LXIII

La pendiente del Diablo.—Continúa la pizarra.—La piedra endurecida.—El cuarzo.

Siete horas durmieron con sueño tranquilo nuestros fatigados caminantes de tanto cruzar por las entrañas de la tierra.

Cuando no estaba Mendoza con el vértigo no había entre ellos ningún cobarde, comían y descansaban con la misma tranquilidad que si estuviesen en la superficie de la tierra.

Flaviano les hizo levantarse, y no decimos vestirse porque llevaban tres noches sin desnudarse y con las precauciones debidas fueron bordeando el pozo infernal. Todos iban cogidos de la mano, uno tras otro, empezando por Flaviano que marchaba delante y concluyendo por los cuatro indios que solo llevaban media carga. En los sitios peligrosos les ayudaban los criados á trasportarla.

Bordearon el terrible pozo sin que les sucediera ninguna dificultad y á favor de las cuatro luces que llevaban, tres linternas y un hacha; continuaron adelante yendo sobre pizarra casi igual á la anterior. Estaba llena de grietas y el piso seguía sinuoso y bastante malo; pero continuaba la hondura y la atmósfera que respiraban era más caliente que la anterior.

Iban delante, como de costumbre, Osorio y Mendoza; cuando llegaban á un sitio peligroso ó muy difícil, cogía el gigante la mano del héroe mientras éste, á favor de la linterna que llevaba, todo lo reconocía y estudiaba.

Así continuaron tres horas, pero deteniéndose de continuo para que Osorio hiciese sus estudios y reconocimientos.

Al cabo de este tiempo exclamó Flaviano:

—Alto. Señores, tenemos á nuestros pies una pendiente tan difícil, que si bién se puede bajar con gran dificultad, sería imposible subirla. Sepamos: ¿Pérez?

—¿Qué manda mi general en jefe?

—Traenos cien varas de cuerda.

—¿Algo más, señor?

—Con eso basta. Unelas y dame un extremo.

—¿Qué vas á hacer, hermano?

—A bajar el primero con objeto de ver si podemos continuar ó si nos espera abajo una sima infranqueable.

—No, iré yo delante.

—¡Qué locura! Soy mejor gimnasta que tu y si no pudiéramos seguir por la causa expuesta, te será fa-

cilísimo ayudarme á subir tirando de la cuerda. ¿Quién subiría á esa humanidad tuya?

—Es verdad.

—La punta de la cuerda, señor.

—Trae, Pérez. Cógela, Rogelio, y me vas permitiendo bajar lentamente.

—No tengas cuidado.

Flaviano hizo un nudo al extremo de la cuerda que oprimía con su derecha, llevando en la izquierda la linterna.

De esta manera empezó á bajar lentamente, por no permitirle otra cosa Mendoza que iba dejando correr la cuerda y porque estudiaba el terreno antes de pisarlo.

Tardó en el descenso diez minutos, teniendo éste cien varas próximamente.

No había en el fondo sima alguna; por el contrario empezaba á endurecer la pizarra.

—Bajad cogidos de la mano—les gritó Flaviano—Mendoza delante; id despacio y con precaución.

Los trece descendieron sin que les ocurriera ninguna desgracia; la dirección del héroe era infalible, su aliento poderoso parecía transmitido á los que le acompañaban.

—Esto está más claro, Flaviano—le dijo Mendoza—por aquí se puede andar mejor.

—Sí, y las grietas van desapareciendo.

—¿Nos falta mucho para llegar á la Gruta del Diablo?

—Una legua escasa.

—Flaviano, es ya el mediodía, ¿comemos?

—¿Tienes apetito?

—Mucho.

—Te advierto que se acabaron las aves.

—Es natural, al cuarto día se hubieran corrompido.

—Y los pescados.

—Digo lo propio.

—¿Qué nos queda, hermano?

—Magras de jamón bien curado, embutidos de varias clases, dulces distintos y un pan de cuatro días.

—Duro debe estar, pero yo lo trituraré bien. ¿Cómo andamos de vino y agua?

—Hay bastante.

—Hermano, que con la conversación se me va haciendo la boca agua.

—¿Pérez?

—¿Señor?

—En aquel paraje llano, la mesa, la comida y los asientos.

—No es la una, señor.

—Más de las tres son ya en el estómago del general Mendoza.

—Es verdad, Flaviano.

Un cuarto de hora después comieron los cinco y luego los nueve.

—¿Vas con esa lonchita?—preguntó Osorio á Rogelio.

—¿A esto llamas lonchita, hermano?

—¿Pues qué es?

—Una magra que tiene más de una libra.

—Lo menos dos.

—Puede, por eso no cuestiono.

—¿Y el pan cómo lo encuentras?

—Durillo, pero sabroso.

—Buen apetito tienes hoy, Rogelio.

—Excelente, Flaviano, ¿y tu?

—No es malo tampoco.

—Estoy pensando que si tuviéramos que volver atrás no podríamos subir esa endiablada cuesta.

—La subiríamos.

—¿Cómo?

—Abriendo agujeros en el suelo según subíamos para meter los pies.

—Y que tardaría yo mucho en hacerlos. Pero nos ofrecería el regreso otra dificultad.

—¿Cuál es?

—La falta de alimentos.

—¿Has calculado que en regresar, teniéndolo todo estudiado, emplearíamos menos de la mitad del tiempo que en venir?

—Es verdad. ¿Qué crees tu, que saldremos por la Gruta del Diablo?

—Quiéralo Dios

—No desconfiemos.

—¿Ya acabaste con la loncha?

—Sí, ahora voy con este trocito de salchichón.

—¿Trocito?

—Tendrá una libra nada más.

—Cerca de dos sino pasa.

—Puede que no te equivoques. Este silencio, esta quietud abren el apetito.

—Lo mucho que andamos, ¿no?

—También.

—¿Con qué la emprendes después del salchichón?

—Con aquel otro embutido; mira que cara tan hermosa tiene.

—¿Te gusta más que la de Luisa?

Al oir esta pregunta se le cayeron á Mendoza de la mano el cuchillo y el tenedor.

—¿Qué dices, hermano? Más que el encantador rostro de aquella mujer ideal no me gusta nada en el mundo. ¡Y qué talento, y qué valor!

—Pues tienes un enemigo grande para con ella.

—¡Lo mato! ¡Qué tardaría mucho!

—No puedes con él.

—No siendo tu padre, el Santo, Julio ó tú no hay quien pueda conmigo.

—Si lo hay.

—Dime su nombre que en cuanto salga de aquí lo volteo sin compasión.

—No puedes con él.

—Habla, hombre. ¿Como se llama?

—Vértigo.

—Con ese no puedo, tienes razón. Cúrame de él, como has hecho conde el de Alba.

—De ese mal solo puede librarte la duquesa de Tabasco cuando seas su esposo.

—En tu mano está, Flaviano.

—Antes de un mes estarás unido á ella.

—¿Por qué ella puede curarme y tú no?

—Porque ella es la causa, ó sea el mucho amor que la tienes.

—Eso es, porque yo antes no tuve esas cosas.

A las dos acabaron de comer y antes de la media ya caminaban.

El terreno endurecía cada vez más, pero iba estrechando.

No era igual el piso, seguía algo sinuoso, y andaban por él medianamente.

Sin los estudios que venía haciendo Flaviano hubieran andado aquella última legua en dos horas á lo sumo.

—¿Por qué estrecha esto Flaviano?—le preguntó Mendoza.

—Porque esta pizarra es tan dura como el granito.

—Ya lo veo. También se han acabado las grietas.

—Pero anda con cuidado, sobresalen del piso pedazos de cuarzo en los que puedes tropezar y lastimarte.

—Ya lo hacemos todos.

—Si no tuvieras que estudiar tanto pronto estaríamos debajo de la Gruta.

—El piso no está igual, hermano, pero en las paredes se ven á cada paso cuevas.

—Todos esos pedazos de monte que faltan ahí y en otros muchos sitios son los que el volcán arrojó por sus cráteres y con ellos se han ido formando montes y todos esos escollos que rodean la isla.

—Salían encendidos, Flaviano.

—Casi todos.

—¿Todos no?

—El pedernal es infundible.

—Es un buen servidor este volcán; saca de lo que le estorba dentro para adornar por fuera sus enormes bocas.

—Ahí tienes plata fundida, Mendoza.

—Es verdad, voy á cojer un pedacito para llevárselo á Luisa.

—Con los dedos no podrás.

—Cierto: Un martillo, Pérez.

Y arrancó un pedazo de plata fundida.

—Pero está bastante negra, hermano.

—La han puesto así los vapores del azufre.

—¿Cómo la pondré blanca?

—Labándola tu criada con agua y sal.

—Toma, la labas tú y me la das cuando esté blanca.

Flaviano continuó su estudio y todos siguieron adelante con gran dificultad por los muchos pedazos de cuarzo que sobresalían del suelo.

—No me gusta este piso, hermano,—dijo Mendoza.

—Sí, es muy molesto andar por él, pero no hay otro.

—Me refiero á otra cosa.

—¿A qué?

—Fíjate, parece un cementerio inglés todo él lleno de pedazos que sobresalen.

—¿Y eso qué importa?

—Es un mal augurio.

—Por muy bueno lo tengo yo.

—¿Dónde está lo bueno?

—En que nos dice que estamos tocando el fin de nuestra escursión subterránea.

—A tí te dirán eso otras muchas cosas.

—Si, muchas.

—Debe ser tarde.

Osorio miró su reloj contestándole:

—Las siete.

—Cerca de cinco horas para andar una legua y aún no hemos terminado.

—Falta muy poco y ahora me vengo deteniendo mucho.

—¿No se ve nada que nos interrumpa el paso?

—Por aquí es difícil.

—¿Por qué?

—Es el principio del volcán y con la fuerza que sale por cerca de aquí habrá arrancado y arrastrado todos los estorbos.

—Me parece distinguir á lo léjos una inmensa bóveda.

—No te has equivocado.

—¿Qué es aquello, señor?

—El término de nuestro viaje.

—¡Qué felicidad!

—Qué placer—exclamaron todos.

—Habeis vivido cuatro días sin fieras, sin reptiles, sin más séres que nosotros, en un desierto completo y aún os quejais.

—Eso es verdad ni aún hay aquí mosquitos ni hormigas.

—Ningún animal, la zoología no ha tenido ni tiene en todo este interior más representantes que nosotros.

—¡Qué cueva tan inmensa!

—Señor,—exclamó Zalla,—una luz en el techo.

—¡Una luz! ¡Una luz!

—¿De dónde viene esa luz, hermano?

—De la Gruta del Diablo.

—¡De la Gruta del Diablo!

—¡Ya hemos llegado!

—¡Y con toda felicidad!

—No contadlas tan felices, que aun nos falta lo principal.

—¿Qué nos falta, hermano?

—¿Veis por dónde sale la luz?

—Sí.

—Pues por allí hemos de salir nosotros también.

—Está eso muy alto, Flaviano.

—Pues no hay otra salida que esa ó la boca del volcan por donde entramos.

—¡Qué desgracia!

—Lo menos tiene 30 varas de elevación.

—Si, eso tendrá.

—Si tuviéramos una escala.

—¿No era mejor una escalera?

—Mucho mejor.

—La tendremos.

—¿Quién va por ella, Flaviano?

—El que ha encendido esa luz.

—¡Es verdad!

—¿Pero dónde se halla?

—No ha de estar lejos.

—¿Dónde? ¿Dónde?

—Dejadme antes reconocer la boca del volcan, que debe estar cerca.

Todos le siguieron pero á los veinte pasos, gritó Flaviano:

—Alto. Ahí la teneis.

—Sale calor, mi general en jefe.

—Sí, mucho calor.

—Qué grande es.

—Llega hasta la pared de enfrente.

—Mejor dicho, ocupa toda esta parte de la bóveda.

—Cien varas de diametro.

—Flaviano, aquí se suda mucho.

—¡Si pudiéramos llegar al fondo de ese grandioso pozo!

—¿Qué veríamos?

—El mundo en combustión.

—Yo prefiero no verlo.

—Lo creo, Rogelio; y yo daba cuanto tengo por poderlo mirar.

—Cuanto habrá de aquí al fuego.

—Si el camino es recto cinco leguas.

—¡Y llega el calor aquí!

—Consiste hermano en que el brasero que tenemos debajo es superior y de un tamaño incalculable.

—Que grande es la obra de Dios,—dijo Zalla.

—Ya lo ves, Ricardo, domina y contiene una cantidad de fuego bastante á cubrir y deborar con sus llamas muchos mundos como este.

—¿Tendreis que estudiar aquí mucho, señor?

—Sí, algunas horas.

—¿Esta noche ó mañana?

—Mañana.

—Flaviano ¿por qué no salimos hoy?

—Tienes tanta prisa por el vehemente deseo de ver á Luisa.

—Cierto; no tardes más que lo indispensable, hermano.

—Haré más por tí; ya que tu no puedes ir á verla, haré que ella venga á verte.

—Eso sería una ventura, pero señores, retirémonos de aquí, que hace mucho calor.

Y se retiraron.

CAPITULO LIV

El cohete.—La bocina.—Las órdenes.—La cena.—Término del estudio.

Nuestros amigos se retiraron lo bastante para que no les molestase mucho el calor, Flaviano exclamó:

—Pérez, un cohete.

Cinco minutos después se lo alargó el criado diciendo.

—Uno, señor, de los seis que hemos traido.

Flaviano lo examinó, se puso perfectamente debajo de la abertura que había en el techo de la bóveda, hizo la puntería y teniéndolo bien sugeto con las dos manos, para que no se torciera dijo á Zalla:

—Pégale fuego con el hacha, Ricardo.

Este le obedeció, prendió el cohete y lo vieron desaparecer por la grieta del techo.

Segundos después se oyó el trueno, viéndose caer varias luces despedidas por aquel.

—La bocina, Perez -añadió Osorio.

El conde de Alba exclamó:

—¡Qué previsión, qué golpe de vista, qué talento! Esto es un prodigio; por eso dicen y con razón, que con el héroe se puede ir al mismo infierno.

—Señor—le dijeron desde la grieta con una bocina.

—Soy Flaviano ¿y tú quien eres?

—El alférez de zapadores Pelayo.

—¿Cómo están mis padres?

—Todos buenos.

—¿No ha ocurrido nada de particular en la isla?

—Mar de fondo y nada más, ¿y á V. E?

—Ni á mí ni á mis compañeros aconteció desgracia alguna.

—Loado sea Dios.

—¿Pelayo?

—¿Señor?

—Necesito una escalera que tenga más de treinta varas de larga para subir por ella donde estais, que tenga algún hierro para que pueda resistir bien el peso del general Mendoza.

—¿Qué más señor?

—Avisad á las damas y señores del palacio que hemos llegado sin novedad.

—¿Para cuando la escalera, mi general en jefe?

—No podemos salir de este sitio hasta que la veamos aquí.

—Esta noche la harán.

—Que nos traigan los 14 caballos.

—Muy bien señor.

—¿Funciona bien el torno?

—Yo lo he estrenado y bajé perfectamente.

—¿Tenéis aquí caballos para vosotros?

—Sí, señor.

—Id vos á cumplir mis órdenes.

—Eso pensaba, mi general. Tenemos buenos alimentos, vino y agua y una cuerda larga para poder echaros lo que me pidais.

—Pelayo, una escalera de treinta varas, nada más, eso solo me hace falta. Para bajarla y tenerla luego muy sujeta debeis ser cuatro.

—Estamos 20, señor.

—¿Desde cuando?

—Desde ayer mañana, vino el príncipe Julio con nosotros y reconoció todo esto repitiéndonos las órdenes que teníamos vuestras. Se despidió hasta mañana que pensaba permanecer aquí todo el tiempo que tardáseis.

—Partid.

—Hasta mañana, mi general en jefe.

Flaviano se volvió, diciendo á sus compañeros:

—Alejémonos de aquí, señores, que yo continuo sudando.

—Sí, hermano, ese maldito brasero calienta demasiado.

—Y eso que está á cinco leguas de nosotros.—dijo Zalla.

—No, Ricardo, el fuego incandescente subirá hasta

cerca de la boca de ese pozo. Lo que está á cinco leguas es el gran depósito. Aquí estaremos mejor. ¿Pérez?

—¿Señor?

—En aquella explanada la mesa y cerca de allí las camas.

—Muy bien, señor.

—Hermano, aquí no se está del todo mal.

—Es lo menos caluroso de la bóveda.

—Flaviano, te se olvidó mandar á decir á Luisa que viniera.

—Te has equivocado.

—Pues no lo he oido.

—Sí lo oistes.

—No sé cuando.

—Bastará conque sepan que estamos aquí.

—¡Ah! ¿crees?

—No, estoy seguro.

—Hombre; que no vaya á bajar Luisa donde estaba el alferez...

—Tienes razón. Corre y antes que ese oficial se marche adviérteselo.

—¿Por dónde?

—Tú que eres el más alto por la grieta.

—¿Te estás burlando de mí?

—Una cosa parecida, qué encargos me haces, Rogelio.

—Es verdad, Flaviano, cuando pienso en ello me dá el vértigo.

—Quítatelo con otra loncha como la de esta mañana.

—¿De este jamón?

—Sí, de ese, puesto que no hay otro.

—No, un poco mayor que la de esta mañana; estoy más contento.

—¿Por que la vás á ver pronto?

—Por eso. Mi temor á morir no era por otra cosa.

—Aprende Zalla, eso es amar.

—No puedo, señor.

—¿Cómo que no puedes?

—Después de teneros á vos por maestro, tenerlo á él, era un cambio tan sensible que no puede resistirlo mi espíritu.

—Oye desvergonzado, algo podía enseñarte.

—¿De qué?

—De amar y de ser galante con las damas.

—No, prefiero amar á lo Osorio.

—¿Padre ó hijo?

—Tienes razón, general, la pregunta es tan discreta como oportuna. A lo Osorio hijo.

—Buena cosa aprendes, mi hermano quiere mucho á Alice, pero no pasa de ahí.

—Ni yo tampoco.

—¡Tan enamorado como estuvistes!

—Tan mal como me fué.

—¿Y ahora?

—Ahora que quiero á Líbana, pero que solo la quiero, me vá admirablemente.

—¿Oyes Keisko? se trata de tu hermana.

—Hace bien, Ricardo, hacer lo que el héroe es lo sabio, lo racional.

—¿Qué te parece?... lo racional. Vaya una frase. Se lo he de referir á Luisa.

—Harás bien, general, y si te parece poco á Líbana. Me harías un favor porque si ella me ama, como dice, hará lo que Alice.

—Este discípulo, hermano, va á llegar día en que espere á que tú estornudes para hacerlo él también.

—¿Vas, Rogelio, con esa rodajita de embutido?

—Sí, Flaviano, la alegría despertó mi apetito.

—Pero, hombre, si nunca se duerme.

—Voy creyendo eso.

Continuaron cenando. Después hablaron media hora y se echaron en sus duras y míseras camas.

Flaviano ni se había fijado en lo duro y grosero de su lecho.

Los restantes habían echado de menos los que dejaron en la isla y suspiraban por ellos.

Se acostaron á las diez y media.

El héroe despertó á las cinco, se puso en pie, hizo seña á su criado para que lo siguiera con una hacha encendida y un martillo y se fueron al pozo llevando él su linterna.

Flaviano bajó lo que pudo para reconocer aquella gran boca; tenía al principio una cuesta que le permitía descender 50 varas y las bajó, pero no pudo resistir más de media hora en aquel sitio.

La atmósfera densa, sulfurosa y caliente que allí se respiraba lo arrancó de aquel lugar.

Después cogió el martillo y fué golpeando las paredes que estaban más cerca de la enorme boca, invirtiendo cerca de una hora en aquella segunda operación. Al acabar estaban bañados en sudor el general y su criado.

Ya se retiraban de allí cuando oyeron por la bocina.

—¿Flaviano?

—Trae la mía, Pérez; corre, que es mi hermano.

Cuando la tuvo, le contestó:

—Julio, aquí estoy.

—¿Qué desgracias habeis tenido?

—Ninguna.

—¡Qué valiente y que sabio eres!

—Gracias, adulador.

—¿Qué haceis?

—Ellos durmiendo, yo estudiando.

—Como siempre. ¿Qué idea traes de los volcanes?

—La peor que se puede tener.

—¿Perecerá esta isla?

—Sin duda alguna.

—¿Pronto?

—No, tendremos tiempo bastante para acabar nuestra misión aquí. ¿Has venido solo?

—Con mi criado, pero no tardarán en llegar todos.

—¿Quiénes son todos?

—Los del palacio y algunos maestres. Y no vienen más por falta de caballerías.

—Lo siento que se molesten.

—Quieren que comamos en el sitio donde nos diste el banquete.

—Sea enhorabuena.

—Te advierto que Alice, Luisa, Elvira y Líbana quieren llegar hasta el torno.

—Lo creo un disparate.

—Y yo, pero no podré disuadirlas.

—Que hagan lo que quieran.

—Vendrás rendido.

—No, maduro, pero no traigo un arañazo.

—Qué felicidad.

—Retírate que tienes una posición violenta y yo me abraso con los vapores que exhala el pozo volcánico

—¿A qué distancia lo tienes?

—A veinte varas.

—¿Quieres algo?

—La escalera.

—Aun tardará más de una hora. Adios, hermano.

—Adios, Julio.

Cuando se volvió Flaviano halló detrás á todos sus compañeros, que al oirlo hablar con uno por la gruta corrieron á escuchar lo que decían.

—Buenos días, señores,—les dijo.—Como no os he despertado hoy madrugásteis poco.

—¿Qué hora es, hermano?

—Las siete.

—No es tarde. ¿Vinieron las damas?

—Sí, por el aire.

—Como Julio ha llegado ya.

—Rogelio, no pienses en Luisa porque te acomete el vértigo. Julio, en cuanto oyó la noticia de nuestro regreso, montó á caballo y se vino á escape. ¿Querías que ellas hicieran lo mismo?

—Es verdad, ¿pero van á venir?

—¡Delicioso amor como perturba!

—Cómo entontece—dijo Zalla.

—¿No te he dicho ya que venían?

—Es que no lo sabías oficialmente.

—Se me figura, Rogelio, que la gente oficial falta á la verdad más que yo.

—¿Cuándo estarán aquí, lo sabes?

—Sí, pero no te lo digo hasta que no lo sepa oficialmente.

—Mal corazón.

—Lo he tenido cuatro días entre rocas, ¿qué quieres que sea?

—Voy yo á preguntar.

El pobre Mendoza cogió la vocina y con su voz de bajo profundo, hizo los mayores esfuerzos, pero los que bajaron habían vuelto á subir otra vez, y en el torno ó no había nadie ó no oían las voces que daba.

Volvió desesperado diciendo á Osorio.

—Hermano, esos bárbaros no me hacen caso.

—¿Quién son esos bárbaros?

—Los del torno.

—¿Es uno el príncipe Julio?

—Si ese me hubiera oido correría á contestarme.

—Me temo lo contrario.

—¿Por qué?

—Si Julio ha comprendido que estás atacado del vértigo, ni te ha hecho caso ni ha permitido á los zapadores que te lo hagan.

—Dichoso vértigo y cómo me divierte. ¿Pero crees tu de veras que lo tengo?

—Sí.

—¿Qué hago, Flaviano?

—Te vas con tu criado, que te de una magrita, un poco de dulce, dos copas de jerez y un vaso de agua. Con ese desayuno te se quitará.

—Tienes razón; son cerca de las ocho; estoy en ayunas, y como no hago nada...

—Es claro, vete.

Y lo hizo como se lo había mandado Flaviano.

El héroe continuó dando golpes á las paredes y estudiando todo lo que rodeaba la boca del volcán.

Con este último reconocimiento completó el estudio que se propuso hacer.

Sus compañeros se fueron con Mendoza, lo rodearon, le vieron comer, se les despertó el apetito y todos tomaron algo.

Ya habían concluído, cuando vieron llegar á Osorio, mojado nuevamente con tanto sudar.

—¿Quiere tomar algo, mi señor? -le preguntó Pérez.

—Sí, dame un vizcocho relleno, jerez y agua.

—Mejor son las magras, Flaviano.

—Para tí. ¿Cuántas te has comido?

—Una sola.

—¿Pesaría...?

—Una libra escasa.

—Para desayuno es bastante.

—Con un poco de dulce, dos copas de jerez y un vaso de agua. Lo que me has mandado.

—¿Te aliviaste?

—Sí, me siento bien.

—Ahora debo participarte que las señoras estarán ya en la Gruta del Diablo.

—¿A qué distancia de aquí?

—A cerca de mil varas.

—Quien pudiera dar un salto.

—Sería lo mejor; porque la subida es muy larga y muy penosa.

—Corriendo he de cruzarla.

—Con exposición de matarte; pero ya lo impediré yo.

—Flaviano, con hoy cinco días que no la veo.

—Lo mismo nos sucede á Ricardo y á mí y no tenemos prisa alguna.

—Por que vosotros no amais.

—O sabemos querer mejor que tu. Todo ello es cuestión de quince minutos más ó menos; quince minutos que se pierden yendo con la calma que el mal camino requiere, pero estando seguro de no estrellarse. ¿Quién sabe querer mejor? porque si te matas

en esa carrera la harás desgraciada el resto de su vida.

—Es que los verdaderamente enamorados no entendemos de aritmética ni tiramos esas cuentas.

—Es decir, que para estar enamorados verdaderamente es necesario ser tontos. Lo siento por todos los enamorados del mundo, que según mi opinión deben ser los más.

Y mirando el reloj añadió:

—Pérez, dispón la salida de los volcanes.

—¿Qué hacemos, señor?

—Reconoce esos bultos; lo qun no tenga buen aplicación lo tiras para que los indios lleven al subir por la escalera el menos peso posible.

Cuando esté eso hecho, enciendes dos hachas y las colocas lo más cerca posible de la escalera.

Mendoza, tu que eres el mas impaciente subirás el primero.

Luego Zalla, después Alba, Keisko y yo.

Pérez, te quedas el último para no consentir que haya en la escalera más de dos á lo sumo; podía romperse con el peso y matarse alguno.

En este instante gritaron todos menos Flaviano:

—La escalera, ya baja.

CAPITULO LXV

La ascensión.—Recibimiento.—Otra comida campestre.—Explicaciones y comentarios.

A las diez de la mañana vieron en efecto bajar lentamente la escalera y oyeron á la vez la bocina por la cual le dijeron á Osorio:

—Señor, baja la escalera.

—Muy bien—le contestó Flaviano.

—En los extremos inferiores tiene dos puntas de hierro. Con la barrena que va unida á uno de ellos, la cual sirve para oradar la piedra, pueden hacer los agujeros para que entren en ellos esos extremos y quede segura abajo. Aquí somos muchos y la sostendremos bien.

—Pérez, esa operación te toca á tí; yo te la dirigire.

En cuanto la escalera llegó al suelo tomaron la medida; marcó Osorio donde habían de hacer los agujeros y comenzó á formarlos Pérez.

Cuando acabó, gritó Flaviano á los de arriba:

—Dejad venir la escalera.

—Corredla entre dos hasta que esas puntas de hierro lleguen á la orilla—dijo á Pérez.

Y cogiendo la bocina exclamó:

—Levantad la escalera un poco más. Dejadla caer. Muy bien. Ahora sujetadla arriba.

—Ya está.

—Tu el primero, Rogelio. Sube con precaución. Más despacio.

Llegó perfectamente, añadiendo el héroe:

—Podéis subir dos, uno detrás de otro. Zalla y Keisco.

Más tarde añadió:

—Ahora nosotros, conde, seguidamente los nueve restantes de dos en dos.

Flaviano se había quitado abajo la cubierta de seda con que tapaba su cabeza, rostro y cuerpo.

Al dejar la escalera se halló con Julio, el capitán de zapadores, Alice, Elvira y Líbana.

A las cinco estrechó preguntando á las jóvenes:

—¿Por qué habéis bajado por el torno?

—Por verte antes—le contestaron á la vez.

—Gracias, pero no apruebo esas locuras.

—Flaviano—le dijo Mendoza con sentimiento—Luisa no ha bajado, ni entró en la gruta.

—Porque tiene más juicio que estas loquillas.

—No es por eso,—se apresuró á decir Elvira.—Co-

mo es la mayor de las cuatro quedó haciéndole compañía á la duquesa de los Andes.

—Paciencia, Rogelio, y ten cuidado con el vértigo. Tú llevas de la mano á Alice, Julio á Elvira y Ricardo á Líbana. ¿Pero vais así? Vais buenos. Pérez nos dará ahora las gorras.

—Que no subimos, Flaviano,—le replicaron á la vez Alice y Elvira.

—¿Por qué, ángeles míos?

—Cuando subas tú.

—Tengo que dar varias órdenes y tardaré.

—No importa.

—En ese caso, que os vayan subiendo en el torno y tardaremos menos. En esa jaula no caben más que dos.

—Eso nos parece bien.

Mientras iban practicando aquella operación y subían la escalera, Flaviano se separó á un lado con el capitán de zapadores diciéndole:

—¿Os habeis fijado en esa grieta por donde acabamos de subir?

—Sí, señor.

—¿Es pedernal, no es eso?

—Pedernal es.

—Ya sabeis que es infusible.

—Cierto.

—Luego no ha podido abrirla el fuego incandescente.

—Es verdad, mi general en jefe, pero no comprendo...

—Yo os lo diré. Se ha venido quebrantando con las sacudidas de los temblores de tierra y con el último se abrió.

—No cabe duda.

—También sabreis que el fuego incandescente busca la salida por lo que tiene encima, y lo que no puede romper lo funde y luego fácilmente lo arrastra.

—Eso es.

—Pues bien, cuando encuentra un pedernal como ese, que ni puede romperlo por su dureza ni fundirlo por ser infusible, busca otra salida como ha sucedido en este y otros volcanes.

—Indudablemente.

—Quebrada como está esa cubierta de pedernal y cuarzo, al primer sacudimíento acabará de romperse.

—Es muy de temer, señor.

—Sucederá, no lo dudeis con los temblores que precedan á la primera erupción.

—No lo dudo.

—Roto ya el fuego incandescente, seguirá subiendo hasta convertir la Gruta del Diablo en un formidable cráter.

—Todo lo que decís es indudable.

—Y estando la Gruta en el centro de la isla la asolará.

—Sin remedio alguno, porque saldrá por esa sola boca todo lo que vomitaba por las seis.

—Exactamente.

—Pues es necesario evitarlo.

—Eso sí que no lo comprendo yo, mi general en jefe.

—Yo sí.

—Estaba seguro.

—Pero lo vais á hacer vos.

—Dignaos darme la idea y al momento.

—En efecto, necesaria es la brevedad para evitar un cataclismo.

—Espero las órdenes de mi amado general

—Oidme: Se cubren esas grietas con pedazos de pedernal del mismo grueso que la cubierta, unidos á la misma con un betún infusible que deben fabricar á vuestra presencia.

—¿De qué se ha de componer, señor?

—De pedernal molido y mezclado con una tierra amarilla que emplean los indios aquí en lugar del yeso y la cal europeos.

—¿También es infusible?

—También. Después de unídos los pedazos á las grietas poneis sobre toda esa cubierta una capa del mismo betún que no tendrá menos de una cuarta de espesor, pero esperais á que se sequen las partes unidas para añadir ese betún.

—Muy bien, mi general. La tierra amarilla y el pedernal molido los amasarán con agua.

—Claro es.

—¿Muy espeso el betún?

—El de las uniones no, el de la cubierta, sí; todo lo espeso que se pueda.

—¿Cuándo empiezo, señor?

—Ahcra mismo, eso no admite tregua ni descanso.

—Me basta, mi general en jefe.

—Me alegro, si alguna duda tuviérais vais á verme sea la hora que quiera.

Flaviano le dió la mano y se volvió, hallando detrás de él al conde de Alba que lo estaba esperando.

—¿Nos han dejado solos?—le preguntó.

—Arriba esperan, no muy arriba, al pie del torno.

—Pues subamos.

Los dos entraron en la jáula, y en tres minutos los llevaron al mismo sitio en que Flaviano vió el fuego incandescente por la grieta que acaba de mandar cerrar.

Arriba le esperaban todos.

—Pérez, mi gorra.

—Aquí está, señor.

—Subamos en la forma que antes os indiqué. Julio, ves cerca de Alice para que no le atropelle con su vértigo ese gigante. Conde de Alba, dadme vuestro brazo.

Los tres comenzaron á subir llevando de la mano á las damas.

Los últimos eran Osorio y Alba.

—¿Vais bien curado, conde?—le preguntó el héroe.

—Sí, señor, mi almirante.

—Algo nos falta aun para el completo de lo que os ofrecí.

—¿Derrotar á los ingleses?

—Sí.

—Con vuestra dirección nada más fácil.

—¡Ay, conde, que son muchos y muy astutos!

—Y bastante traidores, pero tengo confianza absoluta en el triunfo.

—Pobre patria mía si sucede lo contrario.

—Ni vos podeis desconfiar, ni yo abrigo la menor duda.

—En todo acontecimiento humano y muy particularmente en las batallas entra por mucho la foıtuna y nadie puede confiar en ella de una manera absoluta.

Hablando así continuaron subiendo aquella pendiente que medía 900 varas de longitud.

Tres veces descansaron en la penosa ascensión.

Mendoza llevaba muy bien á Alice, pero no la dirigió una sola frase en todo el camino.

En la entrada de la Gruta les esperaban los duques del Imperio y de Pastrana, el general Carvajal, la duquesa de los Andes, la de Tabasco y varios maestres de campc.

La alegría de todos fué grande al verlos llegar sin la más leve lesión.

La duquesa recibió de manos de Flaviano el grano de oro, y todos admiraron como merecía aquel fenómeno de la naturaleza.

Keisko subía detrás de Flaviano triste y cavizbajo. El duque del Imperio le preguntó:

—¿Qué te ocurre, cacique, para no participar de la alegría que á todos embarga?



La duquesa recibió de manos de Flaviano el grano de oro.

—Vengo de ver la próxima desaparición de la isla en que nací, donde me crié y al contemplar en las entrañas de la tierra confirmadas las frases del que jamás se equivoca, de Flaviano de Osorio, me he entristecido.

—Mas vale que hayas visto el peligro y huyas de él que morir entre sus ruinas y no tener otro lecho que el fondo del Océano.

—Es verdad, pero aun era mejor continuar en lo que fué y será mi patria hasta que desaparezca. Vosotros llamais madre á la patria, yo me voy á quedar huérfano de esa madre querida.

—Keisko, antes de perder esa madre me habías ganado á mí y habías ganado á Flaviano. ¿No compensa lo uno á lo otro?

—Sí, señor.

—Pues participa de nuestra alegría al ver terminado un trabajo de tanta exposición, de tanta utilidad y cuenta que por esta patria pequeña é ingrata para sus hijos; Flaviano y yo te vamos á dar la mejor del mundo, la más generosa, la noble España en la cual nacieron tantos héroes y tantos caballeros.

Con estas y otras frases logró el duque borrar del cacique las ideas tristes y melancólicas que se habian apoderado de su varonil espíritu.

En el mismo sitio en que Flaviano les dió el banquete, se lo devolvían ahora las damas, pero sin aparato, ni cantos, bailes ni indics.

Un momento antes de sentarse á la mesa preguntó el héroe á Fajardo:

—¿Maestre, qué ocurre en el golfo?

—Mar de fondo, señor.

—Eso ya lo sabía; la oí revolverse en su extenso lecho.

—¿En las entrañas de la tierra?

—Sí, Fajardo, estuvimos á muy pocas varas de ella, logrando encontrar lo que no buscábamos.

—No os comprendo, señor.

—La mar se abrió paso por entre un terreno blando y ayudada por los temblores de tierra está ya muy cerca de donde nosotros estuvimos.

—En ese caso se la traga el mar.

—Tenedlo por seguro. Y en la bahía, ¿qué ocurre?

—Nada, señor, que merezca vuestra atención. Se trabaja bien en el dique y todos los barcos están resguardados del ciclón que habeis anunciado.

—Me satisfacen ambas noticias.

—Me alegro, mi almirante.

Dió principio la comida reinando expansión y alegría, esceptuando á Keisko que la idea de lo que iba á suceder en su isla solía velar su satisfacción y de la duquesa de Tabasco que no parecía contenta con las explicaciones que le había dado Mendoza relativas á escursión y conducta en las entrañas de la tierra.

Tenía más talento que él y algo había deducido de las reticencias de su futuro.

Antes de las cuatro unos en la carroza, otros á caballo y á pie la servidumbre, regresaron al palacio en el que entraron cerca de la noche.

Fueron los del palacio al salón donde estaban esperando á Flaviano el príncipe de Italia y el padre Anselmo.

Los maestres se retiraron á sus buques oyendo antes de boca del conde de Alba un relato detallado de cuanto les había ocurrido en las entrañas de la tierra.

—Hijo mío, —dijo el príncipe de Italia al héroe,— Anselmo y yo deseamos oir de tus labios un minucioso relato de cuanto has visto en ese difícil y expuesto viaje subterráneo, con tu opinión sobre el porvenir de esta isla.

—Ningún momento más apropósito, todos estos señores que no me acompañaron desean lo mismo y á todos voy á satisfacer. Oidme:

Y Flaviano les refirió detalladamente cuanto nosotros hemos visto.

Al acabar le preguntó el príncipe:

—¿Quieres darnos tu opinión concreta?

—Sí, padre mío. No puedo precisar el día en que desaparecerá de la superficie de la tierra esta isla porque ignoro lo más ó menos próximo de la primera erupción y de los mares de fondo que ayudarán á abrir la tierra en el terreno pizarroso que os he descrito; pero opino que no llegan á cuatro años los días de su existencia; es posible que ni á dos y á lo sumo los cuatro que he dicho antes.

Flaviano fundó sus cálculos en razones científicas, en leyes universales que convencieron al príncipe, el cual volvió á preguntarle:

—¿No podrá ser más bieve la desaparición por la gruta?

—No, señor, tardará más por que muy en breve quedará cerrada la grieta y su duración se podía prolongar mucho más que los trabajos de los temblores de tierra y golpes del mar en la pizarra.

—¿De qué modo?

Flaviano le explicó lo que había mandado hacer, añadiendo:

—Todo es poco contra la fuerza del fuego incandescente que el interior del mundo arroja sobre la superficie, pero como el fuego tiene otras salidas, aun cuando su tendencia sea abrirse paso por la gruta no podría lograrlo en mucho tiempo.

—Flaviano, hasta te atreves á luchar con los volcanes y á vencerlos. Esos remiendos, como tú llamas al cierre de las grietas fué una idea salvadora.

—¿Pero de qué me sirve, señor, si más pronto ó más tarde los temblores de tierra y los golpes de mar romperán la pizarra y la isla desaparecerá?

—Si Dios ha decretado su desaparición, su decreto se cumplirá, pero tú pones un dique al daño más inmediato, al que pudo sepultarnos á todos en el tondo de ese terrible golfo al llegar la primera erupción. Ahora todos pueden estar tranquilos durante un periodo mucho más largo.

—Poco mérito tiene eso.

—Muchísimo. ¿Cómo no te concretastes al reconocimiento de la bóveda que existe debajo de la gruta?

—Tenía deseos de estudiar un volcán por dentro y comprendí además que el recorrido de ese fuego á solo mil varas de la supeaficie de la tierra en un trayecto que pasa algo de las cinco mil leguas, podía muy bien haber creado otro peligro.

—Es decir, que presentistes ó adivinaste lo de la pizarra.

—Era natural, señor.

—Para un sabio como tu. ¿Has comprendido bien los peligros que corrísteis?

—Sí, pero era preciso reconocer y reconocimos.

—A costa de tu vida.

—Ya veis que nada nos ha ocurrido.

—Debisteis perecer todos al romper su dique el aire comprimido. Ese manda aun más fuerza que el fuego incandescente.

—Es verdad, señor—le dijo Mendoza,—tan grave fué aquello que me dió un vértigo.

—¿Le dió á algún otro de los catorce que íbais, marqués?—le preguntó Luisa.

—Solo yo estaba predispuesto.

—¿A ser cobarde?

—No, á eso no.

A Mendoza se le encendió el rostro, y viendo Flaviano lo crítico de su situación, lo sacó del apuro añadiendo:

—No tiene mérito alguno nada de lo que yo hice en esa excursión, ni es extraño el vértigo de Rogelio; los sufrirá hasta que se una á la duquesa de Tabasco.

Desde ese día en adelante no volverá á tener ninguno.

—Flaviano, pienses tu lo que quieras, yo creo firmemente que de todos los hechos de tu vida, que son muchos y dignos del cerebro más privilegiado que existe, el más notable y científico, el más difícil y el más elevado, es el reconocimiento que acabas de practicar en el interior de esos montes.

—Todo lo que yo hago, padre mío, lo veis por un prisma diferente á aquel por el que yo lo miro. Tanto es vuestro amor á mí, que os parezco un gigante cuando solo soy una mísera hormiga.

—Hormiga que levanta los navíos y se los trae como si fueran de papel; hormiga que empezó venciendo á un rey poderoso y sabe Dios como acabará.

—Padre mío—le dijo Elvira—Dejadlo, porque en el terreno de la modestia, mi hermano y amigo Flaviano inspira compasión.

Llegada la hora de cenar, todos se fueron al comedor.

Algo más tarde lo abrazaba el príncipe diciéndole:

—Adios, hijo mío, nuestro Señor siga derramando en tí todos sus dones.

Media hora después dormía el héroe con el sueño más tranquilo.

CAPITULO LXVI

Paz octaviana.—El observatorio del palacio.—Precauciones.—El ciclón en su primera parte.

Desde el siguiente día se dedicaron Flaviano, Julio y Zalla á los preparativos de la boda.

Ensayaban al canto con Elvira que tenía una hermosa voz de tiple y con Luisa que era una contralto muy regular. Les faltaba un bajo y lo hallaron excelente en uno de los músicos de un tercio.

Las costureras cortaban y cosían y los carpinteros trabajaban, pintando otros las construcciones que aquellos hacían.

Los siete días de la semana los ocuparon de este modo.

Julio también les había hecho trabajar en los cinco que el héroe estuvo ausente.

El octavo día que era domingo, subió por la noche Osorio á un pequeño observatorio que tenía en una

torre elevada del palacio, y estuvo más de tres horas estudiando los astros y el horizonte.

A la mañana siguiente mandó cubrir la parte alta de la torre que estaba al descubierto.

El gran anteojo que tenía se lo colocaron dando frente al Sur.

Asegurado bien de la resistencia de la torre, se fué á la bahía con Julio y Zalla pasando después al dique.

Mandó suspender las obras y que asegurasen más todas las embarcaciones.

Luego hizo llevar al mencionado dique cuantas lanchas y botes había atracados al muelle, pasando una escrupulosa revista á todo lo que habían hecho sin dejar el dique hasta que estuvo convencido de que todos los barcos grandes y pequeños quedaban bien seguros.

Antes de marcharse dió instrucciones claras y concretas á los maestres y comido que hubo con el conde de Alba en su navío "Reina Margarita„ se fué á las baterías, reconociendo todos los cañones, dando algunas instrucciones á los jefes de artillería para que no abandonasen sus puestos y cuidaran de hacer cumplir todo lo que habían dispuesto.

Lo mismo hizo en el muelle.

Se suspendieron los centinelas, los vigías abandonaron sus alturas y no se retiró al palacio hasta dejarlo todo como él deseaba.

Ya en el palacio, llamó á Keisko preguntándole:

—¿Hay algún indio fuera del pueblo?

—Hoy no.

—Dlspon que mañana no salga ninguno de casa y que permanezcan todos encerrados sin que abran puerta ni ventana alguna.

—¿Es mañana el ciclón?

—Sí, mañana debe ser.

—¿A qué hora?

—Por la tarde, mas cerca del medio día que de la noche.

—Te obedecerán.

—Tu no podrá salir del palacio, da esta noche las órdenes porque mañana ni dejarán entrar ni salir á nadie, permaneciendo cerrados los balcones, puertas y ventanas. Parte y vuelve para que cenemos.

Y Flaviano, Julio y Zalla pasaron al salón, donde hizo comparecer el primero á los jefes de la guardia; de la cocina y de las caballerizas, repitiendo las órdenes que ya sabemos, pero lo que más les extrañó fué la orden que recibieron mandando que todo el día estuviera alumbrado el palacio como si fuera de noche.

Cuando aquellos salieron le preguntó su padre

—¿Pero qué, hijo mío, nos ván á sitiar mañana los ingleses?

—No, señor, es otro enemigo más poderoso.

—¿El ciclón?

—Sí, el ciclón.

—Tú estarás con nosotros, Flaviano —le dijo Elvira.

—Estaré en el palacio, hija mía, pero con vosotros, no.

—No te comprendo.

—Pasaré el día en la torre que es mi observatorio.

—Pues allí iremos nosotras.

—Estareis peor que en el interior del palacio.

—No importa, queremos estar donde tú estés.

—¿Todas opinais lo mismo?

—Todas, todas.

—Llegó el cacique. Vamos á cenar y mañana haceis lo que más os agrade.

Cenaron, y en el instante de concluir subió Flaviano al observatorio permaneciendo solo una hora mirando al Sur con su anteojo.

Cuando se estaba desnudando entró Julio, preguntándole:

—¿Has estado en el observatorio?

—Sí.

—¿Con el anteojo grande?

—Con el mayor que tenemos.

—¿Lo hiciste trasladar al Sur?

—Sí.

—¿Cómo está el horizonte?

—Para los profanos claro y despejado, como pocas veces.

—¿Y para tí?

—Fatal.

—¿Qué has visto?

—Hacia el Sur á muchísima distancia, donde pa-

rece juntarse el cielo y la mar, como una gasa enorme que se inclina al Norte.

—Es la dirección que va á llevar, y la señal muy mala, hermano.

—Fatal, como te he dicho.

—¿No se adelantará?

—Poco, mas por nosotros puede venir ya cuando quiera.

—Cierto, dispuestos nos hallamos á recibirlo y todo está asegurado. ¿Caerá mucha agua?

—Es lo probable; por eso debe terminar; pero no puede asegurarse. Por las señales que he visto esta noche se adelantará algunas horas más de lo que yo creía.

—¿Muchas?

—No, debe empezar á las once de la mañana; acaso á las diez, y no será en modo alguno después de las doce.

—Tú mirarás al Sur, yo al Norte.

—Después de haber empezado, lo mismo se verá de un lado que de otro.

—Es verdad.

—¿Dormimos?

—Sí; que Dios te bendiga.

—Y á tí.

Minutos después los dos descansaban con tranquilo sueño y como si no esperasen ciclón alguno.

Flaviano se levantó á las siete, y desde su dormitorio se fué á la torre.

No tardaron en seguirle Julio, Zalla y después el duque del Imperio.

Flaviane se apoderó del gran anteojo que daba frente al Sur, Julio del que estaba al Norte, Zalla del Este y el duque del Oeste.

A la hora de hallarse mirando, exclamó Flaviano:

—¿Pérez, estás por aquí?

—Debajo de los anteojos, señor.

—Sube.

—¡Qué mandais, mi general en jefe?

—¿Sabes tú lo que hacen las señoras?

—Estaban antes en el tocador, pero habían pedido el desayuno.

—Muy bien; diles de mi parte que prolonguen el desayuno todo lo que puedan, porque comerán tarde. Y á nosotros cuatro nos traes una mesa, y que nos sirvan el almuerzo con más carnes y pescados que dulces.

—Ahora mismo.

Algo más tarde se volvieron los cuatro y empezaron á almorzar.

—¿Qué has visto, Flaviano?—le preguntó Julio.

—Va ensanchando la gasa, y lo que es peor, va tomando color, ó mejor dicho, colores.

—¿Qué colores?

—Ceniciento y rojo.

—Buena se prepara.

—Ya os lo dije.

—¿Comienza ya?

—Sí.

—¿Cuánto tardará en presentarse?

—Dos horas.

—¡Qué precisión, Flaviano!

—Así lo dicen las señales.

—Para el que como tú las comprende.

—Puedo aseguraros,—dijo el duque,—que yo nada he visto.

—Ni yo,—añadió Zalla.

—Pronto vereis todos lo mismo que yo.

—El adelanto de este almuerzo no me gusta, hermano.

—¿Por qué?

—Me dice que la función va á durar mucho.

—Es probable.

—Julio, de estos fenómenos desconocemos la causa, móviles de su formación y si adelantamos la noticia de la llegada de él se lo debemos únicamente á algunas señales que suelen ser infalibles.

—Es verdad; en lo relativo á estos cataclismos adelantó hasta ahora muy poco la ciencia.

—Exacto.

—¿Trae mucha agua?

—Sí, torrentes.

—¿Afectará al ya grave estado de esta isla?

—No, su furia se ensaña únicamente con la superficie de los sitios por donde pasa.

—Menos mal.

—Poco almorzais. ¿No teneis gana?

—Poca. La hora...

—¿Os ha impresionado la noticia de la llegada del ciclón?

—No á fe; si algo malo nos amenazara no estaríamos aquí, puesto que has tenido tiempo de sobra para llevarnos á otra parte. Yo estoy tan tranquilo como tu.

—¿Y vos, padre mío?

—Yo los conozco; yendo por el interior de Méjico nos sorprendió uno y lo resistimos en una cueva.

—Es el mejor sitio, señor.

—Estábamos á la puerta de ella, y al concluir nos encontramos casi en un lago.

—¿Y tu, Ricardo?

—Me hallé en ese mismo á que se refiere el señor duque, y estuve estudiándolo con casi todo el cuerpo fuera de la cueva.

—El—añadió el duque—nos enteraba de todo lo que ocurría.

—Este no tiene miedo ni al mismo demonio.

Terminaron su almuerzo y los cuatro se colocaron delante de los anteojos.

La torre estaba dispuesta para que no entrase en ella la atmósfera de la parte de fuera.

Y además de los cuatro anteojos, había en las paredes círculos de cristales dobles colocados de media en media vara y de ocho pulgadas de diámetro.

De este modo podía verse con los cuatro anteojos el Norte, Este, Oeste y Sur, y con las lunas de cristal y la vista humana todo el circuito del horizonte.

No tardaron en presentarse en la torre las cinco damas, el duque de Pastrana, el general Carvajal, el marqués de Abella y Keisko.

—¿Qué se ve, Flaviano?—le preguntó Elvira.

—Horizonte y otras cosas que tu no comprendes.

—¿Me dejas mirar?

—Acércate. ¿Qué ves?

—Espera un poco. Sí, una nube de color de ceniza muy claro y detrás dos negras pequeñitas. Todo esto de frente. A los costados cielo y mar. Oye, Flaviano, ¿trae esa nube cenicienta el ciclón?

—Sí.

—¡Tan pequeña!

—Es muy grande.

—Pues yo la veo chiquita y parece inofensiva.

—La ves á mucha distancia y por eso te parece pequeña.

—Quién había de figurarse que trajera un ciclón.

—Señores—añadió Osorio—antes de dos horas hará aquí un calor sofocante; para que no lo sufrais, os he mandado disponer en la parte más baja del palacio un saloncito en el cual estareis bien mientras dure el ciclón.

—Que se vayan, yo me quedo contigo, Flaviano.

—Y yo. Y yo.

—Y todos, ya lo veo; pero vais á sufrir mucho aquí.

—Toma el anteojo, mira tu, que yo no saco nada de él; cuando esté más cerca esa nube miraré por los cristales que son más anchos.

—Te vas á asustar.

—Yo no soy cobarde.

—Lo veremos.

—Creo como Flaviano, que estareis mejor abajo—replioó el duque de Pastrana.

—Padre mío, las cinco queremos estar junto á Flaviano. Todos los marinos dicen que domina los ciclones.

—Qué disparate.

—Lo dicen, hermano.

—¿Qué saben ellos?

—Todos los que estamos aquí lo creemos.

—Lo siento por vosotras.

—¿Nos querrás decir todo lo que ves?

—Sí.

—A la vez nos explicas algo.

—Muy bien.

Media hora después les decía:

—Con qué rapidez se acerca, viene dejando atrás muchas leguas por hora.

—¿Como cuántas, Flaviano?

—No puedo decírtelo con exactitud; lo menos diez.

Se viene inclinando á S. E. Pronto la verás muy bien, Julio.

—Ya distingo algo. Va ensanchando mucho.

—Eso parece, pero no es verdad. Según se acerca se va viendo mejor su tamaño.

—Julio, ¿no has estudiado la obra que hay manus-

crita en el archivo del convento de tu padre sobre meteoros en la India?

—No.

—En ella aprendí yo mucho.

—Lo comprendo.

—Creo que es el único libro que se ocupa científicamente de estos raros fenómenos.

—También era fácil que dejaras tu de verlo y de estudiarlo.

—Es original de un trinitario que recorrió estos países, regresó á España y falleció en el convento de tu padre. Es uno de los hombres de más ciencia que he conocido. Se adelantó con mucho á su época.

—La gasa, hermano, llega ya en forma de nube.

—Sí, pronto quedará á oscuras la isla y á la vez sentiremos los efectos del ciclón.

Aun continuaron mucho tiempo mirando, pero sin pronunciar frase alguna.

De pronto oyeron un ruido muy grande, viéndose los rostros con la luz artificial, la del sol había desaparecido.

Elvira y Alice se fueron junto á Flaviano una á la derecha y otra á la izquierda.

—¿Qué ruido es ese? dilo por Dios, Flaviano.

—Lo forma el ciclón que es un huracán que se lleva árboles y á veces casas, Elvira.

—¿Sólo se compone de viento ese fenómeno?

—Y de electricidad y de algunas otras cosas.

—¿Y esos relámpagos sin haber tormenta, qué quieren decir?

—Flaviano, tiembla la torre.

—¿Tienes miedo?

—Sí.

—Y yo.

—Y todas.

—Rogelio, llévatelas á la habitación que les tengo preparada abajo.

—No, eso no.

—Flaviano, esto parece el fin del mundo.

—No lo creas. parece un ciclón.

—Que ruido tan espantoso y como tiembla la torre.

—No temas que no se cae.

—No te va á quedar un barco.

—Mal negocio haríamos en el estado en que se halla esta isla.

—Ni un cañón.

—¡Con qué gusto lo sabrán los ingleses, franceses y holandeses!

—¿Qué haremos, Flaviano?

—Estarnos aquí quietos.

—¿Qué va á ser de nosotros?

—Lo que sea de mí.

—¿Y que va á ser de tí?

—Ya lo verás.

—¡Jesús, que estrépito!

—En lo mejor de la función estamos, no te admires.

—¡Vaya una función!

—Muy instructiva, se ve en ella todo el poder de la naturaleza.

—¡María Santísima!

—¿Que es, Elvira?

— Que ya no nos quedan ni un cañón ni un barco. Y lo que es peor, pronto volaremos todos con el palacio.

—Conservamos todos los cañones, todos los barcos y no volaremos ninguno.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Por que están bien asegurados.

—Pero con esa furia...

—Creí que eras más valiente, Elvira.

—Y lo soy; mas este ciclón es muy terrible, Flaviano.

—Es verdad, pero no temas.

—Y todos menos tu se hallan como yo ó peor; míralos, están mudos. Las más valientes somos Alice y yo.

—Buen valor está el vuestro.

—¡Santísima Trinidad! ¡Ahora se han abierto los montes!

—No lo creas, en este fenómeno todo es superficial.

—¡Qué fuerza tan horrible!

—Sí, poderosa, incontrastable.

—Dinos lo que ves, Flaviano. Yo no me atrevo ni á mirar por esos cristales. ¡Qué calor tan intenso!

—Cuanto mejor estarías abajo.

—A tu lado, todos queremos estar junto á tí.

—Sentaos las dos; yo os diré lo que vea y podais comprender vosotros.

—Te obedecemos, pero habla. Esto cada vez se parece más al fin del mundo. No va á quedar un árbol en toda la isla.

—Muchos está arrancando el ciclón.

—Da principio, Flaviano; explícanos primero lo que es esto que presenciamos y luego lo que ves.

—Lo haré con gusto, prescindiendo del tecnicismo que vosotras no comprendeis.

—Eso deseamos, poderlo comprender bien; pero habla muy fuerte, con esto espantoso ruido no se entiende bien.

—Oid: vulgarmente se llama á estos fenómenos huracanes. El huracán es un viento que se desata con gran ímpetu. Arranca árboles; derriba á veces algunas casas y en muchas se lleva los tejados; los hombres no se libertan de su furia, cuando les coge al aire libre sino toman la precaución de echarse de repente al suelo boca abajo, no solo para impedir ser arrollados, sino también para evitar la respiración del viento abrasador, de los efectos de la electricidad y de los miasmas mortíferos que los mataría.

Hay varias clases de huracanes ó torbenillos á que se dan los nombres de prester, typho, vortex, exhydria y ecnephis.

El ecnephis es un viento fuertísimo arrojado por una nube; se presenta en el mar de Etiopía y princi-

palmente hacia el cabo de Buena Esperanza; los marinos le llaman trabador.

El prester produce relámpagos y se cree que es una manga arrastrada por el typho.

La extídica también la trae una nube y se agita acompañada de fuertes aguaceros.

Y el typho ó vertex es el verdadero torbellino. Circula con gran rapidez en todos sentidos, sopla con frecuencia de arriba abajo y con extraordinario ímpetu. Los indios le llaman oracan y los turcos olifaut. Es frecuente en los mares orientales, haciendo peligrosa la navegación.

Los primeros navegantes ignoraban los efectos de estas funestas nubes, que van formándose lentamente para arrojar de pronto la tempestad. Cerca de la costa de Guinea, hay ocasiones en que se desarrollan dos y tres veces al día, y se anuncian por pequeñas nubes negras, lo restante del cielo aparece sereno y la mar tranquila.

Todavía se sienten huracanes más violentos que los expresados, y en los que parece que los vientos llegan de todos lados.

Cuando los vientos contrarios llegan á un tiempo al mismo lugar como á un centro, producen el torbellino; pero cuando hallan la oposición de otros que vencen su acción, entonces giran al rededor de un gran espacio en que reina perpetua calma.

Pues bien, lo que entendemos ahora por ciclones, siendo estos muy fuertes, son el conjunto de todos

esos torbellinos, mezclados ó acompañados del fuego eléctrico, y del agua en torrentes devastadores.

—Pero á éste le falta el agua.

—No tardará en llegar. Ahora sufrimos las consecuencias de los huracanes, mezclados con el fuego; después vendrá el agua, también el fuego y la deshecha tormenta.

—Pero es terrible lo que ocurre, Flaviano, ese espantoso ruido, esa oscuridad, esa fuerza, que arranca los árboles y se los lleva como á ligera paja, y hace temblar estas paredes, aterran, y nos van á llevar á todos.

—No tanto como eso; este palacio se construyó teniendo en cuenta que es visitada por ciclones esta isla.

—¿Y las casas de esos infelices indios?

—También fueron levantadas como este edificio.

—Pero si es que yo creo que no van á poder resistir ni el uno ni las otras.

—Si Dios lo dispone, hasta la isla entera desaparecerá, pero no es lo probable.

—¿Tienes confianza absoluta?

—Sí. Mira por ese cristal.

—¿Qué voy á ver?

—El fuego mezclado con el aire.

—Sí, y con la tierra y con los árboles, arbustos y plantas; todo se lo lleva. Pero ese ruido y temblores son peores que todo.

—Tú, tan valiente en otras ocasiones, ante el ciclón estás muy acobardada.

—Como todos, míralos,

—El caso es grave...

—Gravísimo. ¡María Santísima, qué estampido!

De esta manera continuó el ciclón en su primera parte, en la que podemos llamar seca, para dar principio á la segunda de la que nos vamos á ocupar en el siguiente capítulo.

CAPITULO LXVII

—

Segunda parte del ciclón.—Los torrentes.—Principia la calma en los espacios.—Como queda la isla.

—Flaviano,—exclamó Elvira.—Ahora empieza la tormenta.

—Sí.

—Qué relámpagos tan encendidos.

—Mucho.

—Y qué truenos.

—Tremendos.

—Esto, lo repito, es el fin del mundo.

—No, te has equivocado, es el principio del fin de ese terrible ciclón.

—El cielo se ha convertido en una catarata.

—Formidable, Elvira.

—¿Por qué dices que es el principio del fin?

—Porque acabará con este agua.

—Pues sigue el huracán, el fuego es más vivo, au-

mentó el ruido, los truenos ensordecen y el agua nos va á ahogar á todos si antes no nos lleva el aire, ó nos sepulta entre ruinas ó nos abrasa el fuego.

—A todo eso estamos expuestos Elvira.

—¡Lo confiesas!

—¿Cómo negarlo? Mas es posible que de todo salgamos bien.

—Yo creo que no. Estoy junto á tí y casi no oigo tus frases. ¡Y eres tú el que podías con los ciclones!

—Yo no puedo con nada, Elvira; soy, como tú, una débil criatura sujeta á todas las penalidades de la vida. Mas es posible que hoy salve nuestra escuadra y la existencia de muchos séres humanos.

—No la hagas caso, Flaviano, mi prima está completamente perturbada—dijo Julio.

—¿Y tu, cómo estas?

—Como mi hermano, como Ricardo; veas al último, se ríe de tí.

—El caso es para reir. Vosotros no lo demostrais como nosotras, pero la procesión anda por dentro.

—¿También mi hermano?

—Ese más.

—¡Qué locura!

—Más, porque conoce el peligro mucho mejor que todos.

—Calla, hija mía, no digas disparates,—dijo el duque de Pastrana.

—Padre mío, no puedo, estoy muy nerviosa.

—Déjala que diga lo que quiera,—contestó Flaviano,—no es ella, son sus nervios.

—Tienes razón, Flaviano, siento un temblor y unas ganas de hablar...

—No te contengas. Te voy á distraer con la electricidad. Mirad todos por los cristales de este frente de la torre y por los del ángulo izquierdo. Pronto.

—Ya estamos.

—Fijaos en la cruz con que termina la torre de la capilla.

—Admirable,—exclamaron todos.

—Once luces en un solo brazo.

—Parecen farolitos.

—Ved á la izquierda un hilo que forma otras luces más pequeñas.

—¿Qué es eso, Flaviano?

—Fenómenos que produce la electricidad.

—Lo extraño es que se distingan por entre ese torrente de agua que arrojan las mangas que tenemos encima,—dijo Julio.

—Mangas son, efectivamente, las que arrojan ese diluvio.

—Como duran esas preciosas luces, Flaviano,—añadió Elvira.

—No tardarán en desaparecer. Logré, no obstante, con ellos distraerte.

—Pero no amengua el huracán.

—Ha perdido parte de su fuerza, Elvira.

—No lo noto.

—Porque estás perturbada.

—¿No oyes ese estrépito?

—Como tú, no.

—¿Pues cómo lo oyes?

—Sin el aumento que le conceden tus nervios.

—Como si á lo que oimos y se ve por esos cristales se pudiera aumentar algo.

—Sí, mucho, los nervios son cómplices cuando no autores de la exajeración.

—Vaya unos truenos y relámpagos. ¿Qué es eso nuevo, Flaviano?

—Un rayo, que ha roto la tapia de una parte del palacio.

—¿Ahora vienen los rayos?

—Hace ya tiempo que empezaron á venir. La función es completa.

—El cataclismo, querrás decir.

—Lo que más te agrade.

—¡Cuántos desgraciados habrán muerto ya!

—En tu nerviosa imaginación.

—Estoy segura que no nos queda un barco para regresar.

—Nos quedaremos en esta isla. ¿Te va mal en ella?

—No es posible peor. Buen país está.

—Muy lindo.

—Sí, con volcanes, y con unos ciclones que se parecen al mismo infierno.

—¿Lo has visto?

—¿No lo estoy viendo? ¡Ay, Dios mío, esto no va á concluir nunca!

—No te asustes, es otro rayo que cayó más cerca.

—Al que sigue ahora, le toca caer en esta torre.

—No le llames, Elvira.

—Vendrá sin que yo le llame.

No era sola Elvira la nerviosa, las cinco estaban descoloridas, temblorosas y muy agitadas.

También ellos se habían impresionado bastante. El más afectado era Mendoza, le seguía el duque de Prastrana, después Carvajal, y luego Keisko, Julio y Zalla. Los dos últimos demostraban más valor que los restantes.

Flaviano era el único que no sentía otra cosa que un gran deseo de estudiar el fenómeno que tenia delante.

¿Qué extraño era no sólo el miedo sino hasta la pavura en aquellos terribles momentos?

No basta ser valiente ni tener sangre fría. Nada podían hacer contra el enemigo que les amenazaba, creían perecer todos y el hallarse con los brazos cruzados esperando la muerte acobarda al más valiente.

Flaviano y los dos que les seguían en valor, conocían la ciencia y entretenidos en el estudio que estaban haciendo y dominados por la grandeza del cuadro que se les presentaba poco pensaban que no fuese la admiración de lo que contemplaban.

Pero el mayor temor estaba justificado. El día convertido en la noche más sombría, un huracán que

bramaba con fuerzas y furia indescriptibles, los rayos de la tormenta, los truenos y hasta el diluvio que azotaba la isla sin tregua ni descanso formaban un conjunto horripilante, capaz de imponer al más osado.

Bastaban los ruidos extraños, fuertes y variados para anonadar al temario.

El huracán ciclón no silbaba eran truenos lo que producía y su choque con árboles y edificics parecía formar el eco estrepitoso de sus bramidos.

Llegó el agua que pedía Osorio y cuando la tormenta hubo descargado todos sus rayos y centellas y una gran parte del agua de sus mangas, comenzó á ceder el todo del ciclón.

En esos momentos preguntaba Flaviano:

—¿Te has quedado muda, Elvira?

—No, gracias á Dios.

—Como ya no dices nada.

—No me conviene.

—¿Por qué?

—Era contra mí.

—Habla, hija, aún cuando sea contra tí.

—Te vas á reir.

—¿Qué importa eso?

—Pues digo que eres un sabio y yo una tonta.

—No es cierto lo uno ni lo otro.

—Las dos cosas. ¿Quieres que pregunte á todos estos señores?

—No, gracias.

—¿Por qué eres tu tonta?

—Porque el ciclón se retira y nada nos ha ocurrido.

—¿Y el susto?

—Ese fué muy grande, pero va pasando y ya queda poco.

—¡Cuántos infelices habrán perecido y cuántos barcos se habrán estrellado!

—Puede que ninguno.

—¿En qué te fundas?

—En lo que antes dijistes.

—Y ahora que opinas, ¿domino los ciclones ó soy víctima de ellos?

—Mas propio es decir, que paras sus efectos con talento que solo tú tienes.

—¿Qué los paro?

—Los eludes y hasta te burlas de ellos.

—¿Pero no estaba yo también asustado?

—Oye, Flaviano, hazme el favor de no recordar los disparates que dije cuando estaba nerviosa.

—Los olvido. ¿Y vos, madre mía, habeis sufrido mucho?

—Bastante, hijo mío.

—¿Y vosotras tres?

—Algo, —dijo Luisa.

—Mucho,—añadieron Alice y Líbana.

—¿Y tú, Rogelio, cómo te encuentras?

—Ya estoy bien, hermano, pero confieso que me sentí mal.

—No es extraño; el fenómeno que hemos presen-

ciado es de lo más terrible y grandioso que puede contemplarse.

—¡Grandioso dice!

—Para mi sublime.

—Para mí horroroso.

—¿Se hunde ó no el palacio, Elvira?

—No y tienes razón, está hecho á prueba de ciclones. En particular esta torre que yo estaba persuadida que volaba con todos nosotros.

—Fué en la que más me fijé porque me iba en ello la vida.

—Mucho es, porque eres capaz de irte á estudiar el ciclón encima de esos montes.

—Allí no, porque pronto me hubiera arrastrado el viento, pero á la Gruta del Diablo, sí, en el caso de no tener esta torre que era para mí el mejor punto.

—Que falta ahora, Flaviano.

—Que concluya de llover y veamos los extragos del ciclón.

—¿Se podrán ver desde aquí?

—Desde ninguna parte mejor.

—¿Cuánto tardará aun?

—Menos de una hora.

—¿Y quedará el día sereno?

—Sí.

—¿Y luego?

—Seguirá un tiempo bonancible.

Poco á poco fué cesando el aire, no tardando mucho más en dejar de llover.

Duró el ciclón cinco horas, es decir que á las cuatro de la tarde había terminado el terrible fenómeno.

El sol extendía ya sus dorados rayos y la calma era completa.

Flaviano miró con el anteojo en todas direcciones, exclamando:

—Hizo el huracán algunos destrozos, pero no tanto como en un principio demostraba. Aun se presenta la isla convertida en laguna; se tardarán algunos días en dejarla como estaba, exceptuando las pérdidas sufridas.

—¿Dónde va esa agua que corre?—le preguntó Elvira

—Al mar y á los sitios más bajos.

—Por algunos parajes las corrientes forman canales.

—Canales son aun cuando de corta duración.

—Cuanto árbol y cuanta planta arrancados de cuajo y llevados hacia el Norte. Pobre isla, ha sufrido una batalla y el enemigo la asoló.

—No tanto, Elvira, pero la dejó bastante mal.

—¿Cuando vas á reconocerla?

—Cuando pueda, hija mía; todavía hay muchos sitios en que se presenta más de dos varas de agua.

—¿Se irá yendo toda poco á poco?

—La que no se vaya la echarán y si alguna quedase se evaporará.

—¿Y con todos esos árboles qué van á hacer?

—Los que estorben quitarlos del paso y los que no dejarlos en los sitios en que están.

—Eso es.

—Señores, si lo teneis á bien vamos á comer. Desde aquí al muelle se puede ir bien á caballo y deseo reconocer el dique antes que llegue la noche.

—Vamos,—contestaron todos y se fueron al comedor.

Una hora después salían á caballo en dirección del muelle Flaviano, Julio, Zalla y tres criados.

Uno de los últimos se dirigió al dique mandando llevar la falúa de Flaviano al muelle.

El agua continuaba corriendo, llevando por algunos sitios más de media vara de altura; cuando ya estaban cerca encontraron una muralla de arbustos, plantas y flores que les impedían el paso.

Los criados les abrieron el paso llegando por fin al muelle donde les esperaba la falúa.

Los tres saltaron á ella dejando los caballos á los criados.

Nuestros amigos entraron en el dique y Flaviano fué reconociendo barco por barco.

Al llegar al navío que mandaba Fajardo, preguntó á éste.

—¿Qué ha ocurrido por aquí?

—Ya lo veis, señor, casi nada. Se llevó el ciclón una asta bandera, dos puertas y derribó un terraplén del Norte.

—¿Nada más?

—No, señor.

—Y en los barcos, ¿qué aconteció?

—Se siguieron todas vuestras instrucciones y no tenemos que lamentar desgracia alguna.

—Es decir, que solo hubo tres ó cuatro descuidos, ¿es eso?

—Sí, señor. ¿Y en el palacio, mi almirante?

—Nada.

—El susto de las señoras.

—Y el de los hombres, pero de ninguno tengo queja. Para lo que han presenciado ó sentido no estuvieron mal.

—Así debió suceder estando vos allí. ¿Y en el pueblo?

—He visto al pasar hierros torcidos, balcones arrancados y todas las chimeneas por tierra.

—No es mucho.

—Estaban prevenidos y por eso no ocurrió más.

—¡Qué acierto, qué adivinación...!

—Fajardo, el ciclón ha concluído, desde mañana, vuelva todo á su estado normal. Pueden continuar la reparación y carena de los barcos, que anclen en la bahía los restantes y saquen fuera los botes y lanchas.

—Muy bien, mi almirante.

—¿Sucedió algo á los cañones de las baterías?

—A pesar de lo furioso del huracán ninguno se ha movido.

—Que les quiten las cadenas y los dejen como se hallaban anteriormente. Os repito que debe volver iodo á su estado normal. Por algún tiempo está asegurada la calma.

Se despidió Flaviano continuando su reconocimiento.

—Al llegar al navío Reina Margarita preguntó á su comandante:

—¿Cómo os encontrais, conde amigo?

—Perfectamente, señor.

—¿Os acabásteis de curar?

—Salí de la Gruta del Diablo en el más perfecto estado.

—¿Ocurrió algo en este navío?

—Tuve que mandar á un calabozo á cinco ó seis cobardes.

—Alba, los hombres de más corazón suelen amilanarse ante esos cataclismos de la naturaleza. Yo os ruego que los perdoneis, dejándolos en libertad.

—Mi almirante, aquí sois el mismo rey. En el acto quedarán en libertad; lo iba á hacer después, pero hablásteis vos y será en este mismo instante.

Y lo ordenó así.

Flaviano le dió las gracias y continuó el reconocimiento.

Lo concluyó cerca de anochecido, regresando al palacio minutos después.

El agua continuaba corriendo, los árboles obstruyendo el paso y montones de barro y de lodo se interponían en varios puntos de la isla.

Flaviano, Julio y Zalla entraron en el salón donde estaban las señoras, sus padres y amigos.

Contra su costumbre se hallaba allí el príncipe de Italia.

Al llegar Flaviano le preguntó:

—¿Has estado en la bahía, Flaviano?

—De allí vengo, señor.

—¿Qué ocurrió en el dique, en las baterías y en el muelle?

—Nada de particular.

—Qué asombro, hijo mío. ¿Y en el pueblo?

—Poca cosa, hierros torcidos, puertas arrancadas y todas las chimeneas volaron. Casi nada.

—Flaviano, han caido en la isla más de doscientas exhalaciones.

—Muchas más, señor.

—Y no conozco caso alguno en que el viento haya desplegado más fuerza y furor.

—Verdad es.

—¡Y no ha ocurrido una sola desgracia!

—Suerte, padre mío.

—Y tienes escuadra, cañones y edificios.

—Lo repito, señor, suerte.

—Tu modestia te hace faltar á la verdad.

—Digo lo que creo.

—Sin tus acertadas disposiciones hubieran muerto muchas personas y España habría perdido hoy aquí bastantes millones.

—No tiene mérito alguno lo que yo ordené.

—Mas que cuanto hicimos en toda nuestra vida los seis llamados invencibles.

—No opina eso vuestra sobrina Elvira; esa me hizo justicia esta mañana.

—¿Qué dijo?

—La verdad, que yo no podía dominar los ciclones.

—Tío, dije ese y otros disparates cuando me hallaba perturbada y tan nerviosa que hasta el grave Flaviano se reía de mí.

—Tenías razón, Elvira, nuestro amado Flaviano no puede dominar los huracanes, pero sí contener sus efectos y evitar los mayores estragos.

—Eso mismo dije yo después, tío.

—¡Qué sabiduría la suya, qué acierto, qué prevención tan admirable! Flaviano, tu grandeza se sobrepone á los elogios y á cuanto el hombre puede decir de ella.

—Padre mío, ni me es posible desmentiros ni aceptar vuestras ideas. ¿Queréis que hablemos de otra cosa?

—No.

—¡Muy bien!—exclamaron todos muy conformes con la negativa del religioso. Este continuó:

—He visto en el mundo talentos, sabidurías, hechos gloriosos, acciones que llegaron á lo sublime, pero quedó todo muy debajo de lo que tú has hecho hoy.

Alice interrumpió al santo con las siguientes frases:

—Te digo, Flaviano, que me dejes oir al venerable príncipe de Italia.

—Muy bien dicho,—añadió Elvira,—si él no quiere escucharlo que se tape los oidos.

Continuaron hablando de ese modo hasta que llegó la hora de cenar.

El sabio religioso hacía justicia á su hijo adoptivo. Tan grande como fué el fenómeno de aquel día lo era Flaviano en la sociedad en que vivió. Sin él, ¿qué hubiera sido de España en aquella época?

Terminada la cena todos se retiraron á descansar.

Flaviano iba cabizbajo y malhumorado por las frases que acababa de oir.

Su modestia se sublevaba contra los continuos y merecidos elogios que escuchaba.

CAPITULO LXVIIl

El reconocimiento de la Isla.—Los estragos.—La suerte apoyando la sabiduría.

Flaviano se retiró temprano á su dormitorio para levantarse al ser de día.

También Julio abrió los ojos, y notando que vestían á su hermano, le dijo:

—Mucho madrugas, Flaviano.

—Te creía dormido, Julio.

—¿Quieres hacerme un favor?

—Si puedo, con mucho gusto.

—¿Vas á reconocer la isla?

—Sí.

—Déjame que te acompañe.

—¿Qué deseas ver, hermano?

—Nada, solo quiero acompañarte.

—Por mí, con mucho gusto, ¿pero quién se queda en mi lugar?

—Vas á estar todo el día ausente.

—Sí.

—¿Nos amenaza algún peligro venido de fuera de la isla?

—¿Quién sabe eso? Estamos como al frente del enemigo.

—Bueno, hombre, me quedaré.

Flaviano, Mendoza y Zalla montaron á caballo, y seguidos de sus tres criados, salieron del palacio muy poco después de haber amanecido.

Delante de ellos iban treinta zapadores abriendo camino, pues éste se hallaba interceptado por los árboles que había arrancado el ciclón en muchos sitios, por el lodo y el agua.

Se dirigieron á la Gruta del Diablo.

Delante de los zapadores iba un teniente dirigiendo las operaciones.

Flaviano llevaba su anteojo, y se detenía en todas las alturas para estudiar los estragos hechos en la isla por el huracán.

Aun corría el agua por muchos sitios, y en otros cruzaban los caballos por charcos, en donde había más de una cuarta.

Por donde les era posible iban á buen paso; pero hasta tuvieron que detenerse obligados por la necesidad.

Entre varios árboles había uno secular arrancado por el ciclón, el cual obstruía el camino.

Allí estaban los treinta zapadores, luchando con

aquel mónstruo de la vejetación tropical. Su tamaño era inmenso y extraordinario su ramaje.

—No es eso,—exclamó Mendoza al ver lo que estaban haciendo los zapadores para retirar el árbol del camino,—esperad un poco, añadió.

Y echando pie á tierra mandó que atasen una maroma á un extremo del tronco, diciéndoles:

—Por esa dirección no podeis sacarlo. Por esta otra sí. Tirad todos.

Así lo hicieron; pero el árbol no se movió.

Entonces nuestro gigante cogió el extremo de la maroma, gritándoles:

—Tirad todos á la vez.

Y haciendo él un esfuerzo, tiró tambien, arrastrando el árbol fuera del camino.

Hubo momento en que Mendoza llevaba el árbol y á varios zapadores.

Flaviano sonrió al ver lo que el general había hecho y los zapadores exclamaron sin excepción:

—Su fuerza es un prodigio.

El árbol quedó donde Mendoza y los zapadores lo arrastraron, y todos continuaron adelante, yendo primero los zapadores, y detrás Flaviano y su comitiva.

Dos veces más tuvo el atleta que repetir la misma operación, hasta llegar á la Gruta del Diablo.

Echaron pie á tierra, el héroe dió varias órdenes al teniente de zapadores, partieron éstos, y seguido aquel de Zalla y Mendoza, bajaron hasta llegar al

torno, donde trabajaban los zapadores, que quedaron allí al terminar su reconocimiento.

Los tres descendieron por el torno, hallando al capitán que Osorio había encargado la dirección de aquellas obras.

—¿Qué ha ocurrido ayer por aquí? —preguntó Flaviano.

—Casi nada, mi general en jefe. Durante el huracán, aquí se oyó poco, cuando empezó el torrente que la tormenta arrojaba, cayó agua en escasa cantidad. Ni un solo momento se han interrumpido las obras.

—¿Teneis todo lo necesario para la vida y para terminar ese importante trabajo?

—Sí, señor, el ciclón me dió tiempo bastante para proveerme de todo, y poder cumplir vuestras instrucciones sin paralización alguna.

—¿Teneis bastante pedernal?

—De sobra.

—¿Camas?

—Sí, señor.

—¿Herramientas?

—Las neceearias.

—¿Alimentación?

—Bastante, y como hay personal suficiente, mandaré renovar cuando sea preciso.

—¿Qué oísteis en esas bóvedas durante el ciclón?

—Nada.

—Así lo creí; están á muchas varas de profundidad y el fenómeno era superficial.

—Cierto, señor.

—¿Qué necesitais?

—Nada.

—Daos prisa y concluid, pero anteponiendo la seguridad de las obras á la brevedad.

Flaviano, Mendoza y Zalla se despidieron del capitán y subieron.

El héroe iba cogido al brazo del marqués.

Por el camino le decía éste:

—Pero hombre, siempre ha de resultar lo que tú anuncias.

—¿Por qué dices eso?

—Dijiste que aquí no iba á suceder nada, y nada ocurrió.

—Si las señoras hubieran estado aquí no se asustan nada.

—Se me ocurrió, Rogelio, pero me iban á obligar á que me quedara con ellas, y entonces me hubiera sido imposible hacer el estudio del ciclón que me era indispensable.

—En aquella torre donde estuvimos pudieron perecer.

—No; el palacio y la torre son tan fuertes como estos muros. Solo se hubieran evitado el susto.

—Que no fué pequeño.

—Más grande es mi estudio.

—¿Sabes qué hora es, Flaviano?

—Sí, las once. ¿Tienes ya gana de comer?

—Sí, pero me parece pronto.

—No lo haremos hasta llegar al primer volcán.

—¡Cinco leguas!

—Sí.

—Estará el camino malo.

—Mejor que el anterior.

—¿Iremos de prisita?

—Todo lo que se pueda.

En cuanto llegaron á donde estaban sus criados, montaron á caballo, continuando su camino en dirección del monte.

Según se acercaban á la costa, tenían menos agua y entorpecimiento, los zapadores que iban delante, dejaban expedito el camino.

Daban algunos rodeos para huir de los charcos, sin dejar por eso de trotar.

A la mitad del camino hallaron á los zapadores, pero ya estaban en la costa, la vejetación era escasa y los adelantaron para continuar más brevemente.

Dando rodeos y saltando por algunos sitios peligrosos, unos tras de otros y yendo el héroe delante, llegaron al pié del volcán por donde bajaron á hacer el reconocimiento que conocemos á las dos y media.

Flaviano hechó pie á tierra diciendo:

—Pérez, desensillad los caballos y que pasten, luego dispones la comida en la sombra que proyecta el monte en aquella ladera. Rogelio, dirige á los criados en los preparativos de la comida. Ricardo, sígueme.

—Flaviano,—le dijo el gigante con sentimiento,—que son las tres y estoy desfallecido; no tardes.

—Tu reloj corre mucho, hermano, el mío que anda como el sol tiene las dos y media. No tardaremos en bajar. Toma algo ínterin regresamos.

Y subieron hasta el crater.

—Mira, Ricardo,—le dijo el héroe,—ni aun las consecuencias de los torrentes se notan en este volcán.

—Cierto, señor.

—Mientras yo estudio la isla baja doscientos metros y veas si algo ha ocurrido en esa profundidad. Lo creo inútil, pero bueno es asegurarse.

Sacó su anteojo y desde lo más elevado del monte comenzó á mirar de frente y á derecha é izquierda.

Así permaneció hasta oir la voz de Zalla que le decía:

—Señor, bajé hasta donde la luz del día me lo permitió y nada ha ocurrido allí. El ciclón no produjo efecto alguno.

—Estaba seguro, pero ahora lo estoy más. ¡Por Santiago que son más de las tres y Rogelio estará desesperado! Bajemos.

—Teneis, señor, razón, preparaos para oirlo al llegar. Hoy se ahoga con alguna pechuga.

—Ya lo evitaremos.

—¿Habrá agua allí?

—Sí, la hay en todas partes de la isla.

Bajaron á buen paso hallando á Mendoza que paseaba por cerca de una mesita como la que usa-

ron en las entrañas de la tierra tenía Pérez preparada. La rodeaban tres asientos, compañeros de la mesa.

—¿Has comido, Rogelio?—le preguntó Flaviano.

—No, hombre, me he desesperado, nada más.

—Pues si era por falta de manjares vas á curarte.

—Empiezo con esta pechuga.

—Ten cuidado no ahogarte.

—No.

—Esos pedazos son demasiado grandes, hazlos más pequeños.

—Los dejaré á la mitad.

—Tritura bien, hermano.

—Lo haré.

—De lo contrario entero á Luisa.

—No te daré motivo.

—Te lo exijo.

En la forma que el héroe le había encargado se comió Mendoza una pechuga de pato, dos pescados regulares, medio pastel de unas aves parecidas á nuestras chochas y un trozo de embutido. De postres tomó frutas y dulces en poca cantidad; ya no tenía ganas.

Para ayudar á la digestión de aquella magna comida, se bebió un cuartillo de jerez y dos de agua.

Comieron los criados y ensillaron, montando los seis á caballo sin dilación alguna.

Eran más de las cuatro cuando abandonaron el monte, corriendo donde podían en dirección del palacio.

Unas veces galopaban, otras iban al trote y solo cuando cruzaban sobre charcos andaban al paso.

Los zapadores estaban ya concluyendo su primer trabajo cuando ellos abandonaron el monte. Así es que hallaron ya el camino expedito. Solo tuvieron el estorbo del agua en algunos parages.

De aquel modo llegaron al palacio poco después de las diez de la noche.

Los caballos iban cubiertos de espuma y muy fatigados.

Solo su buena sangre los sostuvo en un regreso tan rápido y penoso que debió haber reventado á alguno.

Regresaban además llenos de lodo y bastante mojados, por cuya causa tuvieron que cambiar de ropa antes de entrar en el comedor donde les esperaban sus compañeros, al cual se habían trasladado en el momento que les anunciaron la llegada del héroe y comitiva.

Fatigados iban también los seis y con más gana de descansar que de comer, con la excepción de Mendoza.

CAPITULO LXIX

Las explicaciones del héroe.—Otro diálogo.—La mayor actividad.—Preparativos para lo futuro.

Por fin entraron en el comedor nuestros tres amigos, fijándose todos en Flaviano con interés.

—Vienes fatigado, hijo mío, —le dijo la duquesa de los Andes.

—Algo, pero no mucho.

—¿Corrísteis demasiado?

—Cuanto pudieron los potros y nos permitió el camino.

—¿Pndísteis llegar á la Gruta?

—Sí, y bajamos hasta el último fondo.

—Fué demasiado, Flaviano.

—Eso es poco, madre mía.

—¿Cómo poco?

—Claro es, llegamos hasta el cráter de uno de los volcanes del centro.

—¡Toda la isla has atravesado!

—Toda.

—Eso es tirar á matarse, Flaviano.

—Ya veis que nada me ha sucedido.

—Con gran exposición á reventar el caballo y quedarte en medio del camino.

—Tampoco sucedió eso, ya lo veis. En cuanto á quedarme á la mitad del camino que conteste Rogelio.

—Lo cojo, me lo hecho al hombro y llego aquí con él.

—Son disparates, Flaviano.

—Unas veces héroe, otras torpe; lo que vos querais, madre mía.

—Ahora me sobra razón.

—Alguna vez la habíais de tener. Siquiera cuando me llamais torpe.

—Menos ahora que nunca, hijo,— exclamó el duque del Imperio.—Lo que has hecho hoy lo hicieron también cinco hombres más y la torpeza hubiera sido no hacerlo, puesto que tú sabías que nada malo iba á ocurrir.

—Lo siento, madre mía, pero nada puedo argüir contra mi padre.

—¿Pero tú estabas seguro de lo que iba á suceder?

—Segurísimo.

—¿En qué fundas esa seguridad?

—En que conozco la sangre de los seis caballos que hemos llevado y la resistencia de los ginetes.

—Y el estado de la isla, ¿lo conocías?

—Sí, señora.

—¿Quién te lo dijo?

—Mi anteojo y cálculo.

—Con estos héroes no se puede hablar, siempre tienen razón. Vienes encendido, fatigado, casi jadeante y dices que no te ha sucedido nada.

—Busquemos una imparcialidad, madre mía. ¿Cómo regreso, Elvira?

—Con un caudal de noticias que nos darás al concluir la cena.

—No es eso, físicamente.

—Flaviano, yo no puedo hacer oposición á la señora duquesa.

—¿Qué opinas tú, Alice?

—Al llegar me pareció que estabas muy cansado, ya no.

—¿Lo oís, madre mía?

—Es que los tienes ganados á todos, hasta el santo siempre te da la razón.

—Pues ese jamás faltó á la verdad. Vedlo qué grave y venerable llega. Aquí, padre mío, á mi lado. ¿Venís á cenar conmigo?

—No, incomparable hijo, ayuno hoy y ya hice colación, deseo únicamente me enteres del estado de la isla.

—La he cruzado y desde el crater vi con mi anteojo lo que la vista no alcanzó. Puedo en consecuencia complaceros.

—Ya suponía yo que no te quedarías en la Gruta.

—Lo oís, madre mía.

—Ya te dije que lo tenías ganado también.

—Me complace participaros que al santo no lo gana otra cosa que la verdad.

—Y tu, hijo mío, mi hermano Julio está enamorado de tí.

—¿Vos no?

—No me conviene hablar contigo, Flaviano.

—¡Y yo que creia que no deseábais otra cosa!

—Ahora te equivocas.

—Como siempre,—le dijo el príncipe de Italia.

—¿Lo oyes, hijo? hay que ponerse de tu parte ó hasta el santo se me pone de frente.

Continuaron cenando.

Cuando hubieron terminado se fueron al salón de tertulia.

Flaviano tendió una mirada sobre ellos, y comprendiendo que todos estaban pendientes de sus labios les dijo:

—Señores, algo grave ha ocurrido en la isla, sitios hay en que el huracán y los torrentes hicieron grandes destrozos; el monte que está al Norte, contiene en su cordillera baja una cantidad inmensa de árboles, arbustos y plantas. Jamás sufrió esta isla un ciclón tan fuerte. Pero hemos de estar poco en ella, su vida es además muy corta y puede decirse lo que César: "Figúrense todos que no ha pasado nada."

—¡Nada! Y parecía el fin del mundo.

—Pues no ha sido ni el de la isla Líbana.

—¿Por qué se fueron los árboles, arbustos y plantas hacia el Norte?

—Por que si bien al principio los vientos eran encontrados y los remolinos grandes, dirigiéndose de arriba abajo, terminó con un furioso Sur que todo lo empujó al Norte.

—¡Cuántos árboles, arbustos y plantas habrá arrancado el huracán!

—Os daré un aproximado. Pasan de mil entre árboles y arbustos, plantas las ha barrido casi todas.

—¿Es menos de lo que yo creía? ¿Y las plantaciones que se hicieron por iniciativa tuya?

—Señor, tuve en cuenta que podía ocurrir lo que sucedió ayer. y si bien las plantas, los trigos, por ejemplo, los ha tendido, no destrozó nada que pudiera quedar inservible.

—¡Lo tuve en cuenta, siempre esa frase en tus labios! Si todo lo tienes en cuenta, ¿á qué referir este ó el otro caso?

—Señor.

—Es inútil. Deduzco de la explicación, que podemos continuar en esta isla sin inconveniente alguno; ¿es eso?

—Sí, señor.

—Y que conoces bien todo lo ocurrido en ella.

—Yo todo; lo sabía, pero hoy me he asegurado más.

—¿Y el interior de los volcanes?

—Padre mío, sabeis mejor que yo que el fenómeno no pudo influir en el interior de la tierra.

—Sí, lo había supuesto, pero mejor que tú no lo sabe nadie.

—Me duele contradeciros, porque vos, señor, sois un sabio y un santo, pero no puedo aceptar la idea de que lo habreis supuesto; como á mí os dijo la ciencia, que los ciclones y toda clase de huracanes y tormentas, son males que atacan á la superficie del globo, en manera alguna á la parte interior, fuera del rayo que profundiza algo.

—¿Y la Gruta?

—Bajé hasta lo más profundo, y continúan trabajando con inteligencia y energía.

—Mucho hiciste hoy, hijo.

—Más fué ayer.

—¿Estudiando el ciclón?

—Sí, señor, es uno de los más terribles que ha presenciado la humanidad.

—Tan cierto es, que sin tu precaución al mandar levantar desde el palacio hasta la más mísera casa de ese pueblecito, y desde la elección de sitio y terrenos para la edificación y la siembra, perecen ayer millares de personas, y no nos queda un albergue, ni un barco, ni un grano de trigo guardado, ni en la planta que lo produce. Es decir, que nos hubiésemos quedado en una isla sin salida para ninguna parte, y sin tener que comer. En una isla herida de muerte y envidiando los que sobrevivieran á los que habían sucumbido.

—Ya hubiéramos hecho un barco, señor.

—¿Con qué herramientas?

—Con los que forjásemos del excelente mineral de hierro que hay en estos montes.

—Hubiéramos tenido tiempo.

—Eso lo sabe Dios únicamente.

—Pues á tí te lo debemos todo.

—A la Providencia, señor.

—Todo á Dios, es cierto, pero tanto á tí que no hay frases con que expresarlo.

Y se levantó, besó la frente del héroe como de costumbre y se fué lentamente sin expresar más frases.

Flaviano lo acompañó hasta su celda, allí besó su mano y dándole un abrazo exclamó:

—De parte de mi amado Alberto.

Y desapareció.

El religioso quedó como anonadado.

Su calma y tranquilidad cambiaron de pronto gritando:

—Flaviano, hijo mío, ¿cuándo te dió mi padre ese abrazo? ¡Pero no me oye! Flaviano, Flaviano.

Y corrió tras él sin lograr darle alcance.

De pronto se detuvo murmurando:

—No me lo dirá. Cumplió el encargo y se fué con su secreto que no revelará á nadie. Feliz él que lo vé, lo oye... Padre mío, voy á Dios, inspirarme y acordaos de vuestro hijo y nieto. En cuanto á Flaviano tiene en su espíritu de sobra para valer más que todos nosotros juntos.

Entró en su celda y cayó de rodillas ante un Crucifijo comenzando á orar.

Osorio se fué con su hermano al dormitorio y cuando ya estaban solos y en cama dijo Julio á su compañero:

—¿Cuándo se celebran esas bodas, Flaviano?

—Ya no hay nada que las impida. Puesto que conoces el programa de la fiesta lo mismo que yo, tú te encargarás de activarlo todo mientras yo lo hago de los barcos y de los ingleses. Después que esos enlaces se realicen y hayamos librado la gran batalla á que nos han de provocar ingleses, franceses y alemanes regresaremos á España.

—Tienes razón, á descansar que bien lo hemos ganado.

—Te haces ilusiones, Julio.

—¿Por qué?

—¿Crees por ventura que la patria y el rey nos van á dejar descansar?

—Por fuerza, en particular á tí que has trabajado lo indecible.

—No me lo permitirán, Julio.

—Yo le diré al rey mi primo lo que has hecho y lo injusto que sería obligarte á hacer más.

—Sabe él todo lo que hemos hecho, y su deseo sería dejarnos en paz. ¿Pero cómo habíamos de abandonar á España cuando tantas naciones se coaligan contra ella?

—Es verdad, por la patria habremos de dar hasta nuestras vidas.

—Todo por ella y para ella.

—Qué porvenir nos espera, Flaviano.

—Lo mismo me dá.

—¿Recien casado y te es igual?

—Sí.

—¿Y las venturas que te ofrece un ángel tan bello, puro y casto como Alice, no te dicen nada?

—Son ráfagas de un placer tan fugaz, como el relámpago. No me satisfacen por completo, Julio.

—¿Qué te satisface á tí en el mundo, Flaviano?

—Por completo, nada; parece que estoy aquí de prestado y que todo cuanto trabajo me ha de ser recompensado en otra parte.

—Esa fué siempre la idea constante de mi abuelo.

—Sí, del gran Alberto, del incomparable Silva.

—¿Incomparable viviendo mi padre?

—Sí.

—¿Qué dices, hermano?

—Que no obstante lo mucho que valeis, supone él mucho más que tu padre y tú juntos.

—¡Más que los dos!

—Mucho más.

—¿Cómo sabes tú eso, Flaviano?

—¡Ah, eso no puedo yo decírtelo, ni lo creerías si te lo dijera!

—Tú nunca has mentido, hermano, todo lo que te oí lo he creido y todo seguiré creyéndolo.

—Menos eso.

—Te juro...

—No, no jures, porque ni tú lo creerías ni yo te lo puedo decir.

—Sea lo último, y puesto que tan rendido estás te dejo dormir.

—Sí, es mi único goce, porque sueño, recuerdo después lo que he soñado y soy feliz.

Julio le miraba ahora con asombro.

Flaviano se había quedado dormido, y al poco tiempo brilló en sus labios una dulce sonrisa que al príncipe le era desconocida.

—¡Qué hombre tan extraordinario! —se decía en estos momentos, fijo en el rostro de su hermano adoptivo.—¿Qué sonrisa es esa? Jamás la vi igual. Brilla en su rostro la felicidad, la dicha, dicha y felicidad que no hallo en el mundo. ¡Qué es esto, santo Dios!

En este instante se abrió la puerta de la alcoba, presentándose el príncipe de Italia sin hacer ruido alguno. Vió que su hijo Julio estaba despierto y se llenó el índice á los labios, pidiéndole silencio.

Estaba ahora de pie junto á la cama de Flaviano. Vió que éste tenía un brazo fuera de las sábanas, y sentándose en un sillón, le cogió la mano con mucho cuidado, quedándose con ella.

Julio los miraba absorto.

Minutos después, con voz dulcísima murmuraba Flaviano:

—Si, Alberto, los infelices temían el ciclón inclusos tu hijo y nieto, y la mayoría lo creían producto de la ira de Dios... qué blasfemia, como si el sublime

Dios pudiera tener ira ni nada de lo que tienen los hombres. Yo no tuve miedo alguno, vi en él un fenómeno digno de estudio, lo examiné cuanto pude, y ahora hablo de él contigo para que me saques de los errores que pueda abrigar...

Me complace no estar en ninguno. ¡Qué grande es Dios y qué inmenso su poder! ¡Cuánto mundo hechos todos por su sola voluntad, por su sola grandeza y sabiduría! ¡Qué pequeño fuistes en esa esfera, Alberto, qué pequeño soy y que chicos son todos! ¡Allí qué grandes son, qué eminencias tan admirables! Iremos, si, vamos teniéndolo ganado y Dios hizo todas esas venturas y felicidades para sus hijos. Vamos á ellos, Alberto, vamos.

Y cerró sus labios para no volverlos á abrir en toda la noche.

Todavía le contempló cinco minutos el príncipe, dejó su mano y volviéndose á Julio le dijo:

—Julio, si ellos son pequeños ¿qué seremos nosotros?

Y se fué lentamente, dejando la puerta como la halló.

A la mañana siguiente todo era animación y vida en la isla. Los indios componían sus casas, dirigidos por un maestro. Los zapadores, unos trabajaban en la gruta y otros en el resto de la isla, quitanda estorbos y desecándola. Y en el muelle, el dique y la bahía todos trabajaban, cantando unos y bendiciendo otros al héroe que los salvó de los efectos del ciclón.

Sólo andaba cabizbajo y triste Julio; se decía de continuo:

—¡Qué frases aquellas, qué frases!

Y se detenía, volviendo á murmurar:

—Si esos ignorantes que no creen en el más allá hubiesen oido á mi hermano Osorio, y en aquellos momentos vieran su hermoso rostro, sombreado de un color indefinible, con sus labios que parecían de fuego y su cutis de alabastro, creerían en lo desconocido, creerían en la grandeza de un Dios, que sublimiza cuanto hace.

Y andaba de nuevo, sin dejar de meditar en el sueño de Flaviano.



CAPITULO LXX

El héroe y el gigante.—El padre y el hijo.—Los amores de un héroe.—Un novio que no es celoso.

No madrugó mucho el héroe en este día. El cansancio del día anterior lo retuvo hasta las ocho de la mañana.

Entró en su despacho y en él halló al marqués de Abella que le estaba esperando.

—Mucho has madrugado, Rogelio,—le dijo.—¿Por qué te has levantado tan pronto? Siéntate aquí, á mi lado.

—No he dormido mucho esta noche, Flaviano.

—¿Qué te ocurre, estás enfermo?

—No te alarmes, que no es enfermedad física, es moral.

—¿Te ha reprendido Luisa?

—No, ese ángel no me reprende jamás, me aconseja y me ama. ¡Lo oyes, hermano? Me ama mucho.

—No me dices nada nuevo, Rogelio, si yo no estuviese persuadido que os amábais los dos y de que podeis ser felices no autorizaría vuestra boda.

—Muy bien, hermano, y ya que con esa franqueza me hablas te diré con la misma que si para casarse es preciso el mucho amor, tu no debes casarte.

—¿Por qué, Rogelio?

—Porque tú quieres bastante á Alice, hiciste mucho por ella y la tratas con una dulzura que encanta, pero no la amas.

—Es que el amor es el principio del delirio y yo necesito estar muy cuerdo.

—Puede, hermano, yo creo que algunas veces estoy loco.

—Juzga tu si me dieran á mi algunos de esos vértigos que te dan á tí cuando mando una batalla ó tomo medidas para libraros de los efectos de los ciclones ó de cosas análogas, ¿qué sucedería?

—Que todos pereceríamos. Por eso dice ella cuando de eso le hablan, que vale más tu cariño que el amor de seis hombres.

—¿Crees ó no que puedo casarme? Con franqueza.

—Sí, y entiendo que harás á esa criatura, á ese ángel tan dulce, bello, tan ideal, la mujer más feliz de la tierra.

—La he acostumbrado á estar poco tiempo cerca de ella, á solo mi cariño, y de ese modo no echará nada de menos. Sepamos ahora qué deseas de mí.

—Te lo voy á decir. Yo debo dotar á Luisa, ¿no es eso?

—No es obligatorio, porque no eres viudo y ella es además rica, pero si tienes empeño la dotas.

—¿Qué te parece á tí?

—Que siendo los dos ricos no conduce á nada esa dote.

—Con qué facilidad has resuelto la cuestión y yo no he podido aún quitándome el sueño. ¿Cuándo se efectuarán las bodas?

—Muy pronto, en el momento que Julio acabe los preparativos.

—Bien me lo has hecho desear, Flaviano.

—No seas tan vivo, ese acto es muy grave y debe precederle por lo menos un año de vida íntima. De ese modo se estudian los caractéres, las aficiones y se conocen bien los novios, para evitar el que luego se arrepientan por no haber podido estudiarse y conocerse y no deshacer la boda antes de realizarla.

—Todo eso es verdad, pero no lo es menos que me ha impacientado tanto esperar.

—¿Estás ocupado, Flaviano? —le preguntó el duque entrando.

—Para mi querido padre nunca lo estoy.

—Deseo hablar contigo sin testigos.

—Pues hasta luego, que yo ya concluí,—dijo Mendoza saliendo.

—Sentaos, padre mío, y habladme de todo cuanto querais.

—Hijo, me ruega Tolopalca tenga esta entrevista contigo.

—¿Por qué no viene ella con vos, padre mío?

—Le da vergüenza.

—Es su único defecto, ser demasiado ruborosa para ciertas cosas. Pero ambos tenemos la obligación y el placer de complacerla en todo y dispuesto me hallo á oiros, señor.

—Dice Tolopalca, que estando ya unida á mí en secreto, debemos concretarnos á hacer pública nuestra boda y que os caseis las cuatro parejas, ella no, porque ya lo está.

—Ay, señor, os participo con sentimiento que me pedís un imposible.

—¿Por qué, Flaviano?

—Padre mío, vuestro secreto matrimonio es de los llamados de conciencia que arguye muy mal de la conducta de los novios y si bien de vos nada nuevo dirían ni á nadie sorprendería la noticia, dirían algo de Tolopalca que me obligarían á segar algunas gargantas... La idea solo de que haya quien con fundamento alguno pueda murmurar de esa noble dama me extremece, señor.

—Tienes mala idea de mí, Flaviano, y no es tanto.

—Ya lo sé, padre mío, que no es tonto, y no me he referido á vuestros hechos, sino á vuestra fama.

—¿Con que te niegas á la pretensión de tu madre?

—En absoluto, es más, piensa lo mismo que yo el príncipe de Italia.

— En ese caso, desistimos los dos y nos casaremos á la vez que vosotros.

—Así debe ser.

—Conforme, y juzga que nada te he dicho.

—Flaviano, deseamos hablar contigo á solas,—dijo la dulce voz de Elvira desde la parte de afuera del despacho.

—Entrad, hijas mías, estoy con mi padre, que es otro yo.

—No importa, contigo solo.—Añadió Elvira entrando con Alice.

—¿Qué es esto,—preguntó el duque,—dos damas queriendo encerrarse con un caballero?

—Ese caballero es Flaviano de Osorio.

—¿Qué quieres decir con eso, Elvira?

—Que no es Flaviano de Osorio padre.

—Aun no lo comprendo.

—Yo os lo explicaré: Flaviano hijo, es un modelo de virtud y de pureza de costumbres. Flaviano padre, á la edad de su hijo, era lo que yo no puedo decir.

—Mala fama y nada más.

—Recordad el refrán, señor duque: Cuando el río suena...

—Os dejo con él, no cuestionemos por eso, que no me conviene.

—¡No os conviene, señor, es verdad.

—¡Ah, descarada!

—¿Porque digo la verdad?

Salió el duque, diciendo Flaviano á las dos hermosísimas jóvenes:

—Sentaos, ángeles míos, y si me habeis de asesinar no tardeis, la duda es peor que una puñalada.

—¿Con qué te hemos de asesinar, Flaviano?

—Con el agudo puñal de un mundo de bellezas y de encantos.

—¿Dónde está eso, hermano?

—En vuestros incomparables rostros, en la esbeltez de vuestros talles, en vuestros pies y manos torneados, y en un conjunto que seduce y enloquece.

—Sigue, Flaviano, ¡que es poco delicioso oir á un sabio, á un héroe, galantear á las damas!

—¿Qué más se os puede decir, que sois dos encantos, dos ángeles, dos seducciones perpetuas, dos mujeres capaces de perturbar á un santo?

—Continúa, Flaviano,—dijeron las dos á la vez alargándole cada una su mano derecha.

—Que vuestra epidermis es más fina, suave y delicada que el raso, y vuestros ojos más ardientes y brillantes que el refulgente astro del día.

—No acabes.

—Jamás dudé de la existencia de los ángeles, pero he creido que no son solos los del cielo, los hay también en la tierra, y vosotras sois dos de ellos, tan puros, tan delicados, tan dignos de admiración y respeto como aquellos. ¿Qué es lo más bello de la creación? un ángel, es decir, vosotras, que solo con vuestra hermosura dominais lo más fiero de la tierra, al hom-

bre, y lo convertís en rayo destructor, en héroe, ó en lo más dulce y cariñoso, porque haceis de él un mísero instrumento que manejais á vuestro antojo.

—No, no; sigue, por favor.

—¡Que siga! Si hubiera de decir todo lo que de vosotras dos decirse puede, si hubiera de describir lo que sois y lo que valeis no acabaría nunca.

—Un poquito más.

—Cuando mi hermano Julio y yo crucemos ese inmenso Océano por entre olas que revientan contra nuestro débil bajel, entre abordajes que tiñen de rojo siempre hasta el rostro de los combatientes, entre ciclones y huracanes, que hacen volar primero, y sepultan después en el abismo al mísero navegante, y cansados de tanta pelea, de tanta lucha, de tanto sufrimiento, caigamos hastiados de la vida sobre el negro diván, menos negro aun que nuestro pensamiento, y miremos la vida con desdén, y veamos la muerte que á cada instante contemplamos con alegría, saldrá una voz de nuestros pechos gritando: ¡Huye, guadaña horrenda, que al segar mi pobre garganta, que nada vale, siegas para nosotros aquellos labios sonrosados que tantas veces nos hicieron felices, aquel acento que tantas veces hizo vibrar las fibras de nuestros corazones, enloqueciendo nuestra mente, aquellos ojos, que con su poderoso fluido nos llevaron al éxtasis, aquel nacarado pecho, donde apoyamos nuestras frentes, para ahogar en él la amargura de la vida, aquellos sedosos cabellos que se en-

roscaban en nuestras gargantas para hacer áspera la seda, y groseras las hojas de las flores más delicadas y suaves, aquellos brazos que caían de nuestros hombres, como blanquísimas bandas que imprimen la ardiente pasión que labra el colmo de la dicha. Huye, guadaña inhumana que no te sacías quitándome la vida, me quitas á la vez el bien supremo que formó el Creador para deleite de los hombres. Huye, quiero vivir, estoy en el cielo de los ángeles y no lo hay, no puede haberlo más venturoso en toda la creación.

—Flaviano:—preguntó Julio desde la parte afuera. —¿Está ahí Elvira?

—Sí.

Y exclamó entrando:

—¡Los tres!

—¿Qué te admira?

—Nada, hermano; áun cuando hubiera estado mi prima sola contigo no me habría admirado, ni lo vería mal.

—Si hubiera estado sola con él no tenías otro remedio que sufrírtelo.

—Sin abrigar la más leve sospecha seguiría, prima, tan satisfecho como antes de saberlo.

—Pues yo te digo que has llegado en el peor momento.

—¿Por qué?

—Flaviano me decía cosas que tu jamás me has dicho y has debido decirme.

—¿Qué te decía, Elvira?

—Lo más bello, lo más seductor que puede decir el más ardientemente enamorado al objeto de su pasión.

—Si él os ha galanteado le habrá sucedido como con la ciencia y la sabiduría humana, que habrá llegado donde no alcanzamos ninguno.

—Eso es, ninguno. Pero fué tan caballero, tan leal, tan buen hermano que nos galanteaba á los dos por igual y cuando con incomparable elocuencia ponderaba la dicha y felicidad que la mujer ofrece á su amado, añadía, Julio y yo. Eso no lo has hecho tu nunca con Alice ni conmigo.

—No admito comparación alguna con mi hermano. Todo lo hace y lo dice mejor que los restantes hombres.

—Ves á ese decíamos: No sabe amar, es lo único que ignora, desgraciada Alice... ¡Qué error! Sabe amar mejor que todos vosotros y se expresa de una manera que enloquece y arrebata. Pobre Alice, en efecto, ó la vuelve loca ó la mata con tanta felicidad.

—¿Y á tí, qué te sucedió con sus frases?

—Me perturbaron, Julio; Dios te libre de un rival como ese, no podría responder de mí.

—¿Qué dices, prima?

—Ya lo has oido, yo siempre digo la verdad; Flaviano es el primero en todo.

—Añade más abajo que es al único que no temo en el mundo.

—No le temas, porque al ser el primero en todo lo es naturalmente en lo leal y en lo caballero.

—Me has dado un buen rato, Elvira. Todos los elo-

gios que hacen á mi hermano los recibo yo como míos y le amo tanto que con la misma facilidad que le daría mi vida si falta le hiciera, sería padrino de su boda si te eligiera por esposa.

—Lo creo, alma noble. Toma mi mano, tuya es porque eres digno de ella. Flaviano no hizo otra cosa que enamorar á Alice y representar dignamente á su hermano describiendo como él sabe hacerlo, la felicidad que á tí y á mí nos espera.

—Ese es Flaviano, Elvira, te dice frases galantes, pondera tu belleza, y en vez de ofenderme me obliga á darle las gracias por el favor que nos hizo á los dos.

—Es verdad.

—Pero tu no has venido á eso; ¿qué te trajo aquí con Alice?

—Nuestra boda.

—No te comprendo.

—Pües es fácil.

—Explícate.

—Han dispuesto mi padre, el de Flaviano y el tuyo que nos apadrinen el duque del Imperio y la duquesa de los Andes.

—¿Qué mal hay en eso?

—Muy grande,—dijo Alice.

—Que yo no quiero esos padrinos,—añadió Elvira.

—¿Dónde los hay mejores, prima?

—Aquí.

—Comprendo, Flaviano y Alice.

—Eso es.

—Yo también los quiero.

—Pero Flaviano se calla.

—No, por Dios, seremos con mucho gusto vuestros padrinos Alice y yo.

—Y nosotros los tuyos.

—La noticia es para mí muy agradable.

—¿Pero qué decimos á tus padres y al mío?

—Yo me encargaré de eso.

—Era nuestro deseo.

—Lo habeis conseguido.

—Y tu, Julio, ¿qué querías? ¿Para qué has venido á buscarme?

—Me encargó el duque del Imperio que te sacara de aquí.

—¡Por vengarse!

—¿Qué hiciste con él?

—Echarlo para hacer el cambio de padrinos sin que él nos oyese.

—Y sin contar conmigo.

—Tu lo deseas tanto ó más que yo.

—No te has equivocado.

—¿Cuándo vendrá otro ciclón, Flaviano?

—No es probable que nos coja aquí.

—Me alegraré mucho.

—No abandones los preparativos de nuestras bodas, Julio.

—Tienes razón, Flaviano. Hablando contigo, con Elvira y Alice de todo me olvido. ¿Os quedais vosotros?

—No, nos vamos contigo.

Y dejaron solo al héroe.

Este exclamó:

—Pobre género humano, le bastan unas cuantas frases halagadoras para juzgarse feliz y una sola idea para ser desgraciado. ¡Qué felices se creían cuando las galanteaba, refiriéndome ahora á Elvira y Alice, y á mí me ha bastado la idea de que existen ingleses, enemigos de mi patria, para torturar mi espíritu y dar cabida al enojo.

¡Cuánto infeliz va á perecer! Desgraciados que no me conocen ni yo vi en mi vida. Hombres la mayor parte que quisieran ser amigos míos y yo no rehusaría su amistad.

—¿Por qué van á perecer?

—Porque se lo mandan, porque la ambición de otros necesita inmolar esas víctimas, cuando no la soberbia, el orgullo y la venganza.

¿Por qué consentirá la Providencia esos horribles sacrificios?

No lo se y me abrumo en conjeturas para acabar siempre con las mismas frases: Dios lo hace, bien hecho está.

CAPITULO LXXI

Continúan las conferencias.—Nuevas órdenes.—Todo el talento de Flaviano aplicado á los festejos de las cinco bodas.

Las reflexiones filosóficas de Flaviano fueron interrumpidas por Pérez que dijo á su amo:

—Señor, desea hablar con V. E. el jefe principal de zapadores.

—¿El nuevo maestre de campo?

—Sí, señor.

—Le he mandado llamar, que pase.

Poco después entraba el anunciado.

—Sentaos,—le dijo Osorio.

—¿Delante de mi general en jefe?

—Sí, os lo ruego.

—¡Qué bondad!

—¿Están ya limpios los caminos?

—Hoy acaban los últimos.

—Muy bien. ¿Qué hacen de los árboles y ramaje?

—Los dejan en las orillas de los caminos, como vos mandásteis.

—Perfectamente, maestre. El ciclón pasó ya, y ahora es necesario que nos aprovechemos del favor que nos ha hecho.

—¿Favor?

—Y muy grande, en particular á vuestros zapadores.

—No os comprendo, señor.

—¿No os encargué un templo y una calle construidos ambos con la brevedad posible?

—Sí, señor.

—¿Qué material teníais para las obras que os he encargado?

—Los árboles de la isla.

—¿Era preciso cortarlos?

—Sí, señor.

—¿No os los ha arrancado el ciclón?

—Comprendo; excelente idea.

—¿De cuántos carros podemos disponer?

—De treinta, señor.

—Nos van á sobrar carros y material.

—No hay duda.

—Dad principio esta tarde, sujetándolo todo al dibujo é instrucción que os tengo dados.

—Muy bien, mi general en jefe.

—Haceis uso para esas obras de todos los hombres que necesiteis, sean de los tercios ó de la marina.

—Lo haré, señor.

—Pasados tres ó cuatro días todos estaremos en este palacio pendientes del término de lo que os tengo encargado.

—Daré á los trabajos la brevedad posible. ¿Manda algo más, mi general en jefe?

—No, retiraos.

Pérez reemplazó al zapador diciendo á su amo:

—Señor, los capitanes Riquelme y Bengoa, comandantes de los cruceros Lucero y Leopardo desean hablar con V. E.

—Hazlos entrar.

A los dos estrechó la mano Osorio, les hizo sentar y luego les preguntó:

—¿Han sacado vuestros buques del dique?

—Sí, señor, los dos se hallan anclados en la bahía.

—¿Sufrieron algún despertecto con el ciclón?

—No, señor.

—¿Están listos para hacerse á la mar?

—Solo esperan vuestras órdenes.

—¿Y vosotros?

—Yo lo deseo.

—Y yo.

—Muy bien. Riquelme, vos salís para la Habana. Entregais al gobernador este pliego y obedeceis las órdenes que os de. Al hacerlo necesito nuevas pruebas de vuestra discreción y de vuestra habilidad.

—Si de mí depende os dejaré complacido, señor.

—Todo por la patria, Riquelme.

—Por la patria y por vos, mi almirante.

—Bengoa, vais á Jamaica adquirís noticias, y desde allí os trasladais al punto donde podais averiguar lo que hace y lo que piensa el enemigo La misión de ambos es evitar una sorpresa, un ataque inesperado y todo lo que sea contrario á España.

Venís á veros conmigo cuantas veces sea necesario. Pagais caras las noticias, con explendidez los descubrimientos. Si algunas más instrucciones os hacen falta, llevaos esos dos pliegos que en ellos las hallareis.

—¿Cuándo partimos, señor?

—Cuando querais.

—¿Podemos salir hoy?

—Si algo os hace falta embarcadlo y á la mar.

—Yo saldré mañana.

—Y yo también.

—Los dos llevais la misma misión; no defraudeis las esperanzas de la patria.

—¿Manda algo más nuestro almirante?

—No, partid.

Y volvió á estrecharlos quedando de nuevo solo.

Media hora estuvo meditando.

Al terminar llamó á su criado encargándole que le llevase á Zalla.

No tardó en presentarse el maestre preguntándole:

—¿Qué hacías, Ricardo?

—Estudiaba, mi general.

—¿Qué estudiabas?

—Ciencia.

—Eso es, anteponla á la filosofía y á todo.

—Lo hago, señor.

—¿Y Líbana?

—Con la señora duquesa de los Andes dirigiendo á todas las camareras que cosen telas para cosas de las bodas.

—Dime, Ricardo, ¿has estudiado profundamente á tu futura?

—Sí, señor.

—¿Podrás ser feliz con ella?

—Muy feliz.

—¿Estás seguro?

—Creo que sí. ¿Teneis vos motivo alguno para opinar en contrario?

—No. Solo inspira mi pregunta el interés que tengo por ti y la razón de ser el casamiento un lazo que nadie puede saltar.

—Puedo ser feliz con ella, le quedan algunas puerilidades porque aún es muy joven, casi una niña, y cuanto hace en ese sentido es propio de su edad.

—Me complace oirte.

—La domino ya, nos amamos, es bella como un ángel y estoy muy satisfecho con la unión.

—Antes de efectuarla pídeme lo que tú quieras. Ella es muy rica; sólo en piedras preciosas lleva una fortuna y en oro otra, pero no has nacido para hacer

la vida del mayorazgo, necesitas una actividad grande, quiero yo además que continúes á mi lado.

—Todo eso está muy bien, señor, pero es el caso que nada me hace falta ni nada puedo aceptar.

—¿Por qué?

—Lo único á que pudiera aspirar era á general.

—A eso me refería.

—Imposible, señor, soy todavía muy joven y además yo sólo puedo servir estando como ahora á vuestro lado. De general no puedo ser vuestro ayudante de órdenes y no cambio este título por ningún otro en el mundo. Acepté el condado porque ese puede usarlo vuestro ayudante sin desdoro, ni inconveniente alguno.

Piénsalo bien que ahora puedes obtener lo que quieras, sin dificultad alguna.

—Señor, soy el maestre de campo más joven del ejército, soy conde y voy á ser rico, ¿qué más puedo desear? Estar á vuestro lado y seguro estoy de no separarme jamás. Dejadme así señor, yo os lo ruego..

—Si ese es tu deseo queda como estás.

Aún hablaron algo más, viniendo á interrumpirles Mendoza, con las siguientes frases:

—¿Es asunto privado?

—No, entra, Rogelio, y dí lo que quieras que ya he concluído con Ricardo.

—Me alegro y me siento, que esta larga humanidad está mejor doblada que derecha.

—Bien hecho; acércate más. Habla ahora.

—Me trae por segunda vez hoy, hermano, un asunto muy raro.

—Sea lo que quiera expónlo.

—Tú ignoras lo que cuentan de tí.

—¿De mí? no te comprendo.

—De tí, sí. Poco ruido que están metiendo contigo Elvira y Alice.

—Cada vez te comprendo menos. Explícate, si deseas que te entienda.

—Oye, Flaviano, tu padre compuso versos al mío que sirvieron para mi madre. Cuando mis padres iban á ser novios dió serenatas y cantó trovas y por último fué el autor de aquella boda que dió por resultado este enorme retoño. ¿Comprendes?

—No, cada vez te entiendo menos.

—Tú debes hacer por mí lo que tu padre hizo por el mío.

—Rogelio, ¿cuando estás en vísperas de casarte, quieres que haga versos á Luisa, le cante trovas y realice una boda á la que sólo falta la bendición del príncipe de Italia?

—No es eso, hermano, junta lo uno con lo otro y deduce.

—¿Qué es lo uno, Rogelio?

—Lo que cuentan en el palacio.

—¿Pero qué cuentan?

—¿No lo sabes?

—Estoy esperando hace tiempo que me lo digas.

—¿No te lo he dicho antes?

—No.

—Flaviano, repara en Ricardo, se está riendo de tí ó de mí.

—Rogelio, ¿me dices qué es lo que se cuenta de mí?

—No deseo otra cosa.

—Acaba, por Santiago.

—Aseguran Elvira y Alice que has hecho el amor á las dos tan admirablemente que has dejado muy atrás á Julio, á tu padre y á mí. ¡Qué cosas refieren, Flaviano; qué dulce, qué tierno, qué elocuente, qué admirable te presentan! Tu madre les decía: Vale ese más que todos los novios del mundo juntos. Calló, pero en cuanto se dignó abrir sus labios á todos los achicó. Pobre Julio, Elvira habló de tí como si estuviera enamorada de su Flaviano. Así te llama, su Flaviano.

—¿Y qué dice á eso Alice?

—La apoya y también te llama su Flaviano.

—Bien, ya sabemos qué es lo uno ¿y lo otro qué es?

—La protección que me debes.

—¿Te la ofrecí?

—No, pero es la misma que tu padre concedió al mío.

—¿En qué te he de proteger?

—¡Vaya una pregunta! Enseñándome á hacer el amor á Luisa como se lo has hecho á Elvira y á Alice.

Flaviano sonrió, Zalla soltó la carcajada.

—¿De qué os reís?

—De eso que estás diciendo. El amor que se hace á dos damas estando ambas presentes no se parece al que se hace á una sola, ni el que tu puedes hacer á Luisa.

—Pero hombre ¿qué amor es ese que tantos elogios ha merecido?

—Para mí no merece ninguno; el que los hace podía decírtelo.

—Cuentan prodigios de tus frases.

—Se habrán estado burlando y eso es todo.

—No, lo dicen en serio. Hasta Luisa exclamó: Ese aventaja á todos en cuanto hace y dice.

—No les hagas caso, adulaciones.

—Si no era á tí á quien se lo decían, era á mí.

—Para que me lo contases.

—Eso es posible.

—Te tendieron la red y caistes en ella.

—¡Pero cómo se unen las cinco para esas cosas!

—Claro es.

—No me vuelven á coger en otra.

—Cuando se propongan nada más.

—Lo veremos.

—¿Qué vas á decirlas?

—Que me han engañado.

—Eso es muy duro, Rogelio.

—¿Qué debo decirlas?

—Nada, cuando vuelvan con otra no hacerlas caso.

—Lo haré, quedad con Dios.

Y salió del despacho.

Zalla y Flaviano quedaron riendo de la cándida inocencia de Mendoza.

No tardó en presentarse otra vez Pérez, diciendo á su señor.

—Mi general en jefe, el maestre Fajardo desea ver á V, E.

—¡Ah, sí! Hazlo entrar.

Desde la puerta preguntó el recien venido:

—Mi almirante ¿me dais vuestro permiso?

—Adelante, Fajardo. Sentaos á mi lado. Voy á daros un encargo que vais á desempeñar con celo é interés.

—Qué no haría yo por vos, señor.

—Ahora es por la patria.

—Por ella y por vos.

—Nos tiene aquí España para que la defendamos, para que velemos por su honra y le debemos nuestras vidas y haciendas.

—Es verdad, señor.

—Si esta isla nos ofreciera seguridad absoluta, no habría necesidad de tanta preocupación, de tanto cuidado, pero sucede lo eontrario, está herida de muerte y nos conviene llenar nuestra misión lo antes posible, salvar las vidas de tanto español como están confiados á nosotros, dar una lección á los tres poderosos imperios que se han coaligado contra la patria y salvar á España de la rapiña, venganza y humillación con que la amenazan.

—Con vos todo se puede conseguir, mi almirante.

—Yo fuí afortunado hasta ahora, pero no se puede confiar tanto en la suerte, por si ésta faltase, necesario es vivir prevenidos, que no es sola nuestra existencia la que exponemos, es la de la patria.

—Perdonad, señor, solo vos creeis que es suerte lo que nosotros juzgamos sabiduría, talento, horoismo. Pero eso no obsta para que yo y los quince mil hombres que mandais, estemos dispuestos a obedeceros con ciega sumisión. ¡Ay del que dudase ó vacilara al obedeceros!

—No necesito tanto, maestre, me basta con que demostreis todos el mismo interés que tengo yo por la patria.

—¿Cómo negarse á servirla? ¿cómo tolerar que el extranjero marque su atrevida huella en la altiva frente de la poderosa España? Eso jamás. Mi almirante, sois aquí el rey, sois el dueño de nuestras vidas, y haciendas; mandad, nunca la suerte de un reino estuvo en manos más fuertes y poderosas; lo que vos dispongais eso únicamente se hará, y repito la frase: ¡Ay del que dude ó vacile al obedeceros!

—Muy bien, Fajardo, vuestras frases son el augurio cierto, indudable de la victoria; seguro de vuestra lealtad y ardimiento á todo me atrevo con vosotros; si les parecen pocos cien navíos y cien mil combatientes, que traigan los barcos y los hombres que quieran; todos irán al fondo de ese insondable abismo. Tres imperios son contra nosotros, pero España que no

cuenta jamás el número de sus enemigos reta á todos sus contrarios del mundo para que vengan contra ella. Hoy le conviene fijar sus estandartes y banderas en esta isla convertida por nosotros en castillo, aquí está su vida, su honor, su porvenir, que vengan contra ellos los que quieran; mientras aliente uno de nosotros su honor y su vida seguirán incólumes.

—¡Ah, señor, oyendo esas frases, mirándoos, recordando vuestra historia y alumbrados por el genio que brilla en vuestra frente á todo nos atrevemos; desafiamos al mundo entero. ¿Qué debo hacer, señor?

—Lo primero imprimir en todos vuestro entusiasmo y ardimiento.

—¿Quién no los tiene? Todos, señor, todos pensamos como vos, todos queremos lo que vos, todos iremos detrás, pero donde vos.

—Eso deseo.

—Eso lo teneis hace tiempo conseguido. Mi almirante, ¿quereis que os diga mi único sentimiento?

—Sí, con toda franqueza.

—Pues oidlo, señor: Temo, y á todos nos sucede lo mismo, que vuestro genio que todo lo domina lo haga todo y no podamos sellar con nuestra noble sangre el amor á la patria que arde en nuestros pechos; temo, señor, que suceda en Líbana lo que en Veracruz, lo que en la capital de Méjico, lo que en Tabasco, lo que en Jamaica, lo que en los mares, lo que en las cien batallas que habeis ganado como por encanto, como por ilusión, como nadie se explica ni comprende.

—¿Eso temeis vos? pues escuchad lo que yo temo: Temo, futuro general, que se vierta una sola gota de sangre de uno de mis hijos, de uno de vosotros, y como yo pueda no ha de perecer uno solo. Cada uno de vosotros es un pedazo de mi patria y me asusta la idea de que el enemigo lo toque.

—¡Como siempre!

—Lo mismo, Fajardo, más entended que ahora somos muchos, es cierto, y he logrado encerraros en un castillo inespugnable, pero el enemigo es veinte veces más poderoso que nosotros, y si no empezamos dándole una lección completa puede sustituir una escuadra con otra, un ejército con otro, una astucia con otra y fijaos bien, nuestras vidas y la existencia de España dependen de sepultar en el fondo de esos mares los primeros cien ó más navíos que vengan, y los primeros cien mil ó más hombres que nos acometan.

—Que haremos eso creedlo, mi almirante, como seguro.

—Tened en cuenta que las muchas derrotas que el enemigo lleva sufridas deben haberlo hecho cauto y todas nuestras precauciones serán pocas contra su astucia y previsión.

—Eso es indudable.

—Mientras desconozcan el castillo en que estamos encerrados tenemos segura la victoria, si se atreven con nosotros, pero si llegan á conocerlo y nos obligan á salir de aquí, bien por el estado de la isla ó por otra

causa cualquiera moriremos muchos y será muy dudoso el triunfo. Para eso os he llamado.

—Aquí estoy, mi almirante, á vuestra completa disposición.

—Oid: Tenemos seis faluchos que no pueden atacar ni defenderse, ¿es cierto?

—Sí, señor, pero que están construidos para que vuelen por esa superficie del Océano.

—Eso es. Necesito que con solo la gente de mar indispensable haya siempre dos vigilando todo el circuito de la isla para que eviten la aproximación de todo barco sospechoso.

—Ahora comprendo la admirable idea de haber construido esos pequeñísimos barcos Vigilarán, señor, día y noche.

—Irán mandados por seis oficiales inteligentes.

—Los elegiré y serán los mejores.

—Deben relevarlos cada cuarenta y ocho horas para que ese servicio no sea demasiado molesto.

—Cada tres días.

—Sí, porque bastan dos vigilando cada veinticuatro horas. Pueden acercarse al barco que venga lo que la prudencia les aconseje y cuando lo hayan reconocido darán aviso y vos á mi.

—Comprendido.

—Como jefe que sois del puerto, tened siempre la galera Numancia dispuesta á salir.

—Comprendo la idea y estará constantemente pre-

parada para hacerse á la mar y cargados sus mortíferos cañones.

—Fajardo, ya que tanto hice esperar á mis padres, hermanos y amigo Zalla, voy á emplear mi escasa sabiduría en dar á nuestras bodas todo el esplendor y brevedad posibles. Cuidad vos de las cosas de mar para que pueda yo dedicarme por completo á esas uniones.

—¿Vais á aplicar todo vuestro talento al esplendor de las bodas!

—Sí.

—Ya me asombra lo que va á suceder.

—No espero todavía en mucho tiempo al enemigo, y áun cuando se tomen algunas precauciones entiendo que podré realizar esos actos con toda tranquilidad.

—Creo lo mismo, señor. ¿Quereis mandarme algo más?

—Que tampoco los vigías abandonen jamás sus observatorios.

—Estarán siempre en ellos.

—Los oficiales de los faluchos que vayan provistos de buenos anteojos.

—¿Se pueden separar mucho de la isla?

—De tres á cinco millas, lo menos. Y si el mar les amenazase que se retiren á la bahía, con todo lo demás que pueda ocurrírsele á un marino tan experimentado como vos.

—Después de tantas y tan sabias instrucciones poco será, mi almirante.

—Si no quereis comer conmigo, id con Dios.

—Voy á disponer los servicios y otro día aceptaré la honra á que me invitais.

Se estrecharon las manos y salió Fajardo, quedando solo el héroe y su ayudante de campo.

—Ricardo, ya estoy en disposición de dedicarme á la realización de las cinco bodas,—dijo Osorio.

—Digo lo que Fajardo, van á ser un acontecimiento tan notable que ha de admirarnos á todos.

—Haremos lo que se pueda en esta mísera isla y la buena voluntad suplirá las faltas.

—No espero faltas, señor, sino sorpresas y una novedad que llegue á la maravilla.

—Ya no podemos hacer nada, son las dos y no han de tardar en avisarnos para que pasemos al comedor. Pero en cuanto acabemos, principiará toda nuestra energía á desplegar sus alas.

—Ya vienen por nosotros, señor.

CAPITULO LXXII

Los ensayos.—La despedida.—Las bodas y nada más que las bodas.

Las cinco damas seguidas de Julio y Mendoza entraron en el despacho del héroe diciéndole la duquesa de los Andes:

—Hijo, dame tu mano y á la mesa, que ya espera en ella la gente grave.

—Os advierto á tí Elvira, á tí Luisa y á tí Ricardo, que al concluir de comer nos vamos á ensayar.

—¿Dónde, hijo mío?

—Al navío Reina Margarita que está anclado cerca del muelle en sitio en que poco ó nada oirán los curiosos.

—Te acompaño, hijo.

—Y yo.

—Y yo.

—Y todos. Sea, pero os advierto que no pudiendo

ir en la carroza más de seis, los restantes tienen que esperar ó ir á pie.

—Iremos á pie.

—Y que durante el ensayo no hay novios ni novias, solo música y canto.

—Muy bien.

—Aquí llega el conde de Alba que me hacía falta. Adelante, maestre. ¿Está todo preparado en vuestro navío?

—Todo, señor.

—¿Venís á comer conmigo?

—Si me lo permitís...

—Con mucho gusto. Llevad de la mano á Alice, que á mi me ha embargado mi querida madre.

—Gran honra es para mi.

—Al comedor, señores.

Y las cinco parejas entraron en él hallando ya sentados á los duques de Pastrana, del Imperio, al general Carvajal y á Keisko.

Pastrana dijo á Flaviano:

—¿Qué es del enemigo, mi almirante?

—No lo se, señor duque, ni quiero saberlo.

—¿Por qué?

—Porque ahora no soy general, ni almirante, ni otra cosa que un mísero aspirante á la mano de este delicioso ángel que tengo á mi derecha. Desde esta tarde me consagro á él y á las cinco bodas y no quiero ocuparme de más. Lo que deseais saber de guerras y enemigos preguntádselo á Fajardo. Yo ayudo á mi

hermano Julio á lo que ya os he manifestado.

—Excelente novio. ¿Y la patria en tanto?

—Que espere.

Bravo, —dijo Elvira,—un aplauso á este novio modelo.

—Un aplauso, sí,—dijeron todos los novios.

—¿Pues no decíais que Flaviano —añadió el duque del Imperio,—no sabía amar ni servía para novio?

—Todos nos equivocamos,—exclamó Elvira,—es el mejor de los cinco.

—Y el más tierno y amoroso.

—Nos está enseñando á todos.

—De él debemos aprender eso y lo demás de la vida.

—¿A que suspendo las bodas?

—No, por Dios, Flaviano,—dijo Mendoza ahogándose.

—Tranquilízate, Rogelio, y come más despacio; pero no hableis de mí en el sentido que lo estais haciendo.

—Yo no he desplegado mis labios.

—Eso debes hacer siempre que comas.

La mesa continuó animada, pero solo se habló en ella de cosas que se relacionaban con la boda.

A las tres y media subieron á la carretela con Flaviano las cinco damas para trasladarse al puerto.

Quisieron ir todos los que estaban en la mesa, por cuya razón tuvo que volver el carruaje por los siete restantes, yendo Keisko en el pescante con el cochero.

Para celebrar el ensayo quitaron del segundo puente los cañones y cuanto había en él, quedando un salón en el que podían estar cómodamente más de quinientas personas.

Eran doscientos músicos y cada uno tenía su taburete y atril.

Todos estaban en sus puestos con el músico mayor á la cabeza.

Flaviano y las damas esperaron en la cámara de popa la llegada de sus compañeros.

Reunidos todos fueron al segundo puente.

Al entrar los músicos se pusieron en pie. Pero al ver á Flaviano sonó un aplauso, exclamando uno de ellos:

—Al gran artista.

Todos repitieron la frase. Otro gritó:

—Al genio de la guerra y de las artes.

También repitieron la idea parándolos Osorio.

—Sentaos todos y demos principio,—les dijo.

El músico mayor pidió permiso para volver la espalda é hizo la señal de atención.

—Ahora, maestro,—añadió Flaviano situándose á su lado de pie.

La gran banda de doscientos músicos dió principio.

—El maestro dirigía, pero Osorio le estaba sirviendo de apuntador.

A cada instante le decía:

—Aquella trompeta.—Y la señalaba.—Aquel cla-

rinete, y con su privilegiado oido, todo lo iba corrigiendo, todo lo enmendaba.

Después de repetir algunas piezas murmuró Flaviano el canto acompañado por la banda.

También corrigió algo, diciendo al músico mayor:

—Venga todo el introito.

La banda empezó de nuevo tocando admirablemente la introducción.

Al acabar, los músicos soltaron los instrumentos y volvieron á aplaudir, gritando desaforadamente el duque del Imperio, el de Pastrana y todos sin excepción:

—Al autor.

—Al incomparable autor.

Osorio cogió la batuta é impuso silencio diciendo:

—Tomad, maestro, y empiece el canto con el acompañamiento. Venid vosotros á mi lado.

Y lo rodearon Zalla, la duquesa de Tabasco, Elvira y el bajo.

El silencio entre ellos y ellas era profundo; las miradas se fijaban en Flaviano y en Elvira.

Comenzó el canto, era un quinteto delicioso. Las voces de Flaviano y de Elvira sobresalían por su extensión, su volumen, su timbre y su dulzura. Eran una tiple ligera y un tenor incomparables, pero tampoco eran malas las otras voces y el ensayo iba bien por cantantes y banda.

Así continuó hasta llegar al Credo. La parte de él

que debía ser para una voz sola, la había compuesto Flaviano para él y Elvira.

Al llegar á esa parte Osorio cogió con su mano derecha la muñeca de la hermosa joven Elvira y la cantaron á duo como no se había oido nada. ¡Qué afinación, qué encanto, qué voces!

Dos veces dió Flaviano en aquellas sublimes frases el dó de pecho, y Elvira hizo una escala arrebatadora.

Los músicos tiraron sus instrumentos, el mayor su batuta y se oyó un trueno de aplausos y de voces indescriptible.

Por las mejillas de Elvira rodaron dos lágrimas.

Su padre y Julio le preguntaron asustados.

—¡Qué es eso, Elvira!

—Nada, no os asusteis. Me cogió Flaviano la muñeca y desde aquel instante los latidos de mi sangre me daban las notas. Sentí á la vez una inspiración, la suya sin duda, que llegué donde oísteis, pero tan emocionada, que si no rompo en llanto creo que me muero.

—¡Has estado sublime!

—Mi trabajo me ha costado. Dí, Flaviano, ¿qué has hecho conmigo?

—Darte mi calor para que subiéramos juntos.

—Y os elevásteis al cielo.—dijo la duquesa.—Solo allí se puede cantar de esa manera.

El duque del Imperio que era un excelente músico decía:

—Eso no lo hice yo nunca, señores, todos nos hemos emocionado.

—No os extrañe, padre mío, vos cantábais á las mujeres, á la sociedad, nosotros cinco hemos cantado á Dios. Por nosotros dos habeis prescindido de Luisa, Ricardo y el bajo, y en verdad que no pudieron estar mejor.

—Es cierto.

—Señores,—añadió Flaviano,—que esto no es una función, es el ensayo de una misa cantada. Maestro, esa batuta.

En el final de la misa cantaron una plegaria con tanto sentimiento y melancolía que humedeció algunos ojos.

Y al terminar la misa cantaron un himno á Dios que arrebató á los oyentes y músicos.

Para cortar aquel entusiasmo, aquel delirio, exclamó el héroe:

—Declaro, señores, que mañana no vienen al ensayo más que los músicos y cantantes.

—No, no,—gritaron todos.

—Esto no es ensayar.

—Nosotros nos concretamos á oir.

—No, madre mía, vosotros gritais, nos interrumpís y haceis eterno el ensayo.

—Ni tu ni nosotros tenemos prisa.

—Conde de Alba, como comandante de este navío no permitais la entrada á estos señores.

—¿Podré yo entrar?

—Tampoco

—Señor, dijísteis en la mesa que ya no érais general ni almirante; mientras dure ese período solo puedo recibir órdenes del señor duque de Pastrana.

—Muy bien dicho,—le contestó el padre de Elvira.—Os mando que no dejeis entrar á nadie más que á nosotros.

—Así lo haré, nosotros únicamente, los cantantes y los músicos.

Flaviano les preguntó sonriendo:

—¿Os vais á aprender la misa de memoria?

—Sí, todos.

—Ved por esas troneras lo que habeis conseguido con vuestros gritos y aplausos. Toda la bahía está llena de lanchas, botes y piraguas. Hasta mi falúa se la han apropiado. No es eso solo; se han traido la Numancia junto á este navío. Esto es una sublevación. Vosotros teneis la culpa.

—No, hijo,—le contestó el duque del Imperio,—nosotros no los hemos atraido, has sido tu con tu mágica voz, Elvira, los restantes que han cantado y los músicos.

—De bastante me ha servido traer el navío á este apartado lugar.

—Pero, hombre, si se han venido hasta los jefes y oficiales de las baterías.

—Sí, todos abandonaron sus puestos. ¿Si tendremos que irnos al interior del volcán?

—No, hijo, no, aquí y en medio de la bahía.

—¿Lo mandais vos, madre mía?

—Sí.

—Pues sea. Ya lo oís, conde de Alba, mañana mandais anclar en medio de la bahía, pero nosotros, compañeros, cantaremos á cuarto de voz. Yo no vuelvo á cantar con toda ella hasta que mi padre oficie.

—Ensayar por la mañana y oficiaré en todos los ensayos,—dijo el príncipe de Italia entrando.

—¿Nos habeis oido, señor?—le preguntó Flaviano admirado.

—Claro es, esa música está dedicada á la iglesia y tenía que censurarla.

—¿Toda la habeis oido?

—Toda, con Anselmo que está ahí detrás.

—¿La habeis censurado?

—Solo vine á eso.

—¿Es mala vuestra opinión?

—Si Dios me concede la gracia de volver á España, en mi convento no se oirá en las misas cantadas otra música que esa.

—Tan buena os parece, sed franco, señor.

—¡Qué melodías religiosas! Tiene armonías que parecen celestiales. Hijo, es una obra maestra.

—Yo no escuché nada que se le pareciese, —añadió el duque del Imperio.

—No, —continuó el santo,—que se le parezca, no, su antítesis sí.

—¿Qué antítesis, hermano?

—La música que tú componías y cantabas á las hijas de Eva.

—¿A que pago yo los vidrios rotos?

—¿Nos vamos, hijo?

—Sí, madre mía, pero vosotras con mi padre Julio en la carroza, nosotros á pie, que ya no hace calor.

—¿Vamos, Julio?

—Hasta el muelle iremos todos en mi falúa.

Así lo hicieron.

Cuando las damas iban á montar en el carruaje cogió Elvira la mano de Flaviano y se la besó dos veces. Luego miró á Julio preguntándole:

—¿Te incomoda?

—No, ángel mío, es mi propia mano la que has besado; Flaviano y yo no podemos ofendernos por eso ni por nada, y en prueba de ello te devuelvo yo los dos besos en la misma mano, la derecha, que tu diste á mi hermano.

—Gracias, Julio; cada día te amo más.

—Lo creo, y yo á ti lo mismo

Partió la carroza y los varones se fueron á pie fijando la vista en varios carros que iban delante de ellos cargados de árboles y ramas.

El duque de Pastrana preguntó á Osorio:

—Flaviano, ¿cuándo acaban de limpiar los caminos?

—Acabaron ya, señor.

—¿Son los últimos estos carros?

—No, los primeros.

—No lo entiendo.

—Esos carros no limpian, conducen ramaje y troncos al sitio que yo he mandado.

—Tampoco lo comprendo.

—Conducen eso para construcción del templo.

—¿Qué templo?

—El que van á levantar para efectuar en él nuestras bodas.

—¿Un templo de pedazos de árbol?

—Sí.

—Cada vez lo entiendo menos. ¿No era mejor la capilla?

—Cuando esté acabado ese á que están dando principio, elegireis el que más os guste para que en él se una mi hermano á vuestra hija.

—Si es invención tuya posible es que me guste el último.

—Lo veremos y elegireis.

—¿Van por allí otros carros?

—Sí, debemos al ciclón que los tronchara y arrancase. Nos hizo un gran favor.

—Tardarán mucho.

—No lo creais, ocho ó diez días.

—¿En hacer un templo?

—En hacer ese templo, pero os advierto que llevan trabajando en cosas de él más de dos meses.

—Aun cuando sea así.

—Pues poco más ó menos tardará ese tiempo.

—Será otro milagro de Flaviano.

—Veremos lo que sale, señor duque. Yo también me equivoco. ¿No es cierto, Rogelio?

—Tu. ¿Tu te equivocas? No lo he notado, hermano,

—¿Pero no puedo equivocarme como otro cualquiera?

—Sí puedes, pero no lo haces.

—Te se figura á tí:

—No, Flaviano, desconozco tus equivocaciones.

—Y vos, general, ¿qué opinais?

—¿Un templo de vegetal?

—Sí, señor.

—¿Cuántos trabajan en él?

—Por el pronto dos mil hombres.

—Opino que hareis en ese tiempo una maravilla.

—¡Quién hace eso!

—Vos.

—Todo sea por Dios y por vuestras ilusiones.

Ya en el palacio se entró el héroe en su despacho y en pos de él Elvira y la duquesa de Tabasco.

—Oye, Flaviano,—le dijo la primera.—¿Sigues en tu idea de que cantemos mañana en el ensayo á cuarto de voz?

—Sí.

—Eso deseamos el paje y yo.

—¿Qué paje?

—La duquesa; como me encantaba de paje le tengo siempre en la memoria.

—Bueno, pero cállatelo. Aquel paje murió y de sus cenizas salió Luisa.

—Pues te digo que estaba mucho mejor de paje.

—¿Qué dices tu á eso, Luisa?

—Que aquello por desgracia acabó.

—¿Qué desgracia es esa?

—La de haber dejado de velar por vos, de serviros...

—Velastes por mí pero nunca me has servido.

—Porque vos no quisisteis.

—Sea por lo que quiera tu no has servido á nadie. ¿Estás descontenta siendo la futura de mi hermano Rogelio?

—No, señor.

—Luisa, tanto te debo que haré tu felicidad por cuantos medios estén á mi alcance. Si esa boda no te agrada tendrá que resignarse Rogelio de grado ó por fuerza, y será lo que tu quieras. Eres aún joven, hermosa y no pierdes tiempo. En España hay muchos hombres adornados de las más bellas cualidades y allí eliges el que más te agrade Eres duquesa, rica y tienes además mi completa protección y apoyo. Habla, que mi único deseo es complacerte.

—Señor, quiero á Rogelio y con gusto me casaré con él. Tiene algunos defectos y muchas virtudes, yo le iré quitando lentamente los primeros y lo haré feliz.

—¿Pero lo serás tú con él?

—Sí, señor. Mendoza cuando sea mi marido cambiará casi por completo.

—¿Quieres algo más?

—¿Nos echas, hermano?

—Todo lo contrario, hijas mías, sois las dos mujeres que más quiero yo en el mundo, después de la duquesa y de Alice.

—Nos pagas, no haces otra cosa que pagarnos.

—Pero sentaos á mi lado. Perfectamente. Creedme que entre las dos me juzgo dichoso.

—También, nosotras, porque has de saber, Flaviano, que no á todos los hombres se les puede querer como á tí.

—Yo no se como son los restantes séres humanos, pero comprendo que mi cariño á vosotras dos está tan armonizado con el respeto que me inspiran vuestra belleza, vuestros encantos, que si una sola idea profana llegara á mi mente la arrancaría áun cuando tuviera que ser con la punta de mi daga. Pero no hay ese temor, ángeles míos, solo la bestia sería capaz de atropellar vuestra virtud y esa castidad que forma vuestra mayor hermosura. Admiro en vosotras dos la obra más perfecta del Criador, y como cosa suya, la admiro, la respeto, y hasta la venero. No llegué nunca á comprender ese asqueroso vicio que degrada al hombre y hace de la virgen un sér despreciable.

—En cambio, las vírgenes se encierran contigo, te besan la mano, —tu esa y yo esta, paje,—y están á tu lado tan tranquilas, tan satisfechas. ¿Es verdad, Luisa?

—¡A quién se lo cuenta! Oid, Elvira, si hay algo en el mundo más limpio, más puro que nuestro honor, que nuestra castidad, ese algo es Flaviano de Osorio.

—Es verdad, valiente paje, así lo creo yo también.

De este modo continuaron hablando hasta que entraron en el despacho, primero Mendoza y Julio, luego Zalla y Líbana.

Más tarde fueron también el duque del Imperio y la duquesa de los Andes, llevándoselos al comedor donde esperaba la cena.

Muy complacido dieron principio á la cena oyendo á Flaviano que en esta ocasión estaba comunicativo y tan decidor como no lo vieron jamás.

Le habían satisfecho la música y canto que había compuesto para la celebración de las bodas.

Eran verdaderamente dignos de su talento, inspiración y sabiduría.

CAPITULO LXXIII

Continúan los diálogos.—Otro ensayo.—Proyecto de un paseo delicioso entre las ondas del peligroso golfo de Méjico.

Cenaron todos alegres y satisfechos.

Flaviano cumplía su palabra y solo hablaba de bodas ó de cosa que con ellos se relacionara.

Terminada la cena pasaron al salón de tertulia con objeto de entretener la velada.

—Flaviano,—exclamó Elvira que tenía tanta ó más confianza con el héroe que con su primo y futuro Julio,—tu que todo lo inventas, que todo lo improvisas, discurre un entretenimiento agradable para ocupar las horas del día y noche de mañana. Ahora no estás entretenido como antes. Ayudadme, niñas, y vos señora duquesa.

—Sí, sí, que invente.

—Si no es más que eso ya está inventado.

—Bravo. ¿Qué sale del incomparable cerebro del héroe?

—Si me adulais nada.

—No, no; somos capaces por no disgustarte de llamarte tonto y feo, que es un sacrilegio.

—Sacrilegio no.

—Lo que tú quieras.

—Está bien. Mañana iremos al ensayo, cantaremos á cuarto de voz y cuando hayamos concluido nos trasladaremos á un bonito falucho que yo he de dirigir. Ya en la mar cantaremos un cuarteto, composición á la Virgen que tengo escrita y luego cenaremos en medio de ese golfo que tantos navíos se lleva tragados. ¿Aceptais?

—Por unanimidad, porque dirigido el barco por tí nada malo puede ocurrirnos.

—Respondo de ello. Yo no convido á sufrir, sino á que paseis un buen rato.

—Lo pasaremos, sí. ¿Qué decís, padre mío?—preguntó Elvira?

—Que el pensamiento es como de Flaviano.

—Y vos, general Carvajal?

—La idea me encanta, porque he oido á varios marinos que la voz de mi almirante oida de noche en medio de los mares recuerda la de la sirena que encanta á los hombres.

—Yo haré, Carvajal,—añadió Osorio,—que oigais mañana la de la misma sirena.

—Acepto.

—Será la sirena Elvira, que es más bella que la de la fábula y le haré cantar con voz más dulce y melodiosa.

—¿Me cogerás la muñeca?

—Si Julio y tu padre me lo permiten, sí.

—¿Qué han de hacer? ¿Hay en el mundo algo más noble y caballero que el hijo de... del señor duque del Imperio?

—Muy bien, hija mía, el doble sentido de tu frase hace justicia al padre libertino y al hijo modelo de virtud.

—¿Sigo pagando los vidrios rotos? Porque me hayan calumniado una vez... Que hable Syra, muy conocida de Ricardo.

—Syra no, otras; muchas otras; Duque, que hable Nápoles.

—Padre mío, y tu Julio, no habeis contestado á Flaviano, ¿me coge la muñeca ó no?

—Cuando él quiera.

—No puedo, ni debo, ni quiero oponerme.

—Ya lo oyes, hermano. ¿Me harás un favor?

—Con mucho gusto. ¿Qué deseas?

—No estudiar mucho.

—Si puedo rebajaré algo á tu papel. Los cuatro quedarán esta noche.

—¿Con qué instrumento nos acompañas?

—Una lira.

—Muy bien. Estoy segura que vamos á pasar una noche deliciosa.

—Y yo.

—Una noche de encantos.

—De sirenas.

—Hasta de hadas y sílfides.

—Continuad vosotros hablando ínterin yo copio vuestros tres papeles.

—No te olvides cortarle al mío, Flaviano.

—Si puedo lo haré.

Y se retiró á su despacho hasta las doce de la noche que acabó su trabajo.

Al salir Flaviano, dijo la duquesa de los Andes:

—Mi hijo, señores, es digno de estudio. Jamás noté en él demostraciones amorosas ni áun con Alice á la que tanto quiere, y de pronto aparece, no sé por qué causa, el más dulce, el más tierno, el más amoroso. No me explico el motivo de ese cambio.

—No lo sabeis bien, señora duquesa,—le dijo Elvira,—nos ha dicho frases á Alice y á mí, que yo no oí á nadie ni áun en la galanteadora corte de España. Qué ideas, qué conceptos tan hermosos, si yo hubiera sido su prometida me vuelvo loca.

—Hija, ¿pueden oirse esas frases de quien no es tu futuro?

—No lo dudeis. Fueron dichas de un modo tan delicado, tan fino, tan agradable...

—Señor duque,—dijo Alice de pronto,—Flaviano de Osorio es incapaz de ofender á ninguna dama, á ninguna señora, á ninguna mujer, ni de obra ni de palabra. Es más fácil que vos, anciano y todo, falteis,

no obstante vuestra reconocida nobleza, que el dignísimo esposo que la Providencia me destina.

—Es verdad, tío, Alice os acaba de dar una merecida lección. Dudad de todo lo que querais, hasta de lo más santo, incluso de mi padre, de mí, de vuestra hija, de Alice, de todo, pero de mi hermano no podeis hacerlo sin cometer el más grande disparate.

—Muy bien, Julio, amado mío, yo, anteponiendo la justicia á todo, también voy á defender á nuestro hermano: Padre mío, contestad á una sola pregunta: ¿Dudásteis alguna vez de mi casta madre?

—No, hija mía.

—Pues menos debeis dudar de Flaviano de Osorio. Mi hermano es el agua cristalina y pura que todo lo limpia y que nada puede manchar.

—Perdonad, señores todos, y vos en particular Alice, si mi pregunta fué indiscreta. A un padre viejo ya y tan amante de su honor se le puede perdonar una leve duda. ¿Quieres una satisfacción más completa?

—No, basta.

—Pues quedemos en que mi querido amigo Flaviano, hijo, es el más digno de cuantos estamos aquí de vivir entre castas vírgenes porque es tan puro como ellas.

—Eso es, padre mío, eso; ahora le haceis justicia; ahora sois digno de su amistad.

—Me complace mucho.

—Vos, señor duque y señora duquesa, ¿no decís nada?

—Sí, yo diré algo, Julio, —replicó el duque del Imperio.—Habeis dado una importancia por efecto de mala interpretación á las frases de Pastrana, que no tiene. Mi amigo el duque no ha podido ni ha querido ofender ni áun rozar con la ofensa á mi hijo Flaviano. Lo que él dijo puede decirlo cualquier padre á la más casta y pura de sus hijas ó á la más alegre y revoltosa. Conociendo al duque y á mí Flaviano nada puede reprocharse en las frases de Pastrana.

—Si os parece, señoras y señores, mudemos de conversación y hablemos de la noche de mañana

—Aprobado.

—Yo,—dijo el general,—voy á soñar esta noche con las sirenas que escucharemos mañana.

—Si le hubiérais oido unas estrofas y un himno que cantó cuando volvía de Méjico no hace mucho y cuando todavía silbaba el huracán de la tormenta que acabábamos de sufrir, os volveis loco, vos que tan aficionado sois á esos cantos marítimos.

Ninguno sabíamos nada, á nadie se lo dijo, y cuando hacía poco que concluía de salvarnos á todos la vida oimos su voz... No puede explicarse el efecto que nos hizo.

—Es verdad, y cuando cantando el himno se dirigía á Dios, de pie, en el observatorio de su Numancia, inmóvil y con la vista fija en el cielo, general, parecía un ángel que evocaba á su Creador y se comunicaba con él.

—Yo no oí nada más dulce, más patético, más sublime.

—¿Si quisiera volverlo á cantar?

—Sí, encargándose Alice y Líbana, lo repite.

Los tertulios continuaron hablando hasta las once que todos se retiraron á descansar.

Flaviano continuó trabajando hasta las doce, dejando terminado á esa hora lo que se había propuesto concluir.

Durmió hasta las seis que se levantó y llamando á Zalla le dijo:

—Toma tu papel para que lo aprendas, que entren ese á Luisa, ese á Elvira y con estas instrucciones te vas al muelle á que hagan lo que en ellas encargo.

—¿Son para Fajardo?

—Sí.

—¿Nada más?

—No.

—Pronto vuelvo.

Y quedó Osorio estudiando su papel.

Después templó la lira y ensayó toda la composición en tres cuartos de hora.

A las siete y media concluyó, guardó su papel que no necesitaba estudiar más y pidió un ligero desayuno que iba á tomar en su despacho cuando entró Julio:

—Mucho has madrugado, hermano,—le dijo.—¿A qué hora te acostastes?

—A las doce y me levanté á las seis; he dormido bastante. Siéntate y vamos á desayunarnos. Hay de sobra para los dos.

—Con mucho gusto.

—¿Has visto las estatuas?

—Sí.

—¿Y las pinturas?

—También, Almeida es un consumado artista.

—Sí; un Miguel Angel.

—Eso es. Todo va bien y con la rapidez posible.

—Me alegro. ¿Y los indios?

—También trabajan. Luego volveré á reconocerlo todo.

—Sí, no los dejes un momento.

Terminaron el desayuno y al recoger el servicio dijo Flaviano á su criado:

—Que preparen cena para tomarla en la mar, Pérez.

—¿Para cuántas personas?

—Para quince ó veinte.

—¿Nada más?

—La llevas esta tarde al falucho que nos están preparando.

—¿Cuántos criados?

—Los que hagan falta para trasportar las viandas. Para servir en el barco tú solo. Llevas además mi lira.

—¿La mejor?

—Sí.

Volvieron á quedar solos los dos hermanos.

Después fué Zalla y se retiró á su aposento para estudiar su papel.

Julio salió para reconocer las obras de que estaba encargado.

Había cambiado por completo Osorio. Ahora no era más que un galanteador cortés, atento y complaciente con las damas.

Era un paréntesis breve de su vida.

Pronto el destino debía llevarlo otra vez á los combates que á él no le gustaban y se veía obligado á aceptar por amor á su querida patria.

Pronto volverá á oir el estampido de los cañones y tornará á ver las rubias cabelleras inglesas.

Le repugnaba todo aquello, porque su alma noble y generosa rechazaba la guerra, pero escuchaba la voz de su patria, la imposición de su deber y se inclinaba obediente.

CAPITULO LXXIV

El cuarteto.—La comida.—El navío Reina Margarita.—La sirena y sus compañeros.

A las doce entraron en el despacho de Flaviano Elvira, Luisa y Zalla.

Iban á ensayar el cuarteto.

—Flaviano,—le dijo la primera,—este papel es muy largo.

—¿Te lo has aprendido?

—Me ha costado mucho trabajo.

—Eso no importa

—A mí sí.

—Cerrad esa puerta y vamos con la salve. ¿Teneis alguno dudas?

¿No contestais? Buenos músicos.

—Eso ahora lo veremos.

Flaviano templó una lira y después de algunas

escalas empezó Elvira, entró después Zalla, detrás Luisa y el último Flaviano.

Cantaban á cuarto de voz y la lira solo se oía lo indispensable para que pudiera guiar á los cantantes.

Concluyeron á la una y media; habían tenido que repetir varias partes.

Cuando Flaviano estuvo satisfecho les dijo:

—Basta, la cantaremos bien.

En el mismo instante llamó Mendoza.

—¿Qué quieres?—le preguntó Flaviano.

—Ver á Luisa y deciros que es la hora de comer.

—¿A qué hora se come?

—A las dos.

—Rogelio, tu reloj va siempre adelantado, es la una y media.

—Abre, hombre.

—Luisa, déjalo entrar.

—Gracias á Dios. ¿Habeis ensayado?

—Sí.

—¿Sale bien?

—Eso lo direis vosotros esta noche.

—Aplaudiremos.

—¿Te gusta mucho la música?

—La vuestra sí, porque cantais muy bien.

—Gracias.

Comieron á las dos y algo después de las tres salió el primer convoy para el navío, volvió la carroza por los restantes y á las cuatro dieron principio al

ensayo de la misa. Pero esta segunda vez cantaban á cuarto de voz y repitieron mucho.

Flaviano se propuso afirmarlos en sus respectivos papeles y no paró hasta conseguirlo.

Al acabar les dijo:

—Ya estais bien; mañana el ensayo general y basta hasta que ya la cantemos á toda voz.

Osorio llamó aparte al conde de Alba diciéndole:

—Vamos al mar en un falucho. Entre las ondas cantaremos un cuarteto, después cenamos y á media noche estaremos en la isla, ¿quereis venir?

—Lo merezco, mi almirante, me llevásteis al infierno de los volcanes, justo es que esta noche os acompañe á la gloria.

—Os advierto que voy yo mandando el bajel y vos guiando el timón.

—Acepto.

—Pues vamos.

El falucho lo habían colocado al pie de la escala real; Flaviano bajó el primero y fué dando la mano á las cinco damas.

Habían quitado al falucho la caja poniéndole cinco sillones para las señoras y dos divanes para los caballeros.

No iba más criado que Pérez, el cual se sentó después que lo hicieron los señores en el extremo de la proa. Debajo llevaba las banastas con la cena, bajilla, vinos, etc., y una mesa que se abría y cerraba.

De pie Flaviano en la popa, dió las voces de man-

do, desliaron el velamen y cuando estuvo sugeto salió el falucho como una saeta.

Cuantos había en el muelle dieron un aplauso á los del falucho.

—¿Por qué aplauden?—preguntó Elvira.

—¿No lo comprendes, prima?

—No.

—Fíjate bien. Este esquife lleva las armas reales, la bandera de almirante, lo han forrado por dentro de seda blanca, los marineros son cuatro capitanes, el timonel, un maestre de campo y el patrón el rey de España.

—¡Es verdad!

—Con una tripulación así no creo que tengas miedo alguno.

—Ninguno.

—Como corre, Julio.

—No, prima, vuela

—Qué movimiento tan bueno.

—Es regular el patrón.

—¿Regular? Más torpe.

—Eso es, muy torpe.

—Elvira, que te lleno el vestido de agua,—le dijo Osorio.

—No puedes, Flaviano.

—Nada le es más fácil, prima.

—No lo hagas, Flaviano.

—¿Soy torpe ó no?

—Lo que tú quieras.

Elvira añadió riendo:

—Repara, patrón, esos cuatro míseros marineros se han sentado en el diván junto al general Carvajal y el duque del Imperio generalísimo de mar y tierra.

—Ya los castigaremos por su insolencia. Hasta el timonel se ha sentado también.

—¿Y el patrón?

—Ese lo hará después.

—Junto á Alice y de mi. Nos acercaremos al diván.

—Bien estais así.

—Julio, ven con nosotras.

—Aquí me teneis.

—Sigue volando.

—Aún volaba más cuando nos cogió la tormenta, —dijo la duquesa.—Creí que nos ahogábamos.

—Gracias á Fajardo que os salvó.

—Y después á tí, hijo mío.

—Conde de Alba, un poco á babor. Pasemos lo más cerca posible de ese otro falucho que nos precede. ¿Lo veis?

—Sí, señor, ya lo tenemos enfilado.

—A este vuelo pronto llegaremos á él.

El falucho que iba delante distinguió á su compañero y quedó al pairo.

Al cruzar frente á él el de Osorio, los tripulantes con su jefe á la cabeza formaron descubriéndose todos.

Los del otro falucho se pusieron en pie y también se descubrieron.

—¡Viva el héroe!—gritó el oficial que mandaba el primero.

—¡Viva!—le contestaron los tripulantes.

—¡Viva España!—exclamó Osorio.

—¡Viva!—dijeron unos y otros.

Entonces se sentó Flaviano, diciendo á Elvira:

—¿No es más cómodo este modo de viajar que ningún otro?

—Cuando está la mar serena. Pero cuando se enfada no quiero nada con ella. ¡Si nos cogiera un temporal en este barco tan pequeñito!

—Nos daríamos un baño y á casa.

El falucho corrió 20 millas. Ya era de noche cuando Flaviano mandó virar en redondo y emprendió el falucho el regreso.

Iba perfectamente alumbrado. En la popa llevaba un reverbero, otro en la proa y en el interior del bajel á guiorno.

Tanta luz brillando sobre el agua, cinco bellísimas mujeres en el centro y varios caballeros en los divanes formaban una vista sorprendente, porque todo aquello iba por el centro de uno de los peores golfos del mundo.

La mar parecía un estanque rizado por la brisa como si fuera un adorno con que se engalanaba.

—Llegó la hora, Flaviano, de cantar que el silencio y la soledad convidan.

—Sea, madre mía. La lira, Pérez.

Osorio la templó y dió principio á un preludio melodioso.

Al acabar comenzó el canto.

Ahora entonaba el cuarteto una salve á la Virgen, tan melancólica como arrobadora.

¡Qué efecto hacían aquellas notas saliendo de un barco tan diminuto en medio del Océano!

Todos los oyentes estaban extasiados.

En el centro de la salve tenía Elvira un solo, casi un aria, y al empezar dijo Flaviano:

—Carvajal, la sirena.

Eso parecía aquella voz tan hermosa, saliendo de una mujer tan bella.

Luego cantó otro solo, parecido á romanza, Flaviano y con él arrebató á todos sus oyentes; ¡qué notas tan purísimas, qué afinación, qué dó de pecho y luego otro y qué acento en toda la composición!

Se miraban unos á otros queriendo asegurarse de que estaban en el mundo y enmedio del mar.

La salve acabó como había empezado, con un cuarteto, cuyo final era un prodigio del arte.

—Dudo yo,—dijo Carvajal,— que se cante mejor en el cielo y con mejores voces. ¡Qué noche, qué canto y qué ventura! Gracias, mi almirante, nadie me dió en el mundo un rato más delicioso. ¿No os ha sucedido á todos lo mismo?

—A todos, á todos.

—Esto parece una ilusión que llega, se desvanece y deja en el alma un recuerdo imperecedero.

—Son las diez, señores, ¿queréis cenar?—preguntó Osorio.

—Sí, hijo mío,—le contestó la duquesa,—pero no tengas prisa por el regreso, esto es un paraiso.

—Muy bien. Pérez, la cena. Conde y vosotros capitanes, al pairo y vamos á cenar todos

En pocos minutos arregló la mesa Pérez, cubriéndola de manjares.

Se acercaron los divanes y dieron principio.

Este era otro efecto mágico. El falucho parecía una carretela muy grande, parada en medio del mar. O un comedor fijo entre las aguas.

Sino hubiera estado Flaviano, podían temer que de pronto se alterase el mar, pero estando el sabio almirante comían todos en aquel paraje con la mayor tranquilidad.

Unos reían, otros hablaban y el héroe más atento y cortés que todos, galanteaba hasta á su madre, formando el encanto de las cinco señoras.

El duque de Pastrana se acercó al oido del duque del Imperio y le dijo:

—Flaviano, ¿si tu hijo hubiera sacado tus intentos quién lo resiste?

—No me lo recuerdes, cada vez que pienso en esa idea me estremezco.

Más de una hora estuvieron sentados á la mesa.

Al acabar dijo Osorio á Pérez:

—Retira todo esto, dejándolo como estaba antes. Quédate con lo necesario para cenar y la tomas en la proa. ¿Qué decís madre mía, emprendemos la retirada ó no?

—¿Qué hora es?

—Son más de las once.

—¿Qué tardaremos en llegar?

—Cinco cuartos de hora.

—Sí, regresemos.

—Conde, capitanes, proa á la isla. Cuando estemos cerca yo cogeré la caña, que esa entrada es peligrosa y vos no la conoceis bien, Alba.

Y el barquito corrió de nuevo sin detenerse ya nada.

Todos iban muy satisfechos y complacidos de la hermosa velada de aquella noche feliz.

Dos millas antes de llegar al Cortado comenzó á dar dirección al falucho el almirante. Conocía todos los escollos que había allí, y cruzó junto á ellos sin rozar su barquito.

Se hallaban en la bahía á las doce y media de la noche, y en el muelle á la una.

Se despidieron de ellos los que se quedaban, las damas y Flaviano, por aclamación, subieron á la carroza, y los restantes se dirigieron al palacio á pie.

Eran ya las dos de la madrugada cuando buscaron el reposo.

CAPITULO LXXV

Continúan los preparativos para las cinco bodas.—Un mensaje del rey de España.—Otro navio.

Desde la mañana siguiente Flaviano se dedicó en unión de Julio á activar todo lo que á la boda se refería.

Visitaban los talleres, daban más encargos á Almeida, que era el director de los pintores y escultores, y se ocupaban hasta de elegir las telas que habían de adornar el templo. De éste era del que más se cuidaban, pero con tal reserva, que tenían situados varios centinelas para no dejar aproximarse á nadie al sitio donde trabajaban los zapadores y encargados de aquellos.

Flaviano asistió, además al ensayo de la misa y á otros ensayos, que ocultaba á aquellos que no tomaban parte en ellos.

De este modo trascurrió una semana.

Todo estaba ya concluído menos el templo. Iba Flaviano á designar el día próximo en que debían celebrarse los cinco matrimonios, cuando fué sorprendido con la visita del maestre Fajardo.

—Señor,—le dijo éste quedando parado frente á él;—¿Podéis oir el relato de lo que acontece?

—Sí, hablad

—Uno de los faluchos que vigilan los alrededores de la isla, me participa la llegada próxima de un navío español, remolcado por el crucero "Leopardo."

—¿Qué más dice el jefe de ese falucho?

—Que el navío trae averías de consideración, á juzgar por la lentitud de su marcha y por los esfuerzos que hace el crucero para remolcarlo.

—¿Nada más?

—Sólo tuvo tiempo para hacer esa observación y dar el aviso antes de que llegaran á la isla los dos barcos.

—Está bien; dad entrada á esos dos buques, que ancle el crucero, que lleven al dique el navío y traedme á sus dos comandantes.

—Parto, si me lo permitís, pues juzgo que deben estar cerca del Cortado las dos embarcaciones.

—El falucho puede continuar sus observaciones.

—No tardaré en regresar.

—Aquí os espero.

Salió el maestre y el héroe quedó meditando hasta que llegó el príncipe Julio preguntándole:

—Flaviano, ¿es grave la misión que te ha traido Fajardo?

—No lo creo.

—¿Detendrá nuestras bodas?

—No.

—¿Puedo saber de qué se trata, hermano?

—Tu puedes saber todo lo que yo sepa y hacer todo lo que yo haga. No te achiques, Julio, que eres más que yo y vales por lo menos tanto.

—Solo me iguala á tí el cariño que me tienes, Flaviano, pero ese por grande que sea no puede amenguar la inmensa distancia que tu genio te separa de mí.

—Hermano, todos nuestros maestros nos juzgaban iguales en aplicación, en capacidad y en talento. Eres primo del rey de España é hijo de un santo que se elevó como guerrero á la mayor altura y como religioso á donde no llegaremos ninguno.

—Flaviano, áun cuando fuera cierto, todo lo que acabas de decir, todavía puedo yo exclamar: Hermano, tu genio, tu heroismo, te ha colocado por encima de los reyes y del resto de los hombres y no hay monarca ni sér alguno que se iguale á tí.

—Por Dios, Julio, no me abrumes...

—Por Dios, hermano, deja que diga la verdad, una verdad que forma mi orgullo, mi dicha, mi ventura.

—Que Dios te bendiga, Julio, y te eleve sobre mí; tu nobleza de alma basta por sí sola para hacerte digno de esa merced.

—Sobre tí no...

Ambos se abrazaron, siendo interrumpidos en su patética escena por la llegada de las cuatro hermosas jóvenes que entraron, exclamando Elvira:

—¡Se abrazan! Buena señal. Dí, Flaviano, ¿qué ocurre?

—¿Quién es el general, tu ó yo?

—Tu mandas á todo el mundo, porque vales más que los reyes, pero nosotras mandamos en tí, porque nos amas y nos obedeces. Contesta, ¿qué ocurre?

—¿A qué te refieres?

—A la venida de Fajardo.

—No obstante ignorar la causa juzgo que solo se trata de la llegada de un navío español remolcado por un crucero nuestro.

—¿Qué le sucedió á ese navío?

—Que siguiendo su ruta tuvo que batirse y trae grandes averías. Lo supongo, no lo se.

—Tu todo lo sabes, todo lo adivinas. Contesta: ¿A qué viene ese navío?

—Probablemente á traerme un mensaje del rey.

—¡En el día en que ibas á designar la fecha de nuestras uniones!

—Ocurra lo que quiera tendrán estas lugar el domingo próximo.

—Niñas, démosle un abrazo cada una. Toma el mío.

Las cuatro lo abrazaron.

—¿Os alegrais?

—Sí, porque no faltan más que tres días.

—¿Tanta prisa teneis?

—Sí.

—Os agradezco vuestra franca declaración. El domingo nos uniremos los cinco á otros tantos ángeles con los que la sublime Providencia va á recompensar las desgracias inherentes á la vida humana.

—¡El que no era galante con las damas!

—Los restantes hombres,—dijo la duquesa de Tabasco,—lo son cada uno por sí solo, mi señor lo es por cinco á la vez.

—Luisa, yo no soy tu señor, soy tu amigo y te prohibo hablarme de ese modo.

—Si vos habeis olvidado que fuí vuestro paje y que os pertenece hasta mi vida yo no, según las leyes de mi país, vuestra era hasta mi honra. ¿Qué hicísteis? Dejarla pura, inmaculada, ennoblecerme, elevarme... Seré duquesa para los demás, para vos, para los que ahora nos rodean siempre vuestro paje, eternamente vuestro paje.

Todos aplaudieron las frases de Luisa; las había pronunciado con una entereza, con una convicción que claramente vieron en la hermosa dama al valeroso paje que salvó varias veces la vida de su señor.

—Luisa...

—No molestaos, señor, nada puede honrarme tanto como haber sido vuestro paje, y jamás prescindiré de ese honor.

—Has salvado mi vida...

—Si vos no hubiérais salvado la mía antes no podría yo después salvar la vuestra.

—Quiero que me tutees como estas tres.

—No lo haré nunca, quiero yo que mi amor á vos permanezca envuelto en el respeto y consideración que mereceis.

—Terca como siempre.

—Juzgadme como os agrade, pero eso ha de ser.

—Por tu centísima desobediencia recibe un beso en tu pura frente y haz, según costumbre, lo que más te agrade.

—Os lo devuelvo de rodillas en esta mano que empuña la primer espada del mundo.

—Luisa...

—Ya está hecho, señor.

—¡Si Mendoza lo sabe!

—Lo amo, señor, pero Dios le libre de oponerse á que cumpla mis deberes para con vos; si lo hiciera lo despreciaría si aún estaba soltera, de casada le costaría la vida.

—¡Bravo, Luisa! – exclamaron los restantes, menos Osorio, y la estrecharon cariñosamente.

—Gracias á Dios que al fin he visto al antiguo paje tan resuelto, tan valiente, tan decidor como me lo había figurado. Con admiración he contemplado su ardiente mirada, su hermoso y varonil semblante, su actitud llena de arrogancia y de dignidad, sin perder el respeto que debe á su señor. Bravo, duquesa de Tabasco; desde hoy te quiero más,—exclamó Elvira.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo,—dijeron Alice, Julio y Líbana.

Después entraron Mendoza, Zalla, sus padres, y el general de marina, concretando desde este instante su conversación á los preparativos de la boda.

Comieron á las dos, y cuando acababan, participaron al héroe que en su despacho le esperaban Fajardo y los comandantes del crucero "Leopardo„ y del navío que concluía de llegar.

—Ven, si quieres, Julio,—dijo Flaviano.

—Con mucho gusto.

—Yo también,—añadió Elvira.

—No puedo consentirlo,—replicó el héroe.

—¿Por qué, Flaviano?

—Porque con tu belleza, con tus encantos, con el ardiente fluido que despiden tus hermosos ojos vas á perturbar á los que esperan, impidiéndoles me den cuenta del asunto que los trae aquí.

—¡El refractorio al amor y á la galantería! Pues me cojo á tu mano y me voy contigo.

—Niña,—le dijo el duque de Pastrana con un poco de severidad.—¿Por qué no te coges á la mano de tu primo Julio?

—Porque es mi futuro y el héroe es mi hermano.

—No puedo con ella, señores.

—Dejadla, señor,—le contestó Julio y salieron los tres, entrando en el despacho de Flaviano en el cual esperaban los marinos.

Los tres se inclinaron al ver llegar á sus jefes; pero bien pronto alzó la cabeza el comandante, que concluía de desembarcar, diciendo:

—Que Dios os bendiga, señor almirante, terror de los enemigos de España, baluarte inespugnable de la patria querida. Y á vos, señor príncipe, que el cielo os cubra bajo el mismo dosel que á vuestro hermano adoptivo el héroe—dijo á Julio, y fijándose en Elvira añadió:

—La Providencia vele por vos, ilustre dama de regia estirpe, pero ella nos libre del fuego abrasador de vuestros ojos, de una hermosura que seduce, encanta y puede matar mejor que mi cortante hacha de abordaje.

Flaviano le alargó la mano diciéndole:

—Estrechadla y sentaos.

—Esta diestra, mi almirante, no la mandó Dios al mundo para que la manosee nadie, sino para que la besemos.

Y sin tocarla le dió un ósculo, sentándose frente al héroe.

Los cuatro restantes miraban al comandante con curiosidad é interes. Se presentó allí con el traje raído y descompuesto, parecía que acababa de salir de una larga y reñida batalla.

Tenía cuarenta años, no era mal parecido, y su musculatura rígida, rostro varonil y mirada fija y atrevida, lo presentaban como un sér nada vulgar.

Flaviano hizo seña á los que aún permanecían en

pie para que se sentasen, y después que hubo estudiadocon una profunda mirada al marino con quien había hablado le dijo:

—Veo, Sr. Vivas, que á los tres nos conoceis; también yo á vos, comandante del Rayo, el *Huracán,* según os llama el vulgo.

—No me extraña que me conozcais, mi almirante, vos conoceis á todo el mundo.

—Dicen que vuestro navío «El Rayo» trae bastantes averías, ¿á cuántos buques echásteis á pique?

—A dos galeras que hallé.

—¿Holandesas?

—Sí, señor.

—¿Cuántos agujeros hicieron á «El Rayo».

—Veintiuno.

—¿En los mares de Europa?

—No, señor, en el de Colón.

—Si la batalla hubiera sido en los europeos, tendría su mérito y os elogiaría, pero en los americanos no hallo motivo para elogiaros.

—Señor, ¿hay diferencia entre unos y otros?

—Mucha.

—Si tuviéseis la bondad...

—Aquí, señor maestre, se estila otra cosa; aquí se bate una galera contra veinte navíos, echa á pique ocho y se trae los doce restantes prisioneros.

—Eso puede hacerlo un héroe, un genio que no tiene rival en el mundo. Eso se estila en los mares de

Colón ahora que está él, mañana se estilarán en los europeos porque estará él en ellos.

—No conozco héroe alguno; si vos teneis noticia de alguno callaos su nombre, no quiero conocerlo. ¿Qué os sucedió después de echar á pique las dos galeras holandesas?

—Se anegaba mi navío, hubo momentos en que creí que nos íbamos todos al fondo del abismo, pero contaba con 800 hombres, y unos tirando agua y otros componiendo y tapando agujeros, logré á las veinticuatro horas continuar mi ruta, lenta y difícil, pero segura.

—Esos remiendos irían hilvanados.

—Sí, señor, hilvanados.

—¿Qué os ocurrió después?

—La casualidad hizo que hallara en el golfo de Méjico al crucero «Leopardo», que me prestó auxilio hasta llegar á esta isla. Sin él hubiera arribado á ella, pero ¡con qué dificultades, señor!

—¿Es buena la gente que habeis traido?

—Inmejorable, señor; á los gritos de viva España se han batido como leones en los dos abordajes que tuvimos y luego que el enemigo se fué al infierno por entre las ondas del mar, siempre gritando viva España, desaguaron el navío y trabajaron con ahinco indescriptible.

—¿Qué motivó los abordages cuando hacían fuego los cañones.

—La rabia, el corage del enemigo que se veía ba-

jar al fondo del mar y quiso darnos un abrazo de despedida.

—¿Cómo lo recibísteis?

—Con dos descargas de arcabuz.

—¿Y luego?

—Señor, después jugó el hacha y murieron todos los que pisaron la cubierta del «Rayo».

—¿Cuántos érais?

—Los que nos abordaron más de 400.

—Pocos eran para abordar y muchos para morir. ¿Tomásteis parte los 800 en el ataque?

—Hasta los grumetes.

—¿Qué bajas tuvísteis?

—Ochenta muertos y 120 heridos.

—Muchos fueron los combatientes y bastantes los muertos y heridos. ¿Cómo acabó la pelea?

—Hundiéndose las dos galeras.

—¿Ningún holandés se salvó?

—Ninguno.

—¿Dónde iban esos dos barcos echados á pique?

—Nos venían persiguiendo. No se otra cosa de ellos?

—¿Huíais cuando se acercaban?

—Todo lo contrario, en cuanto los distinguí quedamos enclavados en el Océano.

—¿A dónde íbais?

—Veníamos á esta isla.

—¿Qué misión traeis?

—La de entregaros este pliego de S. M. el rey.

—¿Qué más?

—Debo quedar á vuestras órdenes.

Flaviano leyó el escrito del rey y después que hubo meditado tres minutos exclamó:

—Fajardo, partid con Vivas á la bahía, reconoceis «El Rayo» y si lo permiten sus muchas averías que lo lleven al dique y lo dejen lo mejor posible. Si no puede recomponerse, sacais cuanto hay en él dejándolo de hospital de esos 120 heridos que conduce. En este caso distribuís la fuerza entre los buques que están necesitados de ella. Partid.

Volviéndose Flaviano hacia el comandante del crucero «Leopardo» le dijo:

—Ahora vos, capitán Bengoa, ¿qué habeis hecho?

—Señor, estaba en Jamaica y su puerto queda ya lo bastante fortalecido para resistir á una escuadra.

—Se acercaron buques enemigos?

—No, señor.

—¿Y mercantes extranjeros?

—Sí, señor, y esa es la razón de no llegar ninguno de guerra; el enemigo sabe ya lo ocurrido sin duda alguna, y por esta causa no ha vuelto á presentarse en aquellos mares.

—¿Qué más hicísteis?

—En este escrito hallareis el resultado de todas mis averiguaciones, hasta el momento de encontrar á el «Rayo» y remolcarlo á esta isla.

Flaviano leyó las noticias que le llevaba escritas Bengoa.

—Quedo satisfecho de vuestra conducta en la marcha y descubrimientos que concluís de hacer. Con nuevo derrotero y tanto interés y energía como demostrasteis hasta aquí, haceos á la mar de nuevo hoy mismo, continuando vuestras investigaciones.

—¿Manda algo más mi almirante?

—No, partid.

Y quedó el héroe meditando, sin que Julio ni Elvira se atrevieran á distraerlo.

No tardaron en presentarse en el despacho sus restantes parientes y amigos, preguntándole con afán:

—¿Ocurre algo grave, Flaviano?

El héroe levantó la cabeza, y después de observar la ansiedad que todos demostraban, les dijo:

—No acontece nada que pueda alterar nuestras bodas, ni la normalidad de la isla. Nos casaremos el domingo.

—¿Nada más puedes decirnos?

—Sí, padre mío, el rey me ha mandado un mensaje, y el capitán del «Leopardo» ha hecho algunos descubrimientos en su importante excursión. Del uno y de los otros resulta que á pesar de las derrotas sufridas por los ingleses, franceses y holandeses, sitiarán la isla más de cien navíos de guerra.

—¿Saben ya lo ocurrido?

—Lo ignoro, pero cuando me escribían esa noticia no podían conocerlo. Digo que vendrán más de cien navíos por la pretensión que tenía el enemigo de re-

unir frente á esta isla ciento treinta. Este era, á la fecha del mensaje del rey, su último acuerdo.

—¿Qué opinas tú, Flaviano?

—Padre mío, nos es enteramente igual que nos sitien más de cien navíos, que cincuenta, que doscientos; esta isla es inexpugnable.

—Deduzco de tus frases que ni el mensaje del rey ni las noticias del capitán pueden afectarnos.

—Decís la verdad.

—Es decir que nada ha ocurrido.

—Eso es distinto, padre mío. El rey creyendo importante la noticia que nos mandaba, encargó el mensaje á un marino, capaz de abrirse paso por medio de una escuadra, le atacaron, echó á pique dos galeras, sufrió dos abordajes sangrientos, llegando con su navío destrozado y doscientas bajas.

—¿Pero, el enemigo?

—Los holandeses perdieron mucho más, pero eso no es razón para que dejemos de sentir nuestras pérdidas.

—¿Quién es ese marino?—le preguntó el anciano Carvajal.

—Vivas, llamado el *Huracán.*

—¡El maestre Vivas! Lo conozco, lleva ya perdidos varios buques, pero echó á pique muchos más. No hay marino más valiente en el mundo.

—General,—lo hay,—le dijo Julio.

—No lo conozco, señor príncipe.

—Mi hermano Flaviano,—exclamó Elvira.

—El genio no se puede comparar con nada.

—Y mi primo Julio.

—No lo niego.

—Y como valiente, Zalla.

—No continués, Elvira; todo lo que hay en esta isla es tan excepcional como el héroe; yo me he referido á cuantos están fuera de ella, en manera alguna á los de dentro.

—General,—le dijo Osorio,—el *Huracán*, como el vulgo le llama, es temible para sus enemigos y para nosotros. El hombre temerario discurre menos que el valiente.

—Eso es indudable, mi almirante.

—Mientras sirva á mis órdenes, Vivas será siempre el último. El rey y la patria nos mandan para ganar victorias y triunfar de sus enemigos, no á perder barcos y españoles.

—También es cierto.

Nuestros amigos continuaron hablando hasta las cuatro que salieron á caballo Flaviano y Julio, seguidos de sus dos criados de confianza.

Llegaron al muelle, y entrando en la falúa se dirigieron al dique.



CAPITULO LXXVI

Reconocimiento de el «Rayo».—Los heridos.—El *Huracán*.—Continúan los preparativos de las cinco bodas.

Los dos hermanos llegaron al dique, trasladándose acto continuo al navío "Rayo.„

Allí encontraron á Fajardo y Vivas dando órdenes para reparar las muchas averías del destrozado navío.

Flaviano hizo en él un reconocimiento minucioso, después fué visitando herido por herido, preguntando á todos, examinando á algunos hasta enterarse de la gravedad de cuantos sufrían en el lecho del dolor.

Tres horas duró su estudio.

Luego entró en la cámara de popa, diciendo á Fajardo y Vivas:

—Señores, los enfermos están muy mal asistidos; un médico y dos practicantes no pueden cuidar bien á 120 heridos. Es necesario que con mucho cuidado,

pues hay algunos graves, los trasladen inmediatamente á las casas que hay en el dique, anteponiendo á todo la salvación y mejoría de esos infelices. Puesto que nos sobra personal, que se encargue un facultativo de cada 10, y me den parte diario los 12 médicos que necesitan los 120 heridos, del resultado de su asistencia. Castigaré severamente al que incurra en la más leve falta en lo relativo á este particular, quiero salvarlos á todos, y desgraciado el que no secunde mi propósito. Vos, *Huracán,* aprendisteis bien á matar; yo he aprendido á salvar á los que es posible librar de la muerte. Tened entendido, y debe serviros de gobierno, que los que me imitan van siempre á mi lado, y son como yo los primeros, á los que obran de otra manera los rechazo ó los pongo á la cola. Para desempeñar bien vuestro oficio y el mío, es necesario valor, pero sin temeridad, y es necesario humanidad. Los triunfos y las victorias deben comprarse, si han de tener mérito, muy baratos y solo brillan en todo su esplendor cuando salen de balde Os digo todo esto porque valeis, si no fuera así ni os hubiera permitido llegar á mi presencia.

— Gracias, señor, por la lección que acabais de darme; como vuestra, es sabia, irreprochable y me ha interesado tanto que me llevará á vuestro lado, jamás á la cola.

—Eso deseo.

—Eso ha de ser, en primer lugar porque vos lo quereis. Sois el rey aquí, señor, pero qué rey, un mo-

narca llovido del cielo. ¡Bendito seais en nombre de España! Así se manda, así se aconseja, con frases tan elevadas y con tan sublime ejemplo. Mi almirante, acabó el *Huracán* y empieza el discípulo de un héroe. Haga el cielo que pueda imitarlo.

—Estrechad mi mano, Vivas; os he ganado para la patria, ella os recompensará expléndidamente. Y vamos con la segunda parte. *El Rayo* puede componerse bien, que dirija Fajardo la recomposición y tendrá algunos años más de vida. Según lo iba examinando hice estos apuntes, si vosotros no los teneis mejores dadles aplicación. Va entrando la noche. Vámonos, Julio.

—Cuando tu quieras.

—Maestres, esos heridos.

—Estaremos al cuidado de ellos no dejando descansar á los médicos y practicantes.

—Un hombre vale más que diez navíos.

—Y siendo español...

—Quedad con Dios.

Y tomaron la falúa, regresando á su palacio.

—Mucho habéis tardado hijos—les dijo la duquesa de los Andes.

—Madre mía,—le contestó Flaviano,—tenemos 120 heridos y un buque del rey destrozado. Y el reconocimiento nos entretuvo.

—Hijo, segun nos han dicho el comandante de ese navío es atroz, me parece que no sirve para obedecerte.

—Eso era antes, madre mía.—le contestó Julio—le han bastado á mi hermano veinte frases para hacerle cambiar de ideas, creo que de carácter y para convertirlo en un discípulo suyo.

—Será otro milagro.

—Que no debe estrañaros siendo así que los hace todos los días.

El héroe descansó el resto de la noche: se levantó temprano y su primera visita fué á la enfermería donde estaban los 120 heridos.

Volvió á reconocerlos seguido de los 12 médicos y más de 40 practicantes; les hizo preguntas á todos, los examinó cuidadosamente y luego se encerró con cuantos le acompañaban.

Zalla iba como de costumbre á su lado.

—Señores,—dijo á los médicos.—No es necesario que practiquéis ninguna amputación, y entiendo que hoy morirán los dos que están espirando y podréis salvar á los 118 restantes.

—Haremos lo posible, señor.

—Lo que os pido puede ser.

—En ese caso llenaremos vuestros deseos.

—¿Tenéis buena farmacia?

—La hemos establecido con los cuatro hombres más inteligentes que tiene la escuadra.

—Eso es. Velad por esos infelices, uniendo todo vuestro talento al cuidado mayor.

—Lo estamos haciendo, señor.

—Lo deseo y os lo mando.

Y se despidió de ellos, saliendo con Zalla, seguido de Vivas y Fajardo.

Cuando pasaban por delante de las enfermerías oyeron varias voces.

Eran los heridos que vitoreaban al héroe.

Pronto habían comprendido aquellos desgraciados la paternal solicitud del noble general en jefe.

Ya en la falúa el general y su ayudante, se trasladaron al templo en construcción, viendo lo que estaban haciendo y dictando medidas para que los adornos fuesen colocados por el orden que el eminente director deseaba.

Luego ensayaron los dos con el bajo y otros músicos, llegando al palacio á la hora de comer.

En todas las obras que tenía ensayadas Osorio para la celebración de las bodas trabajaban más de cuatro mil hombres y cuarenta mujeres.

Se sentaron á la mesa y comieron.

Al terminar aquel acto preguntó Elvira á Osorio:

—¿Cómo siguen tus heridos, Flaviano?

—Lo mismo, pero el cambio de local y la excelente asistencia que ya tienen influirán mucho para el progresivo alivio que anhelamos.

—Qué bueno eres, qué noble, qué generoso, imposible parece que mates y ahogues tantos seres humanos.

—Me obligan, Elvira.

—Ya lo sé; tú eras incapaz de hacerlo guiado por tu voluntad.

—No lo dudes.

—Oye, hermano, ya unido á mi querida Alice y, yo á Julio acabas con los ingleses que vienen contra tí y regresemos á España sin pérdida de tiempo. Luego nos vamos á vuestra posesión de Toledo ó á la mía de Pastrana y allí descansamos unos cuantos años de tanta fatiga.

—¿Y la patria, Elvira?

—Que la defiendan otros.

—¿Dónde están?

—En España.

—Ojalá y fuera posible.

—Como tú te empeñes.

—Que hable tu padre.

—Piensa como yo.

—No, hija mía, pienso como el rey y como todos los españoles. Flaviano se debe á su patria y ni él puede prescindir de ella ni ésta de él.

—Buen porvenir nos espera.

—Quién sabe, Elvira.

—Siempre en guerras, siempre ausentes de sus casas y comodidades...

—Como sus padres, hija mía.

—Buen consuelo.

—Cuando me halle en Madrid le he de decir á don Felipe tercero más de cuatro verdades.

Poco después montaron á caballo Flaviano y Zalla con sus dos criados saliendo á escape en dirección de la Gruta del Diablo.

En cuanto llegaron descendieron al fondo, bajaron por el torno, llegando al sitio en que trabajaban treinta zapadores dirigidos por el capitán que ya conocemos. Saludaron á éste, y Flaviano reconoció las obras con el mayor detenimiento.

La grieta estaba cerrada perfectamente, unidas las junturas y solo faltaba la cubierta del barro incombustible para terminar la obra.

A presencia del héroe empezaron esta postrer operación.

A la media hora, exclamó Flaviano:

—Muy bien, capitan; continuad de ese modo cuidando que esa segunda cubierta tenga la cuarta de grueso que lleva. Podéis concluir mañana por la noche, retirándoos todos á descansar de estas fatigas.

—Lo haremos, señor.

—Yo doy ya por concluida esta obra; hacedlo vos mañana y disponeos á presenciar un acontecimiento extraño en el palacio.

—En nuestros antiguos hospedages dormiremos mañana.

Se despidieron y cogido al brazo de Zalla llegaron fuera de la gruta, montando á caballo y volviendo á correr.

A buen paso consiguieron entrar en su palacio á las nueve de la noche.

Cenaron después y un poco antes de las once se retiraron Julio y Flaviano á su dormitorio.

Ya estaba en cama cuando el príncipe dijo al héroe.

—¿Has estado en la gruta?

—Sí, Julio.

—¿Cuándo acaban?

—Mañana.

—¿Quedará bien aquella bóveda?

—Sí.

—¿Vienes satisfecho?

—Cuanto es posible.

—¿Te ofrece alguna duda?

—No, hermano, áun cuando sufriéramos otra erupción, lo cual no es probable en mucho tiempo, la isla no peligra por esa parte.

—¿Y por la otra; es decir, por donde el mar va comiendo terreno?

—Por allí tardará tres ó cuatro años y lo menos dos. No te molestes, saldremos de esta isla mucho antes de que ocurra el cataclismo.

—¿Cuándo esperas la llegada de las tres escuadras aliadas?

—Pronto, Julio, antes de un mes.

—Noto, Flaviano, que hay algo triste y melancólico en tus ideas desde que has leído el mensaje del rey.

—No te equivocas, Julio.

—¿Puedo saber la causa?

—Sí. A tí no quiero ocultarte nada.

—Gracias, hermano, habla por favor. Ya sabes que siempre hemos compartido nuestras dichas y nuestras penas.

—Julio, se realizarán nuestras bodas el domingo sin inconveniente alguno.

—De eso estoy convencido.

—A los veinte días, poco más ó menos, llegarán los ingleses, franceses y holandeses con intención de no dejar uno de nosotros; traen la pretensión de asolar esta isla, y que envuelto en sangre y lodo quede sepultado el pabellón español entre ruínas y escombros, saliendo de aquí el triunfo y la gloria para ellos y la humillación y vergüenza para España.

—Qué ignorantes.

—Para conseguir lo que se proponen, harán prodigios de valor, emplearán toda clase de medios y recurrirán hasta lo imposible.

—¿Qué lograron, hermano?

—Agrandar á mi juicio su derrota, multiplicar el número de sus víctimas y elevar el nombre español.

—¿Entonces que te apena hermano?

—Las consecuencias que eso ha de tener.

—Esplícate, Flaviano.

—Francia é Inglaterra, son dos imperios poderosos, lo que á Holanda le falta de poder lo suplirá con el ódio que tiene á España y unidos los tres reinos, reharán sus fuerzas y volverán contra nosotros con más poder y brio que anteriormente.

—Y será una lucha perpetua.

—Eso será en el caso de que no logremos hacerles odiosa la guerra.

—¿Podrá ser eso último?

—Si la suerte nos ayudase entiendo que sí.

—¿Qué suerte es esa, hermano?

—La muerte de Isabel de Inglaterra y de Enrique de Francia.

—¿Próximas?

—Creo que sí.

—¡Ah, genio incomparable; tu mirada de águila se remonta ya á lo desconocido!

—A lo probable nada más.

—A lo que nadie ve.

—Puede que me equivoque.

—¿Tú?

—Sí.

—Es una locura imaginarlo.

—Julio, meditando sobre lo más verosímil podemos deducir lo siguiente: Derrotados Francia, Inglaterra y Holanda regresaremos á España y allí, Julio, no tendremos castillos como lo es esta isla. Allí las batallas serán sangrientas...

—No, Flaviano, conozco tu pensamiento y estoy seguro que eso es imposible. Me consta que en los mares de Líbana vas á enterrar las primeras escuadras del mundo y los más grandes ejércitos de Europa, y allí no puede ser eso.

—He querido decir, hermano, sangrientas para ellos y para nosotros; para nosotros cuya idea me desespera.

—Flaviano, yo no puedo, ni debo, ni quiero adularte; en Europa como en América tu genio será el mismo y ese no se queda aquí, irá con nosotros.

—No me hables de genios, Julio. No hay otro genio que la voluntad divina.

—No te se puede decir la verdad en lo que á tí se refiere. Continua: Allí no tendrás un baluarte inexpugnable como hizo tu genio de esta isla, pero tendrás millones de españoles que te seguirán con ciego entusiasmo al combate y en cada uno de ellos otro baluarte que defenderá á España y á su héroe con arrojo y valor indescriptibles. Aquí estás asombrando al mundo con tus hechos, allí formarás el asombro de la generación presente y de todas las venideras.

—Haciendo correr arroyos de preciosa y noble sangre española. Cubriendo la tierra de cadáveres y sepultando en la mar millares de ellos. Dejando á las tiernas esposas sin marido, á los padres sin hijos, á los hijos sin padres y llenando mi patria de luto, de llanto y de aflicción. ¿Qué vale el triunfo, qué vale la gloria comparados con esos cuadros de muerte, espanto y terror?

—Flaviano, por María Santísima, no delires. Tú el más sabio de los hombres, el genio incomparable de la tierra, que todo lo sabe, que todo lo comprende, que todo lo ve, ni te miras, ni te comprendes, ni sabes lo que vales. ¿Tú que tienes en tu cerebro un germen de creación sublime, indescriptible, conoces por ventura lo que harás en Europa, lo que allí crearás, lo que va á brotar contrario á esos arroyos de sangre castellana? ¿Te ha dicho el destino lo que te va á exi-

gir, lo que va á pedir á tu genio en los mares y en las tierras de Europa?

Y sentándose el príncipe sobre la cama añadió con fe profunda:

—Alza esa frente poderosa; como dominas á los hombres todos, inclusos al rey y á mi padre, domina tus ideas melancólicas, tus pensamientos torturadores y guiado por solo tu genio entra en el porvenir, con la arrogancia del que todo lo puede y con la seguridad del que no ha de cometer una acción indigna ni pecaminosa. Flaviano, solo te achica en el mundo tu modestia, la mala idea que tienes de ti cuando eres lo más grande que existe.

En este momento se abrió la puerta del dormitorio y apareció en los umbrales la hermosa figura del príncipe de Italia.

Su traje talar, su venerable corona de religioso, su bella ancianidad limpia de toda mancha y la pureza y santidad de su rostro, lo presentaban con la opaca luz del dormitorio como un fantasma casi celestial.

Anduvo diez pasos, se inclinó, y después de estampar un ósculo cariñoso en la frente de Flaviano, le dijo:

—Hijo mío, el diálogo á que te ha provocado Julio, fué inspirado por mí. Leí en tu rostro la amargura que embarga tu espíritu y quise conocer la causa.

—Gracias, padre mío. ¿Todo lo oísteis?

—Casi todo. Conocida la causa que motiva tu mal

oré á la parte opuesta de esa entrada donde me situé desde el principio.

—¿Qué os proponéis, señor?

—Todas las ideas que espresastes son las mías; tu alma noble y generosa nunca se elevó tanto como esta noche. Te admiré, Flaviano, como se admira lo sublime; hicistes palpitar mi corazón y lleno de júbilo te bendecía brotando de mi pecho torrentes de amor. Eres el predilecto de mi padre Alberto, su igual.

—¡Señor, también vos!

—Yo nunce miento, Flaviano.

—¿No os puede ofuscar el cariño que me tenéis?

—No.

—Proseguid, padre mío, y yo os ruego no me elogieis. vuestros elogios me lastiman.

—Y los de todo el mundo; lo mismo era mi padre. Prosigue, hijo amado: te ví y oré postrado ante el Señor. Flaviano, mi oración no fué vana Yo, tu padre adoptivo, tu maestro, tu confesor y el que odia con toda su alma la guerra y detesta el derramamiento de sangre humana, te mando sigas adelante por el camino que vas sin que te aflijan las consecuencias de las batallas ni de combate alguno. Flaviano, eres el predestinado; lo que tu realices debía ocurrir; lo que tu hagas está mandado hacer. Eso ha dicho mi padre; eso únicamente debe ser.

Le dió otro beso en la frente y desapareció.

Osorio se sentó también sobre la cama y mirándolo salir exclamó:

—¡Lo ha dicho su padre, el gran Alberto, el Santo! Pues que se cumpla la voluntad de Dios. Julio, todo ha concluido; ese venerable anciano, ese Santo, con dos frases arrancó de mi espíritu la funesta idea que lo martirizaba.

—¡Cuánto te ama, hermano!

—¿Tienes envidia?

—Sí, eres el único hombre á quien yo puedo envidiar; pero se ahoga mi envidia en el océano que forma mi amor á tí, tus merecimientos y otra causa más poderosa. Flaviano, todo el bien que te hacen á tí lo recibo yo como mío, como hecho á mí. ¿Te gusta mi envidia?

—Es como tuya, como debía ser.

—¿Vas á estar contento y satisfecho?

—Sí, nuestras bodas llevarán el sello de mi satisfacción.

—Eso quiero; que esos ángeles que esperan en nosotros sean sorprendidos por tu ganio y con tu alegría.

—Lo serán.

—Que no echen nada de menos.

—Las abrumaré con encantos que multipliquen su felicidad.

—Y luego que sea lo que Dios quiera.

—Eso es. Vamos á dormir, hermano, y ambos cerremos los ojos, bendiciendo á Dios, á Alberto y á su hijo Julio.

Así lo hicieron.

Mómentos antes de quedar dormido Flaviano, y cuando ya tenía los ojos cerrados, llegó á su cerebro una idea, apareciendo en sus labios una dulce sonrisa.

—Eso es,—exclamó para sí.—No habrá sangre en Europa. Alberto, la idea es tuya, y á tí te la inspiró la sabia Providencia.

Nada más dijo, quedando profundamente dormido.

Si es cierta la intuición, como verdaderamente lo es, á nuestro juicio, Flaviano recibía de contínuo la inspiración de otros seres.

CAPITULO LXXVII

—

Lo que precede á las bodas.—Los novios.—El templo.—Cinco uniones verdaderamente aristocráticas.

A las seis de la mañana se levantó Flaviano, y seguido de Zalla y de su criado se trasladó á la enfermería.

Sorprendió á cuantos estaban en ella, todo lo reconoció, examinó á los heridos, sin encontrar nada que reprender.

Dos habían muerto aquella noche, pero la mitad de los restantes se encontraban mejor y los otros aliviados.

Cuando iba á salir se situó en medio de las salas preguntando:

—¿Teneis queja de alguno de los que cuidan de vosotros?

—No, no: ¡Viva el héroe!

—Pedidme lo que os haga falta; ahora no soy el general soy vuestro padre.

—¡Viva nuestro padre!

—¡Viva el héroe! ¡Al lado suyo ni matan ni hieren á sus hijos!

—¿Nada quereis?

—Que Dios os bendiga, nada más.

—Pronto estareis todos buenos, y conmigo regresareis á Europa.

—Eso deseamos.

Por orden de Osorio dió Zalla á cada herido media onza de oro.

—¡La mano, la mano del héroe!—gritaban todos desaforadamente.

—Tomad,—exclamó Flaviano.

Y fué alargándosela á los ciento dieciocho. Todos la besaron con los ojos húmedos.

Flaviano se apresuró á retirarse de allí temiendo empeorasen con la emoción que sentían.

Ya fuera del edificio le dijo el maestre Vivas.

—Esos 118 heridos, mi almirante, serán cuando estén buenos leones que deborarán al enemigo.

—Podían, si eso hicieran, Vivas, devorarlos también á ellos; me ha de bastar con las bocas de los cañones y ¡ay del que se acerque á nosotros!

Osorio se despidió de él y se fué al templo, en el que permaneció hasta la hora de comer.

Por la tarde ensayó y no regresó al palacio hasta entrada la noche.

Trabajando de esa manera llegó la noche del sábado, víspera de la celebración de los matrimonios.

Desde anochecido no se permitía á nadie acercarse al palacio ni entrar ni salir de él.

Más de dos mil hombres trabajaban en los alrededores y continuaron hasta las cinco de la mañana que dieron todas las obras por concluidas, retirándose á descansar los que no habían dormido por la noche.

Todo estaba ya dispuesto para la celebración de las cinco bodas.

Muy complicado iba á ser el acto, pero estaba tan admirablemente dispuesto todo y las órdenes del héroe fueron tan claras y concretas que ninguno debía incurrir en la más leve equivocación.

Seremos nosotros los primeros en penetrar en el templo que tanto había costado levantar y en el que trabajaron más de veinte días los jefes y oficiales más hábiles de los 15.000 españoles reunidos allí, y hasta 4.000 hombres.

Empezaba en el portal del palacio un precioso arco de sauce natural.

Haremos la descripción por la parte exterior, y terminada ésta la de la parte interior.

Unida al arco seguía una calle vegetal, cerrada en forma de bóveda, que medía 250 metros de longitud, cinco de latitud y cuatro y medio de altura.

Al terminar y unido á la calle, empezaba el templo que tenía la forma de un hemiciclo con un diámetro de 100 metros abovedado y con 25 de altura su parte más elevada.

La calle y templo se componían de árboles arran-

cados en su mayoría por el ciclón y ramaje de esos y otros muchos. Era una combinación de troncos y ramaje tejido, tan artísticas, que todos los pequeños agugeros y claraboyas que tenía estaban abiertos con arte y simetría.

El conjunto exterior de troncos y ramas era muy vistoso; pues no se veía lo blanco de la madera en los cortes que tuvieron que hacer cubiertos con pintura verde.

La entrada de la calle abovedada tenía la forma de un semicírculo para salvar el ángulo del palacio y seguía recta desde el principio de la cual, que tenía más de 225 metros, se veía perfectamente el altar, único del templo. En la nave de éste y la extensa calle vegetal, cabían más de 10.000 personas.

Reconozcamos el interior. En él se veía claramente el gran talento del héroe que lo había dirigido.

Daba principio con dos estátuas que representaban á San Pedro y San Pablo. El primero abriendo la casa de Dios y el segundo como símbolo de la religión establecida por Jesús. Seguían los restantes apóstoles; luego los varones que más se han distinguido por su virtud y santídad, y vírgenes del cristianismo sacrificados por la impía mano.

De diez en diez metros había una estátua á cada lado, y en los espacios de una á otra columnas salomónicas doradas, arcos, relieves, alegorías católicas, y tal profusión de flores, que unida su fragancia á la

de los arrayanes y otros arbustos, formaban una atmósfera deliciosa.

La entrada del templo la formaba un arco sostenido por dos ángeles de gran tamaño, y los techos de la calle y de la nave presentaban ángeles más pequeños, sostenidos por delgados alambres que parecían estar al aíre y como volando. El piso lo formaba una alfombra de hojas de flores.

El altar mayor, lujosamente decorado, además de todo lo necesario, presentaba la efigie del Redentor crucificado, obra de arte y de mucho mérito.

A la derocha del altar se veían á San José y á la Virgen en el acto de desposarse, y á la izquierda, cerca de la entrada del templo, había un púlpito maravillosamente construido.

Y en el fondo, detrás del altar corría un riachuelo por su cauce teniendo en uno de los extremos el origen del cristianismo representado por Jesús y San Juan Bautista en el acto de echar el agua nuestro Señor al segundo. En el otro extremo del río se veía el triunfo de la fe en su carro triunfal.

Delante del altar había varios sillones y almohadones forrados de terciopelo carmesí.

Por todo el lado del Este entraban, lo mismo en la calle que en la bóveda del templo rayos finísimos de sol que penetraban por los agujeros y aberturas artísticamente hechas en las paredes y techos. La luz que proyectaban aquellos rayos de sol unida á la

de las cien velas de cera que ardían en el altar formaban una combinación maravillosa.

Diremos para terminar que el conjunto de aquel templo y calle constituían una cosa nunca vista.

Entró el primero el príncipe de Italia, seguido del padre Anselmo y del capellan mayor de la escuadra.

En el acto bendijo el primero el templo y la pila del agua bendita que estaba á la entrada sostenida por dos ángeles.

Asombrados quedaron los tres al ver el templo y la calle.

—¡Esto es un encanto!—decía Anselmo.

—¡Un templo maravilloso!—añadía el capellan.

Cuando el príncipe de Italia lo hubo reconocido todo dijo á su vez:

—Esta obra que debiera ser imperecedera solo cabe en el cerebro de mi hijo Flaviano. ¡Qué talento, qué arte, qué ingenio!

Y se fueron á vestir al palacio para la ceremonia que iba á tener lugar.

A las ocho en punto de la mañana se oyó una salva de veinte cañonazos y momentos después 4.000 arcabuceros con sus tambores, pitos, etc.; se fueron situando en la parte exterior de la calle y templo.

Seguidamente llegaron todos los capellanes de la escuadra, los maestres de campo, los capitanes y el resto de la oficialidad con 6.000 hombres entre solda-

dos y marinos. Estos esperaron el momento en que debían penetrar en la calle vegetal.

No aguardaron mucho; á los diez minutos empezaron á entrar en la calle, el príncipe de Italia, el padre Anselmo y el capellán mayor, seguidos de varios otros capellanes que les servían de ayudantes, todos vestidos con la propiedad indispensable.

A estos siguieron los 10 que iban á desposarse; detrás llegaron el duque de Pastrana, Carvajal y Keisko, los músicos y el bajo, luego los restantes capellanes; seguían los maestres de campo, los oficiales y cerraron la comitiva los 6.000 marinos y soldados. Entre éstos se metieron los criados y dependientes del palacio.

Poco después llegaron más de dos mil hombres de los que no estaban de servicio y quedaron á la parte afuera con los arcabuceros.

Es decir, que asistían á este acto más de 12.000 españoles y todos los indios de Keisko que se habían situado en el zaguan, escalera y pasillos del palacio.

Todos los que estaban dentro demostraban admiración, sorpresa, encanto al contemplar una calle y templo mágico, incomprensible aun teniéndolo delante.

Las cinco damas, vestidas de blanco iban radiantes de hermosura; y ellos apuestos y varoniles, vestidos de blanco tambien, traje que en aquella época usaban los caballeros en solemnidades como aquella. Por consejo de Flaviano no ostentaban cruz ni nada que ador-

naran sus pechos y diera á comprender lo que eran. Cinco trajes de seda blancos y una pluma del mismo color en el birrete era todo lo que podían lucir. No era posible más modestia.

De pie los diez y hechas las preguntas de rúbrica cayeron de rodillas y cada pareja recibió la bendición del príncipe de Italia. Este cumplió todas los preceptos de la iglesia, los estrechó y en el mismo instante se oyó el sonido de una corneta, despues otro más lejano y acto continuo otra salva de veinte cañonazos.

Un instante después aparecieron dos reyes de armas, diez pajes que se colocaron á los costados de sus señores, dando principio la misa y la velación.

Los cinco parejas estaban ya unidos con lazo indisoluble.

Dió principio la misa que ya en parte conocemos, oficiando el venerable príncipe de Italia.

La solemnidad era completa.

En una isla casi desierta hacía poco fiempo, habitada por salvajes y antropófagos, se celebraba en estos momentos el acto más culto é ilustrado de la tierra por seres civilizados en sumo grado.

Bastó la presencia del duque del Imperio, y la más importante de su hijo Flaviano, para que la isla Líbana sufriera un cambio completo.

El templo donde se oficiaba y la música que se oia y comenzaba á cantarse se sobreponían á lo más culto é ilustrado de las elevadas costumbres europeas.

Sin dejar de velarse, cantaron Flaviano, Zalla, el

bajo, Elvira y Luisa convirtiendo el templo con sus voces en un encanto indescriptible.

Luego cesaron las bandas, las voces y la misa, y por una excepción, permitida en aquel sitio excepcional y en acto tan extraordinario, cambió de traje en parte el príncipe de Italia, subió al púlpito y dió principio á una oración sagrada incomparable.

De los labios del Santo comenzaron á brotar ideas y pensamientos profundos, elevados. Hizo un estudio del ser humano, desde su llegada á la tierra hasta que tomaba estado, tan completo, tan sabio, tan elocuente, que tenía cautivo á su numeroso auditorio.

Después habló detenidamente del matrimonio instituido por Jesús, é hizo la historia de lo que debe ser la unión de dos séres, con frases tan correctas y teoría tan nueva que sedujo hasta á los más refractorios al casamiento.

No obstante ser él religioso, describió ese estado como el más lógico y natural del hombre y de la mujer.

Y acabó su extensísimo discurso, imprimiendo en el ser humano todos los deberes religiosos, sociales é inherentes al matrimonio.

Y concluyó con una súplica al Todopoderoso demandándole su misericordia en favor de todos los nacidos sin excluir clase, condición ni nacionalidad.

Que talento y erudición acababa de demostrar. Flaviano le dijo á su padre.

—No se ha pronunciado en el mundo oración más

hermosa y elocuente. El príncipe como religioso no es solo un Santo es el sacerdote más sabio que existe.

—Cierto hijo mío,—le contestó el duque,—sus frases hoy han hecho una revolución en mis ideas.

La misa continuó, elevándose las voces de Flaviano y de Elvira al encanto. Qué notas daban y qué música tan incomparable.

Flaviano tenía mandado que los arcabuceros y cuantos estaban fuera de la calle y templo se corrieran al Oeste para que no fuesen molestados por el sol, así lo hicieron y todos ellos tenían ahora el oido fijo en los agujeritos de luz que presentaba la calle del templo, para no perder una sola nota de las emitidas por Flaviano y Elvira.

—Son dos ángeles,—decían.—Esto solo se puede escuchar en Líbana.

—Oyéndolos no nos molesta ninguna postura.

—Ojalá y continuaran el resto del día.

Al alzar á Dios se confundieron los acordes de la marcha real con las salvas de doscientos cañonazos y de cuatro mil arcabuces.

Parecía el fin del mundo.

No era posible un acto más grandioso y solemne.

Y continuó la misa, terminando por la plegaria que ya conocemos en la cual Flaviano dió varias veces el do de pecho y Elvira hizo escalas maravillosas.

Aquel final de canto logró arrebatar á todos los espectadores.

Flaviano había cogido la muñeca de Elvira y la

hermosa joven le había seguido, para llegar con él á lo sublime.

Hasta Mendoza decía:

—Mucho me hizo el héroe esperar mi boda, pero todo lo doy por bien empleado á cambio de presenciar una función que no ha tenido igual en la tierra.

Al terminar y ponerse en pie abrazó á los novios el príncipe de Italia, lo mismo hicieron el duque de Pastrana, Carvajal y Keisko.

Otra salva saludó á los desposados é instantes después fueron saliendo los novios por entre aplausos y víctores.

Los esposos llevaban de la mano á sus esposas y al entrar en el salón principal varios pajes les ofrecieron en bandejas de plata los regalos que mutuamente se hacían y otros del duque de Pastrana, del general de marina, de Keisko y de los maestres de campo.

Terminó el todo de la función á las doce y á la una era la comida.

Solo tuvieron tiempo los novios para cambiar de traje y descansar del mucho tiempo que habían estado de rodillas.

A la una en punto se sentaron en una mesa todos los señores del palacio y los maestres de campo; en otra todos los capitanes, y en varias los oficiales, ocupando seis habitaciones.

Los músicos comían en la parte baja.

Los soldados en sus alojamientos, pero recibiendo

cada uno dos pesos y cinco los sargentos y marineros.

Tambien fueron obsequiados todos los criados, dependientes é indios.

Fueron cinco bodas tan extraordinarias y expléndidas como no es posible describir.

Ninguno quedó sin su obsequio con arreglo á su clase y condición.

El duque del Imperio, Flaviano, Julio, Mendoza y Zalla llegaron en esta ocasión al despilfarro.

Todos eran ricos, generosos, expléndidos, y claro es que no les impidió causa alguna demostrar que eran todo eso y más.

Los mutuos regalos que acababan de hacerse los cinco desposados representaban el valor de algunos millones.

Los cuatro regalos de Flaviano y de Alice sobresalieron. Es verdad que era más rico, pero también los más generosos.

CAPITULO LXXVIII

La gran comida.—La serenata.—Fuegos artificiales.—Una sorpresa estudiantil.

Comprenderán nuestros lectores, que la comida dispuesta para este día era tan exraordinaria como todo lo que se relacionaba con unas bodas, las más notables de cuantas se habían celebrado hasta entonces.

Las mesas estaban cubiertas de manjares, que renovaban continuamente los mozos de comedor.

Se veían los embutidos de Europa, las aves más delicadas de América, los platos á la europea y á la americana, los pescados más exquisitos, las frutas de aquella isla que eran las mejores del mundo, y por último, los vinos y licores que más se estimaban en la tierra.

Ante aquel espectáculo tan portentoso para un gastrónomo, exclamaba Mendoza:

—Señores, tenía razón mi amigo Ricardo Zalla al decirme en una ocasión: Con tal que el general en jefe dirija nuestras bodas, debemos esperar todo el tiempo que quiera. ¡Qué día tan delicioso, qué templo, qué misa y qué comida! Flaviano en todo, para todo y sobre todo.

—Pues falta aun mucho, compañero,—le dijo el general Carvajal.

—¿La cena?

—Ya lo ireis viendo, duque de Tabasco.

—Duque soy ya y á mucha honra por ser el título que lleva mi encantadora esposa.

—Muy bien,—le dijo Zalla,—esa galantería la has aprendido de mi maestro.

—Sí, de él aprendemos todos. Se me ocurre una idea. Quisiera saber si el que preside esta mesa, ó sea el príncipe de Italia, aprendió algo también del héroe.

—Más que tu aprendí de él, hijo mío,—le contestó el religioso.

—¿Lo ois? hasta el Santo.

Flaviano tomó parte en la conversación, se hizo ésta general y todos se animaron, reinando en las mesas la alegría y animación que requería el acontecimiento que celebraban.

Las cinco damas estaban radiantes de hermosura.

Para asistir á la comida se habían engalado con los regalos que cada una había recibido y las perlas,

el oro y los brillantes lucían menos que sus perfectas facciones, sus finas y sonrosadas epidermis y el abrillantado fuego de sus rasgados ojos.

La duquesa de los Andes, ya del Imperio, parecía haberse rejuvenecido ó intentaba competir en belleza con las que podían ser sus hijas.

Eran una peruana, Talopalca; una madrileña, Elvira; una mejicana, Luisa; una italiana, Alice, y una isleña, Líbana, todas de raza y nación distintas, pero muy parecidas en la gracia y belleza con que el cielo las había dotado.

Julio, Mendoza, el duque del Imperio y Zalla, miraban á sus esposas con loco entusiasmo, un poco menos el último que los tres primeros. En cuanto á Flaviano, que estaba ya unido á la más hermosa, á la más delicada, á la más fina, dulce y angelical de las cinco; ya era otra cosa, se fijaba en aquel emporio de belleza con ternura, pero no pasaba de ahí. Ni demostraba entusiasmo ni nada extraordinario. Su elevado y perfecto espíritu todo lo veía imperfecto en la tierra; su poderosa imaginación, á pesar suyo, tenía necesidad de elevarse al cielo para buscar algo que admirar, algo superior á su portentoso genio.

Pero dijo: Voy á dirigir estas bodas; me es imposible rechazar este cargo y cuanto se relacionaba con aquel gran acontecimiento tenía que ser, inspirado por él, sorprendente incomparable.

Ya lo iremos viendo.

Concluyó la comida; llegaron los licores, con estos

los brindis, los discursos, las enhorabuenas y el palacio se convirtió en el más grato festín.

Hasta Mendoza pronunció un discurso que arrancó aplausos, excitando la hilaridad de todos.

Flaviano se escusó varias veces; pero le suplicaron las cinco damas que hablara, cogió una copa y fijánse en el príncipe de Italia improvisó un himno al Creador que dejó atónitos á cuantos le escucharon.

Los de las cinco mesas restantes al oir su voz se precipitaron en el gran salón, oyendo todos con tanto silencio como admiración los incomparables versos del hérce poeta.

Por el pronto todos callaron subyugados aun por las ideas, el pensamiento y las cadencias que acababan de oir, pero sonó una palmada y estalló una ovación tan entusiasta como estrepitosa. Todos, damas y caballeros tomaron parte en aquel aplauso; hasta el duque del imperio batía palmas con afán, con frenesí. Era el más inteligente de los que aplaudían.

Solo una cabeza permaneció baja, solo unas manos continuaron quietas, las del príncipe de Italia al que más que á ningun otro iba dirigida aquella composición.

El duque del Imperio no pudo contenerse y le preguntó:

—Julio, ¿no te ha gustado el himno que ha improvisado nuestro hijo?

—¿Eso me preguntas tú? Callo porque no encontré frases con que encomiar lo que se remontó al cielo.

No tienes excepción, Flaviano, todo lo que haces, todo lo que dices es igual, porque todo es la perfección, lo sublime de la perfección.

Ahora sonó un aplauso dirigido al religioso. Había interpretado el pensamiento de todos á maravilla y lo había expuesto en brevísimas frases.

Cuando concluyeron las palmadas añadió el Santo.

—¡Quien tuviera su talento para elevar al Creador los conceptos que acabamos de oir!

—Te digo, Flaviano, —exclamó Alice sublevada— que no me impidas con tus preguntas oir lo que dice el Santo detí ¡Vaya una tema!

—¿Te revelas, niña mal educada?

—Sí, me revelo, porque conozco tu intención.

—Es verdad —dijeron los cuatro restantes— cuenta con nosotras, Alice.

—Está bien, señores; me someto; pero os ofrezco vengarme de las cinco después de cantar el gallo.

—No te comprendemos.

—No tardareis en oirlo. Pero estamos interrumpiendo la expansión de estos señores y no es justo. Continuad, amigos mios, que nosotros ya hemos concluido.

La comida y brindis duraron hasta el anochecido, después quedaron ellos hablando en distintos corros, y ellas, sentadas y formando delicioso grupo, estaban como preocupadas queriendo adivinar el como se iba á componer Osorio para vengarse de ellas.

Después de un debate largo acordaron que fuese

Elvira á preguntárselo al héroe, pues ellas no podían adivinarlo.

En el acto se levantó la deliciosa joven, y llamando á Flaviano que hablaba con el religioso trinitario le dijo:

—Hermano, ¿quieres hacerme un favor?

—Con mucho gusto. Habla.

—Me lo has concedido ya, no lo olvides.

—Haré cuanto quieras, con la sola escepción de revelarte secretos que á nadie debo decir.

—Cierto, pero esto no es secreto, es sencillamente que me digas si fué broma lo de tu venganza.

—No, fué veras.

—En ese caso, dime á mí sola lo que vas á hacer.

—Es un secreto, Elvira.

—Hombre, sé galante con tu hermana y ahijada.

—Los secretos ni se venden ni se dicen.

—Nos vamos á sublevar las cinco contra tí.

—Me alegro; estareis aun más hermosas.

—No es esta ocasión de galanterías. Julio, ven aquí y ayúdame.

—¿Qué quieres?—le preguntó el príncipe llegando.

La joven le enteró de su pretensión añadiendo:

—A tí no te niega nada, pídeselo.

—No puedo, Elvira.

—¿Por qué?

—Porque debe vengarse y si te lo dice no podrá hacerlo.

—Vaya un recien casado; niega á su esposa el primer favor que le pide.

— No te molestes, bellísima Elvira,—añadió Flaviano,—sabe bien mi hermano que los secretos mueren conmigo.

—Oye, ingrato, guarda esas galanterías para otras, porque ninguna de las cinco queremos oirlas.

—Me alegro.

—Corazón de roca.

—Y tú de brillante.

—No queremos hablar con ninguno de los dos.

Y volvió á su asiento aparentando disgusto.

Los dos hermanos adoptivos sonrieron y quedaron hablando.

De pronto varias lacayos, por orden de Flaviauo, abrieron los cinco balcones que tenía aquel salón, exclamando todos los reunidos allí.

—¡Otra maravilla!

El espectáculo que se presentó á su vista la constituía:

Tenían delante saliendo de los árboles, del lago próximo, del suelo y de entre las plantas dos mil luces en farolitos de todos colores á guiorno y tan bien combinados que unos formaban soles, otros estrellas, letreros geométricos con tal arte, que además de la preciosa vista que ofrecían se podían leer fácilmente los cinco nombres de las desposadas.

Comentando se hallaban la sorprendente iluminación cuando apagaron sus voces doscientos instru-

mentos, hábilmente manejados por otros tantos músicos situados debajo de los balcones del palacio.

Daban principio con una bellísima melodía que arrobó á los oyentes.

Todos los soldados, todos los marinos, en una palabra, cuantos estaban libres de servicio se extendía desde el paraje donde estaban los músicos hasta la orilla del pintoresco lago.

Los jefes y oficiales estaban agrupados en todos los balcones y ventanas del palacio.

Que bien ensayados estaban los músicos; hasta en aquellas armonías y melodías que arrobaban se veía la mano del héroe.

Las cinco damas lo rodearon, diciéndole su madre:

—Flaviano, te mando que nos digas de que modo te vas á vengar de nosotras.

—Os ofrezco decíroslo á la madrugada.

—¿Cuando estemos durmiendo?

—Madre mía, esta noche no vais á querer dormir.

—Hijo, sé generoso.

—Madre, no pidais imposibles.

—Estás colmándonos de alegría con tanta maravilla y no podemos elogiarte por ingrato.

—Ese es mi más ardiente deseo, que nadie me elogie.

—Niñas, vamos al balcón, con mi hijo ni pueden los hombres ni las damas.

Y continaron todos oyendo la música hasta las doce en punto de la noche.

Rogelio se presentó á Osorio diciéndole:

—¿Hermano, cuando dispones que nos retiremos á descansar?

—Puedes hacerlo cuando quieras, Rogelio.

—Dice Luisa que ella no me sigue hasta que lo hagan con sus respectivas esposas los restantes.

—¿Qué quieres que haga yo?

—Mandar que nos acostemos todos.

—Pero yo no puedo mandar eso.

—¿Por qué?

—Míralo.

—¡Pólvora! ¡Un castillo de pólvora! Voy á verlo.

Como dispuestos por Flaviano se trataba de unos fuegos artificiales tan grandiosos como todo lo que él dirigía.

Apareció lo primero un castillo que figuraba la isla Líbana, con su bandera española, sus cañones y sus montes. Obra difícil pero hecha con gran arte.

Luego empezaron á llegar navíos ingleses, franceses y holandeses.

Se acercaban cuatro, el castillo les hacía fuego y figuraba echarlos á pique.

Al ver esto prorrumpió el ejército en vivas á España y á su héroe, llegando su entusiasmo al delirio, pues era la representación de lo que todos creían que iba á suceder.

De cuatro en cuatro el castillo echó á pique cien navíos.

¡Con qué placer aplaudían los soldados y hasta los oficiales!

¡Qué arte, qué habilidad, qué acierto había en la composición de aquel castillo de pólvora, de aquellos navíos y de aquellos combates!

Todo era figurado, ¡pero con qué precisión, con qué maestría!

Los fuegos artificiales duraron hasta las tres de la madrugada

En el mismo instante se apagaron todas las luces presentando los campos y el espacio la completa os-curidad de la noche.

Mendoza creyó que había concluido y sin poder contenerse exclamó:

—Desde el paraiso en que nos tenía Flaviano nos vamos al cielo. Buena noche señores y señoras. Vamos esposa.

—¿Pero donde vas?—le preguntó Julio.

—A descansar, hermano.

—Sino ha concluido la función. Falta una parte importantísima; la principal.

—¿Cómo que no ha concluido?

—No ha terminado, no.

—¿Por qué?

—El que podía decírtelo ha desaparecido.

—¿Quién, Flaviano?

—Sí.

—¿Pero donde está?

—Nadie lo sabe. Se marchó con Zalla haciendo co-

rrer la voz dentro y fuera del palacio de que aun faltaban cosas.

—No oigo ni veo nada.

—Ya oirás, Rogelio.

En este mismo instante escucharon á lo lejos una música extraña que se iba acercando.

Miraron á los lados, de frente, pero solo vieron bultos negros que se movían, hasta que llegaron debajo de los balcones y al reflejo de las luces que salían del interior distinguieron 70 estudiantes, todos con su manteo, tricornio y la histórica cuchara de palo.

A ninguno pudieron reconocer con la oscuridad y el traje que usaban.

Tocaban cincuenta, la mitad eran guitarras y cítaras, los restantes flautas, clarinetes y una pandereta.

Era una estudiantina mónstruo en la que tocaban cincuenta é iban á cantar veinte.

Terminaron la marcha que venían tocando y dieron principio á una composición nueva, armoniosa y tan bien combinada que dejó absortos á los espectadores.

Pasados tres minutos una dulcísima voz de tenor empezó á cantar la siguiente copla:

De los ángeles que aquí,
desdichado mortal vieres,
no te fíes; aunque bellos
en la forma, son mujeres.

Cantó Flaviano esta copla con una gracia, con

una entonación tan propia que todos los hombres aplaudieron.

Las damas exclamaron:

—Pobres de nosotras, empieza la venganza del héroe.

Siguió al cantor el coro de veinte voces entonando en forma de estribillo:

Ay del desgraciado
que en hora fatal
de mujeres fía
y hace lo que Adán.

Al terminar el coro una nueva composión musical sustituyó á la anterior, más viva aun, más sonora, más armoniosa. De pronto bajó el tono y lentamente acompañó á Flaviano en su segunda copla, que decía:

Nada más bello en el mundo
que el rostro de la mujer,
pero el alma que ella esconde
tiene algo de Lucifer.

El coro dijo en nuevo estribillo:

Huye compañero
de un ser ideal
que oculta saeta,
veneno y puñal.

Flaviano continuó atormentando á las damas con epígramas ingeniosos, sátiras que las cinco le miraban en este momento con disgusto y pena.

Los caballeros se reían y el resto de los especta-

dores aplaudían frenéticamente aquellas notas que daba la imcomparable voz del héroe.

Cuando éste creyó que no debía abusar de su talento y portentosas facultades, varió la orquesta de tono, sustituyendo la rara armonía con una melodía meláncolica, arrobadora, sentimental, dulcísima y antitética de la música estudiantil que había terminado

Entonces su voz más potente que nunca dió principio al canto de una trova que nadie esperaba.

Decia en sus versos que antes cantó el diablo para calumniar á la mujer y presentarla ante los hombres como un ser terrible y despreciable, y que él inspirado por los ángeles lo había echado de allí, y ahora hacía justicia á la pura virgen, á la casta esposa y á la tierna madre.

En su trova presentó ahora á la mujer como la fiel y leal compañera del hombre, su mitad más querida, el depósito de todas sus penas y alegrías y el delicioso ángel que lo consolaba en sus aflicciones y endulzaba con sus caricias todos sus infortunios.

Estaba lógico, arrebatador y tan expresívo, que al aplauso de los hombres se unía el de las damas, las que de pie en los balcones y echadas adelante, decían:

—¡Después de Flaviano no hay nada!

—Es la maravilla de la tierra.

Dos horas duró las estudiantinas y trovas, desapareciendo como por encanto los músicos y los cantores.

Ninguno tenía sueño ni se encontraba fatigado.

—Ese es Flaviano,—decía el príncipe de Italia,—juega á su antojo con el corazón humano.

En este momento apareció en el horizonte el primer rayo crepuscular.

Era un vaticinio infalible que anunciaba la llegada del astro sol y del sol de la felicidad de los diez desposados.

Solo Mendoza dió dos veces señales de impaciencia, los restantes embargados por las maravillas que oían y miraban, únicamente demostraron hasta entonces placer, dicha, satisfacción.

CAPITULO LXXIX

La Aurora.—Término de la fiesta por este día.—El desayuno.—Preparativos para la octava y el torneo.—Los ingleses.

Volvió á correr la voz de que aun no había terminado la fiesta, y todos quedaron pendientes de la nueva sorpresa que esperaban, la más difícil acaso de todas.

No se hizo esperar mucho tiempo; al aparecer la aurora se colocaron debajo de los balcones diez hombres. Entre ellos iban Flaviano, y el bajo que conocemos.

Dirigidos por el héroe comenzaron á cantar una salve, en la que pedían á la Virgen inspiración.

No llevaban instrumento alguno, el canto era á voces solas, y el traje de los cantantes el que usaban en España los hermanos de las cofradías.

Entonaban una Aurora especial, deliciosa.

Al acabar la salve y salutación á la Virgen, se dirigieron á Dios en estrofas que rebosaban amor y ternura; le pedían protección y amparo ofreciéndole todos los actos de su vida, pero rogándole fuesen auxiliados con su misericordia, para que los hallase dignos de tan egregio Señor.

Al oir este canto y estrofas se humedecieron los ojos del príncipe de Italia, y del padro Anselmo. No era posible la demostración de más amor y ternura.

Las voces solas no se perdieron una sola vez ni se notó la más leve desafinación.

Y terminó la Aurora con otra salutación al día tan bello y brillante como el sol que empezaba á asomar su radiante perfil por la supercie del Océano.

Al dar la última nota se oyó el toque de diana y todos corrieron á sus respectivos puestos.

La función para los espectadores había concluido.

Todos debían llevar un recuerdo eterno de lo que habían visto y presenciado.

Flaviano y Zalla entraron en el palacio y después que hubieron cambiado de traje se presentaron en el salón, donde les esperaban los habitantes de aquella morada.

Todos abrazaron al héroe felicitándole calurosamente por sus infinitos triunfos del día.

Nada más grandioso que el ingenio y talento demostrado por Flaviano en aquella ocasión.

Después de contestar con la modestia que le era propia á tanta felicitación les dijo:

—Las esposas y sus maridos nos vamos solos á tomar un ligero desayuno que tenemos preparado en la isla del lago. Rnego á los restantes se retiren á descansar, pues ya ha amanecido y estarán fatigados.

—¿Qué te propones, hermano con este nuevo paréntesis?—le preguntó Rogelio.

—Demostrar que somos seres racionales y que lo grande, lo elevado y lo importante del matrimonio no es otra cosa que la unión de dos almas.

Mendoza bajó la cabeza avergonzado, las damas y los restantes caballeros aplaudieron la contestación de Osorio.

Con el mismo traje que estaban, añadiendo un sombrerito de campe salieron las señoras cogida cada cual á la mano de su esposo.

El lago estaba cerca, les esperaba allí una falúa y en ella se trasladaron á la isla.

—Esperad á doscientas varas de aquí—dijo Osorio á los marinos y los 10 comenzaron á pasear por la isla.

Aquella había sufrido una completa transformación. No era ya un islote con árboles y plantas; era un pequeño paraiso formado con árboles, plantas, trepadoras y cuantos encantos pueden ofrecer la naturaleza y el arte.

En torno de la isla se veían patos, anades, cisnes y multitud de aves acuáticas blancas y de colores que paseaban por la superficie del agua formando círculos vistosos.

La brisa de la madrugada fresca y perfumada por el aroma de las flores, era embriagadora.

Mil pájaros saltaban de árbol en árbol, aspiraban el perfume de las flores y orgullosos de la felicidad conque les brindaba la naturaleza entonaban cánticos deliciosos.

Las cinco parejas discurrían por entre aquel eden, se requerían amores y daban la razón á Flaviano.

—El sueño es la muerte—decía Julio á Elvira—y tiene mi hermano razón al traernos aquí porque este vergel es lo contrario, es una vida llena de encantos que nos eran desconocidos.

—Qué talento tan grande tiene Flaviano, lo admiro tanto, Julio, que hasta lo amo un punto menos que á tí. ¡Qué cerebro, Dios mio!

—Con todos y con todas le sucede lo mismo. ¿Y su virtud, Elvira?

—No se si es ó no virtuoso ni me importa. Se que es perfecto y con eso me basta.

—El ambiente que aquí se respira, arrancó de mí los efectos del insomnio y ensancho los pulmones dando fuerza y vigor á mi naturaleza.

—Lo mismo me sucede á mí.

Una hora pasaron por la isla del lago, entrando después en un cenador formado por listones y trepaderas cuajadas de rosas y de gardenias que se elevaban del suelo hacia arriba.

Por los claros que dejaban se veían los encantos del islote y el inmenso lago.



Lit. - Felipe González Rojas. Editor.

Las cinco parejas discurrían por entre aquel edén.

En medio había una mesa cubiera de manjares, rodeada de diez asientos que fueron ocupados por las cinco parejas.

—Bravo,—exclamó Mendoza.—Mi hermano Flaviano es nuestra Providencia, nos trae al paraiso y hasta nos regala con ricas viandas.

Y dieron principio al desayuno que era á la vez cena, pues desde la tarde anterior no habían comido nada.

—Todo eso está muy bien, Rogelio,—contestó el duque del Imperio, pero estoy seguro que mi adorado hijo Flaviano nos hatraido aquí para algo más que para contemplar un edén y tomar este rico desayuno.

—Cierto,—contestó el héroe.—Mandé preparar este delicioso islote para que descansáramos en él, borrásemos los tintes del insomnio y para otra cosa más importante, aun cuando no tenga perfecta relación con vos, padre mío; pero como yo se que vos y mi querida madre gozan con lo que yo gozo os he traido para que lo presencieis, con lo cual estoy seguro que os basta.

—¿Qué otra cosa es esa, Flaviano?

—La dulce satisfacción que debemos tener los cuatro de pasear con cuatro vírgenes que son nuestras esposas; de aislarnos con ellas, de habitar este paraiso y de llevarlas vírgenes al lecho nupcial mucho tiempo después de ser nuestras mujeres.

—¡Qué idea tan elevada!—dijo Julio.

—Es verdad,—exclamó Mendoza.—Pues no se me había ocurrido.

La duquesa del Imperio añadió:

—Qué milagros hace este hijo mío, señores; cuando había yo recorrido los paises más pintorescos del mundo antiguo y moderno, cuando nada parecía sobreponerse á los encantos que había admirado, el buen Flaviano inventa un islote superior con mucho á todo lo conocido. Esto no es un islote, es un encanto, un prodigio, un eden soñado, y cuya realidad tenemos delante.

—No, madre mia, no, no he sido yo el inventor de este paraiso, lo fué la naturaleza.

—¿La naturaleza? Que hable Líbana; dinos, hija mia, lo que era esta isla cuando vivias con tus padres.

—El lago ha ganado, pero el islote se componía de peñascos y árboles viejos y feos.

—¿Lo oyes, Flaviano.

Continuaron desayunándose hablaron mucho y á las nueve de la mañana regresaron al palacio, habiendo convenido antes en desayunarse todos los días en el cenador aquel en unión del duque de Pastrana, del general Carvajal y de Keisko.

Pasaron cuatro horas en el islote, tan placenteros y felices, que debía quedarles un recuerdo gratísimo de ellas.

Ninguno se había acostado en el palacio, y los tres que citamos antes, esperaban á los novios con impaciencia.

Trascurrió el día y empezó el siguiente sin que ocurriera nada que de contar sea.

La isla había vuelto á su completa normalidad.

A las diez de la mañana de este segundo día, se presentaron á Flaviano cinco maestres de campo presididos por Fajardo; era una comisión del éjército y marina, que iban en nombre de todos sus compañeros á pedir una gracia al héroe.

Osorio les hizo entrar en su despacho y les dijo:

—Ya estamos solos, hablad.

—Señor, —le dijo Fajardo,—en nombre del ejército y la marina venimos á demandaros una gracia.

—Concedida, si ningún grave inconveniente la impide.

—Creemos que no.

—Exponed lo que la marina y el ejército desea.

—Dice el adagio, mi almirante, que no hay función sin octava y venimos por ella.

—Sepamos.

—Pedimos á nuestro almirante un torneo en celebración de las cinco bodas.

—Hay que hacer un circo.

—Sí, señor.

—Tardarán en construirlo más de seis días que restan.

—No importa, le llamaremos octava aun cuando tenga algo más.

—Tomad.

—¿Qué es esto, señor?

—El dibujo para que hagan el circo.

—¡Mientras hablábamos lo habeis trazado!

—Cuatro líneas que no tienen mérito alguno, y para las que basta un minuto.

—Ved, señores, que cuatro líneas. Está trazado todo el circo, la grada, los palcos y debe levantarse al Este del lago, próximo á su orilla.

—¡Admirable!

Iban á empezar los elogios y el héroe los cortó con las siguientes frases:

—Puede haber un grave inconveniente para la celebración de vuestra fiesta.

—¿Cual, señor?

—La llegada de los ingleses.

—Se aplaza para cuando no quede uno en estos mares.

—Sea. Dad principio cuando querais.

—Esta tarde.

—Muy bien, esta tarde.

—Nos permitís retirarnos.

—¿No queréis comer conmigo?

—Mi almirante, anteponemos á esa honra y grato placer la pronta construcción del circo.

—Id con Dios.

La idea del torneo fué grata para las damas que la acogieron muy bien.

Flaviano sonreía y vacilaba, creía la llegada de los ingleses más próxima que los restantes.

Aquella misma tarde empezó la construcción del circo, que duró catorce días.

Los maestres quisieron hacer una obra notable y lo consiguieron.

El día siguiente domingo era el designado para el torneo. Y debían asistir á él todos los jefes oficiales y soldados que no estuvieran de servicio.

Debía tener lugar aquel después de la misa que era á las 8 de la mañana.

Y á las nueve en punto estaba lleno el circo y en el palco de la presidencia las damas, los duques del Imperio, de Pastrana y de Tabasco, el príncipe Julio, Keisko y Flaviano que presidía.

Por un presentimiento que á todos llamó la atención se presentaba el héroe con cota de malla y una borgoñota de oro que se quitó al entrar en el palco.

Todo ya dispuesto para celebrar un torneo á usanza de la edad media é íba á hacer la señal el presidente, cuando se abrió precipitamente la puerta del palco y y entrando en él el capitán Riquelme, exclamó:

—Mi almirante, las escuadras combinadas de ingleses franceses y holandeses se dirigen á la isla Líbana.

Flaviano lo miró preguntándole con calma.

—¿A qué distancia estará?

—A treinta millas que he podido ganarles, tirando cañones, arcabuces y cuanto llevaba mi bergantin en las bodegas.

—¿Qué millas juzgais andarán por ahora.

—De siete á ocho.

—Entonces hay tiempo. Padre mío,—añadió,—mandad que toquen generala, y haced que cada uno ocupe su puesto, según las instrucciones que tengo dadas.

Flaviano fué obedecido, y bastó el toque de las cornetas para que todes, jefes, oficiales y soldados exclamaron:

—¡Los ingleses!

—¡Viva España!

—¡Viva el héroe!

—¡Viva, viva, viva.

—¡Hurra!—añadían los marinos.—Por la patria y por el héroe.

Y dando esas voces corrían desaforadamente en dirección del muelle.

—Los ingleses,—dijeron las damas y se retiraron al palacio á rogar á Dios por sus esposos.

—Los ingleses—gritó Flaviano, añadiendo: Ellos ó nosotros. Sino triunfo moriré y el héroe Alberto, me recibirá en sus brazos.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE EL TOMO PRIMERO



ADVERTENCIA

La plantilla para la colocación de las láminas la publicaremos al final de la obra.